

JONATHAN COE

El corazón de Inglaterra



ANAGRAMA
Panorama de narrativas

D.J.57

Índice

Portada

La Inglaterra feliz

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15

La Inglaterra profunda

16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
32
33

La vieja Inglaterra

34
35
36
37
38
39
40

41
42
43
44
45

Nota del autor

Notas

Créditos

Para Janine, Matilda y Madeline

La Inglaterra feliz

En las últimas décadas del siglo, el término «británico» como autodescripción empezó a ofrecer algo más [...]. Había en él lugar para los recién llegados del extranjero y para personas como yo a las que nos parecía atractiva su amplitud y laxitud. He aquí un nacionalismo cívico que serpenteaba plácidamente como un viejo río que había perdido la peligrosa fuerza torrencial de aguas arriba.

IAN JACK, *The Guardian*, 22 de octubre de 2016

Abril de 2010

El funeral había terminado. La recepción posterior había empezado a decaer. Benjamin decidió que ya era hora de marcharse.

–¿Papá? –dijo–. Creo que voy a ir tirando.

–De acuerdo –replicó Colin–. Pues me voy contigo.

Se dirigieron hacia la puerta y lograron salir sin despedirse de nadie. La calle del pueblo estaba desierta y silenciosa a esa hora de la tarde.

–En realidad no deberíamos habernos marchado de este modo –dijo Benjamin, volviéndose, dubitativo, para echar un vistazo al pub.

–¿Y por qué no? Ya he hablado con todos los que quería hacerlo. Vamos, llévame al coche.

Benjamin dejó que su padre se le cogiera del brazo sin mucha fuerza. Con esta apoyatura mantenía mejor el equilibrio. Con una lentitud indescriptible empezaron a avanzar arrastrando los pies hacia el aparcamiento del pub.

–No quiero volver a casa –comentó Colin–. Sin ella, no me siento capaz de afrontarlo. Llévame a tu casa.

–Por supuesto –dijo Benjamin, pese a que era lo que menos le apetecía en estos momentos. Todo lo que se había prometido (soledad, meditación, un vaso de sidra bien fría en la vieja mesa de hierro forjado, el murmullo del río en su eterno fluir) desapareció como succionado hacia el cielo del atardecer. Pero qué más daba. Su obligación hoy era estar por su padre–. ¿Quieres quedarte a dormir?

–Sí, me gustaría –dijo Colin, pero no le dio las gracias. Últimamente rara vez lo hacía.

El tráfico era denso y llegar a casa de Benjamin les llevó casi hora y media. Atravesaron el corazón de la Inglaterra central, siguiendo más o menos el curso del río Severn y pasando por varios pueblos: Bridgnorth, Alveley, Quatt, Much Wenlock y Cressage, un trayecto plácido y anodino, en el que lo único reseñable era la sucesión de gasolineras, pubs y centros de jardinería, mientras que los

indicadores marrones de patrimonio invitaban al aburrido viajero a más alejadas tentaciones de parques naturales, mansiones conservadas por el National Trust y jardines botánicos. La entrada de cada pueblo no estaba solo marcada por el cartel que anunciaba su nombre, sino por un parpadeante recordatorio de la velocidad a la que conducía Benjamin y una señal de advertencia conminándolo a reducirla.

–Vaya pesadilla, estos radares de velocidad, ¿no crees? –comentó Colin–. Estos cabrones solo buscan sacarte pasta a cada paso que das.

–Supongo que también ayudan a prevenir accidentes –dijo Benjamin.

Su padre lanzó un gruñido escéptico.

Benjamin encendió la radio, que, como de costumbre, estaba sintonizada en el dial de Radio Tres. Estaba de suerte: el movimiento lento del *Trío para piano* de Fauré. Los melancólicos y tenues contornos de la melodía no solo resultaban un óptimo acompañamiento para los recuerdos sobre su madre que hoy le venían a la mente (y probablemente también a la de Colin), sino que también parecían actuar como un reflejo sonoro de las suaves curvas de la carretera e incluso del verde apagado del paisaje que atravesaban. El hecho de que la música fuese con toda claridad francesa no tenía mayor importancia: emanaba de ella una sensación de comunidad, de energía compartida. Con ella Benjamin se sentía completamente en casa.

–Quita ese barullo –le pidió Colin–. ¿No podemos escuchar las noticias?

Benjamin dejó discurrir los últimos treinta o cuarenta segundos del movimiento y cambió a Radio Cuatro. Era la hora del programa de actualidad de la tarde y de inmediato se sumergieron en el familiar universo del combate de gladiadores entre el entrevistador y el político de turno. Iban a celebrarse elecciones generales al cabo de una semana. Colin iba a votar a los conservadores, como llevaba haciendo en todas las elecciones británicas desde 1950, y Benjamin, como de costumbre, se mostraba indeciso, por lo que había decidido no votar. Nada de lo que oyesen por la radio durante los próximos días les iba a hacer cambiar de opinión. La gran noticia del día parecía ser que el primer ministro, Gordon Brown, que luchaba por la reelección, había sido pillado por un indiscreto micrófono abierto describiendo a una potencial votante como una «intolerante», y los medios le estaban sacando punta al asunto.

–El primer ministro ha mostrado su verdadera faz –opinaba, regodeándose, un diputado conservador–. Desde su punto de vista, alguien que expresa esta legítima preocupación es un intolerante. Y este es el motivo por el que en este país jamás vamos a poder tener un debate serio sobre inmigración.

–Pero lo cierto es que el señor Cameron, su líder, también es muy reticente...

Benjamin apagó la radio sin dar explicaciones. Durante un rato siguieron en silencio.

–Ella no soportaba a los políticos –dijo Colin, haciendo emerger de pronto algún tren subterráneo de su pensamiento y sin necesidad de especificar a quién se refería con lo de «ella». Habló en voz baja, impregnada de remordimientos y emoción contenida–. Opinaba que eran todos unos impresentables. Todos unos corruptos, del primero al último. Que amañaban sus gastos, no declaraban los intereses que cobraban, mantenían media docena de trabajos incompatibles...

Benjamin asintió, recordando que de hecho era el propio Colin y no su fallecida esposa quien estaba obsesionado con la venalidad de los políticos. Era uno de los pocos temas capaces de hacer que este hombre de natural taciturno se volviese parlanchín, y tal vez lo mejor fuese dejarle hablar, para evitar que lo siguieran afligiendo los recuerdos dolorosos. Pero a Benjamin la idea no le hacía ni pizca de gracia. Acababan de celebrar una ceremonia para despedirse de su madre y no iba a permitir que una de las diatribas de su padre embruteciese este día sagrado.

–En realidad, lo que siempre me gustó de mamá –dijo, a modo de maniobra de distracción– es que nunca sonaba amargada cuando hablaba de este tipo de cosas. Ya sabes, aunque algo no le pareciese bien, no dejaba que la irritase, tan solo la... entristecía.

–Sí, era una persona muy dulce –coincidió Colin–. Una gran persona. –No dijo más, pero unos segundos después se sacó del bolsillo del pantalón un pañuelo de aspecto repugnante y se secó los ojos con él, de forma lenta y meticulosa.

–Te va a resultar raro estar solo –le comentó Benjamin–. Pero sé que te acabarás adaptando, estoy seguro.

Colin miró al vacío y dijo:

–Hemos estado juntos cincuenta y cinco años...

–Lo sé, papá. Va a ser duro. Pero vas a tener a Lois cerca la mayor parte del tiempo. Y yo tampoco vivo tan lejos. Desde luego que no.

Siguieron avanzando por la carretera.

Benjamin vivía en un molino reformado en la ribera del río Severn, a las afueras de un pueblo al noreste de Shrewsbury. A la casa se llegaba tomando un camino de una sola dirección rodeado de árboles y frondosos setos a ambos lados. Se había mudado a este lugar absurdamente recóndito y aislado a principios de año, después de comprarlo gracias a la venta de su apartamento de

dos dormitorios en Belsize Park, de la que además le había quedado un remanente suficiente para financiarse su modesto tren de vida durante varios años. La casa era demasiado grande para un hombre soltero, pero todavía no era soltero cuando la compró. Tenía cuatro dormitorios, dos salas de estar, un comedor, una gran cocina americana con electrodomésticos Aga y un estudio con unos amplios ventanales emplomados que daban al río. Hasta entonces Benjamin había sido muy feliz allí y había disipado las sospechas de amigos y familiares que consideraban que había cometido un terrible error.

La casa estaba plagada de rincones traicioneros y escaleras estrechas y empinadas. No era el sitio más adecuado para traer a su padre de ochenta y dos años. Sin embargo, Benjamin se las apañó para sacarlo del coche, ayudarlo a subir por la escalera hasta la sala de estar y desde allí el siguiente tramo –más corto, pero con un giro complicado hacia la derecha– hasta la cocina, después salieron por la puerta trasera y bajaron los escalones metálicos que llevaban a la terraza. Le buscó un cojín, le sirvió en un vaso una cerveza de lata y estaba ya sentándose a su lado para mantener una conversación de compromiso junto al río cuando oyó un coche que se detenía ante la puerta principal.

–¿Quién demonios será?

Colin, que no había oído nada, se limitó a mirarlo con desconcierto.

Benjamin se levantó y se dirigió con paso rápido hacia la sala de estar. Abrió la ventana y al inclinarse para observar el jardín delantero vio a Lois y su hija Sophie plantadas ante la puerta, a punto de llamar.

–¿Qué hacéis aquí? –les preguntó.

–Llevo una hora intentando contactar contigo por teléfono –le respondió su hermana–. ¿Por qué narices lo tienes desconectado?

–Lo he desconectado porque no quería que empezase a sonar en medio del funeral –explicó Benjamin.

–Estábamos muy preocupadas por ti.

–No teníais por qué. Estoy bien.

–¿Por qué te has largado sin decir nada?

–Necesitaba salir de allí.

–¿Dónde está papá?

–Aquí conmigo.

–Nos lo podrías haber dicho.

–No he caído.

–¿No te has despedido de nadie?

–No.

–¿Ni siquiera de Doug?

–No.

–Ha venido desde Londres.

–Ya le mandaré un mensaje.

Lois suspiró. A veces su hermano la sacaba de sus casillas.

–Bueno, ¿al menos nos vas a dejar entrar y nos vas a ofrecer una taza de té?

–De acuerdo.

Las guió a través de la casa y se unieron a Colin en la terraza, mientras Benjamin se quedaba en la cocina preparando el té y una copa de vino blanco para Sophie. Llevó las bebidas en una bandeja, bajando con cuidado los escalones y parpadeando cuando el sol del atardecer le dio directo en la cara.

–Ben, aquí fuera se está de maravilla –comentó Lois.

–Te debe ir estupendo para escribir –dijo Sophie–. Podría quedarme aquí escuchando el río y trabajando durante horas.

–Ya te lo dije –le recordó Benjamin–, puedes venir cuando quieras. Acabarías la tesis en un periquete.

Sophie sonrió y explicó:

–Ya la he terminado. La acabé la semana pasada.

–Guau. Felicidades.

–Tu madre nunca entendió qué le habías visto a este sitio –dijo Colin–. Y yo tampoco. Está en medio de la nada.

Benjamin digirió el comentario y pensó que no merecía respuesta, aunque fuese capaz de articular una.

–Ah, vaya –dijo, y por fin pudo sentarse, dejando escapar un cansino y leve suspiro de satisfacción. Estaba a punto de tomar el primer sorbo de té cuando oyó otro coche que se detenía ante la casa.

–¿Qué puñetas...?

Volvió a asomar la cabeza por la ventana de la sala de estar y en esta ocasión divisó el coche de Doug, que estaba inclinado, con el culo saliendo por la puerta, mientras cogía un portátil del asiento trasero. De pronto se incorporó y Benjamin descubrió desde este ángulo algo en lo que hasta ahora nunca se había fijado: la calva en la coronilla de Doug. Una calva cada vez más pronunciada. Por un instante, Benjamin sintió una punzada de mezquina y competitiva satisfacción. Doug lo vio y gritó:

–¿Por qué tienes el móvil apagado?

Sin responder, Benjamin bajó para abrirle.

–Hola –dijo–. Acaban de llegar Lois y Sophie.

–¿Por qué te has marchado sin despedirte?

–Es como el principio de *El Hobbit*. Una partida inesperada.

Doug lo echó a un lado con delicadeza.

–De acuerdo, Bilbo –dijo–. ¿Me vas a dejar entrar?

Subió escaleras arriba, dejando a Benjamin paralizado por la sorpresa, y fue directo a la cocina. Doug solo había estado en la casa una vez, pero parecía recordar a la perfección cómo moverse por ella. Cuando Benjamin lo alcanzó ya había sacado el portátil de la funda, se había instalado en la cocina y estaba tecleando.

–¿Cuál es la contraseña de tu wifi? –le preguntó.

–No lo sé. Tendré que mirarlo en el router.

–Pues date prisa, por favor. –Mientras Benjamin desaparecía en la sala de estar para cumplir la misión encomendada, Doug le gritó–: Por cierto, muy bonito el discurso de hoy.

–Gracias.

–Bueno, no el discurso, el panegírico, o como sea que se llame. Has conseguido que a mucha gente se le saltasen las lágrimas.

–Bueno, supongo que esa era la idea.

–Hasta Paul parecía emocionado.

Mientras apuntaba la contraseña, Benjamin se quedó petrificado al oír mencionar el nombre de su hermano. Al poco rato reapareció en la cocina y dejó el pedazo de papel junto al ordenador de Doug.

–Tiene narices que se haya presentado hoy.

–Ben, era el funeral de su madre. Tiene todo el derecho a aparecer.

Benjamin no dijo nada, se limitó a coger un trapo de cocina y se puso a secar unas tazas.

–¿Has hablado con él? –le preguntó Doug.

–Llevo seis años sin hablar con él. ¿Por qué iba a hacerlo hoy?

–De todos modos, ya se ha marchado. De vuelta a Tokio. El vuelo despegaba de Heathrow a las...

Benjamin se dio la vuelta. Tenía la cara enrojecida de rabia.

–Doug, me importa un carajo. No quiero saber nada de él, ¿de acuerdo?

–Entendido. Ningún problema. –Doug, escarmentado, se puso de nuevo a teclear.

–Y por cierto, gracias por venir hoy –le dijo Benjamin, en un esfuerzo por reconciliarse con él–. De verdad que te lo agradezco. A papá le ha llegado al corazón.

–Has elegido un pésimo día –se quejó Doug, sin levantar la vista de la pantalla–. Llevo cuatro semanas siguiendo a Gordon en el recorrido de su campaña. ¿Y qué ha sucedido durante todo este tiempo? Nada. Y justo hoy se desatan los infiernos y yo no estoy allí. Porque estoy retenido en un crematorio de Redditch... –Sin dejar de teclear en ningún momento, no parecía consciente de la brusquedad de sus comentarios–. Ahora tengo que mandarles un artículo de un millar de palabras antes de las siete y lo único que sé es lo que he oído por la radio.

Benjamin trató de llamar su atención sin conseguirlo y finalmente dijo:

–Bueno, mira, te dejo con lo tuyo.

No obtuvo respuesta, de modo que optó por marcharse y cuando ya salía por la puerta de la cocina a la terraza oyó que Doug le preguntaba sin alzar la vista:

–¿Puedo quedarme aquí esta noche?

Sorprendido por la pregunta, Benjamin dudó unos instantes y asintió.

–Claro.

Ninguno de los invitados sentados en la terraza esa tarde llegaría a enterarse, porque jamás le contaría la verdad a ninguno de ellos, pero Benjamin había comprado esta casa para hacer realidad una fantasía. Muchos años atrás, en mayo de 1979 –cuando Gran Bretaña se preparaba, como ahora, para unas trascendentales elecciones generales–, sentado en un pub llamado The Grapevine en Paradise Place, Birmingham, se había puesto a fantasear sobre su futuro. Imaginó que Cicely Boyd, la chica de la que estaba enamorado, seguiría compartiendo su lecho décadas después, y una vez casados, cerca de la sesentena y con los hijos ya fuera de casa, vivirían los dos en un molino reformado en Shropshire, donde Benjamin escribiría música y Cicely escribiría poesía y por las noches organizarían espléndidas cenas para sus amigos. «Organizaremos cenas de esas que la gente no olvida», se había dicho a sí mismo. «La gente atesorará como recuerdos imborrables las veladas pasadas en nuestra casa.» Obviamente, las cosas no salieron tal como se esperaba. Desde aquel día no volvió a ver a Cicely durante años. Pero al final volvieron a encontrarse y vivieron juntos en Londres durante varios años que fueron..., bueno, siendo francos, desoladores, porque Cicely estaba muy enferma y era desesperante vivir con ella, y en un último intento de hacer realidad esa fantasía, en un perverso esfuerzo por revivir el pasado llevando a cabo su visión pasada del futuro, Benjamin había sugerido vender el apartamento y utilizar parte del dinero para

comprar esta casa y utilizar otra parte para enviar seis meses a Cicely al oeste de Australia, donde se decía que un médico había desarrollado una cura, carísima pero milagrosa, para la esclerosis múltiple. Y tres meses después, cuando ya había comprado la casa y estaba empezando a amueblarla y decorarla, Cicely le envió un email desde Australia con buenas y malas noticias: la buena noticia era que, en efecto, había mejorado, incluso por encima de las expectativas; la mala era que se había enamorado del médico y no iba a regresar a Inglaterra. Y Benjamin, para su propia sorpresa, se sirvió un generoso vaso de whisky, se lo bebió, se pasó unos veinte minutos riéndose como un suicida chiflado y después siguió pintando el friso, y desde entonces no había vuelto a pensar en Cicely. Y así fue como a los cincuenta acabó viviendo solo en un enorme molino rehabilitado en Shropshire y descubriendo para su sorpresa que nunca había sido más feliz.

Se alegraba de que Lois y Sophie estuvieran allí esa tarde, pese a que su hermana se había presentado hecha una furia. Sabía que el malhumor de su padre no era otra cosa que una máscara para ocultar la melancolía en la que se iría sumergiendo cada vez más hondo a lo largo de las próximas horas. Podía contar con Lois y Sophie para buscar el punto de equilibrio adecuado, el equilibrio entre el duelo por la muerte de Sheila (tan solo seis semanas después de que le diagnosticasen un cáncer de hígado) y el intento de evocar momentos familiares más alegres: historias de infrecuentes pero memorables cenas celebradas por puro capricho en los años setenta, con comida, bebida y vestimentas que hoy resultaban inauditas; unas desastrosas vacaciones en el norte de Gales, con las ovejas balando desamparadas en los campos y la lluvia repiqueteando sin tregua en el techo de la autocaravana; unas vacaciones más gratificantes en los ochenta, un viaje de Colin y Sheila a Dinamarca para visitar a unos viejos amigos, al que se llevaron con ellos a Sophie, mimando a su única nieta. Sophie evocó en voz alta la bondad de la abuela, cómo se acordaba siempre de cuáles eran tus platos favoritos, se interesaba por saber cómo estabas, se acordaba de los nombres de tus amigos y te hacía las preguntas pertinentes sobre ellos, y había mantenido esa forma de ser hasta el final; pero como, mientras hablaba, Colin empezó a mostrarse de nuevo ausente y desolado, Benjamin dio una palmada y dijo: «Bueno, ¿a quién le apetece un poco de pasta?» y fue a la cocina para hervir unos *penne* (tenían que ser *penne*, porque su padre era incapaz de vérselas con nada que hubiera que enrollar con un tenedor) y calentar un poco de su salsa *arrabbiata* casera (últimamente disponía de mucho tiempo libre para practicar las artes culinarias), y cuando llevó la comida a la terraza, en la que ya empezaba

a refrescar y a escasear la luz por el sol poniente, trató de persuadir a su padre de que comiera una ración generosa, al menos más de medio bol, pero le sacó un poco porque Colin dijo que había demasiado y después le volvió a servir un poco porque le había quedado una ración muy escasa, y le preguntó: «¿Esta cantidad te parece bien?», y trató de distender el ambiente añadiendo: «Ni un *penne* de más, ni un *penne* de menos», que le pareció una broma muy adecuada, ya que Jeffrey Archer era uno de los autores favoritos de su padre,¹ pero Colin no pareció pillarla, y entonces Doug comentó que el singular de *penne* era diferente, *penna* o algo por el estilo, y eso arruinó la conversación y cenaron en silencio, escuchando la corriente del río, el sonido del viento entre los árboles y los ruidos de Colin al sorber para meterse la pasta en la boca.

–Voy a acostarlo –susurró Lois hacia las nueve, después de que su padre se hubiera tomado dos whiskies y empezara a dar cabezadas en la silla. Le llevó una media hora hacerlo y mientras tanto Doug se metió en la cocina para comprobar los cambios incorporados a su artículo por el subdirector y Benjamin se puso a hablar con Sophie sobre su tesis, que versaba sobre las representaciones pictóricas de los escritores europeos con antepasados negros en el siglo XIX, tema sobre el que él no tenía ni la más remota idea. Cuando Lois se reunió con ellos, tenía un aire grave.

–Está muy mayor –dijo–. De ahora en adelante no será fácil tratar con él.

–¿Qué esperabas que hiciera hoy? –replicó Benjamin–. ¿Que se pusiera a hacer la rueda?

–Ya lo sé, Ben. Pero llevaban cincuenta y cinco años juntos. Y durante todo ese tiempo él no ha hecho nada solo. No se ha cocinado una comida desde hace medio siglo.

Benjamin sabía lo que le rondaba por la cabeza a su hermana. Que, como buen varón, él encontraría el modo de escurrir el bulto para no tener que cuidar de su padre.

–Iré a verlo –dejó claro él–. Dos veces por semana, tal vez más. Le cocinaré. Y me lo llevaré de compras.

–Es bueno saberlo. Gracias. Y yo haré lo que esté en mi mano.

–Pues ya está. Ya nos las apañaremos. Claro que –y al hacer la siguiente observación sabía que estaba adentrándose en aguas pantanosas– todo sería más fácil si pasases un poco más de tiempo en Birmingham.

Lois no respondió.

–Con tu marido –añadió él de forma aclaratoria.

Lois bebió un sorbo de café con aire enfurruñado.

–Te recuerdo que trabajo en York.

–Claro. Pues podrías bajar cada fin de semana, en lugar de... ¿cada cuánto, cada tres o cuatro?

–Chris y yo llevamos años viviendo así, y nos va de maravilla. ¿No es así, Sophie?

La hija, en lugar de sumarse a la causa de Lois, se limitó a decir:

–A mí me parece raro.

–Estupendo. Gracias. No a todas las parejas les gusta vivir pegadas. No veo que tú y tu actual novio tengáis mucha prisa por iros a vivir juntos.

–Eso es porque hemos roto.

–¿Qué? ¿Cuándo?

–Hace tres días. –Sophie se levantó–. Vamos, mamá, es hora de volver a casa. Me gustaría tener una charla con papá antes de acostarme, aunque a ti no te parezca razonable. Te lo explicaré todo en el coche.

Benjamin las acompañó hasta el coche, le dio un beso a su hermana y un largo abrazo a su sobrina.

–Estupenda noticia lo de la tesis –le dijo–. No tan buena la del novio.

–Sobreviviré –replicó Sophie con una débil sonrisa.

–Dame las llaves –le pidió Lois–. Te has tomado tres copas de vino.

–No es verdad –aseguró Sophie, dándoselas de todos modos.

–Además, conduces demasiado rápido –dijo Lois–. Estoy segura de que viniendo hacia aquí la cámara de un radar nos ha sacado una foto.

–No lo creo, mamá, ha sido un reflejo en el parabrisas de otro coche.

–Lo que tú digas. –Lois se volvió hacia su hermano–. Creo que hoy se habría sentido orgullosa. Has hecho un discurso muy bonito. Se te da muy bien jugar con las palabras.

–Eso espero. He escrito mucho.

Lois le dio otro beso.

–Bueno, creo que eres el mejor escritor inédito del país. No hay discusión posible.

Otro abrazo, cerraron las puertas del coche y Benjamin se despidió con la mano, deslumbrado por los faros del coche, mientras daban la vuelta con cuidado para enfilarse al camino de acceso.

El ambiente todavía era lo bastante cálido como para dejar la ventana de la sala abierta. A Benjamin le encantaba hacerlo cuando el tiempo lo permitía,

sentarse solo, a veces a oscuras, y escuchar los sonidos de la noche, la llamada de un aullido, el aullido de un zorro de caza y sobre todo el murmullo, eterno e inmutable, del río Severn (que en esta zona era un recién llegado a Inglaterra después de haber cruzado la frontera de Gales unos kilómetros aguas arriba). Pero ese día era diferente: estaba acompañado por Doug, aunque ninguno de los dos parecía tener mucha prisa por iniciar una conversación. Llevaban casi cuarenta años siendo amigos y no había gran cosa que no supieran el uno del otro. Al menos para Benjamin, bastaba con estar allí sentados, frente a frente, junto a la chimenea, cada uno con un vaso de Laphroaig en la mano, y dejar que las emociones del día se aposentasen y se disolviesen en la quietud nocturna.

Finalmente, sin embargo, fue él quien rompió el silencio.

–¿Has quedado contento con tu artículo? –preguntó.

El tono de la respuesta de Doug fue de un inesperado desdén.

–Supongo que sí –dijo–. Para ser sincero, últimamente me siento un poco como un fraude. –Cuando Benjamin lo miró sorprendido, se acomodó en el sillón y se explicó–: La verdad es que creo que estamos en una encrucijada. El laborismo está acabado. Estoy convencido. La gente está indignada y nadie sabe cómo remediarlo. Lo he oído una y otra vez en la caravana de campaña de Gordon estos últimos días. La gente ve a esos tíos de la City que casi hundieron la economía hace un par de años y se han ido de rositas, ninguno de ellos ha pisado la cárcel y ahora vuelven a cobrar sus bonus mientras el resto de nosotros tenemos que apretarnos el cinturón. Los salarios están congelados. La gente no tiene el puesto de trabajo garantizado, ni planes de pensiones, no se pueden permitir irse de vacaciones con la familia ni reparar el coche. Hace unos años se sentían ricos. Ahora se sienten pobres.

Doug se estaba animando. Benjamin sabía que le encantaban este tipo de conversaciones, e incluso ahora, después de veinticinco años trabajando como periodista, nada le satisfacía más que cantar las verdades de la política británica. Él no compartía el entusiasmo de su amigo, pero sabía cómo manejarlo.

–Yo creía que a quien todo el mundo odiaba era a los tories –dijo para dar juego–, por el escándalo de los gastos. Lo de meter ahí la hipoteca de la segunda residencia, y todo eso...

–La gente culpa de eso a ambos partidos. Y eso es lo peor. Todo el mundo se ha vuelto cínico. «Oh, son igual de lamentables que los otros...» Por eso los resultados siempre eran bastante equilibrados, hasta hoy.

–¿Crees que va a haber tanta diferencia? No ha sido más que un error. Un desliz.

–Ahora basta con eso. Así de volátiles son hoy en día las cosas.

–Entonces es un momento óptimo para alguien como tú. Tienes un montón de material sobre el que escribir.

–Sí, pero yo... estoy desconectado de todo eso. El resentimiento, la sensación de miseria. No lo palpo. Soy un mero espectador. Vivo en esta maldita... burbuja. Vivo en una casa en Chelsea que vale millones. La familia de mi mujer es propietaria de la mitad de los terrenos de los condados de alrededor de Londres. No sé de lo que estoy hablando. Y eso se nota en mis artículos. Desde luego que sí.

–Y cambiando de tema, ¿cómo van las cosas con Francesca? –preguntó Benjamin, que antes envidiaba a Doug su rica y guapa esposa, pero desde hacía algún tiempo había dejado de envidiarle nada a nadie.

–Bastante chungas, la verdad –respondió Doug, con la mirada perdida y un aire malhumorado–. Estos días dormimos en habitaciones separadas. Por suerte tenemos un montón.

–¿Y qué opinan vuestros hijos? ¿Han hecho algún comentario?

–Es difícil saber lo que piensa Ranulph. Está demasiado obsesionado con el Minecraft como para dignarse hablar con su padre. Y en cuanto a Corrie...

Benjamin había notado desde hacía ya tiempo que Doug nunca se refería a su hija por su nombre completo, Coriander. Detestaba el nombre (elegido por su mujer) incluso más que su desafortunada portadora de doce años. Y ella jamás respondía si no la llamaban «Corrie». El uso del nombre completo provocaba normalmente mutismo y una mirada ausente, como si alguien estuviese llamando a un desconocido invisible.

–Bueno –continuó Doug–, en su caso todavía queda cierta esperanza. Tengo la sensación de que está empezando a odiarnos a Fran y a mí y a todo lo que representamos, lo cual sería una excelente noticia. Hago todo lo que puedo para animarla a seguir adelante. –Volvió a llenarse el vaso de whisky y continuó–: Hace un par de semanas la llevé a la vieja factoría de Longbridge. Le hablé de su abuelo y de lo que hacía allí. Intenté explicarle qué era un delegado sindical. La verdad es que es bastante complicado tratar de hacerle entender a una niña de Chelsea que va a un colegio privado lo que eran los sindicatos en los años setenta. Y, joder, ya apenas queda nada de ese lugar.

–Lo sé –dijo Benjamin–. Papá y yo hemos ido alguna que otra vez a echar un vistazo.

La idea de que, muchos años atrás, sus respectivos padres estaban en bandos opuestos en la gran división social que marcaba el desarrollo industrial de

Inglaterra les hizo sonreír y puso en marcha dos trenes paralelos de recuerdos, que en el caso de Doug acabó desembocando en esta pregunta:

–¿Y cómo estás tú? La verdad es que tienes buen aspecto. Esto de vivir en un cuadro de John Constable te sienta de maravilla.

–Bueno, ya lo veremos. Todavía es pronto para saberlo.

–Pero con respecto a Cicely..., ¿ya lo has superado?

–Por supuesto que sí. En este sentido estoy más que bien. –Se inclinó hacia delante–. Doug, me he pasado más de treinta años atrapado en una obsesión romántica. Y ahora se ha terminado. ¿Te puedes imaginar lo bien que me siento?

–Claro, pero ¿qué vas a hacer con esta libertad? No puedes pasarte el día aquí sentado, preparando salsa para la pasta y escribiendo poemas sobre vacas.

–No lo sé... Papá va a necesitar que cuidemos de él. Supongo que dedicaré bastante tiempo a eso.

–No tardarás en aburrirte de coger el coche para ir a Rednal y volver.

–Bueno..., quizá se podría instalar aquí.

–¿De verdad estarías dispuesto? –le preguntó Doug, y como Benjamin no respondió y él se percató de que volvía a tener el vaso vacío, se levantó con cierto esfuerzo y dijo–: Creo que me voy a acostar. Mañana tendré que madrugar si quiero estar en Londres a las nueve.

–De acuerdo, Doug. Ya sabes el camino, ¿verdad? Yo me voy a quedar un rato más. Para... digerirlo todo, ya sabes.

–Te entiendo. Es duro afrontar la muerte de uno de tus padres. De hecho, hay pocas cosas más duras. –Posó una mano sobre el hombro de Benjamin y le dijo con un tono emotivo–: Buenas noches, colega. Hoy has estado a la altura.

–Gracias –replicó Benjamin. Le dio unas palmaditas en la mano a Doug, aunque no fue capaz de añadir «colega». Nunca lo lograba.

A solas en la sala de estar, se volvió a llenar el vaso y fue a sentarse en el alféizar de madera de la ventana. La abrió un poco más para que el aire fresco le diera en la cara. La rueda del molino llevaba inutilizada varias décadas y ahora el río, que ya no estaba desviado y canalizado, fluía con un ritmo constante, sin agitación ni estruendo, con una apacible corriente continua y ondulada. Había salido la luna y Benjamin vio murciélagos revoloteando ante el telón de fondo del luminoso cielo gris. De pronto le invadió una profunda tristeza. Ya no pudo mantener a raya por más tiempo los pensamientos que llevaba todo el día intentando evitar: la ineludible realidad de la muerte de su madre, su agonía durante las últimas semanas.

Le vino a la cabeza una pieza musical y sintió la necesidad de escucharla. Una

canción. Se acercó al estante en el que había dejado el iPod colocado sobre el altavoz, lo cogió y se puso a buscar entre la lista de artistas. Por lo visto lo último que había escuchado era a los XTC. Fue pasando a Wilson Pickett, Vaughan Williams, Van der Graaf Generator, Stravinsky, Steve Swallow, Steely Dan, Stackridge y Soft Machine hasta llegar al nombre que buscaba: Shirley Collins, la cantante folk de Sussex cuyos discos había empezado a coleccionar en los ochenta. Le gustaba todo lo que había grabado, pero había una canción en particular que durante las últimas semanas había adquirido para él un sentido especial. Benjamin la seleccionó, pulsó el play y justo cuando estaba a punto de sentarse en el alféizar para contemplar el río iluminado por la luna, la potente y austera voz de Collins, sin ningún acompañamiento y con mucha reverberación, emergió del altavoz y llenó la habitación con una de las canciones folk inglesas más sobrecogedoras y melancólicas jamás escrita.

Adiós, vieja Inglaterra, adiós
Y adiós a algunos cientos de libras
Si el mundo se hubiera acabado cuando era joven
Nunca habría conocido estos pesares

Benjamin cerró los ojos y bebió otro sorbo del vaso. Vaya día había tenido, con tal cúmulo de recuerdos, encuentros y conversaciones difíciles. Su exesposa Emily había aparecido en el funeral con sus dos hijos pequeños y su marido Andrew. Su hermano Paul, con el que hacía años que no se hablaba, había venido desde Japón, y ni siquiera se sintió capaz de establecer contacto visual con él, ni durante el funeral, ni en la recepción posterior. Acudieron también tías y tíos, amistades olvidadas y primos lejanos. Apareció Philip Chase, el más fiel de sus amigos del colegio King William y también, de manera inesperada, Doug, e incluso Cicely le había dado el pésame por email desde Australia, un gesto que iba mucho más allá de lo que Benjamin esperaba de ella. Y por encima de todo tuvo a su lado a Lois, cuya lealtad a su hermano era absoluta y cuya mirada se nublaba por la tristeza cada vez que creía que nadie la miraba. Lois, cuyos veintiocho años de matrimonio seguían siendo un misterio para él y cuyo marido, que se mantuvo todo el día solícitamente a su lado, con suerte logró recibir alguna ocasional mirada de ella...

Antaño bebía lo mejor
El mejor brandy y el mejor ron

Ahora me conformo con un vaso del agua fresca
Que fluye de ciudad en ciudad

La melodía arrastró a Benjamin hasta las dos últimas semanas de vida de su madre, cuando ya era incapaz de hablar y permanecía recostada en la cama del viejo dormitorio, y él se sentaba con ella durante horas y al principio hablaba, tratando de mantener un monólogo, pero acabó teniendo que admitir que era inviable y decidió configurar una lista de reproducciones musicales para llenar el silencio entre ellos. De modo que preparó la lista, la ponía en reproducción aleatoria y durante el resto del tiempo que pasaron juntos –el resto de la vida de su madre– Benjamin apenas le dirigía la palabra, pero permanecía sentado al borde de la cama y le cogía la mano mientras escuchaban a Ravel y Vaughan Williams, a Finzi y Bach, la música más relajante que fue capaz de reunir, con la voluntad de que su madre llegase al final de su vida arropada por la belleza, y en la lista de reproducciones había más de quinientos temas y esta canción no salió durante mucho tiempo, casi hasta el último día...

Antaño me podía permitir el buen pan
Buen pan hecho con buen trigo
Ahora me doy por satisfecha con un pan rancio y duro
Y doy gracias por tener algo que comer

... También estaban en aquella casa Lois y su padre, pero ellos carecían de su capacidad de permanecer allí inmóviles, ellos entraban y salían del dormitorio, buscaban algo que los mantuviese ocupados en el piso de abajo: hacer el té, preparar la comida; en cambio, a Benjamin no le desagradaba la inactividad, se sentía cómodo allí sentado, y su madre también se sentía cómoda así, a ambos les gustaba quedarse simplemente mirando por la ventana el cielo, que ese día, lo recordaba bien, era de un intenso gris plomizo, un cielo bajo, opresivo, tal vez simplemente típico de un deprimente abril, o tal vez, pensó, tuviera algo que ver con la nube de ceniza volcánica que se había desplazado hacia Europa desde Islandia y estaba generando titulares de periódicos y el caos aéreo por todo el continente, y fue mientras contemplaba ese cielo y la insólita penumbra en pleno mediodía, cuando la canción de Shirley Collins empezó a sonar al azar por el algoritmo del iPod y fue desgranando su desolada historia de un antiguo revés de la fortuna...

Antaño podía echarme en una buena cama
Una buena cama bien mullida
Ahora me doy por satisfecha con un montón de paja limpia
Que me proteja del frío suelo

Al prestar atención a la letra, Benjamin pensó que debía de ser una canción del siglo XVIII o principios del XIX, y ponía voz a la desolación de un prisionero que espera un traslado, pero las asociaciones que despertó en su mente esa noche no tenían nada que ver con derribar muros o colchones infestados de ratas; en lugar de eso pensó en lo que Doug le había dicho sobre la indignación que había percibido en la gente durante las últimas semanas en los actos electorales de Gordon Brown, la creciente sensación de injusticia, el resentimiento contra las élites financiera y política que habían engañado a la gente y se habían ido de rositas, la rabia contenida de una clase media que se había acostumbrado a las comodidades y la prosperidad y ahora veía cómo todo eso se le escapaba de las manos: «Hace unos años se sentían ricos, ahora se sienten pobres...»

Antaño me desplazaba en carroza
Con sirvientes que la conducían
Ahora estoy en la cárcel, en una celda tan estrecha
Que no sé ni hacia qué lado me puedo volver

... Sí, era posible extraer este sentido de la letra, deducir una historia de pérdida de privilegios cuyos ecos resonaban a través de los siglos, pero en realidad lo hermoso de la canción, lo que emocionaba a Benjamin y le llegaba al corazón, era la melodía, esa sucesión de notas que parecía tan precisa, majestuosa y de algún modo... *inevitable*, el tipo de melodía que en cuanto la escuchas, tienes la sensación de que ya la conocías desde siempre y esa, supuso, debió de ser la razón por la que, aquella mañana, cuando la canción se acercaba al final y Shirley Collins repetía el primer verso con su voz de marcado y misterioso acento, que cortaba las palabras como un rayo de sol atravesando las aguas color vino de un río, justo en ese momento en que se repetía el primer verso, sucedió algo inesperado: la madre de Benjamin emitió un sonido, el primero que emitía desde hacía días, y es que todo el mundo había dado por hecho que las cuerdas vocales ya no le respondían, pero no era así, porque intentaba decir algo, o al menos eso es lo que imaginó él durante unos instantes, pero entonces se dio cuenta de que no decía ninguna palabra, no estaba

hablando, la voz era demasiado aguda, el tono demasiado irregular, y aunque iba por completo dispareja con respecto a la grabación, su madre estaba *intentando cantar*; la canción le había despertado un viejo recuerdo y de las profundidades de su mente moribunda emergía, o trataba de emerger, una respuesta instintiva y primaria, y cuando el último verso llegó a su fin, Benjamin sintió un hormigueo al oír la otra voz, ese hilo de voz, esa voz inverosímilmente débil que tenía que ser la de su madre (aunque no recordaba haberla oído cantar nunca, ni una sola vez en todo el tiempo que habían pasado juntos), pero que en ese momento parecía provenir de una presencia incorpórea en la habitación, de un ángel o espíritu que anunciaba que su madre se iba a transformar en una entidad inmaterial...

Adiós, vieja Inglaterra, adiós
Y adiós a algunos cientos de libras
Si el mundo se hubiera acabado cuando era joven
Nunca habría conocido estos pesares

La canción había terminado. El silencio se apoderó de la sala y la oscuridad se cernió sobre el río.

Benjamin lloró, primero en silencio, después con sollozos cortos, jadeantes y convulsos que le sacudían el cuerpo y le provocaban dolor en las costillas y espasmos en los poco entrenados músculos de su rollizo estómago.

Cuando se calmó, permaneció sentado frente a la ventana y trató de relajarse para acostarse. ¿Debía echar un vistazo a su padre? Después del whisky y las emociones del día tendría que estar profundamente dormido. Pero Benjamin sabía que, desde hacía tiempo, a su padre le costaba conciliar el sueño; le sucedía desde hacía meses si no años, mucho antes de la enfermedad de su mujer. Parecía vivir en un permanente estado de ira contenida, que le alteraba tanto por las noches como durante el día. El comentario que hoy le había hecho a Benjamin sobre las cámaras de los radares de velocidad –«Estos cabrones solo buscan sacarte pasta a cada paso que das»– era típico de él. Colin podía no especificar quiénes eran «estos cabrones», pero sentía su presencia arrogante y manipuladora y la detestaba con toda su alma. Tal como le había dicho Doug a Benjamin: «La gente está indignada, muy indignada», aunque no supieran explicar por qué o con quién.

Benjamin se levantó para cerrar la ventana y echó una última mirada al río. ¿Eran imaginaciones suyas o esa noche la corriente tenía algo más de caudal y

descendía un poco más rápido? Cuando compró la casa, mucha gente le preguntó si había pensado en el riesgo de una crecida del río y Benjamin siempre desestimaba esa posibilidad con altanería, pero la pregunta sembró la sombra de la duda. Le gustaba pensar que el río era su amigo, un compinche afable cuyo comportamiento él entendía muy bien y en cuya compañía se sentía cómodo. ¿Se estaba engañando a sí mismo? Si en algún momento el río abandonaba sus pacíficos y razonables hábitos, si por alguna razón impredecible se enojaba, ¿qué forma tomaría su ira?

Octubre de 2010

A lo largo de los años, Sophie había sufrido varias decepciones amorosas. Su primera relación seria, con Patrick, el hijo de Philip Chase, no sobrevivió a la universidad. Durante su máster en Bristol conoció a un chico en el que vio a su alma gemela, Sohan, un apuesto estudiante de literatura inglesa cuyos padres eran de Sri Lanka. Pero resultó que era gay. Después apareció Jason, que, como ella, cursaba un doctorado en el Courtauld. Pero la había engañado con su tutora, y su sucesor, Bernard, estaba tan sumergido en su tesis sobre los cuadernos de notas de Sisley que ella dio por concluida la relación sin que él se enterase siquiera. Harta de tantos novios intelectuales, Sophie había tomado una decisión: si tenía que encontrar alguno más (aunque no tenía ninguna prisa en hacerlo) iba a lanzar la red lejos del mundo académico.

Y entretanto tuvo un golpe de suerte: al final del trimestre veraniego, le llegó un email de un compañero de la Universidad de Birmingham que la invitaba a presentarse para una beca de dos años como profesora allí. Lo hizo y se la concedieron, y en agosto de 2010 dejó su habitación en Muswell Hill y se dirigió por la M-40 con sus bártulos a su nuevo destino, de regreso a la ciudad en la que había nacido. Y a falta de mejor alternativa, se instaló provisionalmente en casa de su padre.

En esa época Christopher Potter vivía en una calle arbolada en Hall Green, que cruzaba en diagonal Stratford Road, pero permanecía ajena a la constante procesión de coches en ambas direcciones de esa arteria. Tenía una casa pareada que se suponía que compartía con su mujer, pero en la práctica vivía solo. Durante años la residencia familiar había sido la de York, donde Lois trabajaba de bibliotecaria en la universidad y Christopher ejercía de abogado en demandas por lesiones. En la primavera de 2008, con su única hija entonces instalada en Londres y con la salud de la madre de Christopher y ambos padres de Lois en declive, él sugirió que se instalasen de nuevo en Birmingham. Lois aceptó, pareció que de buen grado. Christopher pidió, y le concedieron, un traslado a las oficinas de su empresa en las Midlands. Vendieron la casa y compraron una nueva. Y entonces, en el último minuto, Lois hizo un anuncio sorprendente: no

quería dejar su trabajo, no tenía claro que sus padres la necesitasen más cerca y no soportaba la idea de regresar a la ciudad en la que, hacía más de treinta años, su vida había descarrilado por una tragedia personal que todavía la atormentaba. Decidió que se quedaría en York, y a partir de entonces solo se veían los fines de semana.

Christopher digirió la nueva situación lo mejor que pudo, pensando (aunque nunca lo explicitó) que era algo temporal. Pero no se sentía cómodo, no le gustaba estar solo, y se mostró encantando cuando Sophie le contó lo de su nuevo trabajo y le preguntó si podía instalarse con él durante un tiempo.

A Sophie se le hizo raro e incómodo volver a vivir con su padre. Tenía veintisiete años y no formaba parte de su plan de vida seguir viviendo con uno de sus progenitores. Se había dejado seducir enseguida por el multitudinario, espontáneo y en cierto modo jactancioso cosmopolitismo de Londres y no estaba muy convencida de poder encontrar algo similar en Birmingham. Christopher era afable y resultaba fácil entenderse con él, pero la atmósfera en la casa era opresivamente silenciosa. No tardó en recibir con entusiasmo cualquier oportunidad de largarse de allí, aunque fuese solo por uno o dos días, y si se trataba de un viaje a Londres, la felicidad ya era completa.

El jueves 21 de octubre salió del campus universitario a las tres de la tarde sin perder ni un minuto. Estaba contenta: su seminario sobre los románticos rusos había sido todo un éxito. Ya era una profesora popular entre sus estudiantes. Como de costumbre, había ido al campus en coche. Su abuelo Colin, cuyos problemas de visión ya no le permitían conducir, le había regalado hacía poco su machacado Toyota Yaris. (La época en que compraba marcas británicas por patriotismo hacía mucho que había quedado atrás.) Sophie tenía billete para un tren a Londres a media tarde y, para ahorrarse algo de dinero, había elegido el trayecto más económico y también más lento, que atravesaba los Chilterns y acababa en la estación de Marylebone. Primero tenía que conducir hasta la estación de Solihull y aparcar el coche. Confió en que el trayecto por las avenidas sería fluido y relajado, y que no tendría ningún problema al atravesar una ciudad por la que –a diferencia de la capital– era fácil transitar tanto en vehículo privado como en transporte público. Pero se encontró con algunos embotellamientos y pasada una media hora empezó a inquietarle la posibilidad de perder el tren. Por eso cuando enfiló Streetsbrook Road pisó el acelerador y aceleró hasta los sesenta kilómetros por hora. El límite de velocidad en ese tramo era de cincuenta y la cámara del radar lanzó un destello a su paso.

Al apearse del tren en Marylebone, se percató de que no iba a llegar a tiempo a su cita con Sohan. Tomó un atajo por Marylebone Road hasta Gloucester Place y recorrió las calles secundarias semivacías, con sus altas casas georgianas de fachadas color crema, hasta llegar a Marylebone High Street. Allí ya se topó con más bullicio y tuvo que avanzar entre la multitud de peatones de primera hora de la tarde. Al oír las diversas lenguas que se hablaban en la calle le vino a la memoria la época en que, unos años atrás, Benjamin todavía vivía en Londres. Colin y Sheila fueron a visitarlo y ella cenó con su tío y sus abuelos en un italiano en Piccadilly. «Creo que de camino aquí no he oído ni una palabra en inglés», comentó Colin, y ella se percató de que lo que provocaba las quejas del abuelo era precisamente lo que a ella más le gustaba de esa ciudad. Esa noche ya había oído hablar en francés, italiano, alemán, polaco, urdu, bengalí y algunos otros idiomas que no era capaz de identificar. No le importaba lo más mínimo no entender la mitad de las cosas que la gente decía; el Babel de voces se sumaba a esa sensación de benigna confusión que le encantaba: se fundía con el murmullo general de la ciudad y el caleidoscopio de colores de los semáforos, faros y luces traseras de los coches, farolas y escaparates; era la constatación de que millones de vidas separadas y desconocidas coincidían fugazmente cuando la gente se cruzaba en las calles. Sophie paladeaba todo eso pese a tener que acelerar el paso mientras iba consultando la hora en el móvil, preocupada porque iba a llegar unos minutos tarde al edificio de la universidad.

Sohan ya la estaba esperando en una mesa del bar Robson Fisher, un lugar con iluminación tenue frecuentado sobre todo por estudiantes de posgrado y profesores. Ante él tenía dos copas de prosecco. Deslizó una hacia Sophie.

–Dios mío –dijo él–. Te veo pálida y mustia. Debe ser ese terrible clima norteco.

–Birmingham no está en el norte –replicó ella, y le dio un beso en la mejilla.

–Bueno, de todas formas, echa un trago –dijo él–. ¿Cuánto tiempo hace que no bebes esto?

Sophie bebió un trago largo.

–Se puede comprar donde vivo. Llegó en..., creo que en 2006. ¿Ya han aparecido las celebridades?

–No lo sé. Si es así, estarán en la Sala Verde.

–¿No deberíamos unirnos a ellos?

–Dentro de un rato. No hay prisa.

Sohan había invitado a Sophie –sobre todo para que le diese apoyo moral– a un acto en el que iba a moderar la discusión entre dos eminentes novelistas, uno

inglés y el otro francés. El inglés, Lionel Hampshire, era más o menos famoso, como mínimo en círculos literarios. Veinte años atrás había publicado una novela que ganó el Premio Booker y le forjó una reputación: *El ocaso de las nutrias*, un libro breve, mitad autobiográfico, mitad ficción, que de algún modo supo captar el espíritu de los tiempos. Aunque nada de lo que escribió posteriormente había logrado un éxito parecido (su obra más reciente, una estrambótica incursión en la ciencia ficción feminista titulada *Fallopi*, había recibido palos de la crítica), a él no parecía preocuparle demasiado: el prestigio del premio a temprana edad le había bastado para mantener una lucrativa carrera desde entonces, y todavía se daba aires de personaje cuyos laureles le aseguraban pasar a la posteridad.

Por su parte, el escritor francés –se llamaba Philippe Aldebert– era un desconocido.

–¿Quién es? –preguntó Sophie.

–Oh, no te preocupes. Me he estado informando –dijo Sohan–. Por lo visto en su país es una gran estrella. El Premio Goncourt, el Femina. Ha escrito doce novelas, pero aquí solo se han publicado un par de ellas; ya sabes cómo son los británicos: no les gusta que un mindundi extranjero venga a la tierra de Dickens y Shakespeare a decirles cómo hay que hacer las cosas.

–¿Estás nervioso por moderar el debate? –le preguntó Sophie.

El acto lo habían organizado conjuntamente los departamentos de literatura francesa e inglesa. Sohan era uno de los miembros más jóvenes del segundo, aunque de momento era un mero profesor asociado, pero como ya escribía en el *New Statesman* y el *TLS*, era lógico que hubieran pensado en él para un acto de este tipo, que pretendía ser abierto al público general además de para el profesorado y los estudiantes.

–Un poco –admitió, y alzó la copa–. Ya llevo tres.

–No acabo de entender el título que le has puesto –dijo Sophie, mirando el folleto que tenían sobre la mesa. En él se anunciaba que el tema de discusión del debate iba a ser «Ficcionalizar la vida, vivir en la ficción»–. ¿Qué significa?

–¿Cómo voy a saberlo? Van a reunir a dos escritores que no tienen nada que ver entre sí excepto una altísima opinión sobre sí mismos. Algún título tenía que ponerle. Ambos escriben ficción. Ambos escriben sobre «la vida», o en cualquier caso sobre su versión de ella. Con un título así seguro que no me equivoco.

–Supongo que no...

–Bueno, escucha, terminará hacia las nueve, así que he reservado mesa para las nueve y medie. Nosotros dos solos.

–¿No tienes que cenar con los demás?

–Ya me inventaré una excusa. Es a ti a quien quiero ver. Hace siglos que no nos veíamos. ¡Y estás tan pálida!

La sala de actos estaba casi llena: debía de haber unas doscientas personas. Había algunos estudiantes, pero la mayoría de los rostros pacientes y expectantes que Sophie vio a su alrededor eran de cincuentones o gente incluso más mayor. Desde su sitio en una de las últimas filas veía al fondo el escenario a través de un mar de canas y calvas.

Sobre el escenario había cuatro personas: Sohan, los dos distinguidos novelistas y un profesor del departamento de Francés, cuya función era traducir las respuestas de Monsieur Aldebert al inglés para el público y susurrarle a él al oído en francés las preguntas que le haría Sohan. El moderador y el traductor parecían nerviosos; los dos escritores miraban a la audiencia esperando su turno. Tras una serie de interminables comentarios introductorios del rector, dio comienzo la batalla.

Ya fuese por el entorpecimiento que generaba la presencia del traductor, o por la evidente tensión de Sohan, lo cierto es que el debate no tuvo un arranque muy fluido. Las preguntas que hizo a cada uno de los escritores resultaron largas y dispersas, mientras que las respuestas eran más propias de un discurso que de la conversación íntima y fluida que esperaba generar Sohan. Pasados unos quince minutos, después del último monólogo de Lionel Hampshire, que se puso a lanzar desenvueltas generalizaciones sobre las diferencias de actitud de británicos y franceses frente a la literatura, Sohan se parapetó tras sus notas, que repasaba de un modo frenético. Unos segundos después, Sophie notó que le vibraba el teléfono y descubrió que él le acababa de mandar un mensaje de texto.

«Ayuda me he quedado sin preguntas qué pregunto?»

Sophie miró a izquierda y derecha, pero ninguna de las personas que tenía al lado parecía haberse percatado de quién le mandaba el mensaje, ni siquiera de que le había llegado uno. Pensó unos instantes y le respondió:

«Pregúntale a PA si está de acuerdo en que los franceses se toman más en serio los libros.»

La respuesta de Sohan –un emoticón con el pulgar en alto– llegó muy rápido, y unos segundos después, cuando Lionel Hampshire por fin se calló, se le oyó preguntarle a Monsieur Aldebert:

–Veamos, ¿cree que es otro estereotipo británico sobre los franceses considerar que son ustedes más respetuosos que nosotros con los escritores?

Después de que le susurrasen al oído la traducción de la pregunta, Monsieur Aldebert se quedó en silencio, frunció los labios y pareció reflexionar profundamente.

–*Les stéréotypes peuvent nous apprendre beaucoup de choses* –respondió por fin.

–Los estereotipos están cargados de sentido –tradujo el traductor.

–*Qu'est-ce qu'un stéréotype, après tout, si ce n'est une remarque profonde dont la vérité essentielle s'est émoussée à force de répétition?*

–¿Qué es, después de todo, un estereotipo sino una observación profunda cuya verdad esencial ha quedado deslustrada a fuerza de repetirla?

–*Si les Français vénèrent la littérature davantage que les Britanniques, c'est peut-être seulement le reflet de leur snobisme viscéral qui place l'art élitiste au-dessus de formes plus populaires.*

–Si los franceses veneran la literatura más de lo que lo hacen los ingleses, tal vez sea un mero reflejo de su impenitente esnobismo, que prioriza el arte elitista por encima de otras manifestaciones más populares.

–*Les Français sont des gens intolérants, toujours prêts à critiquer les autres. Contrairement aux Britanniques, me semble-t-il.*

–Los franceses son gente intolerante y siempre dispuesta a criticar. A diferencia de los ingleses, diría yo.

–¿Por qué opina de este modo? –le preguntó Sohan.

–*Qu'est-ce que vous fait dire ça?* –susurró el traductor.

–*Eh bien, observons le monde politique. Chez nous, le Front National est soutenu par environ vingt-cinq pour cent des Français.*

–Bueno, pensemos por un momento en el mundo político. Nuestro Frente Nacional cuenta con el apoyo de un veinticinco por ciento de los franceses.

–*En France, quand on regarde les Britanniques, on est frappé de constater que contrairement à d'autres pays européens, vous êtes épargnés par ce phénomène, le phénomène du parti populaire d'extrême droite.*

–En Francia, al observar a los ingleses nos impresiona que, a diferencia de lo que sucede en la mayoría de los países europeos, no padecen ustedes este fenómeno, un partido populista de ultraderecha.

–*Vous avez le UKIP, bien sûr, mais d'après ce que je comprends, c'est un parti qui cible un seul problème et qui n'est pas pris au sérieux en tant que force politique.*

–Tienen ustedes el UKIP, por supuesto, pero por lo que tengo entendido es un

partido centrado en un único tema y al que no se toma en serio como fuerza política.

Sohan esperó para permitirle seguir con su argumento pero, al ver que daba por terminada su intervención, se volvió hacia Lionel Hampshire y le preguntó desesperado:

–¿Quiere hacer algún comentario al respecto?

–Bueno –dijo el eminente novelista–, por norma recelo de este tipo de generalizaciones sobre el carácter nacional. Pero creo que probablemente Philippe acaba de señalar algo importante. No soy una persona acriticamente patriótica. No hay nada más alejado de mi modo de ser. Pero hay algo que admiro en el carácter inglés y Philippe tiene razón al destacarlo; me refiero a nuestra estima por la moderación. A nuestra *inmoderada* estima por la moderación, por decirlo de alguna manera. –La frase cayó sobre el reverente silencio del público y provocó risotadas–. Políticamente somos un país pragmático. No nos gustan los extremos ni por la izquierda ni por la derecha. Y somos en esencia tolerantes. Este es el motivo por el cual el experimento multicultural en Gran Bretaña ha sido exitoso y de largo recorrido, con uno o dos incidentes menores. No pretendo establecer ningún tipo de comparación con los franceses en este tema, pero, desde luego, hablando a título personal, estas son las cosas que más admiro en los británicos: nuestra moderación y nuestra tolerancia.

–Vaya montón de gilipollecas presuntuosas –dijo Sohan. Pero, por desgracia, no lo dijo desde el escenario.

–¿Eso crees? –le preguntó Sophie.

Estaban sentados en el restaurante Gilbert Scott de la estación de St. Pancras, enfrascados en una disección del acto. Era un restaurante caro, pero habían decidido que, ya que de ahora en adelante se iban a ver tan poco, había que abordar cada encuentro como una ocasión especial. Sophie había pedido un risotto de guisantes, mientras que Sohan se había lanzado a probar el pastel de langostinos y conejo, que resultó ser delicioso.

–Esos tíos no saben de lo que hablan –continuó él–. La cacareada «tolerancia»... Uno se topa a diario con personas que no son tolerantes, sea el empleado que te atiende en una tienda, sea alguien con quien te cruzas por la calle. Puede que no te digan nada agresivo, pero lo puedes percibir en su mirada y en su actitud hacia ti. Y notas sus ganas de decir algo. Oh, sí, se mueren de

ganas de utilizar contigo una de esas palabras prohibidas, o decirte que te vuelvas a tu puto país, sea de donde sea que crean que eres, pero saben que no pueden hacerlo. Saben que no está permitido. De manera que además de odiarte a ti, también los odian a *ellos*, sean quienes sean, a esas personas sin rostro que en alguna parte los están juzgando, legislando sobre lo que pueden y lo que no pueden decir en voz alta.

Sophie no sabía qué decir. Nunca hasta ahora había oído hablar a Sohan sobre este tema con tanta candidez o amargura.

–En Birmingham –titubeó ella– la gente parece llevarse bien..., no sé, hay montones de personas de culturas diferentes y...

–Puedes verlo de este modo –replicó Sohan escuetamente. Pero llevaba mucho tiempo anhelando esta cena y quería mantener el buen rollo, de modo que optó por cambiar de tema cogiendo el iPhone y buscando una imagen que le mostró a Sophie–. Por cierto, ¿qué te parece?

En la fotografía aparecía el rostro ceroso de un joven que miraba impasible a la cámara desde detrás de un escritorio desordenado.

–¿Quién es?

–Uno de mis estudiantes de posgrado.

–¿Y qué pasa con él?

–Está soltero. –Sophie miró a Sohan estupefacta–. Bueno, estás buscando pareja, ¿no?

–En realidad no –respondió ella–. De todas formas, dame un respiro. Este chico parece un Harry Potter anoréxico.

–¡Qué simpática! –dijo Sohan, y le mostró otra foto de Google Images–. Vale, ¿y qué me dices de este?

Sophie volvió a coger el móvil y contempló el rostro de un hombre de mediana edad con aspecto desilusionado que aparecía en la pantalla.

–¿Quién es?

–Uno de mis colegas.

Sophie lo miró con más atención.

–Es un poco mayor, ¿no?

–No sé qué edad tiene. Lo que sé es que lleva diecinueve años escribiendo la misma tesis y todavía no la ha acabado.

Sophie lo miró todavía más de cerca.

–¿Tiene caspa?

–Probablemente solo sea polvo en la pantalla. Vamos, compartí despacho con

este tío el año pasado. Es un buen tipo. Bueno, es cierto que tuvimos... algunos roces por temas de higiene personal, pero...

Sophie le devolvió el móvil.

–Gracias, pero no. Basta de académicos. Estoy harta de las gafas de pasta y los hombros caídos. Mi próximo novio va a ser un *cachas*.

Sohan soltó una carcajada incrédula.

–¿Un cachas?

–Alto, de tez bronceada y guapo. Y con un buen trabajo.

–¿Y dónde vas a encontrar uno de esos allí arriba?

–¿Allí arriba? –repitió Sophie divertida.

–Está arriba, ¿no es así?

–Para ti, todo está «arriba». Todo está al norte de Clapham.

–De modo que mi visión del mundo es Londres-céntrica. No puedo evitarlo. Nací aquí, es mi ciudad y el único sitio en el que he vivido. Bristol fue una aberración pasajera.

–Ven a hacerme una visita a Bristol. Te ampliará las miras.

–De acuerdo. Lo haré. Pero dime cómo son allí los hombres.

–Igual que en cualquier otro sitio, claro está.

–¿En serio? Pensaba que los hombres de las Midlands eran más bajos.

–¿Más bajos? ¿De dónde has sacado esta idea?

–Creía que ahí estaba el origen de los hobbits de Tolkien. –Cuando Sophie lanzó una cariñosa pero burlona risotada, él se sintió todavía más en evidencia–. No, en serio..., ¿hoy en día la mayoría de la gente no cree que *El señor de los anillos* es en realidad sobre Birmingham?

–Es obvio que existe una conexión. Actualmente hay un museo, en el lugar que se supone que le sirvió de inspiración, muy cerca de donde yo vivo, calle abajo.

–Arsehole Mill –dijo Sohan, impávido.

–Sarehole² –le corrigió Sophie–. Mira, te propongo que vengas a verlo. En realidad, es una ciudad encantadora.

–Por supuesto que sí. Una tierra de infinitas oportunidades románticas y sexuales. La próxima vez que vengas a Londres, os llevaré a los dos a cenar. A ti y a tu novio hobbit.

Dicho lo cual, sirvió la última copa de vino para ambos, y bebieron después de un brindis: por la Tierra Media, por la Inglaterra Media.

Cuando Doug recibió un email de la oficina de prensa de Downing Street en el que se anunciaba una nueva tanda de eventos, hizo una búsqueda en Google. Le había llamado la atención el nombre del nuevo adjunto al director de comunicación del gobierno de coalición: Nigel Ives. En su colegio había un chico llamado Ives. Timothy Ives. Y aunque no era un apellido tan infrecuente, le había despertado recuerdos lejanos. Benjamin le contó en una ocasión que, años atrás, en un momento de debilidad, había aceptado la solicitud de amistad de Timothy Ives en Facebook y había descubierto, entre otras cosas, que tenía un hijo... ¿Y no se llamaba Nigel? También eso podía ser una mera coincidencia. Pero, en cualquier caso, Doug le escribió un email a Nigel y este le respondió, y cuando se encontraron para mantener una charla informal en un café cerca de la estación de metro de Temple, lo primero que le dijo Nigel fue:

–Creo que fuiste al colegio con mi padre.

–¿Timothy? ¿En el King William de Birmingham, en los años setenta?

–Exacto. Te tenía miedo.

–¿En serio? –dijo Doug.

–Estaba convencido de que lo despreciabas.

–¿En serio? –repitió Doug, recordando que era completamente cierto. Timothy Ives era un canijo piltrafilla y los chicos mayores del colegio, Harding en especial, lo explotaban sin compasión, mandándolo continuamente a hacer recados o pidiéndole favores—. ¿Cómo está? ¿En qué anda metido?

–Es un proctólogo muy prestigioso.

–No me digas.

–Douglas, estoy seguro de que no sufres de hemorroides, pero si te sucediese, mi padre te podría aliviar el dolor.

–Lo tendré en cuenta.

–Pero apuesto a que no has venido aquí a hablar de tus almorranas.

–No tengo almorranas y no estaba hablando de ellas.

–Por supuesto.

–No, he querido verme contigo porque deseaba plantear la posibilidad de que tú y yo pudiéramos empezar una... relación amistosa y mutuamente beneficiosa.

Si los tories y los liberaldemócratas pueden formar una coalición y encontrar el modo de trabajar juntos..., ¿quién sabe? Tal vez nosotros podríamos hacer lo mismo.

–Desde luego. Douglas, lo que dices forma parte del espíritu de la época. Una completa ruptura con el viejo sistema bipartidista. Se acabó el mezquino antagonismo. Ha llegado el momento del interés común y la cooperación. Es un momento muy excitante para meterse en política.

Doug miró a Nigel y se preguntó qué edad debía de tener. Por su aspecto, parecía recién salido de la universidad. Tenía las mejillas pálidas, sonrosadas y con aspecto de no necesitar nunca un afeitado. El traje y la corbata oscuros eran elegantes pero anodinos, como su cabello peinado con raya. La expresión de su rostro era insulsa y el tono de voz siempre entusiasta pero impenetrable. No podía tener mucho más de veinte años.

–¿Pero cómo están realmente las cosas en el número diez de Downing Street? –preguntó Doug–. Son dos partidos muy distintos, con planes muy diferentes. Eso no puede durar mucho, ¿verdad?

Nigel sonrió.

–Dave y Nick y el equipo te respetan mucho como comentarista, Douglas, pero sabemos que tu trabajo consiste en buscar problemas. Aquí no los vas a encontrar. Dave y Nick tienen sus diferencias, claro está. Pero al final del día son dos tipos normales y corrientes que quieren seguir haciendo su trabajo.

–¿Tipos normales y corrientes?

–Exacto.

–Tipos normales y corrientes que resulta que fueron a colegios privados increíblemente caros antes de lanzarse a subir por el resbaladizo mástil de la política.

–*Exacto*. ¿Ves como tienen mucho en común? ¿No fue fantástico verlos juntos el primer día en el jardín de los rosales de Downing Street? Bromeando para las cámaras, sonriendo...

–¿Entonces no hay ningún tipo de diferencias ideológicas?

Nigel frunció el ceño un instante.

–Bueno, Dave fue a Eton y Nick, a Westminster. Está claro que eso marca una gran diferencia. –Sin embargo, enseguida recuperó el buen humor–. Pero la verdad, Douglas..., ¿o puedo llamarte Doug?

–Claro, por qué no.

–La verdad, Doug, deberías oír las guasas que intercambian en los consejos de ministros.

–Disculpa, ¿oír el qué?

–Las ironías. Las guasas.

–¿Bromas?

–Los chistes, las risas, las chanzas. Créeme, he oído montones de ironías de este tipo, sobre todo en la universidad, pero aquí estamos hablando de ironías ingeniosísimas, de primera.

–A ver si me aclaro..., ¿te estás refiriendo a... reuniones del consejo de ministros?

–Desde luego.

–De modo que hace unos días miles de jóvenes se lanzaron a las calles de Londres para protestar sobre el desmesurado incremento de las matrículas universitarias, que Nick Clegg había prometido no apoyar pero ahora lo está haciendo, y entretanto el nuevo ministro de Hacienda anuncia un recorte del gasto público, ¿y tú me estás diciendo que todo esto se maneja básicamente con... ironías?

Nigel dudó. Se lo veía nervioso por cómo se recibiría su siguiente comentario:

–Doug, no te lo tomes a mal, pero creo que es algo generacional. Estamos hablando de una brecha generacional. Tú, tus amigos y mi padre fuisteis educados de una manera determinada. Estáis habituados a una forma de hacer política basada en el antagonismo. Pero Gran Bretaña ha cambiado. El viejo sistema se ha desmoronado. El 6 de mayo nos lo mostró a las claras. El 6 de mayo Gran Bretaña estaba llamada a las urnas para elegir un nuevo rumbo y la gente habló con voz alta, unánime y decisiva y lo que dijeron no puede ser más transparente. Dijeron: «No lo tenemos claro.» –Sonrió con cordialidad ante el desconcertado silencio de Doug–. «No lo tenemos claro» –repitió, encogiéndose de hombros y extendiendo las manos–. Hace un par de años el mundo sufrió una terrible crisis financiera y nadie sabe cómo manejarla. Nadie sabe cuál es la salida. Yo lo llamo indecisión radical y es el nuevo espíritu de nuestros tiempos. Y Nick y Dave lo encarnan a la perfección.

A modo de mecánica respuesta, Doug asintió mostrándose de acuerdo, pero lo cierto es que no tenía claro si Nigel estaba o no bromeando. Y esta sensación se haría más y más familiar en los años venideros.

Diciembre de 2010

La carta de la policía de West Mercia cayó sobre la moqueta de Sophie una mañana de finales de octubre. Las cámaras habían fotografiado su coche en Streetsbrook Road circulando a sesenta por hora en un tramo con un límite de velocidad de cincuenta. Se le ofrecía la opción de o bien ser sancionada con tres puntos del carnet de conducir o bien pagar cien libras para asistir a un curso de concienciación sobre el exceso de velocidad. Obviamente, eligió lo segundo.

La cita era a las dos de la tarde en un anodino bloque de oficinas en Colmore Row, a principios de diciembre. Al llegar le indicaron que subiera a una sala de espera en la novena planta, equipada con dos máquinas expendedoras de bebidas con gas y barritas de chocolate y dos docenas de sillas colocadas contra la pared formando un cuadrado. Cuando entró, la mayoría estaban ocupadas. Había hombres y mujeres de todas las edades y colores de piel. Se oían algunas conversaciones burlonas en voz baja. El ambiente en la sala le hizo pensar en un colegio: chavales y chavalas pillados en alguna fechoría menor esperaban ante el despacho del director para recibir su castigo. Sophie optó por no sentarse y se acercó a una de las mugrientas ventanas para contemplar la ciudad, los centros comerciales y los rascacielos, las hileras de viejas casas adosadas a lo lejos y, más lejos todavía, la maraña de cemento de Spaghetti Junction, todo con un tono grisáceo y nublado bajo la tenue luz del atardecer.

–Atención todo el mundo –dijo una enérgica voz masculina a sus espaldas–. Por favor, seguidme, que todo el mundo se siente y empezaremos.

Sophie no había visto quién hablaba. Se sumó a la hilera de gente que enfilaba sin demasiadas prisas hacia la sala contigua, que era como una clase, con pupitres y una pantalla para proyectar presentaciones de PowerPoint. La luz del techo era intensa y deprimente. En la parte delantera de la clase un hombre alto y fornido permanecía de pie dándoles la espalda mientras ordenaba unos papeles en la mesa. De pronto se volvió.

–Buenas tardes a todo el mundo –dijo–. Me llamo Ian y voy a ser el coordinador de la sesión de esta tarde. Y ella es mi colega Naheed.

Acababa de abrirse la puerta del fondo y había aparecido una mujer imponente

—casi tan alta como Ian, probablemente treintañera, pero en cuya larga melena rizada que le caía hasta los hombros ya asomaban algunas canas— que avanzó por el pasillo entre las dos filas de pupitres. Al caminar se echaba ligeramente hacia atrás, desprendiendo seguridad en sí misma y sonriendo y saludando a las personas que tenía a ambos lados. La sonrisa era retadora y peleona. A Sophie la sedujo de inmediato y pensó que una mujer como ella tenía que tenerlos bien puestos para plantarse ante una sala llena mayormente de hombres, en su mayoría blancos, y ponerlos a hacer deberes para corregir sus errores de conducción.

De hecho, ninguno de los instructores encajaba en lo que una esperaría de ellos. Ian, lejos de ser un venerable pedagogo dado a alzar un dedo admonitorio que Sophie había imaginado con cierta crueldad, parecía tener treinta y tantos largos y poseía la corpulencia de un jugador de rugby, un rostro afable con una magnífica estructura ósea y unas embelesadoras y largas pestañas. Este detalle en concreto captó toda la atención de Sophie mientras él daba las explicaciones preliminares, aunque logró reconducirse cuando él empezó a pedir a todos los presentes que describiesen sus excesos de velocidad y dijese algo en su defensa si eso era posible. Ian escuchó cada una de las respuestas con atención y expresión seria, mientras que Naheed parecía no perder nunca la sonrisa y la mirada jovial.

Las respuestas que se dieron resultaron interesantes. Mientras Sophie escuchaba a los que hablaban, de muy diversas edades, clases sociales, género y razas, cada uno con su propia historia, se dio cuenta de que en realidad a todos los unía un factor en común: una profunda e indeleble sensación de injusticia. Tanto si habían sobrepasado el límite de velocidad para llegar a tiempo a una cita urgente, o (en un caso) para llevar a un familiar enfermo al hospital, o (en otro) porque habían comprado comida china para llevar y querían llegar a casa antes de que se enfriase, o tal vez habían llegado sin más a la personal conclusión de que el límite de velocidad era completamente irracional y habían decidido ignorarlo, todos ellos estaban furiosos y sentían que tenían todo el derecho del mundo a estar indignados; se sentían señalados, acosados por fuerzas malignas e invisibles: fuerzas ebrias de su propio poder, decididas a reafirmar ese poder complicándoles la vida a ciudadanos normales y corrientes pillados haciendo algo tan terrible como cumplir con sus irreprochables tareas cotidianas. La sala estaba impregnada de esa sensación. Olía a victimismo.

Sophie estaba decidida a no formar parte de eso. La suerte hizo que fuese la

última persona a la que le tocaba contar su experiencia y decidió que iba a rebelarse contra la tendencia mayoritaria, pasara lo que pasase.

Unos segundos después, Ian centró su atención en ella, y desde la parte delantera del aula Naheed le pidió, con esos ojillos traviosos e inquisitivos, que compartiese su experiencia con los instructores y el resto de los infractores.

–Bueno, no hay mucho que contar –dijo–. Iba conduciendo por un tramo en el que la velocidad estaba limitada a cincuenta kilómetros por hora. Según el requerimiento que recibí, iba a sesenta por hora. Eso es todo.

–¿Y por qué circulabas a más velocidad de la permitida? –preguntó Ian–. ¿Por algún motivo en concreto?

Sophie dudó unos instantes. Lo más fácil era soltar la explicación obvia: creía que iba a perder el tren. Pero eso sería aburridísimo. No estaba dispuesta a interpretar el papel de inocente. Y, además, había decidido que quería impresionar de algún modo a Ian.

–Supongo que Huxley lo expresó mejor que nadie –dijo, yendo a por todas.

Ian se quedó perplejo.

–¿Quién?

–Aldous Huxley –le aclaró Sophie–. El novelista y filósofo. El que escribió *Un mundo feliz*.

Él siguió sin dar muestras de saber a quién se refería.

–Vale. ¿Y qué dijo?

–Dijo que lo más parecido a una nueva droga que tenemos es la velocidad. «Considero que la velocidad proporciona un placer genuinamente moderno.»

Naheed e Ian, que hasta ahora daban la impresión de haberlo oído ya todo durante estos cursos, intercambiaron una rápida mirada. En ella iba implícita la pregunta de quién de los dos iba a bregar con esta inesperada intervención. A Sophie le impresionó la instantánea complicidad entre ambos, la facilidad con que llegaron a un acuerdo sin necesidad de decir ni una palabra.

Ian se le acercó y se sentó en el borde de su pupitre.

–Entonces la velocidad para ti es una droga, ¿no? –le dijo sonriendo.

Sophie asintió y le devolvió la sonrisa. Ambos parecían tener muy claro que ella no hablaba en serio.

–¿E ibas a sesenta por hora?

Sophie volvió a asentir. La sonrisa de Ian encandilaba.

–Pues no te estabas chutando precisamente heroína, ¿no crees? Eso correspondería a ir a..., yo diría que a ciento treinta.

Sophie permaneció en silencio, sosteniéndole la mirada.

–Ni tampoco esnifando cocaína. Eso correspondería a... ¿cien por hora?, ¿noventa? –Como ella seguía sin responder, él continuó–: Pero ir a sesenta en un tramo limitado a cincuenta... El equivalente en droga es más bien... Oh, no sé, ponerse dos cucharillas de café en lugar de una en la taza.

Se oyó un coro de risitas en el aula.

–Creo que lo que intenta decir mi colega –intervino Naheedes que es una bonita cita, pero tal vez solo estabas intentando impresionarnos. Más bien diría que tenías prisa por coger el tren o algo por el estilo.

Sophie seguía disfrutando de los últimos instantes de grato y tentativo contacto visual con Ian y solo pilló el final de la frase. Sí se percató, de todas formas, de que la voz de Naheed transmitía una tranquila autoridad al decirlo, igual que con todo lo demás que había dicho durante la sesión. Sus conocimientos y experiencia imponían respeto, pese a que la animadversión de algunos hombres por el hecho de que fuese una mujer –y encima asiática– quien les diese una lección sobre este asunto era palpable. Junto a Sophie estaba sentado un individuo de mediana edad y rostro rubicundo, trajeado, con el cabello cano enmarañado y un perpetuo aire de desdén contenido. Se llamaba Derek y lo habían pillado conduciendo a ochenta y cinco kilómetros por hora en un tramo limitado a sesenta y cinco, porque «me lo conozco como la palma de la mano», y la hostilidad que sentía hacia Naheed parecía haberse extendido también a Sophie después de que ella hubiera rechazado sus tempranas y toscas tentativas de compadreo.

A media tarde, hicieron una pausa para el café –Ian y Naheed no se les unieron, sino que se retiraron a alguna sala para el personal del centro–, después de la cual los dividieron en dos grupos para visionar vídeos que ilustraban varias situaciones de conducción y sus peligros inherentes. A Sophie y Derek los pusieron en el mismo grupo, a cargo de Naheed.

–Ahora prestad atención a este tramo de calle suburbana –dijo, mientras congelaba la imagen en la pantalla y señalaba los detalles con un puntero–. Fijaos en la señal, poned atención en los posibles obstáculos y peligros. Decidme cuál es el límite de velocidad y decidme cuál es el máximo de velocidad a la que es seguro circular en estas circunstancias.

Tras un pequeño debate, el grupo de Sophie decidió correctamente que el límite de velocidad era de cincuenta kilómetros por hora (aunque algunos de ellos lanzaron hipótesis disparatadas y erróneas), pero cuando ella sugirió que lo más prudente en estas circunstancias sería circular a treinta, Derek insistió en que cincuenta por hora era del todo apropiado.

–No, yo diría que no –intervino Naheed–. En este caso tu amiga tiene razón.

–Esa es tu opinión –refunfuñó Derek.

–Sí, así es, y todo el mundo puede dar la suya, lo cual no quiere decir que todas las opiniones sean igual de válidas. ¿A qué has dicho que te dedicabas?

–Me dedico a la venta al por menor. Básicamente de equipamientos deportivos.

–Bien. Pues en ese caso, cuando se trate de equipamientos deportivos, tu opinión será más válida que la mía. Pero tal vez cuando hablamos de seguridad vial...

–Llevo cuarenta años conduciendo –la interrumpió él–. Y jamás he tenido un accidente. ¿Por qué debería aceptar lecciones de alguien como tú?

Naheed tardó unos instantes en asimilar el impacto de las tres últimas palabras, pero fue tan rápido que resultó apenas perceptible, y enseguida respondió sin perder la compostura:

–¿Ves esa señal? Por supuesto que sí, y sabes que significa que en esta calle hay un colegio. ¿Ves la entrada del colegio? No, porque esta furgoneta aparcada a la derecha te va a obstruir la visión hasta que la sobrepases. De modo que hay una elevada posibilidad de que una niña pequeña pueda aparecer de pronto desde detrás de la furgoneta sin que tú la veas. A treinta por hora le causarás heridas graves. A cincuenta por hora lo más probable es que la mates. Pero si conduces a cincuenta por hora por este tramo de la calle es cierto que con toda probabilidad reducirás tu trayecto en unos cinco segundos. De modo que esta es la ecuación. Tienes que sopesar en la balanza dos cosas. Cinco segundos de tu vida frente a la vida entera de otra persona. Cinco segundos frente a toda una vida. –Hizo una pausa, con los ojos todavía centelleantes y una leve sonrisa insinuándose en la comisura de los labios–. ¿Es una decisión difícil de tomar? A mí no me lo parece. Pero tal vez a ti, sí.

Su sonrisa era un desafío, un arma que apuntaba directamente a Derek. Él le devolvió la mirada, pero no abrió la boca.

Cuando terminó la clase, Sophie entró en el ascensor con él. Él la saludó con un gesto de asentimiento y apartó la mirada, y por un momento ella creyó que iban a hacer todo el trayecto hasta la planta baja en silencio. Pero entonces él dijo:

–Bueno, aquí van cuatro horas de mi maldita vida que no voy a recuperar nunca.

Sophie sopesó con cuidado la respuesta:

–Pero es mejor que perder varios puntos del carnet, ¿no crees?

–No lo sé –dijo Derek–. Creo que la próxima vez optaré por eso en lugar de tener que sentarme ahí arriba para que me suelte un sermón esa santurrón hija de p...

Sophie de entrada no respondió. Se sintió aliviada de que él no hubiera llegado a pronunciar la palabra. No fue hasta que salieron al ambiente invernal de Colmore Row, llena de oficinistas que se dirigían hacia las estaciones de metro y las paradas de autobús, con el flujo constante de tráfico y el cielo de media tarde, tan oscuro que parecía medianoche, cuando le dijo:

–Estoy segura de que el otro tío te hubiera dicho exactamente lo mismo. –Y añadió su nombre–: Ian. –Sin saber muy bien por qué, ya que era innecesario.

Estuviera donde estuviese la casa de Derek, se llegaba a ella en dirección contraria a la que tomó Sophie para regresar a la suya. Pero él tenía un último comentario que hacer antes de despedirse:

–¿Sabes de qué iba eso? –le dijo–. ¿De qué hemos sido testigos esta tarde? –Y antes de que ella tuviese tiempo de abrir la boca, él respondió a su propia pregunta–: Del nuevo fascismo. –Alzó el brazo en un gesto de despedida y añadió–: Bienvenida a la Gran Bretaña de 2010. ¡Chao!

–Conduce con cuidado –replicó Sophie, y ambos se dieron la vuelta, cada uno por su camino.

Tras recorrer apenas unos metros, Sophie se metió en el Starbucks más cercano porque decidió que necesitaba un buen café con leche antes de enfrentarse al duro trámite de otra velada en compañía de su padre.

Con el moka ya en la mano, echó un vistazo a su alrededor en busca de un sitio libre y vio que Naheed estaba sentada sola a una mesa junto a la ventana. Se dirigió hacia ella, pero temiendo parecer impertinente, optó por otra mesa vacía cercana. Pero Naheed la había visto y le hizo un gesto con la mano y asintió con la cabeza, lo cual Sophie quiso interpretar como una invitación.

–Hola –dijo Naheed, mientras Sophie se sentaba frente a ella–. Pensaba que ya estarías en la autopista a ciento cincuenta por hora por el carril para adelantar.

Sophie se rió y replicó:

–Y yo pensaba que necesitarías algo más fuerte que un café después de una tarde como la que has tenido.

–Imposible –respondió Naheed–. Tengo que conducir para volver a casa y todos tenemos que mantenernos impolutamente sobrios.

–Por supuesto –dijo Sophie, sintiéndose idiota por el comentario.

–Además, la sesión de esta tarde no ha estado mal, nada mal. En conjunto habéis sido un grupo educado y con un buen comportamiento.

–La verdad es que os admiro –dijo Sophie–. Yo también me dedico un poco a la enseñanza, aunque lo mío es diferente... Mis estudiantes han elegido ellos mismos acudir a clase y tienen muchas ganas de aprender, bueno, la mayoría.

–Me gusta mi trabajo –comentó Naheed–. Es útil y a mí no se me da mal, aunque me esté mal decirlo.

–Desde luego –convino Sophie–. Hoy he aprendido un montón, aunque no me esperaba algo así. No sé por qué, me imaginaba que la clase la darían policías de tráfico.

Naheed sonrió.

–No, estos cursos no los imparte la policía. La mayor parte de nosotros somos profesores de autoescuela reciclados. Y tú –le dijo–, ¿dónde enseñas?

–En la universidad. Historia del arte. Tal vez no sea tan útil. O al menos no creo que lo que yo enseño salve muchas vidas.

–No tienes que disculparte por lo que haces –dijo Naheed.

Le vibró el móvil sobre la mesa y ella le lanzó una mirada rápida, preguntándose si atender el mensaje. El gran dilema de la urbanidad moderna.

–Adelante –le dijo Sophie–. Todos lo hacemos.

Naheed miró la pantalla.

–Bueno, es Ian. –Eché un vistazo al mensaje–. Me dice que hoy he hecho un buen trabajo.

–Todo un detalle por su parte.

–Es un buen tipo. –Sin pensárselo, cogió el móvil, tecleó una respuesta y miró a Sophie con ese brillo ya familiar en los ojos–. ¿Quieres saber qué le he dicho?

–No si es privado.

–Le he dicho que estaba tomando un café con la yonqui de la velocidad.

Sophie se rió.

–¿Ya tengo un mote?

–Durante la pausa para el café, siempre nos ponemos a pensar motes para los alumnos. Se supone que tenemos que preparar la segunda parte de la clase, pero..., bueno, a estas alturas ya lo tenemos muy por la mano.

–Dime algún otro mote –le pidió Sophie.

–No creo que deba.

–¿Qué me dices de Derek? El tío de los equipamientos deportivos.

–El señor Rabioso. Ya sé que no es muy original, pero le va como un guante.

Y por cierto, siempre nos tocan uno o dos como él. Una de las cosas que aprendes en este trabajo es que por ahí hay mucha rabia.

–Has tenido valor al encararte con él.

–No hay para tanto. Y de todos modos, esas reacciones no siempre tienen que ver con la raza. La gente se irrita por todo. Muchas veces tan solo buscan una excusa. Siento lástima por ellos. Creo que para mucha gente... no pasa gran cosa más en sus vidas. Me refiero a nivel emocional. Quiero decir que tal vez están aburridos de sus matrimonios, o toda su existencia se ha convertido en una rutina. No lo sé. Pero no sienten nada. Carecen de toda estimulación emocional. Todos necesitamos sentir cosas, ¿no crees? De modo que cuando algo te irrita, al menos estás sintiendo algo. Recibes un subidón emocional.

Sophie asintió. Tenía sentido lo que decía Naheed.

–¿Y tú? ¿Tú no necesitas irritarte para sentirte viva?

–Soy afortunada –respondió Naheed–. Tengo un marido estupendo y dos hijos maravillosos. Ellos me mantienen viva. ¿Y qué me dices de ti?

–Oh, yo ahora mismo estoy... entre dos relaciones... –Sophie titubeó, pero en ese momento el móvil de su interlocutora volvió a vibrar.

Miró la pantalla y dijo con frialdad:

–Vaya, este mensaje llega en el momento justo. –Alzó la mirada–. Es Ian otra vez. Me pide que le pase tu número de teléfono.

En toda su vida Sophie jamás había conocido a nadie con una mirada tan penetrante, ni con una sonrisa tan elocuente y resabiada. Sintió que la fulminaba.

–¿Se lo doy?

Benjamin conducía una vez más de Shrewsbury a Rednal, siguiendo el curso del río Severn y atravesando las pequeñas ciudades de Cressage, Much Wenlock, Bridgnorth, Enville, Stourbridge y Hagley. Llevaba al menos un año haciendo ese recorrido de ida y vuelta un mínimo de dos veces por semana. Había hecho ya un centenar de viajes o más. Por tanto, no era sorprendente que considerase que se conocía al dedillo cada curva, cada punto de referencia, cada rotonda, cada pub de carretera, cada gasolinera, cada Tesco Express, cada tienda de jardinería, cada una de las viejas iglesias reconvertidas en apartamentos. Sabía dónde solían originarse los peores embotellamientos y dónde estaban los atajos para evitar un tramo con demasiados semáforos. Aunque hoy no necesitaba tomar ninguno. La carretera estaba muy tranquila. La ola de frío que había provocado nevadas en esta parte del país ya había remitido y había dado paso a cielos nubosos y temperaturas suaves: un tiempo apagado y anodino, perfecto para el viaje y para la ocasión. Era un sábado por la mañana como cualquier otro. Era el día de Navidad, una fecha que Benjamin detestaba con toda su alma.

Pasadas las once, se detuvo frente a la casa de su padre. La casa en la que él había crecido. La casa que sus padres habían comprado en 1955. Una casa de ladrillo rojo, con una extensión añadida encima del garaje a principios de los años setenta. Conocía tan bien la casa, que ya ni siquiera se fijaba en ella, la daba por descontada, y por tanto ya no la tenía presente y le hubiera resultado difícil describírsela a un desconocido. El único detalle en el que se fijó esa mañana fue en que las plantas que colgaban del exterior de la ventana del salón estaban muertas y parecía que llevasen meses así.

Una vez dentro, comprobó que todo estaba razonablemente limpio y ordenado como de costumbre. Pagaba a una limpiadora para que viniese una vez por semana, los jueves, porque no se fiaba de que su padre se cuidase de la casa. En el escurrer platos había un único plato, un cuchillo y un tenedor, un vaso de cerveza y una sartén. Desde el fallecimiento de su esposa, Colin no se había cocinado una sola comida que requiriese algo más complicado que una sartén. Se salteaba unos tomates y se los preparaba sobre una tostada con un huevo frito, y si ese día se sentía inspirado, tal vez añadía unos champiñones. Las únicas

ocasiones en que esta dieta variaba, era cuando Benjamin le cocinaba o se lo llevaba a cenar a algún restaurante. Hoy al menos comería un asado decente.

Colin llevaba un jersey estampado de los que solían lucir los famosos aficionados al golf y los presentadores de televisión de los años ochenta. Cuando bajó después de una última visita al baño, llevaba una bolsa de plástico con varios regalos envueltos con torpeza, la única concesión navideña que Benjamin pudo ver en toda la casa.

–Pensaba que comprarías un árbol de Navidad –le dijo a su padre.

–Lo he comprado. Está en el jardín trasero.

Benjamin miró por la ventana de la cocina y vio el árbol apoyado contra la pared del cobertizo del jardín, todavía envuelto en la malla de plástico.

–Pues vaya manera de malgastar el dinero, ¿no te parece?

–Lo colocaré mañana.

–Mañana ya será demasiado tarde. ¿Y los adornos? Mamá siempre lo adornaba.

–Oh, no tengo ganas de bajarlos del altillo. Quizá el año que viene, cuando ya esté un poco más animado. ¿Vas a seguir criticándome, o podemos salir de una vez?

Benjamin consultó el reloj. Solo eran las once y diez. Disponían de un montón de tiempo para ir a casa de Lois.

–¿Dónde tienes la bolsa con tus cosas?

–He cambiado de opinión. Prefiero que me traigas de vuelta aquí después de cenar. No quiero pasar la noche en casa de tu hermana, es demasiado jaleo.

Benjamin suspiró. El cambio de planes le fastidiaba por motivos puramente egoístas.

–Entonces tendré que quedarme aquí contigo.

–¿Por qué?

–No puedes pasar la noche de Navidad solo.

–¿Y por qué no? Paso solo el resto de las noches. Tú haz lo que quieras, no te preocupes por mí. Lo último que quiero es ser una carga.

Tener que calmar el temor de su padre, expresado con insistencia, de convertirse en una «carga» era una de las pocas verdaderas cargas de estar con él. Pero Benjamin había llegado a la conclusión de que no servía de nada discutir con él al respecto. Cogió la bolsa con los regalos y acompañó a Colin hasta el coche.

Lois y Christopher, Sophie, Benjamin y Colin se sentaron alrededor de la mesa del comedor y titubearon ante las montañas de pavo y verduras empapadas en salsa que se alzaban de los platos, todos con su correspondiente corona de papel en la cabeza. El ambiente era bastante similar al de un funeral.

–Lo hacemos por papá –le había insistido Lois a su hermano en la cocina.

–Pero él no quiere que lo hagamos. Todo esto es una completa pérdida de tiempo.

–Bueno, pues muchas gracias. Eres de gran ayuda. Por lo que dices, podría haberme quedado en casa.

–¿Esta no es tu casa? Nadie se había enterado hasta ahora.

Comieron casi en silencio. Benjamin intentó animar la velada leyendo alguno de los chistes incluidos en las sorpresas navideñas, pero eran muy bobos, con frases que parecían sacadas de una de las películas más sombrías de Ingmar Bergman. La única que esbozó una sonrisa fue Sophie, pero resultó que no la provocó el chiste, sino un mensaje de texto que acababa de recibir.

–¿Quién te ha escrito? –le preguntó Lois, como solo una madre puede permitírselo.

–Ian –respondió Sophie–. Me felicita la Navidad.

–¿Dónde la pasa él?

–Con su madre.

–Es el nuevo novio –le explicó Christopher a su suegro, elevando el tono y hablando con lentitud porque estaba erróneamente convencido de que Colin se estaba quedando sordo.

–Vaya, vaya –dijo Colin–. Ya era hora. A vosotros dos os vendría bien tener nietos.

Sophie bebió un sorbo de vino y comentó:

–Me parece que te estás adelantando un poco, abuelo. Ni siquiera es todavía mi novio. Solo hemos salido un par de veces.

–Bueno, alguien tiene que continuar el linaje familiar –siguió incordiando Colin–. El resto de vosotros no habéis precisamente sobresalido en este apartado.

–Papá, dale un respiro... –intervino Benjamin.

–Somos cinco personas alrededor de esta mesa, ¿no es así? ¿Esto es todo lo que podéis ofrecer? Vuestra madre y yo tuvimos tres hijos. Pensaba que a estas alturas ya habría unos cuantos pequeños Trotter más en el mundo.

El silencio que siguió a este exabrupto fue más incómodo y profundo que nunca. Todos los reunidos alrededor de la mesa sabían algo que Colin ignoraba:

Benjamin ya tenía una hija, que vivía en California y con la que apenas mantenía contacto.

–Seguro que Paul no tardará en encontrar a alguien en Tokio –dijo Lois–. Probablemente vendrá a visitarte dentro de unos años con un ejército de niños medio japoneses.

Colin frunció el ceño e hincó el tenedor a sus coles de Bruselas.

Cuando acabaron de comer, salieron a dar un paseo, todos excepto Colin, que se amodorró en el sofá después de echar un vistazo al *Radio Times* y quejarse de que no había nada interesante en la tele.

–¿Para qué te crees que te he comprado esto? –le preguntó Benjamin, alzando el regalo que le había hecho. Era un DVD con los programas especiales navideños de Morecambe y Wise.

–No quiero ver programas antiguos.

–Vale, pero resulta que no te gusta ninguno de los nuevos. –Benjamin se acuclilló junto al televisor y colocó el DVD. Al hacerlo, le vino a la mente un vívido recuerdo: el día de Navidad de 1977, treinta y tres años atrás, cuando él y su familia se sentaron ante el televisor para ver el último programa de esos dos cómicos en la BBC. Ese día también estaban sus abuelos y Benjamin recordó que, mientras se reía con ellos, tuvo una increíble sensación de unidad, la sensación de que todo el país se hermanaba por unos breves, fugaces instantes a través del divino acto de la risa–. Veintisiete millones de personas veían estos programas –le recordó a su padre.

–Porque entonces solo teníamos tres canales. –Lois había entrado en la habitación y permanecía de pie detrás de él–. Y no había otra cosa que hacer. ¿Estás listo? A este paso, ya habrá oscurecido antes de que salgamos.

Salieron los cuatro y pasearon por las tranquilas calles secundarias cuya monotonía hoy se veía alterada ocasionalmente por alguna decoración o algunas lucecitas navideñas apagadas. Benjamin no tardó en quedarse atrás, ensimismado como de costumbre en sus cosas. Sophie se percató y lo esperó.

–¿Va todo bien? –le preguntó.

–Sí, todo bien. –Benjamin sonrió y le acarició la espalda con un gesto torpe–. Por cierto, gracias por el regalo que me has hecho. Todo un detalle.

–En realidad su obra no te gusta, ¿verdad?

Sophie le había regalado el ejemplar de *Fallopia* que había llevado consigo la noche del debate moderado por Sohan con los dos escritores famosos. El libro llevaba una dedicatoria: «Para Benjamin, con todo mi afecto, Lionel Hampshire.»

–Bueno, este libro en concreto fue recibido por la crítica... con diversidad de opiniones –dijo Benjamin–. Pero tengo ganas de leerlo. ¿Cómo es él en persona?

–Como te imaginas.

–Oh, Dios mío.

Habían llegado al Museo Tolkien y detrás de él estaba el pequeño prado al que recientemente habían bautizado como Parque de la Comarca. Ambos lugares le trajeron a Sophie varios recuerdos.

–Esa noche –dijo–, Sohan soltó que Sarehole era un anagrama de *arsehole*. ¿Cómo puede ser que nadie hubiera caído en la cuenta hasta ahora?

Benjamin no respondió. Estaba mirando a Lois y Christopher, que caminaban delante de ellos cogidos del brazo, con un gesto que casi les daba el aire de un matrimonio feliz. Estaba molesto con su hermana por el comentario sarcástico sobre la escasez de canales de televisión en los setenta, que resquebrajaba (probablemente sin que ella fuese consciente) uno de sus recuerdos tempranos más queridos. Para él seguía siendo una piedra angular de su firme convicción de que Gran Bretaña había sido un lugar más cohesionado, unido y consensuado durante su infancia (todo lo cual había empezado a desmoronarse con el resultado de las elecciones de 1979), y el cálido resplandor que todavía emanaba de los programas de humor de los setenta era, de algún modo, una prueba de ello. Pero, claro está, era inverosímil pensar que Lois pudiera percibir nada de todo esto: para ella esa década había sido trágica, horrible. Se dijo que no debía olvidar jamás esa idea, no debía dejar de contrastar el pasado y el presente.

En cualquier caso, al volver a casa le esperaba un potente recordatorio. Colin se había cansado de los programas de Morecambe y Wise y estaba viendo las noticias de la BBC. Parecía afligido. Lois se sentó a su lado, mientras Benjamin se metía en la cocina para preparar una tetera.

–¿Estás bien, papá? –le preguntó su hija.

–Es esa mujer –respondió él, con tono neutro y sin apartar la mirada de la pantalla–. Esa chica de Bristol. La que desapareció la semana pasada. Han encontrado el cadáver. Todavía no han confirmado que sea ella, pero... Bueno, ¿de quién va a ser?

Lois no dijo nada, pero todo su cuerpo se tensó. Christopher se sentó en el brazo del sofá y le puso la mano sobre el hombro contraído y retorcido. Esa fue la escena con la que se topó Benjamin al reaparecer en la sala: su hermana petrificada, con un hombre a cada lado.

–Lo que deben estar pasando sus padres –dijo Colin, mirando a Christopher, con los ojos humedecidos–. Sé perfectamente cómo se sentirán. –Agarró a su

hija por el brazo con repentino ímpetu—. Ya sabes que hace años casi la perdimos a ella.

Benjamin observó la escena dubitativo, se dio cuenta de que allí no pintaba nada y retrocedió. Mientras regresaba con sigilo a la cocina, oyó que su padre repetía:

–Casi la perdimos.

Enero de 2011

Después de hacer el amor, Sophie se quedó profundamente dormida y cuando se despertó lo hizo muy poco a poco, ya bien avanzada la mañana, percibiendo primero la luz grisácea que se colaba a través de las cortinas y después las gratas agujetas en sus fatigados músculos y por último el tacto áspero, de papel de lija, de la cara sin afeitar de Ian, que le rozaba la mejilla y la besaba.

–Buenos días, cielo –le dijo–. Voy a salir a comprar alguna cosa.

–Ajá.

–¿Has dormido bien?

–Muy bien.

–Voy a comprar beicon, huevos...

–Suenan estupendo.

–... champiñones, tomates, zumo de naranja recién exprimido...

–¿Mimas siempre así a todas tus novias?

–¿Quieres el periódico dominical?

–¿Por qué no?

–¿Te va bien el *Sunday Times*?

–Prefiero el *Observer*.

–Te traeré los dos.

Él se apartó y ella, todavía adormilada, alzó los brazos, le rodeó el cuello y tiró de él para que le diera otro beso. Durante el proceso, la colcha se deslizó dejando a la vista el cuerpo de Sophie, que seguía desnuda, mientras que Ian ya estaba completamente vestido. La situación los excitó a ambos. Resultado: Ian se demoró veinte minutos en partir en su expedición para comprar desayuno.

Cuando salió, Sophie remoloneó unos felices minutos poscoitales más en la cama antes de levantarse. Se percató de que de la puerta del dormitorio colgaba un albornoz blanco, se lo puso y abrió las cortinas. Se había ido con Ian a su casa anoche –o más bien a primeras horas de la mañana–, pero debido a su escaso aguante con el alcohol y a la agitación tras haber tomado la decisión de acostarse con él por primera vez, no se había fijado mucho en dónde vivía. El paisaje matutino no le resultó nada familiar y le llevó unos instantes ubicarse. Dedujo

que estaba en la zona de apartamentos de nueva construcción detrás de Centenary Square. Desde la ventana veía la parte trasera de Baskerville House y el enorme solar en el que la nueva biblioteca de Birmingham empezaba a tomar forma. (Pensó que el ruido debía de ser ensordecedor los días laborables.) Se veían pocos signos de vida esa mañana, salvo un hombre que paseaba al perro por el césped y dos chavales con aire aburrido sentados cada uno en una punta de un parque infantil. De no muy lejos llegaba el murmullo constante del tráfico. Era un típico domingo en Birmingham, para todo el mundo excepto para ella.

No se había acostado con muchos hombres a lo largo de su vida: para Sophie se trataba tanto de una decisión meditada como de una aventura. La noche anterior y esa mañana eran un delicioso paso de puntillas hacia lo desconocido. Quedarse unos minutos sola en el apartamento de Ian era un añadido inesperado. Hasta ahora, en tres conversaciones largas pero más bien unilaterales, él se las había apañado para no contar demasiado sobre sí mismo. Tal vez por fin a ella se le presentaba la oportunidad de conocerlo mejor.

Su primer instinto al visitar la casa de alguien era siempre echar un vistazo a los libros. Era un acto reflejo derivado de su trabajo universitario, muy arraigado y bastante irresistible. Hoy, sin embargo, no la llevó muy lejos. Sophie ya sabía, por lo que el propio Ian le había comentado, que no era «un gran lector». También sabía que ella misma probablemente leía más de lo recomendable, concedía demasiada importancia a la lectura, tenía una suerte de obsesión neurótica con la literatura y sus supuestos beneficios morales. En cualquier caso, lo que encontró en las estanterías resultó decepcionante. Un puñado de biografías de deportistas, varios libros de consulta (también mayormente sobre deportes), algunos best sellers del año anterior y dos o tres manuales de circulación. Los contó: en total catorce libros. Tenía más o menos el mismo número de DVD, la mayoría películas de James Bond y Jason Bourne. El reproductor de DVD estaba en el suelo, junto al televisor de formato panorámico y un artilugio electrónico de aspecto raro con mangos que o bien era algún tipo de sofisticado juguete sexual o (lo cual resultaba más plausible, para alivio de Sophie) una consola de videojuegos. Lo cogió y le dio la vuelta, dejándose arrastrar momentáneamente por la curiosidad que le despertaba este peculiar artilugio cuyo funcionamiento le resultaba un misterio. De pronto se le pasó por la cabeza la idea de que ninguno de sus anteriores novios tuvo jamás nada parecido.

En el centro de la sala de estar había una mesilla de café cuadrada, con un buen número de marcas de vasos y manchas de café adornando la superficie, y

un ejemplar de una revista –llamada *Stuff*– en el estante inferior. El sofá y las sillas parecían de Ikea: al menos tenían un evidente aire de familia con todos los sofás y sillas de los diversos apartamentos en los que ella había vivido de alquiler, que eran todos de Ikea. No se veía ninguna planta, aunque de la pared colgaba una reproducción enmarcada de los girasoles de Van Gogh.

En el fondo de la sala había una cocina abierta. En la nevera no había gran cosa, salvo cerveza, mantequilla, queso, leche y un paquete de salchichas cuya fecha de consumo preferente había pasado hacía ocho días. En el congelador no había nada, aparte de cubitos de hielo y una caja de Magnums, en la que solo quedaban dos helados.

Resultaba decepcionante: Sophie no disponía de apenas elementos para conocer mejor al hombre que estaba a punto de escoger como su nuevo compañero. Después de que un repaso al baño le ofreciese una información todavía más escasa, decidió dejarlo correr y puso al fuego un hervidor para preparar café. Mientras esperaba a que el agua hirviese, cogió el ejemplar de *Stuff* y se sentó a la mesa de la cocina para echarle un vistazo.

En la cubierta aparecía una joven y atractiva morena que posaba sosteniendo un iPad contra la cadera y con la mirada perdida a lo lejos. Pese a la tablet que aguantaba con la mano, por su pinta parecía estar planeando pasar la noche de club en club y no trabajando, ya que llevaba un minivestido que a duras penas le cubría la entepierna y que dejaba al descubierto generosas porciones del escote y el abdomen. Al hojear la revista Sophie comprobó que ese tipo de foto era recurrente en sus páginas y que se invitaba al lector a adentrarse en un extraño universo paralelo en el que la tecnología punta era utilizada de forma exclusiva por jóvenes bellezas que solo se mostraban dispuestas a trabajar, sacar fotos o jugar a videojuegos ataviadas con lencería o bañadores. La portada prometía la presentación del iPhone 5 («Apple reinventa la rueda del smartphone... una vez más»), una recopilación de la «tecnología genial que va a cambiar el futuro», una encuesta nostálgica sobre los «39 aparatos que cambiaron el mundo, con la presencia estelar de Sky+, la Wii y los diez años del iPod» y un artículo sobre «Cómo crear tu propio VDD». Sophie, claro está, no tenía ni la más remota idea de qué era un VDD ni por qué nadie iba a querer crear el suyo propio. ¿Un vestido de diva? ¿Un vaso de daiquiri? Buscó el importantísimo artículo y descubrió que se trataba de un Videojuego De Disparos, lo cual se refería a un subgénero de videojuegos en los que el jugador dispara (obviamente) y la pantalla muestra la perspectiva de la persona que está pegando tiros. Sophie volvió a sentir el leve escalofrío de la transgresión al salirse de su zona de

confort y continuó leyendo con creciente fascinación, topándose con terminología que desconocía por completo –megatexturas, motor del juego, radiosidad, latencia– y se fue dejando absorber hasta tal punto por el artículo que le molestó sobremanera, al menos durante unos instantes, ver interrumpida la lectura por el ruido de la puerta del piso al abrirse. Pero se alegró de volver a ver a Ian, sobre todo cuando este, en cuanto la vio, se paró en seco, cargado con las bolsas de la compra, y dijo:

–Guau.

–¿Guau?

–No me lo puedo creer. No me puedo creer que estés en mi apartamento. Tienes un aspecto... increíble.

No le estaba lanzando un piropo para quedar bien. Con el cabello todavía enmarañado, el cuerpo todavía resplandeciente tras el último revolcón y el albornoz blanco tan suelto que parecía a punto de caérsele, Sophie se asemejaba a la fantasía masturbatoria de cualquier lector de *Stuff* hecha realidad. Solo le faltaba acariciar una Olympus PEN EP-3 («carcasa de metal reluciente y el que está considerado el autofocus más rápido del mundo») o babear sobre su BlackBerry Bold 9900 («incorpora una pantalla táctil y un teclado QWERTY, y funciona con la nueva y veloz BlackBerry 7 OS») para que la visión fuese redonda. No era por tanto extraño que Ian pareciese encantado. Volvió a besarla, un prolongado y tierno beso en la boca, al que ella respondió con un persistente entusiasmo, hasta que él se apartó de mala gana y dijo, con el tono de voz de un hombre incapaz de creerse el vuelco que acaba de dar su vida, todavía soñando despierto:

–Vamos. Deberíamos comer algo.

Durante el desayuno Sophie le confesó lo decepcionada que se había sentido al tratar de investigar los misterios del apartamento.

–La verdad es que si fueses algún tipo de agente secreto del gobierno preocupado por mantener su identidad en secreto, no podrías lograr un espacio más neutro. ¿No sientes nunca la necesidad de personalizarlo un poco? Algunas plantas, un poco de color aquí y allá, algún póster colgado en la pared...

–Sé lo que me gustaría colgar en la pared del dormitorio. –Formó un rectángulo con los dedos y miró a través de él, como si fuese el marco de una fotografía–. Una foto tuya tal como estás ahora. El problema es que entonces no lograría salir de la cama por las mañanas.

Sophie sonrió, retrocedió un poco y se recolocó el albornoz.

Después, de nuevo en la cama, volvieron a hacer el amor y, tras un buen rato

relajándose abrazados, se desperezaron y se pusieron a leer los periódicos, y la desnudez de ambos se transformó en algo más cotidiano que erótico. Estaban sentados juntos en la cama y Sophie disfrutaba de la sensación de contacto físico sin cortapisas: sus brazos se aplastaban el uno contra el otro en la parte superior, la cadera ligeramente curvada de ella se hundía en la más recta y musculosa de Ian, y sus pies también se rozaban, porque ella notaba en el tobillo la suave caricia de uno de los dedos de él. Todo resultaba sutilmente fluido e inevitable, y la facilidad con la que se ensamblaban tenía su translación en la relajada frivolidad de su conversación. Era el primer domingo del año y no había muchas noticias relevantes en la prensa. En Maidstone habían atrapado y matado a un gigantesco zorro que se movía por el casco urbano y había una fotografía de un chaval de diecisiete años sosteniéndolo en alto, o al menos intentándolo, ya que animal y chico medían más o menos lo mismo. Un estudio realizado en Holanda había demostrado que las mujeres que tomaban una dieta rica en fruta y verdura tenían más tendencia a parir hijas. En Southampton al parecer había tres cerdos que andaban sueltos por las calles, y, de forma misteriosa, la policía conectaba su fuga de una granja local con la «ruptura de la relación» de la pareja propietaria. De haber estado sola, Sophie no se hubiera tomado la molestia de leer la mayoría de estas noticias, pero era divertido comentarlas con Ian, reírse de lo raro o estúpido que era el mundo y averiguar qué tipo de sentido del humor tenía él. El tono solo cambió (y de todos modos fue un cambio breve) cuando él se puso a leer una noticia sobre Joanna Yeates, la joven de Bristol cuyo cadáver habían encontrado el día de Navidad.

–Vaya, han soltado a ese tío –comentó Ian, después de echar un vistazo a los dos primeros párrafos–. Su casero. Al que habían detenido para interrogarlo.

–Bien –dijo Sophie.

–¿Bien? ¿Por qué está bien?

–Porque ya de entrada no tenían ningún motivo para retenerlo.

–Ya..., pero míralo.

Le mostró la foto de Christopher Jefferies, el sospechoso de sesenta y cinco años al que la policía de Bristol había mantenido bajo custodia tres días para interrogarlo y al que después había soltado sin cargo alguno. Era una persona de apariencia poco convencional, incluso «excéntrica», un profesor de literatura que adoraba la poesía romántica y del que se había sabido que de vez en cuando se teñía el cabello con una ligera tonalidad azulada; era la carnaza perfecta para los periódicos ingleses, convencidos de su culpabilidad desde que le pusieron el ojo

encima y que se habían pasado los últimos días insinuándolo con insistencia sin pisar nunca los límites de lo permitido por la ley.

–¿Que lo mire? –dijo Sophie, inclinándose hacia el periódico–. ¿Qué le pasa?

–¡Hombre, mira qué pinta de rarito!

Sophie se indignó.

–Bueno, para empezar –dijo–, no veo nada especialmente raro en él si tengo que juzgar por esta foto. Y dejando esto de lado, hay un salto considerable entre ser un bicho raro y ser un asesino, ¿no crees?

Ian la miró y vio que se le habían sonrojado las mejillas y en la base del cuello tenía una pequeña zona de la piel enrojecida. Optó por zanjar el tema y pasó a otra noticia en la misma página.

–Qué me dices de esto: «En Lisboa una tienda de ropa ha prometido regalar prendas a las primeras cien personas que se presenten el primer día de rebajas en ropa interior.»

Sophie cedió y sonrió. Esta vez le quitó el periódico de las manos y escrutó la foto de los clientes que hacían cola tiritando ante la tienda esperando a que abriera sus puertas.

–Bonito culo –dijo señalando a uno de los hombres–. Aunque no tan bonito como el tuyo.

Y acto seguido echó el periódico a un lado y pasaron a otra cosa.

Febrero de 2011

A medio camino entre Shrewsbury y Birmingham, no lejos de la M-54 y considerado un lugar tan relevante que contaba con su propia señal oficial en la autovía, se erigía una de las principales atracciones del distrito y, sin lugar a dudas, una de sus mayores glorias. El centro de jardinería Woodlands. Sus orígenes se remontaban a 1973, como una simple tienda, un modesto y reducido negocio que vendía plantas, macetas y sacos de abono. Hoy, casi cuarenta años después, había prosperado y se había expandido hasta convertirse en un reino, en un poderoso imperio, cuyos súbditos podían deambular durante horas –incluso durante un día entero si lo deseaban– por una sucesión de ambientes y provincias en los que estaban representados, abastecidos y mercantilizados todos y cada uno de los aspectos de la existencia humana. Es cierto que en el exterior se desplegaba una panorámica de plantas, arbustos, helechos, flores, parras, cactus y otras formas de vida vegetal que, aunque resultase de una amplitud y variedad sorprendentes, era exactamente lo que uno se esperaba encontrar en un establecimiento como este. Pero cuando los clientes penetraban en la zona techada de Woodlands aparecía ante ellos la verdadera dimensión y variedad de propuestas del sitio. En primer lugar, uno se topaba con hectáreas –campos inacabables– de mobiliario de jardín, que se extendían hasta donde alcanzaba la vista. No solo sillas y mesas, sino juegos completos de cuatro piezas que no desentonarían en la sala de estar de una mansión campestre, por no hablar de los bancos, camas turcas, balancines, sofás biplazas, otomanas, Chesterfields, mesas de comedor, mesas auxiliares, mesillas de café, mesitas plegables y todo lo que pudiera concebirse para convertir un jardín trasero en una sala de estar al aire libre. Y con todo eso, incluso contando las docenas de enormes barbacoas más completas y sofisticadas que las cocinas que la mayoría de la gente tiene en sus casas, y el pasmoso despliegue de iluminación para el jardín –focos, reflectores, lucecitas, luces con energía solar, luces intensas, luces titilantes–, incluso con todo eso, uno apenas había empezado a rascar la superficie de las posibilidades que ofrecía Woodlands. Tenían un departamento de muebles de cocina, otro de mascotas en el que vendían desde pececillos de acuario a conejos; una tienda de

ropa dominada por Barbours, katiuskas y estantes repletos de camisas y pantalones de poliéster; una enorme sección dedicada a las manualidades y los hobbies –pintura, bordado, costura, ganchillo, trenes en miniatura, aeromodelismo, cualquier cosa que pudiese concebir la mente humana para llenar las horas muertas de la infancia o la jubilación–; un gigantesco supermercado que vendía de todo, desde queso Cheddar hasta vino inglés; una sección dedicada a los CD (con especial atención a Frank Sinatra, Vera Lynn, Johnny Cash y otras estrellas de antaño) y los DVD (con especial atención a las películas de John Wayne y otros títulos nostálgicos); una juguetería con un despliegue particularmente impresionante de puzzles con escenas campestres anteriores a la Revolución industrial, Spitfires y Hurricanes en pleno vuelo, escenas tradicionales de la vida en los pueblecitos ingleses, coches de época y cosas por el estilo, e incluso una librería, también con tendencia a volver la vista atrás, ya que además de los inevitables miles de libros sobre jardinería había también montones de títulos sobre historia local. Muchos de estos eran libros ilustrados con fotografías en blanco y negro o postales color sepia y títulos rimbombantes como *Imágenes del Dudley de antaño*, *Chaddesley Corbett en imágenes* o *Bridgnorth tal como era en el pasado*. Buena parte de ellos, si uno miraba el lomo con atención, estaban publicados por una editorial llamada Chase Historical.

El fundador, editor, director editorial, jefe de marketing, gestor de publicidad y director de Chase Historical, el propio Philip Chase, estaba tomándose un capuchino en el palpitante corazón (o tal vez en el saciado estómago) de Woodlands, su restaurante. Aquí, donde el pastel de carne cocinada en cerveza y el *fish and chips* seguían siendo los platos más populares de la carta pese a las insistentes tentativas del chef de darle un aire más internacional, se formaban a diario colas de clientes de cabellos canos, que agarraban sus bandejas de madera y miraban con glotonería las porciones de pastel de limón, los *scones* con mermelada y las teteras cargadas de té Yorkshire con su intenso color marrón. Esa mañana entre semana –el primer día de las vacaciones escolares de primavera– el restaurante estaba muy concurrido y Philip estaba encantado, porque esa gente también era su clientela y muchos de ellos en un rato pasarían por la librería y las ventas del día serían buenas. Siguió dando sorbos al capuchino y consultó la hora en el móvil. Había concertado dos citas en el restaurante, y la primera ya se estaba retrasando.

Su primera cita era con Benjamin, que –al haber olvidado la hora de la cita– creía que llegaba con tiempo a la reunión y estaba matando el rato en la entrada

del teatro infantil de Woodlands. Sí, este Xanadú entre plantas incluso podía jactarse de tener un teatro –un espacio escénico, en cualquier caso que estaba especialmente concurrido en momentos como ese, con los niños de vacaciones y los padres dispuestos a todo con tal de mantener a sus vástagos entretenidos durante media hora. Proporcionaba un empleo remunerado a varios animadores infantiles de la zona, cuyo trabajo se reducía por lo demás a las fiestas de cumpleaños durante los fines de semana. Esta mañana, de once a once y media, un reducido pero entusiasta público pasaba un buen rato con las payasadas del Barón Brainbox, un personaje corpulento ataviado con un traje de tweed de caballero de los años treinta, un reloj de bolsillo con su cadena, una pelota de ping-pong en la nariz y un estridente birrete multicolor en precario equilibrio sobre la cabeza. Benjamin llevaba unos diez minutos contemplando su actuación y debía admitir que se lo estaba pasando bomba. Básicamente se trataba de una lección de matemáticas impartida ante los niños salpimentada con tremebundos retruécanos, juegos de manos y payasadas. Era un espectáculo bastante estrambótico, pero el Barón parecía pasárselo en grande, a juzgar por sus frecuentes lapsus, y esto se transmitía a la joven audiencia. De hecho, había creado un personaje tan entrañable y encantador que Benjamin no podía imaginarse que nadie pudiera no sentir cariño por él, y por ello le sorprendió oír una voz que desde la puerta refunfuñaba:

–No soporto a este mamón.

Benjamin se volvió. La persona plantada junto a él llevaba una bata blanca de médico, katiuskas, un falso bigote y un gorro de cuero de piloto de la Segunda Guerra Mundial.

–Siempre se alarga demasiado. Siempre se excede. El muy cabrón ocupa de forma deliberada mi turno.

Junto a la puerta había una pizarra con los horarios de los espectáculos del día anotados con tiza. El previsto para las once y media se anunciaba como «El doctor Temerario». Y en ese momento ya eran las once treinta y tres.

–Permíteme aventurar una suposición –dijo Benjamin, señalando el nombre en la pizarra–. ¿Este eres tú?

–Exacto –respondió el doctor–. Y ese mamón hace ya cinco minutos que debería haber salido del escenario.

Al oírlos hablar, el Barón Brainbox desvió la mirada hacia ellos, vislumbró a su rival y frunció el ceño. Benjamin intuyó que la situación iba a ponerse fea y decidió que no quería verse involucrado. Ya decidido a marcharse de allí, lanzó una última mirada al carismático animador y a su fascinado círculo de

espectadores infantiles y entonces sucedió algo extraño. Esta vez, al percatarse de que Benjamin lo miraba, la expresión del Barón se transformó, como si lo reconociese. Fue como si estuviera a punto de bajar del escenario, olvidarse de los niños, abandonar su personaje y saludar a Benjamin como si fuese un viejo amigo. Pero antes de que nada de todo eso ocurriera, intervino el doctor, que avanzó apresuradamente hacia el escenario y se puso a reprender a voz en grito a su rival por no acabar su espectáculo a la hora convenida. Estalló una agria disputa entre los dos payasos, que los niños observaban con una mezcla de diversión y perplejidad, sin tener muy claro si aquello formaba o no parte del espectáculo. Benjamin decidió que lo mejor era largarse de allí y, sin dedicar más que un instante a pensar en el extraño cambio de expresión del Barón, atravesó el restaurante.

–¿Dónde estabas? –le preguntó Philip.

–No llego tarde, ¿verdad?

–Habíamos quedado a las once.

–¿En serio?

Llevaban más o menos un año, desde que Benjamin se instaló en el molino, viéndose ahí una vez al mes. Habían elegido ese sitio simplemente porque quedaba a medio camino entre las casas de ambos, pero también se daba la grata coincidencia (en la que había caído Philip) de que Woodlands tenía casi los mismos años que su amistad. Se habían conocido en el colegio King William, una escuela de élite situada cerca del centro de Birmingham reputada por formar a alumnos que, tal como decía el himno del centro, «lo han hecho famoso por todo el mundo». Aunque lo cierto es que, de momento, ni Benjamin ni Philip habían cumplido ese objetivo. Mientras que algunos de sus condiscípulos se habían convertido en destacados empresarios (como el detestado deportista Ronald Culpepper, que, al parecer, ahora era dueño de varias minas de diamantes en Sudáfrica y se rumoreaba que su fortuna superaba los cien millones de libras) o –como en el caso de Doug– en prominentes articulistas políticos en Londres, tanto Benjamin como Philip parecían haberse conformado con la discreción de la mediocridad. Cuando a mediados del año 2000 a Philip le dejaron sin la columna periodística que llevaba años escribiendo, «Historias de la ciudad con Philip Chase», se sintió decepcionado, pero la noticia no le pilló por sorpresa; y dado que había detectado un hueco en el mercado para libros de calidad sobre historia local, puso en marcha su propia editorial, escribió los tres primeros títulos él mismo y ahora, cinco años después, se ganaba razonablemente bien la vida con ese negocio. Gozaba de una confortable vida familiar con Carol, su segunda

esposa, tras un primer matrimonio que había acabado en divorcio amistoso. En cuanto a Benjamin, después de haberse dedicado con notable éxito al mercado inmobiliario en Londres, a sus cincuenta años probablemente se le podría describir como jubilado. Si tenía planes para el futuro, se los guardaba para sí mismo, y nada más parecía perturbar su tranquilidad: ni siquiera ser consciente de que había malgastado los últimos treinta años de su vida en una vana obsesión amorosa, o de que había dedicado decenas de miles de horas trabajando en un gigantesco proyecto literario y musical tan desmesurado, difícil de manejar y mal planteado que incluso él se daba cuenta de que jamás lograría terminarlo y mucho menos darlo a conocer. El peso de tanta inversión emocional y energía intelectual malgastadas podría haber hundido a más de uno, pero no a Benjamin. Había atravesado el túnel del trauma y había emergido parpadeando en las plácidas llanuras de la tranquilidad, por las que estaba encantado de pasear sin ninguna meta en la cabeza, con una actitud muy semejante a la del típico cliente de Woodlands que dispone de media hora para pasearse por el departamento de muebles sin intención alguna de comprar nada.

–Bueno, solo disponemos de unos minutos –le dijo Philip, volviendo a consultar su móvil–. Tengo una cita con un posible autor en un cuarto de hora.

–¿Es prometedor?

Philip tenía sobre la mesa una carta. La desplegó y se la tendió a Benjamin.

–Parece que son postales antiguas de Droitwich y Feckenham. «Una colección inigualable», según dice.

–No vas a poder decirle que no. –Benjamin repasó por encima la carta y lanzó un suspiro al leer un par de frases–, Ooh..., parece un poco excéntrico.

–Todos son un poco excéntricos. La excentricidad me parece bien. Con moderación, como todo. Hay quien nos considera un país de excéntricos inofensivos.

–Supongo que sí –dijo Benjamin, y recordó la escena que acababa de presenciar en el teatro infantil. ¿Qué si no motivaría a alguien a disfrazarse de Barón Brainbox y ganarse la vida haciendo el imbécil ante un montón de niños? ¿El país no sería mucho más aburrido sin gente así?

En cualquier caso, cuando unos minutos después apareció el potencial autor de Philip y se presentó, no parecía haber nada particularmente excéntrico en él. Lo más negativo que podía decirse de él es que parecía bastante disperso y cohibido. Era un tipo desaliñado, con el cabello cano despeinado, un anorak acolchado con lamparones y ojos azul claro que miraban con cautela a través de unas enormes gafas de montura metálica pasadas de moda. Le estrechó la mano

a Philip, se presentó como Peter Stopes y lanzó una mirada inquisitiva a Benjamin.

–Él es mi amigo Benjamin Trotter –le explicó Philip–. Todo lo que me tengas que comentar, lo puedes decir en su presencia. –Se dio cuenta de que parecía Sherlock Holmes presentando al doctor Watson a un nuevo cliente en el salón del 221B de Baker Street.

–La verdad es que me sorprendió un poco que sugirieras que nos citásemos aquí –dijo Peter, mientras se sentaba frente a él–. Pensaba que este tipo de encuentros se mantenían en la privacidad de un despacho.

El despacho de Philip era el dormitorio principal de su casa en King’s Heath, pero no pensaba contarlo.

–Bueno, Peter –le dijo–, veamos qué tienes para mí. Son postales del viejo Droitwich, ¿verdad? ¿Has traído alguna?

–Sí, son postales, y un texto que las acompaña –añadió Peter enfatizándolo–. Y sí, las he traído, las tengo por aquí...

Se puso a buscar en los bolsillos del anorak, que resultó tener un montón. Por fin, después de tres o cuatro tentativas, encontró lo que buscaba y sacó un desgastado sobre manila doblado por la mitad, del que extrajo media docena de postales antiguas arrugadas y dobladas. Las depositó con delicadeza en la mesa ante Philip, dispuestas en dos hileras de tres.

–Ah, sí, el Lido de Droitwich –dijo Philip, cogiendo la primera–. Muy bonita. Yo diría que es de los años cuarenta.

–Sí, de 1947 –confirmó Peter.

–Y esta es una buena vista del Chateau Impney. Un edificio muy raro para esta parte del mundo. Lo construyó John Corbett, el industrial, para su esposa en la década de 1870. Ella era medio francesa.

–En efecto.

–Bueno, Peter, estas la verdad es que están muy bien. ¿Cuántas más tienes?

–¿Más? No, son solo estas. Aquí están todas.

Philip, perplejo, se quedó callado unos instantes.

–Pero... normalmente para este tipo de libros necesitamos al menos un centenar.

–Normalmente sí. Pero este no pretende ser un libro como los demás. El *texto*, Philip. En este caso el texto es fundamental.

–Entonces –sugirió con recelo Philip–, quizá será mejor que me hables un poco de él.

Peter miró nervioso a izquierda y derecha.

–Creo que deberíamos ir a un lugar menos público.

–No va a ser fácil –dijo Philip–, porque estamos en un centro de jardinería.

–La necesidad aguza el ingenio –replicó Peter–. Creo que tengo la solución. Sígueme.

Se levantó y salió del restaurante, esquivando la creciente cola para comer. (Por lo visto, nunca era demasiado pronto para una salchicha con puré de patata o para una tabla de quesos y embutidos.) Philip lo siguió después de lanzar a Benjamin una mirada perpleja y decirle:

–No tienes por qué venir.

–No me lo perdería por nada del mundo –respondió este–. Esto es mejor que el teatro infantil.

No tardaron en darse cuenta de adónde los llevaba Peter Stopes. En la parte posterior del edificio del Woodlands, resguardado del aparcamiento y de la carretera, se alzaba el enclave más secreto y para algunos máspreciado. Porque aquí estaban los cobertizos. En sus inicios había tan solo modestos cobertizos para guardar material de jardinería, con las dimensiones justas para guardar un cortador de césped, una podadora y un puñado de herramientas; pero no tardaron en incorporarse casitas prefabricadas, glorietas, pabellones y ornamentadas estructuras laberínticas que combinaban elementos de todos los anteriores; estructuras destinadas a proporcionar al inglés casado lo que tal vez más anhelaba: un espacio en el que pudiera aislarse de su familia sin tener que marcharse del hogar.

Había allí veinticinco o treinta cobertizos, colocados formando una suerte de pueblo, con calles y callejones que se cruzaban entre los edificios. Era la zona menos frecuentada del imperio Woodlands y por lo que parecía hoy Benjamin, Philip y el misterioso autor podían disponer de ella para ellos solos. Peter sabía lo que se hacía.

Tras echar un vistazo en todas direcciones para asegurarse de que nadie los había seguido, los condujo hasta el interior del segundo cobertizo. Formaba parte de la gama más sencilla de lo que se ofrecía en Woodlands: era una estructura básica en forma de cubo, con un ventanuco y un tejado en punta, que no alcanzaba la altura suficiente para que ninguno de los tres pudiese estar erguido. Y, de hecho, los tres allí metidos estaban bastante apretados. Permanecieron agachados y aplastados durante unos incómodos segundos, hasta que Benjamin dijo:

–Creo que deberíamos buscar un cobertizo más grande.

–Estoy de acuerdo –aceptó Peter.

El espacio era tan reducido que no podían darse la vuelta con facilidad, pero, con ciertos apuros, lograron salir uno detrás del otro. Recorrieron un trecho, pero el siguiente cobertizo que eligió Peter era apenas un poco más grande que el anterior.

–Creo que podemos encontrar otro mejor –dijo Philip cuando volvieron a encontrarse apretujados en el interior.

–Por supuesto –dijo Peter–. Pero lo cierto es que estoy pensando en comprarme un cobertizo en un futuro próximo. Y este me parece muy correcto. Necesito un sitio para poder trabajar en mis libros, ¿sabes?

Philip y Benjamin echaron un vistazo al cobertizo como pudieron, encajonados en aquel reducido espacio, tratando de evaluar su idoneidad como despacho.

–Es un poco pequeño –comentó Philip.

–Nuestro jardín es pequeño.

–Creo que podrías poner un escritorio aquí –le sugirió Benjamin–. Uno pequeño. Creo que podría funcionar.

–También necesito un sitio para guardar mis instrumentos. A mi mujer no le gusta que los tenga desparramados por la casa.

–¿Instrumentos?

–Instrumentos musicales. Tengo un pequeño grupo local. Tocamos canciones inglesas tradicionales con instrumentos originales.

–¿Y tú qué tocas? –le preguntó Benjamin, casi temeroso de la respuesta.

–El cuerno y el sacabuche.

–Vamos a buscar un cobertizo más grande –propuso Philip.

Al final optaron por el de mayor tamaño. Tenía tres estancias, calefacción central, agua corriente caliente y fría y una mesa grande en la habitación central rodeada de bancos con bonitos cojines bordados. Tomaron asiento aliviados.

Se produjo un largo silencio. Cuando por fin Peter pareció dispuesto a hablar, los otros dos se inclinaron para acercarse, presuponiendo –con razón– que lo haría en voz baja.

–Pues bien, Philip... Como ya te he dicho, en el caso de este libro, lo importante es el texto. Y no utilizo la palabra «importante» a la ligera. Cuenta una historia que yo mismo he descubierto y que, cuando salga a la luz, cambiará la perspectiva de la gente sobre uno de los temas más relevantes de nuestra época.

Guardó unos instantes de silencio para que esta impresionante afirmación calase y estaba a punto de continuar cuando Philip dijo:

–Bueno, en ese caso, ¿por qué quieres que lo publique yo? Soy un editor muy

modesto.

–Cierto. Pero de una pequeña bellota puede brotar un roble. Y, además –admitió–, debo confesar que no eres el primer editor al que se lo he propuesto. Mi proyecto ya ha pasado por las manos de varias editoriales londinenses de más envergadura. Espero que esto no te ofenda.

–Para nada. ¿A cuántos editores más les has mandado el proyecto?

–A setenta y seis.

Philip reflexionó unos instantes y dijo:

–Bueno, supongo que para esa gente unas fotografías del viejo Droitwich es un tema demasiado local...

–Aunque se metiese también Feckenham –apostilló Benjamin, echándole un cable.

–Las fotografías no son más que el pretexto –aseguró Peter–. Como ya he dicho, el texto es lo importante. La historia. Lo que voy a contaros –bajó todavía más la voz– no tiene que salir de las paredes de este cobertizo.

Benjamin y Philip asintieron con solemnidad.

–Supongo que os habréis fijado en lo que tienen en común esas fotografías. Algo que tiene que ver con la *gente* que aparece en ellas.

De pronto Philip empezó a sospechar por dónde iban a ir los tiros.

–Continúa, veamos de qué va –dijo con tono cansino.

–Lo que tiene en común esa gente es que todos son ingleses de pura cepa. Mi libro se va a titular *El plan Kalergi* y parte de la premisa de que si estas fotografías se tomasen hoy...

Y a partir de aquí, Peter Stopes empezó a regurgitar su delirante empanada mental. Philip, que hacía unos años había realizado un estudio sobre este tipo de ideas, ya estaba familiarizado con ellas. Según estas teorías, las razas blancas de Europa estaban siendo víctimas de un genocidio gradual. Iban siendo exterminadas lentamente, y todo ese proceso era fruto de las diabólicas maquinaciones de un aristócrata austriaco de principios del siglo xx llamado Richard von Coudenhove-Kalergi. «El plan Kalergi», como le gustaba llamarlo a cierta gente, era un plan para crear un Estado paneuropeo en el que, tal como se expresaba en su libro *Praktischer Idealismus*, «el hombre del futuro será de raza mixta. La raza euroasiática-negroide del futuro, de apariencia física similar a los antiguos egipcios, sustituirá la diversidad de pueblos por la diversidad de individuos.» Y, obviamente, este Estado paneuropeo genocida ya estaba bien asentado y llevando a cabo su diabólica misión en forma de Unión Europea, de la que Kalergi era nada menos que el padre espiritual.

Unos minutos más tarde, Benjamin y Philip se dirigían hacia sus coches bajo la llovizna de febrero, después de que el director editorial de Chase Historical se hubiera sacado de encima a Peter Stopes y sus seis postales con meridiana claridad.

–¿Todo eso que ha contado se lo ha inventado? –preguntó Benjamin.

–Oh, no, Kalergi existió y probablemente, si uno va hasta el verdadero origen, se lo pueda considerar el fundador de la Unión Europea –explicó Philip–. Pero esta gente retuerce sus ideas de un modo increíble. Tal vez lo que he dicho sobre los excéntricos inofensivos ha sido un poco ingenuo.

–No, no lo creo. –Benjamin fue el primero en llegar hasta su coche y rebuscó en el bolsillo las llaves–. Simplemente es que hoy hemos tenido mala suerte. No hay muchos como él.

–Espero que no. ¿La próxima vez podemos quedar en otro sitio?

–No, este me gusta. –Benjamin se puso el cinturón de seguridad, cerró la puerta del coche y bajó la ventanilla–. Es siempre una aventura. Nunca sabes con qué te vas a encontrar. A veces es maravilloso, a veces es horrible, la mayor parte de las veces es de lo más estafalario. Pero esto es Inglaterra. Estamos atrapados.

Cuando empezó a moverse, se despidió sacando la mano por la ventanilla y fue dejando atrás a Philip, que lo despedía con el mismo gesto y después negaba con la cabeza, pesaroso, preguntándose si Benjamin no llevaba demasiado lejos su talante conciliador.

Abril de 2011

Ian hablaba mucho sobre su madre. En cambio, casi nunca lo hacía de su padre, que había muerto cuando él era adolescente, ni de su hermana mayor, Lucy, casada y residente en Escocia y que no parecía mantener mucha relación con el resto de la familia; pero su madre era, sin duda, una presencia muy relevante en su vida. Vivía sola, en un pueblecito cerca de Stratford-upon-Avon, y él iba a visitarla cada sábado. Sophie (que ya de por sí tenía tendencia a sobreanalizar sus relaciones, pero más en este caso, porque estaba decidida – decididísima– a que no fracasase) se debatía interiormente entre considerar esa intimidad maternofilial emocionante o inquietante. Por un lado, parecía una muestra más de la actitud siempre considerada y generosa de Ian, pero al mismo tiempo, ¿era realmente sano que un hombre de treinta y siete años fuese a visitar a su madre con tanta regularidad y que hablase con ella por teléfono tan a menudo?

Y obviamente, Ian ardía en deseos de que Sophie conociese a su madre lo antes posible, pero durante varias semanas ella se resistió a su petición. No fue hasta haber pasado por otros ritos relevantes –la primera cena con Lois y Christopher (que fue todo un éxito), la primera vez que se dijeron «te quiero» el uno al otro (durante un momento sin diálogo de una película particularmente aburrida que ella le había llevado a ver en el Electric), el día que por fin Sophie se trasladó a vivir al apartamento de Ian (llevándose consigo sus cajas y más cajas de libros para llenar los estantes vacíos)– cuando finalmente cedió. Y de este modo, una soleada mañana de domingo en pleno mes de abril salieron en coche de Birmingham por la A-3400 y se adentraron en la anodina campiña de Warwickshire; su destino era un pueblo llamado Kernel Magna, en el que Ian había nacido y pasado la mayor parte de su vida.

Sophie disfrutó del viaje, entre otras cosas porque le gustaba cómo conducía Ian. Había algo erótico en contemplar a un hombre haciendo algo que se le daba bien: su atención constante y relajada, su cortesía con otros conductores, la sensación de que manejaba con facilidad una máquina compleja que respondía a sus órdenes. Por algún motivo, Sophie sentía el impulso de plantarle la mano

entre los muslos para intentar desconcentrarlo. Después de haberse divertido un rato provocándolo y cuando la conversación empezaba a agotárseles, se pusieron a jugar con las palabras. Fue idea de Ian: había que fijarse en las tres últimas letras de las matrículas de los coches con los que se topaban y construir con ellas una frase.

–Venga, empiezo yo –propuso, y leyó las letras de un Vauxhall Astra que esperaba en un cruce delante de ellos–. EXL: Encantador Xilófono Liliputiense.

Sophie se rió. Era una manera bastante idiota de pasar el rato –el tipo de juego que siempre había imaginado que podría jugar con sus hijos, si los tuviera–, pero proporcionaba una festiva sensación de desconectar de la mortífera seriedad de cualquier conversación en la universidad (socializar con los compañeros del departamento podía ser un auténtico suplicio). Y el sentido del humor de Ian, como sucedía a menudo, era contagioso.

–De acuerdo –dijo ella–. ZCA: Zoo Cautiva Arpistas.

–MPL –replicó Ian, tras fijarse en la matrícula de un VW Golf que pasó a toda velocidad–. Masturbadores Prefieren Lesbianas.

–TMC: Tu Magnífico Cálculo.

De pronto los dos se fijaron en un enorme Range Rover negro que salía de una casa.

–DPP: Derrida Prevarica a Propósito –dijo Sophie, en el momento exacto en que Ian lanzaba su propuesta–: Dos Pandas Protestan.

Los dos rompieron a reír y, antes de que Sophie tuviese tiempo de reflexionar sobre sus diferentes propuestas, pasaron junto a la señal que les daba la bienvenida –a ellos y a otros prudentes conductores– al mismísimo Kernel Magna.

No era el pueblecito de postal que Sophie se había imaginado. Probablemente no habría servido como imagen para uno de esos puzzles que se vendían tan bien en la juguetería de Woodlands. En primer lugar, al acercarse desde el norte, uno se topaba con una urbanización de casas nuevas muy anodinas, construidas todas con el mismo ladrillo rojo claro y demasiado pegadas unas a otras, que se extendía a ambos lados de la carretera. No eran feas, pero Sophie no se imaginaba viviendo en una de ellas.

–Esa era la mía –le comentó Ian, señalándole una de las casas, aunque Sophie no acabó de entender a cuál se refería–. Viví ahí un par de años –añadió, medio hablando consigo mismo.

El límite de velocidad era de cincuenta kilómetros por hora, pero redujeron a cuarenta mientras pasaban junto a un colmado, un restaurante indio, una

inmobiliaria y una peluquería, todos los negocios a unos pocos metros unos de otros.

–Esto es todo –dijo Ian–. Esto es todo lo que queda del pueblo. Eso de ahí –señaló un edificio abandonado a la izquierda– antes era el pub, pero lo compró una cadena y, como consideraron que no les resultaba rentable, lo cerraron al cabo de un par de años. Ahora mismo no queda mucha vidilla por aquí.

–¿Alguno de tus amigos sigue viviendo en el pueblo?

–No. Todos se han largado. Simon fue el último en marcharse. Ahora vive en Wolverhampton.

Sophie seguía tratando de aprenderse los nombres de todos los amigos de Ian.

–Recuérdame quién es Simon.

Ian le lanzó una mirada casi –pero no del todo– reprobatoria.

–Mi mejor amigo. Fuimos juntos al colegio desde primaria.

–¿Es el que es policía?

–Exacto. Bueno, esta es la casa de mi madre.

Metió el coche en el camino de acceso y aparcó delante de una casa alta de tres plantas, que debía de ser de los años treinta o por ahí. En la ventana en voladizo ya estaba apostada una mujer de cabello cano observando su llegada. Se plantó en la puerta antes de que Ian y Sophie hubieran tenido tiempo de salir del coche. Era una mujer alta –a Sophie le pareció que debía de rozar el metro ochenta– y, pese a su edad, se mantenía bien erguida; se la veía fuerte y firme, con la espalda bien recta. Tenía los ojos azules, la dentadura en perfecto estado y una mirada inquisitiva; solo el leve temblor de la mano cuando se la tendió a Sophie permitía aventurar que tenía setenta y un años. Era, como quedó bien claro enseguida, una mujer temible.

–Mmm –murmuró, mientras repasaba a Sophie de arriba abajo y le cogía la mano entre las suyas–. Eres incluso más guapa de lo que me había dicho. Me llamo Helena, querida. Adelante.

Los condujo hasta la sala y les sirvió unas copitas de jerez dulce, una bebida que Sophie cayó en la cuenta de que no había probado nunca.

–La verdad –dijo Helena cuando se les acabó la charla trivial sobre los pormenores del viaje–, creo que mi hijo debería haber traído de visita a su nueva novia hace ya algún tiempo. Querida, tengo entendido que ya te has instalado en su apartamento, ¿no es así? De modo que... vuestra relación ya está muy consolidada. No me parece correcto haber tardado tanto.

–Bueno..., la culpa es mía –admitió Sophie, mirando nerviosa a Ian–. Me ha invitado un montón de veces, pero siempre lo hemos tenido que retrasar por una

cosa u otra. Los domingos siempre... nos surge algún compromiso –improvisó a la desesperada.

–¿Vas a la iglesia? –preguntó Helena con un candor letal.

–No, pero...

Ian acudió al rescate.

–Mamá, creo que la he asustado por hablarle tanto de ti.

–Qué tontería –dijo Helena, poniéndose en pie–. Soy incapaz de matar a una mosca. Bueno, voy a acabar de preparar la comida.

–Te ayudo –le propuso Ian.

Sola en la sala, Sophie echó un vistazo a su alrededor, a las fotografías de la repisa de la chimenea y las paredes. Eran sobre todo retratos familiares: uno de Ian en la época escolar, con unos trece años, colocado en un marco doble junto a otro de una niña tres o cuatro años mayor, obviamente Lucy. Había varias fotografías del difunto marido de Helena: una en blanco y negro en la que vestía un uniforme (¿del Servicio Nacional?); otra muy bonita de los dos, en la que ella iba en bañador y él llevaba una camisa con el cuello abierto y pantalones cortos, tomada en algunas lejanas vacaciones familiares (¿tal vez en el sur de Francia?, ¿en los sesenta?), y otra mucho más reciente, colocada en un lugar preferente en la repisa, en la que él iba trajeado y parecía andar por la cincuentena, tal vez tomada poco antes de su muerte. Había también una foto de la graduación de Lucy (pequeña, apartada en un estante cerca del televisor), pero solo la acompañaban Helena y un jovencísimo Ian. Sophie se percató de que todas pedían a gritos que les sacasen el polvo.

Helena había preparado jamón cocido con ensalada de patata caliente. No comieron en la sala, que según dijo Helena en esta época del año era demasiado oscura, sino en la cocina, que a Sophie también le pareció bastante oscura.

–Ian me ha contado –se aventuró Sophie en determinado momento– que lleva usted más de cuarenta años viviendo aquí.

–Así es. Nos mudamos aquí el año que nació Lucy. Supongo que ya no me voy a mover de aquí, pese a que el pueblo ya no es, ni remotamente, lo que era. Mi hijo te lo puede contar: había una carnicería, un anticuario, una ferretería. Todos eran negocios familiares, por supuesto. En aquel entonces todo era muy diferente. La oficina de correos cerró hace cinco años. Eso fue un golpe muy duro. Ahora tengo que ir en coche hasta Stratford si quiero enviar un paquete. Y allí es muy difícil aparcar. ¡Ah, y también teníamos el Thomas's!

–¿Qué era el Thomas's?

–La tienda del pueblo. Una tienda muy completa. No solo vendía comida, sino

también artículos de papelería, libros..., todo tipo de cosas.

–De eso hace ya mucho tiempo, mamá.

–Algunos de nosotros tenemos buena memoria.

–De todos modos, ahora también hay una tienda.

–¿Ese sitio? –Helena se estremeció–. No es lo mismo. No puedes plantarte allí esperando poder mantener una conversación con la persona detrás del mostrador. De entrada, nunca sabes en qué idioma van a hablar. Lo cual, por cierto, me recuerda algo, ¿te he contado lo de la mujer que viene a limpiar la casa?

Ian negó con la cabeza.

–Mi querida asistenta –dijo Helena dirigiéndose a Sophie–, que venía a casa desde Dios sabe cuándo, se ha jubilado y se ha ido a vivir a la costa. Creo que a Devon. De modo que la agencia me ha enviado a una chica nueva. Se llama Grete. Es de Vilnius. ¡De Lituania, nada menos! ¿Te lo puedes creer?

–Pero eso qué más da –dijo Ian–, mientras limpie bien. ¿Qué tal habla inglés?

–La verdad es que muy bien. Aunque con un acento muy marcado, y yo agradecería que hablase más alto.

–Quizá la intimidas. Ya sabes que intimidas a mucha gente.

Al captar que el comentario hacía referencia –al menos en parte– a Sophie, Helena se volvió hacia su invitada y suavizó el tono:

–En fin, querida –le dijo–. Cuéntame lo de tu trabajo en la universidad. Mi hijo me ha dicho que sabes todo lo que se puede llegar a saber sobre la pintura antigua.

–No exactamente –respondió Sophie, reprimiendo una mueca de desagrado–. Como pasa con todos los académicos, estudio un tema muy concreto. Escribí la tesis sobre los retratos de escritores europeos negros del siglo XIX.

–¿Europeos *negros*? ¿De quién estamos hablando?

–Bueno, por ejemplo de Alexander Pushkin, cuyo bisabuelo era africano. O de Alexandre Dumas, el autor de *Los tres mosqueteros*, cuya abuela era una esclava de Haití.

–Dios mío, no tenía ni idea. ¡La de cosas que una aprende! –exclamó Helena, con un tono que más bien parecía indicar que había cosas que preferiría no aprender.

–De modo que examiné a estas figuras para valorar las diferentes maneras en que cada artista captó, o no fue capaz de captar, su ascendencia negra.

–Qué fascinante. ¿Alguien quiere pastel de ruibarbo?

Tras dar por zanjado el tema con esta pregunta, Helena fue a sacar el pastel del horno y sirvió también natillas. Después Ian (cuyas visitas a su madre casi

siempre implicaban hacerle algún apaño) subió a atornillar la tapa del váter, que se había aflojado. Helena, mientras tanto, se llevó a Sophie al jardín.

–¿Sabes? –le dijo–, creo que por primera vez en lo que va de año hoy ha subido la temperatura lo suficiente para poder tomar el té en el jardín.

Se sentaron en un banco de hierro forjado, pintado de blanco y orientado hacia un parterre con flores que, sin duda, en unos meses ofrecería todo un espectáculo de color. Helena cogió a Sophie del brazo y el apretón resultó aterrador por su firmeza y fuerza.

–Me alegro tanto de que mi hijo te haya conocido –le comentó–. Sus dos últimas novias no eran nada adecuadas, aunque ya sé que es de manual que una madre diga eso. Me encantaría que tuviera una relación estable, una compañera para toda la vida. Sé por propia experiencia lo mucho que echo en falta eso, pese a que, ¡Dios mío!, hace ya más de veinte años que mi querido Graham falleció.

–Debió ser... muy repentino, ¿fue algo inesperado?

–Desde luego. Un ataque al corazón, a los cincuenta y dos años. Estaba en la plenitud de la vida. Disfrutaba de su familia, de su trabajo...

–¿En qué trabajaba?

–Estaba contratado en los viejos estudios Pebble Mill de Birmingham. Era el gerente del estudio. Gerente sénior, debo decir. Tenía que hacer un largo trayecto con el coche cada día, pero no le importaba. Le encantaba su trabajo. Era un hombre de la BBC de pies a cabeza. No sé qué pensaría de los de hoy en día... Lucy estaba en la universidad cuando sucedió. Se mantuvo un poco al margen, pero estoy segura de que era su manera de hacerle frente. No puedo culparla por eso. Pero fuimos Ian y yo los que tuvimos que pasar por lo peor, aquí, en esta casa. Supongo que fue entonces cuando nuestra relación se estrechó...

–¿Usted nunca... nunca encontró a otra persona?

Helena se apartó un poco y la miró, con una artificiosa sonrisa atónita en el rostro.

–No se me hubiera pasado por la cabeza. Jamás.

Se quedaron en silencio. El jardín era muy silencioso. De vez en cuando se oía un coche que pasaba, la cantinela de un pájaro. Había silencio, pensó Sophie, pero de algún modo no sosiego.

–Este jardín lo plantó Graham –continuó por fin Helena–. Este parterre, el que tenemos más cerca, es de rosales. Tienes que volver en unos meses, en julio. ¡Estará espectacular! Tenemos muchas variedades, pero mi favorita, la más maravillosa de todas, es una variedad de rosa damascena que llaman York y Lancaster. Es una rosa blanca, con unas leves tonalidades rosáceas en alguno de

los pétalos. Del color de tu piel. –Y al decirlo miró a Sophie a los ojos y en la mirada fija de la anciana ella pudo leer muchas cosas: entre ellas un ruego, tan elocuente que podría haberlo expresado con palabras, de que no le hiciese daño de ningún modo a su hijo; y escondido tras el ruego, muy camuflado, pero tan real como él, una amenaza: la amenaza de que, si le hacía daño, tendría que atenerse a las consecuencias. Pero todo eso se expresó de forma callada. Las únicas palabras que pronunció fueron–: Querida, eso es lo que me pareces. Una deliciosa rosa. Una rosa inglesa.

Y Sophie, muy desconcertada, se limitó a bajar la mirada hasta su taza y beber un sorbito de té.

Agosto de 2011

En cuanto el taxi los devolvió a casa, Coriander corrió escaleras arriba hasta su habitación. Fue directa al tocadiscos colocado encima del tocador, sin mirar ni a derecha ni a izquierda, sin contemplar el collage de fotos enganchadas por todas las paredes, y puso la cara B del vinilo *Back to Black*. Solo entonces, cuando el desafiante y desgarrador estribillo de «Tears Dry on Their Own» llenó el dormitorio, se atrevió a echar un vistazo a su alrededor, a la galería de fotos que, antes de partir de vacaciones, eran una celebración de la vida, pero que en su ausencia, de un modo inaudito, habían pasado a ser un santuario mortuario.

Había fotos de ella en todas las poses y contextos imaginables: sentada encima de una lavadora en una lavandería, rasgueando las cuerdas de una guitarra Les Paul; sobre el escenario con unos ceñidos shorts rojos y chaqueta de cuero negra, y la sombra de ojos de un negro muy intenso con ese modo tan suyo de ponérsela; con su marido Blake, mirándose embelesados, él con un sombrero pork pie, ella con un vestido ceñido y sujetador rojo; una foto de ella posando sentada, con alas de ángel, un mechón de cabello negro tapándole un ojo y un lunar sobre los labios en los que se dibujaba un mohín de aburrimiento; otra foto de ella sobre el escenario, con un top ceñido que le aplasta los pechos desposeyéndolos de cualquier sensualidad, bailarinas y unos enormes pendientes de aro, el cabello revoltoso recogido en un moño alto con un fular de gasa con el nombre de Blake bordado; una foto terrible de ella hacia el final, anoréxica, desesperada, con los pómulos marcados y la mirada asustada. Había también una fotografía enorme, ampliada, de su colección de discos, o de una parte de ella: cubiertas de LP esparcidas ante la cámara; álbumes de Count Basie y Sarah Vaughan, Dinah Washington, Aretha Franklin, Diana Ross, Louis Armstrong, Sidney Bechet, Sammy Davis Jr. Coriander repasaba con avidez las fotografías mientras sonaba el disco. Cuando oyó la aspereza de la voz de Amy en «Some Unholy War» tuvo que contener las lágrimas. Había versos en la letra de esa canción –«yo a solas, con mi dignidad y esta funda de guitarra»– que siempre la emocionaban y la sacudían, pero ahora, sabiendo que quien la cantaba había

muerto, que no habría más canciones, más música, escucharla fue una experiencia casi insoportable.

Cuando terminó, Coriander tuvo la sensación de que había dado los primeros pasos en el proceso de recuperar su propia identidad, después de tres semanas de pesadilla atrapada en una villa toscana con su familia. Era estupendo estar de vuelta en su propio dormitorio, en su propia casa. No había nada más que le gustase en esta casa, pero en esta habitación se sentía reconfortada.

Coriander tenía catorce años. Vivía en una casa que las inmobiliarias de la zona valoraban en algo más de seis millones de libras, contaba con cinco plantas y quedaba semiescondida en un remanso de paz entre King's Road y Chelsea Embankment. Su padre, Doug Anderton, era un destacado comentarista político de izquierdas en medios nacionales. Su madre, la Insigne Francesca Gifford, era una antigua modelo de pasarela que había abrazado la religión y se había convertido en una figura de referencia en el circuito caritativo londinense, la decana de las organizadoras de subastas benéficas en las que el cubierto más barato para asistir a la cena costaba diez mil libras. Coriander detestaba a su madre y estaba muy distanciada de su padre. No sentía conexión alguna con su hermano pequeño, Ranulph, ni con sus hermanastros, Hugo y Siena, con los que había estado en Italia. Odiaba su colegio privado en Hammersmith y ya de entrada odiaba el mero hecho de ir a un colegio privado. Odiaba Chelsea y odiaba el suroeste de Londres. En ocasiones tenía la sensación de que lo único que amaba –y lo amaba con un entusiasmo feroz y sulfuroso– era la voz de Amy Winehouse. Y ahora Amy había muerto. Había fallecido mientras estaban de vacaciones y, hasta este momento, Coriander no había tenido ocasión de llorar su pérdida.

¿Y ahora qué? No quería quedarse aquí, encerrada toda la tarde. Quería salir y ver a sus amigas y enterarse de lo que se había perdido durante estas tres soporíferas semanas bajo el sol de la Toscana. No había necesidad de contarles a sus padres lo que iba a hacer. Su padre ya se había metido en el estudio y estaba trabajando en un artículo sobre los disturbios, y su madre estaba en la sala de la planta baja, revisando el correo. Marisol, la sirvienta filipina, estaba arriba, deshaciendo las maletas y amontonando las prendas que había que meter en la lavadora. Ninguno de ellos estaría pendiente de los monitores del sistema de seguridad. En unos minutos, Coriander ya había salido por la puerta del jardín y caminaba por Flood Street hacia las tiendas y la multitud. Sacó la BlackBerry y, sin aminorar el paso, sin mirar a su alrededor para ver por dónde caminaba, le envió un mensaje rápido a su amiga Grace. «¿Nos vemos en el Starbucks a las

5?» Pero Grace le respondió de inmediato: «Lo siento, estoy en Turquía», lo cual era toda una novedad para Coriander, que se había estado mandando mensajes con ella incluso el día anterior (pero la verdad es que la familia de Grace era dada a montarse un viaje al extranjero de un día para otro). Fue sola a la cafetería y pidió un frapuchino, se sentó un rato en una mesa y mandó mensajes a sus otras amigas. Dos de ellas estaban muy cerca, de compras en Brandy Melville, y le propusieron tomarse un yogur helado en el sitio nuevo que habían abierto en Sloane Square. Pero a Coriander la propuesta le pareció aburrida. De hecho, desde hacía ya algún tiempo esa parte de Londres y las patéticas opciones de ocio que ofrecía le resultaban soporíferas. A veces –aunque últimamente ya no tanto– su padre intentaba convencerla de que era una privilegiada por vivir cerca de King’s Road. Le contaba historias sobre los grupos de rock que se paseaban por aquí en los sesenta, sobre los escritores, beatniks y hippies que iban de copas al Chelsea Potter, sobre la llegada del punk y el día que Malcolm McLaren y Vivienne Westwood abrieron su tienda SEX en el número 430. Coriander le había oído contar estas historias a Doug cientos de veces y había llegado a la conclusión de que para él significaban tan poco como para ella. Él también detestaba Chelsea, estaba indignado consigo mismo por haber acabado viviendo allí y repetía una y otra vez estas fábulas consoladoras solo para justificar sus malas decisiones y sus cesiones. Para su hija eso no cambiaba nada, el hecho era que en la actualidad era un barrio que no molaba nada, lleno de niñas ricas malcriadas y de una uniformidad cultural espantosa: se oía hablar algunos idiomas extranjeros, cuando los billonarios europeos de turno iban del outlet de una marca al siguiente, pero no había auténtica diversidad, ni la más remota variación en el color de piel. No era como Hackney, ni como Islington, ni como los barrios del norte de Londres. (Porque esa era una de las cosas que habían hecho que Coriander adorase a Amy Winehouse. Ella era la voz de los barrios del norte de Londres. Del pendenciero, sórdido, barato, guay y multicultural norte de Londres, el lugar en que estaba el mercado de Camden, los Air Studios, el Dingwalls Dancehall, el Hackney Empire y todo lo que de verdad merecía la pena de entre lo que había producido esta ciudad sobrevalorada y autocomplaciente.)

Mientras sorbía su frapuchino, echó un vistazo a una docena de mensajes recientes hasta que dio con uno que le había llegado el día anterior por la tarde. Mierda, ojalá hubieran estado ya en casa, en lugar de seguir haciendo la siesta alrededor de la piscina como una panda de zombis. Parecía una propuesta muy prometedora. El mensaje se lo había enviado AJ, un chico negro muy guapo y

muy joven al que había conocido en un club de Hackney hacía unas semanas. Pero no lo había escrito él. Simplemente lo reenviaba. Decía:

Gente de todos los barrios de Londres nos vamos a concentrar en el corazón de Londres (central) Oxford Circus!!! Va a haber rotura de escaparates de TIENDAS, así que venid (material gratis!!!), a tomar por culo la poli, los vamos a hacer recular con nuestra REVUELTA >:O

Atentos a los colores de guerra, de modo que si veis a un hermano... SALUDADLO!, si veis a un poli... DISPARAD!

Necesitamos más HOMBRES que polis, así que todo Londres y los demás estáis invitados! Puro terror y caos & material gratis... romped los escaparates y coged todo lo que queráis! Oxford Circus!!!! 9 pm, no queremos que los polis hijosdeputa sean los dueños de las calles y metan a nuestros hermanos en prisión, así que preparados, este es un mundo libre, así que divertíos con una jornada de compras salvaje ;)

Oxford Circus 9 pm. Si veis a un poli deteniendo a un hermano, LANZAOS SOBRE ÉL!!! TODO EL MUNDO AL ATAQUE, los negratas van a estar al acecho, encapuchados, atacamos a las 9.15-9.30 pm, venid todos, nos vemos allí. RECORDAD LA LOCALIZACIÓN!!! Oxford Circus!!!
REENVIAD EL MENSAJE A TODOS VUESTROS CONTACTOS!!!

«Puro terror y caos.» A Coriander le gustaba cómo sonaba, de hecho le molaba un montón.

Tal vez se hubiera perdido la quedada de Oxford Circus, pero ahora se presentaba una nueva oportunidad. «Las cosas están empezando a moverse en Mare Street», le comunicó AJ vía BBM. Ella cogió el metro y cuando, cuarenta y cinco minutos después, llegó a Hackney y se encontró con él, pudo comprobar a qué se refería. Había un enorme camión blanco parado en el cruce entre Mare Street y otra calle, bloqueando el tráfico. Estaba empezando a reunirse una multitud, formada principalmente por jóvenes, en su mayoría negros, pero era una masa amorfa y desorganizada en comparación con las hileras de policías desplegados ante ellos, con los escudos antidisturbios preparados. En la periferia de la multitud había paseantes y mirones, que rodeaban los bordes de la muchedumbre, algunos tratando de acceder a las tiendas o de regresar a casa, muchos con el móvil o la cámara en la mano grabando vídeos de la confrontación que se estaba gestando. De momento todavía no pasaba mucho más, salvo algunos altercados aislados entre la primera línea de policías y un puñado de tíos que se les acercaban para encararse con ellos, pero el aire se iba impregnando de una creciente sensación de violencia inminente. A Coriander le pareció excitante, pero al mismo tiempo estaba asustada y no se separó de AJ,

aferrada a él, reconfortada por la firmeza de su antebrazo bajo la mullida textura de la sudadera con capucha.

Las cosas no tardaron en animarse. Alguien abrió las puertas del camión y descubrió que transportaba madera. La gente empezó a sacar la carga –tablones, palos de escoba, viejos marcos de ventana, todo tipo de cosas– y la fueron pasando a la multitud. Coriander cogió lo que le ofrecieron y se dio cuenta de que era un arma improvisada. Unos segundos después, oyó un ruido de cristales rotos a sus espaldas, se volvió y vio a una pareja de chicos rompiendo las ventanas del autobús que había quedado aparcado y abandonado cuando se bloqueó el tráfico. El estruendo le dio un chute de adrenalina y lo siguiente que hizo –sin detenerse a pensar en ello– fue correr hacia el autobús y ponerse a martillar la carrocería con su pequeño palo, del tamaño de un bate de críquet infantil. Se sintió avergonzada al comprobar que apenas había logrado hacer alguna abolladura y oyó que la gente alrededor se reía de ella.

–¿Qué coño haces? –le espetó AJ, que, en cuanto la alcanzó, la agarró del brazo y tiró de ella–. ¿Quieres que te arresten? –Como ella no respondió, él continuó–: Vamos, larguémonos de aquí. Si queremos ver el espectáculo, tenemos que encontrar un lugar un poco más seguro.

Retrocedieron hasta una calle lateral y se apostaron en la esquina con la calle principal para contemplar la refriega y grabar vídeos. Coriander había dejado caer con discreción el palo, pero vio que alguien que pasaba a su lado había atado un cúter al suyo.

–Joder –dijo–, mira eso.

–Por aquí hay alguna gente peligrosa –admitió AJ.

–¿Lo conoces? –le preguntó ella.

–No –respondió AJ–. Pensaba que iban a venir algunos de mis amigos, pero todavía no he visto a ninguno. No nos pasará nada. Pero ten cuidado.

A sus espaldas, en la calle estaba subiendo de tono una trifulca. Dos rastas pretendían pasar para llegar a su apartamento, pero la policía no les dejaba avanzar. Los agentes llevaban pastores alemanes atados con cadenas y los perros trataban de abalanzarse sobre los dos tipos. Se produjo un caos de ruidos: los gritos de los policías ordenando a esos tíos que se dieran media vuelta, los gritos de protesta de los rastas, los incesantes y ensordecedores ladridos de los perros, el aullido de las sirenas que cruzaban a lo lejos y los ruidos confusos de la pelea en Mare Street, donde el grueso de la multitud estaba siendo empujado calle abajo por los antidisturbios en formación. AJ y Coriander se unieron al grupo de gente que contemplaba la disputa de momento en tablas entre los rastas y la

policía. Un periodista blanco estaba grabando el altercado con su cámara de vídeo. Uno de los rastas vociferaba que el perro se le había tirado encima y le había mordido mientras él mantenía las manos en alto, el otro le gritaba a un agente que «somos todos iguales, si me dices que circule, después también le tienes que decir a ese tipo blanco que circule». El perro tiraba de la correa y le ladraba mientras él gritaba: «Le has pegado a mi colega con la porra, tío, le has pegado con la puta porra.» Al final el poli les dejó pasar, pero el que había recibido el mordisco siguió gritando para todo el que quisiera oírlo: «No soy violento, ¿vale? Pero así es como nos tratan por aquí. Se plantan en nuestras calles y nos dicen lo que tenemos que hacer. ¿Qué coño esperan? La mitad de la gente que hay aquí tiene alguna historia que contar sobre la puta policía...»

Los altercados seguían su curso. Volvieron a Mare Street y vieron que, además de con las maderas del camión, los manifestantes se habían armado también con botellas saqueadas de un Tesco. «¡Coged proyectiles, hermanos, coged proyectiles!», les gritó un tipo. Un tío blanco se abrió paso entre la multitud, se plantó ante la hilera de policías, les dio la espalda, se inclinó y les enseñó el culo. Coriander vio la raja y las nalgas blancas reflejadas en el escudo de uno de los antidisturbios. La multitud rió, vitoreó y aplaudió, y el gesto pareció animarlos a empezar con el lanzamiento de proyectiles. En respuesta, la policía cargó y los obligó a retroceder calle abajo. Mientras se retiraban, iban arrancando papeleras y o bien las lanzaban contra los antidisturbios o bien les prendían fuego. Coriander se vio empujada y zarandeada, aplastada entre desconocidos, se tambaleó y casi tropieza y se cae. Se metieron en otra calle, en la que había un outlet de la marca Carhartt, cuya alarma se había disparado y sonaba a todo trapo, mientras la gente entraba y salía con todo lo que podían pillar: parcas militares, cazadoras de aviador, jerséis y gabardinas. Coriander entró con un montón de gente y, dejándose llevar por la excitación, sin pensárselo dos veces, agarró un par de chalecos Newton verdes, pero cuando salió AJ la estaba esperando y le dijo: «Déjalos donde estaban», así que ella volvió a meterse en la tienda, los tiró al suelo, salió de nuevo y siguió a su amigo.

Pasaron corriendo junto a un Mazda MX5 al que le habían prendido fuego. Había una energía increíble en el aire y lo que Coriander notaba en la garganta no era el humo del coche en llamas sino el afilado y vigorizante sabor de la rabia. Los manifestantes estaban furiosos por la muerte de Mark Duggan hacía cuatro días y por años de agresividad policial, y la policía estaba furiosa por el descontrol de la protesta y la violencia con la que tenían que bregar. Años de

rabia, años de coexistencia amarga, rencorosa y resentida estaban emergiendo y llegando al punto de ebullición. Era fantástico. «No se trata de protestar», le diría más tarde Jackson, el amigo de AJ, mientras se recuperaban en London Fields, bebiendo Strongbow y fumando porros. «Se trata de mostrarles a los polis que no pueden ir por ahí jodiendo a los jóvenes e irse de rositas. Así que vamos a poner patas arriba esta zona para que les quede bien claro que la próxima vez que nos puteen, esto es lo que van a recibir como respuesta. A la mierda 2012 y los Juegos Olímpicos. Si lo único importante es eso, pues también lo vamos a joder. No pueden ir por ahí en este plan, a la caza de los jóvenes. Voy por la calle y la poli me para porque sospecha que llevo drogas encima y no sé cuántas cosas más. Te vamos a cachear. Si no te dejas cachear, te vamos a llevar a la comisaría y te vamos a desnudar para registrarte. No paran de tocarnos los cojones. Y al final pasa lo que pasa, y la verdad es que me alegro de que haya pasado. No me alegro de que matasen a ese chaval. Pero la poli tiene que enterarse de las consecuencias para ellos cuando nos tocan los cojones. Cuando se toman demasiadas libertades.»

Esa noche Coriander volvió a casa pasadas las diez. Su madre ya se había acostado y su hermano estaba jugando con la Xbox, pero como ella tenía ganas de hablar con alguien fue a buscar a su padre. Doug estaba en su escritorio, seguía trabajando en el artículo.

–Hola, papá –saludó ella.

–Hola –respondió él; se echó hacia atrás en la silla giratoria, se colocó las manos en la nuca y se estiró.

–¿Sobre qué estás escribiendo?

–Trato de hacer una reflexión sobre los disturbios. Pero no acabo de estar satisfecho con lo que he escrito.

–¿Por qué?

–Supongo que porque en realidad no sé lo que pienso al respecto.

–¿Puedo leerlo?

–Claro que sí.

Doug fue a prepararse un café y Coriander se sentó ante su escritorio y leyó el texto. Cuando su padre reapareció, con una taza, le preguntó:

–Y bien, ¿qué te parece?

–Está bien –respondió ella.

–¿Bien?

–Aunque... –Lanzó las palabras con una despreocupación que solo una chica de catorce años se podría permitir–. Bueno, supongo que es el tipo de artículo que la gente espera de alguien que lleva el tipo de vida que llevas tú.

–¿Qué quieres decir? –preguntó él, horrorizado.

Coriander ya estaba saliendo del despacho. Se detuvo en la puerta el tiempo justo para responder:

–Tienes que salir más.

Mierda, pensó él, encajando el golpe, mientras Coriander subía los dos tramos de escalera hasta su dormitorio. Su padre le preguntó: «¿Dónde has estado todo el día?», pero no hubo respuesta. No tardó en volver a sonar «Some Unholy War» a todo volumen en los bafles del cuarto de Coriander.

Los disturbios continuaron dos días más y se extendieron por otras ciudades, incluida Birmingham.

El miércoles por la tarde, con los boletines de noticias informando de la presencia masiva de policía en las calles y de una multitud de alborotadores en el centro de la ciudad y grupos más aislados y dispersos de saqueadores de la periferia, a Ian le aconsejaron que interrumpiese la clase de la tarde y mandase a todo el mundo a casa.

Al salir del edificio en Colmore Row unos minutos después, se dio cuenta enseguida de que estaba sucediendo alguna cosa inusual. Las calles estaban tomadas por cientos de jóvenes, muchos de ellos con capucha y la cara tapada. Frente a ellos, un número igual o incluso superior de policías con chaquetas reflectantes y escudos. Aunque había algunos alborotadores blancos y algunos agentes negros, la impresión de confrontación racial era apabullante. Para regresar a su apartamento, Ian debía caminar unos minutos en dirección oeste, pero empujado por una natural curiosidad, decidió quedarse por allí un rato y pasearse entre la multitud, que en ese momento mantenía una actitud más apática y despistada que incendiaria.

Era una calurosa tarde de agosto y, en medio de toda esa agitación, mucha gente seguía haciendo sus compras o simplemente iba de una parte de la ciudad a otra. Los transeúntes eran en su mayoría jóvenes, pero también había algunos compradores de edad avanzada y niños que habían salido a pasear con sus padres. La policía pedía por los megáfonos a la gente que despejasen la zona, que circularan, que regresaran a sus casas por su propia seguridad. Ian avanzó entre la multitud que apenas se movía y se dirigió por Cherry Street hacia Corporation Street. Pensó que la mayoría de los policías parecían jóvenes y nerviosos. Se preguntó si su amigo Simon Bishop estaría entre ellos. Él y Simon habían crecido juntos en Kernel Magna, y Simon era ahora oficial de segundo grado en el Grupo de Apoyo Territorial de la Policía de West Mercia. Estaba radicado en Wolverhampton y se pasaba la mayor parte del tiempo trabajando en un despacho, pero Ian sabía que hacía un par de años se había presentado voluntario para recibir formación como antidisturbios y había bastantes

posibilidades de que en un día como hoy estuviera desplegado como refuerzo. A juzgar por el número de agentes, todos los polis de la región de West Midlands debían de estar desplegados en el centro de Birmingham.

Ian se detuvo ante un McDonald's y mantuvo una breve conversación con una mujer joven y su hija adolescente, que se habían quedado allí paradas sin saber muy bien qué hacer.

–Quiero llegar a la estación de New Street –decía–, pero han cortado la calle.

–Venid conmigo –les dijo Ian–. Vamos a hablar con ellos. Nos tienen que dejar pasar.

Ian descendió por Corporation Street hacia New Street, abriéndose paso entre la multitud y deteniéndose de vez en cuando para comprobar que la mujer y su hija seguían detrás de él. La mayor parte de la gente se apartaba para dejarles pasar, pero había algunos grupos de jóvenes (prácticamente niños) que se mostraban abiertamente hostiles y se negaban a moverse o incluso les cerraban el paso. Pero Ian comprobó que la línea más infranqueable era la de los policías que bloqueaban el acceso a New Street.

–Lo siento, no se puede pasar –le dijo un agente, con el escudo amenazadoramente en alto para bloquearles el paso–. Si quieren ir a la estación, tienen que dar un rodeo. Es por su propia seguridad.

–¿Qué quiere decir? –preguntó Ian–. Ahora mismo no pasa nada.

–Pasaré en breve, amigo.

–Escucha, gracias –le dijo la mujer a Ian, agarró la mano de su hija y tiró de ella en otra dirección, hacia el ayuntamiento, donde había menos gente concentrada–. Nosotras lo intentaremos por ahí. ¡Cuídate!

–Lo mismo digo –gritó Ian.

En el momento en que levantaba la mano para despedirse de ella, un tipo alto y musculoso con una sudadera gris con capucha y pantalones holgados chocó con él y cuando Ian gritó «¡Eh!» a modo de protesta, el otro se volvió y parecía a punto de responderle algo, pero se percató de la altura y corpulencia de Ian y se lo pensó mejor. Mientras se evaluaban mutuamente, Ian se dio cuenta de que del bolsillo del tipo salía algo. Parecía el mango de un martillo grande. El tipo se dio la vuelta y empezó a alejarse en dirección a Corporation Street y, de forma instintiva, Ian lo siguió. No lo perdió de vista mientras se abría camino entre la multitud cada vez más compacta. A mitad de la calle, el tipo se detuvo y se unió a un grupo de amigos. Eran cinco o seis. Ian se detuvo a unos diez metros y los observó, pero tratando de que no resultase demasiado evidente que los estaba vigilando. No parecían estar preparando nada, se limitaban a permanecer allí

plantados charlando y riendo. Desde la otra punta de la calle, junto a los antidisturbios en formación, le llegaban cánticos, algún tipo de eslogan contra la policía –que Ian no lograba descifrar– y después se oyeron gritos. Parecía que se estaba armando jaleo. Giró el cuello en esa dirección para tratar de ver qué estaba sucediendo. El ambiente en las calles estaba cambiando rápidamente y a Ian no le gustaba el cariz que tomaba. La latente amenaza de violencia empezaba a emerger a la superficie y, por primera vez, se percató del ruido de los rotores de un helicóptero de la policía que sobrevolaba la zona en círculos. Tal vez lo más sensato fuese regresar a casa lo antes posible. Pero mientras lo pensaba, se oyó un ruido sordo amortiguado y ruido de cristales golpeados. Se volvió hacia el lugar del que procedía el estruendo y vio que el tipo al que había estado siguiendo había sacado el martillo y lo estaba utilizando para tratar de romper el escaparate de una tienda de caramelos. Sus acompañantes también empuñaban martillos o grandes palos, salvo uno, que había arrancado una papelera y con ella aporreaba el escaparate. El vidrio era sólido y todavía no habían logrado resquebrajarlo. Después Ian se preguntaría: ¿por qué una tienda de caramelos? ¿Por qué precisamente una tienda de caramelos?, pero en ese momento no se detuvo a pensarlo. Algo en su interior –que tal vez no era ajeno a la rabia contenida que le había quedado después de que ese tío lo empujara hacia unos minutos– lo impulsó a actuar y se abrió camino entre el círculo de personas que contemplaban la acción de los chavales –unos jaleándola, otros petrificados en un horror silencioso–, agarró al chico por el brazo y le dijo algo, una estupidez del tipo: «¿Qué cojones estás haciendo? Joder, no es más que una tienda de caramelos», y eso fue lo último que recordaba desde ese momento hasta dos días después.

Sophie estaba en Londres, investigando en la Biblioteca Británica, el día que hirieron a Ian. Lo llevaron al Hospital Queen Elizabeth, donde los médicos lo sometieron a una batería de minuciosas pruebas para asegurarse de que no había lesiones en el cerebro; pero el sábado por la mañana seguía con conmoción cerebral e ingresado. Sophie se ofreció a recoger a su madre en Kernel Magna y acompañarla al hospital para una visita vespertina. Previamente había hablado por teléfono con Helena y sabía que la mujer estaba muy alterada por lo ocurrido.

Sophie llamó a la puerta de Helena a las dos y se sorprendió cuando le abrió

una mujer joven a la que no conocía. Era menuda, llevaba el cabello rubio corto y tenía ojos azules.

–¿Sophie? –le preguntó la mujer.

–Sí.

–Soy Grete. Soy la asistente de la señora Coleman. Pase, ya está casi lista.

–¿Trabajas los sábados? –le preguntó Sophie mientras la seguía al interior de la casa.

–No, claro que no. Pero la señora Coleman estaba muy alterada por lo que le ha pasado a su hijo. Estaba un poco preocupada por ella y he venido a comprobar cómo estaba y a traerle algo de comer. Me preocupaba que no comiese.

–¿Sophie? –llamó una voz desde la planta superior–. ¿Eres tú?

Sophie subió con rapidez y se topó con Helena con el abrigo ya puesto, que buscaba algo en su dormitorio con aire desconcertado.

–Mis gafas –dijo–. Las he dejado por algún lado. ¿Las ves?

Estaban encima de la cama, casi invisibles sobre la colcha verde.

–Gracias. ¿Esa chica sigue aquí?

–¿Grete? Sí, me ha abierto la puerta ella. –Sophie ayudó a Helena a abrocharse los botones del abrigo–. No sé si vas a necesitarlo en el coche, la verdad. Hoy hace bastante calor.

–¿Pero por qué ha venido? –preguntó Helena.

–Me ha parecido que quería comprobar que estabas bien.

–Vaya, es muy raro, ¿no crees?

–La verdad es que no.

–Me ha traído sopa. Una crema de champiñones.

–Lo sé. Se huele desde aquí. Huele de maravilla.

–Llevaba un montón de ajo, o chucrut, o una cosa de esas. La verdad es que no me la he podido terminar. ¿Crees que quiere..., bueno, me refiero a si crees que espera que le dé algo a cambio?

–No me lo ha parecido. Vamos, ya estás lista para marcharnos.

Sophie la cogió del brazo y la acompañó por la escalera hasta la planta baja, le dio las gracias a Grete y la vio marcharse con su coche por la calle principal del pueblo. Después se puso manos a la obra con la ardua tarea de meter a Helena en el coche y abrocharle el cinturón. Sophie calculó que el trayecto hasta el hospital les llevaría algo menos de una hora. ¿Serían capaces de mantener una conversación durante tanto tiempo? ¿Podrían evitar los temas conflictivos? Después de comentar de nuevo la visita de Grete –que Helena parecía tomarse

casi como una impertinencia— se hizo un silencio que Sophie trató de romper hablando sin ton ni son del tiempo, del tráfico, de sus planes para las vacaciones, de cualquier asunto que resultase cómodo y neutral. Pero por lo visto a Helena empezaron a rondarle obsesivamente por la cabeza las imágenes que había visto toda la semana en la televisión y los periódicos, y las heridas sufridas por su hijo.

—Sophie, ¿cuándo terminará todo esto? ¿Cuándo acabará esta pesadilla?

Sophie, claro está, sabía muy bien a qué se refería con lo de «pesadilla». Pero estaban en mitad de una tranquila tarde de sábado en pleno agosto. Iban en coche por la A-435 no lejos de la rotonda de Wythall y el sol resplandecía plácidamente sobre las capotas de los coches, las señales de tráfico, las gasolineras, los setos, los pubs, las tiendas de jardinería y los pequeños supermercados, todos los puntos de referencia familiares de la Inglaterra moderna. En esos momentos resultaba complicado ver el mundo como un lugar horripilante. (Aunque también como un lugar inspirador.) Estaba a punto de responder con algún tópico —«Oh, bueno, la vida sigue», «Estas cosas al cabo de un tiempo se desinflan»— cuando Helena añadió:

—¿Sabes?, tenía toda la razón. «Ríos de sangre.» Fue el único lo bastante valiente como para atreverse a decirlo.

Sophie se quedó petrificada al oír estas palabras y los tópicos no brotaron de sus labios. El silencio que se creó entre ella y Helena era ahora insondable. Al final, había tenido que salir. El tema sobre el que no se podía, no había que discutir. El tema que dividía más que ningún otro a la gente, porque sacarlo a la palestra suponía rasgarte las vestiduras y rasgárselas a tu interlocutor para obligarse a mirarse a los ojos en pelota picada, a calzón quitado y sin posibilidad alguna de escurrir el bulto. Cualquier respuesta que le diera en estos momentos a Helena —cualquier respuesta que pretendiese ser honesta con su punto de vista claramente opuesto— supondría afrontar de inmediato la verdad inconfesable: que Sophie (y cualquiera como ella) y Helena (y cualquiera como ella) podían vivir una junto a la otra en el mismo país, pero al mismo tiempo habitaban universos diferentes, y estos universos estaban separados por un muro, altísimo e indestructible, un muro levantado a base de miedo, suspicacias y —tal vez— incluso algo de esas cualidades tan propias de la particular idiosincrasia inglesa: el pudor y la vergüenza. Era imposible salir airoso de esta situación. La única opción pragmática era no darse por aludida (pero ¿por cuánto tiempo iba a resultar pragmática?) y refugiarse, de momento, en la desesperada y desoladora ficción de que no se trataba más que de una pequeña diferencia de opinión,

similar a no estar del todo de acuerdo con una vecina sobre la elección de una determinada paleta de colores o sobre los méritos de cierto programa de televisión.

De modo que siguieron el viaje sin decir palabra durante diez minutos o más, hasta que llegaron a King's Heath y siguieron en paralelo a Highbury Park y entonces Sophie dijo: «Las hojas ya están cambiando de color», y Helena respondió: «Es verdad. Qué bonito, pero parece que cada año se adelanta más, ¿no crees?»

El nuevo Hospital Queen Elizabeth, uno de los más recientes orgullos de Birmingham, llevaba abierto poco más de un año. Sus tres torres de nueve plantas, de una resplandeciente y modernísima combinación de aluminio blanco y cristal, dominaban el horizonte cuando una avanzaba por Selly Oak en dirección a Edgbaston. Una vez en el interior, el enorme atrio con su techo acristalado generaba una sensación de calma y admiración, e incluso un ligero optimismo, de modo que por una vez la experiencia de entrar en un hospital no conllevase una inmediata congoja. Era un espacio tan agradable, que Sophie podía imaginarse viniendo simplemente para sentarse en el café, tal vez para leer un libro y adelantar un poco de trabajo. De hecho, hoy mismo había un montón de personas que parecían estar haciendo justo eso. Reconoció a una de sus colegas del departamento de Humanidades enfrascada en la lectura de un libro de Marina Warner.

Sophie y Helena tomaron el ascensor hasta la sala de la cuarta planta y se encontraron a Ian sentado en la cama en pijama. Seguía con la cabeza vendada, pero parecía contento; estaba tomando una taza de té y charlando con su amigo Simon Bishop. Simon se puso en pie cuando las vio aparecer y les dio un beso en la mejilla a las dos. Ya conocía a Sophie de un par de cenas y no disimulaba su convencimiento de que Ian había conseguido una novia espectacular.

–Señora C., ya me iba –le dijo a Helena–. No quiero molestar.

–No seas tonto, Simon. Siempre es una alegría verte. ¡Vaya semanita debes haber pasado!

–Ha sido dura, no se lo voy a negar. Y lo peor es que hemos fracasado.

–¿Habéis fracasado? ¿Cómo que habéis fracasado?

–Ha habido tres muertos. Tres personas muertas. Hemos fracasado porque no fuimos capaces de proteger sus vidas.

Simon se estaba refiriendo a tres jóvenes –Abdul Musavir, Shahzad Ali y Haroon Jahan– que el miércoles por la noche habían sido atropellados por un coche mientras intentaban proteger varias tiendas de Dudley Road en Winson

Green. Había sido el único incidente con muertos en todo el país durante los seis días de disturbios.

–Es muy triste, sobre todo para sus familias –comentó Helena–. Pero, después de todo, fueron ellos mismos los que se pusieron en peligro.

–Disculpe que la contradiga, pero no es así –dijo Simon–. Nadie podía anticipar un ataque de este tipo, fue algo del todo inesperado. Si le soy sincero, lo que hizo el idiota de su hijo fue mucho más temerario.

Ian esbozó una sonrisa. Tendió la mano hacia Sophie y ella se la envolvió con las suyas.

–Sí, ya tenía pensado hablar con él al respecto –aseguró Helena–, cuando se haya recuperado. –Fue un comentario amenazante, como muchos de los suyos.

Cuando la visita ya estaba a punto de finalizar, Simon dijo:

–Helena, le propongo una cosa: dejemos a los tortolitos a solas un rato. Venga conmigo, la invito a una taza de té.

La cogió del brazo y la sacó de la sala en dirección a los ascensores. Ella se volvió y le lanzó a su hijo un beso impregnado de reproches antes de salir por la puerta.

–Bueno –dijo Sophie, volviéndose hacia Ian y sintiendo de inmediato la relajación que siempre (a estas alturas ya era del todo consciente) la invadía cada vez que Helena desaparecía de su vista–, ¿cómo se encuentra hoy el héroe local?

–Muy bien –respondió Ian–. ¿Y qué tal estás tú? ¿Cómo ha ido el trayecto con mi madre?

–Oh, lo hemos superado –dijo Sophie–. De hecho, ha ido bien. Bueno, en determinado momento le ha dado por citar a Enoch Powell, pero... hemos pasado de puntillas por el tema. En fin, ¿vas a volver pronto a casa? ¿En un día o dos?

–Parece que sí.

–¿Estás preparado?

–Claro que sí. Lo único que me han dicho es que durante un tiempo no me embale demasiado, ni haga nada que implique un esfuerzo físico excesivo.

–Vaya –dijo Sophie, y sonrió y pareció alicaída al mismo tiempo–. Qué pena. Esperaba que pudiéramos hacer algo que te hiciera embalar y te supusiera un esfuerzo físico excesivo.

Con un movimiento furtivo acercó la mano por debajo de la sábana a la zona genital de Ian. Apretó y notó un movimiento de excitación. Ian se retorció bajo la sábana con una suerte de feliz frustración.

–El miércoles te comportaste como un completo idiota –le dijo Sophie–. Y nunca te he querido tanto como desde entonces.

Era cierto. Estaba segura de que ninguno de sus amigos, colegas académicos o exnovios habría actuado como Ian en esas circunstancias. Había sido un gesto estúpido, peligroso y contraproducente, pero ella nunca se había sentido más orgullosa y más atraída por él.

–Escucha, cuando hayas acabado de torturarme –le dijo él, sonrojándose y echando un rápido vistazo a los otros enfermos de la sala–, hay un par de cosas que quiero pedirte.

–Soy toda oídos –le dijo Sophie, sin mover ni un centímetro la mano.

–Cuando... cuando esta noche acompañes a mamá de vuelta a casa, ¿podrías sacarle los cubos de basura? No los recogerán hasta el lunes, pero ella sola no va a poder sacarlos.

–De acuerdo.

–¿Y puedes echar un vistazo a los cables de la parte trasera del televisor? Al parecer le falla el sonido.

–Sí, me lo ha comentado. Claro que lo haré. ¿Algo más?

–Ummm..., sí. –Le cogió la mano, la apartó de la zona peligrosa y se la apretó–. Hay otra cosa. –La miró a los ojos–. ¿Quieres casarte conmigo?

De pronto pareció que la sala quedaba en silencio. Pareció que el mundo dejaba de girar. Y esa ilusión –si es que lo era– pareció eternizarse.

Al final Sophie sonrió y dijo:

–Estás de broma, ¿verdad?

Ante lo cual Ian se rió y respondió:

–Sí.

Ella no se sintió exactamente aliviada, pero al menos pudo volver a respirar con normalidad. O al menos lo logró durante un momento, hasta que él añadió:

–Claro que estoy bromeando. La basura no la recogen hasta el martes.

Volvió a hacerse el silencio, esta vez más prolongado y profundo. Hasta que él repitió la pregunta:

–¿Y bien? ¿Aceptas?

Y lo que más sorprendió a Sophie cuando volvió a mirarlo fue la facilidad con la que la respuesta salió de sus labios.

Cuando Doug se encontró con Nigel Ives en el café junto a la estación de metro de Temple el 19 de agosto, una semana después de que acabasen los disturbios, Nigel parecía tan alegre como siempre.

–Buenos días, Douglas –le saludó–. Me he tomado la libertad de pedirte un capuchino.

–Gracias –dijo Doug, mientras se echaba más azúcar en la taza–. Vamos directos al grano. ¿Qué está pasando en este país?

Con un ingenuo desconcierto, Nigel abrió los ojos como platos.

–Douglas, permíteme hablarte con franqueza, si quieres que estas conversaciones resulten productivas, tendrás que hacerme preguntas un poco más claras. Lo que me planteas podría referirse a cualquier cosa, la verdad. Si a lo que te refieres es a la ralentización de las ventas del sector minorista, en ese caso, sí, el ministro de Hacienda admitirá que eso es un poco decepcionante...

–No estoy hablando de la ralentización de las ventas del sector minorista.

–De acuerdo... Bien, pues si te refieres al escándalo de las escuchas ilegales, el ministro del Interior sería el primero en admitir que las revelaciones que se han conocido hasta el momento son inquietantes, y precisamente por eso se ha puesto en marcha una escrupulosa investigación...

–No estoy hablando del escándalo de las escuchas ilegales.

Nigel se encogió de hombros.

–Bueno, en ese caso no tengo ni idea de a qué te refieres. –Dio un sorbo a su café y, todavía con un resto de espuma en el labio superior, añadió–: A menos, claro está, que te estés refiriendo a los disturbios.

Doug sonrió.

–Exacto. Por fin lo has pillado. Pues claro que me refiero a los disturbios.

Nigel parecía desconcertado.

–Bueno, podemos hablar de eso si quieres, pero ¿te has percatado de que terminaron hace más de una semana? Pensaba que querrías hablar de asuntos más candentes que ese.

–En mi opinión va a ser el asunto más relevante durante bastante tiempo –dijo Doug.

–¿En serio? –Nigel estaba perplejo–. ¿De verdad lo consideras tan importante?

–Permíteme explicártelo –le dijo Doug–. Hay una agitación ciudadana a una escala hasta ahora nunca vista. No solo en Londres, sino por todo el país: Manchester, Birmingham, Leicester. Se han producido daños materiales gravísimos. Y por momentos parecía que la situación se iba a descontrolar por completo. Ha habido cientos de heridos y de momento hay ya cinco muertos. ¿Crees que la cosa podría ser peor?

–Ya sé que a los periodistas os encanta pintarlo todo negro. Lanzar la idea de que Gran Bretaña se hunde.

–Por el amor de Dios, si hasta tu jefe decidió acortar sus vacaciones y volver de inmediato en avión para dirigirse al Parlamento.

Nigel frunció los labios en un gesto solemne. Parecía que ese último argumento era el que había acabado por convencerlo.

–De acuerdo, Douglas, tienes razón. Era una situación crítica. Pero fue precisamente la respuesta decidida de Dave lo que hizo que hoy podamos dar la crisis por superada.

–¿Superada? Lo sucedido la semana pasada ha dejado al descubierto la enorme brecha que divide a la sociedad británica. ¿Cómo puedes decir que la crisis está superada?

–Douglas, vamos a dejar una cosa clara. Esos disturbios no tienen nada que ver con una protesta política. Esos tíos son criminales, no activistas políticos. En la Cámara de los Comunes Dave fue tajante al respecto.

–Puede que fuese tajante, pero eso no significa que dijese la verdad.

–Douglas, tal vez eso sea una distinción relevante para ti, pero tú eres un escritor. Das más valor a las palabras del que les da la mayoría de la gente. Dave habló ante el Parlamento con un lenguaje claro y llano, y lo que dijo tocó la fibra sensible de montones de personas por todo el país. Eso se llama liderazgo.

–¿Entonces la coalición no va a sacar ninguna lección política de lo sucedido?

–Por supuesto que sí. Que necesitamos más policía en las calles.

–¿Estás seguro de que esa es la solución a todos los problemas?

–Y debemos equipar mejor a nuestra policía. Cascos, escudos antidisturbios...

–¿Y qué me dices de plantear estrategias a más largo plazo?

–Tal vez cañones de agua. O espráis de pimienta.

–Estaba pensando en abordar el asunto de un modo más radical.

–Gases lacrimógenos, pistolas táser...

–Pero ¿qué me dices de ir a la raíz del problema?

–Douglas, ¿estás sugiriendo que armemos a la policía con pistolas? ¿Policía armada en las calles de nuestras ciudades? Me dejas estupefacto. No sabía que tenías ideas tan autoritarias. Pero desde luego debemos poner sobre la mesa todas las opciones. Lo tendremos en cuenta.

Doug se apoyó en el respaldo de la silla y miró a Nigel con aire pensativo. Tenía muchos años de experiencia a sus espaldas en el trato con políticos y con sus portavoces, pero jamás se había topado con un personaje como este.

–Pero Nigel, no se trata de gente que asalte tiendas al azar y de forma espontánea para robar unas cuantas cosas. Vale, hubo algo de eso, sobre todo al final. Pero piensa en cómo empezó todo. La policía mató de un disparo a un hombre negro y después se negaron a hablar con su familia. Se concentró una multitud alrededor de la comisaría para protestar y el ambiente se caldeó. La cosa iba de racismo y de relaciones de poder en el seno de la comunidad. Iba de gente que se siente acosada. Que consideran que no se les escucha.

–Una buena reflexión, Douglas. Una excelente reflexión.

–Es más, hay un patrón detrás de las tiendas que esa gente decidió asaltar. La mayoría de ellas no eran negocios locales. De hecho, cuando la gente se lanzaba a atacar pequeñas tiendas, otros alborotadores los frenaban. Sin duda que se trata de un comportamiento criminal, y nadie lo está negando, pero también nos dice algo sobre nosotros mismos y sobre nuestra sociedad. La gente atacó las tiendas grandes, los locales de las cadenas, las marcas globales, porque las consideran parte de las mismas estructuras de poder que los sojuzgan y los mantienen controlados.

Nigel negó con la cabeza, admirado.

–Son reflexiones profundas, Doug. Reflexiones muy serias. Por supuesto que Dave va a encargarse de un informe en profundidad. Y creo que podrías ayudarnos a redactarlo.

–Eh, yo no soy un sociólogo. Yo no tengo ninguna respuesta. La verdad es que no tengo ni la más remota idea de cuál es la solución.

–Bueno, pues eso te coloca en la misma situación que Dave y Nick, porque ellos tampoco tienen ni la más remota idea de cuál es la solución.

Doug sonrió y dijo:

–En esta ocasión las bromas no van a servir de nada, ¿verdad?

–¿*Las bromas*? –La palabra pareció dejar a Nigel completamente descolocado—. ¿Las bromas? ¿De qué demonios estás hablando?

–Pensaba que esa era la cola que mantenía a la coalición unida. Lo que ayudaba a Dave y Nick a llevarse bien pese a sus diferencias.

El tono de Nigel se transformó en grave y recriminatorio cuando le respondió:

–Doug, espero no estar metiéndome donde no me llaman, pero creo que deberías tomarte esto en serio. Hemos hablado de una situación que podría tener implicaciones y consecuencias muy graves. En primer lugar, no olvides que el año que viene Londres va a ser sede de los Juegos Olímpicos. No podemos permitir que en 2012 ocurra nada semejante. Habrá que reunir a las mejores mentes del país para asegurarse de que estos terribles acontecimientos no se repitan. No creo que sea el momento de ponerse a hablar de bromas. Si te digo la verdad, me sorprendes. Te tenía por una persona más seria.

Tras recibir la reprimenda, Doug se acabó su café y los dos se pusieron de pie. Ya en la calle, se despidieron dándose la mano delante de la entrada de la estación de metro.

–Bueno, Nigel, pues gracias por tu tiempo –le dijo Doug–. Ha sido muy instructivo, como siempre.

–No hay de qué. Por cierto, mi padre te manda recuerdos. Espera que ya se te hayan curado las almorranas. Este tipo de problemas se pueden cronificar si no se tratan adecuadamente.

Abril de 2012

Ocho meses después, el 7 de abril de 2012, al aproximarse al muelle de Chiswick en el Támesis, hubo que detener momentáneamente la regata Oxford-Cambridge cuando se divisó a un individuo nadando en el río por delante de los botes. Más tarde fue identificado como Trenton Oldfield, un australiano licenciado en la London School of Economics que dijo haber interrumpido la carrera como «protesta contra las desigualdades de la sociedad británica, los recortes en el gasto social del gobierno, los recortes de las libertades civiles y la cultura del elitismo». La carrera se reanudó a la media hora y el equipo de Cambridge ganó por cuatro largos y medio.

Esa misma tarde, a unos ciento cincuenta kilómetros de allí, en la anodina iglesia de Kernel Magna, se celebró la boda de Sophie Potter e Ian Coleman con una sencilla ceremonia tradicional.

La novia llevaba un imponente vestido acampanado de organza blanca, con cuello Reina Ana y una cola que ocupaba toda la capilla. El novio estaba muy elegante con su chaqué de tres piezas. Sentado a la izquierda del pasillo, entre los amigos y familiares de la novia, Sohan no pudo evitar pensar que hacían una pareja estupenda, pero al mismo tiempo estaba sorprendido e inquieto. Sophie siempre había dicho que jamás se pondría un vestido de novia en su boda. Y, de hecho, también se había mostrado muy firme en su negativa a casarse por la Iglesia. Es más, en realidad siempre había sostenido que jamás se casaría.

Tal vez fueran asuntos sobre los que preguntarle durante el convite.

–Te pongo este anillo como símbolo de nuestro matrimonio –dijo el novio con un tono sosegado y confiado–. Te honro con todo mi ser, te entrego todo lo que soy.

–Comparto contigo todo lo que tengo –dijo la novia con una voz solemne y frágil–, en nombre de Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Potter, maldita hipócrita, pensó Sohan. Crees en Dios tan poco como yo.

Otro asunto que comentarle durante el convite. Pero sabía lo que le respondería ella: «Estás celoso, porque no puedes casarte.» Lo cual por el momento era cierto, aunque se rumoreaba que David Cameron estaba haciendo

algo al respecto. Por lo visto había una nueva legislación pendiente de aprobarse. Y por lo que a Sohan respectaba, esperaba ansioso a que entrase en vigor. Quería poder ejercer su derecho a ser hipócrita ante toda su familia y amigos.

Al acabar la ceremonia religiosa llevaron a los invitados en un convoy de vehículos hasta un hotel en plena campiña situado a unos veinte minutos; el edificio era una enorme mansión construida en piedra amarilla de Cotswold, con unos jardines que se extendían hasta la ribera del río Avon. Habían colocado una carpa y era allí, por lo que dedujo Sohan, donde se suponía que los invitados iban a pasar las próximas cinco o seis horas. A él le habían asignado la mesa número tres, que no era, obviamente, la presidencial, pero al menos no era una de las más alejadas. Su vecina más inmediata ya había tomado asiento: era una mujer asiática de aspecto despampanante con mechones canos en su negra melena y un permanente aire de diversión contenida en el rictus de la boca y la expresión de los ojos.

–Hola –le saludó cuando Sohan se sentó–. Soy Naheed. Amiga del novio.

–Yo soy Sohan –respondió él–. Soy amigo de la novia. –Eché un vistazo a su alrededor y vio a los invitados que iban entrando en la carpa–. Muy considerado por su parte –comentó.

–¿Por sentar juntas a las dos únicas personas de piel oscura? –supuso ella correctamente.

–Sí. ¿Vas a beber alcohol?

–Por una vez, sí.

–Yo también. Permíteme que te llene la copa.

Brindaron y bebieron el mediocre sauvignon con placer.

–¿Hace mucho que conoces a Sophie? –le preguntó ella.

–Unos cinco años. ¿Y tú a Ian?

–Más o menos lo mismo.

–Nos conocimos en la universidad, en Bristol.

–Ian es un compañero de trabajo. Pero también somos amigos.

–Parece... simpático.

–Es simpático. Y lo ha sido todavía más este último año. Parece que ella lo hace muy feliz.

–¿Crees que hacen buena pareja?

–Muy buena. ¿Tú no?

Sohan bebió un sorbo de vino para no tener que expresar su opinión. Observó

a Benjamin mientras entraba en la carpa con Colin, que caminaba con dificultad, cogido del brazo, y ambos se dirigían hacia la mesa presidencial.

–¿Conoces a esos dos? –le preguntó a Naheed. Ella negó con la cabeza–. No sé si será el tío de Sophie, del que ella siempre habla.

–No tengo ni idea. Pero esa mujer mayor al lado de la que se han sentado es la señora Coleman, la madre de Ian.

–Parece toda una matriarca.

–Sin duda es una fuerza de la naturaleza. Y al lado está la dama de honor, creo que se llama Joanna. ¿La conoces?

–Vagamente. Y no creo que Sophie tampoco la conozca mucho. No tiene muchas amigas. En realidad la dama de honor debería haber sido yo.

Naheed se rió.

–¿Tú?

–Claro, ¿por qué no? Soy su mejor amigo.

–Pero no tienes pinta de dama de honor.

–Bueno, pues como se llame el equivalente masculino. Mayordomo de honor o lo que sea. La verdad es que no entiendo estas estúpidas tradiciones.

–Yo tampoco. Venga, tomemos otra copa de vino. Me parece que va a ser una velada muy larga.

Dos horas después, cuando los comensales ya habían dado cuenta de la comida y se habían acabado los discursos, Sophie pudo acercarse a hablar con ellos. Volvía del lavabo cuando los vio, cogió una silla, se sentó entre los dos, pasó el brazo por los hombros de Sohan y le plantó un beso ebrio en la mejilla.

–Hola, precioso –le dijo–. ¿Te lo estás pasando bien?

–Muy bien, gracias, encanto –respondió él–. La comida me ha gustado mucho, y los discursos también. Sobre todo el del padrino.

–Ese es Simon. Es amigo de Ian desde la infancia.

–Bueno, pues me ha encantado el chiste sobre el camarero chino incapaz de pronunciar la «r» y que en su lugar no para de utilizar la «l». Siempre he pensado que unas gotitas de racismo ayudan a hacer la digestión de una comida pesada.

–Oh, vamos... –le regañó Sophie.

–Pero lo mejor –añadió Sohan, agarrando la mano de Naheed y dándole un apretón– es que he conocido a una nueva amiga. Ahora ya sé todo lo que hay que saber sobre el código de circulación, lo cual es muy útil, y ella ya sabe todo

lo que hay que saber sobre la utilización del monólogo interior en la obra de Dorothy Richardson, lo cual tal vez sea menos útil, pero es igualmente interesante.

–Hola –dijo Sophie, volviéndose hacia Naheed. Hacía meses que no se veían: desde que ella y su marido habían ido a su apartamento a cenar, y eso fue antes de Navidad–. No me puedo creer que todavía no haya hablado contigo. Quiero decir que tú eres la persona sin la que... nada de todo esto habría ocurrido. –Se percató de que construía las frases con torpeza, fuese por el alcohol o por la emoción, o por ambas cosas juntas.

Naheed sonrió.

–No exageres. Tus padres también tienen algún mérito, para empezar.

–Es verdad.

–Y además, creo que el Barón Brainbox también ha hecho alguna aportación. –Cuando se puso a explicarlo, la diversión hizo que se le iluminasen los ojos–: ¿No has oído hablar de él? Vaya, pues deberías, porque cambió el curso de tu vida. Es un animador infantil, muy solicitado por aquí, sobre todo para fiestas infantiles. Pero siempre alarga sus actuaciones más de la cuenta. Y yo normalmente no voy al Starbucks al salir del trabajo, pero mi hija esa tarde estaba en una fiesta en la ciudad y yo tenía que ir a recogerla, y entonces recibí una llamada de la madre de la niña que daba la fiesta para decirme que la cosa se iba a alargar. De modo que de repente me quedaba un rato muerto. Y de no haber sido por eso..., bueno, la historia habría sido diferente. Así que el Barón Brainbox también hizo su contribución.

Naheed y Sohan alzaron las copas y brindaron entre risas. Pero Sophie se mantuvo más seria.

–Mierda. Esta idea me resulta perturbadora. E incluso podríamos remontarnos hasta más atrás. ¿Qué hubiera sucedido si la cámara de tráfico no me hubiera captado de camino a Solihull?

–Ah, sí –dijo Sohan–. *Camino a Solihull*, una de las *road movies* de menos éxito.

–No, tienes razón –intervino Naheed–. ¿O qué habría sucedido si hubieras tomado otro camino? Esto es lo que me fascina de conducir. Cada pocos minutos llegas a un cruce y tienes que hacer una elección. Y cada decisión que tomas tiene el potencial de alterar tu vida. En ocasiones de manera radical. –Miró directamente a Sohan y continuó–: Ya sé que vosotros los profesores os creéis que tenéis todas las respuestas y entendéis los misterios de la vida mejor que el resto de nosotros. Pero si queréis estudiar a la especie humana en toda su

diversidad y complejidad, estudiad el modo en que conduce. Nosotros, los profesores de autoescuela, somos los verdaderos expertos en naturaleza humana. Los verdaderos filósofos. –Y, dirigiéndose a Sophie, añadió–: Y eso es aplicable también a Ian. Recuérdalo. Y ahora, si me lo permites, te voy a dar un beso. –Se inclinó hacia delante y le dio un tierno y emocionado beso en la mejilla–. Te mereces toda la felicidad del mundo, los dos os la merecéis. Espero que la encontréis.

Mientras volvía a la mesa presidencial, Sophie estaba ensimismada pensando en el beso de Naheed. Cuando llegó allí, se encontró con que su abuelo y la madre de Ian se estaban haciendo íntimos. Él le estaba llenando la copa de vino dulce mientras ella le mostraba fotografías de su difunto marido, a las que él no parecía prestar demasiada atención. Ella le hablaba de los veinticinco años de leal servicio a la BBC de Graham, de la veneración que sentía por la corporación y lo que representaba.

–O lo que antaño representó, debería decir...

No era la primera vez, pensó Sophie, que oía a su suegra (¡Dios mío, ahora ya lo era!) hablando de este modo sobre la BBC. ¿Qué demonios quería insinuar?

Colin, sin embargo, pareció entenderlo.

–Lo sé, ahora la brigada de la corrección política ha acabado con todo, ¿verdad?

Sophie decidió que era un buen momento para meter baza.

–Abuelo, ¿puedo hablar contigo un minuto?

–Ahora no, cariño. Helena y yo estamos en plena conversación.

–Seguro que a ella no le interesa lo que...

–¿Más vino, Helena? –propuso él, mientras le llenaba la copa hasta el borde, de modo que rebosó y cayó un poco en el mantel.

Sophie se acercó con rapidez a donde estaba sentada Lois.

–¿Puedes encargarte de tu padre, por favor? –le dijo–. Está bebido y le está tirando los tejos a la madre de Ian.

–De acuerdo. –Lois se levantó y, con paso decidido, avanzó en paralelo a la mesa en dirección a Colin, la mirada firme y decidida.

–¿Tu habitación da al río? –oyó que estaba preguntando él–. La mía tiene una vista estupenda al río. Así que si quieres verla, podrías venir conmigo cinco minutos, abriríamos una botella de vino del minibar...

–¡Papá! –dijo Lois.

–¿Qué? –Se volvió–. Tú no estás invitada.

–¿Qué demonios crees que estás haciendo? –le susurró ella.

–Déjame en paz. Sé perfectamente lo que estoy haciendo.

–Me parece que todos lo sabemos.

–Te digo que me dejes en paz. ¿Qué mal hay en que me lo pase bien? Tu madre lleva dos años muerta. Tengo necesidades, como todo el mundo.

–Esta noche –le susurró Lois– no se trata de satisfacer tus necesidades.

–Déjame en paz –repitió él–. Esto va viento en popa.

Le dio la espalda y retomó la conversación con Helena, que parecía mucho más interesada en seguir mostrándole fotos de Graham que en hablar de su habitación y de si tenía o no vistas al río. Incapaz de manejar la situación, Lois buscó con la mirada a su hermano, pero, como de costumbre, se había volatilizado. ¿Por qué Benjamin nunca aparecía cuando se le necesitaba?

Benjamin se preguntó si no estaría desarrollando una adicción a contemplar ríos. Esa noche había una luna casi llena y su reflejo danzando sobre la superficie del Avon era cautivador. Hacía media hora que se había puesto el sol y aunque allí, junto al agua, hacía frío y se notaba el viento, que formaba ondas en la superficie del río y generaba un susurro entre las ramas de los sauces, no sintió ningún deseo de levantarse del banco que alguien había colocado con esmero en la ribera. Benjamin era tímido y la cháchara lo agotaba. Una cosa era conversar con miembros de su familia, pero tener que pasarse tres horas manteniendo corteses charlas con desconocidos... Y además había algo en aquella recepción que le hacía sentirse incómodo. Era la segunda ocasión en que veía en persona a Ian y, aunque parecía simpático, él no estaba muy convencido de que fuese la persona adecuada para convertirse en el marido de su sobrina. ¿Qué tenían en común?

Mientras estas reflexiones incómodas le rondaban por la cabeza y la superficie del río se agitaba sacudida por el vigoroso viento, Benjamin se dio cuenta de que no estaba solo. La hermana mayor de Ian, Lucy, había aparecido junto al banco y permanecía de pie, con los brazos cruzados, y temblaba ligeramente.

–¿Te importa que me sienta?

–No, en absoluto.

Benjamin le hizo sitio. Ella se sentó a su lado y sacó un cigarrillo electrónico.

–¿Puedo...?

–Por supuesto.

–Es horrible. Pero al menos no provoca cáncer.

Dio varias caladas al cigarrillo sin que ninguno de los dos dijese una palabra.

De pronto empezó a oírse música procedente de la carpa: una balada sensiblera de los ochenta extendió sus notas por el aire nocturno sugiriendo que había empezado el baile.

Por fin Lucy dijo:

–Tienes muy buena relación con Sophie, ¿verdad? Ella habla mucho de ti. Le cuenta a todo el mundo que eres el intelectual de la familia.

Benjamin sonrió y respondió:

–Querrás decir el que nunca ha llegado a nada.

–Ella no lo explica así. –Lucy fue eligiendo una a una las siguientes palabras con sumo cuidado–. Mi hermano –dijo– es incapaz de entender la vida intelectual.

–En ese caso Sophie y él se complementarán –dijo Benjamin.

–¿Quieres decir que los opuestos se atraen?

–Algo por el estilo.

–Esperemos que sea así. –Y tras un silencio añadió, con tono de disculpa–: Me temo que las bodas me ponen de los nervios. Sacan a la cínica que llevo dentro. Probablemente, porque yo misma ya he pasado por tres. –Aspiró y al expulsar el aire lanzó un chorro de vapor–. Muchas esperanzas. Muchas promesas. Amar, honrar, confortar, proteger, perdonar a los demás..., un montón de mierda. –De pronto la canción que llegaba desde la carpa se hizo claramente reconocible (al menos para ella)–: «The Power of Love» –dijo, sonriendo–. ¿Crees en él?

A Benjamin, a quien esta conversación le resultaba cada vez más incómoda, le pareció una pregunta imposible de responder.

–Sí que es poderoso –contestó por fin–. Pero no siempre de un modo positivo. –Se levantó del banco–. Creo que será mejor que vuelva. ¿Vienes?

–Todavía no.

–De acuerdo –dijo él, y la dejó sola, sentada en el banco, mientras él volvía sobre sus pasos, sin prisa y meditabundo, en dirección a la carpa, las luces y la música.

Permaneció durante un rato al borde de la pista de baile, observando. Había una docena de parejas bailando, o al menos apoyados el uno contra el otro para sostenerse mutuamente mientras se movían en círculo arrastrando los pies. Sophie e Ian no estaban entre ellas. De pronto Sophie apareció por detrás de él y le dio un golpecito en el hombro.

–¡Vamos, tío, concédeme este baile!

Había llegado el momento que más temía. Carecía por completo de sentido del ritmo –o al menos no sabía cómo trasladarlo a los movimientos de su

cuerpo— y se negaba por principio a bailar con una música que no le gustase, lo cual era aplicable a la mayoría de las canciones. (La música que le gustaba era de lo más inapropiada para bailar.) Pero esa noche no podía negarle nada a su sobrina. Y además ni siquiera él iba a dar la nota entre los que estaban bailando en esos momentos. De modo que le tendió la mano a Sophie y se dejó arrastrar hasta el centro de la pista, la rodeó con el brazo, al principio con cierta inseguridad y rigidez, pero ella enseguida se relajó y él también, y ella le sonrió y tenía un aspecto tan adorable y feliz que él le devolvió una cálida sonrisa y, a partir de ese momento, moverse entre las otras parejas de bailarines, captar el ritmo de la música y dejarse llevar por él fue lo más fácil del mundo; y de pronto Benjamin vio claro que esos momentos con Sophie, a la que conocía desde que era una niña, que había sido para él (en muchos sentidos) como una hija, iban a ser los últimos que pasarían juntos, que después de esa noche todo sería distinto —tal vez mejor, tal vez peor, pero irrevocablemente distinto— y tuvo claro que quería saborearlos lo máximo posible, de modo que cuando terminó el primer disco, no abandonaron la pista de baile y siguieron bailando al ritmo de un segundo disco y después de un tercero. Y estaban en mitad de la tercera canción cuando se les acercó Ian, que tomó del brazo a Benjamin con suavidad, lo separó de Sophie y le dijo: «Discúlpame, ¿te importa devolverme a mi esposa?» Y Benjamin respondió: «Claro que no», y se apartó y se dirigió al bar con una única certeza en la cabeza: que necesitaba otra copa.

Junio de 2012

Benjamin se quedó estupefacto al caer en la cuenta de que llevaba ya dos años y medio viviendo en el molino. ¿Cómo había aprovechado el tiempo? Aparte de ir a visitar a su padre a Rednal dos o tres veces por semana, no acababa de ver claro que hubiera hecho nada especialmente provechoso durante esos treinta meses. Hacer apaños en la casa, ir en coche hasta Shrewsbury para comprar comida, cocinarse platos cada vez más sofisticados... Tenía que admitir que nada de esto aportaba gran cosa a una vida provechosa. Tal vez la pérdida de Cicely había sido un golpe más duro de lo que pensaba y desde entonces había estado viviendo bajo una conmoción emocional. O tal vez a sus cincuenta y dos años se había convertido en una persona prematuramente complaciente y perezosa.

Durante todo ese tiempo apenas había pensado en su novela. O en su estructura novelesca, su *roman fleuve*, o comoquiera que se llamase. *Malestar*, el proyecto en el que llevaba trabajando desde su época de estudiante en la Universidad de Oxford a finales de la década de 1970, había alcanzado ya el millón y medio de palabras, era algo más largo que las obras completas de Jane Austen y E. M. Forster juntas. Presuntamente combinaba una vasta narrativa de la historia de Europa desde el acceso de Gran Bretaña al Mercado Común en 1973 con un escrupuloso relato de su propia vida interior durante ese periodo, y tenía la complicación añadida de contar con una «banda sonora» compuesta por el propio Benjamin, cuya relación exacta con el texto nunca había sido capaz de decidir. Informe, en permanente expansión, prolijo, pretencioso, mal planteado, impublicable, con páginas ilegibles y en líneas generales infumable, el proyecto había empezado a agobiar a Benjamin como un opresivo nubarrón. Se sentía incapaz de dejarlo correr, pero ya no era capaz de discernir si tenía algún mérito. Necesitaba una valoración de alguien objetivo.

Como casi siempre, primero pensó en Philip. Era un amigo fiable para pedirle opinión crítica sobre cualquier cosa y, además, actualmente se ganaba la vida editando manuscritos enrevesados que ponía en orden. Pero cuando Philip recibió los archivos por email y se percató de la magnitud del trabajo que se le pedía que asumiera, sintió pánico, telefoneó a Benjamin y le sugirió otra opción:

–Ven al Victoria en John Bright Street el lunes por la noche –le dijo–. Tendremos una reunión formal del comité para hablar del tema.

–Espera..., ¿hay un comité? –preguntó Benjamin.

–No te preocupes. Yo lo convoco.

El Victoria, en el que Benjamin no había estado nunca, resultó ser un tenebroso pub victoriano escondido en una esquina recóndita junto a Suffolk Street Queensway en el centro de Birmingham. Era lunes 4 de junio y en honor al sesenta aniversario de la ascensión al trono de la Reina, que el país había estado celebrando todo el largo fin de semana, había llovido de forma torrencial por todo el país durante cuatro días. Cuando Benjamin llegó al lugar de la cita, cargado con una impresión de su *chef-d'œuvre* distribuida en dos bolsas de mano grandes, ya había dejado de llover, pero las calles todavía resplandecían con el reflejo de las farolas en el suelo mojado. Al entrar en el pub, se encontró no solo con Philip, sino con otros dos rostros del pasado.

En primer lugar estaba Steve Richards, otro de sus viejos amigos del colegio King William. Steve era el único chico negro de la clase y había soportado un inacabable chorro de mofas y chistes racistas con inagotable dignidad y resignación. En la actualidad las cosas le iban bien: sus hijas habían crecido y se habían marchado de casa, y después de muchos años trabajando en el sector industrial por fin podía dedicarse a lo que siempre le había interesado investigar como director de algo llamado Centro de Polímeros Sostenibles, en una de las universidades punteras de las Midlands. Se lo veía relajadamente feliz y además tenía un aspecto más joven que Benjamin y parecía mucho más en forma.

Sentado junto a Steve, Benjamin vio a un tipo al que al principio no logró identificar. Con pinta de sesentón, perilla y melena cana que le caía hasta los hombros, le resultaba vagamente familiar, pero tras unos instantes de incertidumbre, quedó claro que tendría que presentarse dando su nombre:

–¿Benjamin? Soy Tom. Tom Serkis. No me digas que no te acuerdas de mí.

El señor Serkis... ¡Sí! El profesor de inglés del último año de secundaria. El hombre cuya gran contribución a la historia del King William fue poner en marcha una revista escolar llamada *El Panel*, en la que Benjamin, Philip, Doug y otros hicieron sus primeros pinitos periodísticos. Hacía treinta años o más que Benjamin no lo había visto. Y ahora que lo veía de cerca, aparte de algunos signos de envejecimiento, no había cambiado nada: el mismo corte de pelo, la misma americana de tweed gastada, incluso los tejanos seguían siendo acampanados, estilo años setenta.

–Bueno –dijo el señor Serkis–, supongo que no es tan sorprendente que no me

reconozcas. He cambiado un poco de imagen desde entonces, ¿lo ves?

Le indicó el lóbulo de su oreja izquierda, en el que llevaba un pequeño pendiente dorado.

–Ah, sí –asintió Benjamin, bastante desconcertado–. Debe ser por eso. Cambia mucho el aspecto. Bueno, ¿y a qué se dedica ahora?

–Sigo dando clases, en un instituto público de Lichfield. Es un poco diferente de King William, pero yo me lo paso igual de bien. Son retos diferentes. Aunque de todos modos, me jubilo al final de este curso. Se acabó, cuelgo el birrete. Oh, pero aquella época, los setenta, fue estupenda, ¿verdad? Cuando Steve aquí presente interpretó a Otelio y tú escribiste esa crítica tan sorprendente. ¡Vaya revuelo que provocó! Y por supuesto, también estaba Doug con sus ideales políticos. No le ha ido nada mal, ¿verdad? ¿Seguís en contacto?

–Nos vemos de uvas a peras –dijo Benjamin–. Se casó con una de las mujeres más ricas y pijas de Londres y viven en una mansión en Chelsea.

–¡Ja! Me pregunto qué habría opinado su padre de eso. Era delegado sindical en Longbridge, ¿verdad?

–Así es..., pero le aseguro que Doug es plenamente consciente de la ironía. Incluso diría que lo atormenta.

–Pero en el fondo siempre le atrajeron las pijas –terció Steve–. Desde aquella vez en que hizo campana y se largó a Londres un fin de semana cuando todavía estábamos en el colegio y perdió la virginidad con una tal Sloane en Fulham Road.

–Es cierto –dijo Benjamin, y durante unos instantes le dio vueltas a la idea de que tal vez, después de todo, no era la única persona cuya vida adulta había quedado determinada por un romance adolescente.

Tras pasar un rato evocando recuerdos felices, Philip los llamó al orden y les recordó el objetivo de la convocatoria de la reunión. Entretanto, en la gran pantalla de televisión al fondo del pub aparecían imágenes del exterior del Palacio de Buckingham, donde se celebraba un concierto como clausura de los actos por el jubileo de la Reina. Shirley Bassey cantaba «Diamonds are Forever» mientras Su Majestad observaba la escena con un aire de jovial atolondramiento.

–Mirad a esa maldita parásita –dijo el señor Serkis, mirando la pantalla con el ceño fruncido.

Los tres amigos se quedaron petrificados.

–Bueno, yo no sería tan radical. Creo que esa mujer hace un buen trabajo –dijo Philip.

–Fomenta el turismo –añadió Benjamin.

–En una ocasión visitó nuestra universidad –comentó Steve–. Es una mujer encantadora.

Se produjo un breve silencio y de pronto, ante la mirada desaprobadora del señor Serkis, cayeron en la cuenta de lo conservadores y apoltronados que sonaban. Avergonzado por los tres, Philip pasó página rápidamente.

–Bueno, Benjamin, ¿has traído el libro?

–Sí.

Sacó montones de hojas sujetas con gomas de las dos bolsas y ordenó el manuscrito; quitar todas las gomas le llevó su tiempo, entre otras cosas porque la mesa que habían elegido resultó no ser lo bastante grande para las montañas de papeles, por no mencionar la pila de CD en los que había grabado la música. Se cambiaron a la mesa contigua –que era la más grande del pub, para diez personas– y Phil, Steve y el señor Serkis contemplaron el manuscrito un rato en estupefacto silencio.

–Mierda –dijo Steve–. Quiero decir que ya sabía que era largo, pero...

–¿Cómo lo has hecho, Ben? –preguntó el señor Serkis–. ¿En ningún momento pensaste en... parar?

–No he podido parar –respondió sencillamente Ben– hasta llegar al final.

–Es lógico.

Shirley Bassey abandonó el escenario entre largos aplausos y la substituyó Kylie Minogue.

–Lo que he hecho –explicó Philip– es pedirle a Steve que lea la parte personal, le he adjudicado a Tom la tarea de leer los bloques políticos y yo me he dedicado a escuchar la música y tratar de ver cómo encajarlo todo.

–Parece un buen plan.

–Sí. Bueno... Veamos cómo ha ido. Steve, ¿cuál ha sido tu primera impresión?

–Es demasiado larga –respondió Steve sin dudarlo.

–De acuerdo. Y tú, Tom, ¿qué me dices de...?

–Es desmesuradamente largo –respondió el señor Serkis sin esperar siquiera a que terminara de hacerle la pregunta.

–Bien –dijo Philip–. Veo que se va estableciendo un patrón. Eso ayuda. Ahora bien, si nos centramos en la parte musical, la cosa se complica un poco. La verdad es que no estoy muy seguro... –Se calló y miró a Benjamin como pidiendo disculpas–... No estoy muy seguro de qué papel desempeña la música en el conjunto. Una parte de ella resulta un poco..., bueno, redundante.

El autor/compositor se indignó y preguntó:

–¿Cuando dices que una parte...?

–Bueno, supongo que en realidad quiero decir... toda.

–¿Toda la música?

–Sí.

–¿Es redundante?

–Tal vez redundante suene un poco excesivo –matizó Philip–, pero... creo que es la palabra justa en este contexto.

En la mesa se hizo un silencio incómodo. En el televisor Kylie Minogue cantaba a voz en grito «Can't Get You Out of My Head» con una energía inaudita para sus cuarenta y cuatro años.

Benjamin permaneció un buen rato callado y por fin soltó abruptamente:

–Sí, tienes razón. ¡Sé que tienes razón! La idea de combinar música y texto impreso era ridícula desde el principio. No me paré a reflexionarlo. No me pregunté en ningún momento qué estaba haciendo, yo...

Sin decir una palabra más, cogió la pila de CD de la mesa y los volvió a guardar en una de las bolsas.

–Ya está. Así me siento mejor. Ahora tenemos algo más sencillo. No es más que un libro. Un libro muy muy largo.

–Demasiado largo –dijo Steve.

–Demasiado largo –convino Benjamin.

–Una manera de abreviarlo –sugirió el señor Serkis– sería sacar una parte de las páginas sobre política e historia.

Benjamin meditó la propuesta. Le pareció que su antiguo profesor no era del todo honesto con él.

–¿Cuando dice *una parte*...? –quiso saber.

–Quiero decir todo. Vamos a ver, no digo que no tenga su interés, pero... no me ha parecido que llegue a ser extraordinario, a tener ese algo especial...

–Pero estamos hablando de la mitad del libro –le recordó Philip.

–Sí. Bueno, todos estamos de acuerdo en que es demasiado largo.

–De acuerdo –aceptó Benjamin, desolado, y quitó de encima de la mesa las secciones II, IV, VI, VIII, X, XII, XIV, XVI y XVIII y guardó los fajos de papel en las bolsas en las que los había traído. Ahora solo la mitad de la mesa estaba cubierta de papeles impresos y de pronto el libro parecía mucho más manejable.

–Bueno, Steve, tu turno.

–Mi turno. De acuerdo. Bueno, en primer lugar, solo he dispuesto de una semana para leer el manuscrito, de modo que no he podido leerlo entero. Pero lo que he leído me ha gustado. Hay pasajes descriptivos brillantes, y..., bueno, Benjamin, eres un escritor con talento. Pero no necesitas que yo te lo diga.

–Gracias, Steve.

–Sin embargo, lo extraño, teniendo en cuenta el talentazo que tienes y lo extraordinarios que son los pasajes descriptivos y demás... Lo extraño, diría yo, es lo..., bueno, lo aburrido que resulta.

A esta observación le siguió el silencio más prolongado e incómodo. Nadie sabía qué decir, mientras todos oían a Elton John cantar «I’m Still Standing» en el exterior del Palacio de Buckingham.

–¿Aburrido? –dijo Benjamin por fin, con voz temblorosa–. De acuerdo. No es lo que me esperaba, pero si eso es lo que piensas...

–No me interpretes mal –le dijo Steve–, hay una parte que me ha encantado. La que cuenta tu relación con Cicely.

–¡Ah! Sí –se sumó Philip–. Yo también la he leído. Y esa parte me ha gustado muchísimo. Me ha parecido que estaba escrita con el corazón.

–¿Entonces no te ha resultado aburrido?

–Lo relevante es que, bueno, esta es la gran historia de tu vida, ¿no es cierto, Ben? La gran historia de amor. Cómo la conociste en el colegio, cómo la encontraste después, cómo volviste a perderla, cómo ella reapareció años más tarde... Y el modo como lo cuentas está en una categoría diferente en relación con el resto del libro. La escritura está completamente a otro nivel.

–Pero esa parte son solo unas doscientas páginas del total.

–Es cierto, pero... ya sabes que doscientas páginas es un buen volumen para una novela. Mucho mejor que cinco mil.

La parte en cuestión estaba apartada en una modesta pila situada en una esquina de la mesa, la más cercana a Benjamin. La cogió y la hojeó.

–¿Me estáis diciendo que debería quedarme con esto y... tirar a la basura el resto?

–Creo que podrías conseguir que te lo publicasen. Estoy seguro de que lo conseguirías.

–Pero no está pensado para leerse de forma independiente, sin el resto del libro. Ni siquiera tiene un título.

–Seguro que se te ocurrirá uno.

–Esa escena –dijo Steve– en la que ella lleva tres o cuatro años fuera de tu vida y tú compras un disco de jazz, lo pones y hay un tema que te recuerda a ella... ¿Cómo se llama? «Una rosa sin espinas». Es preciosa.

–Steve tiene razón. Ya tienes tu título –dijo Philip.

–Sí, no está mal... –Cuantas más vueltas le daba Benjamin a esa idea (pese a que era demasiado orgulloso para reconocerlo), más le gustaba. Tal vez fuese por

el esfuerzo de haber cargado con las dos enormes bolsas llenas de papeles desde el aparcamiento al pub, pero en ese momento tenía una intensa percepción del peso físico del libro, un peso que llevaba treinta años aplastándolo y del que acababa de librarse milagrosamente. Era casi demasiado bonito para ser verdad, y tal vez por eso seguía buscándole pegos a la propuesta—. Pero aun así, nadie va a querer publicarlo.

—Yo te lo publicaré —dijo Philip.

—¿Tú?

—Sí, yo. Soy editor.

—Creo que primero prefiero intentarlo con una editorial seria..., quiero decir una editorial más grande.

—Por supuesto —dijo Philip—. Mándala a Faber. Mándala a Jonathan Cape. Serías idiota si no lo intentaras. Pero si te la rechazan, yo te la publicaré. Ya es hora de que publique algo decente.

A Benjamin le conmovió la generosidad de la oferta.

—¿En serio lo harías? —preguntó.

—Por supuesto.

—Aun así, preferiría publicarla en una editorial más seria..., quiero decir más conocida.

—Claro. Lo entiendo perfectamente.

Zanjado el asunto, trasladaron su atención a Paul McCartney, que estaba cantando una versión bastante libre de «Let it Be» ante la verja del palacio. Pasados unos minutos, Philip cayó de pronto en la cuenta de que el señor Serkis apenas había intervenido en la parte final de la conversación.

—¿Entonces estás de acuerdo con nosotros, Tom? ¿Crees que Benjamin debería intentar publicar solo una parte?

—Bueno, yo esa parte no la he leído —les recordó.

—No, pero has leído muchas de las otras secciones.

—Es cierto —dijo con aire tristón.

—Y después de tu lectura, ¿tienes algún consejo?

—¿Tienes algún consejo para Ben a partir de lo que has leído?

—Sí.

La canción terminó, el público aplaudió. El señor Serkis frunció el ceño, eligió sus palabras con sumo cuidado y volviéndose hacia Benjamin le dijo:

—¿Has pensado en dedicarte a la enseñanza? Todavía no es demasiado tarde.

Julio de 2012

Sophie estaba sentada en la terraza del bar Vieux Port dando sorbos a su segunda copa de vino rosado –ya bastante aguada, porque los cubitos de hielo se habían deshecho muy rápido– cuando le sonó el teléfono. Era Ian. Por un momento se planteó no responder. Pero recordó que le había prometido llamarlo en cuanto llegase, se había olvidado de hacerlo y ahora se sentía culpable. De modo que cogió la llamada.

–Hola –dijo.

–¿Dónde estás?

–En el Vieux Port, tomándome una copa de vino.

–¿Entonces has llegado bien? Me dijiste que me llamarías.

–Sí, lo siento, me he olvidado.

–Estaba preocupado.

–Bueno, si hubiera habido una bomba en el avión, a estas horas ya habría salido en las noticias.

–Lo sé. De todos modos, he seguido tu vuelo con Flight Radar.

–Es muy tierno que te preocupes tanto.

–¿Qué tal la habitación?

–Es la típica habitación de estudiante.

–¿Cómo es Marsella?

–No lo sé. Lo único que he visto hasta ahora son los pasillos de la residencia y este bar. Que la verdad es que es muy bonito.

–Oigo música.

–Sí, hay unos chavales con una caja de ritmos rapeando en la plaza, a unos veinte metros de aquí. Me parece que es de este tipo de ciudades.

–¿Ya has cenado?

–Aquí se cena a las nueve. Pero como no parecía que hubiera nada muy relevante que hacer hasta entonces, he decidido venir aquí a beber algo.

–¿Dónde vas a cenar?

–En algún restaurante.

Se produjo un silencio.

–Te echo de menos.

–Y yo a ti –dijo Sophie. Básicamente porque eso era lo que se suponía que debía decir una cuando su marido le decía que la echaba de menos.

El *Quatorzième Colloque Annuel Alexandre Dumas* se celebraba la tercera semana de julio en la Universidad de Aix-Marseille. Doce meses antes se había abierto el plazo para la recepción de ponencias, y Sophie había enviado un capítulo de su tesis sobre los retratos de Dumas pintados por sus contemporáneos sin ninguna expectativa de que se la aceptasen. Pero el organizador del congreso, François, le había respondido por carta con un inglés casi perfecto para comunicarle que «el planteamiento del congreso de este año es ser multidisciplinar y también multilocalizado», un comentario que a Sophie la descolocó un poco. En cualquier caso, lo importante era que su ponencia había sido aceptada, y allí estaba, en su primer congreso académico internacional. Y lo más importante es que se celebraba en la costa mediterránea, donde el sol no dejaba jamás de resplandecer y la temperatura media era a diario de treinta y tres grados, mientras que en Inglaterra, incluso en pleno julio, seguían sufriendo aguaceros tan intensos que habían tenido que detener en los últimos tramos el traslado de la antorcha olímpica de Pekín a Londres.

La cena de ese domingo por la noche se celebraba al aire libre en un restaurante situado en una calle empinada y bulliciosa que desembocaba en el Cours Julien. Eran un grupo multinacional y multilingüe en el que había franceses, alemanes, italianos, turcos, iraníes y portugueses, y un americano: un joven de Chicago muy educado, que hablaba sin alzar la voz y que debía de tener más o menos la edad de Sophie. Se llamaba Adam, su presencia allí se debía a una beca especial para afroamericanos y resultó ser musicólogo especializado en el tema de la música para el cine.

–Qué interesante –dijo ella, encantada de estar sentada junto a él al final de la velada, cuando la cena adquirió un aire más informal y la gente empezó a intercambiarse las sillas–. ¿Y cuál es la conexión con Dumas?

–Es muy difusa –admitió él–, pero voy a dar una conferencia sobre las diversas bandas sonoras de *Los tres mosqueteros*. Espero que a esta gente les parezca una buena propuesta.

–Suena fantástico. Espero que haya un montón de cortes de vídeo. Por cierto, ¿cuál es tu favorita?

–Nada de *spoilers* –dijo él–. Si te lo cuento ahora, no tendrás ningún motivo

para dejarte caer y escuchar mi conferencia.

–Oh, iré –le aseguró Sophie–. Sin duda va a ser el plato fuerte de la semana.

En cuanto lo dijo, pensó que había sido un comentario estúpido, entre otras cosas porque sonó sarcástico cuando no pretendía serlo. Pero a Adam no pareció molestarle, ni siquiera pareció pillarlo, de modo que ella decidió olvidar enseguida su metedura de pata. Estaba entusiasmada con la calidez del clima, la buena comida y, sobre todo, el alivio de haber dejado atrás por unos días los cielos plomizos de Inglaterra.

La ponencia de Sophie era la segunda del programa, a última hora de la mañana del lunes. Se celebraba en el Espace Fernand Pouillon, en la sede principal del campus universitario, justo al lado de la estación de ferrocarril. Enseguida se dio cuenta de que era un congreso bien organizado. Dictó la conferencia en inglés y en la pantalla situada tras ella se iba proyectando la traducción francesa del texto. Habló durante una hora sobre el retrato de Dumas pintado por William Henry Powell. Las preguntas posteriores de los asistentes fueron inteligentes, hechas con evidente interés y numerosas. De ahí se dirigieron directamente a comer y Sophie casi levitaba por la sensación de éxito y el entusiasmo que había notado en sus colegas académicos.

Sin embargo, por la tarde fue consciente de que empezaba a sentirse fuera de lugar en esa reunión de expertos –por no decir fanáticos– en Dumas. Recordó que, después de todo, la decisión de no echarse más novios académicos obedecía a un motivo: esa afición a centrarse de manera obsesiva en un tema y desentenderse por completo del resto del mundo. Y lo cierto es que Dumas dejaba mucho margen para la obsesión: Sophie no se había percatado hasta entonces de la magnitud de la energía y productividad de ese hombre, con sus centenares de novelas, millones de palabras, «escritores asistentes» contratados para ayudarle a escribir los libros y la escala absolutamente industrial de su producción. Lo único que ella había leído era *El conde de Montecristo* (hacía muchos años) y más o menos la mitad de *Los tres mosqueteros*. La mayoría de las ponencias, como era lógico, se centraban en la escritura de Dumas y abordaban textos que ella no conocía, y durante los desayunos, comidas y cenas la conversación versaba sobre Dumas, Dumas y Dumas. El martes, en mitad de una ponencia desesperadamente árida sobre las obras de teatro (que por lo visto ya nadie leía) decidió que se saltaría el resto de las conferencias de la tarde y exploraría la ciudad a solas.

Por fin entendió a lo que François se refería cuando describió el congreso como «multilocalizado». La intención, tal como le había explicado a todo el mundo durante la cena del domingo, era no confinarse en el campus de Marsella, sino lograr que el eco del congreso se expandiese por toda la ciudad y, de hecho, por toda la región. Por ejemplo, la conferencia de Adam sobre las bandas sonoras se iba a celebrar en el Conservatorio de Aix-en-Provence, a media hora de allí. La primera conferencia del jueves, que versaría sobre el concepto de reclusión en Dumas, se daría en el Château d’If, en la celda en la que el escritor imaginó que estaba confinado Edmond Dantès. Y las sesiones del martes se estaban celebrando en un centro artístico llamado La Friche La Belle de Mai, ubicado en una antigua fábrica de tabaco en el distrito tercero. Sophie se escabulló de la sala en mitad de un interminable resumen de la trama de *Charles VII chez ses grands vassaux* y se detuvo unos instantes, cegada por el intenso sol del patio. Su primer impulso fue telefonar a Ian. Pensó en él como el antídoto para el claustrofóbico y sofocante universo académico y de pronto sintió la desesperada necesidad de disfrutar ni que fuese de unos minutos de conversación normal con él, pero no le respondió a la llamada. No importaba, tenía toda la tarde para ella sola y eso ya era en sí un alivio. Echó un vistazo a la librería del centro y después salió, contempló durante un rato a media docena de chavales que hacían piruetas con sus monopatines en un parque diseñado para ellos, visitó una de las salas de exposiciones y se dejó seducir por una serie de minuciosas panorámicas fotográficas en blanco y negro de los paisajes urbanos de Beirut.

Después de pasar un par de horas en La Friche, cogió un autobús de regreso al centro, que bajó por La Canebière, se apeó cerca de la estación de metro de Noailles, subió colina arriba por el Marché des Capucins, dando un paseo por las estrechas e intrincadas callejuelas en las que se vendía todo tipo de comida francesa y africana y el aire estaba impregnado de los tentadores aromas de especias conocidas y desconocidas. Las calles estaban repletas de gente comprando y Sophie se percató de que la estimulante mezcla de culturas que le daba a Londres su carácter moderno aquí adquiría un carácter todavía más intenso y reconcentrado. Le encantaba. Sintió ganas de perderse en esta ciudad.

La mañana siguiente le había prometido a Adam acudir a su conferencia sobre bandas sonoras. La organización había contratado un autocar para llevarlos por la autopista hasta Aix y una vez allí al Conservatoire Darius Milhaud, un edificio precioso y acogedor que tomaba su nombre del compositor más famoso de la

región y estaba situado en la rue Joseph Cabassol. La ponencia de Adam, acompañada de fragmentos de música y de películas, resultó perspicaz e interesante, aunque Sophie oyó murmurar a algunos de los académicos dumasianos más acérrimos que para su gusto el tema no se ceñía lo suficiente al objetivo del congreso. La verdad es que en los momentos más analíticos de la charla ella se perdió un poco, pero había algo relajante y seductor en el acento de Adam, de modo que de vez en cuando Sophie desconectaba y se concentraba en su voz. Y le encantó su contundente y semiseria aseveración final, según la cual la música más sofisticada y experimental compuesta para una adaptación de Dumas era, en su opinión, la banda sonora de Scott Bradley para *Los dos mosqueteros*, un corto de Tom y Jerry de los años cincuenta.

Después, seducidos por la promesa de una comida temprana, la mayoría de los invitados salieron en tromba calle arriba en busca del restaurante que François había reservado. Pero Sophie tenía que ir al lavabo, y cuando salió todo el mundo había desaparecido, todos excepto Adam, que seguía en el vestíbulo hablando con uno de los jóvenes profesores del conservatorio.

–Ha sido fantástico –dijo Sophie, aprovechando una pausa en la conversación–. He aprendido un montón de cosas. Gracias.

Pero Adam estaba interesado en algo completamente diferente.

–Este piano –dijo, señalando un piano de cola de palisandro colocado en una esquina del vestíbulo– es el de Milhaud, ¿no te parece increíble?

A Sophie como mínimo le sonaba Darius Milhaud, porque era el tipo de compositor del que su tío Benjamin hablaba con entusiasmo, pero no sabía nada de él y por tanto no podía compartir el entusiasmo de Adam.

–¿De verdad que puedo tocar en él? –le preguntó este al joven profesor.

–Sí, por supuesto. Adelante.

Se sentó en la banqueta, levantó la tapa del teclado y dijo:

–¿Tiene una afinación especial para tocar en dos tonos al mismo tiempo? –El profesor se rió. Sophie, no–. Lo siento –añadió Adam–. Es una broma para musicólogos. –Y se puso a tocar. Parecía estar improvisando: acordes lastimeros y agridulces que a Sophie le hicieron pensar en Ravel y Debussy y en coctelerías a altas horas de la noche. Mientras él tocaba Sophie se dirigió a la entrada, echó un vistazo a la calle y contempló las fachadas de piedra amarilla iluminadas por el sol. Aix era muy distinto de Marsella: silencioso, próspero y relajante; tal vez un poco autocomplaciente. Frente al conservatorio había una tienda que vendía libros en inglés: su logo era una tetera con la bandera británica. Sophie se acercó para mirar el escaparate. La música de Adam salía por la puerta abierta y se oía

desde la calle. La oía con claridad. De pronto se detuvo y Sophie oyó a Adam hablando con el profesor y despidiéndose de él, y un instante después estaba junto a ella.

–Muy bonito –dijo Sophie, volviéndose hacia él–. Lo oía desde aquí. Tocas muy bien.

–Gracias –respondió Adam con una timidez, o modestia, típica de él, no sabía cómo reaccionar ante un cumplido–. Qué librería más bonita, ¿entramos?

Después Sophie nunca tendría del todo claro qué fue lo que hizo que recordara los siguientes minutos como algo tan especial. Tal vez fuese el ambiente de la librería, tan sereno y espiritual, donde ellos eran los únicos clientes. Tal vez fuese porque para ella había pocas cosas tan íntimas como dos personas mirando libros juntas. Tal vez fuese la sonrisa y la mirada atenta de la mujer tras el mostrador, que los había saludado con suma amabilidad en un inglés excelente y parecía dar por hecho que eran pareja. Tal vez fuese porque cuando ella cogió un ejemplar de *El ocaso de las nutrias* de Lionel Hampshire y le dijo a Adam: «Dios mío, este tipo está en todas partes», no importó que él no entendiese la broma porque se rió de todos modos. Tal vez fuese porque cuando él cogió un libro de un poeta americano del que Sophie jamás había oído hablar y él le dijo: «Es un libro de mi padre», encajaba a la perfección que Adam fuese hijo de un escritor. Fuera cual fuese el motivo, en cuanto Sophie compró el libro y se despidieron de la dueña de la librería, que les lanzó una mirada de complicidad con unos ojos que resplandecían tras los mechones de cabello castaño, y salieron a la calle y se encaminaron hacia el restaurante, algo había cambiado entre ambos; un casi imperceptible desplazamiento de su eje gravitatorio.

Sophie evitó a Adam durante el siguiente día y medio y pasó ese tiempo sola, exploró Marsella, se aventuró en los enclaves costeros de Malmousque y el Vallon des Auffes, y pasó tres o cuatro horas en el santuario de cemento de La Cité Radieuse, el edificio de apartamentos más famoso de Le Corbusier. (Sentía debilidad por la arquitectura brutalista y aunque le fascinaba –como a todo el mundo– ver cómo la nueva Biblioteca de Birmingham iba tomando cuerpo, esperaba que la Biblioteca Central de John Madin, una obra maestra de los años setenta, no acabase sucumbiendo bajo una bola de demolición.) No volvió a reunirse con los asistentes al congreso hasta el jueves por la tarde, que era cuando iban todos al Château d’If. Hacía más calor que nunca –treinta y tres grados– y los reflejos del sol en las aguas del Vieux Port eran deslumbrantes. La

travesía marítima duró poco más de veinte minutos: salieron lentamente del Vieux Port, pasaron frente al Fort SaintJean y al enorme solar en la costa en el que se estaba acabando de construir el nuevo y ultramoderno Museo de las Civilizaciones Europeas y Mediterráneas, y después tomaron velocidad y se dirigieron a la isla de If pasando junto a enormes cruceros de todo el mundo que atracaban en el puerto en una escala de un día y a veraneantes que se les cruzaban en el camino con sus fuerabordas y motos de agua, y es que estaban en plena temporada turística y Sophie tenía la extraña y desconcertante sensación de estar trabajando (más o menos) entre veraneantes. La travesía fue tranquila y cuando vio aparecer de cerca el castillo, le resultó difícil imaginárselo como una fortaleza estratégica o –ese fue su uso posterior– como una prisión brutal de la que era imposible escapar. Hoy, con sus torres y almenas resplandecientes por la luz del Mediterráneo, parecía un lugar encantador y acogedor. Una atracción turística de una belleza desarmante.

La vista del castillo a medida que se aproximaban a él no la había preparado sin embargo para las vistas que el propio castillo ofrecía desde su interior de la ciudad y la línea costera, después de subir la empinada escalera de caracol que llevaba a la terraza de la azotea. Sophie vio Marsella desplegada ante sus ojos, el batiburrillo de edificios antiguos y modernos, la extensión de bloques de apartamentos hacia el oeste, el verde de las zonas boscosas y los vertiginosos acantilados del macizo de Calanques hacia el este y, dominándolo todo, la torre principal de la basílica de Notre-Dame de la Garde. Entre el castillo y esta panorámica se extendía el mar, en calma y resplandeciente bajo el sol, de una tonalidad ultramarina matizada e inmaculada hasta sus profundidades. Y todo eso estaba bañado por la *luz*: sí, cayó en la cuenta de que eso era lo que les faltaba en Inglaterra y que ese era el factor que hacía que allí todo pareciese tan vívido, tan sensual, tan lleno de energía, tan ineluctablemente *vivo*. En comparación, en ese país que se veía obligada a considerar su hogar, llevaban una vida anquilosada y miserable. De Marsella a Birmingham, de Marsella a Kernel Magna: esos lugares no parecían pertenecer a países diferentes, ni siquiera a planetas diferentes, parecían formar parte de órdenes de la existencia por completo distintos. La luz le hacía sentir una vitalidad que hacía años que no sentía, tal vez desde la niñez. Sus colegas, en la terraza, estaban ocupados tomando fotografías desde todos los ángulos posibles y en todas las perspectivas, pero Sophie sabía que eso no servía para nada, así que no sacó el móvil del bolso. Ningún conjunto de píxeles iba a capturar la emoción de este momento, esa intensa sensación totalmente nueva de vitalidad.

El castillo cerró al público a las cinco y media, a ellos les permitieron permanecer allí de manera excepcional, y Sophie imaginó que sin precedentes, dos horas más. A las seis, mientras los turistas se reunían en el muelle para esperar el último barco de regreso a Marsella, ellos se dirigieron a la celda de la planta baja que llevaba el nombre de Edmond Dantès, el infortunado héroe de Dumas. Era una celda oscura pero extrañamente espaciosa con paredes de bloques de piedra y en la que penetraba un rayo de sol por el ventanuco situado en la parte alta del muro. En ella, el conferenciante designado para la ocasión, Guillaume, preparó su presentación en PowerPoint y habló durante algo más de una hora sobre *El encarcelamiento como metáfora de la parálisis psicológica*. A Sophie le gustó la charla y hasta le impresionó, pero estaba impaciente por salir de la celda y volver al exterior: a la luz del atardecer.

A las siete y media les ofrecieron dos alternativas. El barco los llevaría de regreso a Marsella y cenarían en un restaurante ya reservado para esa noche, pero también podía desviarse y dar una vuelta por las otras islas del archipiélago de Frioul, lo que suponía unas pocas millas más de navegación. Si algunos querían desembarcar en el puerto de Ratonneau podían hacerlo y después tomar uno de los ferrys para volver a la ciudad.

La mayoría optó por regresar a Marsella directamente; estaban entusiasmados con la conferencia de Guillaume y contaban los minutos para poder comentarla durante la cena. En cambio, a Sophie, Adam y otros tres invitados les atraía la idea de visitar las otras islas, de modo que los dejaron allí unos minutos después.

Las islas de Ratonneau y Pomègues estaban unidas por una larga calzada de piedra cerca del pequeño puerto en el que desembarcaron, en un muelle repleto de tiendas y bares. Los otros tres se fueron directos a la terraza de uno de esos bares, con la intención de disfrutar de una copa al fresco ahora que por fin el calor dejaba de apretar.

–¿Qué te parece? –preguntó Sophie a Adam–. ¿Nos unimos a ellos?

–No lo sé... –respondió él–. A mí me apetece caminar. ¿No se supone que por aquí cerca hay una playa?

Consultaron un mapa en una pared del puerto y empezaron a caminar por un camino llano y polvoriento que salía del muelle en dirección a la Calanque de Morgiret. Iban claramente en dirección contraria a la marea de visitantes – parejas, familias, ruidosos grupos de jóvenes– con los que se cruzaban y que iban cargados con toallas y bolsas de playa. Ratonneau era una isla rocosa, un paisaje tan despojado de vegetación que parecía casi lunar. El polvo hizo que Sophie no tardase en notar la garganta reseca y rasposa, y el calor seguía siendo

intenso pese a la hora. Pero les llevó sólo unos minutos llegar hasta la playa de piedras donde un reducido grupo de personas seguía nadando o buceando en las cálidas aguas color turquesa.

–Lástima que no hayamos traído los bañadores –dijo Adam, mientras contemplaba el mar desde la elevación del terreno que daba a la playa, protegiéndose los ojos con la mano a modo de visera para evitar los rayos del sol poniente.

–Estaba pensando lo mismo –comentó Sophie, aunque una parte de ella se sintió aliviada: era muy consciente de lo pálido que estaba su cuerpo bajo el ligero vestido de verano.

Caminaron un poco más por un sendero empinado y sinuoso que conducía hasta un montículo de rocas sobre la playa. Esa corta caminata resultó agotadora, y cuando encontraron una roca plana junto al sendero decidieron sentarse, felices porque allí arriba, por fin, la leve brisa marina que soplaba hacía más tolerable el calor.

Tras un prolongado silencio cómplice, Sophie anunció:

–He empezado a leer el libro de tu padre.

–¿Ah, sí?

–Es muy bonito. Tiene cierto aire Updike.

–Poca gente lo ha dicho. A él no le gusta Updike. –Sonrió–. Pero al menos le encantaría saber que no lo comparas con James Baldwin. La verdad es que mi padre es del tipo de persona capaz de tomarse cualquier cumplido como un insulto. No es una persona de trato fácil.

–¿Estás unido a él?

–Hace dos o tres años que no lo veo –respondió Adam–. Mi madre y él se divorciaron hace tiempo. Para alivio mío y de mi hermana. Se pasaban el día peleándose. Era todo muy... intenso. –Poniendo cuidado en no mirar directamente a Sophie, añadió–: Supongo que tú has crecido en un tipo de familia muy diferente. Parece... Bueno, parece que te lo tomas todo de un modo muy relajado.

–Sí. A mis padres no les da por pelearse. Se limitan a vivir en un permanente estado de... No sé cómo describirlo. De indiferencia semihostil.

Adam se rió y dijo:

–Suenan muy británico.

–Sí, es exactamente eso. Mantienen la calma y siguen adelante, pese a que mi madre... –No acabó la frase, porque no quería entrar en más detalles.

–¿Y tú?

–¿Yo?

–Tu vida matrimonial. –Adam bajó la mirada hacia el anillo de compromiso de Sophie–. ¿Qué tal te va tu vida de casada?

–Oh. Bueno, todavía es un poco pronto para decirlo. Solo hace tres meses...

–Ah, ¿tan reciente es? Felicidades.

–... Pero de momento va bien. Muy bien. Me siento... afianzada.

–Estupendo. Me alegro por ti. Y por él.

–Ian. Se llama Ian.

–¿Y a qué se dedica?

–Es profesor.

–Claro. ¿De historia del arte?

–No. Enseña a la gente a mejorar la seguridad de su conducción. Fue así como lo conocí. En una de sus clases.

–¿En serio? No tienes pinta de conductora temeraria. ¿Tienes un lado salvaje que nos has estado ocultando?

–No –respondió Sophie, con un tono más meditabundo del que requería la pregunta–. Creo que no lo tengo.

Debían de llevar allí sentados media hora o más; lo bastante para contemplar el ocaso en todo su lento esplendor. A sus espaldas, en el otro lado de la isla, se iba alzando la luna, y emitía luz suficiente para que, cuando empezaron a sentir hambre y emprendieron el regreso en busca de un restaurante en la zona del puerto, pudieran seguir el camino con facilidad. No encontraron a los otros asistentes al congreso: según el horario, una *navette* acababa de partir hacia Marsella y tal vez habían decidido tomarla. El siguiente barco no salía hasta pasada una hora, pero en cualquier caso no había ninguna prisa: el último zarpaba a medianoche.

Encontraron un bar tranquilo en el muelle y pidieron *moules marinière* con *panisses* y *salade Niçoise*, y una jarra de vino rosado con mucho hielo. Cuando acabaron de comer, ya eran las diez y media, habían salido dos barcos más y empezaba a parecer que en la isla ya casi solo quedaban ellos dos.

–Qué tranquilidad se respira aquí –dijo Sophie–. Es increíble que estemos a solo veinte minutos de la ciudad. Esto es como otro mundo.

–¿Quieres otra copa? –le preguntó Adam.

–No. Volvamos a la playa.

El agua estaba más tranquila y se veía oscura y acogedora, iluminada solo por un hilo de luz de luna que se extendía hacia el horizonte. No había nadie más en la playa. Ni Adam ni Sophie dijeron una palabra, y ninguno sugirió qué hacer; la

decisión de quitarse la ropa, caminar con dificultad sobre las piedrecillas hasta la orilla y zambullirse en el mar fue tomada al unísono de forma completamente espontánea. Espontánea y casta: no se miraron hasta que los dos tuvieron el cuerpo sumergido por completo, pese a lo cual Sophie no pudo evitar percibir un intenso contraste entre las pieles de ambos. Era la primera vez que se bañaba desnuda y no tenía ni idea de lo deliciosa que podía resultar el agua todavía cálida sobre la piel desnuda. Ella era una buena nadadora –a diferencia, por lo que parecía, de Adam, que no se alejó demasiado de la orilla y permaneció allí medio nadando, medio caminando–, de modo que se dirigió hacia la entrada de la cala, en la parte más alejada y profunda, creyendo que lo más sensato era alejarse lo máximo posible de él. Cruzó a nado diez o más veces el ancho de la cala hasta que brazos y piernas empezaron a dolerle y descansó flotando boca arriba unos minutos, contemplando la luna y las estrellas, y pensando que nunca había sido tan feliz, nunca había estado tan en paz consigo misma, tan en comunión con los elementos, el agua y el aire. Cerró los ojos, sintió cómo las rachas de mistral le acariciaban la cara y se rindió al abrazo del mar, inerme, confiada y sin oponer resistencia.

Después, ella y Adam hablaron poco, incluso en la *navette* que los llevaba de regreso a Marsella. La estancia en la isla había sido mágica y ambos sabían que si hablaban se rompería el hechizo.

Era casi la una de la madrugada cuando llegaron a la residencia en la que se alojaban los invitados del congreso. Sus habitaciones estaban en lados opuestos del mismo pasillo.

Al llegar ante su puerta, Sophie le dio un beso en la mejilla a Adam.

–Bueno, buenas noches –le dijo–. Ha sido muy bonito.

–Sí que lo ha sido –murmuró él, y mientras lo decía, su boca se acercó al rostro de ella hasta topar con sus labios. Ningún problema, porque Sophie pensó que después de todo no era más que un amistoso beso de buenas noches. Él tenía la boca entreabierta y ella también, ningún problema. Ella sintió que un leve temblor le recorría el cuerpo cuando sus lenguas entrechocaron. Pero no había ningún problema. No era más que un amistoso beso de buenas noches. Aunque parecía que se prolongaba más de la cuenta. Y la mano de Adam empezó a deslizarse lenta pero decididamente por el cuerpo de ella y ya no estaba posada sobre su espalda en un ligerísimo abrazo sino que le recorría el estómago en dirección a los pechos, al pecho izquierdo, donde se detuvo y ella permitió que se detuviese mientras se aplastaba contra él con más firmeza de modo que la mano de Adam, aun sin quererlo, aplastaba con más fuerza su seno, y la

sensación era exquisita, enviaba oleadas de placer a través del cuerpo de Sophie, que en ese momento no deseaba otra cosa que dejarse arrastrar por esas oleadas, rendirse...

... pero no. No no no no no. Eso no estaba bien. Eso empezaba a ser un problema. Eso ya no era un beso de buenas noches. Sophie lo empujó con brusquedad y se apoyó contra la puerta, sonrojada y con la respiración entrecortada. Bajó la vista hacia el suelo y él miró hacia el fondo del pasillo, también respirando con dificultad, y Sophie se pasó las manos por el cabello y dijo:

–Escucha, esto es...

–Lo sé. Yo...

–Quiero decir que no podemos hacerlo. Estoy...

–No pasa nada. No debería...

Sophie lo miró y él le devolvió la mirada, y en los ojos de ambos había tristeza, rabia y frustración.

–Vale.

–Sí. Vale. Entonces, buenas noches.

–Buenas noches –respondió Sophie, que abrió la puerta con rapidez y la cerró con la misma prisa y apoyó la espalda en la puerta durante lo que le pareció una eternidad, con los ojos humedecidos por las lágrimas, mientras esperaba a que se le volviese a acompasar la respiración.

El viernes por la mañana había una única sesión: una sesión plenaria para recapitular todas las ponencias que se habían presentado durante la semana, hacer balance y sacar conclusiones. Adam no se presentó. Sophie tampoco lo había visto durante el desayuno. Ella misma se había planteado saltárselo, pero al final le pareció absurdo hacerlo; ella y Adam eran personas adultas y no había motivo alguno para que se sintiesen incómodos o tensos al verse esta mañana. La noche anterior no habían traspasado ningún límite; se habían detenido a tiempo. ¿Dónde estaba por tanto él esta mañana? ¿Por qué estaba vacía su silla en la sala de la reunión?

–Se ha vuelto en tren a París –le contó François durante la pausa del café–. Por lo visto le ha surgido una urgencia en casa. Me ha dicho que iba a tomar el primer vuelo de regreso a Estados Unidos.

Antes de que se retomase la reunión matutina, Sophie le mandó un breve email: «¡No tenías por qué irte así! Escíbeme», pero no recibió respuesta.

Su vuelo de regreso a casa el sábado por la mañana aterrizó en Luton a mediodía. Llovía a cántaros. El cielo estaba de un color gris pizarra y cargado de nubes. La línea del tren de Birmingham estaba interrumpida en un tramo debido a trabajos de mantenimiento y esa parte del trayecto entre Kettering y Nuneaton se hacía en autobús.

«Servicio alternativo de autobuses», «Kettering», «Nuneaton». ¿Había en inglés (o en cualquier otro idioma) seis palabras más deprimentes?

Mientras el autobús avanzaba a paso de tortuga entre el congestionado y ralentizado tráfico del fin de semana entre esas dos ciudades de las Midlands, Sophie pensaba –y al mismo tiempo trataba de no pensar– en la noche del jueves en las islas Frioul. La sensación del agua sobre su piel. Las estrellas en el cielo nocturno sobre su cabeza. El trayecto de regreso a Marsella bajo la luz de la luna, los dos sentados en la cubierta superior, el muslo de Adam en agradable contacto con el suyo. Y después le venía a la cabeza la voz de Naheed en su boda, durante la cena en la carpa, hablando de la conducción y de cómo «cada pocos minutos llegas a un cruce y tienes que hacer una elección. Y cada decisión que tomas tiene el potencial de alterar tu vida».

Eran las cuatro cuando subió la colina desde la estación de New Street hasta Centenary Square, tirando de la maleta con la ropa interior sucia, un imán de Marsella para la nevera y una botella de pastís. Las nubes eran aún más compactas, oscuras y densas que nunca y la estructura todavía inacabada de la nueva Biblioteca de Birmingham se alzaba ante ella. En el apartamento las luces ya estaban encendidas. Ian estaba en la ventana, pendiente de su llegada.

A las nueve de la noche del viernes 27 de julio de 2012:

Ian y Sophie estaban sentados en el sofá de su casa viendo la ceremonia de inauguración de los Juegos Olímpicos por televisión.

Colin Trotter estaba solo en su casa de Rednal, viendo desde el sillón la ceremonia de inauguración de los Juegos Olímpicos por televisión.

Helena Coleman estaba sola en su casa de Kernel Magna, viendo desde el sillón la ceremonia de inauguración de los Juegos Olímpicos por televisión.

Philip y Carol Chase, junto con Patrick, el hijo de Philip, y Mandy, la mujer de este, estaban sentados en la sala de estar de su casa de King's Road, con comida china a domicilio en el regazo, viendo la ceremonia de inauguración de los Juegos Olímpicos por televisión.

Sohan Aditya estaba solo en su apartamento en Clapham, echado en el sofá, viendo la ceremonia de inauguración de los Juegos Olímpicos por televisión y mandando mensajes de texto al respecto a sus amigos.

Christopher y Lois Potter, en mitad de sus vacaciones con caminatas moderadas por el Distrito de los Lagos, estaban viendo la ceremonia de inauguración de los Juegos Olímpicos por televisión en la casita que habían alquilado.

Doug Anderton, su hija Coriander y su hijo Ranulph estaban sentados en distintas habitaciones de la casa de Chelsea, viendo la ceremonia de inauguración de los Juegos Olímpicos en diferentes televisores.

Benjamin estaba solo en la casa del molino, sentado ante el escritorio de su estudio, recortando y revisando la novela mientras escuchaba un cuarteto de cuerda de Arthur Honegger.

Sophie no tenía grandes esperanzas puestas en ese espectáculo. Del mismo modo que a Ian le atraía de forma instintiva todo lo que tuviera que ver con el deporte, a ella de modo igualmente instintivo la repelía. Para ella nunca había significado gran cosa que Londres acogiera los Juegos Olímpicos en 2012 y ahora que ya no vivía allí, todavía significaba menos. De manera intencionada, tenía un libro abierto en el regazo (de hecho, era *El conde de Montecristo*, que

estaba relejendo) cuando empezó la retransmisión; era un modo no muy sutil de dejar claro que estaba dispuesta a hacer compañía a Ian mientras él veía la ceremonia, pero ella no pensaba prestarle atención alguna. Daba por hecho que iba a ser una mera sucesión de montones de hombres en camiseta y pantalones cortos desfilando alrededor de una pista de atletismo durante tres horas, mientras sonaba música militar y la Reina saludaba a la multitud.

–Ni siquiera Danny Boyle es capaz de hacerlo interesante –sentenció Sophie.

Pero estaba equivocada. La ceremonia arrancó con la proyección de una película de dos minutos: un recorrido acelerado por el Támesis, desde su fuente hasta el corazón de Londres. Mientras la cámara avanzaba a toda velocidad pegada a la superficie del agua acompañada por una banda sonora de música electrónica vertiginosa y palpitante, se cruzaba con tres personajes de *El viento en los sauces* y la banda sonora se transformaba para incluir fragmentos del «God Save the Queen» de los Sex Pistols y el tema de la cabecera de *EastEnders*, a Sophie de pronto todo aquello le despertó un interés académico. Se dio cuenta de que había inteligencia detrás de esa propuesta, que habría un montón de referencias intertextuales a las que estar atenta.

–¿Por qué aparece un cerdo rosa flotando encima de la estación eléctrica de Battersea? –le preguntó a Ian.

–Ni puta idea –respondió él.

–Sabes qué es eso, ¿verdad? –dijo Philip, señalando la pantalla con un palillo–. Es un guiño a Pink Floyd. A *Animals*. El álbum que grabaron en 1977.

–Eso solo lo pillas tú –le replicó Carol.

–Yo y unos cuantos millones de personas más –aseguró él, mientras cogía con los palillos una bola de gamba. En ocasiones la ignorancia musical de su mujer era alarmante.

A Helena el bloque de apertura le pareció muy confuso y demasiado frenético. Tenía la esperanza de que no todo fuese así. Se relajó un poco con la siguiente sección, que incorporaba cuatro coros infantiles de las cuatro naciones que formaban el Reino Unido, cada uno de los cuales cantaba un himno diferente. El niño que cantó la versión para solista de «Jerusalem» tenía una voz preciosa, y las escenas de la vida rural que se representaron en el estadio fueron relajantes y encantadoras. Después hicieron su aparición unos carruajes con actores vestidos

de empresarios victorianos y a ella se le volvió a erizar el vello del cogote. Varios de los hombres de negocios los interpretaban actores negros. ¿Por qué tenían que hacer eso? ¿Por qué? ¿La gente ya no tenía ningún respeto por la historia?

–Guau...

Sohan se percató de que el tramo de la ceremonia protagonizado por los industriales se llamaba «Pandemonium». Le mandó de inmediato un mensaje de texto a Sophie.

«¿Te has fijado? ¡Pandemonium! ¡Están haciendo un guiño a Humphrey Jennings!»

Sophie respondió:

«Alucinante. Y no es para nada lo que me esperaba.»

–¿A quién le has mandado un mensaje? –preguntó Ian.

–A Sohan –respondió ella.

–¿Sobre qué? ¿No te puedes concentrar en esto?

–Precisamente le estoy escribiendo sobre esto. Me acaba de decir que toda esta parte está basada en un libro muy poco conocido llamado *Pandemonium*, de Humphrey Jennings. –Ian la miró con cara de no entender nada–. Era un director de documentales de los años cuarenta.

–Ah, vale. –Ian guardó un momento de silencio para reflexionar–. Vosotros dos tenéis mucho en común. –Le dio un beso–. Suerte que es gay.

Al igual que Sophie, Doug se había puesto a ver la ceremonia de apertura de los juegos con escepticismo. Y como ella fue mostrando una creciente admiración que al poco rato ya bordeaba la reverencia. La magnitud del espectáculo, su originalidad –*extravagancia* en determinados momentos–, la majestuosidad de las chimeneas industriales alzándose desde una falsa colina de Glastonbury Tor, la hipnótica y creciente fuerza de la música de Underworld... Este excéntrico himno a la herencia industrial de Gran Bretaña era lo último que se esperaba, pero había algo en él conmovedor y convincente... De hecho, algo fundamentalmente *veraz*. Y lo que sintió mientras lo veía fue una emoción que hacía años que no experimentaba, o que no había experimentado jamás, ya que se había criado en una familia en la que cualquier expresión de patriotismo se consideraba sospechosa. Orgullo nacional. Sí, por qué no dejarse de rodeos y

admitirlo, en esos momentos se sentía orgulloso, orgulloso de ser británico, orgulloso de formar parte de un país que no solo había alcanzado tamaños logros, sino que además podía celebrarlos con esa seguridad en sí mismo, con ironía y sin rastro de autocomplacencia.

Ya veía una columna en ciernes sobre ese tema. Sin duda.

Colin también disfrutó de la celebración de la historia de Gran Bretaña. Le gustó el poema que recitó Kenneth Branagh. Lo único que le molestó fue que incluyesen una referencia a la llegada del buque de la armada *Windrush* y a los primeros emigrantes jamaicanos al país.

–Oh, ya estamos –murmuró entre tragos de cerveza, en cuanto vio aparecer a los actores–. La jodida brigada de lo políticamente correcto ya está haciendo de las suyas otra vez...

A esas alturas, por increíble que parezca, Sophie seguía la ceremonia casi con más atención que Ian. Pasados unos minutos, Ian empezó a impacientarse, se levantó a buscar más cervezas de la nevera y puso patatas en un bol.

–¿No te gusta? –le preguntó ella.

–Sí –dijo él–. Pero ya hemos captado el mensaje. Gran Bretaña ha hecho un montón de cosas.

Pareció todavía menos interesado cuando el siguiente bloque –un cortometraje titulado *Feliz y gloriosa*– arrancó con unas imágenes aéreas del Palacio de Buckingham. Pero de pronto vio aparecer una silueta por las puertas del palacio, con esmoquin blanco y moviendo los hombros en un gesto de seductora y galante confianza en sí mismo, y se percató de quién era: James Bond, o en todo caso Daniel Craig, su más reciente intérprete cinematográfico. Ian se volvió a sentar junto a Sophie y se echó hacia delante en el sofá para prestar toda su atención. Bond se paseó por las salas de recepción del palacio hasta llegar a una actriz que interpretaba a la Reina y le daba la espalda sentada ante su despacho. Pero entonces se dio la vuelta y resultó que no era una actriz. Era la verdadera Reina. «Buenas noches, señor Bond», le dijo, muy envarada, y era obvio que su actuación no iba a ser la más natural del mundo, pese a que se interpretaba a sí misma, pero aun así, habían conseguido que nada menos que la Reina, la mismísima Reina de Inglaterra, actuase en una película para la ceremonia de apertura de los Juegos Olímpicos, y de hecho era todavía mejor, porque lo que

sucedió a continuación fue que siguió a Bond hasta el exterior del palacio y se subieron los dos a un helicóptero y el helicóptero se elevó y lo filmaron alzándose sobre el Palacio de Buckingham y sobrevolando Londres y unos momentos después apareció sobrevolando el estadio olímpico y entonces llegó el mejor golpe de efecto, la mayor genialidad, porque fingieron que la Reina y James Bond saltaban del helicóptero juntos y descendían en paracaídas sobre el estadio, y mientras sonaba la banda sonora de James Bond, el paracaídas se abrió y resultó que era una enorme bandera del Reino Unido, un homenaje a la increíble secuencia inicial de *La espía que me amó*, y todos estos elementos –¡la Reina!, ¡James Bond!, ¡la bandera nacional!– provocaron en Ian algo muy parecido a un orgasmo de excitación patriótica, que hizo que se pusiera en pie y gritase: «¡Sí! ¡Sí! ¡Sí!» y se lanzase después sobre Sophie y la abrazase con ímpetu y la acribillase a besos.

Cuando empezó la música del siguiente bloque, Philip no daba crédito. La reconoció de inmediato, esa inconfundible e hipnótica melodía, con ese compás tan particular, una música que había escuchado cientos de veces, miles de veces, una música que amaba con todo su corazón pese a que durante casi cuatro décadas la presión de los amigos le había obligado a mantener ese amor en secreto, le había hecho sentir que amar esa música era convertirse en potencial objeto de mofa o al menos en alguien alejado para siempre de las tendencias en boga. Pero ahí estaba. Transmitida al mundo entero, presentada como ejemplo de lo mejor de la cultura británica. ¡Reivindicada! ¡Por fin reivindicada!

–¡Mike Oldfield! –gritó, desparramando granos de arroz por toda la alfombra–. ¡Ese es Mike Oldfield! ¡Y eso es *Tubular Bells*!

Cogió el teléfono y fue a un rincón más silencioso de la habitación para llamar a Benjamin. Cuando descolgaron, Philip oyó música de fondo, pero era diferente, algo angustiado y disonante. Por cómo sonaba, parecía un cuarteto de cuerdas.

–¿No lo estás viendo? –le preguntó.

–¿El qué? –dijo Benjamin.

–La ceremonia de apertura de los Juegos Olímpicos.

–¿Es esta noche?

–Oh, por el amor de Dios. Enciende la tele.

–No, no me apetece. Estoy trabajando.

–No discutas. Enciéndela inmediatamente.

Benjamin se quedó petrificado, impresionado por la urgencia en la voz de Philip.

–Vale, de acuerdo.

Philip oyó cómo quitaba el cuarteto de cuerdas y encendía el televisor. Unos segundos después, Benjamin dijo:

–Blimey, ¿es Mike Oldfield?

–Exacto. Mike Oldfield. ¡Mike Oldfield!

–¿Qué hace ahí?

–Está tocando *Tubular Bells*, ¿no lo reconoces?

–Pero ¿por qué?

–Porque por fin, ¡por fin!, alguien ha caído en la cuenta de que es un genio. ¡Un gran compositor británico! ¡Nosotros teníamos razón! –Benjamin percibía la sonrisa triunfante en la voz de su amigo–. Bueno, te dejo. No te pierdas el resto de la ceremonia, es una maravilla.

Benjamin dejó el teléfono en el brazo del sofá, se sentó frente al televisor y contempló la extraña escena que se estaba desarrollando en ese momento. Un montón de personas ataviadas con uniformes de enfermera y de niños en pijama saltaban sobre unas camas gigantes como si fuesen trampolines, mientras continuaba sonando de fondo *Tubular Bells*. La mayoría de los espectadores le habrían podido decir que esa parte era un homenaje al Sistema Nacional de Salud; y de hecho el propio Benjamin lo habría podido deducir por sí mismo si hubiese estado prestando atención, pero no era el caso. Estaba pensando en mediados de los setenta, un par de años después de la salida del álbum de Mike Oldfield, en cómo él y sus amigos lo escuchaban en la sala común del colegio King William y mantenían inacabables discusiones pretenciosas sobre él. Doug, que en aquel entonces escuchaba sobre todo discos de la Motown, no ocultaba su desprecio. Para el resto, en cambio, era un texto musical sagrado. Recordó un mediodía –sí, era sorprendente cómo de pronto le volvían a uno ciertas escenas, con una claridad arrolladora, como algo casi proustiano, y sin duda el desencadenante era la música que sonaba en la televisión–, un mediodía en el que él y Harding estaban escuchando *Tubular Bells*, de hecho esa parte en concreto, esos minutos iniciales, y se enfrascaron en una absurda discusión sobre el compás; Benjamin lo recordó con todo detalle, Hastings insistía en que no había nada raro en él, era un compás común y corriente, y Benjamin insistía en que «No, no escuchas con suficiente atención, está en 15/8», y entonces se metió en la discusión Philip y dijo «En realidad no, no es tan enrevesado, es solo que falta una nota en el segundo compás en cada fraseo de cuatro compases, de

modo que funciona así: 4/4-3/4-4/4-4/4», y sí, eso significaba que estaba compuesta siguiendo un patrón de quince notas, pero no significaba que estuviera en 15/8, no era lo mismo, y entonces Harding dijo que eran idiotas, que no sabían de qué estaban hablando –ese chico, se dio cuenta ahora Benjamin, siempre estaba intentando sembrar cizaña, intentando provocar–, así que al final optaron por llevarle el disco al profesor de música, el señor Sill, y él lo escuchó y les dio una respuesta del todo diferente, algo todavía más enrevesado, y a continuación sacó varios discos y les pidió que identificasen los compases, empezando con «Marte, el dios de la guerra» de Holst (5/4) y pasando después a *La consagración de la primavera*, y se pasaron el resto de la pausa para el almuerzo en ese plan...

Aquellos fueron buenos tiempos, pensó Benjamin. Tiempos felices.

De regreso en Londres, el bloque de la ceremonia dedicado al Sistema Nacional de Salud llegó a su fin, pero Benjamin no se enteró, mientras el televisor titilaba en silencio al fondo y él contemplaba el río con una sonrisa beatífica y nostálgica iluminándole el rostro.

–Ese es Simon Rattle, ¿verdad? –preguntó Christopher mientras el prestigioso director se encaminaba hacia el centro del estadio olímpico.

–Ajá –dijo Lois, alzando la mirada un instante del tapiz que solo cosía cuando estaba de vacaciones, que no acababa jamás y jamás acabaría. No volvió a levantar la mirada hasta que oyó reír a su marido–. ¿Qué te hace tanta gracia?

–Mira, Mr. Bean.

Simon Rattle dirigía la orquesta, que estaba tocando el tema principal de *Carros de fuego* (otra victoria de los gustos adolescentes de Philip, ya que en los setenta era fan de Vangelis) mientras Rowan Atkinson, agobiado por la tarea de tocar una y otra vez una misma nota en un teclado eléctrico, escenificaba con descacharrante mímica su aburrimiento y frustración.

–Me pregunto por qué habrán decidido incluirlo.

–Es una idea muy avispada –dijo Christopher–. Todo el mundo adora a Mr. Bean.

–¿En serio? –preguntó Lois, que volvió a concentrarse en su tapiz.

–¿No recuerdas aquella vez que estábamos en Arezzo y pasamos junto al teatro y anunciaban a un imitador de Mr. Bean?

–No.

–Y yo te dije: mira lo popular que es aquí. Incluso tiene imitadores.

–No recuerdo nada de eso.

–Fue en Arezzo. Hace tres años.

–Perdona –dijo Lois, alejando un poco el tapiz y lanzándole una mirada crítica. Algo no acababa de funcionar con el último color que había elegido–. No recuerdo para nada esa conversación.

Christopher suspiró.

–Por supuesto que no. Nunca recuerdas nada de lo que digo.

Se inclinó hacia ella y le dio un beso en la mejilla, dejándose llevar por la costumbre y resignado. Lois esbozó una sonrisa, pero no se lo devolvió.

Coriander se había hartado durante la parte de Mr. Bean y había bajado para ver qué hacía su padre. Se lo encontró en el sofá de la sala principal con una lata de cerveza en la mano y, para su asombro, con rastros de lágrimas en las mejillas. Nunca había visto algo semejante.

–¿Papá? –Se sentó a su lado–. ¿Estás bien?

–Lo siento –dijo él, secándose las lágrimas–. Sé que es penoso. Pero es que me encanta. Me encanta todo. Ve a buscar a tu madre. También ella debería verlo.

Coriander se lo quedó mirando y le dijo:

–¿Qué quieres decir? Claro que lo está viendo. Ella está allí.

–¿Está allí?

–Está en la zona VIP. La he visto antes, sentada al lado de Bryan Ferry.

Por un momento Doug se quedó perplejo ante la información, aunque cuando lo pensó más detenidamente, tenía todo el sentido del mundo.

–¿Cómo podéis seguir juntos? –le preguntó su hija–. Nunca he conocido a nadie que tenga una comunicación tan pésima.

–Es cierto. Si viviésemos en una casa más pequeña –dijo Doug–, seguro que ya nos habríamos divorciado.

–Bueno, ojalá lo hubierais hecho –replicó Coriander–. Es muy aburrido tener unos padres que llevan juntos tanto tiempo como vosotros.

Doug no estaba seguro de si bromeaba o no. En todo caso, estaba encantado de que su hija se hubiera sentado en el sofá con él.

La ceremonia había pasado a una sección llamada «Frankie y June dicen... ¡gracias, Tim!» que parecía ser un extraño y casi incomprensible popurrí de referencias musicales y cinematográficas británicas. («*A Matter of Life and Death!*», le mandó Sophie a Sohan. «*The Wicker Man!*», respondió él.) A modo

de hilo conductor se desarrollaba una especie de historia de amor de dos adolescentes que se conocían y comunicaban a través de las redes sociales mientras viajaban en el metro de Londres. Resultaba todo muy confuso, pero también muy estimulante, y lo más divertido era intentar identificar las canciones. Doug se quedó sorprendido de la cantidad de ellas que su hija conocía. Reconoció las de los Jam, los Who, los Rolling Stones, David Bowie y Frankie Goes To Hollywood, además de las que él ya daba por hecho que se sabría, como las de Amy Winehouse y Dizzee Rascal. Su hija no entendió el fragmento televisivo de dos mujeres besándose y él le explicó que estaba sacado de una telenovela llamada *Brookside*, y había sido uno de los primeros besos entre dos mujeres que apareció en la televisión generalista nacional, y era asombroso que ahora Gran Bretaña lo utilizase para mostrar al mundo lo ilustrada y progresista que era.

–Esto lo están viendo en Arabia Saudita, ¿sabes? –le dijo, y Coriander tuvo que admitir que era una pasada y sintió un hormigueo de entusiasmo al darse cuenta de lo que eso significaba.

–¿Y este quién es? –preguntó cuando, en el decorado colocado en medio del estadio, el tejado de una casa gigantesca se alzó para mostrar a un hombre de mediana edad y aspecto anodino y aburrido sentado ante su escritorio tecleando en un ordenador mientras la frase «ESTO ES PARA TODOS» aparecía en las pantallas y monitores a su alrededor.

–Tim Berners-Lee.

–¿Quién?

–El inventor de internet.

–¿Qué? ¿Los *ingleses* inventamos internet?

–En cierto modo sí. Al menos, él lo hizo.

–Alucinante –dijo Coriander. Sacó su BlackBerry, tomó una foto de la imagen de la pantalla y escribió «He nacido en un país genial» y lo envió a sus 379 seguidores.

La parte creativa de la ceremonia había terminado. Ahora había llegado el turno del desfile por el estadio de todos los atletas que competían y eso amenazaba con durar al menos noventa minutos. Los espectadores se dispersaron.

Sophie e Ian se fueron a la cama. Llevaban al menos una semana sin hacer el

amor. Pusieron remedio esa noche. Ian fantaseó con ser James Bond haciendo el amor a la preciosa bailarina adolescente del bloque «Frankie y June».

Colin se quedó dormido en el sofá y se despertó a las tres de la madrugada, desorientado, y subió arrastrando los pies para meterse en la cama.

Helena se mantuvo despierta hasta la una, escribiendo una carta al *Telegraph* para quejarse del sesgo izquierdista de la ceremonia, pero como tenía quinientas palabras no resultó sorprendente que no se la publicaran.

Los Chase estaban tan entusiasmados después de la ceremonia que Philip se conectó y compró cuatro de las pocas entradas que todavía quedaban para una de las pruebas de atletismo y cuatro billetes de ida y vuelta a Londres, que resultaron ser extraordinariamente caros.

Sohan buscó en internet información sobre Humphrey Jennings y Michael Powell antes de cambiarse de ropa, afeitarse y salir con destino a un club a las doce y media. La noche todavía era joven y estaba llena de posibilidades.

Christopher preparó dos tazas de chocolate caliente y se llevó la suya a la cama. Lois se reunió con él noventa minutos después, margen que le pareció suficiente para que él ya se hubiera dormido.

Doug se puso a escribir su columna. Le mostró a Coriander los dos primeros párrafos y le preguntó qué opinaba. Ella le respondió: «Vaya mierda.» Acto seguido, se sentó ante el escritorio con él y escribieron juntos el resto de la columna.

Como la noche era cálida, Benjamin decidió sentarse en la terraza con una copa de vino blanco bien frío. Se sentía feliz. Había terminado de revisar la versión abreviada de la novela. El texto –una narración levemente novelada de su relación con Cicely, titulada *Una rosa sin espinas*– estaba listo para mandarlo a varias editoriales. Para celebrarlo, Benjamin encendió los altavoces portátiles y movió la ruedecilla del iPod hasta la pieza musical que le había servido de inspiración y de la que había tomado prestado el título: un melancólico y apasionado dueto entre el pianista de jazz Stan Tracey y el saxofonista Tony Coe, grabado en 1983. Subió el volumen. Allí podía escuchar la música todo lo alto que quisiera y todo lo tarde que le diera la gana. Pero cuando el tema terminó sintió una suerte de alivio y se dio cuenta de que prefería el silencio. El silencio de Inglaterra sumergiéndose en el sueño profundo y satisfecho, el tipo de sueño del que uno disfruta después de celebrar una fiesta que ha sido un exitazo, cuando todos los invitados ya han regresado a sus casas y uno sabe que no tiene ninguna necesidad de madrugar al día siguiente. Esa noche Inglaterra parecía un lugar relajado y asentado, un país que se siente cómodo consigo

mismo. La idea de que millones de personas muy diversas se habían unido, congregadas ante una retransmisión televisiva, le hizo pensar de nuevo en su infancia y le provocó una sonrisa. Todo iba bien. El río parecía estar de acuerdo con él: el río, que era el único que todavía alteraba el silencio, con su incansable fluir, burbujeando y ondulándose en la noche, con alegría, alegría, alegría, alegría.

La Inglaterra profunda

A los privilegiados, la igualdad les parece una renuncia. Entended esto y entenderéis buena parte de la política populista de nuestros días.

IYAD EL-BAGHDADI,
Twitter, 1.36 p. m., 25 de julio de 2016

Agosto de 2014

–Bueno –dijo Sohan–. Felicidades.

–Gracias –respondió Sophie.

Entrechocaron las copas y se bebieron el champán, que no era nada extraordinario. Sohan –que invitaba– dedicó un momento a reflexionar sobre el precio, que era realmente extraordinario.

–¿Qué estamos celebrando en realidad? –preguntó Sophie.

–A ti.

–¿A mí? ¿Qué pasa conmigo?

–Todo. Tu glorioso ascenso a la fama.

Sophie sonrió y dijo:

–Me parece que exageras un poco.

Con las copas en la mano, se alejaron del bar y se dieron un paseo por la plataforma de observación. A sus pies se extendía Londres, lánguida y abúlica en la cálida tarde de principios de verano. El Támesis se estiraba y retorció como un lazo sucio, y se iba reduciendo a medida que se alejaba hacia el este, hasta convertirse en un puntito de luz que resplandecía a través de la neblina en el horizonte.

–Tu ciudad –dijo Sophie, acercándose a él y cogiéndole el brazo, mientras contemplaban, a través del ventanal del suelo al techo de la plataforma de observación del Shard, los edificios que tenían doscientos metros por debajo: los bloques de pisos, las antiguas viviendas sociales, las nuevas edificaciones y alguna reliquia del viejo Londres que asomaba entre el gris batiburrillo de construcciones modernas.

–¿Mía? En realidad no. Londres ya no es de los londinenses.

–¿Y entonces de quién es?

–Sobre todo de los extranjeros. Auténticos extranjeros. –Sophie le lanzó una mirada escéptica, de modo que él añadió–: Este edificio en el que estamos. La última atracción estrella de Londres. ¿Crees que es británico? El noventa y cinco por ciento es del estado de Qatar. Y lo mismo sucede con la mitad de esos resplandecientes bloques de oficinas nuevos que se ven desde aquí. Y con esas

torres de apartamentos de lujo junto al río. Por no hablar de Harrods, esa esplendorosa institución inglesa. Llevamos años vendiéndolo todo. Si hoy en día te paseas por el centro de Londres, lo más probable es que estés pisando suelo extranjero.

Un pequeño pero ruidoso grupo de turistas españoles que, muy excitados, tomaban fotos y grababan vídeos con sus móviles del paisaje urbano, fue invadiendo el espacio en el que estaban Sophie y Sohan, de modo que optaron por dar una vuelta por el perímetro de la plataforma para contemplar la capital desde otro ángulo. Desde aquí la catedral de San Pablo se veía diminuta y vulnerable, luchando por reafirmar su identidad frente a los edificios vanguardistas, brutalistas y posmodernistas que habían ido creciendo a su alrededor.

–¿Y eso de allí es el estadio olímpico? –preguntó Sophie, señalando un lejano círculo blanco, como un gigantesco caramelo de menta Polo que hubieran dejado caer sin ton ni son en mitad del East End.

–Así es. –Sohan bebió otro sorbo de su copa alta de champán y añadió–: Dios mío, ¿no parece que haya pasado una eternidad de todo aquello? ¿Recuerdas lo escépticos que nos mostramos al principio y lo entusiastas que nos pusimos todos durante cinco minutos? Quiero decir que después de la ceremonia inaugural, yo mismo compré entradas para una de las competiciones. Para un evento deportivo. ¡Yo! ¡Yo viendo deporte!

–¿Qué competición era?

–Fútbol femenino. –Sophie soltó una carcajada y él se justificó a la defensiva–: Era la única competición en que las entradas no estaban ya agotadas. Ya sé que fue una idiotez por mi parte. No me gusta el fútbol y ni siquiera me gustan demasiado las mujeres. Con la excepción aquí presente. Cometí la estupidez de creer que podría convertirse en una cita romántica. Invité a ese tío llamado Jeremy. Y resultó que eso se convirtió en el beso de la muerte que fulminó nuestra relación...

–¿En qué estabas pensando? Nada más alejado de una cena con velas para dos, ¿no crees? –Sophie le rodeó los hombros con el brazo en un gesto de consuelo–. Espero que hayas encontrado a otros chicos desde entonces.

–Claro. Un montón. Pero ninguno que de verdad me guste... y, bueno, a ninguno en absoluto desde hace un par de meses. –Dio un trago más largo que los anteriores de champán–. Por supuesto, le agradezco al señor Cameron que por fin podamos casarnos. De hecho, es la única cosa que le agradezco. Pero

empiezo a pensar que probablemente no haya nadie ahí fuera que esté destinado a compartir la vida conmigo. La verdad es que estoy cada vez más convencido.

–Bueno –dijo Sophie–. De todos modos, nunca me ha parecido que seas del tipo de persona que sienta la cabeza.

–Yo tampoco lo he creído nunca. Pero ahora que Ian y tú estáis dando tamaño ejemplo de dicha matrimonial...

A Sophie le complació comprobar que el brillo volvía a los ojos de Sohan y que la retranca irónica reaparecía en su tono de voz; y sin embargo, al mismo tiempo, había algo en ese tonillo de mofa que le molestó.

–De hecho –dijo–, somos muy felices.

–No lo he dudado ni por un momento.

Y era más o menos cierto. Tras unos primeros meses un poco tambaleantes, su matrimonio se había estabilizado en base a una rutina, a un patrón de hábitos. Los lunes y los viernes Sophie trabajaba o bien en casa, o bien en la recién inaugurada Biblioteca de Birmingham. Si estaba en casa, Ian regresaba en la pausa entre las clases de la mañana y las de la tarde y comían juntos. Los demás días de la semana ella iba a la universidad. Los sábados Ian iba al partido del Aston Villa con Simon o veía deportes por televisión en casa, y los domingos iban a visitar a su madre. Era un planteamiento cómodo y grato, y Sophie estaba determinada a darse por satisfecha con él. Y si alguna vez tenía la sensación de que la vida matrimonial quedaba algo por debajo de las expectativas (tal como sucedía de vez en cuando –muy de vez en cuando– en las primeras horas silenciosas y oscuras de alguna mañana de invierno, cuando ella se despertaba temprano e Ian seguía durmiendo y respiraba con ritmo regular a su lado, y ella se dejaba arrastrar por divagaciones que la conducían a terrenos aventurados e impredecibles), siempre le quedaba el consuelo de saber que su carrera progresaba en la buena dirección, paso a paso. Ya le habían publicado la tesis. El capítulo dedicado al retrato de Dumas realizado por Powell, que había aparecido también de forma independiente en un número del *Oxford Art Journal*, había llamado la atención de un productor de Radio Cuatro que la había invitado a un programa de debate de tarde. Ella se desenvolvió bien ante los micrófonos y había ido recibiendo más propuestas de colaboración: algunas académicas, otras de la rama más intelectual de los medios de comunicación (sobre todo páginas de arte de ciertos periódicos, que se aferraban a su precaria existencia con todas sus fuerzas). Y hacía poco había recibido la petición más inesperada de todas: la propuesta de ser conferenciante invitada en un crucero por el Báltico que partía de Dover en dos días.

Y por otro lado estaba lo de su nuevo trabajo: un puesto de profesora adjunta en una de las principales universidades de Londres. Iba a empezar en octubre y Sophie estaba muy ilusionada. Ian, como era de esperar, se mostraba indeciso. Sí, significaba que dispondrían de más dinero, y eso sin duda les sería muy útil –sobre todo si iban a tener hijos, algo que él deseaba con todas sus fuerzas–, pero él también había presentado una solicitud para un nuevo trabajo (de hecho, era un ascenso a director regional) y estaba muy seguro de conseguirlo, con el correspondiente aumento de sueldo. ¿No tendrían ya suficiente con eso, al menos de momento? Tras esa pregunta se ocultaba en realidad su gran preocupación no verbalizada: si su mujer aceptaba el puesto, de ahora en adelante pasaría tres días a la semana en Londres –y probablemente dormiría en el sofá de Sohan, hasta encontrar algo mejor–, y había algo en esa idea que le inquietaba profundamente. Algo que iba más allá de la perspectiva de su separación intermitente, que suponía, además, tener que pasar dos o tres noches a la semana solo en el apartamento. Era algo que tenía que ver con el hecho de que ella volviera a la capital, a un modo de vida y a un grupo de amigos que no tenían nada que ver con él, a un universo que era anterior a su llegada y que por eso suponía una amenaza a su *statu quo* matrimonial. Y desde que Sophie tomó la decisión de aceptar el puesto, se había generado entre ellos un callado pero palpable desasosiego.

–Bien –fue todo lo que dijo Sophie en respuesta al comentario de Sohan. Y añadió–: Porque es verdad. –Pero al decirlo de inmediato sonó como si no lo fuera.

–Supongo que te acompañará, ¿no? A bordo de ese barco llamado *Decrepitud*.

–No seas tan retorcido todo el rato.

–Oh, vamos, va a estar lleno de viejos. ¿No tienes que tener como mínimo setenta años para embarcarte en un crucero Legend?

–Cincuenta.

–Bueno, pues la mayoría de ellos van a ser más viejos. El buque de Su Majestad *Senilidad*. –Se rió, como solía hacer con sus propios chistes. Desde que Sophie le había dado la noticia, imaginársela metida durante diez días en un crucero con un pasaje de cuatrocientos ancianos ingleses como compañía le había generado una gran diversión. Ella sospechaba que Sohan tenía ciertos celos profesionales.

–Sí, va a venir –le dijo–. En esto han sido exquisitos. Ian se perderá los tres primeros días, pero le pagarán el vuelo y se unirá al crucero en Estocolmo.

–Qué romántico –dijo Sohan–. Ya os imagino a los dos en vuestro camarote,

surcando el Báltico. Como Kate Winslet y Leonardo DiCaprio. De hecho, los dos os parecéis un poco a los respectivos actores. –Vacío la copa de champán–. Esperemos que no haya icebergs.

–No los habrá –replicó Sophie. Se llevó la mano a la frente a modo de visera para protegerse del sol bajo e intentó en vano localizar el Observatorio de Greenwich entre el caos de cemento de la ciudad que en breve volvería a ser su hogar.

20-22 de agosto de 2014: Dover-Estocolmo

El *Legend Topaz IV* zarpó de Dover poco después de las dos de la tarde del miércoles. Hacía un día espléndido y el mar estaba en calma. Sophie contempló desde el pequeño balcón de su camarote cómo se alejaban los blancos acantilados mientras el barco se adentraba en el mar, con el sol reflejándose sobre las suaves y nada amenazadoras olas del Canal de la Mancha. Cuando la tierra desapareció por completo de la vista y ella se cansó de mirar el agua, se volvió a meter en el camarote y se sentó feliz en el sillón.

Miró a su alrededor, sintiéndose cómoda y satisfecha. El camarote era muy acogedor. Contaba con dos camas individuales y un escritorio sobre el que ya había colocado sus libros y apuntes para la conferencia que tenía que dar. El minibar, provisto de todo tipo de bebidas alcohólicas, estaba en un armarito de teca, encima del cual había un televisor y un reproductor de DVD. Como sabía que dispondría de él, Sophie se había traído media docena de sus películas favoritas, aunque se podían tomar prestadas muchas más de la biblioteca del barco. En la mesilla de noche entre las dos camas había una Biblia Gedeón y, algo más sorprendente, un ejemplar de bolsillo de la novela ganadora del Booker *El ocaso de las nutrias* de Lionel Hampshire.

De entrada, Sophie no encontró explicación lógica alguna a la presencia de ese segundo libro, pero unos minutos después daría con ella. Entre los papeles que contenía la abultada carpeta de bienvenida había un boletín informativo de cuatro páginas titulado *A Bordo*. Era el número uno de lo que sin duda iba a ser una publicación diaria y estaba repleto de informaciones útiles: las horas de la salida y la puesta del sol, una breve previsión meteorológica, un resumen del itinerario del crucero y la información acerca del código de vestimenta del día, que a Sophie le alivió comprobar que era «informal». («Las señoras pueden optar por un vestido informal o pantalones y los caballeros pueden llevar camisa sin corbata y pantalones largos informales.») También informaba de los artistas y conferenciantes que entretendrían e instruirían a los pasajeros durante la travesía. Era una troupe variopinta –malabaristas, magos, ventrílocuos, un imitador de Elvis y una docena más– y casi al final del listado aparecía su propio nombre, se

sintió extrañamente orgullosa de verlo reproducido allí. Y junto a él, de forma del todo inesperada, estaba el nombre del egregio novelista: «Nos orgullece informarles», decía la nota, «de que el eminente y galardonado escritor LIONEL HAMPSHIRE estará a bordo durante todo el viaje para leer fragmentos de sus obras y ofrecer talleres de escritura y sesiones de debate.»

De hecho, esas últimas siete palabras fueron lo primero que oyó cuando a las cinco de la tarde se acercaba a la puerta del despacho del director del crucero para recibir instrucciones sobre su conferencia. En el interior se oía lo que parecía un altercado. Se detuvo ante la puerta abierta y vio al distinguido escritor de espaldas, quejándose de forma airada a alguien a quien ella no lograba ver.

–¡Talleres de escritura y sesiones de debate! En mi contrato no pone nada de eso. Nada en absoluto.

–Ya sé que no lo pone –replicó la persona invisible–. Pero tenía que poner algo. Es la primera vez que tenemos a un escritor. ¿En qué otras actividades puedo colocarlo a usted?

–Daré una lectura –insistió Hampshire– de treinta y cinco minutos. Ni más, ni menos.

–De acuerdo. Puede darla el martes por la tarde, en el cabaret. Lo pondré antes de Molly Parton.

–¿Dolly Parton está en el barco?

–Molly Parton. Es una imitadora. Usted será su telonero. ¿Algo más?

Hampshire dio media vuelta y antes de salir dijo:

–Esto es intolerable. Voy a quejarme a mis editores.

–Pregúnteles por qué han puesto un ejemplar de su libro en cada camarote. Ya he empezado a recibir quejas.

–¿Quejas?

Con la cara enrojecida de ira, Hampshire se cruzó al salir con Sophie, a la que no reconoció, y desapareció por el pasillo. Un momento después apareció en la puerta un hombre alto, apuesto, de cabello negro que se asomó para ver cómo se alejaba el escritor y volvió a meterse en el despacho murmurando –para sí mismo o para Sophie–. «¡Un escritor! ¡Ahora me piden que meta escritores en este maldito barco!» –De todos modos, parecía más divertido que enojado por la situación y cuando Sophie carraspeó para recordarle su presencia, vio que el tipo sonreía. Era una sonrisa inteligente y malévola, que a ella la encandiló.

–Hola, soy Sophie –se presentó, mientras entraba en el despacho y le tendía la mano–. Sophie Coleman-Potter.

–Robin Walker –dijo él–. Soy el director del crucero. –En un primer momento

el nombre de Sophie no pareció decirle nada, pero unos instantes después se le iluminó la cara—. Un momento..., ¿tú eres la de las imitaciones de cantos de pájaros?

Ella negó con la cabeza y dijo:

—Por desgracia no.

—No, no tienes pinta de imitadora de cantos de pájaro. Tienes pinta de bailarina. —Antes de que Sophie tuviera tiempo de decidir si tomarse el comentario como una ofensa o como un halago, el tipo dio una palmada—. ¡Eres la bailarina de claqué! La que termina la actuación haciendo un spagat sobre una langosta viva.

—Me temo que...

—Vale, me rindo.

—Soy historiadora del arte. Doy una conferencia sobre «Los tesoros del Hermitage».

—¡Ah!, muy bien. Historia del arte. Excelente. Nos viene bien una pizca de eso. Algunos de nuestros pasajeros son del tipo cerebritos. Les gusta un poco de cultura. Te tengo programada para el domingo a primera hora de la tarde, de tres a cuatro. ¿Qué te parece?

—Bien. ¿Qué hago el resto del tiempo?

—Querida, el resto del tiempo es todo tuyo.

—¿En serio? Pero voy a estar a bordo diez días.

—Pues relájate y disfruta. ¿Te han asignado un buen camarote? ¿Qué número?

—El 101.

—Excelente. Es uno de los más bonitos. Y lo mejor de todo, tienes a Henry.

—¿Henry?

—Tu mayordomo.

—¿Tengo un mayordomo?

—Por supuesto. ¿No te has leído el folleto?

—Bueno, yo...

—Lo siento, querida..., el deber me llama. —Habían aparecido en la puerta cuatro hombres de mediana edad. *Sotto voce*, él le murmuró a Sophie—: Son strippers. Para nosotros es algo nuevo, pero por lo que me han contado el espectáculo es bastante suave. —Y, ya en voz alta, dijo—: Adelante, caballeros. —Acompañó a Sophie al pasillo y, antes de alejarse, ella oyó que el tipo les decía a los recién llegados—: Bueno, chicos, contadme lo que hacéis. Pero espero que no incluya desnudos integrales.

—Para nada —le respondió con tono divertido uno de los strippers—. Somos un

cuarteto de cuerdas.³

Tras la reunión Sophie se pasó una hora de relax en el camarote. Alguien, probablemente su mayordomo, había dejado un plato con canapés y fue picoteando mientras daba cuenta de dos gintonics y se probaba ante el espejo de cuerpo entero del baño los tres vestidos que había traído. Cuando consideró que había dado con el aire informal que pedía el protocolo del día, se encaminó hacia el comedor para la primera cena de la travesía.

Una vez allí se percató de algo un poco alarmante: los sitios ya estaban asignados, no solo para la cena de esa noche, sino para todos los desayunos, comidas y cenas de los próximos diez días. Ella e Ian (cuando se incorporase al barco el sábado) tendrían que sentarse día tras día con las mismas ocho personas: el señor y la señora Wilcox, de Ramsbottom, Lancashire; el señor y la señora Joyce, de Teignmouth, Devon; el señor y la señora Murphy, de Woking, Surrey; más otras dos mujeres, la señorita Thomsett y la señora O'Sullivan, de Bristol, que por lo que parecía viajaban juntas. El señor y la señora Murphy tenían aspecto de octogenarios, y encima uno de ellos (el marido) no parecía encontrarse muy bien. Se pasó toda la primera cena meditabundo, con la mirada perdida, el rostro lívido y los labios morados, sin apenas tocar la comida, mientras su esposa se concentraba en comer todo lo posible y de vez en cuando le lanzaba una mirada beligerante. El señor y la señora Joyce eran probablemente un poco más jóvenes y se los veía mucho mejor avenidos. Las dos mujeres sin pareja parecían todavía más jóvenes y se las veía entusiasmadas con los destinos y atracciones que les esperaban. Por lo que contaron, una de ellas acababa de enviudar y la otra no se había casado nunca. Ambas eran vegetarianas. Por último, el señor y la señora Wilcox formaban parte de la franja de edad más joven del crucero y eran los compañeros de mesa de Sophie más locuaces con diferencia. Él se ganaba la vida –muy bien, por lo que dio a entender– vendiendo y alquilando carretillas elevadoras. Lo de apuntarse a ese crucero no había sido idea suya: su esposa era una «devoradora de cultura» y siempre había soñado con visitar San Petersburgo. Él desde luego habría preferido un crucero por el Mediterráneo, pero qué era un matrimonio, después de todo, sin un poco de toma y daca. Mientras contaba todo esto, la señora Wilcox sonrió de manera fugaz y misteriosa. Su mirada se encontró con la de Sophie y la desvió rápidamente.

La cena se componía de cinco platos. Sophie se excusó tras el cuarto, se saltó la tabla de quesos y los *digestifs*, y regresó dando tumbos al camarote con la sensación de haber comido demasiado. Vio más o menos la mitad de *Beau*

Travail de Claire Denis en DVD antes de percatarse de que estaba dando cabezadas y decidió salir al balcón para que le diera el aire antes de acostarse. El frío aire nocturno, las salpicaduras de agua marina, el balanceo del barco, las sacudidas de las olas, la sensación de estar rodeada por una inmensa masa de agua, todo eso era deliciosamente nuevo y vigorizante. Al meterse en la cama, dejó la puerta del balcón entreabierta para poder seguir disfrutando de ello.

No tardó en sumergirse en un sueño poco profundo e intranquilo. En determinado momento soñó que oía ruidos procedentes del exterior: extraños gritos agudos e inhumanos. Salió al balcón, se asomó por encima de la barandilla y vio a un delfín que nadaba en paralelo al barco. Estiró el brazo, lo agarró por las aletas y lo subió a bordo. Le dio un apasionado beso en la boca. Era Adam, pero al mismo tiempo era un delfín. Le hizo señas para que entrase con ella, se echaron a la cama y ella le acarició la piel, que era suave y húmeda como la de un delfín. Era en parte Adam, en parte delfín, pero hubo un momento en el sueño en que la confusión se disipó y se convirtió todo él en Adam. Hicieron el amor y Sophie se despertó gritando en la oscuridad. Se pasó unos minutos despierta, sintiéndose culpable, pero también inexplicablemente feliz. Y volvió a dormirse durante nueve horas más y se despertó tan tarde que se quedó sin desayuno.

Hambrienta, Sophie decidió que era el momento de probar el servicio de mayordomo. Marcó un número de tres cifras en el teléfono de la mesilla de noche. Le respondió una voz ligera y musical, que hablaba en perfecto inglés con un fuerte acento extranjero difícil de ubicar. Sophie pidió café, huevos revueltos, salmón ahumado, fruta fresca y zumo de naranja, y después se dio un baño. Cuando salió del lavabo, el desayuno ya estaba sobre la mesa y un hombre que supuso que sería Henry estaba colocando con suma delicadeza el vestido (que ella había tirado de cualquier manera en la cama que no usaba) en un colgador para guardarlo en el armario.

–Ah, buenos días, señora –dijo Henry, sonriéndole y haciendo una leve reverencia–. Espero que haya dormido bien. –Era un hombre delgado y discreto, no mucho más alto que Sophie, que recorría el camarote con sus ojos castaños en busca de objetos que ordenar y recolocar con sus delicados dedos.

–Gracias –respondió ella–. Por favor, no tienes por qué hacer eso. Y llámame Sophie.

Henry sonrió y volvió a hacer una reverencia, pero no dijo nada. Sophie tuvo la impresión de que la sugerencia le había incomodado. Y se dio cuenta de que

no sabía cómo comportarse ante esa persona. Era un sirviente. Pero ella nunca había tenido sirvientes. Se sintió completamente desconcertada y se quedó muda.

–Señora, también le he traído el periódico.

–Gracias.

No recordaba haber pedido ningún periódico y esperaba que no le trajese cada día un ejemplar del *Telegraph* o del *Mail*. Pero el periódico de cuatro páginas que Henry le tendió en una bandeja de plata resultó ser el del barco, llamado *El Mundo Hoy*. Una vez más, Sophie se quedó impresionada por la cantidad de servicios que ofrecía a bordo el *Topaz IV* y por lo bien organizado que parecía todo. Pensó que la frase «pilotamos el barco con absoluta eficiencia» se podía aplicar de forma literal.⁴

–Gracias –dijo por tercera vez y se volvió para buscar el bolso, con la vaga idea de que debía darle una propina a Henry. Cuando por fin lo localizó, él ya había salido sin hacer ruido alguno del camarote y la dejó más frustrada que nunca.

Leyó el periódico mientras desayunaba sentada frente a la puerta del balcón, que había vuelto a abrir. El diseño era rudimentario, pero a Sophie le pareció que prestaba un servicio muy útil reduciendo las noticias del día anterior a cuatro páginas de fácil digestión, y se preguntó por qué nadie publicaba algo similar en tierra firme. En unos minutos se enteró de que «Sí Escocia» había reunido un millón de firmas en su campaña en favor de la independencia en el referéndum de septiembre; que el número de británicos que necesitaban la ayuda de bancos de alimentos había aumentado un veinte por ciento ese año; y que la BBC había sido acusada de violación de la intimidad por la difusión de imágenes de un reciente registro en la casa de Sir Cliff Richard a raíz de una acusación de agresión sexual.

Esa noche, durante la cena, fue esta última historia la que centró buena parte de la conversación. La señora Joyce opinó que Sir Cliff había sido tratado de forma injusta; durante décadas había hecho disfrutar al país y ahora se le debía una disculpa pública. El señor Joyce consideraba que la BBC debía dedicarse primero a poner orden en su propia casa antes de dedicarse a fisgar en las ajenas: desde el escándalo de Jimmy Savile estaba claro que esa institución era un auténtico nido de pedófilos y había que arrestar de inmediato al director general. La señorita Thomsett lo regañó con mucho tacto, asegurando que en todas las organizaciones había alguna manzana podrida y que no había que olvidar la cantidad de maravillosas series de época que había producido la BBC, además de los estupendos documentales sobre la fauna salvaje de David Attenborough.

El señor Wilcox, al que (Sophie no pudo evitar percatarse) le encantaba oír el sonido de su propia voz, argumentó lo siguiente: la BBC tenía sin duda sus virtudes, pero estaba demasiado obsesionada con la corrección política, y todavía no se había recuperado del episodio, ocurrido hacía ya más de cinco años, en el que un popular cómico y un popular locutor radiofónico, en directo, habían dejado un mensaje obsceno en el contestador del anciano actor Andrew Sachs. Desde entonces, a raíz de los varapalos recibidos de los periódicos tras el incidente, la corporación se había puesto a la defensiva, sabedora de que se la veía (de modo acertado, desde el punto de vista del señor Wilcox) como elitista, arrogante, metropolitana y ajena a la realidad.

–¿Qué quiere decir con ajena a la realidad? –preguntó Sophie, con tono afable pero combativo, mientras se servía otra copa de vino de la botella antes de pasarla.

–No se dirige a la gente corriente –respondió él–. Ya no.

–Yo considero que sí se dirige a mí, la mayor parte del tiempo. Y soy una persona corriente.

–No, no lo eres.

–¿Perdón? –dijo Sophie indignada.

–Hablo de gente que vive en el mundo real.

–Yo vivo en el mundo real. Al menos creo que lo hago. ¿Me está diciendo que alucino?

–Por supuesto que no. Lo único que digo es que hay una diferencia entre lo que haces tú y lo que hacemos las personas como yo.

–¿Cómo? ¿Y eso convierte su vida en más «real» que la mía?

–La gente necesita carretillas elevadoras.

–No estoy tan segura de que yo las necesite.

–Por supuesto que sí. Solo que no piensas en ello.

–Bueno, pues tal vez usted también necesite cuadros. Solo que no piensa en ello.

La señora Wilcox se rió al oír la respuesta y brindó con Sophie.

–Toma ya, Geoffrey..., *touché*.

El señor Wilcox sonrió y se unió al brindis.

–No se preocupe, iré a su conferencia. Después de todo no soy un completo ignorante, ¿no es así, Mary?

Y todavía quedan ocho cenas más, pensó Sophie mientras volvía a su camarote. No es que sus compañeros de mesa fuesen del todo insoportables, pero de pronto lo que le quedaba por delante le pareció agotador. Tal vez todo fuese

más liviano si las parejas más mayores participasen un poco más en las conversaciones. Pero el señor Joyce parecía tener dificultades auditivas y el señor Murphy, por lo que Sophie había podido observar hasta ahora, todavía no había dicho ni una palabra a nadie –ni siquiera a su esposa– ni había probado bocado.

El siguiente día sería el tercero en alta mar y el último antes de llegar a Estocolmo, donde Ian subiría al barco. Sophie no había mantenido apenas contacto con él esos días. El uso de internet estaba supeditado a la conexión vía satélite del barco y ella solo le había mandado un email y había recibido cuatro de él, por los que se había enterado, entre otras cosas, de que todavía no había novedades sobre su posible ascenso, aunque Ian seguía confiando en que se lo confirmasen en breve.

El último día que iba a pasar sola –un viernes– era resplandeciente y a las once subió a la cubierta superior para tomarse un café y leer un libro al sol. En la mesa contigua estaba Lionel Hampshire, dando sorbos a un café con leche y anotando sus reflexiones en una Moleskine. Sophie lo saludó con un movimiento de la cabeza y le sonrió. Él le devolvió el saludo y la sonrisa, pero no dio muestra alguna de reconocerla después de su encuentro de dos días atrás en la puerta del despacho del director del crucero.

Unos minutos después, una mujer de cabello cano y poderosa mandíbula se acercó al escritor con un ejemplar de *El ocaso de las nutrias*.

–¿Es usted el autor de este libro? –le preguntó sin más preámbulos.

–¡Ah! –Lionel dejó a un lado el cuaderno de notas y cogió el ejemplar, con el bolígrafo ya preparado en la otra mano–. Encantando de firmárselo, por supuesto. ¿Quiere solo la firma, o prefiere que le ponga alguna dedicatoria?

–No quiero que me lo firme –le dijo la mujer–. Quiero saber si tengo que leerlo.

La pregunta pilló por sorpresa a Lionel. No sabía qué responderle.

–Al llegar, me encontré con el ejemplar en mi camarote –continuó ella–. Todos tenemos uno. Pero yo he traído mis propios libros, de manera que ahora mismo no me apetece leerlo. Por eso quiero saber si es obligatorio.

–¿Obligatorio? En absoluto... –respondió él, desconcertado–. No es más que un detalle de mi editor.

–Bien. Me quita usted un peso de encima, porque en la contraportada pone que el protagonista es «psicológicamente complejo».

–Así es.

–Bueno –dijo la mujer–, pues a mí no me gusta la gente psicológicamente compleja.

Y dicho esto, se marchó. Humillado, Lionel bebió un sorbo de su café con leche. Sabía perfectamente que Sophie había oído toda la conversación, de modo que ella, para mitigar la incomodidad de la situación, le dijo sin cortarse un pelo:

–Esa mujer te ha puesto en tu sitio.

Él esbozó una sonrisa remilgada, pero agradeció que ella rompiera el silencio.

–La vida del escritor está repleta de estas pequeñas humillaciones.

–Yo ya he leído tu libro. Hace años, es muy bueno.

–Qué amable. Gracias.

–Es una idea bonita, que el barco cuente con un escritor invitado.

–En principio sí. En la práctica, no estoy muy seguro de que sepan qué hacer conmigo. Es una prueba piloto. Mi editor me enredó para que aceptase.

–Bueno, mientras no te expriman demasiado... Yo la verdad es que me siento bastante culpable. Doy una única conferencia y a cambio estoy disfrutando de diez días de vacaciones.

–Ah, ¿entonces eres uno de los conferenciantes? –Se volvió, la miró con atención por primera vez y, como pareció que le gustaba lo que veía, se inclinó para acercarse un poco más y añadió–: Bueno, pues no te sientas culpable. Yo me voy a pasar aquí dos semanas enteras y pienso aprovecharlo a tope. Máxima compensación por el mínimo esfuerzo. Deberías adoptar la misma actitud. Estamos aquí para disfrutar. Quiero decir que los pasajeros no van a saber valorar nuestra aportación, ¿no crees? Es como echar margaritas a los cerdos...

–Por lo que me han contado, los cruceros Legend tienen una clientela de nivel cultural alto. Por encima de lo habitual en el mundo de los cruceros.

Lionel la miró con incredulidad.

–¿Esta es tu impresión hasta el momento?

–Todavía es un poco pronto para decirlo –respondió Sophie sin mojarse.

–Por cierto, ¿sobre qué es tu conferencia?

–Sobre historia del arte. Los rusos, en este caso.

–¿Viajas sola?

–Mi marido se une mañana. ¿Y tú?

–Solo hasta Helsinki. Allí se me unirá mi asistente.

–¿Tienes una asistente?

–Suena muy pomposo, pero no es más que una estudiante de Goldsmiths. Me

echa una mano con los emails, anota algunas cosas que le dicto, este tipo de cosas.

–¿No se encarga tu mujer de todo esto? –Sophie se dio cuenta de que la pregunta había sonado muy abrupta, de modo que añadió–: Hace años asistí a una charla tuya y hablaste con mucho cariño de tu mujer y de lo mucho que te había ayudado.

–¿Ah, sí? ¿Dónde fue?

–En Londres. Era un debate con un escritor francés, Philippe Aldebert.

–Hmm... No lo recuerdo. En cualquier caso, me temo que June no soporta los barcos. Se marea un montón. Escucha, ¿por qué no cenamos juntos esta noche? ¿Te apetece?

–¿Y cómo lo hacemos? ¿No tienes un sitio asignado con la misma gente todas las noches?

–Quería decir en mi camarote. No me digas que has estado cenando con los pasajeros...

Sophie declinó amablemente la invitación y se alegró de haberlo hecho, porque cuando se presentó a cenar a las siete se había producido una novedad inesperada. Además de la de Ian, había otras dos sillas vacías en la mesa. El señor y la señora Joyce no se habían presentado.

–Buenas noches, querida –le dijo el señor Wilcox, mientras le tendía la cesta del pan. Tenía una mirada lúgubre y había un tonillo autocomplaciente en su voz cuando le dijo–: Bueno, ya ha empezado.

–¿El qué ha empezado? –preguntó Sophie. Miró a los demás comensales y se percató de la mueca compungida en sus rostros–. ¿Qué ha pasado?

–George la ha palmado. Un ataque al corazón. En mitad de la noche.

–Ha... ¿Ha muerto?

–No te lo tomes tan a pecho –le dijo él–. Solo hace uno o dos días que lo conocías. Y no era precisamente la alegría de la huerta, ¿no crees?

23-30 de agosto: Estocolmo-Copenhague, vía Helsinki, San Petersburgo y Tallin

–Por lo visto –dijo Sophie– es bastante habitual en los cruceros. Quiero decir que los pasajeros son gente mayor, de modo que es previsible que suceda.

–Es un poco macabro –dijo Ian. Se miró en el espejo, para recolocarse la pajarita, que tendía a torcérselo. Entretanto, Henry, con suma discreción, le cepilló los hombros de la americana con suaves pasadas de un cepillo de ropa. El código de vestimenta de esa noche era «Formal», que, de acuerdo con la información de *A Bordo*, significaba que «las mujeres pueden elegir entre un traje de noche o un traje cóctel y los hombres deberán vestir americana formal o esmoquin. Si se prefiere, se puede llevar traje oscuro».

–¿Alguna vez se te ha muerto algún pasajero que tuvieses a tu cargo? –le preguntó Sophie a Henry. No cejaba en su empeño de entablar conversación con su mayordomo, al que por fin esa mañana le había logrado sonsacar la información de que era originario de Filipinas y que llevaba poco más de tres años trabajando para los cruceros Legend.

–No, señora, no me ha sucedido nunca –le respondió con tono serio–. Sería terrible si me sucediera algo así. Le pasó a un colega mío. Durante un crucero muy largo a Sudamérica. En algunos trayectos se pasan más de una semana en alta mar. Lo cual significa un problema con el cuerpo, ya sabe, con el cadáver. Tienen que meterlo en un frigorífico en la bodega del barco. –Sacó un último pelo de los hombros de Ian y se metió el cepillo en el bolsillo, donde guardaba un variado arsenal de instrumentos–. Lo cual me recuerda que tengo el menú de esta noche para ustedes. Se lo dejo encima del escritorio.

Hizo su habitual pequeña reverencia y se marchó, dejando a Sophie como siempre con una mezcla de incomodidad e inconfesable placer por el lujo de disponer de un solícito mayordomo. Ian cogió el menú y le echó un vistazo.

–Esta noche toca cena escandinava –informó–. Aperitivos noruegos: mollejas empanadas con miel y salsa de ciruelas. Sopa sueca: de guisantes con verduras, arroz y cangrejo. Segundo plato danés: redondo de ternera cocinada a fuego lento con salsa de tomate y cebollitas, duquesa de nabo y patatas. Y una

ensalada: de rábanos marinados y trucha ahumada... ¿Todas las noches has cenado tanto?

–Esto es solo el principio. Por eso ya casi no me entra el vestido. ¿Me ayudas a subir la cremallera?

Ian le subió la cremallera del vestido cóctel, deslizándola por la curva de la espalda que adoraba, pero antes de completar la operación, se inclinó y le besó la nuca, soplando suavemente sobre ella. Sophie se estremeció, mientras un cálido hormigueo le recorría el cuerpo. Se volvió, rodeó el cuello de Ian con sus brazos y se achucharon. Sophie lanzó un gemido sofocado cuando sintió el peso del delgado y familiar cuerpo de Ian aplastándose contra el de ella y la presión de su erección sobre la barriga. Era injustificable –de hecho, inexplicable– que hubiese podido tener un sueño erótico con otro hombre.

–¿Esta noche nos retiramos pronto al camarote? –suspiró ella.

–Desde luego que sí.

Pero no se retiraron tan pronto como ella esperaba. Sophie no contaba con la inmediata complicidad que se creó entre Ian y Geoffrey Wilcox. Desde el momento en que los presentaron al inicio de la cena, quedó claro lo mucho que tenían en común: el mismo sentido del humor, la misma devoción por sus esposas (expresada a través de simpáticas provocaciones y burlas), el mismo escepticismo sobre el propósito y sentido de embarcarse en ese crucero, idénticas opiniones sobre casi todos los temas, políticos y de otro tipo, que surgieron durante las dos horas y media que duró la cena. Y la cosa no acabó ahí. Ingerido el último pedacito de queso y bebido el último poso de oporto, el señor Wilcox propuso hacer una visita al bar. Invitó a todos los comensales de la mesa a unirse, pero a nadie le sorprendió que el señor y la señora Murphy declinasen la oferta. Y, tras unos minutos sentados a una mesa esquinera para seis escuchando los lánguidos acordes de las canciones de Wesley Pritchard tocadas por el pianista («Nuestro “rey de las teclas” les amenizará la noche con su selección personal de canciones populares y temas nostálgicos de la época de la guerra»), quedó claro que la señorita Thomsett y la señora O’Sullivan tampoco iban a unirse al grupo.

–Parece que las bolleras tampoco se van a sumar a la copa –dijo el señor Wilcox.

–¿Quién? –preguntó Sophie.

–Disculpa, Sophie, ya sé que no es muy políticamente correcto. Las dos encantadoras damiselas con una orientación sexual alternativa. ¿Eso te suena mejor?

–No es la palabra lo que me ha chocado –aclaró Sophie–. Es la suposición a la ligera de que lo son.

–A mí me parece una suposición muy lógica. Dos mujeres que comparten camarote. *Vegetarianas* –añadió enigmático.

–Oh, vamos. Las mujeres que han perdido a sus maridos o que nunca se han casado a menudo viajan juntas. ¿Por qué no iban a hacerlo? Es más agradable que viajar sola.

–Tal vez tengas razón –admitió el señor Wilcox, y alzó las manos en un gesto bufo de rendición–. Olvidad lo que he dicho.

–Geoffrey se considera un experto en todos los aspectos de la naturaleza humana –explicó la señora Wilcox, tratando de rebajar la tensión con cortante ironía.

Mientras daba un sorbo a su whisky, el señor Wilcox murmuró:

–Las conozco a la legua en cuanto las veo, eso es todo.

Pero todo el mundo fingió que no había oído el comentario.

Los días se fueron sucediendo. La conferencia de Sophie sobre «Los tesoros del Hermitage» fue todo un éxito. Hubo tantas peticiones de asistencia que tuvieron que trasladarla a una sala más grande. Al día siguiente, Robin Walker le comentó entusiasmado que había conseguido un nivel de satisfacción de la audiencia del 9,3, algo casi inédito. El resto de los pasajeros empezaron a tratarla como si fuese una famosilla, y esa tarde hasta tres personas le pidieron que les dedicase el periódico de a bordo del día estampando su firma al lado del anuncio de la conferencia. Antes del viaje, Ian le había sugerido que imprimiesen algunas tarjetas con su nombre; ella se había mofado de la idea, pero él de todos modos lo había hecho, y ahora (como, para mortificación de Sophie, solía suceder) se demostraba que la idea de él era atinada, y ella pudo ofrecer su tarjeta a las mujeres del pasaje que empezaban a invitarla a dar una charla en las sedes locales de sus institutos de mujeres o en sus clubs de lectura. «¡Te has convertido en un fenómeno de masas!», no paraba de decirle Ian, con una evidente expresión de orgullo en el rostro.

En la escala de Helsinki pasaron un día maravilloso juntos, se unieron al grupo que en un autocar se desplazó hasta la casa de Sibelius cerca del lago Tuusula, que culminó con la interpretación de *Finlandia* en la academia de música de la zona. Y esa noche, zarparon rumbo a San Petersburgo.

El barco atracó temprano y debido a su tamaño se le permitió amarrar muy

cerca del centro de la ciudad, en la ribera este del Neva. Esa mañana tenían planificado unirse a otra excursión en autocar. Ian fue a comprobar rápidamente si tenía emails en la biblioteca del barco y Sophie se dirigió hacia el punto de desembarco para esperarlo allí. Pero esperó y esperó y él no apareció. El autocar estaba ya listo para partir y él seguía sin aparecer. Los dos últimos rezagados bajaron a toda prisa por la rampa de desembarco, pero Ian no iba con ellos. Eran el señor y la señora Wilcox.

–Ian no va a venir –le dijo el señor Wilcox.

–¿Qué?

–Está demasiado alterado. Lo hemos visto en la biblioteca. Ha recibido noticias sobre ese ascenso.

–¿Qué? ¿No se lo han concedido?

–Parece que no.

–Mierda. –Sintió un vacío en el estómago y un leve mareo–. Pero estaba seguro de que se lo concederían.

–Bueno..., esas cosas nunca se pueden dar por hechas, ¿no crees?

Sophie sabía qué tenía que hacer.

–Voy a ir a hablar con él –decidió–. Decidles que se marchen sin mí.

–No lo hagas –le dijo el señor Wilcox–. Él no quiere que hagas eso. Nos ha dicho que está bien. Pero prefiere pasar el día solo.

–Vamos –insistió la señora Wilcox, tomándola del brazo–. Sería una gran decepción para todos que no vinieras con nosotros al Hermitage.

–Bueno... –Sophie dudaba–. Supongo que para eso he venido. Pero pobre Ian...

–Ya se le pasará –dijo el señor Wilcox–. Solo está un poco enfurruñado.

Pasaron un largo día de visitas turísticas. El Hermitage estaba llenísimo y estuvieron allí más de tres horas, moviéndose lentamente entre la multitud, y durante todo ese rato Sophie no paró de contestar a las preguntas de los otros pasajeros. Disfrutó de la visita y se alegró de haber sido de utilidad a toda esa gente, pero la experiencia resultó agotadora. La vuelta al autocar se retrasó y, cuando llegaron al *Topaz IV*, la cena ya había empezado hacía quince minutos. Las únicas personas ya sentadas en la mesa eran Ian y la señora Murphy (que, por algún motivo, no se había sumado a la excursión). Ian, lógicamente, se mostró encantado al ver que por fin aparecían, se levantó y Sophie le dio un consolador abrazo.

–Lo siento –le dijo, intensificando la fuerza del abrazo–. Qué putada. Te merecías que te diesen ese trabajo.

En medio del alboroto, mientras los recién llegados se sentaban, desplegaron sus servilletas y se pasaban la cesta del pan y las botellas de vino, Ian dijo:

–No pasa nada. La vida es así. He tenido todo el día para pensar en ello. Estoy bien. Y me alegro por Naheed.

–¿Naheed? Ella..., ¿le han dado el trabajo a ella?

–Sí. Ya le he mandado un email para felicitarla.

–¿Sabías que ella también había solicitado el puesto?

–Sí. Por lo visto a la criba final solo pasamos nosotros dos.

Sophie estaba todavía digiriendo esta información cuando, desde el otro lado de la mesa, habló la señora Murphy. El hecho en sí ya era sorprendente. Y más sorprendente todavía que hablase tan alto y con un tono de voz tan firme. Pero lo que dijo fue lo más sorprendente de todo.

–Mi marido falleció anoche.

De inmediato, se hizo un profundo silencio en la mesa.

–Tuvo un ataque al corazón. Parece que no sufrió. Yo no lo he descubierto hasta esta mañana. He intuido que algo iba mal cuando no se ha levantado para prepararme una taza de té.

Los demás comensales murmuraron «de verdad que lo siento» y otras frases de pésame.

–Querida, ¿cuándo tomas el vuelo de regreso a casa con él? –le preguntó la señora Thomsett.

–No voy a volver a casa –respondió la señora Murphy–. He pagado el crucero y voy a disfrutarlo.

Mordió un trozo de pan y se puso a mascararlo con gesto desafiante. Los demás se miraron unos a otros sin saber muy bien qué hacer, hasta que también ellos empezaron a picotear pan y beber. Nadie volvió a sacar el tema, salvo el señor Wilcox, que alzó su copa de vino y, antes de beber, murmuró: «Y ya solo quedaban siete.»

La tarde siguiente, Sophie e Ian fueron al cabaret para escuchar la lectura de Lionel Hampshire, pero se encontraron con una nota colgada en la puerta: «Lamentamos informarles de que el señor Lionel Hampshire está indispuesto y la lectura anunciada para esta noche ha sido cancelada. Molly Parton subirá al escenario a las 22 horas.»

Cuando a la mañana siguiente vio a Lionel en la cubierta superior, a Sophie no le pareció que tuviese aspecto de indispuesto. De hecho, parecía fresco como una

rosa. Estaba en su sitio habitual, dando sorbos a un café con leche como la vez anterior, pero en esta ocasión estaba acompañado por una rubia diez años más joven que Sophie, a la que él presentó como Maxine, su asistente.

–¿Entonces hoy no vas a desembarcar? –le preguntó Sophie. El barco había atracado en Tallin a las seis y media de la mañana.

–Ya conozco la ciudad –respondió él–. No hay gran cosa que ver. Hemos pensado que quizá esta tarde demos un paseo por el casco antiguo.

–Nosotros hemos tenido la misma idea.

Ian se unió a ellos, y unos minutos más tarde lo hicieron el señor y la señora Wilcox. Esto creó una situación incómoda, ya que Lionel parecía dispuesto a admitir a Sophie en su círculo, pero no al resto.

–En cualquier caso, me alegro de que ya te hayas recuperado –le dijo ella.

–¿Recuperado?

–Pensaba que anoche estabas enfermo.

–Oh, eso. Solo fue un desarreglo intestinal. Probablemente por el marisco que comimos.

–¿Te han reprogramado la lectura?

–No que yo sepa.

–Oh, vaya. Pero eso significa que has hecho todo el viaje en balde.

–Bueno –Lionel sonrió–, ¡qué le vamos a hacer!

No parecía en absoluto preocupado. Fue en ese momento cuando Sophie se fijó en lo extraordinariamente guapa que era Maxine y en los extraordinariamente próximas que estaban bajo la mesa sus piernas a las de Lionel. Sophie cruzó una rápida mirada cómplice con ella, pero no se dijo nada más del tema. Maxine se inclinó hacia su jefe y le murmuró algo al oído, algo que era obvio que no quería que se oyese, y Sophie centró su atención en la conversación que mantenía su marido con el señor Wilcox. El tema, cómo no, era el ascenso fallido de Ian.

–¿Entonces se lo han dado a tu colega? –le estaba preguntando el señor Wilcox.

–Sí.

–¿Y cómo has dicho que se llamaba?

–Naheed. Nos conocemos desde hace un montón de tiempo. Llevamos cinco años trabajando juntos. Es fantástica.

–Hmm. Naheed..., entonces intuyo que es... asiática, ¿no es así?

–Exacto.

–Bueno, pues ya tienes la explicación.

Se echó edulcorante en polvo en el café y lo removió con la cucharilla, concentrándose en la tarea, sin duda convencido de que no había nada más que añadir. Sophie esperaba que su marido lo contradijese, pero no abrió la boca. Cuando resultó obvio que no iba a decir nada, ella se volvió hacia el señor Wilcox y dijo:

–¿Qué quiere decir?

Él alzó la cabeza sin dejar de remover.

–¿Disculpa, querida?

–¿Qué quiere decir con lo de «ya tienes la explicación»?

Él le sostuvo la mirada con descaro.

–Creo que no hace falta que lo deletree.

–Pues yo creo que sí. Porque no tengo ni idea de a qué se refiere.

–Escucha –dijo él–, no quiero meterme en líos. Pero tu marido está hecho polvo por no haber conseguido el trabajo y yo, lo único que digo, es que no debería fustigarse.

–Siga –dijo Sophie.

De pronto todo el mundo parecía estar escuchando la conversación, incluso Lionel y Maxine. Sophie adquirió plena conciencia de la quietud matinal: el cielo azul sin una sola nube sobre sus cabezas, gaviotas que volaban en círculo sin emitir sonido alguno, la silueta creciente en el horizonte de otro crucero más grande que se acercaba al puerto.

–Todos sabemos cómo van las cosas hoy en día –dijo el señor Wilcox.

–¿Y cómo van?

–Este país... Todos conocemos las cuotas. Cómo funcionan. La gente como Ian ya no tiene la posibilidad de demostrar su valía.

Sophie se volvió para mirar a Ian. Ahora sí, por fin iba a intervenir, protestar, decir algo de una vez, ¿no? Pues no. Y una vez más fue ella la que tuvo que seguir con el interrogatorio.

–Cuando dice «gente como Ian» supongo que se refiere a personas de raza blanca.

El señor Wilcox, que por primera vez parecía un poco incómodo, miró a los que escuchaban en busca de un gesto de apoyo en sus rostros. No lo encontró, pero no se amilanó.

–Ya no nos preocupamos por los nuestros, ¿no es así? –sentenció–. Si perteneces a una minoría, lo tienes de maravilla. Te puedes colocar al principio de la cola. Negros, asiáticos, musulmanes, gais: no damos abasto para tenerlos contentos. Pero si se trata de un tío con talento como Ian, eso ya es otra historia.

–O tal vez –dijo Sophie– simplemente le han dado el puesto al candidato mejor preparado.

En cuanto lo dijo, lamentó haberlo hecho. Ian seguía en silencio, pero ella notó que el comentario le había dolido, y el señor Wilcox aprovechó al vuelo su patinazo.

–Creo que vas a tener que decidir qué es más importante para ti –le dijo–, si apoyar a tu marido o ser políticamente correcta.

Dicho lo cual, cogió su novela (Sophie no pudo ver el título, pero sí vio que no era *El ocaso de las nutrias*) y, antes de retomar la lectura, murmuró dos palabras dirigidas a la mesa en su conjunto y a nadie en particular: «Este país...» Dos palabras que envolvió en una potente mezcla de tristeza y desdén.

Se hizo un silencio que solo se rompió cuando la señora Wilcox vio el otro crucero que se acercaba y que ya casi había llegado a la altura del suyo y sentenció:

–Ese barco es enorme.

Esa tarde, sentados en la terraza de un café en el casco viejo, mientras bebían cerveza estonia a la sombra de un edificio alto con entramado de madera, Sophie le dijo a Ian:

–No te habrás creído nada de lo que ha dicho Geoffrey, ¿verdad?

–No, claro que no –respondió él.

–Bien. Y siento que pueda haber parecido que no te apoyaba, pero...

–Cambiemos de tema, Sophie, ¿de acuerdo? Como has dicho, ganó la mejor candidata.

Volvió a concentrarse en su guía, pero tras unos segundos, como tenía la sensación de que Sophie no había quedado satisfecha con su afirmación, añadió:

–Es la única explicación, ¿no es así? O bien su teoría es la buena, o bien lo es la tuya. No hay más que hablar. Fin de la historia.

Estaba claro que no tenía ningunas ganas de seguir discutiendo sobre el tema, de modo que cuando Sophie habló a continuación lo hizo más bien para sí misma:

–En cualquier caso, estoy ya saturada de ese tío. Llevo ocho noches seguidas cenando a su lado. Creo que esta noche deberíamos llegar temprano al comedor y asegurarnos de que nos sentamos al lado de Joan y Heather. –Esperó la reacción de Ian, pero, como no la hubo, añadió–: ¿No crees?

Él emitió un gruñido. Era lo máximo que iba a conseguir de él esa tarde. En

cuanto al plan de Sophie, tenía un fallo. Un fallo inesperado. Esa noche la señorita Thomsett y la señora O’Sullivan no se presentaron a cenar. De modo que, una vez más, se sentaron juntos los cuatro en un lado de la mesa, y enfrente, sola, la señora Murphy (que seguía decidida a disfrutar del crucero, pese a que no se sumaba a ninguna de las excursiones), y el señor Wilcox se lo pasó en grande especulando –medio en broma, medio en serio– sobre por dónde andarían sus dos ancianas compañeras de mesa.

El día siguiente, viernes, lo pasaron navegando rumbo a Copenhague. El código de vestimenta era «informal». («Las mujeres pueden optar por un vestido informal o un traje de dos piezas. Los hombres pueden elegir entre traje, americana suelta o blazer con o sin corbata, o camisa elegante con corbata.») El periódico de a bordo anunciaba que se celebraría un seminario sobre la pérdida de cabello a las diez y media, una clase de entrenamiento de baja intensidad en silla a las once («Únanse a David para una clase de ejercicio físico suave desde la comodidad de su silla, un calentamiento ideal») y un pase de la película *Zulú* en la sala de cine a las dos y media. Como siempre, el periódico iba encabezado por un breve comentario humorístico que llevaba siempre por título «La risita de Robin» y que en esta ocasión decía:

He aquí el anuncio clasificado del día: «*Se vende bol para batir, diseñado para satisfacer al cocinero más exigente gracias a su culo redondo ideal para soportar las sacudidas más intensas.*»

A última hora de la mañana Sophie fue a la biblioteca para revisar sus emails y se encontró con este mensaje:

De: Joan Thomsett
Enviado: Viernes, 29 de agosto de 2014, 8:54
Para: Sophie Coleman-Potter
Asunto: Nuestra ausencia

Querida Sophie:

Te escribo al correo que figura en tu tarjeta de visita y espero que te llegue este mensaje. A estas alturas, debes de estar preguntándote por qué hemos dejado el crucero. No te preocupes, estamos sanas y salvas, ¡no somos las últimas víctimas de la misteriosa maldición de la mesa 19! Sin embargo, ayer sufrimos un lamentable accidente en Tallin. Heather resbaló y se cayó por unas escaleras mientras visitábamos las murallas de la ciudad. Se dio un buen

porrazo y cuando la llevamos al hospital, resultó que se había roto una pierna. Por suerte no es una fractura grave pero, una vez enyesada, le sugirieron que regresase a Inglaterra para que la viese un traumatólogo. La gente de Legend fue muy eficiente y nos encontraron un vuelo esa misma noche ¡y ya estamos de vuelta en Bristol!

A diferencia de la señora Murphy, que supongo que sigue con sus vacaciones pese a haberse quedado viuda, a mí me hubiera sido imposible continuar el crucero sin mi querida Heather. Hace ya más de treinta años que lo hacemos todo juntas y durante todo ese tiempo ¡creo que no hemos pasado ni una sola noche separadas! Sí, me temo que contamos algunas mentirijillas a los demás pasajeros sobre nuestra relación, pero seguro que tú enseguida dedujiste cuál era nuestra verdadera relación. Después de muchos años viajando y sobre todo viajando en cruceros nos hemos dado cuenta de que, por desgracia, incluso hoy en día no podemos confiar en la reacción de los otros pasajeros si les contamos que somos pareja, aunque he ido observando –lo cual da alas a cierto optimismo– que la gente es cada vez más tolerante. (Aunque, en este contexto, esta palabra siempre me ha parecido peculiar: ¿por qué exactamente nuestra relación, basada en la lealtad, el amor y la complicidad, requiere que la gente haga uso de sus reservas de «tolerancia»?) En cualquier caso, a las dos tú y tu encantador marido nos habéis parecido de lo más agradables y ¡no nos da ningún apuro contaros la verdad!

Ya sé que a ti y a Ian os quedan pocos días a bordo, pero espero que os lo paséis en grande y lo aprovechéis un montón. Tu conferencia del domingo y tus interesantes comentarios durante la visita al Hermitage nos han sido de gran utilidad. Estoy convencida de que tienes por delante una gran carrera y espero poder seguirla, tal vez a distancia, pero sin duda con gran interés.

Con todo mi aprecio
Joan Thomsett

El sábado por la mañana, durante la escala en Copenhague, Sophie e Ian se prepararon para dejar el crucero y volver a casa. El *Topaz IV* no regresaba a Dover hasta dentro de cuatro días –todavía quedaban escalas en el norte de Alemania y en Holanda–, pero cuando aceptó la propuesta, Sophie decidió que diez días en el mar serían más que suficientes (una decisión que ahora lamentaba). Con las maletas ya preparadas, Sophie se estaba despidiendo de Henry. Como siempre, la interacción entre ellos era cordial, pero ella no lograba dar con el tono adecuado para derribar las barreras del mayordomo. Como siempre, Henry se mostraba reservado, enigmático y extremadamente educado.

–Bueno, Henry –le dijo Sophie–. Queremos darte las gracias por tus

atenciones.

–No hay de qué, señora. Forma parte de mis obligaciones.

–Has ido más allá de tus obligaciones. Incluso le has planchado los calzoncillos a mi marido. Qué pasada.

Henry se rió y repitió:

–Forma parte de mis obligaciones.

–Toma mi tarjeta –le dijo ella–, por si... No sé, por si quieres mantenerte en contacto con nosotros.

Él cogió la tarjeta, sin dejar de sonreír, y se la guardó en el bolsillo sin mirarla.

–Espero que hayas disfrutado... –estaba a punto de decir «atendiéndonos», pero sonaba ridículo; ¿por qué iba a haber disfrutado más atendiéndolos a ellos que a otros pasajeros?–... de este viaje –concluyó sin mucha convicción–. Quiero decir que ya sé que para ti no es más que un trabajo... Y que no tienes un camarote como este... –Su camarote, que compartía con otros dos miembros de la tripulación, estaba en las entrañas del barco y no tenía ventana, eso Sophie lo sabía–. En cualquier caso... –Su discurso sonaba cada vez más idiota–. En cualquier caso... Aquí tienes una pequeña... propina, de parte de Ian y mía.

Le tendió un sobre blanco que contenía una pequeña tarjeta de felicitación y varios billetes. Ella e Ian –o más bien ella– le habían dado mil vueltas a cuánto debían darle y en qué moneda. Al final habían metido en el sobre cincuenta euros.

–Gracias, señora –dijo Henry; se guardó el sobre en el mismo bolsillo y le estrechó la mano–. Son ustedes muy amables. Ha sido un placer conocerlos.

–Bien. Para nosotros también ha sido un placer conocerte. Si alguna vez pasas por Londres o por Birmingham...

Henry, que ya salía del camarote, repitió:

–Gracias, señora.

–Bueno, pues adiós. O *Paalam*, como decís en tu país.

Henry desapareció. Ian rompió a reír.

–¿Qué te hace tanta gracia?

–Tú. Rebosante de mala conciencia liberal y desesperada por convertir al mayordomo en tu colega.

–Solo intento ser amable, eso es todo –dijo Sophie, que de pronto vio un lápiz de labios olvidado en la mesilla de noche y lo guardó en el bolso. Era lo último que quedaba por recoger. Se quedó plantada en medio del camarote, con los brazos en jarras, y sintió una repentina melancolía.

–Voy a echar de menos este camarote –dijo–. He disfrutado de estos diez días.

–Ya lo sé –dijo Ian, rodeándola con el brazo–. Y seguro que más los días previos a mi llegada.

Ella lo miró indignada.

–¿Por qué dices esto?

–Te gusta estar sola. No creas que no me he dado cuenta. –Antes de que ella pudiera negarlo (si es que iba a hacerlo), Ian añadió–: ¿Ya te has despedido de los Wilcox?

–Sí.

–¿Y de Lionel?

–Todavía estaba acostado. He llamado a su puerta y le he dicho adiós desde el pasillo.

–¿Y de Maxine?

–No estaba en su camarote.

–Hmm. Previsible.

Salieron al balcón y contemplaron por última vez el mar. El entorno del puerto era anodino y deprimente. Esa mañana había amarrados otros tres cruceros, todos mucho más grandes que el *Topaz IV*.

–¿Crees que mantendrás el contacto con alguno de ellos? –le preguntó Ian.

–No estoy segura –respondió Sophie–. Probablemente no. Tal vez con Joan y Heather. La verdad es que siento aprecio por ellas.

–Las bolleras. –Ian sonrió–. Es curioso lo rápido que Geoffrey las clichó.

Sophie no dijo nada. Alzó la cabeza hacia el sol, deseosa de sentir la brisa sobre su rostro por última vez. Ian se apoyó en la barandilla y miró hacia las profundidades del agua. Durante unos minutos, ninguno de los dos dijo una palabra.

–¿En qué piensas? –preguntó por fin Sophie.

–Oh, en nada –respondió él; se incorporó y volvió al camarote. Aunque de hecho sí estaba pensando en que, si el señor Wilcox había acertado con esas dos mujeres, ¿por qué no podía haber acertado también en lo demás?

Marzo de 2015

Benjamin estaba en la librería del centro de jardinería Woodlands. No buscaba un libro de jardinería, ni de historia local, ni de esos que conmemoraban aspectos de la Segunda Guerra Mundial. No estaba hojeando libros de cocina en busca de inspiración para la cena de esa noche, ni echando un vistazo en la sección de libros de humor en una imperiosa búsqueda de algo que le provocase una sonrisa. Su atención se concentraba en una de las zonas más recónditas y menos visitadas de la tienda: el estante más bajo de la estantería más alejada que daba cabida a una sección llamada «Miscelánea». Contenía unos quince o veinte títulos. Uno de ellos –del que había dos ejemplares– era su novela *Una rosa sin espinas*.

Se inclinó hasta el estante inferior, cogió los dos ejemplares y los manoseó con delectación. Chase Historical era una editorial modesta, pero tenía que reconocer que habían cuidado mucho el acabado del libro. La imagen de la cubierta era una fotografía en alta definición de una rosa blanca sobre un fondo negro. El título y el nombre del autor aparecían en discretas letras blancas de la misma fuente, todo en caja baja. El resultado era muy elegante. Sin embargo, era una pena que el buen trabajo editorial de Philip no se viese acompañado por una mayor eficacia en su faceta como distribuidor. Hacía ya más de cuatro semanas que se había publicado la novela y Benjamin había visitado casi todas las librerías en un radio de ochenta kilómetros y no había encontrado más que media docena de ejemplares, y la mayoría de ellos estaban en superficies de venta de plantas, pese a que sabía que Philip esperaba que abriendo la editorial a la novela lograría acceder a puntos de venta más respetables. (De hecho, esa había sido la principal motivación para publicar el libro de Benjamin, aparte de sus vínculos de amistad.) Benjamin todavía no se había atrevido a preguntar por las ventas, y, en cuanto a la recepción crítica del libro, era inexistente. Ni una sola reseña, claro está, en periódicos de tirada nacional, ni tampoco en los locales; ni rastro de menciones en las diversas webs de lectores, y ni un solo comentario de algún lector en Amazon, donde su puesto en el ranking de ventas era el 743.926 (o, si

quería levantar los ánimos, el 493 en Bestsellers>Ficción>Ficción literaria>Ficción autobiográfica>Romance>Obsesión).

Y sí, debería haber estado preparado para eso. Debería haber sido consciente de que Philip por sí solo, sin presupuesto para marketing o publicidad, poco más podía hacer que imprimir los ejemplares y cruzar los dedos. Pero ¿qué otra opción había tenido Benjamin? Todas las grandes editoriales londinenses y todas las pequeñas editoriales del resto del país le habían rechazado la novela, o incluso muchas de ellas habían renunciado directamente a leerla siquiera. Ningún agente literario se había tomado la molestia de enviarle algo más que una carta estándar de respuesta, que casi siempre contenía alguna edulcorada fórmula de rechazo: «Consideramos que su manuscrito posee muchas cualidades, pero sentimos informarle de que en estos momentos no encaja en nuestro catálogo.» Algunas de las cartas eran más específicas, no tanto sobre las cualidades del libro como sobre la situación actual del mercado editorial y la dificultad de lanzar a nuevos escritores en estos momentos complicados. La mayor parte de los editores y agentes tardaron más de dos meses en responder y, como Benjamin había enviado el manuscrito a un montón de destinatarios, tuvo que soportar casi un año entero recibiendo esas cartas de rechazo que llegaban a diario a su buzón, justo a tiempo para arruinarle el desayuno, hasta que por fin admitió su derrota y decidió llamar a Philip. Una vez en marcha el plan B, todo fue muy rápido y sencillo. Se imprimieron galeradas, se revisaron de estilo y se hizo una última revisión tipográfica en cuestión de semanas. Y por fin ahí estaba, el trabajo de su vida (o al menos una versión jibarizada de él) a la venta. Solo faltaba que la librería lo colocase en un lugar más prominente...

Con esa idea rondándole por la cabeza, y después de asegurarse de que la librería no estaba vigilando, Benjamin cogió los dos ejemplares de su novela, se dirigió al centro de la librería y los colocó en la mesa central de novedades, encima de una pila de ejemplares de un libro sobre bonsáis. El efecto fue casi inmediato. Se retiró a una esquina, simuló estar absorto en una biografía de Winston Churchill y solo tuvo que esperar unos minutos para que tres clientes sucesivos se acercasen a la mesa de novedades, cogieran su libro, echasen un vistazo a la contraportada y lo hojeasen un poco. Es cierto que al final ninguno de ellos lo compró, pero estaba claro que allí colocado habían aumentado notablemente sus posibilidades. Satisfecho, fue a buscar a su padre al restaurante.

Los dos últimos meses lo había llevado infinidad de veces al centro de jardinería. Al principio lo hacía por desesperación –ya habían agotado todos los

lugares visitables en los alrededores de Rednal–, pero a Colin parecía gustarle el sitio, de modo que frecuentarlo no tardó en convertirse en un hábito. Aun así, no es que Benjamin disfrutase precisamente con esas visitas. En los últimos tiempos, cada minuto en compañía de su padre era arduo: caminaba más lento que nunca y se mostraba más pesimista y cínico con respecto a todo. En otras palabras, era cualquier cosa menos una compañía animada; de modo que Benjamin se quedó pasmado cuando entró en el restaurante y se encontró a su padre acompañado, inclinado sobre un plato de pastel de riñones y carne y disfrutando de una conversación relativamente animada –con algunas bromas incluidas– con un tipo al que en un primer momento no reconoció: corpulento, con un traje de tweed de caballero de los años treinta, reloj de bolsillo con cadena de oro y una nariz roja de payaso que había dejado sobre la mesa, dentro de un chillón birrete multicolor colocado boca abajo. Lucía perilla y tenía un rostro rubicundo y simpático, y en cuanto apareció Benjamin, se puso en pie, le encajó la mano y se la sacudió con vigor mientras le decía:

–¡Ben! Qué alegría verte, chaval.

Benjamin se quedó mirándolo desconcertado.

–No me digas que no me recuerdas. Vamos, Ben, no me rompas el corazón.

–Claro. Eres... –dudó, y continuó con lo único que tenía claro– el Barón Brainbox. El animador infantil.

–¿Y? ¿Y?

Benjamin no tenía ni idea. Su padre lo miró con una mezcla de deleite y superioridad. No era tan habitual llevarle ventaja a su hijo.

–Yo lo he reconocido ipso facto. ¿No lo reconoces? ¡Es Charlie! ¡Charlie Chappell!

Poco a poco se fue dibujando en el rostro de Benjamin la expresión de que por fin caía en la cuenta. Aun así, le pareció que estaba del todo justificado no haber reconocido a Charlie Chappell, alguien a quien no había visto (ni había pensado en él) desde hacía más de cuarenta años. En una época, Charlie había sido su vecino de al lado. Había sido uno de sus mejores amigos. A los cinco años, se habían sentado juntos el primer día de colegio. Habían jugado juntos en el patio del colegio, habían ido el uno a casa del otro con mucha frecuencia, compartido caramelos, intercambiado chocolatinas, mirado juntos sus primeras (y en el caso de Benjamin únicas) revistas porno. Y de pronto, a los once años –por motivos que todavía hoy no tenía del todo claros–, los padres de Benjamin le habían hecho pasar el examen de acceso al colegio King William y había aprobado. Charlie siguió en el sistema público y fue al instituto local, y entre ellos se abrió

una grieta. No educativa o académica, sino social. Benjamin había ido a parar a un colegio en el que los profesores vestían togas universitarias en clase; en el que a los profesores no se les llamaba «profesores», sino «catedráticos»; en el que no solo existía el «himno del colegio» sino que además se cantaba en latín; en el que había un único alumno de raza negra –Steve Richards– en todo su curso y el resto de los chicos lo llamaban «Conguito». Benjamin y Charlie no solo se habían separado, sino que de inmediato fueron ambos arrastrados por rápidas y potentes corrientes contrapuestas. Dejaron de ir el uno a la casa del otro. Las conversaciones entre ellos empezaron a resultar forzadas e incómodas. Y encima, uno o dos años después, para hacer que la separación fuese irrevocable, los Chappell se mudaron a una casa nueva en Northfield, a diez minutos en coche de allí. Y ahí acabó la historia. Benjamin y Charlie no volvieron a verse o a hablar nunca más.

Pero eso había sucedido hacía muchísimo tiempo. Y ahora el rostro de Charlie no reflejaba otra cosa que felicidad por reencontrar a su viejo amigo.

–Estaba convencido de haberte visto aquí hace algún tiempo –le dijo–. En mitad de uno de mis espectáculos. Traté de llamar tu atención.

–Sí, era yo –admitió Benjamin–. ¿Hoy has actuado?

–Acabo de terminar –dijo Charlie–. Un público difícil, la verdad.

–¿Y cómo es que...? –Benjamin no sabía cómo terminar la frase.

–¿... he terminado ganándome la vida de este modo? –le ayudó Charlie–. Es una larga historia. Digamos que la llamada de la Royal Shakespeare Company nunca llegó. ¿Y qué me dices de ti? Tu padre me estaba contando que ya te has jubilado.

–No estoy jubilado –dijo Benjamin indignado–. Para empezar, cuido de ti. –Miró a su padre–. Tres mañanas cada semana trabajo como voluntario en el hospital de Shrewsbury, en su tienda benéfica. Y he estado escribiendo. De hecho, acabo de publicar mi primera novela.

–¿Por qué será que no me sorprende? –dijo Charlie–. Siempre fuiste el intelectual de la familia. El genio creativo. ¿Dónde puedo conseguir un ejemplar?

–Aquí mismo. Tienen un par en la librería.

–Estupendo. Acabas de vender uno.

Charlie no tenía ninguna prisa por irse. A las cuatro tenía una fiesta infantil, pero hasta entonces estaba libre y encantado de disfrutar de una comida sin prisas con Benjamin y Colin. Después Colin dijo que quería pasar por la tienda de animales; le gustaba mirar un rato la carpa japonesa y los peces tropicales: se

quedaba embobado, a veces durante varios minutos, fascinado por sus bocas colgantes y sus ojos melancólicos, como si tratase de entender los sueños de esos peces y atrapar sus recuerdos. Le dijo a Benjamin que se encontrarían en el coche. De modo que él y Charlie se dirigieron a la librería y de camino pasaron por delante de la entrada del teatro infantil.

–Mira quién está actuando –le dijo Charlie, enigmático, y señaló con la cabeza hacia la puerta abierta.

Benjamin asomó la cabeza y vio que el tipo que estaba actuando para los niños llevaba una bata blanca de médico, katiuskas, un bigote falso y un gorro de cuero de piloto de la Segunda Guerra Mundial. Lo recordaba de la última vez. Recordaba su comportamiento taciturno fuera del escenario y su agresiva hostilidad hacia Charlie. ¿Por qué había tanta tensión entre ellos? Benjamin vio que Charlie miraba fijamente al Doctor Daredevil y le gruñía; el otro payaso se percató enseguida y contraatacó con una mirada asesina sin detener su espectáculo. El ambiente estaba cargado de vibrante odio y malevolencia, pero en cuanto siguieron su camino, Charlie recuperó tan rápido su buen humor como si no hubiera pasado nada, que Benjamin no se atrevió a preguntar de qué iba todo eso.

En la librería Charlie cogió los dos ejemplares de *Una rosa sin espinas* de la pila de la mesa central, leyó el texto de la contraportada, felicitó a Benjamin por el diseño y dijo:

–Bueno, pues me voy a llevar los dos ejemplares.

Benjamin lo acompañó hasta la caja para poder disfrutar de ese momento triunfal. La librera, tal vez menos impresionada de lo que él esperaba, cobró con indiferencia mecánica.

–Este señor es el autor –le dijo Charlie–. Deberías dar saltos de alegría. Es una celebridad local.

–Por aquí pasan muchos autores –respondió ella.

–Ah, vaya. –Charlie miró a Benjamin e hizo un mohín–. Ben, ahora que ya están pagados, ¿me los puedes firmar?

–Por supuesto.

Benjamin dejó los ejemplares sobre el mostrador y sacó un bolígrafo.

–¿Son los dos para ti?

–Uno es para mí. El otro dedícaselo a Aneeqa, por favor.

–¿Quieres que ponga algo en especial?

–No hace falta. –Se lo repensó un momento–. En el de ella podrías ponerle «Buena suerte en tus estudios».

–«Buena suerte en tus estudios» –repitió Benjamin mientras escribía las dedicatorias, y después le entregó muy orgulloso los dos libros a Charlie. Eran los primeros ejemplares que firmaba, aparte de uno para Phil, otro para Lois, otro para Sophie y otro para su padre. Se volvió hacia la librera y le dijo: Tendrás que pedir más ejemplares.

–Tranquilo –le dijo–. Tenemos unos cuarenta en la trastienda.

–Oh, ¿quieres que te los firme?

–Mejor que no. Ya nos cuesta bastante venderlos tal como están. Y si los firma, no podremos devolverlos. Entonces se consideran dañados.

Benjamin no sabía cuántas humillaciones más iba a poder soportar de esa mujer.

–¿Hasta ahora no habías vendido ningún ejemplar más? –le preguntó.

–Vendimos un par –le respondió la librera–, pero los clientes los devolvieron.

–¿Los devolvieron? ¿Por qué?

–Supongo que la culpa es del título. Pensaban que era un libro sobre el cultivo de rosas. Ya sabe, es el tipo de libro que la gente suele comprar aquí. No vendemos muchas novelas.

Ya era hora de reunirse con Colin en el coche. Mientras cruzaban la sección de mobiliario de jardín, Benjamin no pudo evitar ensimismarse pensando en las nulas perspectivas comerciales del libro, pero al final dejó a un lado sus elucubraciones y recordó preguntarle a Charlie:

–Y por cierto, ¿quién es Aneeqa?

–Como todo en mi vida, es una larga historia –respondió él–. ¿Podemos quedar a comer otro día? Me gustaría que nos pudiéramos poner al día con calma.

–Por supuesto. Quedemos.

–En cualquier caso –dijo Charlie mientras salían de la inmensa tienda y empezaban a caminar por el también gigantesco aparcamiento–, de momento te contaré la versión corta: soy una especie de padrino para ella. Su madre está divorciada, viven las dos solas, y, bueno, yo no estoy casado con su madre ni nada por el estilo, pero paso mucho tiempo en su casa y supongo que me he convertido en una especie de figura paterna. Al menos eso es lo que me gustaría ser... Es complicado. Si te soy sincero, Ben, es un lío. Me gustaría poder hablar contigo de todo esto en otro momento. No conozco a mucha gente que comprenda... el corazón humano y sus misterios.

A Benjamin el cumplido le llegó al alma y al mismo tiempo le sorprendió que

Charlie utilizase ese tipo de frase, que parecía un indicio de unas insospechadas reservas de sensibilidad y ternura.

–No sé mucho de eso –le dijo, dispuesto a compartir una confidencia con él–. Cuando leas el libro, lo entenderás; a nivel emocional he tenido una vida muy complicada y...

–¡Oh, QUE TE JODAN! –gritó de pronto Charlie–. ¡Que te jodan, hijoputa, CABRONAZO de mierda!

Benjamin se detuvo y lo miró perplejo. Habían llegado a la altura del coche de Charlie, un Nissan Micra viejo pero impecable y reluciente, y este contemplaba furioso y afligido la pintura del lado del conductor. Alguien había hecho un profundo rayón con una moneda o algún otro objeto, desde el faro delantero hasta la luz trasera.

–Ha sido él –dijo Charlie, siseando las palabras–. Ha sido él, el muy cabrón. Juro que le voy a partir la cabeza y le voy a rajar la cara con un cúter.

Dio media vuelta y estaba a punto de emprender el regreso a la tienda cuando Benjamin lo agarró del brazo.

–Charlie, no hagas ninguna estupidez –le advirtió–. No sé qué pasa entre vosotros dos, pero... la violencia no es la respuesta. Nunca es la respuesta. –Y a continuación, más para tranquilizarlo que por otra cosa, añadió–: Bueno, ¿cuándo quedamos para comer?

Charlie dudó unos instantes, con la respiración alterada y todavía a punto de perder los papeles por la rabia. Finalmente dijo:

–Sí, tienes razón.

Sacó el móvil para consultar el calendario y las aguas volvieron a su cauce.

Abril de 2015

El 14 de abril de 2015, el Partido Conservador lanzó su programa para las próximas elecciones generales. Doug leyó el primer párrafo de la introducción de David Cameron mientras esperaba a que Nigel llegase a su habitual punto de encuentro, el café frente a la estación de metro de Temple.

«Hace cinco años», leyó, «Gran Bretaña estaba al borde del abismo...»

Desde entonces, le hemos dado la vuelta a la situación. Gran Bretaña es ahora una de las grandes economías del mundo con un crecimiento más rápido. Estamos consiguiendo volver a tener bajo control nuestras finanzas nacionales. Hemos logrado reducir a la mitad el déficit de nuestra economía. Hay más gente trabajando que nunca. Gran Bretaña ha vuelto a erguirse, se muestra fuerte y cada día gana más fuerza. Todo esto no ha sucedido por accidente. Es el resultado de decisiones difíciles y del trabajo paciente de un plan económico a largo plazo. Por encima de todo, es el resultado de un enorme esfuerzo nacional en el que todo el mundo ha tenido que hacer sacrificios y todo el mundo ha tenido su papel... Nuestros amigos y competidores del extranjero miran a Gran Bretaña y ven un país que está poniendo en orden su propia casa, un país en crecimiento. Ven un país que cree en sí mismo.

–¿Tú has escrito esta mierda? –le preguntó Doug en cuanto el eternamente juvenil subdirector de comunicación de Downing Street hizo su aparición y se sentó frente a él.

Nigel respondió con una sonrisa glacial, pero no pareció ni sorprendido ni muy mosqueado por ese gambito nada más empezar la partida.

–Ah, Douglas –dijo–. Siempre en posición de ataque. Siempre tratando de ganar el primer punto. Si creyese que de verdad piensas lo que me acabas de decir, me sentiría ofendido. Pero después de tantos años te conozco muy bien.

–¿Qué tal va la moral en el número diez de Downing Street? –preguntó Doug mientras le acercaba a Nigel el capuchino que ya le había pedido–. Me huelo que el pánico debe estar disparado.

–Douglas, lo que está disparado es la *confianza*, el *entusiasmo*. Dave está listo para la pelea, ¿y sabes por qué? Porque sabe que va a ganar.

–Entonces es que no se ha leído las encuestas.

–Nunca hacemos caso de las encuestas. Siempre se equivocan.

–El debate televisado no le fue bien. Ed Miliband lo hizo de maravilla.

–Ed es un buen tipo, pero no nos preocupa. Los ciudadanos de este país jamás votarán a un marxista como primer ministro.

–¿Dónde has leído que es marxista? –le preguntó Doug–. ¿En el *Daily Mail*? Ed Miliband no es marxista.

–Su padre lo era. Según el *Daily Mail*.

–Oh, vamos, Nigel, no seas idiota. Tener un padre marxista no te convierte automáticamente en marxista. Tu padre es proctólogo. ¿Tú también?

–Douglas, no paras de sacar a colación la profesión de mi padre. ¿Esas almorranas te siguen dando problemillas?

Doug suspiró. Llevaba ya cinco años con esos encuentros periódicos con Nigel, a razón de dos o tres anuales, y por lo que veía todavía no había logrado ni arañar su coraza de sonriente cerrazón.

–Ya me temía –dijo Doug– que te limitarías a pretender que todo va sobre ruedas. Después de todo, es tu trabajo.

–Doug, no digo que todo vaya sobre ruedas. Si me permites que te lo diga, es un poco autocomplaciente por tu parte pensar eso. Todavía nos enfrentamos a un montón de retos. La austeridad todavía no ha dejado de aplicarse y afecta sobre todo a la gente con menos medios para salir adelante. Dave es consciente de esto. Pese a lo que puedas opinar sobre él, no es un monstruo. Pero se nos da bien interpretar el estado de ánimo del país, y es evidente que cuando las cosas son tan complicadas como ahora y el futuro es tan incierto, la gente estaría loca si votase cambio. Lo que necesitan para superar este camino pedregoso es continuidad, estabilidad.

Doug se rascó la cabeza y dijo:

–Pero esto literalmente no tiene ni pies ni cabeza. ¿Con este gobierno el país es un caos, pero la única solución es votar a esta administración?

–En resumidas cuentas, sí. Este es el mensaje diáfano que vamos a lanzar al electorado durante las próximas semanas.

–Vaya, pues buena suerte.

–Las opciones son o un gobierno fuerte y estable presidido por David o uno débil y con un liderazgo caótico presidido por Ed, que además probablemente tendría que formar coalición con los nacionalistas escoceses. ¡Imagínatelo!

–Y vosotros tendréis que seguir en coalición con los liberaldemócratas.

–No supondría ningún problema, pero no sucederá. Vamos a ganar por mayoría absoluta. Estamos convencidos. Es lo que dicen las encuestas.

–Pero acabas de decirme que no os fiáis de las encuestas.

–No nos fiamos de la mayoría de las encuestas. Pero encargamos encuestas

propias. Y esas sí que nos merecen confianza.

Doug volvió a suspirar.

–De acuerdo. Vamos a lo esencial.

–El meollo –apostilló Nigel.

–Exacto. El meollo. En la página setenta y dos del programa: «Un cambio real en nuestra relación con la Unión Europea.»

Nigel sonrió encantado.

–Exacto. Es una parte crucial del programa. Podríamos decir que el único gancho para el electorado.

–Bueno, debo reconocer que el que escribió esto es muy claro. Solo el Partido Conservador apuesta por un verdadero cambio y una verdadera alternativa sobre Europa, con un referéndum de permanencia o salida a finales de 2017.

–Exacto.

–¿Y te parece que es una buena idea?

–Ha sido idea de Dave. Por supuesto que es buena.

–Pero ¿qué pasa si finalmente se celebra un referéndum y resulta que votamos la salida?

–Pues nos vamos. La gente habrá hablado.

Impresionado ante ese rotundo compromiso con la democracia directa, Doug no pudo evitar poner objeciones:

–Pero a la gente en realidad le importa un pito la Unión Europea. Cada vez que se les pide que expresen sus principales preocupaciones políticas, mencionan temas como la educación o la vivienda, y la Unión Europea ni siquiera sale entre las diez primeras preocupaciones.

Nigel llevaba un rato perplejo, pero de pronto la expresión de su rostro se aclaró.

–Ah, tú estás hablando de la ciudadanía. Disculpa, no es a eso a lo que me refiero cuando hablo de «la gente».

–¿Y a qué te refieres con «la gente»?

–Me refiero a la gente del Partido Conservador que no para de dar la matraca con lo mucho que detesta la Unión Europea y que no va a cerrar el pico hasta que hagamos algo al respecto.

–Ah, esa gente.

–Sí, esa gente.

–Y entonces es por eso por lo que Cameron promete el referéndum. Para callar a esa gente.

–Douglas, no seas bobo. ¿Proponer un referéndum sobre un tema tan delicado

solo para callar a la gente de su propio partido que no deja de dar la lata? Sería actuar de un modo muy irresponsable.

–Pero es lo que acabas de decir que estaba haciendo.

–No, no he dicho nada parecido. ¿No te has leído el programa?

–Claro que sí.

–Bueno, pues ahí explica por qué prometemos el referéndum. –Cogió de encima de la mesa el ejemplar de Doug, que estaba doblado por la página de la que hablaban–. Escucha: «Será un principio fundamental de un futuro gobierno conservador que la pertenencia a la Unión Europea se decida con la aprobación del pueblo británico. Por eso, después de las elecciones, negociaremos un nuevo acuerdo para el Reino Unido en Europa y preguntaremos al pueblo británico si quiere permanecer en la Unión Europea con ese acuerdo renegociado o salir de ella. Llevaremos a cabo ese referéndum de permanencia o salida antes del final de 2017 y acataremos el resultado.» Y bien, ¿qué puede ser más sencillo que esto?

–Espera un momento –dijo Doug–. Te has dejado algo.

–¿Sí?

–Sí. Dame el folleto. Te has saltado un trozo.

–No lo creo.

–Esa frase sobre la aprobación del pueblo británico...

–¿Sí?

–Justo después de eso. Aquí... –Le cogió el folleto a Nigel y repasó rápidamente la página–. Sí, aquí está. «... la pertenencia a la Unión Europea se decida con la aprobación del pueblo británico, y *en los últimos años esta aprobación gana por un margen muy estrecho*».

–Exacto. Así es.

–En otras palabras, lo que está haciendo Cameron es muy arriesgado.

–¿Por qué lo dices?

–Porque está proponiendo un referéndum de permanencia o salida y sabe de antemano que la mayoría que salga ganará por un margen muy estrecho.

Nigel negó con la cabeza y chasqueó la lengua.

–¡En serio, Douglas, vaya con vosotros los articulistas! Vosotros y vuestras ridículamente creativas interpretaciones de las cosas. Coges una frase clarísima y por completo inocente y la retuerces, la distorsionas...

–Supongo que siempre se puede pactar que el resultado sea válido solo si gana por una mayoría amplia, del sesenta por ciento o algo por el estilo.

–Se valoró, pero se decidió que no era necesario.

–¿Por qué no?

–Porque el referéndum será puramente consultivo.

–¿En serio? Pero eso no es lo que pone aquí. Aquí dice: «Llevaremos a cabo ese referéndum de permanencia o salida antes del final de 2017 y acataremos el resultado.» Esto a mí no me suena a referéndum consultivo.

–Pues claro que lo es. Quiere decir que el pueblo británico nos dará su opinión y nosotros la tendremos en cuenta. –Doug no pareció muy convencido con este argumento, de modo que Nigel añadió–: En cualquier caso, ¿tan nefasto sería que saliéramos de la Unión Europea? Como socialista, debes sentirte muy incómodo con algunas de sus decisiones. Sin ir más lejos, mira cómo han tratado a los griegos.

Doug apuró su capuchino, se levantó y se guardó el folleto del programa en el bolsillo del abrigo.

–Eso es cierto –dijo–. Pero doy por supuesto que Cameron quiere permanecer en la Unión Europea.

–Desde luego.

–En cuyo caso, creo que está haciendo una apuesta muy arriesgada si propone una votación en la que gana el que obtiene un cincuenta y uno por ciento cuando tiene indicios de que la opinión pública está dividida casi por la mitad.

–Sí, es una apuesta –admitió Nigel–. Una apuesta muy alta. El futuro del país se decide tirando los dados. El hecho de que Dave esté dispuesto a hacerla demuestra que es un líder fuerte y resuelto.

Impresionado como de costumbre por las contorsiones de la lógica de Nigel, Doug le dio la mano y le hizo una última pregunta:

–¿Entonces Cameron no está en absoluto preocupado por proponer este referéndum?

–Bueno, puede que sí lo esté –respondió Nigel, mientras se abotonaba el abrigo–. Pero la conclusión es que nada de todo esto va a suceder.

–¿Por qué no? –quiso saber Doug.

–Porque es imposible que gane por mayoría absoluta. Lo dicen todas las encuestas. ¿Es que no te las miras, Doug? Deberías hacerlo.

Como conclusión final habría sido lo bastante desconcertante como para mantener a Doug dándole vueltas durante todo el camino de regreso a casa. Pero Nigel se sacó de la manga una todavía mejor:

–Y por cierto –dijo, e hizo una pausa perfectamente medida para generar expectación–. Dale recuerdos de mi parte a Gail, ¿de acuerdo? Dave la considera un miembro fundamental de su equipo. Espero que ella sea consciente de eso.

Mayo de 2015

Doug no llegó a descubrir cómo se las había arreglado Nigel para enterarse. En ese momento, su relación con Gail Ransome era de apenas unas semanas y los dos habían intentado ser muy discretos. Supuso que en el apiñado y promiscuo trajín de Westminster era imposible mantener en secreto una relación durante mucho tiempo, sobre todo cuando implicaba a un periodista de izquierdas y a una diputada conservadora. Sin duda, era un caramelo para los chismosos. Pero fuera cual fuese la explicación, lo cierto es que a Doug le inquietó descubrir que el subdirector de comunicación de David Cameron estaba al tanto de una información que ni su propia hija conocía.

Pero ¿de quién era la culpa? Últimamente, él y Coriander apenas hablaban. De hecho, jamás habría imaginado que un padre y una hija pudiesen convivir en un espacio tan reducido y desconocerlo todo sobre la vida del otro.

Desde la noche de la ceremonia de apertura de los Juegos Olímpicos se habían producido cambios sustanciales en casa de los Gifford-Anderton. Doug y Francesca se habían separado, sin que para ninguno de los dos supusiese un gran drama. Él se había mudado a un pequeño apartamento de dos dormitorios en Lower Holloway, no muy lejos de Caledonian Road. Francesca (según supo por la sección «Diario de un londinense» del *Evening Standard*) no perdió mucho tiempo antes de empezar a salir con el productor de un reality televisivo recién divorciado, del que se rumoreaba que era uno de los cien hombres más ricos del país. Con esas novedades, Coriander, que llevaba mucho tiempo despotricando contra los valores éticos y el modo de vida de su madre, vio confirmadas sus teorías de un modo triunfal, esperó a cumplir los dieciséis y de inmediato ejerció su derecho legal a abandonar la confortable casa de Chelsea e irse a vivir con su padre. También dejó el colegio privado en la zona oeste de Londres y se matriculó en el último curso de un instituto de Camden, muy de moda entre las hijas de la intelectualidad liberal de los barrios del norte de Londres.

Doug enseguida se dio cuenta de que en realidad no echaba de menos los usos y costumbres de los superricos; en su opinión, la reducción de metros habitables quedaba más que compensada con no tener que seguir aguantando las cenas en

compañía de oligarcas o las conversaciones con gestores de fondos de inversión el día de la entrega de diplomas en el colegio. Y había recibido de buen grado que Coriander se hubiera ido a vivir con él, porque esperaba que diera pie a una nueva relación entre ellos basada en charlas amigables durante el desayuno y en ayudarla por la noche con los deberes. Pero no había entendido bien la situación. Su hija podía sentir rechazo ante las actitudes de su madre, pero eso no significaba que admirase las de Doug. De hecho últimamente se situaba muy a la izquierda de su padre: sus posicionamientos ante el racismo, la desigualdad y las políticas de identidad eran tremendamente radicales, y no hacía el más mínimo esfuerzo por ocultar que a él lo consideraba, siendo comprensiva, un socialdemócrata moderado, crédulo y alejado de la realidad, y, siendo crítica, un blando y un vendido cuyos planteamientos políticos creaban un muro mucho más infranqueable para alcanzar la justicia social que cualquiera de las decisiones que pudieran tomar los tories en el poder. Coriander consideraba el actual Partido Laborista, liderado por Ed Miliband (al que los medios conservadores tildaban de marxista, o al menos de hijo de marxista, lo que para ellos venía a ser lo mismo), un pálido y exangüe heredero del New Labour de Tony Blair, que había quedado irremediabilmente manchado por la locura criminal de la Guerra de Irak, y en su opinión carecía de la capacidad de persuasión o de la visión radical capaz de ofrecer una alternativa al programa de austeridad de los tories. «Pero al menos ellos son el mal menor», le decía su padre, y ella respondía mofándose. En cuanto a las charlas durante el desayuno, Coriander salía de casa a las siete y media y desayunaba con sus amigas en alguna cafetería de la zona. Con esas mismas amigas deambulaba por las calles de Londres por las tardes y los fines de semana, haciendo la ruta de los pubs, clubs, actuaciones en directo y fiestas cuya precisa naturaleza Doug tan solo podía sospechar (aunque prefería no pensar en ello). En un día bueno, Coriander y su padre, si se cruzaban en la cocina o de camino al baño, se comportaban con distante educación. Pero no era infrecuente que convivieran durante semanas sin dirigirse una sola palabra.

Sin embargo, el 7 de mayo de 2015 –la noche de las elecciones generales– su relación empeoró de manera sustancial.

Durante el programa especial de la BBC, Doug siguió con perplejidad los recuentos que iban actualizándose. Como todo el mundo, había dado por hecho que las elecciones iban a ser muy reñidas y que darían como resultado un

Parlamento sin una mayoría clara. Los sondeos a pie de urna de las diez ya empezaron a dejar claro que no iba a ser así. A partir de ahí, fue ya solo cuestión de esperar los resultados de las circunscripciones clave. Cuando a la una cincuenta de la madrugada los resultados de Nuneaton mostraron un vuelco contundente hacia los conservadores, los presentadores del programa afirmaron que las elecciones ya tenían un ganador y que todas las encuestas se habían equivocado. Increíble, pero cierto.

Se había comprometido a entregar una columna de mil doscientas palabras para las seis de la mañana. No para la edición impresa, sino para la web (muchísimo más barata que la edición en papel). Fue a la cocina a prepararse un café antes de empezar, volvió a sentarse ante el televisor, abrió un documento nuevo en su portátil y empezó a escribir:

¿Puede derrotar al socialismo un sándwich de beicon?

Una primera frase potente. Tal vez un poco previsible. Pero decidió continuar:

Después de todo, ¿cómo si no explicamos lo inexplicable? Este sin duda debería haber sido el gran momento de Ed Miliband. Durante estos últimos cinco años, el gobierno de coalición no ha movido ni un dedo por ganar popularidad entre los votantes. No se ha hecho nada para solventar las verdaderas causas de fondo de la crisis financiera de 2008, más allá de planificar y aplicar un cruel programa de austeridad cuyos efectos ha padecido en sus carnes todo el país, con la excepción de los superricos. A los jóvenes de clase media se les han congelado los salarios y su nivel de vida se ha resentido. En el caso de los pobres, el impacto ha sido mucho peor y se ha producido un aumento exponencial de las personas que dependen de los bancos de alimentos, lo cual debería avergonzar a cualquier país civilizado.

A las dos y media se abrió la puerta del apartamento y entró Coriander, con aspecto desaliñado y cansado. Se quitó el abrigo y se dejó caer en el sofá al lado de su padre.

—¿Ya te has enterado? —le preguntó él.

—Sí. Vaya panda de gilipollas.

Él le lanzó una mirada inquisitiva, porque no estaba muy claro a quién se refería.

—Los votantes —aclaró ella.

—Ah.

—Esos idiotas han votado para que sus vidas vayan todavía peor.

—Bueno —dijo Doug—, ¿y qué otra opción tenían? Ya que, según tú, el Partido Laborista es igual de nefasto.

—Es así.

—¿Y tú qué hubieras votado?

Coriander, que iba a cumplir los dieciocho en agosto, no había tenido que tomar ninguna decisión. Se encogió de hombros.

–Voy a preparar café –dijo incorporándose.

–Hazme otro a mí, por favor.

Mientras ella estaba fuera de la sala, la televisión anunció otros dos resultados: Brecon y Radnorshire, y Yeovil. Los dos habían ido a parar a los tories, con una derrota sin paliativos de los liberal-demócratas. La campaña de los tories había disparado sin piedad contra sus socios de coalición y la estrategia por lo visto había dado sus frutos. Pero Doug seguía sin lograr comprender por qué.

En cuanto al propio primer ministro, nunca ha sido del agrado de los tories más tradicionales, que lo ven como demasiado metropolitano y liberal en la agenda social. Él puede considerar que uno de sus mayores logros ha sido la aprobación del matrimonio gay, pero eso no le habrá dado muchos votos extra en las circunscripciones del centro de Inglaterra.

A las cuatro de la madrugada, Twickenham cayó del lado de los tories y Doug apartó el portátil y su mente rebobinó: ¡Twickenham! ¡El escaño de Vince Cable! Cable había sido secretario de Estado de Economía, presidente de la Cámara de Comercio y la segunda figura liberal-demócrata más prominente del gobierno. Y ahora su mayoría de más de doce mil votos se había volatilizado. Los tories estaban masacrando a sus antiguos socios, aniquilándolos. Y eso a pesar del «buen rollito» entre Nick y Dave en los consejos de ministros... Sin embargo, el resultado que Doug esperaba con más ansiedad no llegaba ni a tiros. ¿Cuándo iban a anunciar Coventry South West? Le mandó un mensaje de texto a Gail:

«¿Cuánto falta?»

Y ella le respondió:

«No lo sé. Es una agonía. Besos.»

Estaba empezando a amanecer. Doug pensó en abrir las cortinas para dejar entrar la primera luz del sol, pero no quería molestar a Coriander, que estaba recostada en el sofá a su lado, dando cabezadas.

¿En qué se había equivocado Miliband? Hubo momentos en su campaña que daban vergüenza ajena. En ningún momento se lo vio cómodo con los medios, y como otros muchos líderes laboristas anteriores a él tuvo que luchar por hacer llegar su mensaje en un entorno hostil en el que un sector importante de la prensa estaba listo para saltarle a la yugular al más mínimo error. No deberíamos subestimar la efectividad de la campaña del *Mail* que retrataba a Ralph, su padre profesor universitario, como un marxista que «odiaba a Gran Bretaña» y dejaba caer implícitamente que su hijo era culpable del mismo pecado por transmisión genética.

Y después, claro, estuvo el episodio del sándwich de beicon. Lo increíble es que sucedió hace ya un año, pero esa foto del pobre Ed en un café de New Covent Garden tratando de comerse un sándwich de

beicon con notable torpeza porque se le rompe en las manos sigue resonando. Hace un par de días, el *Sun* la publicó a toda página en portada acompañada de este texto: «Este es el destrozo que Ed hizo con un sándwich. En 48 horas podría estar haciendo lo mismo con Gran Bretaña.» ¿A esto hemos llegado? En un lado de la balanza, un programa genuinamente progresista, reformador e inclusivo; en el otro, un líder del partido (un líder del partido judío, no olvidemos este detalle) que trata de parecer cómodo mientras se come un bocadillo de cerdo y es retratado como alguien socialmente torpe y alejado del pueblo.

Seguía retocando ese párrafo, que le parecía demasiado ampuloso y complicado para su gusto, cuando echó un vistazo a la pantalla del televisor y vio que las cámaras por fin estaban en Coventry South West. Y ahí estaba Gail, con aspecto cansado pero animado y su mejor traje azul marino. Estaba rodeada por los demás candidatos: junto a ella, a su izquierda, su oponente laborista, y el resto de la tarima ocupado por la habitual multitud de candidatos estrafalarios, incluido el inevitable representante del Monster Raving Loony Party con un sombrero de copa y un enorme narciso de tela en el ombligo. A Doug le pasó por la cabeza fugazmente la idea de que Inglaterra era, y siempre lo había sido, un país muy raro.

Empezaron a desglosarse los resultados y de pronto Gail sonrió y alzó la mano en señal de victoria. Su mayoría era muy justa, pero había ganado, y el titular en la parte inferior de la pantalla anunció: «Los conservadores mantienen el escaño.»

–¡Sí! –gritó sin poderlo evitar Doug–. Lo ha conseguido.

El grito despertó a Coriander, que se incorporó y trató de enfocar la mirada en la pantalla del televisor. La información que leyó tardó unos segundos en llegar a su cerebro adormilado y una vez digerida se volvió hacia su padre y le dijo, perpleja:

–¿Acabas de vitorear una victoria de los tories?

A Doug no se le ocurrió ningún modo de negarlo.

–¿Por qué? –le preguntó su hija–. Y además, ¿quién es esta mujer?

–Es... –Se detuvo. Era ya un cincuentón. Tenía que elegir las palabras con sumo cuidado. ¿Cuál era el modo más apropiado de expresarlo?–. Es una mujer con la que me he estado viendo.

Coriander recibió la información con un prolongado silencio. Por fin lo rompió, no hablando, sino levantando los pies del sofá, que rechinó, y arrastrándolos camino de su habitación.

Mientras se alejaba, Doug le dijo en plan desesperado:

–¡Pertenece al ala izquierda del partido! –Pero incluso antes de que las palabras saliesen de su boca tuvo la sensación de que esa aclaración no iba a contribuir mucho a ablandar a su hija.

Tras la inesperada victoria de David Cameron, los acontecimientos se precipitaron. A media mañana nada menos que tres líderes de partidos habían presentado su dimisión: Ed Miliband de los laboristas, Nick Clegg de los liberal-demócratas y Nigel Farage del UKIP. El paisaje político con el que Doug se había familiarizado durante los últimos años había ido a parar al cubo de la basura en un par de horas. Por la tarde, el país fue obsequiado con el espectáculo cómico de los líderes de los tres principales partidos, dos de los cuales ya era exlíderes, juntos en actitud solemne asistiendo a la celebración del setenta aniversario del día de la victoria en el Cenotafio. Y hacia las cinco, cuando su hija solía volver (fugazmente) del instituto, Doug recibió un mensaje de Francesca:

«Acaba de aparecer por aquí Corrie. Dice que te odia y quiere volver a vivir conmigo durante un tiempo. ¿Qué has hecho?»

Doug, que estaba en mitad de una entrevista telefónica con la radio de la BBC, le respondió:

«He follado con una tory.»

Tal vez no era el modo más diplomático de expresarlo, pero al menos era conciso y preciso. No hubo respuesta.

El resto del fin de semana hubo intensas especulaciones sobre quiénes serían los sucesores en el liderazgo de los laboristas y de los liberal-demócratas, y Doug se dedicó a teclear más columnas en su escritorio y a pasearse por varios estudios de televisión. Cuando a primera hora del lunes por la mañana acabó su último artículo –un texto largo, de dos mil quinientas palabras, para el *New Statesman*–, sus percepciones sobre el resultado electoral habían cambiado y tenía una nueva teoría. Sí, los tories habían peleado, con brillantez y ferocidad, por todos los escaños marginales de los liberal-demócratas, pero el verdadero factor decisivo de su victoria había sido Escocia. Se había lanzado el ruidoso y machacón mensaje de que Ed Miliband sería un líder débil, que los laboristas no lograrían ganar por mayoría absoluta y acabarían teniendo que formar un gobierno de coalición con el Partido Nacional Escocés, y al final serían los del Partido Nacional Escocés –esos molestos y antipáticos escoceses– los que acabarían llevando las riendas en Westminster. En palabras de Gordon Brown (cuya propia derrota, tras la desastrosa metedura de pata sobre la «mujer intolerante»), parecía haber sucedido no cinco años atrás, sino cinco vidas atrás): «En lugar de jugar la carta de la unidad de Gran Bretaña, los conservadores decidieron jugar la del nacionalismo inglés. La campaña se diseñó para

transmitir la idea de que existía una amenaza escocesa, un peligro escocés, un riesgo escocés.»

... una estrategia que ha resultado ser de una efectividad innegable [escribió Doug]. Pero tal como dice nuestro ex primer ministro, una estrategia que conlleva riesgos para el futuro: si David Cameron ha «abierto el grifo del nacionalismo inglés», ¿será capaz de volver a cerrarlo, o el agua seguirá fluyendo, con una fuerza cada vez mayor e imposible de parar, durante la campaña del referéndum sobre la Unión Europea que ahora no tiene otro remedio que convocar?

A mitad de semana, el frenesí de los análisis estaba empezando a sosegar. Doug y sus colegas de los medios empezaron (con ciertas dificultades) a retomar el sentido de la proporción. Era fácil olvidarse de que los ciudadanos, una vez depositados sus votos, no se iban a pasar los próximos cinco años obsesionados con las consecuencias de las elecciones tal como tenderían a hacer los opinadores políticos. De acuerdo, se había producido un terremoto político, pero era de pocos grados, local, si se miraba desde una perspectiva global o *sub specie aeternitatis*. Entretanto, empezaba a asomar la cabeza el verano inglés y el país seguía con su vida cotidiana. Durante las siguientes semanas no iba a producirse ningún movimiento sísmico en la vida nacional. El siguiente acontecimiento verdaderamente pasmoso no sucedería hasta el 29 de julio de 2015.

Ese día se anunció que la novela de Benjamin Trotter *Una rosa sin espinas* había sido seleccionada para el Premio Man Booker.

Julio-agosto de 2015

Doug no volvió a ver a su hija en dos meses. Eso tenía que concedérselo: cuando se trataba de ser rencorosa, era imbatible. E incluso cuando se vieron, no fue porque ella hubiera decidido dar el paso. El encuentro lo orquestó Francesca, que una mañana de mediados de julio le propuso a Doug tomar un café en la Galería Saatchi en Duke of York Square y llevó a Coriander sin avisar a ninguno de los dos de la presencia del otro.

–Vamos, par de bobos –les dijo–. Esto es ridículo. Vaya, tu padre tiene novia nueva. ¿Qué hay de malo? Pasa continuamente.

–Es un hipócrita –dijo Coriander, con el ceño fruncido y la mirada clavada en su café con leche.

–Escucha, Corrie –dijo Doug–. Y perdóname si sueno como un viejo carcamal: pero cuando te haces mayor, y me refiero a más mayor que cuando cumples los dieciocho, que ya sé que puede parecer el pináculo de la sabiduría..., cuando te haces más mayor, te das cuenta de que no todo el mundo con el que no estás de acuerdo políticamente...

Coriander no tenía el más mínimo interés en escuchar el razonamiento.

–Los tories son basura –sentenció.

Doug se volvió hacia Francesca, pensando que ella se mostraría igualmente indignada ante el comentario. Pero resultó que estaba sonriendo.

–Oh, muy bonito –se quejó Doug–. Un comentario encantador. La palabra más adecuada para describir a la mujer de la que tu padre... –iba a decir «está enamorado», pero se contuvo a tiempo, en parte porque no quería decirlo delante de su exmujer y su hija, pero también porque no tenía claro si era cierto o no; en lugar de eso optó por–: ... con la que tu padre está saliendo. –Y tan solo provocó en Coriander vergüenza ajena.

–¿Podéis los dos dejar de utilizar estas expresiones? –protestó–. A tu edad no se «sale» con nadie. No se tiene una «novia». Tienes cincuenta y cinco. Y ella cuarenta y seis. Es asqueroso.

De modo que sabe la edad de Gail, pensó Doug. Interesante. Alguien ha hecho alguna búsqueda en Google.

–Bueno, no utilices la palabra «basura» para referirte a alguien cuyas opiniones no coinciden con las tuyas –le dijo Doug–. Gail es... una persona estupenda. Tiene principios muy firmes.

–Ah... –intervino Francesca–, y por eso te acuestas con ella.

Coriander, que no estaba dispuesta a aceptar la reprimenda de su padre, dijo:

–¿En serio? ¿No multaron a la constructora de su marido por la pésima calidad de sus viviendas sociales?

(De modo que había buscado más información en Google.)

–Hubo algunos problemas... –empezó Doug, pero ella lo interrumpió.

–El típico constructor judío.

–Eh. –Doug alzó un dedo admonitorio–. Cuidado con este tipo de comentarios. –Ya se había percatado con anterioridad: su entusiasta apoyo a la causa palestina podía derivar en un antisemitismo automático–. En cualquier caso, está divorciada de su marido. Lleva ya tiempo divorciada. ¿Qué te parece si cenamos los tres un día de esta semana?

–Esta semana estoy ocupada.

–¿Cómo que estás ocupada? El curso ya ha terminado, ¿no?

–Tengo que preparar el viaje a Bogotá. De hecho... –se levantó y se colgó el bolso del hombro– ahora mismo debería estar comprando varias cosas.

–¿Bogotá? ¿Desde cuándo te vas a Bogotá? –De nuevo se volvió hacia Francesca–. ¿Tú estabas enterada de esto?

–Me enteré ayer. Se va con Tommy. Por lo visto llevan un montón de tiempo planeándolo.

–¿Quién es Tommy?

–Creo que su novio –dijo Francesca. Una explicación que provocó que Coriander le lanzase el tipo de mirada compasiva que un cura mayor le podría dedicar a un novicio que todavía vive en un estado de total ignorancia y que respondiese con desdén:

–Novio/amigo, amigo/novio. Es solo un chico con el que me acuesto de vez en cuando. ¿Por qué vuestra generación tiene que ser tan jodidamente *binaria* con todo?

Dicho lo cual, salió del café.

Doug, agobiado, contempló cómo se alejaba y dijo:

–Ha ido de coña.

–¿Qué hemos engendrado? –preguntó Francesca, reflexionando en voz alta. Dio un sorbo a su frapuchino e intentó ver el lado positivo–: Al menos tenemos una hija que se preocupa por el mundo. Supongo que eso ya es algo.

–Pero ¿realmente lo hace? A veces tengo la sensación de que tan solo es adicta a sentirse ofendida por las actitudes de los demás.

–Tal vez. Quizá la universidad la calme un poco.

Doug soltó una risotada escéptica.

–¿Sabemos a cuál va a ir?

–Quiere seguir en Londres. Aunque obviamente sin vivir con ninguno de nosotros.

–Obviamente.

Se produjo un momento de silencio durante el cual ambos progenitores siguieron reflexionando sobre el errático comportamiento de su hija. Pasado un rato, Francesca preguntó:

–¿Vas en serio con esa mujer? ¿Con Gail?

–Bastante en serio, sí. A nuestra edad ya no estamos para polvos de una noche, ¿no crees?

Francesca esbozó una sonrisa tristonosa.

–Supongo que no. ¿Cómo os conocisteis?

–En una fiesta en la Cámara de los Comunes. Una recepción con copas. Conectamos. No sé por qué. –Apretó un instante la mano a su exmujer pero el gesto cariñoso no surtió efecto–. ¿Y qué me dices de ti?

–Oh, no va mal –respondió ella con forzado entusiasmo–. Vamos tirando, ya sabes. –Y en ese momento recordó algo que quería contarle–: El otro día tuve una reunión con un antiguo amigo tuyo del colegio, Ronald Culpepper.

–¿Culpepper? Dios mío. ¿Para qué quedaste con él?

–Quería que le organizase un evento para recaudar fondos para su organización benéfica. La Fundación Imperium.

Doug soltó una risotada de incredulidad e indignación.

–Ostras, tiene narices el tío. Deberías saber tres cosas sobre Culpepper. Una, no necesita donaciones de caridad de nadie; tiene millones. Dos, la Fundación Imperium no es exactamente una organización benéfica, es un *think tank* ultraderechista que aboga por el libre comercio y ayuda a grandes empresas americanas a entrar en el mercado británico. Sobre todo a empresas de los sectores de atención sanitaria y de prestaciones sociales.

Francesca reflexionó unos instantes y dijo:

–Son dos cosas. ¿Y la tercera?

–Es un hijoputa redomado.

Doug logró la promesa de Coriander –a través de Francesca– de que le enviaría mensajes desde Colombia para confirmarle que estaba bien. De todos

modos, el primero no llegó hasta una tarde de la primera semana de agosto, el día que él estaba invitado a la cena de celebración de Benjamin. Doug conducía en medio de un tráfico muy denso cuando su móvil emitió un zumbido. Tuvo que leerle el mensaje Gail.

–Dice «Por aquí todo bien».

–¿Sí? ¿Y qué más...?

–Eso es todo.

–¿«Por aquí todo bien»? ¿En serio? ¿Esto es todo lo que tiene que contarle a su padre después de diez días viajando?

–Supongo que es mejor esto que nada –dijo Gail–. ¿Por qué nunca estás tan preocupado por recibir noticias de tu hijo?

–Porque él está en Londres, que es más seguro que Bogotá.

–No es por eso. Es porque las hijas manejan a sus padres como les da la gana.

Gail tenía un hijo, Edward –que en breve se iba a marchar a la universidad–, y una hija, Sarah, que era bastante más pequeña. Últimamente, Doug pasaba mucho tiempo con ellos y le fastidiaba que Gail todavía no hubiera conocido a sus hijos.

–Cuando Corrie vuelva, me aseguraré de que os conozcáis –prometió.

–No hay ninguna prisa –dijo Gail–. Tengo la sensación de que va a ser nuestra primera prueba de fuego. Y no estoy segura de estar preparada. Primero veamos cómo va mi primer encuentro con tus amigos.

En lugar de tomar el tren, habían decidido desplazarse en coche desde casa de Gail (una impresionante casa adosada de tres plantas en Earlsdon, uno de los distritos más ricos de Coventry) hasta la cena de Benjamin, que se celebraba en el centro de Birmingham. Para ello tomaron la A-45, una concurrida carretera de doble sentido, en cuyos márgenes se podían entrever restos del shakespeariano bosque de Arden detrás de los hoteles, los edificios industriales y el siempre activo aeropuerto de Birmingham. Mientras Doug conducía, Gail se leía a toda prisa las últimas páginas de la novela de Benjamin, que estaba decidida a terminar antes de conocerlo.

–Bueno –dijo, dejando el libro cuando ya se acercaban al centro de la ciudad–, qué deprimente es. Está muy bien escrito, pero es deprimente.

–La melancolía –comentó Doug– es un estado muy propio de Benjamin. La melancolía inglesa en particular. Con una guarnición de mórbida nostalgia.

–La velada promete ser divertida.

–No te preocupes. Todo eso lo deja para los libros.

–Recuérdame quién más va a estar en la cena.

–Estará Philip Chase, que fue compañero nuestro en el colegio, y su mujer, Carol. Es su segunda mujer. Probablemente también esté la hermana de Ben, Lois, y su marido, aunque a ella no le gusta demasiado tener que desplazarse al centro de la ciudad.

–¿Por qué no?

–La pone nerviosa. Estaba allí la noche de las bombas en los pubs. No dentro, pero... en medio de todo. Donde sucedió. Vio morir a su novio.

–Caray. Pobre mujer.

–Todavía no lo ha superado.

–Creo que uno nunca se recupera del todo de algo así. ¿Benjamin vive con alguien, o la melancolía inglesa ya no funciona como imán tal como solía?

Doug sonrió y dijo:

–Según las últimas informaciones que tengo de él, esta soltero. Antes, claro, estuvo casado durante años, pero de eso hace tiempo.

–¿Tiene hijos?

–No con su esposa. Tiene una hija, Malvina, que vive en Estados Unidos, pero nunca hablamos de ella.

–Qué complicado. ¿Algo más de lo que no se pueda hablar?

–No, creo que estás a salvo. Puede que la sobrina de Ben, Sophie, también esté en la cena. Es hija de Lois. Y tal vez también Steve Richards, otro viejo amigo nuestro.

Pero Steve no estaba; de hecho, él y su mujer estaban de vacaciones. Y cuando Doug preguntó si Sophie iba a venir, su madre le respondió:

–Le hubiera encantado, pero está en Ámsterdam. La están entrevistando para un documental sobre Vermeer. –Con el tono en que lo dijo, intentó que pareciera que no le daba demasiada importancia.

–Oh, ¿así que ahora sale en televisión? –dijo Doug, impresionado.

–Bueno, solo es Sky Arts...

Estaban sentados en el bar del restaurante, con una botella de champán a modo de aperitivo. Doug presentó a todos a Gail como «el rostro aceptable del Partido Tory». Philip puso empeño en buscar una copa para ella y servirle champán, y después la invitó a sentarse a su lado.

–Vamos –dijo Doug–, cuéntenos cómo ha sido. Parece la elección más rara para un premio desde que la Unión Europea ganó el Nobel de la Paz en 2012.

–Todavía no he ganado nada –advirtió Benjamin–. Todavía no estoy siquiera entre los finalistas. Solo estoy entre los preseleccionados. –Pero no lograba

borrar la sonrisa de su cara. Lois, que estaba sentada a su lado, comentó lo bonita que era esa sonrisa y lo poco que la había visto durante todos esos años.

–Bueno, la verdad es que decidí presentarla al premio –intervino Philip– porque pensé: ¿y por qué no probar? Aunque no creía que tuviese la más mínima posibilidad de ser seleccionada..., disculpa, Benjamin, no quisiera que sonase...

–No pasa nada –dijo Benjamin–. Te entiendo perfectamente.

–Y una vez hecho, me olvidé por completo del tema, hasta que el pasado miércoles recibo una llamada del todo inesperada. De los coordinadores del premio en Londres.

–Alucinante. Catapultado directamente a la primera división. Vamos, Ben, debes haber alucinado. Este año ni siquiera Lionel Hampshire está en la lista de preseleccionados.

Era cierto. Cuando se anunció la lista, los pocos periódicos que se tomaron la molestia de dar la noticia habían destacado que el distinguido hombre de letras ese año había sido –expresándolo con la jerga habitual en esos casos– «desdeñado» por el jurado, que por lo visto no había quedado muy impresionado por su breve y extravagante sexta novela, *Una curiosa alineación de alcachofas*.

–No me extraña –dijo Lois–. He leído el libro y es una porquería. No le llega a la suela del zapato al tuyo.

–¿Y Ladbroke's ya ha anunciado cómo están las apuestas? –preguntó Doug–. ¿A cuánto se paga que acabes ganando?

–De momento, cien a uno.

–Vaya. Todo un voto de confianza. De todos modos, es una apuesta que vale la pena.

–No voy a ganar –aseguró Benjamin–. Ni siquiera me van a seleccionar entre los finalistas.

–¿Y qué? –dijo Philip–. Carol y yo hemos estado trabajando a toda máquina. Todas las Waterstones del país han pedido media docena de ejemplares. Las ventas han aumentado un trescientos por ciento. El teléfono no ha parado de sonar. Ben se ha convertido en noticia periodística. La noticia más jugosa: un intrépido forastero contra los pistoleros más reputados. Los ingleses adoran a los presuntos perdedores. He estado en la radio local hablando de él. Me han entrevistado por teléfono los de Radio Cuatro. Y dos periódicos van a venir la semana que viene a entrevistar a Ben.

–¿Nacionales?

–Nacionales.

Doug alzó la copa.

–Bien hecho, colega, te lo has currado. Nadie se lo merece más que tú. –Miró a su alrededor para comprobar que todos estaban listos para brindar–. Por Benjamin.

–Por Benjamin –respondieron al unísono.

Benjamin se sentía superado. Mirando las caras sonrientes a su alrededor –las caras de sus más viejos y más íntimos amigos, la cara de su querida hermana, incluso la cara de Gail (a la que acababa de conocer, pero que ya le parecía simpatiquísima)tuvo la sensación de estar ahogándose en la agonía más placentera posible. Tímido la mayoría de las veces (y esa era una de esas veces), nunca muy hábil con las palabras a menos que pudiera darles muchas vueltas antes de verterlas en el papel, en esos momentos estaba disfrutando de una felicidad tan completa que era imposible expresarla. Lo único que se veía capaz de hacer era –como siempre– recurrir a subestimarse y menospreciarse.

–Gracias a todos –dijo–. Pero no nos dejemos llevar por la euforia. Esto no es más que una lotería y yo he tenido mucha suerte.

–Pues *disfruta* de ella, por el amor de Dios –dijo Philip, dándole una palmada en la espalda–. La mayoría de la gente no consigue siquiera quince minutos de fama.

–Yo no creo que esto me haga famoso...

–¡Oh, Ben! –le reprendió Lois.

–Van a venir varios periodistas a entrevistarte, ¿no? –dijo Doug–. Tu foto saldrá en el periódico. Mujeres hermosas van a caer rendidas a tus pies. Te reconocerán por la calle.

Benjamin, todavía apocado, se percató de que alguien le estaba tocando el hombro. Se volvió y se topó con una rubia –que podía ser descrita, sin demasiada exageración, como guapa– plantada a su lado, a la espera de captar su atención.

–Disculpe –le dijo, con una deliciosa vacilación en su voz que bien podría haberse atribuido a la admiración–. ¿Es usted..., es usted Benjamin Trotter?

Los demás guardaron silencio. Era como si estuviesen asistiendo en directo al inicio de la nueva vida de Benjamin.

–Sí –respondió él, tratando de mostrarse seguro de sí mismo. Y a continuación repitió, con una voz más firme y desenvuelta–: Sí. Sí, soy yo.

–Estupendo –dijo la mujer–. Su mesa está lista.

Agosto de 2015

La ceremonia de apertura de los Juegos Olímpicos de 2012 tuvo un efecto profundo y concreto en Sohan. Cambió el rumbo de sus investigaciones, que, tras este evento, se centraron en la representación literaria, cinematográfica y musical del carácter inglés. Después de trabajar en el tema varios meses, quedó fascinado sobre todo por el concepto de «Inglaterra profunda», un término que empezó a encontrarse cada vez más a menudo en artículos de prensa y en publicaciones académicas. ¿Qué quería decir exactamente? ¿Era un fenómeno psicogeográfico que hacía referencia a las plazas ajardinadas, al tejado de paja del pub local, a las cabinas de teléfono rojas y al sutil golpeteo de la pelota de críquet con el bate? ¿O para comprenderlo en profundidad debía uno sumergirse en los textos de Chesterton y Priestley, de H. E. Bates y L. T. C. Rolt? ¿Ayudaba ver *Un cuento de Canterbury* de Michael Powell, o *Went the Day Well* de Cavalcanti? ¿Su destilación musical se encontraba en las obras de Elgar, Vaughan Williams o George Butterworth? ¿Los cuadros de Constable? ¿O su expresión más potente, de hecho alegórica, era la que le había dado J. R. R. Tolkien cuando creó la Comarca y pobló su idílico paisaje pastoral de hobbits intrépidos y estrechos de miras, dados a la somnolencia y la autocomplacencia cuando se los dejaba a su aire, pero fieros cuando los provocaban, y los mejores compañeros –aunque de entrada pareciera improbable– cuando había una crisis que resolver? Tal vez también hubiera una conexión, incluso un parentesco esencial, con el ideal francés de la *France profonde...* Sohan debatía sobre esto con frecuencia con Sophie, las noches de los martes y miércoles en las que ella se quedaba a dormir en su apartamento de Clapham, pero nunca lograban definir con claridad sus respectivas posturas ni resolver la gran pregunta de qué era exactamente la Inglaterra profunda o dónde se encontraba. Pero la mañana del domingo 9 de agosto de 2015 Sophie tuvo la sensación de que se había acercado más que nunca a la resolución del misterio. Decidió que si la Inglaterra profunda existía estaba allí: en el quinto hoyo del club de golf de Kernel Magna.

Contempló, en parte perpleja, en parte con resentida admiración, cómo Ian

estudiaba la colocación de la bola al inicio de la calle y rápidamente, sin dudar, sacaba el palo adecuado de la bolsa.

–Un hierro siete –le explicó, como si eso significase algo para ella.

–Buena elección.

Lo dijo con un tonillo que pretendía evidenciar –o eso pensó ella– que no tenía ni idea de lo que le estaba diciendo, pero Ian se estaba colocando junto a la bola y midiendo la distancia hasta el green, y estaba por tanto demasiado ocupado para percatarse.

El instante antes de golpear la bola fue un instante de quietud casi absoluta. Se oyó el piar de un pájaro, pero eso no hizo más que enfatizar el profundo silencio reinante. Allí no había ni rastro de ruido de tráfico, ni el más leve murmullo de la cercana M-40: tal vez fuesen los árboles los que lo amortiguasen, la elegante hilera de robles y alerces que bordeaban el lado este de la carretera y sellaban ese paisaje trazado con compás. El sol caía a plomo desde el cielo limpio de nubes, de un immaculado azul cerúleo. La mañana era una sinfonía de azules y verdes: sobre la cabeza de Sophie, el cielo; a su derecha, a lo lejos, el resplandeciente azul del agua de un pequeño lago artificial; a su alrededor, las diversas gamas de verde, por obra de la naturaleza y de la mano del hombre, sumamente relajantes y placenteros para la mirada. El tiempo parecía detenido. Se apoderó de ella una sensación de inmensa relajación. Allí todo dejaba de tener relevancia; en este precioso espacio enclaustrado no había nada más importante que la sencilla y diáfana tarea de meter una pequeña bola en un pequeño hoyo con el menor número de golpes posible.

Ian siguió meciéndose ligeramente a un lado y a otro hasta ajustar su centro de gravedad; situó el palo cuidadosamente contra la bola una vez más y entonces lo balanceó hacia atrás y después hacia delante con un movimiento preciso y contundente. La bola se elevó por los aires, describió un arco perfecto, desapareció un momento de vista y unos segundos después cayó en el green y fue rebotando hasta detenerse a unos dos metros del hoyo.

–Fantástico –dijo la señora Bishop, plantada justo detrás de él.

–Muy buen golpe, desde luego –añadió el señor Bishop, desde donde se le había quedado atascada la bola fuera de la calle.

El señor Hu, el último miembro del cuarteto, no dijo nada. Estaba en mitad de la calle y empezó a caminar, tirando de su carrito, hacia su bola, que había aterrizado muy cerca de un banco de arena.

–Eres muy bueno –le dijo Sophie a Ian, mientras este guardaba el palo en la bolsa.

Él sonrió y respondió:

–Tengo días mejores que otros.

Avanzaron bajo la luz del sol. Él la abrazó.

Ese nuevo hábito de jugar al golf cada domingo por la mañana había generado tensión entre ellos los últimos meses. A Ian siempre le había gustado ese deporte, pero ahora los partidos semanales se habían convertido en sacrosantos: tres horas en el campo, normalmente con Simon Bishop y sus padres, y a continuación comida con su madre o bien en casa o bien en el club. Eso, combinado con los partidos de fútbol de los sábados, significaba que buena parte de los fines de semana se consagraba al deporte, y Sophie se pasaba un montón de horas cada sábado y cada domingo sola en casa.

–El problema es –había dicho Sophie, ya bastante ebria, con la mirada clavada en el *schnapps* que quedaba en su vaso, asombrada por lo fuerte que era– que no sé si nos estamos distanciando o si siempre hemos estado así de distanciados y ahora nos empezamos a dar cuenta.

Sigrid, la directora del documental de Sky Arts sobre Vermeer, se había inclinado hacia delante y le había acariciado el brazo a Sophie. Ya eran casi las dos de la madrugada y eran de los últimos clientes que quedaban en el bar cavernoso y poco iluminado en la Gravenstraat.

–Tener un montón de cosas en común con tu pareja –le dijo– no significa nada. Pieter y yo compartíamos los mismos intereses, las mismas ideas políticas, las mismas opiniones... ¿Y adónde me ha conducido eso?

Ya le había contado a Sophie, con cierto detalle, la historia de su desastroso matrimonio, que había empezado como una unión de almas gemelas y acabó en violencia doméstica.

–Pieter resultó ser un cabronazo –dijo–. Un cabronazo mentiroso. Un cabronazo que me engañaba. Un cabronazo violento. ¿Tú crees que tu marido es un cabronazo?

–No –respondió Sophie–. Desde luego que no.

–¿Le quieres?

Sophie dudó. Le parecía una pregunta imposible de responder.

–Supongo que...

–¿Te parece agradable?

–Sí –respondió sin dudarle.

–¿Confías en él?

–Sí.

–¿Le confiarías tu vida?

–Sí, lo haría.

–Entonces, por el amor de Dios, sigue con él. ¿Qué más da si ha votado a los conservadores en las elecciones y tú votaste a los laboristas? Eso no es lo más importante en la vida. Mi exmarido era socialista y una noche me dio un puñetazo en la cara porque volví a casa tarde después de salir con una de mis amigas.

–Sí –dijo Sophie–. Tienes toda la razón.

–Si crees que os estáis distanciando, intenta acercarte más a él. Haz un esfuerzo. Él se dará cuenta e intentará acercarse más a ti.

Sophie asintió dubitativa y repitió:

–Acercarse más a él...

–No sé... Acompáñalo a uno de esos estúpidos partidos de golf. Muestra buena disposición. ¿Qué puedes perder? Al menos harás un poco de ejercicio y respirarás aire puro.

Y por eso allí estaba ella unos días después. Pasando la mañana del domingo en el club de golf de Kernel Magna, un lugar en el que cinco años atrás no se habría ni imaginado que pondría un pie. Y, cogida del brazo de su marido bajo el sol, pensaba que por fin había entendido qué era eso de la Inglaterra profunda y que tampoco estaba tan mal.

–¿Qué crees que pensará de esto? –le preguntó a Ian señalando con un movimiento de la cabeza al señor Hu.

–Supongo que en China tendrán campos de golf –dijo él.

–Sí, claro, pero... esto. –Hizo un gesto señalando lo que tenía alrededor–. Es tan estereotipadamente inglés. Me pregunto si le parecerá exótico.

–Seguro que le encanta.

El señor Hu Dawei estaba de visita en Gran Bretaña durante unos días para consolidar las relaciones empresariales con Andrew Bishop, el padre de Simon. Andrew se había pasado su vida laboral en una vaquería y durante ese tiempo había transformado lo que empezó siendo una pequeña granja familiar en un negocio agrícola internacional en constante expansión. Estaba a punto de cumplir sesenta y cinco años, pero no mostraba ningún atisbo de querer jubilarse o de haberse quedado sin ideas; hacía poco había descubierto un mercado de exportación con grandes posibilidades en China, donde la leche británica gozaba de muy buena reputación y había una elevada demanda sobre todo de leche UHT. El señor Hu estaba alojado en la preciosa granja del siglo XVIII de los Bishop desde el jueves, lo habían paseado por los establos donde se ordeñaba y por la planta procesadora, había pasado la tarde del sábado en Stratford-upon-

Avon con el señor Bishop y la visita había culminado en la Royal Shakespeare Company para ver una representación de *Coriolano*, y esa mañana tenía la posibilidad de demostrar su destreza con el golf, que era impresionante. (Resultó que tenía un hándicap tres.) Jugaba con Andrew contra Ian y la señora Bishop – Simon trabajaba todo el fin de semana– y después de cuatro hoyos ya iban dos por delante.

–Vamos, Mary –dijo Ian, situado cerca de su compañera de equipo mientras esta se preparaba para golpear la bola–. Podemos hacerlo. Podemos remontar.

La bola de Mary estaba en el centro de la calle, pero había quedado a unos cincuenta metros del green. Si lograba colocarla lo bastante cerca todavía podía acabar ese hoyo en par. Pero no logró darle a la bola el efecto deseado: había calculado bien la distancia, pero aterrizó justo fuera del green.

–¡Porras! –exclamó.

–No pasa nada –dijo Ian–. Todavía no está todo perdido.

Pese a los ánimos, Mary iba negando con la cabeza mientras avanzaba, reprensiéndose a sí misma por el mal golpe.

–He oído que has estado en Ámsterdam –le dijo a Sophie, mientras se acercaban al green–. Es una ciudad preciosa, ¿verdad que sí? Estuve una vez, hace muchos años, en un viaje del Instituto de Mujeres. ¿Te lo pasaste bien? Es importante desconectar de vez en cuando, ¿verdad?

–Bueno –respondió Sophie–, no eran exactamente unas vacaciones. Pero aun así...

–Andrew y yo procuramos hacer una escapada cada dos meses –explicó Mary, que no parecía una persona demasiado interesada en escuchar a los demás–. Este año hemos ido a..., déjame pensar..., a Budapest; a Sevilla, que fue una delicia; a Bari..., un marisco excelente; a Tallin...

–Ah, vaya –dijo Sophie–. Nosotros también hemos estado en Tallin. Unas horas. Era una de las escalas de nuestro...

–Y todo con vuelos directos desde el aeropuerto de Birmingham –continuó Mary–. ¿No es fantástico? En los últimos años se ha convertido en todo un hub internacional. Hemos estado en sitios de Europa que de otro modo ni se nos habría ocurrido visitar.

–Estupendo –fue todo lo que se le ocurrió decir a Sophie.

–¿Qué necesidad hay hoy en día de irse hasta Heathrow o Gatwick? Tenemos toda Europa a nuestro alcance desde aquí.

Hasta el séptimo hoyo Sophie no entabló conversación con el señor Hu. Con su bola a unos treinta metros del green, sacó un hierro ocho e intentó un golpe arriesgado, por encima de un gran búnker, que logró sobrepasar sin que la bola se le fuese más allá del green, le aterrizó a una distancia muy cómoda para acabar con un solo golpe más.

–No soy una experta –le dijo Sophie–, pero diría que es usted muy bueno en este juego.

–En casa –le respondió él–, juego dos o tres veces por semana. Pero esto es diferente. Esto es especial.

–¿Qué quiere decir?

–Aquí es donde hay que jugar al golf –dijo él, señalando a su alrededor–. En Inglaterra. En la «verde y plácida» Inglaterra. –Se dirigieron hacia el green–. Usted es profesora en la universidad, ¿verdad? Entonces conocerá a William Blake.

–Un poco. Más como artista que como escritor, si le soy sincera.

–Su poema «Jerusalén» es muy bonito. Pero me desconcierta.

–¿Por qué?

–«Y Jerusalén fue arquitecturizada aquí.» Dice eso, ¿verdad? Pero la palabra «arquitecturizada» no existe. No es correcta.

–Supongo que no. Pero «arquitecturizada» queda bien en el verso.

El señor Hu reflexionó sobre el comentario y sonrió admirado.

–¿Sabe?, esto es lo que me gusta de los ingleses. Todo el mundo cree que son gente muy prudente y conservadora. Pero ustedes siempre rompen las reglas. Si con eso consiguen lo que quieren, no les importa romper las reglas. –Se rió, encantado–. ¡Incluso William Blake!

Hasta el hoyo diez Sophie no entabló conversación con Andrew Bishop.

–Me temo que para ti debe ser un modo muy aburrido de pasar tu mañana de domingo –le dijo él. Una vez más se le había ido la bola fuera de la calle y Sophie le estaba ayudando a buscarla.

–Para nada –replicó ella–. He aprendido un montón de cosas.

–¿En serio? ¿Como qué?

–He aprendido lo que significa par. He aprendido la diferencia entre un wedge y un driver. He aprendido que un birdie es uno bajo par, un eagle dos bajo par, y un albatros tres bajo par, pero ese casi nadie lo consigue.

–Muy bien. Aunque no sé si esta información te va a ser de alguna utilidad en

tu trabajo.

–Nunca se sabe. En el mundo académico a todo se le puede acabar sacando provecho.

–Supongo que sí. ¡Ah, aquí está!... Oh, vaya por Dios.

La bola no solo estaba metida entre hierbajos, sino que encima había quedado tan pegada al tronco de un tejo joven que resultaba imposible jugarla. Andrew tuvo que recogerla y lanzarla por encima de su espalda, con lo que perdió un golpe.

–También he aprendido –dijo Sophie, mientras él sacaba un hierro cinco– que Gran Bretaña exporta leche a China. Algo que hasta hoy ni se me había pasado por la cabeza.

–Maldita sea. –Dio un golpe desastroso: la bola avanzó solo unos metros, sin llegar a meterse en la calle. Andrew avanzó hasta ella sin cambiar de palo–. Sí, es asombroso, ¿verdad? Hace unos años no me habría imaginado que fuera posible. Y desde luego no me habría imaginado que yo sería uno de los exportadores a ese mercado. Al principio resultó muy desmoralizador. Pero mi hijo fue de mucha ayuda en el arranque del negocio. No me refiero a Simon, sino a su hermano Charles. Vive en Hong Kong, trabaja para el HSBC. De modo que conoce esa parte del mundo. ¿Y sabes qué? Una vez que lo pusimos en marcha, aparte de los problemas idiomáticos, resultó que el papeleo era mucho más sencillo que el que tengo que presentar con la Unión Europea.

–¿En serio? Es increíble.

–En realidad no. Esa gente de Bruselas son una pesadilla. Todo son trámites burocráticos. –Golpeó la bola, logró elevarla limpiamente por el aire y fue a caer en el centro de un búnker que había a unos treinta metros–. Una auténtica pesadilla.

–¿Te lo estás pasando bien? –le preguntó Ian a Sophie mientras caminaban juntos por la calle del hoyo catorce. Era un par tres e Ian tenía la posibilidad de conseguir un birdie, ya que con el primer golpe había logrado colocar la bola justo al borde del green.

–No creo que vaya a repetir muy a menudo –le respondió ella–. Pero no ha estado mal.

–Bueno, al menos ahora ya sabes a qué dedico mis mañanas dominicales y que no se trata de ningún lío de faldas.

Siguieron avanzando. Había tal silencio que Sophie oía el ruido de las ruedecillas del carro de Ian al girar y sus propios pasos al pisar la mullida hierba.

–Qué tranquilidad hay aquí –dijo–. Entiendo que te guste.

–Sí –dijo él–. ¿No sería maravilloso pasar todo el tiempo en un sitio así? En un sitio con tanta paz.

–¿Te refieres a vivir en un sitio como este?

–Sí.

–¿No es el tipo de cosa que uno planea para cuando se jubile?

–Yo creo que es más bien el tipo de cosa que la gente hace cuando se siente preparada para tener hijos.

Sophie se puso rígida y aminoró el paso.

–No podemos tener este tipo de conversación ahora –le dijo–. No estoy preparada. Ya lo sabes.

Ian se detuvo. Se quedó mirándola, con los brazos en jarras, mientras ella seguía caminando.

En la comida se les unió la madre de Ian. Sophie dio por supuesto que llegaría con su propio coche, pero mientras ella e Ian atravesaban la zona pavimentada en el exterior del club, vio acercarse un vehículo que no le era familiar, con Helena en el asiento del copiloto. La persona que conducía parecía Grete. Aparcaron y Helena salió poco a poco con la ayuda de Ian y se apoyó en él para caminar hasta la puerta del club. Sophie se acercó al costado del conductor para hablar con Grete.

–Gracias –le dijo–. Eres muy amable.

–Encantada de poder ayudar –replicó ella–. Sé que ya no le gusta demasiado conducir.

–¿Quieres entrar y tomarte una copa con nosotros?

–No, gracias. La verdad es que quería tener una conversación con la señora Coleman y acompañarla me ha ofrecido la posibilidad. Si te soy sincera, me siento culpable, porque le he presentado mi renuncia.

–Oh, no –dijo Sophie–. Pero si os habíais convertido en buenas amigas.

–Me gustaría pensar que así ha sido –dijo Grete–. Llevo mucho tiempo yendo a su casa. Cuatro años. Pero lo dejo por un motivo grato. Mi marido y yo vamos a tener un hijo.

Tras la conversación con Ian en el hoyo catorce, esa noticia impactó de un modo especial a Sophie. Grete era como mínimo cinco años más joven que ella. Pero se las apañó para decirle, con bastante sinceridad:

–Qué buena noticia. Felicidades. ¿Para cuándo lo esperas?

–Para dentro de cinco meses.

–Fantástico. –Trató de recordar algunos detalles sobre el marido de Grete, más allá de su nombre–. ¿Lucas todavía trabaja en...?

–En el restaurante, sí.

–¿Dónde estaba el restaurante?

–En Stratford. Lo han ascendido a encargado.

–Fantástico –repitió–. Me alegro mucho de que todo os vaya tan bien.

–Gracias –dijo Grete. Mientras se alejaba con el coche, Sophie vio que sonreía para sus adentros, una sonrisa íntima que no pudo evitar envidiar.

El comedor del club no era tan estirado como se había temido –el código de vestimenta, por lo que podía ver, era «informal», lo cual como mínimo significaba que los hombres no estaban obligados a llevar corbata–, pero aun así se sintió fuera de lugar. En primer lugar, era muy consciente de que ella e Ian eran las personas más jóvenes de la sala; no veía tal despliegue de canas desde el crucero Legend. La comida era más bien indigesta. Había que acercarse a un mostrador y hacer cola para que te sirvieran lonchas de carne de ternera o cerdo muy hecha en un asador, con una guarnición de patatas asadas y verduras, que el señor Hu, tras observar las maniobras de los comensales que le precedían, bañó debidamente con una densa salsa marrón, sin poder evitar una expresión de perplejidad mientras procedía.

Durante la comida, los altavoces de la sala no emitieron ninguna música de fondo. Tan solo se oía el murmullo de las conversaciones corteses y sin tonos de voz altisonantes de unos cuarenta hombres y mujeres de provecata edad que o bien ya habían jugado, o iban a hacerlo después, sus tres horas y media de golf.

–¿Te ha contado tu madre lo de Grete? –le preguntó Sophie a Ian, después de sentarse a su lado.

–Sí –respondió él.

–¿Cómo se lo ha tomado?

Ian la miró, un poco perplejo.

–Bien. La agencia le encontrará enseguida una sustituta.

–Tal vez la eche de menos.

–Tal vez.

–Quizá sigan en contacto.

–Puede que sí.

–Por lo visto su marido es el encargado de un restaurante en Stratford. Podríamos llevar a tu madre un día.

–Buena idea. –Después del primer bocado, Ian se dio cuenta de que Sophie

todavía no había empezado a comer y tenía la mirada perdida, como embobada—. ¿Te pasa algo?

—Perdón —dijo ella—. Supongo que estoy un poco cansada. Ha sido uno de los paseos más largos que he dado en años. Y no pensaba que me llevaría a donde me ha llevado.

—¿Qué quieres decir?

—Aquí —dijo ella—. A los años cincuenta.

Ian sonrió indulgente ante la broma, pero al principio no hizo ningún comentario. Se concentró en asegurarse de que su madre tenía suficiente vino en la copa y le pasó la sal y la pimienta. Finalmente dijo:

—A ti te puede parecer que estás en los años cincuenta, pero para cierta gente esto es una parte de la Inglaterra de 2015 del todo normal. No lo desprecies solo porque no es a lo que estás acostumbrada.

—¿De 2015? ¿En serio? —dijo Sophie, y señaló un cuadro que colgaba de la pared frente a la mesa—. ¿Con eso observándonos?

El lienzo mostraba a una docena de jinetes ataviados con chaquetas rojas y gorros galopando por el campo y saltando sobre setos en persecución de un escurridizo zorro, al que se veía correr para salvar el pellejo en una esquina, mirando hacia atrás con ojos aterrados.

—Vaya —dijo el señor Hu—, esto es algo que me haría mucha ilusión ver. Una tradicional cacería británica. Señor Bishop, ¿tal vez podría usted arreglarlo para mi próxima visita? Como mero espectador, claro está. Sé manejar un palo de golf, pero no montar a caballo.

Andrew sonrió.

—Me temo que no es tan sencillo.

—¿Por qué?

Se produjo un silencio general y todos se preguntaron quién le iba a dar el notición. Finalmente fue Mary la que se decidió a tomar la palabra.

—Me temo que actualmente la caza del zorro está considerada en este país una actividad criminal —explicó—, hace ya varios años que está prohibida.

—¿Prohibida? Qué raro. No lo sabía. —Se metió en la boca un buen pedazo de carne y, mientras lo masticaba con parsimonia, dijo—: Claro, los británicos son famosos por su amor a los animales.

—Fue una ley aprobada por el último gobierno laborista —le aclaró Andrew—, y tenía poco que ver con la protección del bienestar de los animales y mucho con el resentimiento de clase.

—Entonces tal vez esa ley podría ser revisada —sugirió el señor Hu.

Mary y Helena dejaron escapar unas breves risitas desdeñosas.

–Después de todo, al menos ustedes –dijo el señor Hu con tono circunspecto– viven en un país libre y democrático.

–Me temo que está usted equivocado –dijo Helena–. Inglaterra no es en estos momentos un país libre. Vivimos bajo una tiranía.

–¿Una tiranía? –Con un tono cargado de emoción, el señor Hu dijo–: Por favor, señora, escoja con cuidado sus palabras.

–Le aseguro que utilizo el término muy consciente de lo que hago.

–Su señor Cameron no me parece un tirano.

–No me refería a eso. Un tirano no tiene por qué ser una persona. Puede ser una idea.

–¿Viven ustedes bajo la tiranía de una idea?

–Exacto.

–¿Y el nombre de esa idea es...?

–La corrección política, desde luego –respondió Helena–. Seguro que ha oído hablar de ella.

–Desde luego. Pero no relacionándola con la tiranía.

Helena dejó sobre la mesa el cuchillo y el tenedor y dijo:

–Señor Hu, nunca he estado en China, y no tengo ninguna intención de menospreciar las difíciles condiciones en que viven ustedes allí. Pero aquí en Gran Bretaña nos enfrentamos a problemas similares. De hecho, casi diría que nuestra situación es peor. Su censura es diáfana, la nuestra es encubierta. Todo se maneja bajo el disfraz de la libertad de expresión, porque así los tiranos pueden pretender que no pasa nada. Pero no tenemos libertad de expresión ni de ningún otro tipo. Las personas que antaño mantenían viva una gran tradición británica cazando a caballo con sabuesos ya no tienen la libertad de seguir haciéndolo. Y si alguno de nosotros trata de quejarse, se nos manda callar. No se nos permite expresar nuestros puntos de vista en televisión ni en los periódicos. Nuestra televisión pública nos ignora o nos trata con desdén. Votar acaba siendo una pérdida de tiempo cuando todos los políticos se suben al carro de las mismas opiniones en boga. Por supuesto que yo he votado por el señor Cameron, pero sin ningún entusiasmo. Sus valores no son los míos. De hecho, sabe tan poco sobre nuestros modos de vida tradicionales como sus oponentes políticos. Al final están todos del mismo lado, y no es de nuestro lado. Mire, como no lo veo muy convencido, le pondré otro ejemplo. Un ejemplo muy concreto. Hace un año mi hijo solicitó un puesto..., Ian, no me interrumpas, déjame acabar..., se presentó para un ascenso, y si hoy en día en este país imperasen la ecuanimidad

o la justicia, se lo habrían concedido. Pero en lugar de eso se lo otorgaron a la otra candidata, por sus antecedentes raciales y por el color de su piel. Lo hicieron porque..., Sophie, puedes mirarme así todo el tiempo que quieras, pero hay ciertas cosas que deben decirse en voz alta, alguien tiene que decirlas, y te diré otra cosa..., a mi hijo le han fastidiado la vida, se la han fastidiado gravemente, por esta absurda corrección política, y si tú, Sophie, sigues aceptando eso sin abrir la boca y no defiendes a tu propia gente y tus propios valores, también te acabará pasando a ti, tú vas a ser la siguiente. Soy una mujer mayor y puedo permitirme decir estas cosas, y las digo porque me rompe el corazón veros a los dos, una joven pareja estupenda como vosotros, pasándolo mal, teniendo que mantener dos trabajos, vivir en ciudades diferentes, sin poder veros durante la semana, sin tiempo para estar juntos y forjar una familia, y todo esto no estaría sucediendo, no estaríais en esta situación precaria, si Ian hubiera conseguido el trabajo. Y debería haberlo conseguido. Se lo merecía. Había trabajado duro para que se lo dieran y se lo merecía.

Sophie se pasaría varios días enojada consigo misma por no haber rebatido esa pataleta. Como el resto de los comensales, optó por clavar la mirada en el plato y no decir ni mu, aunque se le pasó por la cabeza que los demás no le rebatían nada porque estaban completamente de acuerdo con ella. La reacción del señor Hu resultó difícil de evaluar, más allá de quedarse atónito. Pero, de todos modos, Helena todavía no había acabado.

–La gente de la Inglaterra central –continuó, dirigiéndose directamente al invitado chino– ha votado por el señor Cameron porque no tenía ninguna otra opción razonable. La alternativa era inasumible. Pero si en algún momento nos llega la oportunidad de hacerle saber lo que de verdad pensamos de él, créame que no la dejaremos pasar.

–¿No lo vas a grabar? –preguntó Benjamin.

La periodista, que se llamaba Hermione Dawes, sonrió y negó con la cabeza. Tenía un cuaderno de notas abierto sobre el regazo, con un bolígrafo encima. Los rizos de cabello rubio le caían sobre los hombros y llevaba los labios pintados de un rojo intenso.

–Soy una chica chapada a la antigua –dijo–. ¿Empezamos?

–Claro –respondió Benjamin.

Se acomodó en el sofá y trató de relajarse. La visión a través de la ventana del discurrir del Severn solía tener un efecto balsámico, pero esta mañana no fue así. No podía quitarse de la cabeza la sensación de que Hermione (cuyos artículos, le había advertido Philip, podían a veces «ser un poco hirientes») estaba analizando con frialdad la casa y juzgando cada objeto, cada decisión de diseño, cada mueble.

–Tengo entendido que empezaste a escribir de muy joven, ¿es cierto?

–Sí, a los diez u once años. Recuerdo...

–¿Tus padres eran escritores?

–No, para nada. Mi padre trabajaba en la factoría de la British Leyland en Longbridge y mi madre se ocupaba de la casa. Era ama de casa.

–¿Y tú fuiste al colegio local?

–Estudí en el King William, que está cerca del centro de Birmingham. Lo eligieron mis padres.

–¿Crees que era el colegio adecuado?

–Supongo. Bueno... Hace poco he retomado el contacto con uno de mis amigos de primaria, al que no veía desde hacía más de cuarenta años, y el reencuentro me ha hecho ver cómo el sistema educativo británico puede..., ya sabes..., dividir a la gente.

–¿A qué se dedica él ahora? –preguntó Hermione, mientras garabateaba en el cuaderno.

–Es payaso.

Ella levantó la mirada.

–¿Payaso?

–Animador infantil.

–Vaya, en cualquier caso, es estupendo que hayas vuelto a contactar con él. ¿Fue en el colegio donde empezaste a tomarte en serio lo de la escritura?

–Bueno..., me alegro de que me hagas esta pregunta –dijo Benjamin–. Porque si echo la vista atrás puedo señalar el momento casi exacto. Era noviembre de 1974 y un amigo, que se llamaba Malcolm y de hecho era el novio de mi hermana, me llevó a un concierto en un club de la ciudad que se llamaba Barbarella. Uno de los grupos que tocaba se llamaba Hatfield and the North. Hoy en día llamaríamos a la música que tocaban «rock progresivo», pero ese término entonces no existía, y probablemente recordarás...

Hermione, como dedujo que Benjamin estaba esperando algún tipo de respuesta afirmativa, se limitó a decir:

–Yo nací en 1989.

–Ah, vale. De acuerdo. Bueno, sabes, lo que me cautivó de Hatfield and the North esa noche fue esa combinación de fresca, de originalidad, ese repensar por completo la forma, mientras que la música era muy fácil de escuchar, realmente seducía al oyente. Y pensé: «Esto es lo que tendría que hacer yo como escritor.» Por ejemplo, en su primer álbum había un tema titulado «Aigrette», escrito por el guitarrista, y si uno lo escucha con atención, no solo el tempo cambia cada pocos compases, sino que además hay unas extraordinarias modulaciones, unos cambios de tonalidad, y sin embargo la canción no deja nunca de ser pegadiza, muy atractiva para el oído. Y eso me hizo pensar que sí, que si lo que uno hace es fácil de seguir, si hay un hilo conductor sólido al que pueda asirse el lector, sea en términos de historia, de ideas o de personajes o de lo que sea, entonces...

Se dio cuenta de que hacía un rato que Hermione había dejado de escribir lo que decía.

–En cualquier caso –concluyó–, para mí fue un momento trascendental. Hatfield and the North. En el Barbarella. Noviembre de 1974.

–Muy bien. –Hermione apuntó algo más, o al menos simuló hacerlo–. ¿Y fue más o menos entonces cuando te enamoraste de esa chica y ella se convirtió en la inspiración de tu novela?

–Sí, más o menos.

–En el libro se llama Lilian. ¿Era su verdadero nombre?

–Me temo que no puedo decírtelo.

–Pero era una persona real, ¿verdad? ¿Sigue viva?

–Sí.

–De modo que tu libro no es exactamente una novela, es más bien una autobiografía con los nombres cambiados.

–No, esto es demasiado simplista. Tal como yo lo veo, está a caballo entre la ficción y la autobiografía. Me gusta explorar estos... intersticios.

–Intersticios. –Era una buena palabra. Por primera vez desde que había empezado la entrevista, Benjamin estaba orgulloso de algo que había dicho. Pero Hermione tampoco parecía haberlo anotado.

–Entonces iniciaste una relación sentimental con ella durante el último año de instituto, pero se rompió y ella se marchó a Estados Unidos a vivir con otra mujer.

–Sí.

–Tu novela arranca unos años después de eso. Estás escuchando un tema de un desconocido músico de jazz británico...

–De hecho es bastante famoso.

–... y algo en la música te trae un recuerdo muy vivo de esa relación y de pronto..., de pronto la vida se hace insoportable. Estás estudiando en Oxford y decides abandonarlo todo, dejarlo.

–Sí.

–¿Y eso cuándo sucedió?

–Fue en el otoño de 1983. Estaba empezando mi segundo año de Filosofía en Balliol. Lo que recuerdo, aparte del momento, obviamente, es que Boris Johnson apareció ese trimestre. De hecho, su habitación estaba en el mismo pasillo que la mía.

Por primera vez durante la entrevista, Hermione pareció animarse.

–¿En serio? ¿Entonces conoces a Boris?

–Bueno, no... No llegué a conocerlo. Ya sabes cómo es. Los chicos que vienen de Eton no se tratan con los que han estudiado en institutos. Pero sí recuerdo haber pensado en quién sería ese chaval tan llamativo, con ese acento pijo y ese asombroso cabello. Realmente llamaba la atención.

Suspirando de forma ostentosa, Hermione anotó algunas palabras más y después le preguntó (más por obligación que por apasionado interés):

–Y entonces volviste a Birmingham y empezaste a trabajar de... contable. ¿Por qué hiciste algo así?

–Bueno, trabajé en un banco durante un año y resultó que se me daban muy bien los números. Estaba en una etapa de negación. Si no podía tener a Cicely...

–Lilian –le corrigió Hermione, mientras se apuntaba el nombre que había dicho él.

–Sí..., si no podía tener a Lilian, llegué a la conclusión de que no conseguiría nada de lo que deseaba. No conseguiría ser escritor, no conseguiría ser músico...

–Que era tu otra aspiración.

–Sí. También estaba pasando por una fase religiosa.

–Ya veo. Y esa fase religiosa y esa etapa de negación ¿cuánto duraron?

–Unos diecisiete años.

–Caramba. Eso es... una fase muy larga. ¿Y durante ese tiempo te casaste? ¿Y trabajaste de contable todos esos años? ¿Nada más? Solo intento conseguir que la historia suene más interesante.

–Bueno, no dejé de trabajar en el libro. Me pasé dos décadas escribiendo de forma discontinua.

–Hmm... –Hermione chupeteó el bolígrafo–. ¿No se te ocurre nada más que hicieras durante esos años?

–Escribí algunas reseñas de libros. Había conocido a Doug Anderton en el colegio y me encargó algunas mientras era director literario de...

–¡Ah! ¿Conoces a Doug Anderson? Interesante. –Anotó el nombre, volvió a llevarse el bolígrafo a la boca y se puso a mordisquearlo–. Vamos a repasar la parte final de la historia y después te haré algunas preguntas más generales.

–De acuerdo.

–De modo que finalmente... Lilian volvió en tu busca y vivisteis juntos unos años. Ella estaba muy enferma y tú cuidaste de ella. En realidad, te convertiste en su cuidador.

–Exacto.

–Y eso sucedió en Londres.

–Sí.

–Y después ella volvió a abandonarte. La historia se repitió.

–Sí. De modo que vendí nuestro apartamento y compré esto. La mejor jugada que he hecho en mi vida.

–La escena del libro en que la acompañas al avión que la llevará a Sudamérica es muy conmovedora. No tienes ni idea de que es la última vez que la vas a ver.

–Sí, fue así como sucedió. Casi nada de lo que aparece en el libro es inventado. Excepto que el avión no iba a Sudamérica.

–¿Y seguís en contacto?

–No.

–¿Ningún contacto?

–Ninguno.

–Hmm...

Hermione anotó algunas palabras en el cuaderno y después se pasó un buen rato chupeteando la punta del bolígrafo. Benjamin empezó a sentirse incómodo. Para romper el silencio, dijo:

–¿Quieres un café?

–Oh, gracias. Qué amable.

Benjamin fue a la cocina y comprobó sobresaltado que ella lo seguía. Se sentó a la mesa mientras él preparaba las tazas y la máquina del café. A esas alturas, Benjamin no tenía claro si la entrevista seguía en marcha. Hermione tenía el cuaderno abierto en la mesa, delante de ella, y el bolígrafo cerca, temporalmente en reposo, pero el tono de ella seguía siendo incisivo e interrogativo.

–Esto es muy tranquilo –dijo Hermione–. Entiendo que sea un lugar idóneo para un escritor, pero ¿no te sientes también demasiado aislado para poder escribir de un modo convincente sobre la Gran Bretaña contemporánea?

–Viajo bastante. Sobre todo voy y vengo de Birmingham, donde vive mi padre.

–Pero esta parte del país parece muy monocultural. De camino aquí casi todas las caras que he visto eran blancas.

–Bueno, supongo que el multiculturalismo es sobre todo un fenómeno urbano. –Tuvo que alzar la voz por encima del ruido del vapor y el burbujeo de la máquina de café–. Disfruté mucho de los años que viví en Londres, pero al final lo que me irritaba eran las multitudes, el ruido, el ritmo acelerado del día a día, el estrés, el alto coste de la vida... Me vine aquí para alejarme de todo eso.

–¿Crees que los editores no prestaron atención a tu libro porque les llegaba desde una dirección de provincias?

–¿Quién sabe? Supongo que reciben muchos libros.

–Debes tener una increíble sensación de haberte reivindicado.

–Bueno..., simplemente me alegro de haber conseguido por fin algunos lectores.

Dejó una taza de café delante de Hermione. Ella le dio las gracias y dio un prudente primer sorbo.

–Ha habido varios autores consolidados, entre ellos Lionel Hampshire, que este año se han quedado fuera de la lista de preseleccionados.

–La verdad es que todavía no he leído su última novela. Pero soy fan de él. – Eso le recordó otra curiosidad que a Hermione podía interesarle–. De hecho, mi sobrina lo conoce un poco. El año pasado coincidieron en un crucero.

Hermione cogió el bolígrafo de inmediato.

–¿Tu sobrina se fue de crucero con Lionel Hampshire? –dijo, mientras

anotaba.

–No, no, no... Lo que quería decir es que a ambos los contrataron para dar conferencias en ese crucero. No hubo nada..., me refiero a que no iban juntos. Ella está felizmente casada y él..., él iba acompañado por una mujer, su secretaria o algo parecido...

Hermione no logró anotar todo esto lo bastante rápido. Benjamin tuvo que contenerse para no inclinarse sobre ella y obligarla a parar de escribir.

–Eso me lo contó ella... Pero es confidencial. No vas a incluirlo en el artículo, ¿verdad?

Hermione esbozó una de sus efímeras sonrisas.

–No es ninguna novedad. La mayor parte de la gente sabe cómo es Lionel. –Anotó algunas cosas más, se detuvo un momento para reflexionar, alzó la mirada y añadió–: De todos modos, ¿crees que hay una suerte de cambio multicultural en marcha en la literatura británica? Si se repasa la lista, es mucho más diversa de lo que ya lo era diez años atrás. No se trata solo de que ahora haya incluidos autores americanos; hay también más escritoras, más narradores no blancos. ¿Y si la época del gran escritor británico blanco y de mediana edad ha llegado a su fin?

–No lo sé... Es peligroso generalizar...

–Es casi como si, este año, tú fueras el último superviviente.

–No me siento capacitado para comentar tendencias literarias generales. Por lo que a mí me atañe, yo soy un verdadero marginal.

Hermione cerró el cuaderno.

–Es un buen comentario para acabar –dijo, pero lo hizo sin demasiado entusiasmo.

Benjamin intuyó que había resultado ser para ella un entrevistado decepcionante: sus respuestas habían sido cautelosas, retraídas, sin salidas de tono ni grandes frases. La impresión quedó confirmada cuando, unos minutos después, fue al lavabo y al regresar se la encontró en la terraza, hablando con alguien –¿un amigo?, ¿el director que le había hecho el encargo?– por teléfono, y aunque no pudo oír todo lo que decía, estaba bastante seguro de haberla oído decir «si quieres que te diga la verdad, este viaje ha sido una pérdida de tiempo» y –lo cual era más preocupante– «voy a tener que ponerme creativa».

Benjamin se ofreció a llevarla en su coche hasta Shrewsbury, pero ella le dijo que no era necesario y pidió un taxi por teléfono. Tardó veinte minutos en llegar, y durante ese rato charlaron de un modo mucho más relajado y abierto por ambas partes que durante la entrevista. Benjamin le sonsacó información sobre

su trabajo y sus ambiciones, sobre la situación económica de una periodista freelance en el despiadado mundo laboral de hoy en día. Le sorprendió la frase que utilizó Hermione como respuesta cuando le preguntó si prefería trabajar para publicaciones con las que ideológicamente se sentía afín: no, ella no tenía ningún problema en mostrarse «ideológicamente flexible». Benjamin llegó a la conclusión de que esa chica llegaría lejos, aunque se guardó la reflexión para sí mismo. Pero en general le había caído bien y pensó que lo que mostraba al decir eso no era cinismo sino un pragmatismo nacido de la complejidad de la situación actual, y cuando al despedirse se dieron la mano, él se la sujetó con calidez –tal vez un poco más de lo necesario–, y después de que se marchase la chica, mientras estaba fregando las tazas, Benjamin pensó que por allí ya apenas venía nadie a visitarlo y de pronto la casa le pareció vacía sin ella.

La entrevista apareció publicada cuatro días después. Philip y Benjamin decidieron quedar para tomar un café en el centro de jardinería Woodlands para evaluar los daños.

–Bueno, podría haber sido peor –dijo Philip.

Tenían el periódico encima de la mesa. Benjamin no dijo nada.

–Podría haberse mostrado agresiva contigo –añadió Philip.

Benjamin siguió sin responder. Cogió el periódico y volvió a leer el titular. Pese a que ya lo había leído cuarenta o cincuenta veces, la sensación de incredulidad no desaparecía:

UN MARGINAL MUY BIEN CONECTADO

–Es muy injusto –dijo–. El modo como lo ha escrito. Muy injusto.

Philip le arrebató el periódico y leyó la entradilla, que a esas alturas también se sabía casi de memoria: «A Benjamin Trotter le gusta considerarse el heroico candidato indefenso en la carrera por el Booker de este año, pero, tal como nos descubre **Hermione Dawes**, es un escritor mejor conectado de lo que aparenta.»

–Con lo de «muy bien conectado» se ha pasado un poco –admitió.

–¿Un poco? Es mentira, rotundamente mentira. –Benjamin recuperó el periódico–. Dice que conocí a Boris Johnson en la universidad. ¡Pero si no le dirigí la palabra ni una sola vez! Compartimos el mismo pasillo durante unas tres semanas y el tío ni me saludaba si nos topábamos de camino a los lavabos. «Lleva años codeándose con figuras influyentes de los medios de comunicación como Doug Anderton», esto es una gilipollez integral. Fuimos al mismo colegio. Hace cuarenta años. Y escucha esto: «Aunque dice no tener ningún tipo de

conexión con el mundillo literario londinense, no le hace ascos a contar chismes procaces sobre su colega escritor Lionel Hampshire, que resulta ser un amigo de la familia.»

–Esta chica es buena –admitió Philip–. Eso hay que reconocérselo. Sabe transformar un metal común en oro.

–Pero ¿tú de qué lado estás? También da a entender que soy un esnob, porque cito a mis amigos de la primaria cuando estudiaba en el King William.

–Oh, nadie le va a dar importancia a eso –dijo Philip. Y añadió, menos seguro–: Si te soy sincero, me preocupa más que puedas quedar como alguien un poco racista.

Benjamin le clavó la mirada.

–Quiero decir, ¿es cierto que dijiste esto? –Philip volvió a recuperar el periódico de las temblorosas manos de su amigo–. «Desde la comodidad de su retiro junto a un río en el corazón de la campiña inglesa, Trotter declara que “el multiculturalismo es un fenómeno urbano. Me marché de Londres para dejar todo eso atrás”.»

Benjamin farfulló indignado:

–Dije *algo* parecido, sí. Pero dije más cosas entre medio, sobre que lo que quería era alejarme del ruido, las multitudes y el estrés.

–Las citas selectivas dan mucho juego. «Le señalo que este año los escritores no blancos tienen una representación más elevada que nunca en la lista de candidatos de este año y le digo que es algo que deberíamos celebrar, a lo que Trotter me responde: “Yo soy el verdadero marginal.”»

De nuevo Benjamin volvió a reaccionar con furia incontrolada:

–«Un» verdadero marginal. «Un», artículo indefinido, no definido. Y estaba hablando sobre el mundo editorial. Estaba hablando de que me habían rechazado la novela en docenas de editoriales y por eso la acabé publicando contigo.

Philip dejó el periódico en la mesa y negó con la cabeza.

–Bueno, las ventas se mantienen, de manera que el artículo no ha hecho daño.

–Pero la chica parecía encantadora. Al final habíamos conectado. Yo le di algunos consejos sobre su carrera y demás, y ella me dijo: «Estaremos en contacto», o algo por el estilo...

–Era guapa, ¿verdad?

Benjamin no vio motivo para disimular.

–Sí, supongo que era guapa.

–Oh, Ben... Atribúyelo a la falta de experiencia. Era tu primera entrevista.

–Es verdad. Por cierto, ¿cuándo va a ser la otra?

–¿La otra?

–¿No había una segunda entrevista pactada?

–Oh, al final no dieron más señales de vida. Les llamé un par de veces, pero... Creo que la han descartado.

–Estupendo. –Benjamin se inclinó sobre su capuchino y se quedó con la mirada perdida.

–Por otro lado... –Philip rebuscó algo en el bolsillo y sacó un sobre con letra manuscrita–, nos ha llegado una carta de un admirador. Supongo que es de un admirador.

Le tendió el sobre a Benjamin, que lo sometió a una minuciosa inspección, por delante y por detrás, y escrutó la letra y el código postal, hasta que Philip dijo:

–Por el amor de Dios, ábrela de una vez.

Benjamin abrió el sobre con el índice, leyó las dos primeras frases y le dio la vuelta a la carta para ver la firma.

–Dios mío –dijo–. No adivinarías de quién es.

Philip ni lo intentó.

–Es de Jennifer Hawkins.

–¿Quién?

–Ya sabes, Jennifer Hawkins. Era alumna del colegio femenino. Salí con ella un tiempo.

–¿Ella? ¿Me estás hablando de... esa Jennifer Hawkins? ¿La del armario ropero?

–Exacto. La del armario ropero.

Muchos años atrás, cuando todavía estaban en el instituto, Benjamin había ido a una fiesta que daba Doug en su casa aprovechando que sus padres estaban fuera de vacaciones. Después de beberse tres cuartos de una botella de oporto, a partir de cierto momento ya no recordaba nada y se despertó poco antes del alba en el interior de un armario ropero, abrazado a una chica medio desnuda que resultó ser la mencionada Jennifer Hawkins. Galante, al interpretar sus beodos toqueteos adolescentes como una suerte de compromiso, Benjamin le pidió salir, y durante cierto tiempo después de aquello se consideraron novios, aunque la relación enseguida perdió fuelle.

–¡Vaya! –dijo Philip, con una sonrisa de oreja a oreja–. ¡Cuántos recuerdos! ¿Qué dice la carta?

Benjamin la leyó moviendo muy rápido los ojos.

–Vio mi nombre en el periódico cuando se anunciaron los candidatos al

premio –dijo–. Eso le trajo recuerdos. Compró el libro y le gustó.

–¿Dice dónde lo compró? –preguntó Philip.

–Sí. En un centro de jardinería a las afueras de Kidderminster. Ahora trabaja en una inmobiliaria. Es la encargada de una sucursal local. Está... –giró la hoja, vio la siguiente palabra y la pronunció de forma enfática–... *divorciada*... –Hizo una pausa, cruzó una mirada con Philip y ambos asimilaron las implicaciones–... y me pregunta si me gustaría que quedáramos a cenar una noche para ponernos al día y hablar de, abre comillas, los buenos viejos tiempos, cierra comillas. Con cariño, Jennifer. Y dos besos.

Miró a Philip, cuya sonrisa era todavía más amplia.

–Ahí lo tienes. Resulta que... Doug tenía razón. ¡Las mujeres caen rendidas a tus pies! No se pueden resistir a un escritor de éxito.

–Muy gracioso. Solo hay un pequeño problema. Salir con Jennifer fue una de las peores decisiones de mi vida.

–Y has tomado unas cuantas malas decisiones, asumámoslo.

Benjamin encajó el golpe.

–Tienes razón. Pero esta no la voy a repetir. Ni de coña voy a quedar a cenar con Jennifer Hawkins.

Bebió un buen sorbo de capuchino con gesto resuelto para dejar las cosas claras y se quemó la lengua.

Dos semanas después quedó con Jennifer Hawkins para cenar. Ella ahora vivía en Hagley, a unos cincuenta kilómetros de la casa de Benjamin, de modo que quedaron en un pub de Bridgnorth que tenía fama de servir buena comida.

Tal como le había sucedido con Charlie Chappell, Benjamin no estaba muy seguro de haber reconocido a Jennifer si se hubieran encontrado por casualidad. Ahora era una mujer elegante, bien vestida y atractiva –de muy buen ver (mucho mejor conservada que él) para alguien que ya está en mitad de la cincuentena–, pero al principio fue incapaz de establecer la conexión entre la mujer con la que estaba hablando y la adolescente con la que muchos años atrás había salido, con la que había compartido desmañadas noches de verano bebiendo en The Grapevine y que lo había arrastrado a ver *La guerra de las galaxias* (una película que desde entonces detestaba) en un cine el día en que ella celebraba su cumpleaños. No habría logrado identificar a la Jennifer madura entre una multitud, y durante los primeros minutos tuvo la extraña sensación de estar charlando con una completa desconocida. La sensación persistió hasta que ella dijo: «¿Recuerdas que te llamaba “Tigre”?», y él recordó, con un sobresalto, que en efecto ese era el mote irónico que ella le había puesto, y se sintió al mismo tiempo avergonzado y satisfecho de que se lo recordara, y a partir de ese momento empezó a ponerse nostálgico y pensó que, después de todo, el reencuentro no iba a ser el desastre que se temía.

–Ahora que voy recordando, creo que tuviste mucha paciencia conmigo –dijo Benjamin–. Debías pensar que era un idiota.

–Un idiota no –replicó ella–. Nunca fuiste un idiota, Benjamin. Tal vez un poco inmaduro. Pero los chicos no maduran tan rápido como las chicas, eso lo sabe todo el mundo.

Jennifer bebió un buen trago de vino tinto de una copa grande que ya estaba medio vacía. Había ido al pub en taxi. Benjamin había optado por hacerlo en su propio coche, de modo que era más prudente con el vino.

–¿Recuerdas la última vez que nos vimos? –le preguntó ella–. ¿Recuerdas lo que te dije?

–La verdad es que no –respondió Benjamin–. Supongo que debió ser en The

Grapevine, ¿verdad?

–Por supuesto –dijo Jennifer. Tenía un marcadísimo acento de Birmingham. ¿Cómo es que él no se había dado cuenta antes?–. Fue a finales de agosto de 1978.

–Esto es precisión.

–En aquella época yo llevaba un diario. Fue después de que colgaran los resultados de los exámenes de final de bachillerato.

–Exacto.

–Tú tuviste cuatro sobresalientes.

–Exacto. ¿Y a ti qué tal te fue?

Jennifer se rió y dijo:

–Bueno, Benjamin, es todo un detalle por tu parte preguntarlo, treinta y siete años después, porque entonces no me lo preguntaste. Saqué dos notables y un bien, si es que sigues interesado en saberlo.

–Felicidades –dijo de forma completamente absurda.

–Gracias. Como probablemente recordarás, me invitaste a tomar algo para romper conmigo.

–¿En serio? –Benjamin se removió en el asiento, cada vez más incómodo.

–No te preocupes, yo estaba preparada y con ganas de romper. De hecho, me sorprendía que no hubiera pasado antes. Aunque, claro, el hecho de que rompieras conmigo para salir con Cicely Boyd fue la guinda del pastel. ¿No recuerdas cómo reaccioné cuando me lo dijiste?

–Bueno, si me hubieras echado por la cabeza un vaso de cerveza supongo que lo recordaría, pero imagino que debió ser algo parecido.

–En realidad no. ¿No lo recuerdas? Yo estaba horrorizada. Te advertí. Te advertí de cómo era ella. Devora a la gente y después los escupe, te dije. Y tú no me escuchaste, ¿verdad que no? Esa alimaña te jodió la vida durante..., ¿cuánto tiempo, las siguientes tres décadas?

–Más o menos.

–Bueno, supongo que al menos de eso has sacado un libro. ¿Mereció la pena?

A Benjamin no se le ocurría un modo sencillo de responder a esa pregunta. De hecho, había reflexionado muchísimo a lo largo de los años sobre la relación entre el sufrimiento humano y el arte que podía inspirar, pero no creía que Jennifer en ese momento quisiera escuchar una larga disquisición sobre el tema.

–Y tu pobre esposa –dijo Jennifer–, ¿cómo lo soportó?

–Al final ya no pudo más. Supongo que le acabé agotando la paciencia. –Y,

con un tono más animado, añadió—: De hecho, la conoces. Emily. Emily Sandys. Ibais al mismo curso.

—¿Te casaste con Emily? Maldita sea, Benjamin, si ibas a casarte con una de las chicas más aburridas del colegio, al menos podrías haberme elegido a mí.

—¿Y tú con quién te casaste después de que yo te dejase?

—Ah, sí..., con Barry. El encantador Barry. Lo conocí en una fiesta de la empresa a finales de los ochenta. Nos casamos, la cosa fue bien hasta que él pasó por la típica crisis de la mediana edad hace cinco años. Se largó con la cajera del Decathlon de la ciudad. Yo me preguntaba por qué iba allí cada fin de semana cuando no hacía nada de ejercicio desde 1995.

—Lo siento. ¿Tuvisteis hijos?

—Dos. Los dos están en la universidad. ¿Y tú y Emily?

—No, eso... nunca funcionó.

—Ah, bueno, quizá fuese lo mejor, ¿no?

Benjamin se sorprendió a sí mismo al decidir confiarle a Jennifer un secreto que había compartido con muy poca gente.

—Cicely y yo tuvimos una hija —confesó.

—¿En serio?

—Justo después de dejar el instituto. Ella nunca me lo dijo, pero estaba embarazada cuando se marchó a Estados Unidos. Tuvo el bebé allí. Se llama Malvina. No me enteré hasta muchos años después. —Benjamin tragó saliva. Le costó lo suyo contarle el final de la historia: había algunas situaciones que no le gustaba recordar y mucho menos contárselas a otra persona—. Malvina volvió a Inglaterra y conoció a mi hermano Paul, y él... se aprovechó de ella.

Horrorizada, Jennifer abrió unos ojos como platos.

—Después de eso no he vuelto a dirigirle la palabra a mi hermano.

—¿Y ella? ¿Mantienes el contacto con ella?

—De vez en cuando. Volvió a Estados Unidos. Hablamos por los cumpleaños, Navidad, este tipo de cosas. Pero es complicado. Más que complicado..., es imposible.

Jennifer extendió el brazo por encima de la mesa y le apretó la mano. Él sonrió. El gesto no tenía nada de extraordinario —y fue fugaz—, pero a Benjamin le gustó, mucho.

—Lo más sorprendente de envejecer —dijo Jennifer— es que empiezas a pensar

en esas... nuevas unidades temporales. Ya no recuerdas las cosas por años, sino por décadas.

–Lo sé –admitió Benjamin.

–Empiezas a hacer sumas mentales. Como me pasó hace unas semanas, cuando vi *Tiburón* con mi hija Grace. Ella tiene dieciocho y la película cuarenta. ¡Cuarenta años! Si hubiera visto una película de cuarenta años a los dieciocho, habría sido una película rodada en los años treinta.

–Supongo que entre los años treinta y los setenta pasaron un montón de cosas en el mundo. Todo cambió un montón. Quizá desde entonces las cosas no han cambiado tanto.

–¿Tú crees? ¿Ese es el motivo por el que todo parece todavía tan reciente? ¿O nosotros...?

No acabó la frase. Eran las diez y media, habían terminado de cenar y ella había bebido mucho.

–¿Sabes cómo lo planteaba Philip Larkin? –preguntó Benjamin.

–No. Explícamelo..., ¿cómo lo planteaba Philip Larkin?

–Pues resulta que, si vives hasta los setenta, cada década es como un día de la semana.

–De acuerdo.

–De modo que la vida empieza el lunes.

–Vale.

–Y ahora que somos cincuentones, ¿sabes en qué día de la semana estamos? Estamos a última hora de la tarde del sábado.

Jennifer se lo quedó mirando horrorizada.

–¿El sábado por la tarde? Vaya mierda, Benjamin.

–Básicamente ya solo nos queda el domingo.

–Y los domingos son una porquería. Detesto los domingos. Para empezar, nunca ponen nada interesante en la tele.

–Ahí es adonde voy. Eso es lo que nos queda por delante. «Los años hospitalarios», como le oí llamarlos a alguien una vez.

–Joder. Me has dejado deprimida.

–Lo sé. Lo siento. Supongo que hoy en día mucha gente vive hasta los ochenta.

–Bueno, eso ya es algo. Aun así... –Se acabó el vino que quedaba en la copa y añadió–: Bueno, Benjamin, al menos no has perdido tu habilidad para hacer que una chica pase un buen rato. Y desde luego sabes cómo terminar una velada con

un punto álgido. –Consultó el reloj–. Deberíamos pedir la cuenta, y yo debería llamar a un taxi.

–Invito yo –dijo Benjamin–. Como sabes, el premio es de cincuenta mil libras. Y ya casi lo tengo en el bote.

–Es un gesto muy caballeroso. Acepto.

–Y tampoco te preocupes por el taxi. Te puedo acompañar a casa con mi coche.

Ambos sabían que no era una propuesta inocente. Aunque ninguno de los dos podía estar seguro de qué iba a suceder a continuación, ambos eran conscientes de que habían tomado una decisión, una decisión de mutuo acuerdo, basada en la sensación de que fuera lo que fuese lo que se había puesto en marcha con la cena, todavía no había llegado al final del recorrido. Sin embargo, esa percepción, que debería haberlos unido más, que debería haber generado una complicidad electrizante, lo único que parecía haber creado era una terrible distancia entre ellos. En cuanto se subieron al coche de Benjamin y emprendieron el trayecto de veinte minutos hasta la casa de Jennifer, se impuso un denso y gélido silencio. Benjamin, que, para lo que era habitual en él, se había mostrado muy comunicativo en el pub, ahora enmudeció. No era difícil entender por qué: la perspectiva –o la simple posibilidad– de una relación íntima con otra persona, tras años de abstinencia forzosa, era suficiente para hacerlo enmudecer por una mezcla de excitación y miedo. Y esa mudez le llegaba a Jennifer, que respondía también con el silencio. Benjamin se estrujó los sesos pensando en algo mínimamente razonable que decir en esas circunstancias, y cuanto más rebuscaba, más difícil se le hacía dar con una simple frase o palabra que decir. Incluso sintió que la lengua se le había hinchado hasta doblar su tamaño normal y no sería capaz de volver a pronunciar una sílaba en su vida. Miró por el rabillo del ojo a Jennifer, vio su cara pálida iluminada por la luz ámbar de las farolas y se quedó convencido de que ella lo miraba con recelo. Cuando frenó en un semáforo, tomó la determinación de hacer un último intento. Tenía que haber algo que pudiera decir. Allí estaban los dos, potencialmente a punto de embarcarse en la travesía más hermosa que dos personas pueden emprender juntas, y no había ningún motivo por el que él tuviera que quedarse sin palabras. Era escritor, por el amor de Dios. Se animó mentalmente: Vamos, Benjamin, puedes hacerlo. Puedes estar a la altura de esta situación grata, ilusionante y aterradora.

–Pues bueno –dijo por fin, volviéndose para mirar a Jennifer.

–Pues bueno –repitió ella y lo miró con ojos inquisitivos, rebosantes de trémula expectación.

Él respiró hondo.

–Pues bueno... Si David Cameron acaba convocando un referéndum sobre la permanencia o salida de la Unión Europea, ¿qué resultado crees que saldrá?

Jennifer dejó escapar un sonoro suspiro de desesperación.

–Joder, Benjamin, ¿realmente es eso lo que te preocupa en este momento?

Él negó con la cabeza.

–No. No, para nada. En absoluto.

–Gracias a Dios. Porque en ese caso estaría seriamente preocupada. Es aquí, la siguiente calle a la izquierda.

Benjamin giró, se metió en la calle lateral y dijo:

–Lo siento. Es que estoy un poco... Bueno, ha sido una velada deliciosa y no quiero...

–Yo tampoco. Es aquí. El número cuarenta y dos.

Metió el coche en el camino de acceso. Cuando apagó el motor, el silencio parecía absoluto.

–¿Quieres entrar a tomar un café?

–Sí, por supuesto.

–Bien. Pues vamos.

Ya en la cocina, mientras Jennifer ponía el hervidor al fuego, Benjamin dijo:

–En realidad no puedo tomar café. La cafeína me desvela. Nunca lo tomo después de mediodía.

–Tengo descafeinado.

–Me hace el mismo efecto.

–Bueno, pues entonces tengo otra sugerencia. –Sacó una botella de sauvignon blanc de la nevera y se la plantó delante de las narices, alzándola.

–¿Por qué no te tomas una buena copa de vino en vez del café y te quedas a pasar la noche en uno de los tres dormitorios que tengo libres?

–¿Dónde están Grace y David?

–De vacaciones con su padre. Incluso puedo ofrecerte un cepillo de dientes.

Por una vez, Benjamin no dudó.

–De acuerdo –dijo.

–Bien –respondió Jennifer y, como recompensa, le dio un suave y prolongado beso en los labios.

Ninguno de los dos estaba preparado para desnudarse delante del otro. Cuando al cabo de un rato subieron al dormitorio de Jennifer, las cortinas estaban echadas y las luces apagadas, y, para alivio de Benjamin, se desnudaron en penumbra. En casa tenía espejos de cuerpo entero en el baño, pero se había convertido en todo un experto en esquivarlos cada vez que entraba o salía de la ducha o de la bañera. No tenía el menor deseo de contemplar reflejado en uno de ellos su pálido y fofo cuerpo de persona de cincuenta y cinco años. Dio por supuesto que Jennifer actuaría de modo similar; pero cuando se metió en la cama junto a ella y deslizó por primera vez su tentativa mano por la curva de sus caderas y más allá no palpó otra cosa que una piel tersa y suave. Pensó que debía felicitarla.

–Estás en excelente forma –le dijo.

Ella se volvió para mirarlo.

–¿Excelente forma? –repitió entre risas–. ¿Qué eres, un entrenador de fitness?

–Perdón –se disculpó él–. Nunca sé qué decir cuando...

–Pues entonces no digas nada –le sugirió ella, poniéndole un dedo sobre los labios. En respuesta, él se lo mordisqueó con delicadeza, o al menos eso trató de hacer. Por el súbito grito de dolor de ella, dedujo que había calculado mal la intensidad del mordisco.

–¡Ay! Joder, Benjamin, ¿a qué estás jugando?

–Disculpa, ¿te he hecho daño?

–Sí, desde luego. Por Dios...

Jennifer se chupeteó el dedo unos instantes. Benjamin, que ya estaba tenso, se puso rígido.

–¿Te sangra? –le preguntó.

–No, no –respondió ella, con un tono que se iba suavizando–. Relájate, Tigre. Los dos hace siglos que no lo hacemos. No te preocupes, lo conseguiremos.

A Benjamin le gustó volver a oír su mote. Jennifer lo abrazó y se besaron durante un rato en el casi completo silencio de la penumbra. Él le tiró del cabello y después deslizó la mano hacia abajo y le acarició los pechos. Pensó que habían pasado casi cuarenta años desde la última vez que tocó esos pechos, desde que los acarició, borracho, en la fiesta adolescente de Doug. Jennifer tenía razón. A esa edad uno cuenta en unidades temporales extensas. Por décadas, no por años...

Jennifer, entretanto, había extendido el brazo hasta su entrepierna y estaba empezando a estimularlo con la mano, primero con suavidad, después con vigor. Pero ninguna de las dos opciones parecía dar resultado.

–¿Qué pasa por ahí abajo? –preguntó ella.

–Muy poca cosa, por lo que parece.

–¿Qué sucede, preferirías acostarte con una periodista veinteañera sexy en lugar de con una mujer de tu edad?

–No, para nada. –Volvió a besarla–. Estás guapísima. Sigue.

–Voy a acabar con un esguince de muñeca si sigo mucho más rato –dijo ella, e incrementó el ritmo de sus movimientos y la fuerza del apretón.

Uno o dos minutos después, Benjamin le sujetó la muñeca con la mano y le dijo que parara.

–Lo siento –se disculpó.

–No te preocupes. Vamos a darle tiempo. Ahora es mi turno.

Ella le cogió la mano, que seguía sobre su pecho, y se la deslizó poco a poco por el terso vientre hasta llegar a la suave malla del vello púbico. Lo animó a explorar hasta que sintiera bajo sus dedos una protuberancia cálida y blanda, que él empezó a frotar y acariciar siguiendo las pacientes indicaciones de Jennifer. En unos instantes, ella gimoteaba y abría más las piernas lánguidamente.

–Qué maravilla –dijo, y se inclinó sobre él para besarlo con ímpetu, introduciéndole la lengua en la boca–. No apartes el dedo... del punto preciso.

–El otro día leí... –dijo Benjamin entre beso y beso.

Con la respiración cada vez más entrecortada, Jennifer se las apañó para decir:

–Libros, libros, libros. ¿No puedes parar de pensar en libros?

–No, escucha –dijo él–, esto es interesante. El otro día leía una cosa sobre los evangélicos norteamericanos. Escribieron un panfleto para explicarles a las niñas por qué no debían masturbarse, y el nombre que inventaron para esto...

–¿Para qué?

–... para lo que estoy tocando...

–¡Oh, Benjamin, cállate de una vez!

–... es el Timbre del Diablo.

–¿El... Timbre... del Diablo? –repitió Jennifer. Era difícil quitarse el término de la cabeza. Ahora la respiración de ella se había acelerado más y transmitía más excitación, y estalló en gritos de placer, o en carcajadas, era difícil dilucidarlo, o tal vez una mezcla de ambos, hasta que de pronto soltó: «¡Ring, ring, ring!», a voz en grito en el momento de la exquisita liberación, y se dejó caer encima de Benjamin y lo abrazó con todas sus fuerzas y le dio un prolongado beso y él tuvo, al menos, la satisfacción de saber que había cumplido su modesto papel con notable pericia.

Unos minutos después, Jennifer, con la cabeza apoyada sobre el pecho de

Benjamin, dijo:

–Ahora me siento culpable. Yo me he corrido y tú no.

–No importa.

Ella deslizó la mano hasta la entrepierna de él para comprobar la situación. Seguía igual.

–Les pasa a veces a los hombres de tu edad. Un poco de Viagra lo arreglaría.

–Supongo que no tendrás por casa.

–Por extraño que parezca, no tengo. Tengo paracetamol y algún antihistamínico, pero no creo que nada de eso te ayude.

Toqueteó juguetonamente el flácido miembro de Benjamin. Él echaba humo por la frustración. De hecho, estaba muy excitado, pero por algún motivo no había modo de que su cuerpo captase el mensaje.

–Tal vez si te digo cosas guarras –propuso Jennifer–. Ya sabes: «Vamos, machote, fóllame», ese tipo de cosas.

Benjamin no lo veía claro. Y además se le acababa de ocurrir otra idea.

–O tal vez... –empezó.

–¿Sí? –Jennifer lo miró con brillo en los ojos.

–¿Recuerdas dónde estábamos cuando lo hicimos por primera vez?

–En casa de Doug Anderton.

–Más concretamente...

–En el armario ropero de sus padres. No es algo que una olvide.

–Exacto. Y ahora corrígeme si me equivoco, pero lo que veo ahí parece un armario ropero bastante grande.

Jennifer se incorporó un poco, apoyándose sobre un codo.

–¿Hablas en serio?

–No lo sé... Podría merecer la pena intentarlo. Creo que si de algún modo puedo capturar de nuevo aquel momento..., ya sabes, volver a aquella situación...

Tras unos segundos de duda, Jennifer se levantó de la cama.

–No me digas más –dijo–. Vamos, Tigre.

Era un armario muy amplio, de pared a pared. Pero ellos ya no eran los adolescentes ágiles y flexibles de antaño y les costó lo suyo introducir sus cuerpos maduros en el espacio disponible. Una vez dentro, sin embargo, resultaba bastante acogedor.

–Esto es divertido –dijo Jennifer–. Es como una versión guarra del escondite.

Benjamin desplazó la rodilla para lograr una posición más cómoda –en el proceso casi le disloca la mandíbula a Jennifer y cerró la puerta. El armario quedó a oscuras. Estiró los brazos y tocó los hombros y los brazos de Jennifer,

los acarició y después le pasó los dedos por la mejilla y recorrió la línea de la mandíbula. Enseguida percibió un delicioso incremento sensual de su sentido del tacto.

–¿Sabes?, creo que esto podría funcionar.

–Bueno –dijo ella–, aunque no consigamos una erección, al menos podríamos acabar apareciendo en Narnia. Venga, vamos a ver qué está pasando ahí abajo.

Volvió a deslizar la mano por la entrepierna de Benjamin y al instante notó una sólida respuesta.

–Caramba –dijo Jennifer–. Tienes razón. Parece que esto funciona.

Agarró el mástil con la mano derecha y empezó a moverla arriba y abajo con movimientos lentos y regulares.

–¿Qué tal?

–Bien –respondió Benjamin, con una leve falta de convicción en el tono de voz.

–Mmm, bieeen –repitió Jennifer, alargando la palabra como en un suspiro–. Te gusta, ¿verdad? ¿Te gusta, machote?

–Mucho –respondió Benjamin–. Muchísimo. –No quería confesárselo, pero en realidad no sentía nada. Lo cual, en cierto modo, era todavía más alarmante que lo anterior.

–Ahora ya eres todo un muchachote, ¿verdad? –dijo Jennifer, meneándosela con más rapidez y fuerza–. Eres un muchachote mucho más grandote de lo que recordaba. Dios, qué gozada. Me encanta sentirte en mi mano.

Benjamin se apoyó contra la puerta, que emitió un quejoso repiqueteo. Empezó a gemir, lo cual Jennifer interpretó como la señal para asir con más fuerza el mástil y acelerar los movimientos de ascenso y descenso con la mano, que cada vez que llegaba a la punta del miembro se le retorció en una posición imposible.

–Oh, te gusta, ¿verdad? Te gusta lo que te hago.

Benjamin gimoteó un poco más y de pronto empezó a gritar.

–Quieres que siga, ¿verdad? No quieres que pare nunca.

–Oh, Dios –tartamudeó Benjamin–. ¡Oh, Dios!

–¿Qué sientes?

–¡Joder! ¡Joder!

–Sientes placer, ¿verdad?

–¡No! ¡Para!

–No voy a parar hasta que haya terminado, muchachote.

–¡No, para! ¡Me ha dado un tirón! ¡Me ha dado un tirón horrible! ¡Me duele

mucho!

A esas alturas el dolor en las pantorrillas iba acompañado por la total falta de sensaciones en el resto del cuerpo. Benjamin se agarró a la puerta, empujó para abrirla y los dos salieron disparados del armario juntos y aterrizaron en la moqueta del dormitorio convertidos en una caótica maraña de miembros. Benjamin se agarraba las pantorrillas y gritaba de dolor, mientras que Jennifer se sentó en el suelo, echó un vistazo al objeto que sostenía en la mano y rompió a reír.

–¿Qué pasa? –preguntó Benjamin entre jadeos de dolor.

Jennifer apenas podía articular palabra.

–¡Mira esto!

Benjamin trató de ver qué era en la penumbra y preguntó:

–¿Qué demonios es eso?

–Es una vela aromática que la tía Julie me regaló por Navidad. No sabía dónde la había metido. Llevo meses buscándola.

Mientras los espasmos de dolor seguían recorriéndole las piernas, Benjamin dijo:

–Eso... ¿Eso es lo que has estado agarrando?

A Jennifer ya empezaban a caerle lágrimas de tanto reírse.

–Sí.

–No me extraña que no sintiera nada.

Jennifer ya no aguantaba más. Se dejó caer sobre la moqueta y se quedó tumbada boca arriba, desnuda e incapaz de parar de reírse, con la vela amarilla envuelta en plástico todavía en la mano. Con toda la dignidad que fue capaz de reunir, Benjamin se levantó, se metió en la cama, se cubrió con la colcha y siguió frotándose las doloridas pantorrillas. Jennifer todavía se reía cuando se deslizó en la cama a su lado. No parecía que hubiera modo de pararla, no hasta que apoyó la cabeza en el hombro de Benjamin y se durmieron abrazados.

Noviembre de 2015

«Hola.»

Una palabra; tan solo dos sílabas; tan solo cuatro letras. Pero en cuanto apareció en la pantalla a Sophie se le aceleró el corazón.

Se apoyó en el respaldo de la silla y giró el cuello para comprobar qué hacía Ian en la cocina. Estaba ocupado tratando de descorchar una botella de vino.

Volvió a mirar la pantalla.

«Hola.»

¿Qué responder? Habían pasado ya más de tres años desde su encuentro con Adam en Marsella. Tres años sin saber nada de él. Tres años desde aquel titubeante beso de buenas noches en el pasillo, junto a la puerta de su habitación. Desde entonces, ella le había escrito emails más de una vez, siempre con una ligera sensación de vergüenza e incomodidad. En el último email le había pasado sus datos de contacto en Skype. Y ahora él le mandaba un mensaje. ¿Qué debía responder ella? ¿Qué podía decir que expresase en toda su amplitud sus complejos y ambiguos sentimientos?

Tras pensárselo un momento, tecleó:

«Hola.»

Ian se le acercó por detrás, con una copa de vino tinto en la mano. Sophie pulsó rápidamente un icono en la barra de herramientas en la parte inferior de la pantalla. La pantalla de Skype desapareció y fue sustituida por el documento de PowerPoint que estaba preparando para subir al Moodle.

Ian le dejó la copa en un lado del escritorio.

–Hola –dijo ella.

–Hola –respondió él.

Sophie bebió un sorbo de vino.

–Gracias –dijo, y le dio un beso.

–Voy a empezar a preparar la cena –dijo él.

–¿Todavía no has leído el email? –le preguntó ella–. Lo he impreso.

–No. Pensaba que no corría prisa. Me has dicho que probablemente no fuese importante.

–Probablemente no lo sea.

–Bien –dijo él, y estaba ya a punto de marcharse.

–Pero es un fastidio –le dijo ella.

Ian se detuvo, se volvió y dijo:

–De acuerdo, lo leeré ahora.

–No hay prisa –le aseguró ella–. Probablemente no sea importante.

–Lo leeré ahora –insistió Ian, y volvió a la cocina.

En cuanto desapareció, Sophie volvió a clicar sobre el icono de Skype. Tenía un nuevo mensaje.

«Solo quería darte las gracias por contactar conmigo y comentarme lo del congreso.»

Su última excusa para escribirle había sido ponerlo al corriente de un congreso sobre música de cine que se iba a celebrar en Londres el próximo año. Sin tener muy claro por qué lo hacía y medio esperanzada en que la respuesta de él fuese negativa, le escribió:

«¿Vas a venir?»

«Por desgracia no.»

La sensación de decepción fue intensa e inmediata. La verdad es que al mismo tiempo sintió cierto alivio, pero se impuso la decepción.

«¿Tienes cosas mejores que hacer?»

«Más o menos. De hecho, estoy a punto de dejar el trabajo. Estoy harto del mundo académico.»

Ian reapareció con un bol lleno de patatas fritas, que dejó en el escritorio, al lado de la copa de vino. Sophie clicó sobre el icono del PowerPoint justo a tiempo.

–¿Qué haces? –le preguntó él, mirando la pantalla.

–Documentos para el trabajo.

Él le dio un beso en la cabeza.

–No se acaba nunca, ¿verdad?

–A veces parece que no.

–Voy a meter el pescado en el horno y después leo el email.

–De acuerdo.

Ian se marchó. Ella tecleó:

«¿Lo vas a dejar? ¿Por qué?»

Sophie esperó a que llegase la respuesta. Tardó unos minutos.

–¡Quizá sería mejor que primero pusieras el arroz a cocer! –le gritó a Ian, que había vuelto a la cocina.

–Vale.

«Siempre hay montones de razones: estoy harto del trabajo, detesto las políticas internas, supongo que conoces todos estos motivos, pero al final siempre está el tema del dinero. No puedo seguir más tiempo como profesor adjunto, sin perspectivas de conseguir una plaza de catedrático, ganando menos de 20.000 dólares anuales. Por suerte me ha salido otra cosa.»

«¿Qué cosa?»

–Esto es un disparate –dijo Ian desde la cocina.

–¿El qué es un disparate?

–Este email.

–Ya te lo he dicho.

Sophie seguía esperando el siguiente mensaje. De momento no había respuesta.

–¿Has puesto el arroz a hervir?

–Ay..., me he olvidado. Ahora lo hago.

«Sí, de hecho es un trabajo como compositor. Para videojuegos. Un amigo mío ha fundado una productora y quiere que trabaje para él.»

«¡Fantástico! Parece mucho más creativo que dedicarse a recopilar formularios de ingreso o a rellenar formularios sobre impacto estratégico.»

«No me habías dicho que desde lo de Marsella te habías vuelto tan cínica.»

Ya había salido. Y había sido él quien lo había mencionado. Él había sido el primero en traerlo a colación.

«Tal vez siempre he sido cínica. Solo que esa semana no dejé que se me notara.»

–¿Envuelvo el pescado en papel de aluminio antes de meterlo en el horno?
¿Qué te parece?

–Sí. Y quizá pon un poco de eneldo o alguna otra hierba, si tenemos.

–Voy a mirarlo.

Sophie oyó el ruido de la puerta de la nevera al abrirse y a Ian rebuscando en el interior.

–Pone que caducaba a finales de septiembre.

–Seguro que estará bien.

«Perdona que desde entonces no haya mantenido el contacto. Al final todo resultó un poco intenso para mí.»

«No te preocupes. Probablemente fuese lo mejor.»

«Por cierto, ¿cómo te va todo?»

Era una pregunta complicada de responder. Dudó un minuto o más antes de

teclear:

«Con altibajos. No sé si has ido recibiendo mis emails, pero creo que en uno de ellos mencionaba...»

Ian volvía a estar detrás de ella, con la botella de vino en la mano. Sophie clicó rápidamente el PowerPoint.

–¿Te sirvo más?

–Sí, por favor.

Le llenó la copa y dijo:

–Pero no es nada grave, ¿verdad?

–¿Grave? ¿El qué? ¿Qué es grave? ¿Quién ha dicho que sea grave?

–Me refiero al email.

–Oh, sí... No, no creo que sea grave. No puede serlo. Todo el asunto es una bobada.

–¿Qué dijiste exactamente en ese seminario?

Llegó desde la cocina un intenso siseo: el sonido del agua del arroz desbordándose.

–Mierda –dijo Ian, y corrió a arreglar el desaguisado.

Sophie continuó tecleando:

«Ahora tengo un trabajo nuevo en Londres. Es fantástico, pero también significa que tengo que pasar dos o tres noches por semana fuera de casa, lo cual a veces crea problemas. Pero Ian no consiguió el ascenso al que aspiraba el año pasado y necesitamos los dos sueldos.»

«¡Al final todo se reduce al dinero! Esta semana he leído un artículo que dice que si el candidato demócrata (quien sea que acabe siendo) no gana las elecciones del próximo año, será porque la mayoría de los americanos de clase media ya no pueden permitirse cambiar de coche cada dos años.»

«¡Nosotros hace cinco años que tenemos el mismo!»

«Bien hecho.»

«Aquí nos tienes, hablando de nuestros problemas del primer mundo.»

Ian reapareció. Sophie volvió a cambiar de pantalla.

–¿Y qué dijiste?

–¿Cuándo?

–En el seminario.

–Oh..., bueno, lo único que se me ocurre... –Sophie tomó aire–. Vale, tengo una estudiante, Emily, que es una mujer trans.

–¿Lo cual significa...?

–Significa que biológicamente es un varón, pero ella se identifica como mujer.

–¿Está en un proceso de cambio de sexo?

–Sí, está en ello, pero es un proceso muy largo. Tienes que vivir como mujer dos años antes de poder someterte a la operación.

–¿Entonces ahora mismo habría que referirse a él y no a ella?

–No, ella quiere que nos dirijamos a ella en femenino. A mí eso no me genera ningún problema.

Ian frunció el ceño.

–Vale. Pero la mujer que ha presentado la queja no se llama Emily.

–Lo sé, eso es lo que lo convierte todo en una bobada.

–¿Quién es, una amiga de ella o algo por el estilo?

Empezó a sonar el teléfono.

–Será mejor que conteste –dijo Ian–. Debe ser mi madre,

–¿Puedes cogerlo en la cocina?

–Claro.

Ian desapareció. Sophie esperó hasta oírlo hablando con su madre –reconocía el tono, que era mucho más respetuoso que cuando hablaba con cualquier otra persona– y entonces se puso a leer el mensaje de Ian.

«Lo siento. Tengo que dar una clase en unos minutos. Debo prepararme las cosas.»

«Ok. No les hagas esperar.»

«Pero ha sido fantástico retomar el contacto contigo. Y te pido de nuevo disculpas por haberlo dejado durante tanto tiempo.»

«Como ya te he dicho, no pasa nada. Disculpa mi acoso.»

«Me alegra que hayas insistido.»

«Vamos, sal ya.»

«Te mandaré mi nuevo email. Pasado diciembre el académico dejará de estar activo.»

«Estupendo. ¡Sigamos en contacto!»

«Ok. Adiós.»

«Adiós. Besos.»

Cuando terminó el chat, se apoyó en el respaldo de la silla y respiró hondo para relajarse. Bebió unos cuantos sorbos de vino. Cerró Skype y fue a la cocina para ver si podía ayudar en algo.

Comieron el pescado. Estaba un poco reseco. El email impreso estaba encima de la mesa, al lado de Ian. A esas alturas ya tenía varias manchas de grasa.

El email era de Martin, el jefe de departamento de Sophie. Decía que había recibido una queja de una estudiante de primer curso sobre los comentarios transfobos que había hecho hacía una semana Sophie en su seminario. Le pedía que se reuniese con él en su despacho al día siguiente a las cuatro de la tarde para dar su versión de los hechos antes de que el asunto fuera más lejos.

–Pero tú no hiciste ningún comentario transfobo –dijo Ian. A Sophie la palabra le sonaba un poco rara en boca de Ian.

–Por supuesto que no –aseguró ella–. Ha sido todo un malentendido.

Trató de recordar el seminario de la semana anterior. Emily Shamma era una de las estudiantes más calladas, y Sophie solo recordaba dos momentos de interacción directa con ella. Al principio de la clase le había hecho una pregunta muy sencilla con la esperanza de hacerla participar: le había mostrado a Emily dos versiones de *El grito* de Munch y le había pedido que dijese cuál creía que se había pintado primero. La respuesta (para Sophie) era muy evidente, pero Emily no había logrado llegar a una conclusión definitiva. Sophie no la había menospreciado de ningún modo por eso, se había limitado a explicar pacientemente la respuesta y había seguido con la clase. Más tarde, mientras los alumnos salían del aula, habían mantenido una breve –y de nuevo no concluyente– discusión sobre si la siguiente tutoría individual sería el miércoles o el jueves de la penúltima semana del trimestre.

–¿Y eso fue todo? –preguntó Ian.

–Creo que sí –respondió Sophie–. No recuerdo nada más.

–Bueno, pues entonces cuéntale esto a Martin y asunto zanjado.

–Por supuesto que lo haré –aseguró Sophie. Comió un poco de arroz y no volvió a pensar en el tema; en lugar de eso, su mente volvió al intercambio de mensajes con Adam y, después, a aquellos días soleados en Marsella, a la travesía en barco hasta las islas Frioul y a su baño a la luz de la luna en la Calanque de Morgiret, de modo que no estaba prestando atención a Ian, que parecía más preocupado que ella por el email, cuando él volvió a mirar la impresión del email, dejó escapar una risa forzada y dijo:

–Todo esto es ridículo. Incluso el nombre de la estudiante que ha presentado la queja. Por el amor de Dios, ¿a quién se le ocurre llamar a su hija Coriander?

A la mañana siguiente, como de costumbre, Sophie tomó el tren de las siete cuarenta de Birmingham New Street a Londres Euston. En el momento en que el tren pasaba por Milton Keynes y ella estaba mandándole un mensaje de texto a Sohan para confirmarle el restaurante en el que iban a cenar esa noche (iba a conocer a su nuevo novio) la llamó Ian.

–Hola –respondió Sophie–. ¿Qué pasa?

–Bueno... –empezó él. Se lo oía claramente nervioso–. Ya sé que no tienes Twitter, pero acabo de echar un vistazo rápido y sales por todas partes.

Sophie notó una repentina y horrible sensación de vacío en el estómago.

–¿Por todas partes? –preguntó–. ¿Qué quieres decir?

–Hay un montón de tuits sobre ti. No es que seas trending topic..., pero casi.

–¿Tuits? ¿De quién?

–Sobre todo de estudiantes. Parece que esa tal Coriander se ha dedicado a correr la voz.

–Oh, mierda. ¿Son malos? ¿Qué dicen?

–Escúchame, sobre todo *no se te ocurra leerlos*. Ya sé que nunca me haces caso, pero ya te he dicho otras veces cómo se las gastan este tipo de presuntos luchadores por la justicia social. No hay nada peor que un grupo de izquierdistas en plena cruzada moral que han visto en el horizonte a una potencial víctima. Si te soy sincero, estaba dudando si comentártelo o no, pero he pensado que sería mejor que supieras lo que se está cocinando antes de acudir a la reunión de esta tarde.

–Por Dios, ¿cómo ha sucedido esto? Ni siquiera sé qué se supone que dije.

–Probablemente nada. Por lo que estoy seguro de que todo quedará en nada. Pero de momento se ha hecho una bola más grande de lo que pensábamos.

–De acuerdo, gracias. Supongo que «hombre prevenido vale por dos» y demás.

–Exacto. Te quiero.

–Yo también te quiero.

Sophie colgó y se quedó unos minutos mirando por la ventana. Pero la sensación de vacío en el estómago iba en aumento y tenía que hacer verdaderos

esfuerzos para resistir la tentación de mirar los tuits. Para distraerse, decidió ponerse a trabajar: dio un repaso de última hora a los apuntes de los dos seminarios que daba esa tarde.

No tendría por qué haberse tomado la molestia. En ninguno de los dos apareció ni un solo estudiante.

–¿Me están boicoteando? –preguntó Sophie.

–Parece que sí –dijo Martin.

–Pero es ridículo. Es jodidamente ridículo.

–Por favor, Sophie, no te alteres. Reaccionar así no va a ayudar a nadie.

El jefe de departamento de Sophie, Martin Lomas, era un profesor de cincuenta y dos años de historia europea, especialista en el papel desempeñado por el lino en el comercio británico con el Báltico a principios del siglo xvii, tema sobre el que hasta el momento había escrito cuatro libros. Al echar un vistazo a su despacho, con sus immaculados estantes con libros ordenados no por autor o tema, sino por tamaño y color del lomo, Sophie podía entender por qué cualquier alteración del ánimo le aterraba.

–Estoy seguro de que todo esto no es más que un absurdo malentendido – continuó Martin–. Pero la universidad insiste en que sigamos los procedimientos establecidos. Así que sigamos los procedimientos y todo se aclarará.

–Muy bien, pues podrías empezar por contarme qué se supone que he dicho.

Martin consultó sus notas.

–Te dirigiste a un estudiante transgénero de un modo que daba a entender que su disforia de género era resultado de su debilidad de carácter.

Sophie se quedó muda durante unos segundos. Al final logró decir:

–Vaya gilipollez.

–Sophie, por favor...

–Vale, pues vaya mentira. Una completa mentira. ¿Así está mejor?

–Permíteme que me centre en los hechos, tal como se han relatado.

–¿Quién los ha relatado?

–En primer lugar la estudiante a la que te dirigiste, Emily Shamma. Ella se lo contó a una amiga, Corrie Anderton, y la señorita Anderton se lo contó al responsable de igualdad de oportunidades del sindicato de estudiantes. Al parecer otros tres estudiantes oyeron el comentario y lo han corroborado en el informe.

Sophie guardó silencio. La cosa no pintaba bien.

–Por lo visto le dijiste a Emily: «Te cuesta mucho tomar decisiones, ¿verdad?»
Sophie esperó.

–¿Y?

–Eso es todo.

Se quedó mirando a Martin unos instantes y dejó escapar un prolongado suspiro de alivio.

–Vale. Bueno, pues qué alivio.

–¿Qué quieres decir?

–Quiero decir que no hay nada de que preocuparse. La estudiante malinterpretó mi comentario, eso es todo.

Martin esperó a que se lo aclarase, no parecía convencido.

–Yo no estaba hablando de la elección de género. Era tan solo un comentario sobre el hecho de que era incapaz de decidir si prefería la tutoría el miércoles o el jueves.

–Entiendo. –Martin tomó algunas notas en el cuaderno que tenía sobre el escritorio–. Pero, entonces, ¿por qué se lo dijiste?

–Porque se mostraba indecisa.

–Sí, pero no fue más que un momento de indecisión. Y tú, a partir de eso, generalizaste.

–Oh. No, no... Me estaba refiriendo también a algo que habíamos hablado hacía un rato en el seminario. Le había mostrado dos versiones de un cuadro y le había preguntado cuál creía que se había pintado antes, y ella fue incapaz de decidirse y dar una respuesta.

Martin anotó todo eso.

–Bueno, supongo que esto nos proporciona un contexto –dijo sin mucha convicción.

–No, no proporciona un contexto –insistió Sophie–. Lo explica. Explica por qué lo dije y a qué me refería.

–Aun así, no fue un modo muy diplomático de dirigirse a una estudiante que, según tengo entendido, está planteándose un cambio de género.

–¿Diplomático? ¿De repente esto va de si he sido o no diplomática? No, claro que no fui diplomática. De hecho fue un comentario estúpido. Entiendo que se pudiera malinterpretar. De modo que me disculparé con ella y asunto zanjado.

–Mmm. –Una vez más, Martin no parecía nada convencido de que la cosa fuera tan sencilla como creía Sophie–. Esperemos que así sea. ¿Sabes qué?...

Martin se quedó mirando por la ventana del despacho, embobado, como de costumbre, por la banalidad de la vista que ofrecía: el muro de ladrillo visto del

departamento de humanidades del ala norte, con sus hileras de anónimas ventanas de los despachos. Sintió que se apoderaba de él un apabullante hastío. La semana anterior había descubierto un nuevo dato sobre el papel que había desempeñado el lino en el comercio británico con el Báltico a principios del siglo XVII y lo que de verdad deseaba hacer era desarrollar ese hallazgo en un artículo. O incluso en un libro. Sí, tal vez de eso podría salir un nuevo libro...

De mala gana, interrumpió sus elucubraciones y volvió a concentrar su atención en la última crisis del departamento.

–¿Sabes qué?, lo que la señorita Anderton trata de argumentar es que con tu comentario podrías haber violado la legislación de igualdad de oportunidades. Este es el quid del asunto. Y, obviamente, esto sería una falta muy grave.

–Pero...

–Y en el pasado podríamos haber tratado el asunto de forma interna. No taparlo exactamente, pero..., bueno, el asunto se podría haber zanjado dentro del departamento. Pero ahora tenemos que enfrentarnos con las redes sociales. ¿Has visto alguno de los tuits y las respuestas que han generado?

–No, no los he leído. ¿Son malos?

–La comunidad estudiantil está expresando opiniones muy vehementes.

–¿Alguien se ha puesto de mi lado?

–Quizá lo más práctico es que los leas tú misma. No te costará nada encontrarlos si buscas el hashtag #despedidaColemanPotter.

–De acuerdo –dijo Sophie–. Ya veo por dónde van los tiros. –Volvió a sentir el vacío en el estómago. Sin embargo, por mal que pintara todo en esos momentos, no veía por qué no se podía frenar esa historia en seco–. Hablaré con Emily y aclararé el malentendido, ¿de acuerdo?

–Me temo que no va a ser tan sencillo. La persona que ha presentado la queja es la señorita Anderton, después de que la afectada le contase lo sucedido. No estoy muy seguro del papel que ahora mismo tiene la señorita Shamma en esta historia. Puede que incluso sea irrelevante. A mi modo de ver es más bien un sujeto pasivo... –Se calló justo a tiempo. Incluso en una conversación privada como esa resultaba inapropiado hacer juicios de valor sobre miembros vulnerables de grupos minoritarios.

–¿Puedo ver el texto de la queja?

–Te lo harán llegar a su debido tiempo.

–¿Puedes contarme qué dice *exactamente*?

–No sé si lo tengo a mano –dijo Martin, rebuscando entre los papeles de la

parte superior de la pila que tenía sobre el escritorio—. Creo recordar que utilizaba el término «microagresión».

–¿Microagresión?

–¿Sabes a qué se refiere?

–Sí.

–Bueno, pues a ojos de esa estudiante eres culpable de eso. De una «enorme microagresión».

Sophie frunció el ceño y preguntó:

–¿Cómo puede existir una enorme microagresión? Eso sería sin más... una agresión.

Martin esbozó una sonrisa, se levantó y le tendió la mano.

–Sigamos los procedimientos estipulados –le dijo—. Si lo haces, la experiencia me dice que saldrás bien parada.

Tanto Sohan como Sophie llegaron al restaurante a la hora acordada, pero Mike avisó con un mensaje de texto que se iba a retrasar media hora. Se sentaron y echaron un vistazo a la carta mientras lo esperaban. Sophie miraba los precios consternada. No había manera de que la cena saliese por menos de ciento cincuenta libras por cabeza e Ian se pondría furioso si se enteraba de que había pagado eso por una comida.

–¿No te parece increíble? –dijo Sohan—. Ahora entiendo por qué este sitio tiene críticas tan elogiosas.

–Y yo entiendo por qué está medio vacío. ¿Quince libras por un primero?

–La gente está dispuesta a pagar eso por una cena para una noche especial.

–¿Y qué mierda es esto: «croquetas de sardinas fermentadas»? ¿Cómo se fermenta una sardina y por qué vas a meterla en una croqueta una vez que la tienes fermentada?

–El humus parece interesante.

–¿Humus? Lo puedes comprar en el Tesco por una libra veinte. Le añaden «seta Shimeji escabechada», sea lo que sea eso, y ya consideran que te pueden cobrar veinte libras por el plato.

–Has cambiado desde que te mudaste a Birmingham –le dijo Sohan, que seguía mirando la carta entusiasmado—. Ya sé que allí todavía sirven pollo en un cestito y pastel de limón con merengue, pero el resto del país ha evolucionado.

–Muy gracioso –dijo Sophie—. Pero, ahora en serio, yo no puedo pagar estos precios.

–Oh, no te preocupes. Invitará Mike.

–No, no lo hará. Yo tengo que pagarme lo mío.

–Querida, él gana diez veces más que tú y que yo. ¿Lo has oído? *Diez veces más*. Yo se lo hago pagar todo. De otro modo, no podríamos hacer nada juntos.

–¿Y él está de acuerdo?

–Es de sentido común. Te lo aseguro, mi vida ha mejorado de forma inaudita desde que conocí a este tío. ¡Es solo un par de años mayor que nosotros y le sale el dinero por las orejas!

Sophie negó con la cabeza con reticente admiración.

–¿Y cómo es eso? ¿Fortuna familiar?

–Para nada. Lo creas o no, viene de un entorno proletario. Su padre trabajaba en una acería en una de esas ciudades del norte dejadas de la mano de Dios; Harrogate o Halifax o una de esas.

–Me parece que ninguna de esas dos ha tenido alguna vez algo que ver con el acero.

–Bueno, una que empieza por H.

–¿Hartlepool?

–Hartlepool, exacto. Pero el profesor de matemáticas de Mike en el colegio descubrió que el chaval era un genio. Fue a la Imperial, el primer hombre de la familia en ir a la universidad, se quedó para hacer un doctorado en Matemáticas Puras y de ahí aterrizó directo en la City.

–¿Todavía reclutan a este tipo de gente? Pensaba que eso solo pasaba antes de la crisis.

–Por lo visto sí. –Volvió a concentrarse en el menú y se le iluminaron los ojos–. Guau. Solomillo de Wagyu con habas y brócoli laminado. ¡Por treinta y seis libras!

Sophie lo miró para comprobar si bromeaba. No lo hacía.

–Dejando a un lado tu espectacular vida amorosa –le dijo–, ¿quieres oír la otra cosa increíble sobre el fiasco de hoy? –Ya le había contado todos los detalles de su reunión con Martin–. Resulta que la estudiante que ha presentado la queja contra mí, a la que apenas conozco, es hija de uno de los mejores amigos de mi tío.

–¿El tío Benjamin, el preseleccionado para el Booker?

–Exacto.

–Bueno, eso son buenas noticias, ¿no? Puede llamar a su amigo y tener una conversación civilizada con él para que le diga a su hija que cierre el puto pico.

–Quizá. –Sophie sabía que podía ser una opción razonable, pero no bastaba para mitigar la sensación de inminente desastre que la invadía. A media tarde ya no había podido resistir más y se había puesto a mirar los tuits de los alumnos.

Tras dos minutos de lectura, la apabullante cantidad y la absoluta hostilidad de los mensajes había producido un efecto físico sobre ella y había tenido que salir corriendo por el pasillo hasta el lavabo de mujeres porque tenía arcadas. Tal vez ese era otro motivo por el cual los platos de la carta no la hacían saltar de entusiasmo.

–En cualquier caso, puede que tengas a la izquierda encima, dispuesta a despellejarte, pero tal vez acabes siendo una heroína de la derecha –le dijo Sohan–. Si podemos darle la vuelta para que parezca que tú no estás dispuesta a claudicar ante la corrección política, tal vez los partidarios de la libertad de expresión acudan como la caballería en tu ayuda. Saldrás en la portada del *Spectator* y el *Daily Mail* escribirá editoriales sobre ti.

A Sophie le molestaba que él bromease sobre lo sucedido. Le rió la gracia por educación, pero se sintió aliviada cuando unos segundos después interrumpió la conversación la llegada a la mesa de un hombre alto, rubio y desenvuelto, ataviado con traje oscuro. El recién llegado le revolvió el cabello a Sohan y le puso las manos en los hombros, y él dijo:

–Por fin. –Y le dio un beso en la mejilla mientras él se sentaba a su lado–. Sophie, este es Mike –dijo–. Mike, Sophie.

Se dieron la mano por encima de la mesa.

–Por fin nos conocemos –dijo Mike–. Disculpad el retraso.

Sophie no había quedado impresionada de un modo tan fulminante por la belleza de un hombre desde el día en que conoció a Ian. Miró de reojo a Sohan y este la miró triunfante, con los ojos centelleantes como si fuera un gato al que le acaban de servir una generosa ración de exquisita leche en un cuenco de oro puro.

La cuenta de la cena ascendió a 435 libras. Y tal como había predicho Sohan, la pagó Mike, pero lo hizo con tal discreción que Sophie no se percató de que lo había hecho hasta que la camarera volvió con el recibo de la tarjeta.

–No es justo –protestó ella, mientras Mike se guardaba el recibo en el bolsillo después de preguntarle a ella si lo quería para desgravar.

–Es del todo justo –intervino Sohan–. A este hombre le pagan unas cantidades obscenas de dinero por idear estrambóticos instrumentos financieros que solo ayudan a los ricos a hacerse más ricos. Entretanto, yo estoy enfrascado en una importante investigación, casi me atrevería a calificarla de investigación vital, sobre qué significa esencialmente ser inglés y me pagan un sueldo ridículo. Una auténtica miseria.

–¿Es cierto? –preguntó Sophie a Mike con una sonrisa–. No me refiero, claro

está, a la investigación de Sohan, sino a tu trabajo.

–Más o menos –respondió él.

–Creía que después de la crisis los derivados financieros se consideraban productos peligrosos.

–Yo empecé a trabajar en la City en 2007 –explicó Mike–. De manera que estaba aterrizando cuando estalló la crisis. Fue como un bautismo de fuego. Y sí, durante algún tiempo todo el mundo actuó con cierta cautela, pero después las aguas volvieron a su cauce. Y, por lo que he podido comprobar, nadie ha cambiado de verdad su modo de actuar. Las sumas de dinero que se mueven son demasiado grandes. Jugar con ellas engancha. Es como cualquier otra adicción, las drogas, el sexo, no puedes parar la rueda solo regulando. Sobre todo porque además las regulaciones son muy laxas.

–¿Y no te preocupa? El riesgo. Quiero decir... ¿y si estalla otra crisis?

–Sin duda sucederá –dijo Mike–. Pero, con suerte, para entonces yo ya habré abandonado la escena del crimen. Mi intención es trabajar allí un par de años más y después dejarlo.

–¿Para hacer qué?

–Algo completamente diferente. Tal vez crear una organización benéfica. Quiero devolver algo a la sociedad.

–¿Ves cómo es? –dijo Sohan–. Un idealista. Un altruista. Quiere salvar el mundo, como el resto de nosotros.

–¿Visitas a tus padres con frecuencia? –le preguntó Sophie, haciendo caso omiso de Sohan.

–No muy a menudo. Por desgracia los últimos quince años hemos estado muy distanciados. Antes solía visitarlos. Y también les daba dinero, pero a ellos no les gustaba, así que dejé de hacerlo. Creo que les incomodaba.

–¿Saben que eres gay?

–No tengo ni idea. Nunca se lo he contado.

–En cualquier caso –volvió a intervenir Sohan–, el camarada Corbyn pondrá fin a vuestros deleznablez jueguecitos financieros en cuanto sea primer ministro. Tus días de sacar dinero de la nada están contados.

–Tal vez –dijo Mike–. Pero la mayoría de los gobiernos laboristas acaban haciéndose amigos de la City pasado un tiempo. Los impuestos que paga son muy útiles. Tal vez el próximo sea diferente, quién sabe.

Jeremy Corbyn se había convertido en el líder del Partido Laborista en septiembre. La sorprendente –incluso increíble– elección de ese desconocido pero longevo diputado rebelde había sido interpretada por muchos, incluida Sophie,

como un signo de esperanza de que el partido preparaba un regreso a los principios que había abandonado durante el liderazgo de Tony Blair. Menos entusiasmo había provocado el hecho de que, en lo que a ella e Ian se refería, esta figura política ponía en evidencia como nunca sus diferencias políticas. Ian veía a Corbyn como un trotskista; a ella le parecía un socialista sabio y paternal. Él la prevenía de que Corbyn convertiría Inglaterra en una distopía represiva con ecos del antiguo bloque del Este, de que la gente como ella era considerada por los seguidores del político como enemigos, y de que si votaba por él estaría actuando como un pavo que vota por la Navidad. Ese era uno de los motivos por los que Sophie no pensaba compartir con Ian la información de que, según la página de Facebook que había visitado esa tarde, entre las muchas asociaciones políticas de las que Corrie Anderton era miembro entusiasta estaba un grupo recién formado llamado Estudiantes por Corbyn.

Durante las últimas horas, Sophie casi se había olvidado de eso; se había olvidado de su némesis y del caos que ya había logrado crear en el departamento y en las redes sociales. Ahora de pronto volvió a pensar en ello. Pese a su estado de semiebriedad y al aire de radiante petulancia que no podía evitar irradiar en compañía de Mike, Sohan se percató del repentino cambio de humor de Sophie y tenía claro qué lo había provocado.

–Vamos –le dijo, cogiéndola de la mano–. Ya es hora de acostarse.

Los tres tomaron un taxi hasta el apartamento de Sohan en Clapham. Sophie se preparó el sofá cama con el que a esas alturas ya estaba familiarizada, se echó y permaneció despierta y sin pestañear durante una hora, escuchando los ruidos que hacían Mike y Sohan al hacer el amor en la habitación contigua. Seguía despierta cuando Mike salió del dormitorio desnudo, solo cubierto con una toalla, y pasó de puntillas junto al sofá camino de la cocina para coger un poco de agua. Al volver sobre sus pasos vio que los ojos abiertos de Sophie resplandecían en la oscuridad.

–Disculpa –le dijo–. ¿Hemos hecho demasiado ruido?

–No pasa nada –respondió Sophie–. Es bonito saber que la gente se lo pasa bien.

Mike se detuvo en la puerta de la cocina y dijo:

–No te preocupes. Estoy seguro de que todo irá bien.

–Seguro que sí.

Ella se volvió, se acurrucó bajo la colcha y se quedó mirándolo.

–Buenas noches –dijo él.

–Buenas noches.

Sophie se sintió extrañamente reconfortada por los ánimos que le dio Mike y le emocionó la nota de simpatía que había en su tono de voz, pero aun así, él se equivocaba: a la mañana siguiente Sophie recibió un email de Martin en el que le anunciaba que la habían suspendido de todas sus funciones como profesora hasta nuevo aviso.

Enero de 2016

Benjamin volvía a hacer el recorrido en coche de Shrewsbury a Rednal, siguiendo el curso del río Severn, a través de los pueblos de Cressage, Much Wenlock, Bridgnorth, Enville, Stourbridge y Hagley. Ni siquiera se molestó en calcular cuántas veces había hecho ese trayecto. La única diferencia (y era relevante) era que ahora pasaba cerca de donde vivía Jennifer y a veces, a última hora de la mañana, telefoneaba a la inmobiliaria en la que ella trabajaba y se la llevaba a comer, o a última hora de la tarde, cuando ya iba a volver, la llamaba a casa y salían a cenar y después hacían el amor. Para su sorpresa, habían logrado establecer una relación de tono bajo pero muy satisfactoria. Se veían una vez cada dos semanas, a veces más, a veces menos. Su relación sexual había superado el fiasco inicial del armario ropero. Descubrieron que se lo pasaban bien juntos, pese a que Benjamin no podía dejar de pensar –como le había sucedido cuarenta años atrás– que en realidad no tenían mucho en común. Pero ahora que era un cincuentón (mejor tarde que nunca) había desarrollado suficiente conciencia de sí mismo como para admitir que poca gente había que tuviese algo en común con él. Era un escritor introvertido y callado, tan pendiente de su imaginativo universo interior como del mundo que le rodeaba. Y Jennifer, de momento, parecía conforme con la situación. Hubiera sido maravilloso ganar el Premio Man Booker o al menos entrar en la lista de finalistas, pero ese evanescente periodo de fama como preseleccionado había dado frutos tangibles. Una editorial londinense le había ofrecido un modesto anticipo por su segunda novela, que todavía no había escrito y todavía no tenía título (de hecho, ni siquiera se había puesto a pensar en ella). Lo habían invitado a participar en un par de festivales literarios y a ser uno de los tutores en un curso de escritura de una semana que iba a celebrarse dentro de unos meses. Las ventas de *Una rosa sin espinas* habían sido modestas y nadie había comprado los derechos cinematográficos, pero para Benjamin lo conseguido era suficiente. Se sentía justificado. Se sentía afortunado.

A veces se preguntaba si su madre habría estado orgullosa de su logro. Su padre rara vez lo mencionaba. Colin se mostraba cada vez más taciturno y

lúgubre: su rostro, sus ocasionales palabras, su postura y lenguaje corporal transmitían una sensación general de fatalismo existencial. Y por si fuera poco, Benjamin estaba bastante seguro de que empezaba a fallarle la memoria. En la década de los setenta, Colin había trabajado como encargado de la planta en lo que entonces era la factoría de automóviles British Leyland en Longbridge; en los ochenta lo habían ascendido a un trabajo de despacho del que se había jubilado en 1995. Todo lo acontecido antes de esa fecha, el año de su jubilación, lo recordaba a la perfección; todo lo sucedido después o bien lo recordaba de forma vaga, o bien lo había olvidado por completo. Reconocía, eso sí, a Benjamin y a Lois –y a Christopher y Sophie, y en menor medida a Ian–, pero era incapaz de seguir con atención lo que sucedía en sus vidas, o bien no tenía el más mínimo interés en hacerlo. Todavía le llegaba a diario el *Daily Telegraph*, pero Benjamin no tenía muy claro que se lo leyese, aunque sí sabía el nombre del primer ministro en activo y el del líder de la oposición (al que detestaba). Lo que sí recordaba a la perfección eran los gobiernos tory y laborista de los años setenta y era capaz de evocar con detalle las convulsas luchas sindicales durante esa década en la factoría de Longbridge, en la que las convocatorias de huelga detenían con frecuencia la producción y (al menos según su versión de los hechos) raro era el día en que no se reunían miles de trabajadores en Cofton Park, donde eran arengados por correos delegados sindicales como Derek Robinson y Bill Anderton. A él todo aquello le había amargado la existencia y a veces a Benjamin le parecía que cuatro décadas después le seguía amargando.

Últimamente Colin apenas salía de casa, y cuando lo hacía era acompañado por Lois o Benjamin, que invariablemente se lo llevaban con el coche al campo, hacia el oeste, lejos del entorno urbano de Birmingham. Estaba demasiado débil y caminaba demasiado lento para afrontar un paseo en serio, pero todavía se le podía sacar de casa –en ocasiones con cierta dificultad– para ir a un centro de jardinería o al pub de un pueblo. Pero llevaba años sin acercarse al lugar donde antes estaba la vieja factoría de Longbridge, pese a que quedaba a poco más de un kilómetro de su casa. Por eso hoy Benjamin se quedó perplejo cuando, quince minutos después de entrar en su casa y ya con todos los posibles temas de conversación agotados, su padre le dijo:

–Quiero que esta tarde me lleves a Longbridge.

–¿A Longbridge? –preguntó Benjamin–. ¿Por qué?

–Quiero ver la nueva tienda.

–¿Qué tienda?

–Han abierto allí una nueva tienda enorme. En mitad de la fábrica. Lo vi por

la tele anoche. Quiero ver lo que han hecho. Y nunca se sabe, tal vez me encuentre por allí con algún viejo compañero.

–Pero papá...

Benjamin decidió callarse. Por cómo hablaba su padre, parecía no tener ni idea de lo que había sido de los edificios de la vieja factoría. Todos ellos, casi sin excepción, habían sido demolidos y borrados de la faz de la tierra. Solo quedaba en pie uno del antiguo departamento de control de calidad, que todavía producía a pequeña escala y daba trabajo a un centenar de personas. Las alas oeste, norte y sur habían sido las primeras en desaparecer y durante mucho tiempo el solar quedó vacío, como un desolador recordatorio de la decadencia de la industria británica; pero en la actualidad casi todo volvía a estar ocupado, por viviendas, tiendas y un nuevo instituto de formación profesional. ¿Colin sabía algo de todo eso? Benjamin no estaba seguro, y tampoco estaba seguro de cómo reaccionaría su padre cuando se enfrentase por primera vez a la total transformación del lugar, una reescritura radical de la historia de un escenario que antaño había sido familiar para él.

–¿Estás seguro de que quieres ir? –le preguntó–. Pensaba que quizá preferirías volver a Woodlands.

–Estoy harto de ese sitio –respondió con brusquedad Colin–. ¿Por qué nadie me cree cuando digo que quiero hacer algo?

Benjamin dio un largo rodeo para llegar a la antigua factoría, se acercó desde el oeste, recorrió la A-38 dejando atrás los multicines, la bolera, el Morrisons y el McDonald's. A las dos de la tarde de ese día invernal ya empezaba a oscurecer. Cuando giró a la derecha en la rotonda para tomar la carretera de Bristol, su padre giró la cabeza en la dirección opuesta y preguntó:

–¿Dónde estamos?

–Ya sabes dónde estamos. Es la carretera de Bristol.

–No, no lo es. El puente de la factoría pasa por encima de la carretera de Bristol. ¿Dónde está el puente?

El puente de la factoría era un símbolo local, o al menos lo había sido durante treinta y cinco años. Era un estrecho puente cubierto que formaba parte de la factoría de Longbridge y pasaba por encima de la concurrida carretera para unir de forma eficiente las plantas oeste y sur; se había construido en 1971; Benjamin recordaba la fecha a la perfección porque fue su primer año en el King William y pasaba dos veces al día por debajo del puente con el autobús escolar mientras

todavía lo estaban construyendo. Pero aquellos fueron años optimistas, con la industria británica a pleno rendimiento, y después el puente dejó de ser útil y lo derribaron en 2006, hacía ya casi diez años. ¿Colin no se había fijado nunca, o es que lo había olvidado?

–Ya no está, papá. Lo demolieron hace siglos.

–¿Y entonces cómo pasan de una planta a la otra?

Benjamin no le respondió. Giró a la izquierda y se metió en una calle ancha bordeada de hileras de casas idénticas recién construidas y avanzó unos centenares de metros hasta llegar a un espacioso aparcamiento rodeado de tiendas: no solo había un gigantesco Marks & Spencer, sino también un Poundland, un Boots y algunas otras cadenas.

–¿Dónde estamos? –preguntó Colin, desconcertado y exasperado.

–Donde tú me has pedido que te trajera –le dijo Benjamin. Le señaló los gigantescos grandes almacenes–. Esta es la tienda gigantesca que salió en las noticias.

–No me refería a esta –protestó Colin–. Yo quería que me llevaras a Longbridge.

–Esto es Longbridge.

–No, no lo es.

Quejándose, salió del coche y caminó arrastrando los pies hacia la enorme tienda, mientras Benjamin cerraba la puerta, se ponía el abrigo y salía pitando detrás de él.

Una vez dentro, Colin miró a su alrededor, a izquierda y derecha, desconcertado por lo que veía y pasmado por las dimensiones de la tienda. Avanzó unos pasos hacia el departamento de ropa de mujer y se encontró ante hileras e hileras de medias, sujetadores y bragas de encaje que se extendían hasta donde le alcanzaba la vista. Si lo que esperaba encontrarse era el estruendo, el olor y la atmósfera cargada de testosterona de la antigua cadena de montaje de Longbridge, era lógico que estuviese perplejo.

–¿Qué es todo esto? –preguntó, volviéndose hacia Benjamin.

–Papá, es una tienda. Es Marks & Spencer. Aquí ya no fabrican coches.

–¿Y entonces dónde los fabrican?

Era una buena pregunta. Siguieron deambulando un poco más, hasta que llegaron al bar de prosecco de la planta baja, que estaba vacío salvo por una pareja joven y bien vestida que estaba disfrutando de lo que Benjamin sospechó que era una cita adúltera.

–Esto no será la nueva cantina, ¿verdad? –dijo Colin.

Mientras se adentraban en el departamento de alimentación y avanzaban entre hileras interminables de ensaladas preparadas, carnes ya cocinadas y vinos de importación, Benjamin trató de explicárselo.

–Escucha, papá, ¿no recuerdas esa manifestación de protesta a la que fuimos todos en Cannon Hill Park? ¿La manifestación por Rover?

–No, ¿cuándo fue eso?

–Hará unos quince años. Da igual, no sirvió para nada. Cuatro tíos de la región compraron la empresa, pero en lugar de salvarla la acabaron de hundir y la vendieron en 2005. Desde entonces aquí apenas se ha producido nada. Todo el mundo compra coches alemanes, franceses o japoneses. Derribaron los edificios de la fábrica y durante años esto no fue más que un solar vacío. Vamos, papá, tienes que acordarte de algo de lo que te estoy contando. Una vez tú y yo vinimos a echar un vistazo cuando estaban demoliendo la planta sur.

–¿La planta sur ha desaparecido?

–Estamos en ella. Donde estaba antes.

–¿Las cadenas de montaje 1 y 2?

–Ambas han desaparecido.

–¿Y la planta este? La que estaba en Groveley Lane.

–No lo sé. No sé lo que hicieron allí.

–Llévame allí.

–¿En serio?

–Llévame ahora.

Volvieron al coche. El trayecto hasta el lugar en el que se erigía la planta este les llevó solo tres minutos, pero mientras tanto el cielo pareció oscurecerse más.

–Parece que va a llover –comentó Benjamin.

Cuando llegaron al lugar, lo único que encontraron fue un solar yermo rodeado por una valla metálica alta. Unos carteles colocados a intervalos regulares a lo largo de la valla advertían a los posibles visitantes de la prohibición de pasar. Había también un enorme cartel que anunciaba la inminente construcción de más casas de dos, tres y cuatro dormitorios.

–Bueno, aquí estamos –dijo Benjamin–. ¿Qué quieres hacer ahora?

–Aparca –le pidió su padre.

Benjamin aparcó a un lado de la calle. Para su sorpresa, Colin se desabrochó el cinturón y se apeó. Con paso lento, se dirigió hacia una entrada con doble verja sobre la que lucía el logo de la empresa constructora. Benjamin lo siguió.

Colin se detuvo ante la entrada. Había un hueco entre las dos verjas lo bastante grande como para poder mirar a través de él. Permaneció allí varios

minutos, oteando por el agujero. Benjamin se quedó a su lado y, poniéndose de puntillas, podía mirar por encima de la verja el mismo espacio. No había nada que ver. Cientos de hectáreas de barro, vacías y anodinas a la luz del crepúsculo, que se extendían desde la colina hasta una calle en la que apenas se distinguía una hilera de casas de la época de entreguerras. El aire estaba cargado de humedad –debido más a la niebla que a la llovizna– y la tarde ya era gélida.

–Vamos, papá –dijo Benjamin–. Aquí no hay nada que ver.

–No lo entiendo –dijo Colin.

Benjamin se había vuelto hacia el coche. Ahora se giró de nuevo hacia su padre.

–¿El qué? ¿Qué es lo que no entiendes?

–No entiendo cómo pueden derribarlo todo así sin más. Algo que llevaba aquí tanto tiempo, algo que...

Volvió a mirar por el hueco entre las dos verjas. Pero tenía los ojos vidriosos y no veía bien; y su voz, que estaba pronunciando más palabras de las que había pronunciado en total en los últimos doce meses, era tan plana y átona como el paisaje.

–Quiero decir que un edificio no es solo un lugar, ¿no crees? También es la gente. La gente que trabajaba en su interior.

»No digo que... Bueno, ya sé que fabricábamos unos coches de mierda. Ya sé que los alemanes y los japoneses fabrican coches mejores que los nuestros. No soy bobo. Todo esto lo entiendo. Entiendo que la gente prefiera comprar un coche japonés que no se va a estropear a los dos años, como solía pasarles a los nuestros. Lo que no entiendo es...

»Lo que no entiendo es dónde vamos a acabar. Cómo podemos seguir así. Ya no fabricamos nada. Si no fabricamos nada, no tenemos nada que vender, de modo que... ¿cómo vamos a sobrevivir?

»Esto es lo que me preocupa. Bueno, no es esto lo que me preocupa. Este enorme solar vacío no es... nada. Cuando tiras al suelo una fábrica y desaparecen todos los trabajos que proporcionaba, con lo que te vas a encontrar es con esto. Con nada.

»Pero entonces aparece esa tienda..., esa maldita tienda gigantesca. Y todas estas casas. Cientos y cientos de casas. ¿Qué es todo esto? ¿Cómo puedes sustituir una fábrica por tiendas? Si no hay fábrica, ¿cómo se supone que la gente va a ganar dinero para gastárselo en las tiendas? ¿Cómo se supone que la gente va a ganar dinero para comprarse una casa? No tiene sentido.

»Creo que es esto lo que ha hecho que... me sintiera un poco raro en esa

tienda. No podía entenderlo, no podía entender cómo ha terminado todo. Y la memoria a veces me juega malas pasadas. Ya me he dado cuenta. No sé qué significa. Es un poco escalofriante. Todo es un poco escalofriante cuando llegas a mi edad, porque sabes lo que te espera a la vuelta de la esquina. Pero todavía recuerdo montones de cosas. Como ya he dicho, no soy bobo. Todavía no he llegado a eso. Claro que recuerdo cómo derribaron todo esto. Claro que lo sabía. Lo que no sabía..., lo que no recordaba es que hubieran derribado todas las plantas. Y hay más cosas, cosas mucho más antiguas, que recuerdo incluso con más claridad.

»Como este lugar. Este lugar en aquel entonces. La planta este. La veo, claro como el día. La gente empezaba a llegar a las siete y media. Todos venían en coche. Todas las calles de alrededor estaban a rebosar de coches aparcados a lo largo de varios kilómetros. Y durante el día se oía el ruido de la cadena, de la gente, el ajetreo era increíble. Así es como lo recuerdo. Nan también trabajaba aquí. Ya sabes, mi madre. Me contaba historias de la guerra. Justo donde estamos ahora, bajo nuestros pies, hay túneles. Docenas de túneles. Durante la guerra había cientos de personas trabajando ahí abajo. Nan era una de ellas. Una vez me enseñó una fotografía de toda la gente que trabajaba en los túneles. Fue todo un logro. Se fabricaba armamento, municiones, piezas de los aviones. ¿Te lo imaginas? ¿Te imaginas cómo era, cientos de personas trabajando todas a una para ganar la guerra? ¡Qué determinación! ¡Qué gran país éramos entonces!

»¿Adónde ha ido a parar todo eso? Ya era duro cuando yo trabajaba aquí. Las cosas ya empezaban a ir mal. Pero ahora es todavía peor. Todo se limita a... ropa elegante y bares de prosecco y las malditas... ensaladas preparadas. Nos hemos vuelto unos blandengues, este es el problema. No me extraña que el resto del mundo se ría de nosotros.

Colin se apartó de la verja. Ya había oscurecido por completo y él empezaba a tiritar.

–Papá, ¿tú crees que se ríen de nosotros? –preguntó Benjamin–. ¿Quién se ríe de nosotros?

–Claro que se ríen. Creen que somos un chiste. Creen que somos bobos.

Benjamin no tenía ni idea de a qué se refería su padre ni de quién hablaba. Lo cogió del brazo y caminaron de vuelta al coche, le abrió la puerta y le ayudó a entrar. Después se sentó en el asiento del conductor, pero durante un rato no encendió el motor. Al principio ninguno de los dos dijo una palabra. Permanecieron en silencio, escuchando el incipiente tamborileo de la lluvia invernal que empezaba a repiquetear contra el parabrisas.

–Creo que te equivocas –dijo por fin Benjamin–. No creo que nadie se ría de nosotros.

–Llévame a casa –dijo Colin apesadumbrado.

Marzo de 2016

–Son tiempos apasionantes, Douglas –dijo Nigel–. Tiempos increíblemente apasionantes. ¿Quién fue el que dijo: «Ojalá vivas tiempos apasionantes»?

–Confucio –respondió Doug–. Y dijo «tiempos interesantes».

–Seguro que quería decir «apasionantes» –planteó Nigel–. Tal vez el matiz se perdió con la traducción.

–Dijo «interesantes» –insistió Doug–. Y lo dijo como una maldición. A él no le parecía que eso fuera bueno.

–¿Cómo puede no ser bueno vivir tiempos apasionantes? –dijo Nigel–. Vosotros los escritores e intelectuales siempre tan negativos.

–Somos así –replicó Doug, mientras se echaba dos generosas cucharadas de azúcar en el capuchino–. Siempre miramos el lado negativo de las cosas.

–La gente ya ha aguantado demasiado a los intelectuales –dijo Nigel. De pronto, al caer en la cuenta de lo brillante que era la frase, se le iluminaron los ojos–. Un momento, voy a anotar esto.

–Sí, no vaya a ser que tus perlas de sabiduría se pierdan –dijo Doug, sonriendo mientras contemplaba cómo escribía en el cuaderno.

–Con algún retoque, esto podría convertirse en una buena cuña –aseguró Nigel.

La cita era, como siempre, en el café junto a la estación de metro de Temple. Unas semanas antes, David Cameron había visitado Bruselas para negociar un nuevo acuerdo con la Unión Europea, con la esperanza de conseguir concesiones que darían al Reino Unido un estatus especial –incluso más especial del que ya tenía– y así poder pacificar el en apariencia creciente colectivo de voceros antieuropeístas. Inmediatamente después, anunció la fecha del prometido referéndum sobre la permanencia del Reino Unido en la Unión Europea: el 23 de junio, que resultó ser el segundo día del festival de Glastonbury.

–Bueno, pues eso significa que habrá cien mil jóvenes que no irán a votar, ¿no crees? –dijo Doug.

–El voto por correo está a disposición tanto de los jóvenes como de los ancianos –replicó Nigel–. Dave ha pensado en todas las eventualidades posibles.

–¿Incluida la de que si pierde tendremos que salir de la Unión Europea?

–Debería haber dicho en todas las eventualidades *probables*.

–¿Y qué pasará si pierde? ¿Dimitirá?

–¿Dave? Jamás. No es un rajado.

–¿Y qué pasa si el resultado es tan ajustado que no permite tomar una decisión?

–¿Por qué a los periodistas os encantan las preguntas hipotéticas? Todo lo que planteas es hipotético. «¿Qué pasaría si perdéis?» «¿Qué pasaría si saliéramos de la UE?» «¿Qué pasaría si Donald Trump se convirtiese en presidente de Estados Unidos?» Vivís en un mundo de fantasía. ¿Por qué no me hacen preguntas prácticas? Como: «¿Cuáles serán las tres ideas principales de la estrategia de campaña de Dave?»

–Muy bien, de acuerdo..., ¿cuáles serán las tres ideas principales de la estrategia de campaña de Dave?

–No estoy autorizado para hablar de eso.

Frustrado, Doug lo intentó desde otro ángulo.

–Escucha, suponiendo que la gente vote por el Brexit y...

–Disculpa –dijo Nigel–. Tengo que interrumpirte. ¿Suponiendo que la gente vote qué?

–El Brexit.

Nigel lo miró con cara de pasmo.

–¿Cómo narices se te ha ocurrido esta palabra?

–¿No es así como lo llama la gente?

–Pensaba que era Brixit.

–¿Qué? ¿Brixit?

–Así es como lo llamamos.

–¿Quién?

–Dave y todo el equipo.

–El resto de la gente lo llama Brexit. ¿De dónde sale lo de Brixit?

–No lo sé. Pensábamos que lo llamaban así. –Volvió a anotar en su cuaderno–. ¿Brexit? ¿Estás seguro?

–Pues sí. Es una palabra compuesta. *British exit*.

–*British exit*... Pero eso sería Brixit, ¿no?

–Bueno, los griegos hablaban de Grexit.

–¿Los griegos? Pero ellos no han salido de la Unión Europea.

–No, pero se lo plantearon.

–Pero nosotros no somos griegos. Deberíamos tener nuestra propia palabreja.

–Y la tenemos. Brexit.

–Pues nosotros lo hemos estado llamando Brixit. –Nigel negó con la cabeza y tomó más notas–. Esto va a ser la bomba en la próxima reunión de ministros. Espero no tener que ser yo el que se lo cuente.

–Bueno –dijo Doug–, como estás tan seguro de que no va a suceder, no tienes por qué contárselo, ¿no crees?

Nigel sonrió encantado al oír eso.

–Claro, tienes toda la razón. Como no va a suceder, no necesitamos una palabra para designarlo.

–Ves qué bien.

–Después de todo, de aquí a un año toda esta historia ya estará completamente olvidada.

–Exacto.

–Nadie se acordará siquiera de que cierta gente quería un Brixit.

–Desde luego que no. Aunque, la verdad es que alguna de esta gente... – Reflexionó sobre cómo plantárselo–. Bueno, son tipos influyentes, ¿no crees? Por ejemplo, Boris Johnson. Él es un peso pesado.

–No me parece bien que bromees con su aspecto físico –dijo Nigel–. Aunque Dave está indignado con él.

–¿No se esperaba que se posicionase a favor de la salida?

–Para nada.

–Por ahí circula el rumor –explicó Doug– de que la noche anterior, antes de que el *Telegraph* entrase en imprenta, Boris tenía dos artículos preparados para entregarles. Uno a favor de la salida y otro en el que argumentaba a favor de la permanencia.

–No le doy ningún crédito al rumor –dijo Nigel–. Boris habría tenido tres artículos preparados: uno a favor de la salida, otro a favor de la permanencia y otro mostrándose indeciso. Le gusta tener todos los flancos cubiertos.

–Y después está Michael Gove. Otro personaje influyente que se ha mostrado favorable a la salida.

–Lo sé. Dave está indignado con Michael. Por suerte todavía quedan un montón de conservadores leales y sensatos capaces de valorar las ventajas de la permanencia en la Unión Europea. Tengo entendido que te estás acostando con una de ellas. Pero imagínate cómo se siente Dave con respecto a Michael y algunos otros. Fue a Bruselas y consiguió ese estupendo trato y esa gente sigue descontenta.

–Hay un montón de gente a la que simplemente no le gusta la Unión Europea

–dijo Doug–. Consideran que no es democrática.

–Sí, pero salir de ella sería malo para la economía.

–Consideran que Alemania es el país que arrastra a todos los demás a su terreno.

–Sí, pero salir de ella sería malo para la economía.

–Consideran que han llegado demasiados emigrantes de Polonia y Rumanía, y que están provocando que bajen los salarios.

–Sí, pero salir de ella sería malo para la economía.

–De acuerdo –dijo Doug–. Creo que acabo de deducir cuáles son las tres ideas principales de la estrategia de campaña de Dave. –Ahora fue él quien tomó algunas notas–. ¿Y qué me dices de Jeremy Corbyn?

Nigel inhaló produciendo un prolongado siseo y se echó hacia atrás de manera ostentosa.

–¿Jeremy Corbyn?

–Sí. ¿Qué papel va a representar él en todo esto?

–Nosotros no hablamos de Jeremy Corbyn.

–¿Por qué no?

–¿Por qué no? Porque es marxista. Marxista, leninista, trotskista y comunista. Maoísta, bolchevique, anarquista e izquierdista. Socialista radical, anticapitalista, antimonárquico y proterrorista.

–Pero también es partidario de permanecer en la Unión Europea.

–¿En serio?

–Eso parece.

–Pues en ese caso estaremos encantados de subirlo a bordo. Pero no creo que Dave esté preparado para compartir un estrado con él.

–No tendrá que hacerlo. Jeremy se niega a compartir un estrado con él.

–Bien. Bueno, ya lo ves..., es bueno saber que unos contrincantes políticos son capaces de dejar a un lado sus diferencias para ponerse al servicio de una causa común, y por una vez estar de acuerdo en algo.

–En concreto en negarse a compartir estrado con el otro.

–Exacto.

–¿Y qué me dices de Nigel Farage?

Nigel volvió a tomar aire con un siseo.

–No hablamos de Nigel Farage.

–Parece que hay un montón de cosas de las que no habláis. ¿Por qué no habláis de Nigel Farage?

–Dave soltó una frase memorable sobre el UKIP y sus seguidores. Ahora

mismo no la recuerdo, pero era memorable.

–Los ha llamado «chiflados, tarados y racistas de tapadillo».

–¿En serio? Qué rudo. En cualquier caso, no nos tomamos en serio a Nigel Farage. Ni al UKIP. Después de todo, tienen un único diputado.

–Pero esto es así solo porque gana la circunscripción el que queda primero. En realidad, tienen un doce por ciento de apoyo, lo cual los convierte en el tercer partido en términos de apoyo popular.

–Esta es la maravilla de nuestro sistema parlamentario. Mantiene a los..., ¿cómo los llamó Dave?

–«Chiflados, tarados y racistas de tapadillo.»

–Impide que los chiflados, tarados y racistas de tapadillo lleguen a tener influencia. Piensa en los montones de chiflados, tarados y racistas de tapadillo que hay por todo el país, e imagina lo que sucedería si se les diese voz y voto como a todos los demás en asuntos de relevancia nacional.

–Pero eso es precisamente lo que les va a dar el referéndum.

Nigel suspiró y replicó:

–Piensas en negativo, Douglas. Siempre piensas en negativo. Negatividad, negatividad, negatividad. Estamos a punto de embarcarnos en un *increíble* ejercicio de democracia directa. Vamos, tú vives y respiras política, ¿no? Ha sido la pasión de toda tu vida. ¿No quieres que tus conciudadanos compartan esta pasión? Lo que está haciendo Dave con esto es iniciar un debate. Durante los próximos tres meses, el país va a estar centrado en un intenso y apasionado debate nacional sobre el lugar que debe ocupar Gran Bretaña en Europa y en el mundo. ¡Piensa en eso! Piensa en la señora Jones...

–¿En quién?

–Solo estoy poniendo un ejemplo, un ejemplo hipotético. Piensa en la señora Jones entrando en la carnicería un sábado por la mañana. «Buenos días, señora Jones», la saludaría el carnicero. «¿Una docena de piezas del mejor lomo de cerdo para usted y su familia, como de costumbre?» Y mientras las va colocando sobre el mostrador, las pule y las envuelve, diría: «Pues bueno, y qué me dice del impacto que tienen esas molestas barreras no arancelarias, ¿eh? Me extrañaría mucho que no tuvieran un efecto significativo en el sector servicios del Reino Unido, que representa el ochenta por ciento de nuestra economía.» Y la señora Jones respondería: «Ah, pero bajo las leyes de la Organización Mundial del Comercio...»

–Nigel –lo interrumpió Doug–, estás completamente chiflado si crees que la gente va a mantener este tipo de conversación. No puede haber más de doce

personas en este país que entiendan cómo funciona la Unión Europea, y no digamos ya cómo encajan sus regulaciones en el sistema económico global. Tú no lo entiendes y yo desde luego no lo entiendo, y si te crees que la gente va a estar mejor informada en tres meses es que vives en Babia. La gente va a votar como lo hace siempre, siguiendo su intuición. Esta campaña se ganará con eslóganes y cuñas publicitarias, azuzando los instintos y las emociones. Por no mencionar los prejuicios..., que resulta que Farage y sus chiflados saben azuzar con verdadera maestría.

Nigel se apoyó en el respaldo de la silla con los brazos cruzados. Una expresión de absoluta piedad invadió su rostro. Tamborileó con los dedos sobre los antebrazos y dijo:

–Douglas, Douglas, Douglas. ¿Sabes cuánto hace, cuántos años, desde que empezamos a vernos en este café? Casi seis. Durante este tiempo hemos tenido muchas conversaciones interesantes. Y me gustaría pensar que en muchos aspectos, y pese a las diferencias que hay entre nosotros tanto en ideas políticas, edad y salud, y sobre esto último ya sabes a qué me refiero, no quiero incomodarte volviendo a sacar el tema, aunque te dejaré la tarjeta de mi padre por si en un futuro quieres hacer uso de sus servicios...; como decía, me gustaría pensar que se ha forjado entre nosotros una verdadera amistad. Durante este tiempo te han sucedido un montón de cosas. Varios de los periódicos para los que trabajabas han cerrado. Los articulistas políticos como tú ya no tienen la influencia de antaño. Y cada vez que nos encontramos y hablamos de este gobierno al que tengo el privilegio de servir y de este primer ministro con el que tengo la suerte de trabajar, y, sí, al que también en cierto modo puedo considerar un amigo..., cada vez, tú te comportas como un profeta de la fatalidad. Siempre dispuesto a predecir desastres y fracasos. Pero, Douglas, resulta que David es un *ganador*. Es un *luchador*. Va a pelear en esta campaña y va a salir victorioso. Igual que ganó las elecciones del año pasado, a pesar de todos sus detractores, a pesar de todas esas ridículas encuestas que predecían que iba a perder. Quiero decir –y aquí soltó una risotada incrédula–, ¿recuerdas de qué manera tan estrepitosa se equivocaron? Después de eso, ¿quién se va a creer a un analista político? ¿Quién va a tener la más mínima fe en las encuestas?

–Que en esta ocasión –señaló Doug– dicen que en junio va a ganar la permanencia.

–¡Y están en lo cierto! –dijo Nigel triunfal–. ¡Dave va a ganar! Tiene que ganar. Tiene que ganar porque le quedan por delante cuatro años más al frente

del gobierno y tiene mucho trabajo por hacer y debe llevarlo a cabo por el bien del pueblo británico.

–Estupendo –dijo Doug–. Cuatro años más de austeridad, recortes en servicios sociales, recortes en el Estado del bienestar, nacionalizaciones arteras de la sanidad pública...

–Exacto. ¿Lo ves? ¡Queda mucho por hacer! Hablando de lo cual... –Nigel consultó el reloj y se puso en pie de un salto–. Tengo que marcharme. ¿Puedes pagar los cafés? La próxima vez invito yo.

Después de que se marchara, Doug pagó la cuenta y se dirigió paseando con calma por Embankment hacia el puente de Waterloo, negando con la cabeza y pensando, como siempre, que le era imposible predecir qué rumbo iban a tomar estas conversaciones. Diez minutos después, le vibró el móvil y recibió un mensaje de texto. Era de Nigel.

«¿Quién lo hubiera dicho? Resulta que la gente en efecto lo llama Brexit. ¡Gracias por la info!»

Abril de 2016

–A veces me pregunto –dijo Benjamin– cómo habría sido mi vida de no haber ido a ese colegio.

Charlie negó con la cabeza y dijo:

–No vayas por ahí, colega. La pregunta del «y si...». Está prohibido hacérsela. Yendo por ahí es como uno enloquece.

–No, pero...

–Todo tiene un sentido, Tienes que creerme. Por ejemplo, cuando encontré a Jasmine, eso no fue casualidad. Fue la suerte, el destino, Kismet.

–¿Kismet? –repitió Benjamin escéptico. Dio un sorbo a su Guinness. Charlie ya se había terminado su pinta y estaba esperándolo. Benjamin era un bebedor lento.

–Sí. Existen estos instantes..., estos instantes en los que de pronto todo confluye en tu vida. No tiene por qué suceder en Shangri-La o algún sitio por el estilo... En mi caso, sucedió en un Toys'R'Us a las afueras de Dudley. Ya sabes, a buen hambre no hay pan duro.

–Supongo que no –dijo Benjamin.

–Pero piensa en lo que tuvo que suceder: si yo no hubiera estado trabajando allí cuando ella vino con Aneeqa, y si no me hubieran pedido que les bajase ese juego de ping-pong del estante más alto, yo jamás habría entablado conversación con ellas. No habría empezado a salir con ella, no habría empezado a acompañar a Aneeqa al colegio y jamás me habría enterado de que había otra niña llamada Krystal que la odiaba y tenía celos de ella. Y jamás habría sabido que Krystal tenía un padre llamado Duncan que también hacía espectáculos infantiles y que empezó a odiarme porque yo cuidaba de una niña a la que su hija detestaba.

Charlie ya le había contado esta historia a Benjamin una de las primeras veces que quedaron a comer: la historia de Duncan Field, también conocido como Doctor Daredevil, que trabajaba en la misma zona que Charlie y que se había pasado los últimos cinco años intentando boicotearle el trabajo de todas las formas posibles. Aparecía en los espectáculos de Charlie en el teatro del Woodlands y se los sabotaba plantándose en un lateral para interrumpirlo

continuamente, o incluso se subía al escenario sin que nadie le hubiera invitado a hacerlo. Se enteraba de las fiestas infantiles en que habían contratado a Charlie (él jamás logró averiguar cómo lo hacía) y se presentaba en la casa en cuestión veinte minutos antes pretendiendo ser el sustituto y se quedaba con el espectáculo. Los estilos de ambos animadores infantiles eran diametralmente opuestos: el Barón Brainbox era amable, extravagante y educativo; el Doctor Daredevil era estridente y agresivo, y tenía predilección por los trucos de magia con productos químicos peligrosos, que a menudo violaban las regulaciones de seguridad laboral y en más de una ocasión habían hecho necesario llamar a los bomberos. Ambos mantenían una rivalidad profesional intensa y sentían una profunda aversión mutua en lo personal.

La raíz de su enemistad era la tirria que se tenían en el colegio Krystal y Aneeqa. Esta última no era exactamente la hijastra de Charlie, aunque él a veces se refería a ella como tal. Hacía más de seis años que mantenía una relación con Yasmin, la madre de Aneeqa, pero Benjamin había llegado a la conclusión – basándose solo en la versión de Charlie– de que el amor procedía esencialmente solo de uno de los dos lados. Charlie pasaba algunas noches en casa de Yasmin, pero ella no le permitía instalarse allí, de manera que se veía obligado a mantener su propio apartamento. Por lo que parecía, Yasmin era una mujer complicada: con mal carácter y agresiva, todavía amargada por su divorcio y con mucha desconfianza hacia los hombres. No tenía trabajo y dependía del apoyo económico de Charlie, lo cual era un permanente motivo de discordia, porque él había dejado su empleo como vendedor minorista para concentrarse en el sueño de convertirse en animador infantil a tiempo completo, y desde entonces vivían con cierta precariedad. Por lo visto Aneeqa era una estudiante prometidora, que ahora estaba a punto de terminar el instituto y tenía especiales dotes para los idiomas. Krystal se había dedicado a acosarla en el instituto desde que se conocieron, desde el primer día del primer curso, y durante todo ese tiempo su padre jamás le había criticado la actitud ni se había tomado la molestia de disimular la ofensa que para él suponía el hecho de que la hija de una familia musulmana pudiera ser considerada más inteligente y brillante que la suya.

Teniendo en cuenta todo esto, y habiéndose percatado durante los últimos meses de que tras la fachada de felicidad de su viejo amigo se ocultaba un profundo estado de ansiedad y frustración, Benjamin no podía compartir la convicción de Charlie de que el encuentro casual en la juguetería Black Country le había cambiado la vida para mejor. Aunque tal vez esa noche cambiaría de

opinión, porque, por primera vez, lo había invitado a casa de Yasmin para cenar con la familia.

–Pero primero tengo que hacer algunas compras –dijo Charlie–. Me pasaré por un súper Sainsbury’s o por algún otro sitio.

–De acuerdo –dijo Benjamin, y apuró su cerveza–. Te acompaño.

–No, no es necesario. Espérame aquí y tómate otra.

–De verdad que prefiero acompañarte.

–No seas tonto. Espérame aquí. No tardaré más de veinte minutos.

Charlie se mostró tan insistente –hasta el punto de impedirle físicamente que se moviera de su asiento cuando intentó levantarse– que Benjamin lo dejó correr y pidió otra media pinta de Guinness que en realidad no le apetecía. Mientras esperaba a Charlie, jugó varias partidas de Sudoku en su smartphone y miró sin prestar mucha atención la pantalla muda del televisor en una esquina del pub. Un hombre trajeado hablaba a la cámara mientras en la parte inferior de la pantalla aparecía el titular: «Según Hacienda, el Brexit costará a las familias 4.300 libras anuales.» «¿Y eso cómo lo saben?», refunfuñó un cliente. «Vaya trola», coincidió su amigo. Benjamin volvió a concentrarse en su pasatiempo. En su opinión, lo de la campaña del referéndum era una enorme y estúpida pérdida de tiempo. El resultado estaba cantado y cuanto antes volviese todo a la normalidad, mejor.

Charlie reapareció con bolsas de la compra. Salieron juntos al aparcamiento y, mientras cargaban las bolsas en el maletero, Benjamin se percató de la presencia allí de un saco de dormir. Pero no le dio mayor importancia.

El trayecto hasta la casa de Yasmin en Moseley era corto. Se trataba de una vivienda semiadosada en una calle secundaria que desembocaba en la calle mayor, que todavía bullía de actividad en esa tarde de mediados de abril. Mientras esperaban ante la puerta, cargados con las bolsas de la compra, a que alguien les abriera, Charlie (que al parecer no tenía llave de la casa) cerró los ojos, deslumbrado por el sol bajo, y dijo:

–Quizá podríamos tomarnos un trago en el jardín. Ya no hace mucho frío. ¿Qué te parece?

–De acuerdo –aceptó Benjamin.

Yasmin abrió la puerta y los recibió con una cálida y acogedora sonrisa.

–Charlie me ha hablado mucho de ti –le dijo a Benjamin, mientras los conducía por el estrecho pasillo–. No para de hablar de su amigo superestrella. ¡Neeqs! –llamó–. Neeqs, ¿dónde estás? Han llegado Charlie y su amigo.

–Estoy ocupada –respondió una voz desde la habitación contigua.

–Me da igual. Sal a saludar como una persona educada.

–Tengo las manos manchadas de pintura.

Yasmin se volvió hacia los dos recién llegados.

–¿Veis con lo que me tengo que enfrentar a diario? No me hace ni caso. Y siempre contesta mal.

Charlie y Benjamin se asomaron al pequeño y oscuro salón, que daba al jardín trasero y en cuyo centro había una mesa desplegable cubierta de pequeños botes de pintura y una hoja de papel para pintar. Aneeqa estaba inclinada sobre ella. Era una figura menuda que trataba de concentrarse en el trabajo pese a que le caían sobre la cara largos mechones de cabello negro que le tapaban gran parte del rostro, aunque no los ojos de mirada atenta.

–Hola, cariño –dijo Charlie–. Él es Benjamin.

–Hola –saludó Aneeqa sin alzar la mirada. Estaba trabajando en un dibujo de una mujer amamantando; encima había escrito la palabra «Beloved» con unas elaboradas letras multicolor. El dibujo era vistoso, sencillo y eficaz, pero era la caligrafía lo que más llamaba la atención, porque estaba trazada con una sorprendente elegancia y atención al detalle.

–Te regalé su libro, ¿lo recuerdas? Te lo firmó.

Aneeqa alzó la mirada. Tenía los ojos castaños y una boca grande y expresiva.

–Ah, sí. Ese Benjamin. Hola.

–Hola.

–He empezado a leer tu libro. Pero todavía no lo he terminado.

–¿Esto que estás dibujando es un trabajo del curso? –le preguntó Charlie.

–Ajá –respondió ella, y volvió a concentrarse en lo que estaba haciendo, ahora añadiendo unos toques de ocre en la parte inferior de la letra V.

–Es precioso.

–Se supone que es la portada de un libro.

–Vaya –dijo Charlie–, pues deberías diseñar la del próximo que escriba Benjamin. –Y cuando quedó claro que no iba a haber más conversación, añadió–: Bueno, pues te dejamos seguir.

–Vale. Ya está casi acabado.

–Pues únete a nosotros en el jardín.

–En un minuto.

Llevaron las bolsas a la cocina y las depositaron sobre la mesa. Yasmin estaba lavando vasos en el fregadero.

–He pensado que podíamos tomar algo en el jardín –dijo Charlie.

Ella se volvió y preguntó:

–¿En el jardín? ¿Por qué en el jardín?

–Porque hace una tarde muy agradable.

–He limpiado la sala. Me ha llevado casi media hora. Las sillas y la mesa del jardín están sucias. Hace un año que no las usamos.

–Pues dame un trapo y las limpio. Es bien sencillo.

Cogió un trapo de uno de los cajones de la cocina y salió al jardín silbando una animada cancioncilla. Benjamin contemplaba desde la ventana cómo recolocaba el mobiliario de plástico. El jardín era de unos pocos metros cuadrados y estaba todo pavimentado. A solas con Yasmin, que también miraba por la ventana, Benjamin trataba de encontrar algo que decirle cuando ella chasqueó la lengua irritada y lanzó con rabia el trapo que llevaba en la mano.

–Esto no se hace así –dijo–. No tiene ni idea.

Salió y Benjamin no tardó en oír las voces tensas de una pelea. De pronto oyó que alguien entraba en la cocina y se volvió. Era Aneeqa.

–No te preocupes –le dijo, refiriéndose a las voces que se peleaban en el jardín–. Esto es normal. Es nuestra normalidad.

Metió las manos bajo el grifo, se las secó con un papel de cocina y se acercó a las bolsas de comida que había encima de la mesa.

–Supongo que será mejor guardar todo esto.

–Yo lo saco de las bolsas –le propuso Benjamin– y tú lo colocas en los estantes.

–Por qué no.

Mientras iba sacando las latas y paquetes y se los pasaba a Aneeqa, se percató de algo raro. Charlie le había dicho que iba a comprar a Sainsbury's, pero esa comida procedía de varias tiendas diferentes. Había latas de sopa de Tesco, tomates de Sainsbury's, judías y carne en lata de Morrisons y Lidl. Aneeqa vio que estaba desconcertado, pero al principio no dijo nada, no hasta que hubo colocado unos cuantos productos más en el armario.

–Supongo que te dijo que iba al súper, ¿verdad? –dijo por fin.

–Sí. ¿Por qué? ¿Adónde fue?

De nuevo Aneeqa guardó silencio. Poco a poco, Benjamin comprendió la verdad.

–¿Acudís a un banco de alimentos?

La chica abrió un paquete de arroz y vertió el contenido en un frasco.

–Mamá no va. Le da vergüenza. De modo que normalmente Charlie lo hace por ella. –En respuesta a la expresión de la cara de Benjamin, añadió–: No te

sorpresas tanto. Llevamos dos años utilizándolo, de forma intermitente. Te acabas acostumbrando.

–Pero...

–Yo no hago muchas preguntas sobre las finanzas familiares, pero nuestra situación económica es más bien nefasta. Mamá es negada para mantener un trabajo y, asumámoslo, nadie se hace rico haciendo malabares con cubos Rubik en fiestas infantiles. –La discusión en el jardín seguía a pleno pulmón–. Y encima últimamente se pasan el día peleándose. Cuando escasea el dinero, todo son tensiones.

–Pero Charlie se las arregla para pagar otro apartamento –dijo Benjamin, y al decirlo recordó el saco de dormir en el maletero del coche y se preguntó si su amigo le había estado contando la verdad.

–Eso yo no lo sé. Lo que sí sé es que cuando mamá lo conoció, él tenía un trabajo estable. Y entonces apareció en nuestras vidas el Barón Brainbox y mamá al principio lo toleró, pero en estos momentos al Barón ya no lo soporta. Por desgracia –cogió una lata de guisantes que le tendía Benjamin–, ella funciona así. Charlie es un hombre encantador. Creo que la quiere de verdad, pese a lo mal que ella lo trata, pero lo que ella siempre ha querido es tener a un viejo forrado que la mantenga. Es un panorama desolador.

–Sí que es triste –dijo Benjamin–. Muy triste. En la vida hay otras muchas cosas importantes aparte del dinero.

–Dijo el hombre que jamás ha tenido que acudir a un banco de alimentos. –Aneeqa se puso de puntillas para colocar la lata en el estante más alto, se volvió y lo miró–. Aunque tú en realidad no eres rico, ¿verdad?

Benjamin dudó y por fin respondió:

–Estas cosas son muy relativas.

–Bueno, simplemente ándate con cuidado con ella. Tratará de seducirte y no se andará con sutilezas. Lo hará ante las narices de Charlie, empezará: «Ooh, siempre he querido conocer a un escritor, ¿por qué no quedamos un día a tomar una copa?»

Benjamin, que ya se había estado preguntando qué tipo de «bebidas» iban a tomar en el jardín, dijo:

–¿Entonces bebéis?

–¿Yo? ¿Alcohol? –Parecía una pregunta demasiado directa y personal, hasta que Aneeqa cayó en la cuenta de que Benjamin estaba haciendo una indagación cultural general.

–Oh, quieres decir... *mi gente*. –Miró a Benjamin con aire burlón–. Disculpa,

no lo había entendido.

–No pretendía...

–Algunos lo hacen, otros no. –Sonrió–. Ya sé que resulta complicado de entender, ¿verdad? La vida en este país debía ser mucho más sencilla antes de que llegásemos los morenos.

Enojado consigo mismo por la metedura de pata, Benjamin pensó que se imponía un cambio de tercio.

–Me ha gustado tu ilustración. ¿Es para la novela de Toni Morrison?

–Sí. No sé si la imagen es la más adecuada. Supongo que tendría que leerme el libro.

–Quizá sí. Tienes talento. Y también facilidad para los idiomas. Eso me lo ha contado Charlie. Sabes francés y español.

–Sí. Es lo que quiero estudiar en la universidad. Que es donde espero estar de aquí a cinco meses...

Más tarde, mientras él y Charlie estaban tomando cervezas en el jardín y Yasmin y su hija preparaban la cena, Benjamin le repitió esta última parte de la conversación a su amigo. Y Charlie (que no paraba de sorprenderle revelándole profundos sentimientos hasta entonces insospechados) se quedó con la mirada perdida en la lejanía (todo lo lejos que permitían los tres muros de ladrillo que los rodeaban) y dijo:

–Haré todo lo necesario para que esta chica pueda cumplir su sueño. Absolutamente todo.

Benjamin lo miró y vio que se le habían humedecido los ojos. Estaba a punto de responderle cuando le sonó el móvil.

–Tengo que contestar –se disculpó–. Es Sophie, mi sobrina. Esta noche duerme en casa de mi padre.

Sophie lo llamaba para decirle que fuera a Rednal lo más rápido posible. Al parecer su padre había tenido un ataque al corazón y la ambulancia estaba a punto de llegar.

Los cinco últimos meses habían sido muy tranquilos para Sophie. No había recibido ninguna notificación de su departamento informándola de si la queja contra ella había sido o no ratificada, pero entretanto parecían aplicar la política de que una era culpable mientras no se demostrase lo contrario. La habían borrado de la lista de correos del departamento y la mantenían en una situación de baja indefinida. Se le había prometido una comparecencia ante un tribunal académico, pero se había suspendido ya en dos ocasiones: la primera debido a una huelga del metro londinense, la segunda porque la representante sindical de Sophie se había puesto enferma.

Ella hacía todo lo posible por mantenerse ocupada, pero no era fácil. Trabajaba en un libro –una adaptación de su tesis– e intentaba pasarse varias horas al día sentada en su despacho (la mesa de la cocina) en casa. También se dedicaba a redactar una nueva serie de conferencias, aunque no sabía si alguna vez llegaría a darlas. Aun así, el día se le hacía eterno y para llenar las horas se ofrecía a echar una mano a su madre y a su tío haciendo visitas a Colin lo más a menudo posible. La tarde anterior se había ofrecido a pasarse por su casa a las seis y prepararle la cena. Tras diez o quince minutos de esforzada conversación, había ido a la cocina para pelar las patatas y meter la carne en el horno. Cuando volvió a la sala y le preguntó a Colin si le apetecía un jerez, no logró entender su respuesta. «Disculpa, abuelo, no te he oído», le dijo, acercándose más, y entonces se percató de que la mitad de su rostro parecía haberse desplomado, y cuando él intentó hablarle de nuevo, lo que salió de su boca fue un chorro de sonidos arbitrarios, de los que era imposible deducir ningún tipo de expresión con sentido, más allá de que el tono en que los pronunciaba era de angustia y pánico. Sophie llamó al 999 y tuvo que esperar veinte minutos a que apareciera una ambulancia, y entretanto telefoneó a Benjamin, que fue allí directo desde la casa de su amigo en Moseley. Benjamin y la ambulancia llegaron con segundos de diferencia.

A Colin lo llevaron a la unidad especializada en apoplejías y le diagnosticaron un ataque isquémico transitorio o apoplejía leve. Lo dejaron ingresado en observación toda la noche. Por la mañana Benjamin telefoneó a Sophie para

comunicarle –en un tono de gran alivio, aunque solo fuera temporal– que los síntomas de su padre habían remitido y parecía estar recuperándose.

–Me alegro mucho –dijo Helena esa tarde mientras estaban sentados en una mesa para tres, esperando la llegada del primer plato–. A veces tu abuelo me preocupa. Entiendo que uno quiera vivir en su propia casa el mayor tiempo posible, pero me pregunto si no está llegando el momento de que tu madre se planteé meterlo en...

–Ella es consciente de que algo hay que hacer –respondió Sophie–. Ella y Benjamin van a hablar de eso.

–También es traumático para ti, claro está. Espero que hoy hayas podido descansar un poco.

Apareció un camarero con dos copas de champán en una bandeja plateada. Le ofreció una primero a Helena y ella hizo el gesto de cogerla, pero cambió de idea y dijo:

–Oh, pero hemos pedido vino tinto. Yo al menos.

–El champán es invitación de la casa –le aclaró el camarero–. De parte del gerente.

–¡Por el amor de Dios! –Aturullada, como siempre que sucedía algo inesperado, Helena cogió la copa y se volvió hacia su hijo en busca de una explicación–: ¿Tú has tenido algo que ver con esto?

–Ya te lo había dicho –respondió Ian–. Este es el restaurante que dirige Lukas.

–¿Lukas?

–El marido de Grete. La mujer que iba a tu casa a limpiar, ¿recuerdas? Cuando hice la reserva le dije a Lukas que era tu cumpleaños.

–Vaya... Pues es muy amable por su parte.

–Feliz cumpleaños, Helena –dijo Sophie, alzando la copa–. Hoy ya eres una jovencita de setenta y siete años. Increíble.

Ella y Helena bebieron sorbos de champán mientras Ian seguía con el agua. Ya les había comentado que había tenido un día horrible y parecía necesitar un trago, pero jamás probaba el alcohol cuando después tenía que conducir.

–¿Todavía viven en el pueblo? –preguntó Sophie.

–¿Quiénes, querida?

–Grete y Lukas.

–Oh, bueno..., sí, creo que sí. Los vi delante de la tienda hará una o dos semanas. Ella llevaba a su bebé en una de esas... cosas. Una mochila portabebés o como se llame eso. Se los veía muy contentos. –Dudó tan solo un instante y

Sophie supo lo que iba a venir a continuación. Sin duda alguna—: Supongo que vosotros dos... no habéis vuelto a pensar en el tema...

Sophie negó con la cabeza y respondió:

—Últimamente no.

—La gran ironía —intervino Ian— es que ahora sería el momento perfecto para tener uno. Con Sophie apartada del trabajo durante tanto tiempo.

—Oh, fantástico —replicó ella con un tono cargado de sarcasmo—. Quién necesita una baja de maternidad cuando se puede disponer de una suspensión con paga del todo inesperada y sin motivo alguno.

—Lo que quería decir es que...

—¿Esto es lo que piensas? ¿Que este sería el momento idóneo para tener un crío, mientras la universidad se piensa si en algún momento me va a permitir volver a impartir clases?

Le clavó los ojos hasta que Ian se sintió incapaz de seguir sosteniéndole la mirada y la desvió. Antes de beber un sorbo de agua, dijo:

—Así al menos saldría algo bueno de este desastre.

Siguió un largo silencio, que rompió Helena con tono amable:

—Tal vez no puedas.

Sophie la miró.

—¿Tal vez no pueda qué?

—Volver a dar clases. —En respuesta a la mirada incrédula de Sophie, Helena añadió—: Bueno, hace ya casi seis meses que estás en esta situación. Lo cual me lleva a pensar que...

—El papeleo va lento, eso es todo. Así es como funciona el mundo académico.

—¿Has pensado en...? —empezó Helena.

Sophie la miró inquisitiva.

—Nos preguntábamos si habías pensado en la posibilidad de buscar otra cosa. Otro tipo de trabajo.

—¿Nos?

—Ian y yo hemos estado hablando sobre esto hace un rato.

Sophie optó por callarse. Estaba demasiado indignada para hablar.

—Mamá, será mejor que lo dejes correr —dijo Ian—. Yo ya he intentado sugerírselo.

En ese preciso momento llegaron los primeros. Se los sirvieron en silencio. El camarero, habituado a ese tipo de situaciones, percibió de inmediato la tensión entre los tres comensales.

Después de llevarse a la boca una porción de mousse de salmón, Sophie se

volvió hacia Ian y le dijo:

–No me puedo creer que quieras que lo deje.

–Y yo no me puedo creer que quieras seguir en ese entorno. No has tenido ni la más mínima muestra de apoyo de ninguno de tus compañeros.

–Pensaba que le ibas a pedir a tu tío que contactase con su amigo –intervino Helena.

–Y lo hizo. Él le dijo que le era imposible razonar con su hija sobre sus iniciativas. Al parecer apenas se hablan.

–A estas alturas ya deberías haberles dicho dónde se podían meter el trabajo – dijo Ian.

–¿Y tirarlo todo por la borda? Me ha costado ocho años llegar a donde he llegado.

–Y es encomiable. Es encomiable lo mucho que te has esforzado. Pero es tóxico, Sophie, ese entorno en el que trabajas es tóxico.

–¿Tóxico? ¿Qué tiene de tóxico?

–La atmósfera, la manera de pensar de la gente..., es una locura. Han perdido el norte.

–Ha habido un malentendido, eso es todo. Son cosas que pasan. Y en cualquier caso, no veo por qué es una locura velar por el respeto a las minorías.

Irritado, Ian tiró el tenedor sobre la mesa.

–¡Quieres dejar de ser tan jodidamente... políticamente correcta sobre este asunto!

Sophie se apoyó en el respaldo de la silla y sonrió.

–Ya estamos. Me preguntaba cuánto iba a tardar en aparecer esta expresión en nuestra conversación.

–¿Qué pretendes decir?

–Ian, ¿tienes idea de lo a menudo que últimamente me acusas a mí y acusas a todo el mundo de ser demasiado políticamente correcto para tu gusto? Se ha convertido en una obsesión. Y ni siquiera creo que sepas lo que significa.

–Sé qué significa exactamente. Lo que tú llamas respeto por las minorías, básicamente significa que al resto nos den por saco. De acuerdo, pues protege a tus preciados... estudiantes transgénero de las cosas horribles que la gente dice de ellos. Mantenlos bien envueltos en algodones. ¿Pero qué pasa si uno es blanco, varón, heterosexual y de clase media, eh? Que la gente puede decir sobre uno lo que le salga de los cojones.

Su madre hizo una mueca de disgusto por las palabrotas. Sophie reflexionó un momento y preguntó:

–Hoy tenías reunión con Naheed, ¿verdad? La evaluación trimestral.

–Sí.

–¿Y qué tal ha ido?

–Oh, estupendo. Si te gusta que alguien que antes era tu colega y ahora se sienta en el despacho que deberías ocupar tú te trate con condescendencia y paternalismo, en ese caso ha ido estupendo.

–¿Y por eso estás de tan mal humor? ¿No es hora ya de que superes ese golpe a tu ego masculino y mires hacia delante?

–¿Mi ego *masculino*? Ya estamos con esas. ¿Por qué no simplemente mi ego? No, tienes que convertirlo en algo que tiene que ver con ser hombre. Lo próximo va a ser hablar de mis privilegios de hombre blanco. Vamos, adelante, échame en cara lo privilegiado que soy. Atrévete a decirme que la gente como yo no nos hemos convertido en víctimas en nuestro propio país.

Sophie miró a Helena, que los miraba horrorizada, sin apenas haber probado bocado. De pronto Sophie se sintió avergonzada.

–Estás desvariando –le dijo a Ian–. Y no deberíamos hablar con este tono en plena celebración del cumpleaños de tu madre. Lo siento, Helena.

–No, no tienes por qué disculparte. –Helena dejó sobre la mesa el cuchillo y el tenedor–. ¿Me disculpáis un momento? Voy al baño.

Empujó hacia atrás la silla y se dirigió con paso lento al fondo del restaurante. Ian y Sophie comieron en silencio durante un rato.

–¿No crees que podrías rebajar un poco la agresividad? –le preguntó Sophie por fin–. Por ella..., al menos esta noche.

–Ella está de acuerdo conmigo, ya lo sabes. Está de mi parte.

–¿Desde cuándo aquí hay bandos?

Ian la miró a los ojos y le dijo con amargura:

–No tienes ni idea, ¿verdad?

–¿Ni idea sobre qué?

–De la rabia que nos da ese aire de superioridad moral que proyectáis tú y los tuyos a todas horas...

Sophie lo interrumpió:

–Disculpa, pero ¿quiénes son los míos? ¿Quiénes somos? ¿De qué me hablas?

En lugar de responder a su pregunta, Ian le planteó otra:

–¿Qué resultado crees que va a salir en el referéndum?

–No cambies de tema.

–No estoy cambiando de tema. ¿Qué resultado crees que va a salir en el referéndum?

Sophie vio que Ian no iba a dejar correr su pregunta. Resopló y dijo:

–No lo sé... Probablemente la permanencia.

Ian mostró una sonrisa satisfecha y negó con la cabeza.

–Te equivocas –le aseguró–. Va a ganar la salida. ¿Y sabes por qué?

Sophie negó con la cabeza.

–Por la gente como tú –le dijo, con un tono de relajado triunfo. Y repitió golpeando en la mesa con un dedo–. Por la gente como tú.

Helena volvió del lavabo y los tres se las apañaron para llenar la siguiente hora y media con temas de conversación livianos y no conflictivos. Al final de la comida, apareció Lukas con dos copas de oporto invitación de la casa y un pequeño bizcocho que había horneado Grete para el cumpleaños de Helena. Le dieron las gracias con efusividad, pero estaban demasiado llenos para comerse el bizcocho, de modo que Helena se lo llevó a casa. Después de acompañarla, Ian y Sophie regresaron a Birmingham.

Durante el trayecto apenas hablaron. Sophie solo podía imaginar en qué estaba pensando Ian. Por su parte, repasó todas las horas que había pasado con él y su madre durante los últimos años: había ido con ellos a sitios en los que no se sentía cómoda, se había visto obligada a comer platos que no le gustaban, a escuchar opiniones con las que no estaba de acuerdo, a mantener conversaciones que no le interesaban lo más mínimo, a conocer a gente con la que no tenía nada en común, y siempre yendo arriba y abajo, arriba y abajo por esas carreteras monótonas que conectaban Birmingham con Kernel Magna, arriba y abajo por el corazón de la Inglaterra central, el corazón que palpitaba con su ritmo regular y terco, silencioso e implacable. Pensó en todas las horas que podía haber pasado en otros sitios, con otras personas, manteniendo otro tipo de conversaciones. Pensó en lo diferente que habría sido su vida si aquel día, camino de la estación de Solihull, no la hubieran pillado con exceso de velocidad; en lo diferente que habría sido su vida si no le hubiera hecho aquella torpe broma a Emily Shamma al final del seminario. Esas reflexiones agotadoras y ya demasiado familiares la deprimieron y le produjeron dolor de cabeza. De modo que tal vez hubiera tenido que sentirse agradecida cuando Ian trató de relajar el ambiente señalando de pronto un coche con el que se cruzaron.

–Mira esa.

Sophie alzó la cabeza y abrió los ojos que tenía entrecerrados.

–¿Qué?

–IPC –dijo–. Índice de Precios al Consumo.

Ah, sí. El jueguito de las matrículas. Parecía que habían pasado siglos desde que jugaban a eso. Y tal vez así fuera. Sophie trató de esbozar una sonrisa, pero no fue capaz. Cuando de pronto se le pasó por la cabeza que aquellas iniciales también podían leerse como Ian Puto Cabrón se sintió triste y avergonzada.

Miércoles, 20 de abril de 2016

Cuando Benjamin descolgó el teléfono, lo primero que dijo Lois fue:

–¿Te has enterado de lo de Victoria Wood?

Le llevó unos instantes recordar de quién le hablaba. Una cómica. Que aparecía mucho en televisión. Muy divertida. Y escribía bonitas canciones. Esa era.

–No, ¿qué pasa con ella? ¿Va a hacer una gira?

–Ha muerto, Benjamin. Victoria Wood ha muerto.

–¿En serio? ¿Qué edad tenía?

A Lois le temblaba la voz.

–Sesenta y dos. Era poco mayor que yo. Benjamin, yo la adoraba. Formaba parte de mi vida. Me siento como si se me hubiera muerto mi mejor amiga o mi hermana.

Incapaz de pensar en algo consolador que decirle, Benjamin se limitó a murmurar en voz alta:

–¿Qué está pasando en 2016? Todo el mundo se muere. David Bowie, Alan Rickman...

Pero resultó que no era por eso por lo que lo llamaba Lois. Lo llamaba para contarle que había presentado la dimisión en la biblioteca de York y que volvía a Birmingham.

–Debo hacerlo –le dijo–. No puedes seguir cargando tú con toda la responsabilidad de cuidar de papá. No es justo. He presentado la dimisión con un mes de antelación. En cuanto me instale ahí, buscaré otro trabajo. Ya sé que suena dramático, pero no tengo buenas vibraciones con lo de papá. Creo que las cosas van a empeorar. Ahora toca que tú y yo vayamos a una. Pueden ser sus últimos días.

Jueves, 21 de abril de 2016

Cuando Benjamin descolgó el teléfono, lo primero que dijo Philip fue:

–¿Te has enterado de lo de Prince?

–No, ¿qué pasa con él? ¿Ha sacado un nuevo álbum?

–Ha muerto, Benjamin. Prince ha muerto.

Benjamin nunca había sido un gran fan de Prince. Sin embargo, le dejó atónito descubrir que 2016 le traía la noticia de otro fallecimiento de un famoso.

–¿Prince? ¿Muerto? Estás de broma. ¿Qué edad tenía?

–Cincuenta y siete. Era más o menos de nuestra edad.

–Es horrible. ¿Qué está pasando este año? David Bowie...

–Alan Rickman...

–Victoria Wood...

–Es como si se largasen mientras todavía pueden hacerlo.

–Es como si supieran algo que nosotros no sabemos.

Pero resultó que no era por esto por lo que lo llamaba Phil. Le llamaba para contarle que una editorial parisina importante quería comprar los derechos en francés de *Una rosa sin espinas*.

–Estupendo –dijo Benjamin–. ¿Los puedes poner en contacto con mi agente? Ahora es ella la que se ocupa de todas estas cosas.

Viernes, 22 de abril de 2016

Nuestra amistad me lleva a ser sincero y decirle lo que pienso. Y si le soy sincero, el resultado de esta decisión es un asunto de gran relevancia para Estados Unidos, porque afecta también a nuestras expectativas. Estados Unidos quiere como socio a un Reino Unido fuerte. Y el Reino Unido como está mejor es ayudando a liderar una Europa fuerte... El mercado común aporta unos beneficios económicos extraordinarios al Reino Unido... Todos apreciamos nuestra soberanía. Mi país la defiende a capa y espada. Pero Estados Unidos también reconoce que fortalecemos nuestra seguridad al formar parte de la OTAN. Fortalecemos nuestra prosperidad al ser miembros de organizaciones como el G7 y el G20. Y creo que el Reino Unido fortalece tanto su seguridad como su prosperidad con la pertenencia a la Unión Europea... Creo que es justo decir que tal vez en algún momento en el futuro contaremos con un tratado comercial entre el Reino Unido y Estados Unidos, pero no va a producirse de un modo inmediato, porque nuestra atención está centrada en negociar con el gran bloque –la Unión Europea– un tratado comercial. Y el Reino Unido va a quedar posicionado en la cola. No porque ambos países no tengamos una relación especial, sino porque, dada la complejidad de cualquier tratado comercial, para nosotros resulta mucho más eficaz negociar el acceso a un gran mercado, que incluye a varios países, que ir negociando tratados individuales con cada uno.

El presidente Obama hizo esos comentarios en la conferencia de prensa de la mañana en Londres, con James Cameron a su lado. Esa noche Gail Ransome iba a leer un discurso en la Cámara de Comercio de Coventry y Warwickshire, y cuando por la tarde le entregaron la última versión que había escrito Damon, que

le redactaba los discursos, comprobó que citaba largo y tendido al presidente de Estados Unidos.

Al principio no logró localizar a Damon. Cuando por fin lograron hablar por teléfono, Doug estaba en casa viendo las noticias del Channel 4 en la sala de estar. Gail se refugió en el pasillo e intentó evitar el ruido del televisor tapándose la oreja libre con la mano.

–El problema es –le decía a Damon– que no estoy segura de que vaya a funcionar tan bien como tú crees.

–Sí, ya lo sé. Sí, ya sé que a los dos nos gusta Obama, pero no todo el mundo comparte estas simpatías.

–Bueno, en primer lugar, por el motivo obvio.

–No te pongas tan dramático. Por desgracia es verdad.

–He estado buscando la reacción online, eso es todo. Mucha gente está indignada con lo de quedar «en la cola». Creen que estaba preparado, con Dave plantado a su lado y los dos con actitud amistosa. Y hay quien considera que eso suena a amenaza.

–Sí, precisamente. Forma parte del «Proyecto Miedo».

–No, sigo decidida a mencionarlo, pero tal vez podrías rebajar un poco el tono. No menciones las palabras «en la cola». Y hazlo lo más rápido que puedas, porque tengo que salir en –consultó el reloj– veinticinco minutos.

En el momento en que colgaba, oyó la voz de Doug desde la sala de estar, gritando: «¡PUTA MIERDA!»

Gail entró corriendo.

–¿Qué pasa?

–Están dando una noticia –dijo, mientras paraba la imagen y la rebobinaba unos segundos– sobre los grandes donantes de la campaña por la salida. Y mira esto.

En la pantalla quedó congelada la imagen de la entrada de una casa en lo que parecía un barrio elegante del centro de Londres. Había columnas griegas a ambos lados de la puerta y se veía a tres tipos trajeados bajando por la escalera del impresionante edificio georgiano. Uno de ellos tenía el rostro chupado y con la piel colgante de un gordo que ha perdido un montón de peso. Sus ojos incisivos y observadores estaban protegidos por unas caras gafas redondas de montura de oro y era completamente calvo.

–Fui compañero de colegio de este capullo –dijo–. ¡Dios mío, cómo lo detestábamos todos! Pero al final él ha reído el último. Parece que es millonario.

–¿Cuánto dinero ha donado?

–De momento dos millones. Me pregunto cuál será la verdadera motivación de este capullo codicioso y retorcido.

–Jamás había oído hablar de él –dijo Gail, después de leer su nombre en la pantalla, en letras mayúsculas: «RONALD CULPEPPER (FUNDACIÓN IMPERIUM)».

Lunes, 9 de mayo de 2016

Eran nueve, apretujados alrededor de la mesa del pub, en lo que a Benjamin le parecía una intimidad incómoda. Le encantaba estar apretujado contra Jennifer, pero no estaba tan cómodo con Daniel, el larguirucho colega de ella, al que tenía sentado a la derecha. Se habían reunido para celebrar el treinta cumpleaños de Marina, una de las recientes incorporaciones a la oficina local de la empresa de Jennifer. Benjamin empezaba a arrepentirse de haber ido, pese a lo insistente que se había mostrado Jennifer.

La conversación consistía básicamente en chistes y chismes de la oficina, de modo que Benjamin no estaba demasiado atento. No tenía ni idea de a qué estaba contestando Daniel cuando le oyó decir: «Bueno, por lo visto todos vamos a morir igual si salimos de la Unión Europea», pero el comentario captó su atención.

–¿Qué quieres decir? –le preguntó alguien, y Daniel explicó que en uno de los discursos de campaña, según algunos periódicos de esa mañana, David Cameron había proclamado que abandonar la Unión Europea desencadenaría la Tercera Guerra Mundial.

–Creo que no era eso exactamente lo que quería decir –aportó otro de los presentes–. Lo único que pretendía recalcar es que hace mucho tiempo que no estalla una guerra en Europa y eso se debe en parte a la existencia de la Unión Europea.

A lo que Daniel respondió:

–Bueno, pues no es eso lo que decían los periódicos.

–Seguro que han manipulado su comentario –dijo Benjamin.

Habló tan bajo que fue un milagro que los demás lo oyeran. Pero lo oyeron, y como eran las primeras palabras que decía en toda la velada aquel desconocido tímido y de cabello cano, todos se volvieron para escucharlo. Al ver que había acaparado toda la atención, Benjamin dudó unos instantes, carraspeó y añadió:

–Da igual lo que uno diga. A los periódicos lo único que les interesa es conseguir una historia. Y si la historia no tiene la suficiente fuerza, pues ellos la refuerzan. Todas las figuras públicas que hablan con los medios saben que se

arriesgan a que sus declaraciones se manipulen. Y sé de lo que hablo, porque a mí me ha pasado. Normalmente no le presto mucha atención a David Cameron, pero en este caso me pongo de su lado. No es fácil estar expuesto a la atención pública.

Lanzado el discurso, y una vez reanudada la conversación, Jennifer le pellizcó el brazo cuando él se volvió para mirarla y vio que sonreía y que había en sus ojos un brillo provocador pero cariñoso.

–¡Estar expuesto a la atención pública! –le dijo Jennifer–. Eres un encanto. – Le dio un beso en la boca. Tenía los labios húmedos y sabían a vino–. Te quiero, Tigre.

Jennifer se levantó para ir al baño y se abrió paso como pudo entre los demás. Benjamin ponderó sus palabras. «Te quiero.» Por un lado, podía ser trascendental: podía haberle declarado por primera vez su amor por él. Pero en ese caso habría dicho más bien «Te amo». ¿Lo de «Te quiero» no era más que un tópico, una mera fórmula, una forma taquigráfica de expresar que sentías cierto afecto por alguien? Benjamin no lo entendía.

Jennifer se había dejado el móvil sobre la mesa. De pronto vibró delante de Benjamin, él lo cogió y vio el mensaje de texto que le acababa de llegar:

«Podría el jueves si te va bien. Besos, Robert.»

Tampoco eso lo entendió. ¿Quién era Robert? Después ella le explicó que era un antiguo cliente que había acabado siendo un amigo. De modo que probablemente no pasaba nada raro.

Miércoles, 11 de mayo de 2016

Sohan estaba sentado en el sofá, con solo una camiseta encima. Tenía las piernas abiertas y la cabeza de Mike reposaba sobre su muslo desnudo. Mike contemplaba con cariño el pene todavía flácido de Sohan y lo toqueteaba para que se pusiera erecto. Una vez conseguido, lo besó y se lo introdujo en la boca.

Entretanto, en la pantalla del televisor, aparecía Boris Johnson en Cornualles presentando el autobús de la campaña por la salida. El acto requería dirigirse a las cámaras mientras en una mano sostenía una pinta de cerveza de la región, colocado delante de un enorme autobús rojo con varias estadísticas impresas en la carrocería. Con esa pose, el diputado conservador por Uxbridge y South Ruislip irradiaba ese característico aire suyo mezcla de bonhomía y capacidad de reírse de sí mismo, que parecía encandilar a buena parte del electorado británico, aunque a Sohan, como siempre, le puso los pelos de punta.

–¿Trescientos cincuenta millones de libras para la sanidad pública? –dijo–. Sí, en tus sueños delirantes, BoJo.

–¿Puedes apagar la tele? –le pidió Mike–. Estoy dedicándote toda mi pericia. Agradecería que te concentrases en la labor.

En ese momento Johnson le decía al entrevistador que el próximo país que iba a entrar en la Unión Europea era Turquía y como consecuencia en breve millones de hombres y mujeres musulmanes gozarían de acceso sin restricciones al Reino Unido.

Sohan resopló.

–¡Mis cojones! –vociferó.

–Vale –dijo Mike, y empezó a lametearle el testículo izquierdo–. Pero al menos podrías haberlo pedido por favor.

Domingo, 15 de mayo de 2016

–¿Tienes frío? –preguntó Benjamin.

–No –respondió Colin–. No tengo frío.

–Solo quería saber si necesitabas una manta, eso es todo.

Desde su regreso del hospital hacía un mes, Colin no había salido de casa. De hecho, apenas se había movido de la sala de estar, ni del sillón frente al televisor, aunque Benjamin daba por hecho que lo hacía de vez en cuando para meterse en la cama o para ir al lavabo. Sobre las rodillas tenía siempre una manta multicolor, fruto de una fase creativa por la que pasó Sheila al cumplir los sesenta, cuando le dio por coquetear con el arte del ganchillo.

–Me gusta –dijo Colin–. Es una manta muy bonita. –También sobre las rodillas tenía un ejemplar abierto del *Sunday Telegraph*, con una foto a media página de Boris Johnson en pose de estadista serio, los ojos entrecerrados por el sol que le deslumbraba y la mente ocupada en lejanas y churchilianas reflexiones–. ¿Verdad que tú fuiste a la universidad con él?

Benjamin suspiró. Estaba empezando a hartarse de esa leyenda, que parecía circular de forma cada vez más amplia.

–No lo conocía –respondió–. Nuestros destinos se cruzaron durante un tiempo muy breve.

–Vi ese artículo sobre ti en el periódico. Allí decía que fuisteis amigos en la universidad.

Mientras reflexionaba sobre la aparente ausencia de una pauta, conexión o

razón que explicase por qué su padre recordaba unas cosas y olvidaba otras, Benjamin estiró el brazo y cogió el periódico.

–Bueno –dijo–, pues vamos a ver qué dice Johnson ahora.

Johnson se dedicaba a trazar una analogía entre la Unión Europea y la Alemania nazi. Según él, ambas tenían el proyecto de crear un superestado europeo dominado por Alemania, sirviéndose en un caso de medios militares y en el otro, de armas económicas. Benjamin, cuyo interés por la política había crecido de forma exponencial durante las últimas semanas, se quedó horrorizado. ¿El debate político en este país había acabado convertido en esto? ¿Semejante desaguado era fruto de la campaña del referéndum, o siempre había sido así, solo que él no prestaba atención? ¿A esas alturas un político británico podía soltar una comparación como esa y tener la tranquilidad de que saldría airoso? ¿O ese privilegio le estaba reservado a Johnson, con su encantadora cabellera al viento, sus vacilantes gesticulaciones etonianas y la irónica sonrisa autosuficiente que siempre asomaba por las comisuras de sus labios? Benjamin le devolvió el periódico a su padre, que le soltó:

–Con todo el dinero que nos gastamos en mandarte a Oxford. Parece que a él le ha cundido bastante más, ¿no crees?

–¿Me lo dices en serio?

–Dice cosas sensatas. Es casi el único que lo hace. Nos costó seis años pararles los pies a los alemanes. Y vaya ayuda de mierda que nos prestaron los demás, aparte de los americanos en el último minuto. Y ahora míralos. Nos están zarandeando. Nos dicen lo que tenemos que hacer. Se ríen de nosotros a nuestras espaldas.

Era deprimente. Benjamin ya no sabía qué hacer cuando su padre se ponía a hablar así.

–Papá, ¿quieres una taza de té? –le preguntó, tratando de cambiar de tema a la desesperada.

–No, gracias. Pero me podrías ir a buscar lo necesario para el voto por correo.

–¿El qué?

–Para el referéndum. No podré salir de casa, pero eso no me va a impedir tener voz y voto.

Benjamin asintió.

–De acuerdo. Lo haré.

–Necesito una papeleta, un sobre y un sello. Te encargas tú, ¿de acuerdo?

–Por supuesto.

Benjamin consultó el reloj de la pared. La decencia le obligaba a permanecer

allí al menos media hora más. Todo sería más llevadero cuando Lois por fin regresase.

Lunes, 23 de mayo de 2016

Aneeqa ya era demasiado mayor para necesitar que la fueran a recoger al instituto, pero Charlie lo hacía de vez en cuando y estaba convencido de que ella lo agradecía, porque nunca le pidió que dejara de hacerlo. El camino de regreso a casa de Yasmin en coche siempre se regía por el mismo patrón, que al principio le resultaba desconcertante, pero que con el tiempo le había empezado a divertir y ahora simplemente lo aceptaba. Rebosante de experiencias acumuladas a lo largo de la prolongada jornada, repleta de historias que necesitaba contar y de emociones reprimidas que necesitaba expresar, Aneeqa sometía a Charlie a un monólogo de unos quince minutos, un fluido torrente de palabras que no dejaban espacio para la más mínima interrupción. Y de pronto terminaba de la misma forma abrupta como había empezado. Sin esperar a que Charlie hiciera algún comentario, se detenía sin más, sacaba el smartphone y se pasaba el resto del viaje mirando la pantalla con el ceño fruncido, y de vez en cuando deslizaba el dedo y clicaba. El resto del trayecto lo realizaban en completo silencio. A esas alturas, Charlie ya había entendido que lo que se esperaba de él era que se limitase a escuchar, como un necesario y pasivo receptor de las reflexiones y confidencias de Aneeqa, y él estaba encantado con el papel asignado.

Ese día le contó una discusión con su profesora de español en la clase antes del patio; esa mujer tenía la mala reputación de contar con sus favoritas (y Aneeqa no se encontraba entre ellas), a las que dispensaba un trato escandalosamente preferente. Y entonces...

—... y entonces, a la hora de comer la Sociedad de Debate discutía sobre el referéndum, hasta aquí, nada sorprendente, y Krystal estaba argumentando a favor de la salida, claro está, y se puso a hablar de lo importante que era el tema de la inmigración, que era el principal problema con la Unión Europea, y de cómo, según ella, la libertad de movimientos había sido desastrosa para el país, estamos ya saturados, no podemos admitir a más gente, y que si salir de la Unión significaba que los británicos no podrían irse a vivir a Berlín cuando les diera la gana o pillar un trabajo en Ámsterdam, pues bueno, qué más daba, de todos modos solo los pijos y los ricos podían permitirse hacer este tipo de cosas, dijo que el precio que habría que pagar merecería la pena con tal de mantener alejados a los polacos y los rumanos, y eso, lo creas o no, se lo he oído decir

también a mamá; creo que va a votar a favor de la salida, porque cree que si se detiene la llegada de gente desde Europa, entonces podremos traer a más paquistaníes y todos sus primos podrán venirse; pero la verdad es que no estoy ni siquiera segura de que Krystal se crea todas estas cosas que dice, me parece que se las oye a su padre, ya sabes cómo es ese tío, ¿verdad?, es una auténtica pesadilla, no me extraña que no os soportéis...

Jueves, 26 de mayo de 2016

Tres días después, los datos publicados por el gobierno mostraban que la emigración anual neta a Reino Unido había aumentado hasta las 330.000 personas, una cifra histórica. Y Sophie por fin viajó a Londres para presentarse ante el varias veces pospuesto tribunal.

Hacía varias semanas que no visitaba la capital, y llevaba casi seis meses sin poner un pie en el departamento de Humanidades. Fue una experiencia muy desconcertante. Mientras caminaba por el pasillo, hacia su despacho, algunos colegas la saludaron con un leve movimiento de cabeza y un incómodo hola. Otros evitaron el contacto visual y se escabulleron sin decir palabra. Ninguno se detuvo a conversar con ella, a preguntarle cómo estaba, qué había estado haciendo desde la última vez que la vieron por allí. Todo lo que envolvía al departamento –la disposición de los despachos, la ubicación de las fotos y los tablones de anuncio en las paredes, incluso los rayos de sol que se colaban por las ventanas y se reflejaban en el suelo de parquet– le resultaba familiar y extraño al mismo tiempo.

Abrió con la llave y empujó la puerta de su despacho con una curiosa sensación de alivio. Tenía cierto temor de que alguien hubiera cambiado la cerradura. Una vez dentro, la sensación era de inmovilidad y silencio absolutos. Una fina capa de polvo lo cubría todo: los libros de las estanterías, la tetera sobre el alféizar de la ventana, el escritorio vacío. Las tres plantas que tenía en pequeñas macetas colocadas en las estanterías hacía mucho que se habían marchitado y estaban muertas. Se dejó caer en el sillón –en el que solían sentarse los estudiantes cuando tenía permitido dar tutorías individualizadas–, pero casi de inmediato se puso de pie. El despacho le resultaba demasiado deprimente. Iría al café, donde se tenía que ver con su representante sindical, aunque todavía faltaba media hora para la cita que había concertado con ella.

Noventa minutos después, Sophie estaba de vuelta en el despacho, todavía sin

tener claro cuál iba a ser su futuro académico. Angela, la representante sindical, había resultado ser una mujer gélida y excesivamente legalista, y la actitud que mostraba ante el caso de Sophie era tan estudiadamente imparcial que parecía imposible que le ofreciera ningún tipo de apoyo tangible. Ante el tribunal, Angela y Sophie se habían sentado a un lado de una larga mesa, frente a cuatro antagonistas que incluían a Martin Lomas y Corrie Anderton, que a Sophie le incomodó de forma ostensible ver por fin cara a cara. (La chica era voluptuosa y mal encarada, y ni una sola vez miró a Sophie a los ojos, pero impresionaban sus conocimientos sobre las normativas de la universidad y la legislación de igualdad de oportunidades.) Sophie dio su versión de lo sucedido lo mejor que pudo, aunque no aportó grandes novedades, más allá de su insistencia en que su única culpa era haber hecho un comentario desenfadado que se malinterpretó. Sus oponentes tomaron notas e hicieron preguntas. Todo lo que Martin le había dicho pasados los cuarenta minutos de reunión era: «Gracias, Sophie, nos pondremos en contacto contigo en breve.» Angela se largó en cuanto pudo y Sophie solo tuvo tiempo de preguntarle cómo creía que había ido la vista, a lo cual ella se limitó a responder: «La verdad es que siempre resulta difícil sacar una conclusión.»

Bueno, pues por lo que parecía, eso era todo. Más incertidumbre y más tiempo esperando.

No tenía intención de quedarse mucho tiempo en su despacho. Solo pretendía coger un par de libros y llevárselos a Birmingham. Pero mientras los buscaba, oyó unos tímidos golpecitos en la puerta. Sophie se volvió y vio a Emily Shamma plantada en la entrada. Llevaba el cabello pelirrojo más largo, ya casi le llegaba a los hombros, y la palidez de su rostro contrastaba con las dos líneas rojo sangre del lápiz de labios.

–Hola –saludó.

–Hola –respondió Sophie.

–¿Puedo pasar?

–Claro. Siéntate.

–Estoy bien de pie. Voy a ser breve. Es solo que he oído que hoy volvías y... quería verte. –Tenía un suave acento galés que daba a sus palabras una tenue y cadenciosa musicalidad–. Lo que quería decirte es que siento mucho lo que ha pasado. Cuando le conté a Corrie lo que me habías dicho, no lo hice en plan de estar destrozada ni nada por el estilo. Fue solo «ha chirriado un poco». No sabía que ella iba a convertirlo en esta locura.

Sophie sonrió y murmuró:

–Ah, bueno... –No tenía gran cosa que decir.

–Ya ni siquiera soy amiga suya. No soporto lo dogmática que es con todo. Me siento *culpable* por lo sucedido, por todas las dificultades que has tenido que sufrir.

Sophie se acercó a ella, con la intención de abrazar a Emily, pero se lo pensó mejor. Todo podía malinterpretarse.

–Te van a readmitir, ¿verdad?

–Eso espero.

–No soporto la idea de que estés en casa sin hacer nada.

–Bueno, he empezado un libro. No sé si lo terminaré. Y tengo un abuelo anciano que necesita mucha atención. Y me han salido algunos trabajos para la televisión.

–¿La televisión? Qué interesante.

–El año pasado hice una cosa para Sky y me entendí bien con la directora y ahora, de hecho la semana pasada, me ha pedido que me encargue de una serie.

–Impresionante.

–Bueno, es una cosa bastante básica. Se trata de ir a un montón de museos europeos y hablar de un montón de cuadros famosos. No creo que pueda poner mi sello personal.

–Aun así...

–Aun así... –Su voz sonó más animada cuando le preguntó a Emily–: ¿Y a ti qué tal te va?

–Bueno..., si te soy sincera, no muy bien. El proceso que estoy siguiendo está resultando muy difícil. Supuestamente tenía que operarme el mes que viene, el punto de no retorno, pero de momento lo he pospuesto. Me voy a tomar un año sabático para reflexionar.

Haciendo un esfuerzo por no decir nada que pudiera resultar comprometido, Sophie le iba a decir: «Me parece una decisión acertada», pero lo cambió por algo más seguro:

–Seguro que harás lo correcto. Buena suerte.

Emily mostró una sonrisa triste y nerviosa.

–Gracias.

Permanecieron así un rato, dos personas que en otra vida podrían haber sido amigas y que ahora mantenían una distancia prudente, temerosas de abrazarse, temerosas de mostrar sus sentimientos, entumecidas e inmóviles, envueltas por el escaso sol que penetraba por las ventanas sucias del despacho de Sophie en esa larga, cálida y lánguida tarde de verano.

Finalmente Emily dijo:

–Será mejor que me marche.

Y Sophie replicó:

–Gracias por venir a verme. De verdad que te lo agradezco.

Se dieron la mano fugazmente y Emily se marchó.

Sophie tomó el tren de las cinco cuarenta en Euston para volver a casa y todavía había luz cuando llegó a su apartamento. Ian había preparado pasta, que estaba muy buena, y asintió comprensivo cuando ella le contó lo del tribunal y lo del encuentro con Emily. Pero cuando quedó claro que no podía aportar nada para mejorar la situación ni podía dar ningún paso práctico para ayudar a Sophie, se sintió frustrado y se puso a hablar de las cifras de la inmigración que habían salido en todos los periódicos y en todos los telediarios.

–Trescientos treinta mil son demasiados –no paraba de repetir–. Estamos a rebosar. El país está a rebosar. Hay que hacer algo al respecto, incluso tú tienes que haberte dado cuenta.

–He leído en alguna parte –dijo Sophie– que el problema no es tanto que llegue mucha más gente, sino que se marcha muy poca.

Pero la conversación la aburría y no se tomó la molestia de desarrollar su argumentación.

La publicación de los últimos datos sobre inmigración tuvo un efecto estimulante sobre la campaña del referéndum en el momento en que entraba en su última fase. El debate cambió de foco. Hubo menos discusiones sobre previsiones económicas, soberanía y las ventajas políticas de ser miembro de la Unión Europea; ahora todo giraba en torno a la inmigración y el control de la frontera. También cambió el tono. Se hizo más amargo, con ataques personales y rencores. La mitad del país parecía haber desarrollado una hostilidad feroz hacia la otra mitad. Mucha gente, como Benjamin, empezó a desear que todo ese asunto agotador, desagradable y que causaba divisiones terminase de una vez y se olvidara lo antes posible.

Entretanto, Lois puso a la venta su casa de York y se mudó a Birmingham. La noche del 13 de junio de 2016, diez días después de su regreso, invitó a cenar a Sophie e Ian. Cocinó en el horno una lasaña, bebieron generosas cantidades de Montepulciano y la velada resultó muy agradable, pero al acabar la cena, Lois desapareció de la mesa mientras todavía estaban con los cafés y unos minutos después Sophie se la encontró sola en la sala de estar, escuchando la cadena Classic FM mientras se terminaba el vino.

–Mamá, ¿estás bien? –le preguntó.

Lois alzó la mirada y sonrió.

–Sí, estoy bien.

–¿Quieres que me quede y hablemos?

–No es necesario.

Sophie se sentó a su lado. En la mesa baja junto al sofá había una pila de periódicos y otros papeles. Sophie se fijó en cuatro hojas DIN-A4 encima de la pila. Las cogió y les echó un vistazo.

–¿Qué es esto?

–¿Qué te parece que es?

–Parecen anuncios de casas en Francia.

–Pues es lo que son.

–¿Estás pensando en comprarte una propiedad en Francia?

–Tu padre está en ello.

Sophie repasó los folletos con detenimiento. Las propiedades, todas con precios alrededor de los trescientos mil euros, estaban en lugares idílicos y tenían unas proporciones muy generosas que al comprador le saldrían por el doble si estuvieran en Inglaterra.

–Bueno, ¿no estás entusiasmada? –le preguntó a su madre–. Siempre has querido tener una casa en Francia. Llevas años soñando con eso. Y papá se va a jubilar en un par de años. Podría ser estupendo para vosotros dos.

Lois asintió.

–Sí, podría serlo. –Pero no sonaba muy entusiasmada.

–Vas a pasar la jubilación con papá, ¿verdad? –preguntó Sophie, nerviosa.

–Bueno, no tengo nadie más con quien pasarla –respondió Lois, y bebió un sorbo de vino–. Y no quiero pasarla en esta maldita ciudad, esto lo tengo muy claro.

Sophie puso una mano sobre el brazo de su madre. Lois se volvió para mirarla. Estaba al borde del llanto.

–Han pasado cuarenta y tres años desde que estalló aquella bomba –dijo–. Cuarenta y un años, seis meses y veintitrés días. Y cada noche sigo oyéndola. La bomba estallando es lo último que oigo antes de dormirme. Antes de acostarme, no me atrevo a ver las noticias en televisión por miedo a que algo me lo recuerde. Tampoco puedo ir al cine o ver un DVD por si hay algo, cualquier cosa, sangre, violencia, estruendos. Cualquier cosa que me recuerde lo que los seres humanos son capaces de hacerse unos a otros. La política puede llevar a las personas a hacer cosas terribles... –Miró a Sophie con atención y su voz se hizo más insistente–. Ian y tú tenéis problemas, ¿verdad?

–En realidad no –dijo Sophie, tras unos instantes de duda–. Lo superaremos. Lo solucionaremos.

–La política puede separar a la gente –le dijo Lois–. ¿Verdad que es una estupidez? Pero es cierto. Eso fue lo que sucedió con mi Malcolm. Eso es lo que lo mató. La política.

A sus espaldas se oyó un ruido –el crujido de un listón del suelo de madera– y las dos mujeres se dieron la vuelta. Era Ian, plantado en la puerta, con una taza de café en la mano.

–¿Todo bien por aquí? –preguntó.

–Pasa –le dijo Lois y se movió para hacerle sitio en el sofá–. Siéntate y dime qué te parecen estas casas.

–Ah, hola, Philip –dijo Benjamin–. Gracias por devolverme la llamada.

–¿Te pilló en mal momento? Tienes una voz un poco rara.

–Estoy en el coche. Voy camino de la estación.

–Oh. ¿Adónde vas?

–Voy a recoger a alguien. A mi amigo Charlie.

–Ah, sí. –Phil todavía no había conocido a ese reaparecido del pasado de Benjamin–. El tío de las fiestas infantiles.

–Se va a quedar conmigo uno o dos días. Me ha telefoneado esta mañana. En plan grito de socorro. Creo que lo está pasando mal.

–¿Es un buen momento para que haga un comentario sobre las lágrimas de un payaso?

Benjamin soltó una risotada tristona y dijo:

–La verdad es que no.

–De acuerdo, pues bueno, escucha, no te voy a entretener mucho. ¿De qué querías hablar?

–Quería tu consejo sobre un artículo que estoy escribiendo.

–¿Un artículo?

–¿No te comenté que estaba escribiendo algo sobre el referéndum? –Al otro lado de la línea se produjo un largo silencio–. ¿Sigues ahí?

–Sí, sigo aquí. Es solo que estoy... patidifuso.

–¿Patidifuso? ¿Por qué?

–¿Estás escribiendo sobre el referéndum? Quieres decir que... ¿vas a posicionarte?

Benjamin pareció indeciso.

–Probablemente sí. Es para la sección de opinión de un diario. Les están preguntando a un montón de escritores qué piensan votar.

–Pues díselo –le instó Phil. Pero de pronto le invadió una sospecha–. Ya lo tienes decidido, ¿no es así?

–Pensaba que sí. Estaba bastante seguro de que iba a votar a favor de la permanencia.

Philip esperó unos instantes.

–¿Pero...? –le dio pie.

–Bueno, es complicado, ¿no crees? Hay un montón de argumentos en ambos lados.

–Es cierto.

–He estado investigando en internet. Hay un montón de cosas que tomar en consideración. La soberanía, la inmigración, los vínculos comerciales, el

Acuerdo de Maastricht, el Tratado de Lisboa, la política agrícola común, el Tribunal de Justicia Europeo, la Comisión..., y bueno, resulta que la Comisión tiene demasiado poder, ¿no te parece? Hay un auténtico déficit democrático en las instituciones europeas.

–Parece que te has informado a fondo. ¿Cuál es el problema?

–No estoy tan bien informado. Estoy saturado de informaciones contradictorias. Llevo tres días leyendo sobre esto y tengo cuarenta y siete pestañas diferentes abiertas en el ordenador.

–¿De qué longitud va a ser el artículo? ¿Mil palabras, dos mil?

–No, son solo cincuenta palabras. Se lo han pedido a docenas de escritores, no disponen de mucho espacio.

–Oh, Benjamin, por el amor de Dios, ¿te has pasado tres días buscando información para escribir un texto de cincuenta palabras? Es de locos. ¿Te van a pagar algo?

–No, creo que no. Olvidé preguntarlo.

Philip empezaba a perder la paciencia.

–Haz lo que todo el mundo va a hacer..., confía en tu intuición. ¿Quieres estar del mismo lado que Nigel Farage y Boris Johnson?

–No, claro que no.

–Bien, pues en ese caso, ya sabes qué hacer.

–Ya, pero eso no es suficiente, ¿no te parece? Todo este asunto es ridículo. Es demasiado complicado. ¿En base a qué se supone que tiene uno que decidir? –Mientras reflexionaba sobre lo absurdo que resultaba aquello, perdió la concentración, se saltó un semáforo en rojo y recibió un indignado coro de bocinazos–. Oh, mierda. De todos modos, ya estoy llegando a la estación. Te dejo.

–De acuerdo –dijo Philip–. Me alegro de haberte ayudado.

Charlie tenía un aspecto horrible. No se había afeitado, no se había lavado el pelo, no había dormido, no se había lavado los dientes y no había parado de beber desde hacía unas treinta y seis horas. Eran las once pasadas cuando llegaron a casa de Benjamin. Charlie cogió una botella de vino blanco, la descorchó sin molestarse en pedir permiso y se la llevó a la terraza. Benjamin lo siguió con un par de vasos. Si esa noche había luna, estaba escondida tras espesas capas de nubes y además –en opinión de Benjamin– hacía demasiado frío para ponerse a beber fuera.

–Me ha vuelto a echar –dijo Charlie una vez sentados alrededor de la mesa–. Y dice que esta vez es la definitiva.

–Puedes quedarte aquí unos días –le dijo Benjamin.

Charlie no parecía escucharlo.

–Voy a tener que buscarme un sitio en el que vivir –comentó.

–Puedes quedarte aquí –le repitió Benjamin–. Tengo sitio de sobra.

–¿Cómo voy a encontrar un sitio para vivir? Ahora mismo solo gano cincuenta libras a la semana. Pero si gano dinero, no me van a conceder beneficios sociales.

–Puedes quedarte aquí todo el tiempo que quieras –insistió Benjamin.

–¿Sabes?, siempre he querido que fuésemos una familia. Siempre nos he visto como una familia. A los tres. Es lo que más deseaba. Pero ella no lo ve del mismo modo. Nunca lo ha hecho. No soporta que Neeqs y yo estemos tan unidos. Lo ve como una especie de conspiración contra ella... No sé, o algo peor. Está paranoica, actúa de manera agresiva, es muy infeliz y como siempre me echa la culpa a mí.

–Tal vez podrías sugerirle que busque algún tipo de ayuda –le sugirió Benjamin–. Ayuda profesional.

–Eso es imposible –dijo Charlie–. No me va a escuchar. Ni siquiera me deja volver a entrar en la casa.

–No puede impedir que sigas viendo a Aneeqa y que la ayudes, si eso es lo que tú quieres hacer.

–Neeqs se irá a la uni dentro de cuatro días. Ha presentado la solicitud de ingreso en la de Glasgow. ¡Glasgow! A un montón de kilómetros de aquí.

–En ese caso tal vez ya no te va a necesitar. Tal vez ha llegado el momento de que vuele sola.

–Jodida... PUTA –soltó Charlie, y cogió su copa, pero la agarró con tanta fuerza con su inestable mano que la rompió. Había sangre por todos lados y Benjamin tuvo que entrar corriendo en busca del botiquín. Convenció a Charlie de que ya era hora de acostarse y cuando media hora después echó un vistazo a través de la puerta entreabierta de su dormitorio vio que se había desplomado sobre la cama, sin desvestirse, y estaba profundamente dormido con todas las luces encendidas.

Temprano por la mañana del día siguiente, miércoles 15 de junio, empezó a llover con intensidad. Charlie no apareció hasta la una del mediodía. Benjamin le preparó algo para comer, pero después fue incapaz de localizarlo. Miró por todas partes. La bolsa de Charlie seguía en su dormitorio, pero de él no había ni rastro. Una hora después mandó un mensaje de texto explicando que se había ido a dar

un paseo y que regresaría a la hora de cenar y le decía a Benjamin que no se preocupase. Continuó lloviendo sin pausa. Benjamin se sentó en el alféizar de la ventana y, a través del cristal moteado de gotas, contempló cómo el caudal del río iba aumentando y el agua bajaba con furia y salpicando por el canal artificial del molino como una hilera de furibundos pasajeros del metro tratando de abrirse paso por el torniquete de control de billetes en una concurridísima estación. El ruido de la lluvia y del río se convirtió en un estruendoso e inacabable telón de fondo sonoro de sus pensamientos, mientras reescribía mentalmente una y otra vez su artículo para el periódico y se preocupaba por Charlie. A media tarde trató de distraerse preparando un elaborado curry.

Cuando Charlie reapareció a las seis, estaba, como era de esperar, calado hasta los huesos. Subió para darse un prolongado y cálido baño y cambiarse de ropa. Durante la cena se lo vio mucho más relajado que la noche anterior. Benjamin empezó a preocuparse porque de hecho parecía demasiado tranquilo. Era obvio que padecía una profunda depresión y habló muy poco. Cuando lo hizo, fue sobre dinero:

–He pensado que dar ese paseo me ayudaría a aclarar las ideas –dijo–, pero al final todo se reduce al dinero. Sin dinero, no veo salida posible. Y así ha sido durante años. Unos años de mierda. No paran de decir que la situación va a mejorar. Que hay luz al final del túnel. ¿Cómo es de largo el puto túnel? ¿Dónde está la jodida luz? Llevo ya seis años en esta situación. Seis años con las fiestas infantiles. El hijoputa de Duncan Field gana tres veces más que yo. Cuatro veces más. Los niños prefieren sus estúpidas bombas de humo y sus explosiones cualquier día de la semana. No sé por qué me tomo tantas molestas. –Tras una larga pausa, le lanzó una mirada plañidera a Benjamin y le preguntó–: ¿Puedo tomarme una copa, colega?

–¿No crees que ayer ya bebiste más de la cuenta? –le recriminó Benjamin.

–Oh, vamos. Solo una.

Benjamin asintió.

–Sírrete tú mismo.

Charlie optó por el whisky.

Benjamin se acostó temprano. Charlie dijo que también se iba a la cama, pero antes quería telefonar a Yasmin. Incluso desde el baño Benjamin pudo oír que la conversación iba mal y degeneraba a gran velocidad en un combate a gritos. Al acabar, se oyó un estruendo (¿Charlie había tirado el móvil contra la mesa?) y después el ruido de una puerta abriéndose y cerrándose. Benjamin fue al dormitorio de su amigo, abrió la ventana y miró el exterior. Era otra noche sin

luna. Seguía lloviendo a mares. Distinguió entre las sombras la silueta alta y corpulenta de Charlie que se paseaba arriba y abajo. Y de pronto se subió con decisión al muro de la terraza. Permaneció allí, calado y mirando hacia abajo, hacia el agua que bajaba con fuerza creando remolinos bajo sus pies.

–¡Charlie! –gritó Benjamin–. ¿Qué haces? ¡Baja de ahí!

Charlie no se movió. Sin inmutarse ante la lluvia que lo empapaba de pies a cabeza, se mantuvo en pie sobre el muro y estiró los brazos, como tratando de equilibrarse o tal vez preparándose para lanzarse.

–¡Charlie!

Pasaron veinte o treinta segundos.

–¡Charlie! ¡Baja!

Poco a poco, como si por fin hubiera oído a Benjamin, Charlie se volvió. Alzó la cabeza y miró a su amigo. Tenía la cara pálida y ojerosa. Le caían lágrimas por las mejillas.

Se miraron durante un minuto o más, Benjamin con ojos suplicantes, Charlie como si no lo viera, como si fuera un sonámbulo y todo eso sucediera en un sueño.

Y a continuación, con cuidado, se volvió, se encorvó y saltó a la terraza. Permaneció allí, acucillado, con las manos en la cabeza, hasta que Benjamin bajó por la escalera metálica, lo rodeó con sus brazos y le hizo entrar en casa.

A la mañana siguiente, Charlie estaba levantado y vestido a las nueve. Benjamin estaba friendo huevos en la cocina cuando apareció por la puerta, con el abrigo puesto y la bolsa ya preparada.

–Creo que ya es hora de que te deje tranquilo –dijo.

–¿Adónde vas a ir? –le preguntó Benjamin.

–Creo que me instalaré durante un tiempo en casa de mi madre.

Benjamin asintió.

–Desayuna y después te acerco a la estación.

–No te molestes. Iré andando hasta el pueblo. Al menos ha dejado de llover.

–Es verdad.

Se abrazaron.

–Gracias por todo, colega.

Después de que Charlie se marchara, Benjamin encendió el televisor. Apareció en pantalla el canal de noticias de la BBC. Lo dejó toda la mañana. Hubo una noticia sobre Nigel Farage, que mostraba por primera vez el nuevo

cartel de la campaña en favor de la salida de la Unión Europea. En él se veía una larga y sinuosa cola de personas jóvenes, mayormente hombres de tez oscura. Se suponía, claro está, que eran inmigrantes. Y plantado sobre la imagen, en enormes mayúsculas rojas, una palabra: «RUPTURA». En una tipografía más pequeña, también se leía: «La UE nos ha fallado» y «Debemos romper con la UE y volver a tomar el control de nuestras fronteras».

Benjamin se estremeció ante la cruda y descarada xenofobia que destilaba la imagen. Era lo más ofensivo que había visto hasta ese momento en la campaña. En cuanto la vio, supo qué partido tomar. Decidió no perder más tiempo en su declaración pública, dejó a un lado los matices y los equilibrios a los que llevaba días dando vueltas, tecleó una briosa y contundente declaración de cincuenta palabras y la mandó por email al periódico.

Sonó el teléfono. Era su padre. Aunque su pronunciación resultaba confusa desde la leve apoplejía, estaba claro que había un nada habitual tono de alegría en su voz.

–Adivina dónde he estado –le dijo.

–¿Qué quieres decir con lo de dónde has estado? No has salido de casa, ¿verdad?

–Sí.

–¿Para qué?

–He ido a votar. He cogido la papeleta que me trajiste y he mandado mi voto por correo.

Benjamin estaba horrorizado.

–Papá, no tendrías que haber ido solo hasta el buzón. Lois y yo lo podríamos haber hecho por ti. Los médicos dijeron que te lo tomases con calma.

–Eso fue hace varias semanas.

–¿Y qué has votado? –le preguntó Benjamin, aunque estaba bastante seguro de la respuesta.

–La salida, por supuesto. –Y con tono desafiante, añadió–: ¿A que ya lo sabías?

–¿Y Sophie?

–¿Qué pasa con ella?

–Ya sabes que quería que votases por la permanencia. Es su futuro, ¿sabes? Es la que va a seguir por aquí durante más tiempo.

–Es una chica estupenda, pero muy ingenua. Le he hecho un favor. Algún día me lo agradecerá.

–Cambiano de tema, ¿cómo te sientes después del paseo?

- Un poco cansado. Creo que voy a tener que sentarme un rato.
- Muy bien. Lois irá a verte hacia las cuatro, ¿de acuerdo?
- Perfecto. Haré mi siesta y después podremos tomar una taza de té.
- Muy bien. Adiós, papá.
- Adiós, hijo.

Descorazonado por la conversación, Benjamin se volvió hacia el televisor. Farage estaba plantado ante el póster, sonriente y haciendo bromas con los equipos de televisión. En la parte inferior de la pantalla iba apareciendo una selección de los tuits de la mañana. Uno de ellos era del novelista Robert Harris. Decía:

«Este referéndum es infame. Es el acontecimiento político más deprimente, divisorio y engañoso que he visto en mi vida. Espero no volver a vivir nada semejante.»

Amén, pensó Benjamin.

A mediodía –de ese mismo 16 de junio de 2016– Lois estaba en la cocina anotando la lista de la compra. Tenía pensado telefonar al Marks & Spencer de Longbridge de camino a casa de su padre. Tenía la radio encendida, en Radio Dos, pero sin prestarle demasiada atención. La música era insulsa y hacía tiempo que había dejado de escuchar las noticias, porque estaba harta del referéndum; por lo que parecía, como todo el mundo.

Sin embargo, poco después de las dos, saltó una noticia de última hora que la obligó a dejar lo que estaba haciendo y escuchar. Un miembro del Parlamento había sido agredida en su distrito; agredida en plena calle mientras se dirigía a la biblioteca local, donde iba a atender las reclamaciones de sus electores.

Lois no había oído hablar de esa diputada. Se llamaba Jo Cox. Era diputada por Batley y Spen, una circunscripción de Yorkshire. Era una mujer joven. La agresión parecía horripilante. Su agresor le había disparado y la había acuchillado. Y mientras perpetraba la agresión, el individuo había gritado varias palabras en apariencia incoherentes, que después se aclaró que eran un grito de «Gran Bretaña primero. Esto es por Gran Bretaña». Un viandante había corrido en ayuda de la agredida y también había recibido una cuchillada. El atacante se había marchado tranquilamente y unos minutos después se entregó a la policía. A Jo Cox la habían trasladado al hospital en estado crítico.

En cuanto oyó la noticia, Lois sintió náuseas, mareos y fatiga. Apagó la radio, fue a la sala de estar y se sentó en el sofá. A los pocos minutos, sintió la boca

reseca y un incipiente dolor de cabeza. Volvió a la cocina, se bebió un vaso de agua fría, se tomó dos analgésicos y encendió de nuevo la radio. No había novedades sobre la diputada herida, salvo que la policía iba a dar una rueda de prensa poco después de las cinco de la tarde.

Temblando de forma incontrolada, Lois colocó el portátil sobre la mesa de la cocina, lo encendió y buscó a Jo Cox en Google. Era una mujer casada, madre de dos hijos. De cuarenta y un años, iba a cumplir cuarenta y dos la semana siguiente. Era una diputada muy querida en su circunscripción, que había salido elegida por primera vez hacía poco más de un año y había aumentado la mayoría laborista. Fundadora del Grupo de Parlamentarios Amigos de Siria. Estaba a favor de la permanencia en la Unión Europea. Y preparaba un informe titulado *La geografía del odio antimusulmán*.

Lois sabía que no debía ponerse a imaginar los detalles de la agresión, pero no pudo evitarlo. Un día cualquiera –como puede serlo cualquier día ordinario en esos tiempos extraordinarios– y una tarea rutinaria: dirigirse caminando a una biblioteca por una calle que te es muy familiar en compañía de tu asesor y un trabajador social. Y de pronto, el acuchillamiento, el disparo, el frenesí. La cotidianidad aniquilada, convertida en algo carente de sentido por un acto de violencia criminal impredecible. *Esa noche de noviembre de 1974...* Lois se puso de pie con brusquedad –de una forma demasiado brusca–, cerró los ojos y sintió que se desmayaba, que se desplomaba... Poco a poco, la habitación volvió a estabilizarse. Se apoyó contra la mesa de la cocina para sostenerse. Tal como habían descrito el ataque en la radio, parecía imposible sobrevivir a él, pero por otro lado era inconcebible que nadie fuera asesinado en esas circunstancias. Una diputada que se dirige a hacer su trabajo un jueves cualquiera a la hora de comer..., no, no podía suceder. Lois se agarró a esa esperanza –del todo consciente de lo irracional de su conducta– mientras pasaban los minutos y ella esperaba para oír lo que tenía que decir la policía.

A las cinco en punto encendió el televisor. La rueda de prensa arrancó unos minutos después. Una oficial de mediana edad, con el cabello pelirrojo peinado con un flequillo, habló con un tono de monótona gravedad por encima del constante ruido de los flashes.

–Hoy, poco antes de la una –empezó–, Jo Cox, diputada por Batley y Spenborough, ha sufrido una agresión en Market Street, Birstall. Y con gran pesar debo informar...

Lois emitió un grito ahogado y cerró los ojos con fuerza.

–... de que ha fallecido como resultado de las heridas sufridas.

–¡No, no, no, no, NO! –gimoteó, y se desplomó sobre el sofá. Le temblaba el cuerpo por los sollozos–. ¡No! –continuó diciendo, una y otra vez–. ¡No, no, NO! –Se puso en pie y gritó a la pantalla del televisor–: ¡Sois todos unos miserables! –Se dirigió con pasos largos a la ventana, miró hacia la calle tranquila y gritó a pleno pulmón–: *¡Sois todos unos miserables..., por haber permitido que pasara esto!* –Se dirigió a la mesa baja de la sala de estar, cogió un periódico, hizo una bola y la lanzó contra el televisor, y se pasó los siguientes minutos dando patadas a los muebles, lanzando cojines y golpeando las paredes con los puños. Rompió contra el suelo un jarrón y empapó de agua la moqueta. No supo cuánto duró el ataque de ira. De pronto se desmayó.

Eran más o menos las seis menos diez cuando empezó a reordenar la sala. Resultó una actividad extrañamente relajante y cuando Christopher volvió a casa ya casi había terminado.

–¿Qué ha pasado aquí? –preguntó al caer en la cuenta primero del estado de la casa y después del estado de la propia Lois. La abrazó con fuerza y ella volvió a temblar cuando le preguntó:

–¿No te has enterado?

–De lo de la diputada. Sí, lo he oído. –Christopher le dio un beso en la frente y percibió el olor de su cabello, saboreando el inusual placer de abrazar a su mujer–. Es desolador, ¿verdad que sí? Sé cómo te sientes. Sé los recuerdos que te trae.

Siguieron abrazados unos minutos más, hasta que Lois logró recuperar más o menos la compostura. Se sentó en la mesa de la cocina y él permaneció de pie a su lado, acariciándole el pelo.

–¿Qué tal está tu padre? –le preguntó finalmente–. No contaba con que volvieras tan pronto.

–Papá... –dijo Lois–. Oh, mierda... Me he olvidado de él.

–¿En serio? ¿No te ha telefoneado?

–No. Será mejor que vaya ahora a verlo.

–Voy contigo. No quiero que conduzcas en este estado.

–Había pensado comprar algo de comida de camino.

–Mejor vayamos primero a su casa. Si acaso, ya saldré yo después a comprar.

Lois fue a buscar el abrigo al ropero y dijo, abstraída:

–No me puedo creer que me haya olvidado de él. –Lanzó una última mirada al televisor antes de apagarlo–. Esa pobre mujer... Esos pobres niños...

–¿Crees que deberíamos llamarlo?

–¡Eh? –Se volvió. Tardó unos instantes en procesar la pregunta–. No, ya lo

llamaré desde el coche.

Pero cuando lo hizo no hubo respuesta. Y cuando llegaron a la casa en Rednal, Lois echó un vistazo a través de la ventana de la sala de estar y vio que Colin no estaba sentado en su sillón habitual. Abrió la puerta de la casa y se lo encontraron en el suelo del pasillo, boca abajo, inmóvil –Lois lo supo de inmediato–, muerto.

Fue el paseo hasta el buzón lo que lo mató. Lois supo después que llevaba allí tendido desde la una. La muerte le sobrevino varias horas después. Lo cual significaba que probablemente podría haberlo salvado si se hubiera acordado de ir a visitarlo a la hora acordada.

La vieja Inglaterra

Lo que me sorprende de forma reiterada cuando viajo por mi distrito electoral es que son más las cosas que nos unen y que tenemos en común unos con otros que las que nos dividen.

JO COX, primer discurso en la Cámara de los Comunes,
3 de junio de 2015

Septiembre de 2017

Allí, en lo alto de Beacon Hill, cuando llegaba el otoño no se anunciaba con un cambio de colores de las hojas de los árboles. Los bosques que rodeaban la pelada cima de la colina, semejante a la tonsura de un monje, eran de abetos, pinos y otros árboles de hoja perenne. Solo si uno avanzaba por el sendero hasta el fondo de la colina y miraba hacia abajo a través de los greens y las calles del club de golf municipal, se podían vislumbrar las copas de los sicomoros, arces y robles, que habían adquirido tonalidades rojizas y doradas, indicativas del final del verano y la lenta sucesión de las estaciones. Allí, en el casi completo silencio de la tarde de un viernes de septiembre, bajo un cielo azul sin atisbo de nubes, Benjamin y Lois permanecieron en actitud solemne, para rendir un último homenaje a su madre y su padre.

Colin había dejado instrucciones muy específicas sobre qué hacer con sus restos. Después de haber mantenido las cenizas de su esposa en casa, en una urna sobre la repisa de la chimenea, durante más de seis años, había dejado estipulado en su testamento que se esparcieran junto a las suyas desde lo alto de Beacon Hill, el punto más alto de las Lickey Hills, a unos dos kilómetros de la casa de Rednal donde habían pasado toda su vida como matrimonio. También había pedido que el acto se celebrase el día del aniversario de su boda, el 15 de septiembre. Sin embargo, no había especificado el año y la mala suerte quiso que el 15 de septiembre de 2016 Benjamin estuviese recluido en un remoto páramo escocés, en mitad de una agotadora semana pasada en compañía de una docena de aspirantes a poetas y novelistas que habían pagado un dineral para recibir sus sabios consejos literarios. Por suerte, en 2017, ese día (y otros treinta antes y después) estaba en blanco en su agenda. En cuanto a Lois, que al final había conseguido un trabajo nuevo como bibliotecaria de un college de Oxford y subía y bajaba cada día desde allí, le pareció que la ocasión justificaba que se tomase una tarde libre.

De modo que allí estaban los dos, hermano y hermana, en lo alto de una colina repleta de recuerdos, contemplando una vista que había cambiado muy poco durante los últimos cuarenta y un años, desde aquella época en la que Benjamin

llevaba a Lois hasta allí para dar largos paseos, para sacarla del hospital y ayudarla a aterrizar de nuevo en el mundo, y le contaba historias inconexas sobre los tejemanejes que se producían en el colegio y trataba de obtener algún tipo de respuesta por parte de ella, para ayudarla a olvidar, al menos durante unas horas, el horror de las bombas en los pubs de Birmingham. Es cierto que las tres torres blancas revestidas de aluminio del nuevo hospital Queen Elizabeth ahora dominaban el horizonte y en 1976 todavía no existían, y –todavía más dramático– había desaparecido la factoría de Longbridge, partes de la cual habían sido reemplazadas por casas, tiendas y edificios de la universidad, y otras partes habían sido demolidas sin más y habían dejado unas horribles cicatrices en el paisaje. Pero por lo demás, la vista era la misma, la panorámica hacia el Waseley Country Park y el bosque de hayas de Frankley, la panorámica hacia las colinas Clent y Hagley y el Black Country más al fondo. La permanencia de ese paisaje resultaba reconfortante, un recordatorio de la calma y la continuidad en un mundo que parecía cambiar más rápido de lo que ninguno de ellos dos era capaz de asimilar. Por jóvenes que se sintieran interiormente, a un paseante que los viera le parecerían ya entrados en años: Benjamin con sus canas, Lois con sus manchas en la piel y un incipiente encorvamiento. Hacía unos meses que había cumplido los sesenta.

Benjamin sacó un altavoz portátil del bolsillo del abrigo, lo depositó sobre el banco de madera y colocó en el puerto su iPod Classic. Ya tenía seleccionado el tema para ese momento y solo tuvo que pulsar el play. El volumen estaba muy alto, no le importaba que alguien pudiera oírlo o que pudiera ver la ceremonia. Casi de inmediato, empezaron a oírse los dulces acordes modales, inconfundiblemente ingleses; Benjamin cerró los ojos y durante unos instantes se dejó llevar por la música, una música que había escuchado miles de veces, pero de la que nunca se cansaba, una música que le hablaba de un modo sutil y seductor de sus raíces, de su persona, del profundo vínculo con ese paisaje, con ese país. Se volvió para mirar a su hermana, con la esperanza de lograr un instante de conexión, algún signo de que ella sentía lo mismo. Pero Lois tenía cosas más mundanas en la cabeza.

–No puedo sacar la maldita tapa –dijo.

–No me extraña –replicó Benjamin–. No creo que se haya abierto desde que metieron las cenizas de mamá. Déjame probar a mí.

Con cierto esfuerzo, consiguió destapar ambas urnas. Lois sujetaba la de Sheila y Benjamin la de Colin, aunque en realidad, como ambas procedían de la

misma funeraria y eran idénticas, no estaba cien por cien seguro de que no fuera al revés. Bueno, en realidad qué más daba.

–¿Preparada? –dijo, sosteniendo las cenizas de su padre.

–No hemos traído nada para leer –dijo Lois.

–¿Para qué? ¿Piensas pasarte el resto de la tarde aquí arriba?

–No, me refiero para leer ahora. Un poema o algo así.

–Oh, bueno... Piensa tú misma unas palabras. Improvisa.

–De acuerdo –aceptó Lois, insegura.

Benjamin clicó en el iPod para volver al principio del tema. De nuevo se alzaron los acordes y el violín inició su lento periplo ascendente.

–Vamos allá –dijo Lois–. Adiós, mamá. Fuiste una madre maravillosa para todos nosotros. Nos diste todo lo que necesitábamos.

Con un movimiento de barrido, puso la urna boca abajo y vació el contenido. Benjamin, tras un rápido: «Adiós, papá», hizo lo mismo, y entonces, con una maravillosa sincronía que rara vez se producía en las vidas de la familia Trotter, un golpe de aire elevó las cenizas de ambos progenitores hacia el cielo, donde, ante los ojos de Lois y Benjamin, danzaron, giraron en remolino y se fusionaron en una suerte de nube antes de que otro golpe de viento las dispersara en todas direcciones y aterrizaran entre la mala hierba, el brezo, las hierbas altas y el sendero, o simplemente desaparecieran de la vista, volando de regreso al hogar con instinto animal, o bien en dirección a la casa en la que Sheila había sido feliz, o bien hacia la factoría en la que Colin había pasado muchas horas trabajando. Y durante todo ese rato la música siguió sonando con su relajante y resuelta melodía y el violín elevándose, elevándose como esas cenizas hasta que también él se convertía en apenas una mota en el cielo azul, demasiado pequeño y distante para poder ser captado por esas dos figuras de pie ante el banco.

Finalmente ambos se sentaron y siguieron escuchando la música durante un par de minutos o más, sin ningunas ganas de hablar.

Hasta que por fin:

–Qué bonito –dijo Lois, secándose los ojos con un pañuelo–. ¿Cómo se llama?

–*The Lark Ascending*.

–Te felicito –dijo Lois, con la voz temblorosa y las lágrimas brotándole de los ojos– por recordar cuál era su pieza musical favorita.

Benjamin sonrió.

–No, en realidad es *mi* pieza favorita. Una de ellas. ¿Recuerdas a alguno de nuestros padres diciendo que les gustaba alguna pieza musical?

Lois pensó en ello y negó con la cabeza.

–Tienes razón. Ni leyendo un libro. Ni yendo a una galería de arte. –De pronto le volvió un recuerdo–. A papá le gustaba «The Birdie Song».

–Sí, es cierto.

Ambos se rieron, y entre las carcajadas Lois dijo:

–Oh, Dios, ¿recuerdas que la ponía en las fiestas navideñas y se pavoneaba por la sala de estar moviendo las alas como un pollo?

–¿Cómo iba a olvidarlo? –dijo Benjamin. En aquella época estaba en segundo curso en Oxford y contemplar la improvisada actuación de Colin, aunque fuese en la intimidad del hogar familiar, había sido una de las experiencias más mortificantes de su vida.

–Bueno, me alegro de que no hayas elegido esa canción para esta tarde – comentó Lois–. No hubiera sido muy apropiada.

–Aunque... –dijo Benjamin, mientras escuchaba las ondulaciones y florituras del violín imitando con sutileza los círculos en el aire de la alondra–, si lo piensas bien, esta pieza también es la canción de un pájaro. Solo que en versión sofisticada.

Se quedaron en silencio y Benjamin dejó que sus pensamientos divagaran por las sendas sugeridas por la música. Pensó en Vaughan Williams, en su concepción de la música como «el alma de una nación», en su dedicación al rescate de viejas canciones folklóricas inglesas, que había ayudado a redescubrir una tradición casi por completo olvidada, y sin embargo no había contradicción alguna, ni siquiera tensión, entre su profundo patriotismo cultural y sus ideales políticos, que al parecer eran de carácter liberal y progresista. Pensó en cómo ese país, ese país partido en dos por una crisis política, necesitaba en esos momentos personalidades de ese tipo...

Entretanto, Lois estaba pensando en cosas muy distintas.

–Tuvieron un buen matrimonio, ¿no crees? –dijo–. Al menos esto se lo tenemos que reconocer.

–¿Eh...?

–Mamá y papá.

–Ah, sí. Creo que sí. Bueno, no... exactamente apasionado, pero eso probablemente no formaba parte de la naturaleza de ninguno de ellos.

–En cualquier caso, mejor que el mío –sentenció Lois.

Benjamin le lanzó una mirada incisiva. Nunca la había oído hablar así. Estaba asombrado.

–Me siento tan culpable –continuó Lois– y tan apesadumbrada por Chris. Todo este tiempo ha estado atascado por mi culpa. Sabía que no era el hombre

que yo buscaba. No debería haberme casado con él. Nunca me he recuperado de lo de Malcolm. Nadie podrá reemplazarlo. No debería haber pretendido... Ha tenido una vida de mierda por mi culpa.

Benjamin trató de dar con una respuesta. Pero no sabía qué decir. Lois se volvió hacia él y le dijo:

–Siempre creímos que tú eras quien había quedado anclado en su obsesión romántica. Anclado en los setenta. Pero al final resulta que la anclada he sido yo. Tú has seguido adelante. –El cuerpo se le estremeció con un sollozo, se inclinó hacia delante y trató de hacerse un ovillo–. Tengo que seguir adelante, Ben. *Tengo que seguir adelante.*

Él le puso la mano en la espalda y se la acarició con suavidad.

–Bueno..., tienes un nuevo trabajo, ¿no es así?

–No quiero pasarme el resto de mi vida escondiéndome en bibliotecas. Estoy harta.

–Pero es un inicio...

–¿Un inicio? Tengo *sesenta* años. No debería estar iniciando nada.

Miró a lo lejos. Benjamin pensó que tal vez buscaba la lejana silueta del hospital Rubery Hill, en la que estuvo ingresada. Lo habían demolido en los noventa.

–Las cosas han mejorado –dijo Lois–. Durante el último año. Creo que lo sucedido con Jo Cox tuvo un gran impacto en mí. Hizo que me diera cuenta de que no podía seguir reaccionando de ese modo. Lo que ha pasado esta mañana en Londres... Lo he oído por la radio. Pero no me ha afectado. He mantenido la calma.

Benjamin había estado pensando en eso. Esa mañana había estallado una bomba en la estación del metro de Parsons Green. Había más de veinte personas hospitalizadas, sobre todo por quemaduras. Era el tipo de incidente que normalmente alteraba mucho a Lois.

–Lo que le sucedió a Malcolm..., y a mí..., pasó hace más de cuarenta años. No voy a seguir... prisionera de eso.

–Bien –dijo Benjamin–. Haces bien.

–Y no es justo para Chris. También tengo que permitir que se marche.

Benjamin absorbió la información y asintió con gesto serio. Eran demasiadas cosas de golpe.

–Parece que ya has tomado la decisión –le dijo.

–Así es. No va a resultar fácil y no va a ser rápido. Y no voy a poder afrontarlo sola. Voy a necesitar la ayuda de alguien.

Sus ojos se cruzaron con los de Benjamin. Y en ese instante volvieron a tener diecinueve y diecisiete años, y estaban en la misma colina, cogidos de la mano, otro día de otoño, un día que parecía increíblemente lejano en el pasado, pero también, para ambos, eternamente presente.

–La tuya –dijo Lois.

De: Emily Shamma

Enviado: Lunes, 2 de octubre de 2017 11:33

Para: Sophie Coleman-Potter

Asunto: La próxima semana

Querida Sophie:

Me alegra saber que vuelves a impartir clases y espero con entusiasmo poder trabajar contigo este trimestre. Te escribo solo para contarte que mi (largamente pospuesta) operación está por fin prevista para este jueves (el día 5). Como probablemente tenga que estar una semana ingresada, me temo que me perderé el primer seminario sobre vanguardias americanas del día 11.

Lo siento.

También te escribo para concertar nuestra primera tutoría. Te propongo el 24 de octubre.

Atentamente,

Emily

Seis días después, el 8 de octubre, Sophie tomó una decisión impulsiva.

Los domingos seguían siendo los días más raros, aquellos en que más cerca estaba de echar de menos a Ian y querer llamarlo. No dejaba de ser irónico, dado el resentimiento que todavía sentía por esas mañanas de domingo sola en el apartamento, mientras él jugaba al golf y comía con su madre. Pero incluso en aquel entonces, siempre quedaba la expectativa de su regreso a media tarde y una cena compartida por la noche. Allí en Hammersmith no había nada que rompiera sus rutinas y los domingos parecían eternizarse, vacíos e informes. Normalmente se moría de ganas de salir de la casa adosada que compartía con otras tres personas (y por la que pagaba una pequeña fortuna). En su habitación – de unas dimensiones que solo daban para una cama individual, un escritorio y una cómoda, sin apenas espacio entre ellos– no entraba la luz del sol hasta las

dos, de modo que Sophie salía por las mañanas para pasear junto al río si hacía buen tiempo o sentarse en un Starbucks o un Pret si no lo hacía. Los domingos las salas de lectura de la Biblioteca Británica estaban cerradas, de manera que no podía refugiarse allí. Una o dos veces había intentado ir a la propia universidad, pero el departamento de Humanidades, silencioso y desierto, tenía un aspecto desolador. A veces se veía con Sohan y Mike, pero a menudo ellos tenían otros compromisos y Sophie empezó a darse cuenta de que pese a lo mucho que amaba esa ciudad, resultaba que tenía muy pocos amigos allí. Sus compañeros de piso eran agradables, pero tenía muy poco en común con ellos y eran todos unos diez años más jóvenes. A sus treinta y cuatro años, Sophie se sentía demasiado mayor para andar compartiendo piso, pero era la única manera de poder permitirse vivir en Londres por su cuenta con un sueldo de profesora.

Ese sábado le rondaba por la cabeza la idea de que Emily Shamma se estaba recuperando de su operación en un hospital situados a solo unos metros de su casa. Sin duda no le faltarían visitas, pero en cuanto Sophie pensó en ir a verla, ya no se quitó la idea de la cabeza. Recordaba con cariño la conversación en su despacho hacía más de un año y desde entonces no la había vuelto a ver. (Según Emily le había comentado en aquella ocasión, el proceso le había resultado muy estresante y había decidido tomarse un año sabático.) A las dos del mediodía, Sophie llegó al Hospital de Charing Cross con una caja de bombones. Caminó hacia el mostrador de la recepción, un buen ejemplo de cómo las plantas bajas de los hospitales británicos cada vez se parecían más a centros comerciales, y le indicaron la sala en la que estaba Emily.

Estaba sentada en la cama con los ojos cerrados. Se la veía más pálida que nunca y su cabello pelirrojo estaba aplastado contra la almohada, enredado y empapado en sudor. Su respiración era profunda. Sophie dio por hecho que dormía y estaba a punto de dejar los bombones en la mesilla de noche y marcharse de puntillas cuando Emily abrió los ojos. Se sorprendió al ver a Sophie y al principio no pareció reconocerla. De pronto esbozó una sonrisa fatigada y se incorporó un poco, con una mueca de dolor.

–Hola –dijo–. Qué visita... más inesperada.

Sophie dejó los bombones en la mesa y dijo:

–Te he traído esto. –Como si fuese el motivo principal para ir a verla–. ¿Has ido todo bien? ¿Cómo estás?

–Me encuentro fatal –respondió Emily–. Pero gracias por preguntar. –Como vio que Sophie dudaba si coger una silla y sentarse con ella, añadió–: Sí, siéntate, por favor.

–¿Te he despertado? –le preguntó Sophie.

–No, no dormía. Me cuesta mucho. –Ahora su sonrisa era más viva y decidida–. Me alegro de verte. Espero que no hayas venido para asignarme un trabajo ni nada por el estilo.

Sophie se rió y respondió:

–Para nada. Pero no sabía si pasar o no. Pensaba que tendrías un montón de visitas.

–Mi madre ha venido desde Cardiff –dijo Emily–. Llegará dentro de un rato. Pero los médicos me han prohibido recibir muchas visitas. Dicen que lo más importante es que descanse.

–No me quedará mucho rato.

–Me alegro de verte –repitió Emily.

Sophie estiró el brazo y le cogió la mano. La tenía muy fría. Era una muestra de cercanía, de aprecio, que había querido ofrecerle a Emily desde que esta se presentó en su despacho para disculparse y mostrarle su apoyo. Sophie le sostuvo la mano unos segundos y de pronto pensó que en realidad sabía muy pocas cosas sobre esa estudiante atractiva y misteriosa que sin pretenderlo había hecho descarrilar su carrera académica.

–¿Entonces eres de allí? –le preguntó–. ¿De Cardiff?

Emily asintió.

–Supongo que te desconcierta mi nombre. Es árabe. Mi padre llegó aquí en los años ochenta desde Irak para estudiar arquitectura. Y conoció a mi madre en la Universidad de Cardiff, esa es la historia. Se casaron y él se quedó a vivir aquí. En realidad me llamo Al Shamma'a. –Lo pronunció acentuando mucho la última y larga sílaba–. Todo el mundo lo pronuncia mal, pero ya no me tomo la molestia de corregirlos.

–¿Entonces eres...?

–Medio árabe, medio galesa. Mi nombre, antes de que me lo cambiara, era Emlyn. Emlyn Al Shamma'a. Un poco complicado.

El esfuerzo que hacía al hablar parecía agotarla. Estiró el brazo en busca del vaso de agua y Sophie se lo llenó antes de alcanzárselo. Dio un pequeñísimo sorbo y se lo devolvió.

–No me atrevo a beber mucho –explicó Emily–, por miedo a tener que volver a hacer pipí.

–Supongo que debe ser doloroso.

–No es solo eso..., la orina me sale en todas direcciones. Quiero decir que..., ¿cómo se llama eso?... no forma un chorro.

Sophie no se esperaba verse envuelta tan rápido en este tipo de conversación.

–Supongo que es cuestión de práctica. Seguro que lo conseguirás. –Y, dubitativa, le preguntó–: ¿Alguna...?

–¿... pregunta más sobre la vagina? No, de momento no.

Sophie vio que Emily hacía otra mueca de dolor.

–Debe estar todo muy irritado.

–Es por los dos dilatadores que llevo ahí dentro, para impedir que se cierre.

–Ooh...

–Tengo que metérmelos y mantenerlos ahí veinte minutos. Cinco veces al día.

–Ooh... Pobre. Debe ser como...

–¿Podemos cambiar de tema y dejar de hablar de mis genitales?

–Buena idea –dijo Sophie.

–He visto algunos episodios de tu programa de televisión. Está muy bien. Das muy bien en cámara.

–Gracias.

–Espero que a la universidad le gustara que lo hicieras. Supongo que le da prestigio.

–Es curioso que lo menciones –dijo Sophie–. ¿Alguien te ha contado por qué al final las acusaciones de Coriander contra mí fueron desestimadas?

–No.

–A mí tampoco. Tan solo recibí un mensaje informándome de que el tribunal había fallado a mi favor y podía reincorporarme a todos mis cursos. Eso sucedió justo una semana después de que les enviase un email diciéndoles que iba a presentar una serie de televisión. Puede que solo sea una coincidencia.

–Guau –dijo Emily–. Esa gente no tiene vergüenza.

–Se te ve muy cansada –dijo Sophie–. Tal vez debería irme.

–Me siento como si me hubieran apaleado. La sensación es de que nunca volveré a ser capaz de caminar, comer o hacer cualquier otra cosa de manera normal. Pero agradezco la compañía. En un hospital una se siente muy sola. Eres la primera persona con la que hablo en todo el día, aparte de la enfermera que ha venido a cambiarme la bolsa de suero.

–También tú eres la primera persona con la que yo he hablado en todo el día.

No sonó como la mera constatación de un hecho. Sonó más bien como una muestra de complicidad, y Emily, pese a su estado de agotamiento, era lo bastante intuitiva para notarlo.

–Oh –dijo–. Siempre pensé que... –Temía inmiscuirse en exceso–. No sé..., que tenías familia o algo así. Marido, hijos. Que ese flanco lo tenías cubierto.

–Tengo marido –respondió Sophie–. Pero en estos momentos no vive conmigo. Supongo que estamos haciendo una prueba de separación.

–Oh, lo siento. ¿Cuándo ha pasado?

–Llevamos así desde hace unos nueve meses. Digo que es una prueba, pero si soy sincera empiezo a verlo como algo ya definitivo.

–¿Habéis intentado acudir a terapia y todas esas cosas?

–Oh, sí. De hecho a un tipo de terapia muy concreta. La terapia post-Brexit.

Emily soltó una risita incrédula y de inmediato hizo una mueca de dolor y se llevó las manos a la ingle.

–Mierda –dijo cuando el espasmo remitió–. Eso ha dolido de verdad. Recuérdame que no vuelva a reírme. No debería haberlo hecho, pero... ¿hablas en serio?

–Pues sí.

–¿Y por eso te has separado de tu marido?

–Más o menos. Es de locos, ¿verdad?

Iba a entrar en detalles, pero en ese momento apareció la señora Shamma. Tenía el mismo cabello pelirrojo y la misma tez pálida que la hija. Sophie se preguntó por qué el padre no estaba allí, si estaba disconforme con la decisión de su hijo, si el rechazo parental había contribuido al estrés sufrido por Emily durante el último año. La madre era jovial, afectuosa y parlanchina. Sophie se presentó, se quedó los dos o tres minutos de cortesía y después se excusó y se despidió. Animada por la conversación con Emily, le dio un beso en la mejilla antes de marcharse y le dijo:

–Ahora te puede parecer imposible, pero vas a estar guapísima.

Después, con ganas de reflexionar, fue hasta el río y caminó hacia el este siguiendo su curso en dirección a Fulham. El Támesis bajaba con mucho caudal, las aguas entre marrones y grises golpeaban con fuerza los muros de los diques. Se veían gaviotas volando en círculo y chillando. Y el tráfico fluvial se movía con lentitud. Sophie no sabía muy bien adónde se dirigía ni qué haría una vez que llegara allí. Esa falta de rumbo se había convertido en una nueva pero recurrente realidad en su vida.

Recordó el momento en que había tenido que cortar su conversación con Emily. Lo que le había contado era cierto: desde cualquier punto de vista racional, el detonante de su separación de Ian parecía un disparate. Una pareja puede decidir separarse por un montón de razones: adulterio, crueldad, violencia

doméstica, falta de sexo. Pero ¿una diferencia de opinión sobre si el Reino Unido debería o no ser miembro de la Unión Europea? Sonaba absurdo. Era absurdo. Sin embargo, Sophie sabía, en el fondo, que no había sido tanto el verdadero motivo, como el hecho que había marcado un punto de inflexión. Ian había reaccionado (a su modo de ver) de un modo tan absurdo ante el resultado del referéndum, con un triunfalismo tan jubiloso e infantil (no paraba de usar la palabra «libertad» como si fuese un ciudadano de un pequeño país africano que por fin ha logrado la independencia de su opresor colonial), que Sophie, por primera vez, se dio cuenta de que ya no entendía ni lo que pensaba ni lo que sentía su marido. Al mismo tiempo, esa mañana ella tuvo la sensación de que le habían sustraído una parte pequeña pero importante de su identidad, de su identidad moderna, estratificada y múltiple.

Durante la primera sesión de terapia de pareja, varias semanas después, la terapeuta, Lorna, les dijo que muchas de las parejas a las que estaba atendiendo en esos momentos le habían mencionado el Brexit como un factor de su creciente distanciamiento.

–Suelo empezar haciendo a los dos una misma pregunta –les dijo–. Sophie, ¿por qué te da tanta rabia que Ian haya votado por la salida? E Ian, ¿por qué te da tanta rabia que Sophie haya votado por la permanencia?

Sophie le dio muchas vueltas al asunto antes de responder.

–Supongo que porque me da a entender que como persona no es tan abierto como yo pensaba que era. Que su modelo para las relaciones se basa en el antagonismo y la competición, en lugar de en la cooperación.

Lorna asintió y se volvió hacia Ian, que respondió:

–Me da a entender que es una ingenua, que vive en una burbuja y que es incapaz de entender que otras personas a su alrededor tengan opiniones diferentes. Y eso genera en ella una determinada actitud. Una actitud de superioridad moral.

A lo que Lorna contestó:

–Lo interesante de vuestras respuestas es que ninguno de los dos ha mencionado la política. Como si el referéndum no fuese sobre Europa. Tal vez lo que hay detrás de esta situación es algo mucho más esencial y personal. Por lo cual va a ser un problema difícil de resolver.

Les sugirió una serie de seis sesiones, pero resultó que había sido demasiado optimista. Acabaron acudiendo a nueve, antes de admitir su derrota y dar por terminada su relación.

Doug recordaba el 24 de junio de 2016 como el día en que sucedieron tres cosas:

Se anunció que los británicos habían votado mayoritariamente por la salida de la Unión Europea.

David Cameron dimitió como primer ministro.

Nigel Ives dejó de responder a sus llamadas.

Seis meses después, todavía seguía tratando de concretar otra cita con el elusivo adjunto al director de comunicación. En esto le echó un cable Gail, que de vez en cuando veía a Nigel escabulléndose por los pasillos del Palacio de Westminster o del cuartel general del Partido Conservador, aunque él demostraba una gran pericia evitándola. Todo lo que Gail le pudo decir a Doug fue que a Nigel se lo veía «muy agobiado».

De modo que fue toda una sorpresa recibir un mensaje de texto de Nigel la mañana del 16 de octubre de 2017. Todo lo que decía era:

«¿Quedamos en el sitio de siempre? ¿A las once?»

Para Doug el café junto a la estación de metro de Temple representaba algo muy similar a lo que Beacon Hill era para Benjamin y Lois: había algo profundamente tranquilizador en el hecho de que apenas había cambiado a lo largo de los años. Mientras varias cadenas de cafeterías seguían su proceso de conquista de la capital y, de hecho, de todo el país, todavía quedaba ese lugar en el que seguían sirviendo rollos de beicon, sándwiches de pastrami y capuchinos con mucha espuma, y nunca se había visto un *latte* descafeinado con leche de soja. Era un rescoldo de la Gran Bretaña de los años setenta o incluso antes y esto le daba un encanto especial, que hasta Doug le reconocía.

–Buenos días, Douglas.

El saludo fue seco y cansino. Doug alzó la mirada de su cuaderno de notas y vio a Nigel sentándose frente a él. El juvenil tono sonrosado de su cara había desaparecido. Llevaba varios días sin afeitarse. Tenía las mejillas pálidas y chupadas, llevaba la corbata algo suelta y anudada con desidia y su pelo no

parecía haber visto un peine desde hacía semanas. Dio un sorbo, agradecido, al café que ya le había pedido Doug.

–Nigel, me alegro de verte –le dijo Doug–. Por fin.

–Sí, hacía tiempo que no nos veíamos, ¿verdad? ¿Cuándo fue la última vez?

–Creo que fue uno o dos meses antes del referéndum.

–Ah, sí... –Cuando oyó esas tres palabras, «antes del referéndum», los ojos de Nigel se iluminaron con un resplandor nostálgico, casi espiritual, y su mirada se perdió más allá del hombro de Doug, como si se adentrara en el pasado lejano, en unos tiempos mejores, anteriores al hundimiento, unos tiempos de despreocupada inocencia y de sencilla e infantil felicidad.

–Dieciséis meses, más o menos.

–¿En serio? –dijo Nigel–. ¿Solo hace dieciséis meses? No sé por qué..., me parecía que hacía más. Mucho más. –Negó tristón con la cabeza.

–Y bien –dijo Doug–. ¿A qué debo este raro privilegio?

–Bueno, Douglas, te seré sincero..., sea cual sea la opinión que tengas sobre mí, yo siempre he intentado ser honesto. No se lo cuentes a nadie, pero lo más probable es que deje este trabajo. Y he pensado que debíamos tener una última conversación antes de que lo haga.

–¿En serio? Espero que sea porque te ascienden.

–Me temo que no. Creo que ha llegado el momento de que deje la política. Y busque nuevos horizontes.

–Bueno –dijo Doug–, has hecho un buen trabajo.

–Supongo que sí –admitió Nigel, sin parecer muy convencido–. Pero antes quería dejar las cosas claras.

–Adelante –lo animó Doug.

–De acuerdo. Desde el referéndum –empezó Nigel– has dicho varias cosas sobre David Cameron que, en definitiva y hablando en plata, me parecen muy injustas.

–Para nada.

–Llamarlo por ejemplo «el peor primer ministro británico que he visto en mi vida».

–¿Dije eso?

–Decir que era «un incompetente temerario arropado por la riqueza y los privilegios de clase».

–Tal vez un poco duro.

–«La gran esperanza blanca del conservadurismo moderno que resultó ser un bobo de carácter débil, cobarde, pérfido y narcisista.»

–Sí, en ese caso supongo que me pagaban el artículo por palabras.

–Lo importante es –dijo Nigel– que estás equivocado. Cuando con el tiempo se eche la vista atrás, los años de Cameron se verán como una época dorada. Te lo digo convencido.

–¿En serio?

–Ha sido un radical. Un modernizador. Un hombre con una visión. Un hombre con una enorme valentía personal y moral.

–¿Fue valiente al dimitir un día después del referéndum y dejar que otros solucionaran el lío que dejó?

–Eso demostró que era un hombre de principios. Un hombre que cumple lo prometido.

–Pero prometió no dimitir si perdía la votación.

–Y un hombre preparado para cambiar de parecer cuando las circunstancias lo requerían.

Nigel hablaba de un modo apasionado. Doug de pronto sintió lástima por él.

–¿Sigues en contacto con él?

–No me gusta hacerme pesado –respondió Nigel–. No creo que deba molestarlo. Dave se ha convertido en una persona muy diferente desde que dimitió. Muy humilde. Contemplativo. Se dio cuenta de que había llegado el momento de tomar grandes decisiones en su vida.

–¿Como por ejemplo?

–Bueno, por ejemplo comprarse una caseta de jardín.

–Ah, sí. Leí lo de la caseta de jardín.

–Comprarse esa caseta para él era un paso muy importante. No te puedes imaginar lo mucho que lo ha cambiado.

–No me sorprende. Costaba veinticinco mil libras. Espero que fuese una caseta fantástica.

–Douglas –dijo Nigel, lanzándole una mirada solemne–, es una caseta preciosa. Y lo que hace Dave en ella es también precioso.

–¿Y es...?

–Escribe sus memorias. La historia del referéndum. La verdadera historia del referéndum. Va a ser un auténtico regalo para el mundo.

–¿Un regalo? ¿Quieres decir que no va a cobrar nada por estas memorias?

Nigel sonrió. Por un momento pareció dispuesto a reaccionar una vez más a la provocación de Doug, pero ya no parecía interesado en ese juego.

–He leído que ya ha estado dando conferencias sobre el tema en Estados Unidos. Cobrando ciento veinte mil dólares la hora, según dicen los periódicos.

–Tú mejor que nadie, Douglas, deberías saber que muy pocas de las cosas que se publican en los periódicos británicos son ciertas. Siendo yo mismo alguien que se ha pasado años alimentando a esos periódicos de historias, sé perfectamente de qué hablo.

Doug pensó que en el pasado Nigel solía soltar ese tipo de afirmaciones como si fuese del todo inconsciente de lo autoincriminatorias que sonaban; ahora hablaba con el tono de alguien que no hacía otra cosa que verbalizar una triste verdad. Tal vez se le pudieran sacar más revelaciones mientras siguiera en ese estado confesional. Era la primera vez que se encontraban desde que Theresa May se había convertido en primera ministra en el caótico despertar tras el referéndum. Pocos periodistas habían logrado descifrarla durante su mandato, poca gente había sido capaz de entender cómo alguien que estaba a favor de la permanencia del Reino Unido en la Unión Europea había sido capaz de dar un giro de ciento ochenta grados sin despeinarse y asumir la tarea de conducir al país hacia el Brexit. ¿Podía ser esa la ocasión propicia para acercarse al corazón de ese misterio?

Doug se inclinó hacia delante.

–Vamos, Nigel..., un último favor. Dime cómo es. Dime cómo es de verdad.

Nigel lo miró desconcertado.

–¿Cómo es qué?

–Trabajar para Theresa. ¿Cómo es ella? Es un auténtico enigma. Ninguno de nosotros es capaz de dilucidar qué pretende de verdad, o qué piensa de verdad, o en qué cree de verdad.

La actitud de Nigel cambió de golpe ante esa pregunta. De pronto volvió a su antigua pose reservada y misteriosa.

–Theresa es... muy diferente de Dave –dijo.

–¿Y...?

–Diría que es una mujer... con muchas contradicciones.

–¿Como por ejemplo?

–Bueno, es muy ambiciosa, pero bastante cauta. Tiene claro lo que piensa, pero depende mucho de sus asesores. Cree en un liderazgo fuerte, pero también en seguir la voluntad del pueblo.

–Ah, «la voluntad del pueblo». Me preguntaba cuánto iba a tardar en aparecer esta frase.

–Últimamente se oye mucho en la sede central del partido. Muchísimo.

De nuevo tenía un aire deprimido. Doug aprovechó la oportunidad para preguntarle:

–Y entonces, ¿cómo está la moral? En general.

–La moral está... absolutamente por las nubes –dijo Nigel, tragando saliva–. Es obvio que vivimos un momento fascinante, Gran Bretaña está en un punto decisivo, y estamos en el mismísimo epicentro... de..., en el epicentro del torbellino que... va a transformar la realidad política de lo que sin duda es un... movimiento sísmico en el que... las placas tectónicas de nuestra historia nacional se están deslizando en una dirección... que va a generar un cambio, y poder ser testigo de esto es...

De pronto se calló. Se le oscureció la mirada. Dejó caer los hombros. Bajó la mirada y la concentró en la superficie espumosa de su café durante un minuto o más. Volvió a alzarla y las siguientes palabras que pronunció fueron las más sinceras que Doug había oído jamás brotar de sus labios.

–Estamos jodidos.

–¿Disculpa?

–Estamos absoluta e irremediabilmente jodidos. Es el caos. Todos corretean de un lado a otro como pollos sin cabeza. Nadie tiene la más remota idea de qué hacer. Estamos muy, pero que muy jodidos.

Doug sacó al instante el móvil y empezó a grabar una memoria de voz.

–¿Esto es publicable? –preguntó.

–¿Qué más da? Estamos jodidos, así que ¿qué más da?

–¿A qué tipo de caos te refieres? ¿Quién corretea como un pollo sin cabeza?

–Todo tipo de gente. Todo el mundo. Nadie se esperaba esto. Nadie estaba preparado para esto. Nadie sabe lo que es el Brexit. Nadie sabe cómo se lleva a cabo. Hace año y medio todos lo llamaban Brixit. Nadie sabe lo que significa el Brexit.

–Pensaba que Brexit significaba Brexit.

–Muy gracioso. ¿Y qué tipo de Brexit va a ser?

–«Un Brexit rojo, blanco y azul» –citó Doug, pero de pronto sintió lástima por él, porque se lo veía hundido–. Pero deben contar con un montón de asesores políticos..., de expertos...

–¿Expertos? –preguntó Nigel con amargura–. Ya no creemos en los expertos, ¿recuerdas? Es una cadena de mando muy simple. Todo el mundo recibe instrucciones de Theresa, y ella recibe las instrucciones del *Daily Mail*. Ellos y un par de *think tanks* tan chiflados por el libre mercado que no les dejarías...

–Esos *think tanks*... –quiso saber Doug, muy interesado–, uno de ellos no será la Fundación Imperium, ¿verdad?

–Oh, Dios –respondió Nigel, llevándose las manos a la cabeza–. Tenemos a

estos tíos todo el día encima. Vienen para mantener reuniones. Nos bombardean con hojas de cálculo. Olvídate de la voluntad de la gente. Estos son los lunáticos que se han hecho dueños de la situación.

–¿Crees que Cameron hubiera sabido pararles los pies mejor?

–¿Cameron? –dijo Nigel, y su cara se retorció en una mueca–. Vaya soplapollas. Vaya pedazo de mamón de primera magnitud. Ahí lo tienes escribiendo sus memorias en la puta caseta de jardín. Mira el desaguisado que nos ha dejado. Todo el mundo se lanza al cuello del vecino. A los extranjeros los insultan por la calle. Los agreden en el autobús y les dicen que se vuelvan a su país. A todo el que no obedece a ciegas se le llama traidor y enemigo del pueblo. Cameron ha destrozado este país, Doug. ¡Lo ha destrozado y se ha largado!

Por la pinta que tienes, también te ha destrozado a ti, pensó Doug, mientras sacaba del bolsillo un kleenex y se lo ofrecía a Nigel, que se secó los ojos con él. Mientras lo hacía, le temblaban las manos.

No estaba seguro de si era el momento adecuado para pedirle un favor, pero sabedor de que difícilmente se le iba a presentar otra oportunidad, Doug dijo con tono relajado:

–Supongo que no tendrás ningún papel sobre esa gente, ¿verdad? Los de la Fundación Imperium. ¿Nada que pudieras enseñarme?

La expresión de Nigel era inescrutable cuando respondió:

–¿Filtrar documentos confidenciales? ¿Es esto lo que me estás pidiendo?

Doug desvió la mirada, avergonzado, y cambió de tema de inmediato.

–En cualquier caso –dijo–, entiendo que quieras dejar atrás todo esto. Estoy seguro de que encontrarás otra cosa que te satisfaga, ¿tal vez las relaciones públicas o la publicidad? ¿El marketing, cursos para formar a comunicadores o alguna cosa por el estilo?

En el rostro de Nigel empezó a producirse un cambio inquietante. Sus ojos volvieron a resplandecer, esta vez parecía que con un aire risueño. Doug creyó entrever el esbozo de una sonrisa formándose en la comisura de sus labios.

–¿Qué pasa? –dijo–. Son buenas sugerencias, ¿no crees?

Nigel negó con un movimiento lento de la cabeza.

–Se me acaba de ocurrir una mucho mejor.

–¿Me la vas a contar? –le preguntó Doug.

Nigel miró a izquierda y derecha, después hacia atrás, se inclinó hasta quedar casi pegado a la cara de Doug y dijo:

–Voy a viajar por el mundo. –Y justo cuando Doug estaba a punto de asentir y

decir «Suena bien», añadió, con un inexplicable tono triunfal—: ¡... *en un globo aerostático!*

Al comprobar que había dejado a su amigo en un silencio boquiabierto, Nigel se levantó y empezó a declamar, primero para Doug y después también para los perplejos clientes del café:

—¡Oh, sí! ¡Esto es vida para mí! ¡Sobrevolar las soberbias cumbres de los Pirineos franceses! ¡Seguir el curso del Ganges en su descenso majestuoso hacia el golfo de Bengala! —Empezó a contonearse con cierta dificultad con su abrigo, esforzándose por meter los brazos en las mangas vueltas—. ¡Se acabó lo de mentir a los periódicos! ¡Se acabó lo de soltar la mierda que a los políticos les da demasiada vergüenza decir ellos mismos! ¡Soy libre! ¡Libre para elevarme por los cielos como un pájaro!

Mientras el resto de la clientela observaba con creciente inquietud, Nigel abrió con ímpetu la puerta del café y salió a la calle. Doug trató de decirle adiós con la mano, pero Nigel ya no miraba. La última visión que tuvo Doug de quien había sido durante años su fuente fiable fue una silueta convulsa y revoloteante que se alejaba a grandes zancadas, con los brazos todavía pegados al pecho, atrapados en el empeño de deslizarse por las mangas del recalcitrante abrigo. Por alguna razón —¿quién sabe por qué?— la imagen que le vino a la cabeza fue la de una camisa de fuerza.

Octubre de 2017

¿Ben?...

... momentos en la vida que valen un mundo, sí, recuerdo esta frase, es de una novela de Fielding, *Amelia*, la que nadie ha leído, nadie excepto yo, claro, y por supuesto tiene un sentido irónico, está mofándose del personaje que la dice, porque Fielding era todo lo contrario de un sentimental, pero aun así hay algo maravilloso en esta frase, algo muy conmovedor, pero lo que empiezo a preguntarme, a medida que me hago viejo, es si estos momentos solo les son obsequiados a los jóvenes, si es un tipo de cosa que uno solo experimenta en la infancia o en la primera juventud, o tal vez como máximo durante la adolescencia, que en mi caso es probable que durara mucho más, de hecho puede que todavía no haya salido de ella, mejor no especular acerca de esto, mejor no meternos en este jardín, pero la pregunta hay que hacerla, ¿voy a volver a experimentar de nuevo alguno de esos momentos, algo que iguale, por ejemplo, a la mañana después de que Cicely y yo nos acostáramos por primera vez, cuando me senté en The Grapevine y me terminé la cerveza solo y me pasaron por la cabeza montones de pensamientos? y, si echo la vista atrás, esa debió ser mi cima de felicidad, sin duda la cima de mi felicidad con ella, porque después de eso no la vi durante Dios sabe cuántos años, pero ¿fue también la cima de mi felicidad en general?, ¿alguna vez he sido más feliz en mi vida de lo que lo fui en ese momento?, en otras palabras, ¿llegué a la cumbre a los dieciocho años?, esta es la pregunta clave, pero tal vez la cosa sea más complicada, tenga más matices, porque existen diferentes tipos de felicidad, ¿no es así?, hay tipos de felicidad que tal vez no sean tan intensos, pero que calan más hondo y duran más, y tal vez sea esto lo que siento ahora, en el jardín interior del Balliol College, mirando a través del césped para jugar al cróquet hacia la escalera de mi antigua habitación y pensando: De acuerdo, tengo cincuenta y siete años, pero es probable que los últimos años hayan sido los mejores de mi vida: viviendo solo, cómodamente, recibiendo visitas de amigos, sin estar obsesionado con Cicely, consiguiendo que me publicaran el libro, que fuera seleccionado para el premio, y después recibiendo valoraciones de lectores, de auténticos lectores

que me escribían cartas y emails y se acercaban a mí en los eventos; la emoción de saber que hay personas, aunque sean solo un puñado, a las que les ha emocionado lo que escribí, y después la extraña situación de volver a encontrarme con Jennifer, y la situación todavía más extraña de acabar saliendo con ella, no, no puedes expresarlo así cuando eres un cincuentón, de acabar manteniendo una relación con ella, aunque haya sido una relación un poco rara, no diría que los sentimientos hacia el otro hayan sido muy intensos por ninguna de las partes, yo llegué a pensar que en una ocasión ella había dicho que me amaba, pero ahora me doy cuenta de que eso fue un malentendido, y además hay un pequeño inconveniente, y es el hecho de que es muy probable que se esté acostando con alguien más, con ese tío llamado Robert, pero lo raro es que no me preocupa lo más mínimo, no quiero pasar todo mi tiempo con ella, es agradable verla de vez en cuando, y el sexo es satisfactorio, más que bueno, incluso estupendo, lo que quiero decir es que, por Dios, ¿quién hubiera pensado que disfrutaría del mejor sexo de mi vida a los cincuenta y siete años?, uno nunca deja de sorprenderse, pero de todos modos, ¿qué más da si la relación que mantengo con Jennifer no es del mismo estilo que, por ejemplo, la que Doug tiene con Gail?, eso sí, es fantástico verlos juntos, después de que él se pasara años persiguiendo a las mujeres pijas de Sloaney, parece que por fin ha encontrado a alguien que está en su longitud de onda, y eso demuestra que para enamorarte de alguien no tienes por qué compartir su ideología política, supongo que eso es lo que pensé en su día de Sophie e Ian, pero lo suyo se fue a pique, en su caso esta teoría no parece haber funcionado en absoluto, aunque tal vez las diferencias entre ellos fueran ya muy profundas, o acaso hubiese otras cosas por medio que nunca sabremos, en cualquier caso, es una verdadera pena que se hayan separado, sé lo mucho que Sophie deseaba que eso funcionara, y me preocupa ella, que está sola, con la sensación de que todas sus relaciones sentimentales acaban mal, pero seguro que alguien como ella no tardará mucho tiempo en encontrar a alguien, es una mujer fuerte, eso es indudable, ha superado todos esos problemas en el trabajo, que es probable que a muchos otros los hubieran acabado hundiendo, pero Sophie es una roca, lo superó, y si algo no le perdono a Doug es que en el fondo no moviese un dedo para ayudarla en ese asunto, debería haberse esforzado más con Coriander, queda muy bien decir que nunca le escucha, pero es su hija, por el amor de Dios, tenía que haber un modo de convencerla, tenía que quedar algún canal de comunicación abierto, debería habérselo recordado la otra noche, ¿por qué nunca me enfrento a mis amigos en lo que creo que es importante?, siempre he actuado igual, soy un cobarde, en

muchos aspectos, un cobarde moral, pero por otro lado, si estás en casa de otras personas, si te han invitado y estás sentado a su mesa, comiendo la comida que te han preparado, resultaría un poco grosero ponerse a criticar sus capacidades parentales, sobre todo cuando Doug y Gail se volcaron tanto durante la cena en ayudarme con mi actual problema, que, después de todo, era un asunto demasiado aburrido para sacarlo a colación, no tenía planeado mencionarlo, no pretendía que todo el mundo tuviese que escucharme dando la matraca con el tema de que tengo que entregar mi nuevo libro en menos de seis meses y todavía no tengo ni la más remota idea de sobre qué voy a escribir, cualquier otro habría cambiado rápidamente de tema, pasado a otra cosa, pero no, ellos mostraron interés, o al menos lo fingieron, y de hecho la cosa derivó en una conversación muy interesante, o al menos a mí me lo pareció, una conversación sobre lo que un escritor debería o no debería hacer en un momento como este, si los escritores deberían tratar de mostrarse *engagés*, creo que la expresión francesa es esta, o es mejor para ellos convertirse en «emigrantes interiores», replegándose sobre sí mismos como un modo de huir de la realidad, pero no para simplemente fugarse de ella, sino para responder a ella, creando una realidad alternativa, algo sólido, reconfortante, y cuando mencioné esta idea, Doug se rió y dijo: Bueno, pues claro, eso es lo que has estado haciendo tú, ¿no es así, Ben?, esta actitud te describe a la perfección, y supongo que yo me refrené un poco, porque él lleva cuarenta años choteándose de mí por el hecho de que, a su entender, no me interesa nada la política, y desde luego no me interesa al nivel en que a él le apasiona, y, en mi opinión, Doug siempre ha estado un poco demasiado obsesionado con este tema, pero en cualquier caso esta vez decidí no entrar al trapo, de modo que dije que en realidad no quería que mi próximo libro fuese como el anterior, tan personal y autobiográfico, quería escribir algo de espectro más amplio, algo sobre el estado al que ha llegado este país en los últimos años, y Doug reflexionó durante un momento y después dijo: Perfecto, ¿y por qué no escribes sobre cuando conociste a Boris Johnson en Oxford?, y en un primer momento yo pensé que me estaba tomando el pelo otra vez, porque últimamente este episodio se ha convertido en una especie de chiste, el hecho de que durante unas tres semanas, en el otoño de 1983, compartiese pasillo con Boris Johnson en el Balliol College, y solíamos cruzarnos por el pasillo de camino al lavabo, de modo que dije: Vale, muy gracioso, pero Doug me aseguró que hablaba en serio y añadió: Piénsalo bien, en ese momento fuiste testigo del inicio de algo muy importante, el inicio de la época en que toda una generación de estudiantes conservadores se hicieron con el control de la Oxford Union y se hicieron

amigos –también rivales, claro está, pero básicamente amigosy escenificaban sus pequeñas rivalidades políticas en la sala de debate de la Oxford Union y debatían sobre temas como si Margaret Thatcher era el mejor primer ministro de todos los tiempos o si deberíamos o no permanecer en la Unión Europea, y obviamente muchos de ellos pasaron a formar parte del Club Bullingdon y, cuando no fingían dirigir el país en la sala de debates de la Oxford Union, estaban muy ocupados emborrachándose y destrozando restaurantes con la seguridad de que sus padres pagarían la cuenta, y míralos, treinta años más tarde, David Cameron, que estuvo en Oxford en los ochenta, Michael Gove, que estuvo en Oxford en los ochenta, Jeremy Hunt, que estuvo en Oxford en los ochenta, George Osborne, que estuvo en Oxford un poco después, todos estos gilipollas (el término es de Doug, no mío) que eran amigotes, todos estos mamones petulantes y clasistas (la frase es de Doug, no mía) de pronto estaban dirigiendo el país, y seguían dando empujones para ganar poder y manteniendo sus patéticos debates, pero en lugar de hacerlo en la Oxford Union ahora lo hacían en el escenario nacional y todos nosotros veíamos cómo nuestras vidas eran manipuladas y redirigidas por esta gente y sus estúpidas luchas intestinas, tanto si los habíamos votado como si no, y vaya si no era un buen tema para una novela, y, claro, Gail estaba un poco horrorizada porque Doug estaba hablando de algunos de sus colegas, pero se lo tomó bien e incluso no me sorprendería que estuviese de acuerdo en muchas cosas, y aunque en aquel momento yo me mostré muy escéptico, después le di unas cuantas vueltas durante un tiempo y el resultado es que aquí estoy, unos días después, de regreso en Oxford, una ciudad a la que he evitado regresar unas cuantas veces desde que estudié aquí, aunque ahora, claro está, mi hermana vive aquí, porque al final ha dejado a Chris y se ha alquilado un estudio en algún punto de Cowley Road y hoy he quedado con ella, de hecho debería aparecer en cualquier momento, y debo decir que regresar aquí ha sido de momento una experiencia peculiar, supongo que podríamos describirla como agridulce, porque hay algo distintivo de esta ciudad, algo en el modo en que se entremezclan pasado y presente, que no recuerdo haber encontrado en ningún otro sitio, supongo que tiene que ver con cómo las cadenas de tiendas, de restaurantes y de cafeterías desplegadas por todo el país hacen que todas las ciudades tengan el mismo aspecto, y en cambio aquí los han embutido bien camuflados en viejos edificios que son tan bonitos, tan antiguos, tienen tanta historia, que crean el aroma extraño y complejo que tiene esta ciudad, de modo que sí, esta es la ciudad perfecta para venir y rendirte a tus recuerdos, para dejar que el pasado invada el presente, y esto es lo que he estado haciendo hasta

ahora esta tarde, y además le sienta bien el otoño, la estación en que todo se atenúa y decae, o al menos así es como la ve la mayoría de la gente, pero aquí en Oxford, si eres académico, esta época es la de la renovación, el inicio del nuevo año, un periodo de sueños y posibilidades, y aquí plantado, en el jardín interior, contemplando, detrás del césped del campo de cróquet, mi antigua escalera, esto es lo que siento, al menos el despertar, el despertar de la creatividad, aunque no creo que la lleve en la dirección que Doug me sugirió, este tipo de cosas no son para mí, si alguien va a escribir un libro sobre cómo el país sigue gobernado por un puñado de niños ricos que estudiaron en colegios privados y echaron los dientes en Oxford, ese debería ser él, yo tengo que escribir algo más personal, «escribe sobre lo que conoces», ¿no es este el primer y más obvio consejo que recibe un joven escritor?, aunque no pretendo aplicarlo de un modo literal, no voy a escribir un libro sobre un viejo, bueno, tampoco tan viejo, pero sí un hombre que empieza a sentir que se está acercando ya a esta etapa, un viejo plantado en un jardín de Oxford rememorando sus años estudiantiles y preguntándose *où sont les neiges d'antan?*, o algo por el estilo, tengo que despegarme un poco de mi propia experiencia, de modo que voy a centrarme en..., sí, ¡en Charlie!, la historia de Charlie Chappell y su rivalidad cargada de resentimiento con Duncan Field, y cómo se las ha arreglado para acabar en la cárcel, aunque, claro, cambiaré los nombres y algunos detalles, pero creo que aquí tengo algo, esa historia da para un libro, y si no es así, bueno, entonces es que tal vez no necesito escribir un segundo libro, tal vez mi historia con Cicely era la única historia que tenía que contar, y entonces no tendré otro remedio que devolver el anticipo y encontrar otra cosa a la que dedicarme, pero realmente debería hacer algo, no solo porque me estoy quedando sin dinero, sino porque últimamente no he hecho prácticamente nada, no he hecho lo que podríamos llamar una contribución significativa a la sociedad, desde hace al menos...

... ¡Benjamin!

Se volvió y vio a Lois plantada detrás de él.

—¿Que no me oyes? Llevo horas buscándote.

La primera semana de noviembre de 2017, Charlie fue a la casa del molino de Shropshire para hablar de la idea de Benjamin de escribir un libro sobre su historia.

Su breve temporada entre rejas había concluido en julio y ahora parecía más delgado y avejentado de lo que Benjamin recordaba, pero su jovialidad seguía intacta. Le habían prohibido de por vida trabajar ante niños en el Reino Unido y, pese a que la carrera como payaso se le había terminado, se lo veía muy entero. Ya saldría algo y, de forma sorprendente, esos tres meses a la sombra le habían sentado de maravilla. Había tenido tiempo para reflexionar y ya no se sentía corroído por la rabia y la amargura, como lo había estado durante tanto tiempo. Benjamin se dio cuenta de que, a ojos de Charlie, la vida era una sucesión de accidentes que no podían alterarse ni controlarse, de modo que lo único que uno podía hacer era aceptarlos y sacarles partido siempre que fuera posible. Pensó que era una manera sana de ver las cosas. Una manera que él nunca había logrado aplicar.

Charlie estaba entusiasmado ante la idea de ser inmortalizado en la próxima novela de Benjamin. Había traído consigo una carpeta llena de papeles que podían ayudarle a documentarse.

–Tomé un montón de notas –le explicó–, durante el juicio y después en la cárcel. También hace años que llevo, de manera discontinua, un diario.

–Genial –dijo Benjamin–. Esto me será muy útil. Pero obviamente tengo que contar la historia con mis propias palabras.

–Por supuesto –coincidió Charlie–. Lo entiendo. Pero ¿tal vez podría hacerte algunas sugerencias?

–Desde luego.

–Verás, si fuera yo quien escribiera el libro –le dijo Charlie, mientras buscaba una hoja en la carpeta–, empezaría con esto. Para captar el interés del lector.

Benjamin cogió el papel que le tendía y empezó a leer. Era un recorte de un periódico local, el *Bromsgrove Advertiser*, del 7 de septiembre de 2016.

–A modo de prólogo –añadió Charlie–, para explicar lo sucedido antes de rebobinar y explicar el origen de la historia.

Benjamin asintió.
–Suena bien –admitió.
El recorte decía:

LA GUERRA DE LOS PAYASOS

Niños aterrados fueron testigos de un espectáculo horripilante en una fiesta de cumpleaños un sábado por la tarde: una pelea a puñetazos entre dos animadores infantiles rivales.

El cómico al que todos los niños adoran, el Doctor Daredevil (cuyo verdadero nombre es Duncan Field), estaba interpretando su célebre espectáculo en la fiesta del noveno cumpleaños de Richard Parker en Alvechurch cuando su compañero de oficio el Barón Brainbox (cuyo verdadero nombre es Charlie Chappell) apareció en la misma fiesta. Al parecer había habido una duplicidad en la contratación.

Según los testigos, ambos se recluyeron en la cocina para solucionar el problema, pero a los pocos minutos se estaban agarrando por el cuello, literalmente. La diversión dio paso a una pelea a puñetazos y la policía se presentó rápidamente en el lugar de los hechos.

La madre de Richard, Susan Parker, ha declarado: «Fue horrible. Los niños se lo estaban pasando muy bien haciendo bombas fétidas y de repente la fiesta se convirtió en un caos. Los niños lloraban y, antes de que yo entendiese qué pasaba, dos de mis sillas de cocina estaban rotas y varias piezas de mi mejor vajilla estaban hechas añicos.»

Después, el señor Field, que tenía la mandíbula dislocada, entre otras heridas, comentó: «Ha sido una agresión brutal y sin mediar provocación alguna, perpetrada por alguien que tiene celos profesionales de mi éxito. Les aseguro que presentaré una denuncia y lucharé para que caiga sobre él todo el peso de la ley.»

El señor Chappell declaró que la trifulca no tenía nada que ver con rivalidades profesionales y lo atribuyó a «una discusión sobre el Brexit». De momento ha quedado arrestado.

¿O deberíamos decir... entartado?

Benjamin hizo una mueca cuando leyó la última línea.

–Uf..., el chistecito final deberían haberlo trabajado un poco más.

–Desde luego. ¿Qué te parecería reproducir el recorte tal cual, como arranque de la historia?

–Creo que es una gran idea.

–Y entonces haces un flashback que cuente la historia de cómo conocí a Yasmin y a Aneeqa, y cómo Duncan y yo empezamos a detestarnos mutuamente.

–Sí, lo veo. Empezaría con el encuentro en la juguetería.

–Exacto.

Benjamin empezó a anotar algo en su cuaderno, pero se detuvo y se llevó el bolígrafo a la boca.

–¿Qué crees que era lo que tenía de especial Aneeqa que hizo que establecieses esa conexión con ella? ¿Podrías explicarlo?

–Espera –dijo Charlie, y de nuevo se puso a rebuscar en la carpeta–. Escribí algo sobre eso en mi diario. Esto es de... –sacó unas gafas del bolsillo de la

camisa y con ellas revisó los garabatos del manuscrito—... 2015. ¿Te parece bien que te lo lea en voz alta?

—Adelante —dijo Benjamin, poniéndose cómodo.

—De acuerdo —Charlie se aclaró la garganta y leyó:

«Mañana cumple dieciocho. Tal vez sea porque no tengo hijos por lo que he empezado a pensar en ella como si fuera mi hija. Tal vez sea porque he empezado a pensar en ella como si fuera mi hija por lo que Yasmin se siente tan celosa cuando nos ve juntos, y no es capaz de disimularlo. No es un tema sobre el que podamos tener una conversación. Si algo he descubierto a lo largo de estos últimos años es que, por buenas intenciones que tengas, no hay ninguna manera delicada de decirle a una mujer que subestima a su hija.

»Son las tres de un soleado domingo de septiembre y ella está sentada en el jardín. El sol, filtrado por las ramas del zumaque, le da en la cara y crea formas oscilantes y danzarinas en su cabello, suavizando su negrura y rodeándolo de un halo de luz, añadiendo pinceladas de marrón oscuro y claro, oscuro como el tocador de caoba del antiguo dormitorio de mamá, pálido como la arena de una playa durante la marea baja en una de aquellas vacaciones veraniegas que hace mucho que he olvidado.»

—Es precioso —se sintió impulsado a decirle Benjamin, mientras Charlie hacía una pausa para tomar aliento.

«Está leyendo un libro de poemas de Lorca en español. Cómo adoro oírle hablar en español, le pido que me lea algunos versos. Ella me lee: “Por las ramas indecisas iba una doncella que era la vida. Por las ramas indecisas. Con un espejito reflejaba el día que era un resplandor de su frente limpia.”»⁵ Su voz produce una extraña música, extraña porque desaparece su acento habitual, ese acento que la ata a Birmingham, su hogar, y el acento que lo sustituye es diferente, desconocido, a mí me suena exótico y hermoso. Le pido que me traduzca los versos y ella al principio frunce el ceño, se toma su tiempo para pensárselo y al final me dice: “Por las ramas indecisas, iba una chica que era la vida. Por las ramas indecisas. Con un espejito reflejaba el día que era un resplandor de su frente limpia.”

»Después no me quito estos versos de la cabeza. “Una chica que era la vida.” Así es exactamente como veo a Aneeqa. Veo a la mujer en la que se convertirá cuando deje esta casa, cuando se aleje de su madre, se aleje de esta ciudad y cumpla su sueño de libertad. Libertad para vivir donde quiera, para estar donde quiera, para hablar los idiomas que le gustan. Veo a esta hermosa chica musulmana, hija de padres paquistaníes, viviendo en Sevilla o en Granada o en

Córdoba, hablando su español perfecto, y veo el brillante futuro que tenemos por delante, si eso es lo que elegimos: convertirnos en personas que ya no están inmovilizadas por las estrechas y restrictivas ataduras de la sangre, la religión o la nacionalidad. Para mí ella es un símbolo del futuro. Pero al mismo tiempo no quiero subestimarla, reducirla a un símbolo, porque es algo mucho más importante que eso: un ser humano, una persona que piensa, siente y ama, libre de tomar sus propias decisiones y de seguir su propio camino, que no tiene que rendir cuentas ante nadie. Como la chica del poema. Una mujer que “con un espejito reflejaba el día que era un resplandor de su frente limpia”.»

Charlie dejó el diario y se quitó las gafas. La voz se le había ralentizado y le había flaqueado por la emoción al leer las últimas palabras.

–Joder, Charlie –dijo Benjamin, tras un breve silencio–. Es precioso. No me imaginaba que pudieras... Quiero decir que no me esperaba... ¿Dónde aprendiste a escribir así?

Charlie se encogió de hombros.

–Tal vez sea porque siempre he leído un montón de libros. Desde que era un crío. ¿Por qué me lo dices? ¿Crees que está bien?

–Creo que es brillante. Conmovedor. Me pregunto qué opinaría ella si lo leyese.

–Dudo que lo haga alguna vez.

–Bueno, ¿te importaría..., te importaría que lo incorporase al libro, tal como lo has escrito?

Charlie sonrió.

–No, claro que no, colega. Todo esto es para ti. Haz con ello lo que quieras.

Ya era casi la una, de modo que fueron a la cocina para comer algo. Lois había ido de visita el fin de semana; desde su separación de Christopher se había obsesionado un poco con el arte culinario y como la cocina de Benjamin era mucho más grande que la que ella tenía en el estudio de Oxford, empezó a visitarlo cada vez que podía. Ahora la nevera y el congelador estaban a rebosar de las sopas y guisos de Lois. Benjamin llenó dos cuencos de lentejas especiadas y sopa de tomate y, mientras cortaba unas rebanadas de pan integral con semillas (que también había horneado su hermana), le preguntó a Charlie:

–¿Y cómo le va en la universidad?

–Creo que muy bien. Está sacando buenas notas en todo. Y va a pasar los próximos años en España.

–Fantástico. ¿Y sus veleidades artísticas?

–Sí, todavía sigue haciendo alguna cosa. Ayudó a diseñar un mural o algo

parecido para el sindicato de estudiantes. ¿Sabes?, creo que esto es lo que la mantuvo cuerda durante todo el tiempo que estuvo viviendo con su madre; si tienes un talento como el de ella, te puede ayudar en otros campos, ¿no crees? Con la rabia y la frustración y este tipo de cosas. Te proporciona un modo de canalizarlo. Esto es lo que necesito yo. Siempre será mejor que liarse a puñetazos con la gente. Aunque ese cabrón se lo mereciera.

–¿Estás ya preparado para contarme lo que sucedió?

–Primero comamos –dijo Charlie.

Se dispusieron a escuchar las noticias en Radio Cuatro. La que abría el noticiario era sobre la gira asiática de Trump, que acababa de aterrizar en Corea del Sur y de momento había logrado no generar ningún incidente diplomático, aunque, como de costumbre, el presidente parecía encantado de mantener en vilo a la audiencia global, que esperaba conteniendo la respiración la nueva provocación calculada o un accidental paso en falso que pudiera precipitar el mundo al caos. A los pocos segundos, Benjamin estuvo a punto de cambiar a Radio Tres, pero se contuvo: No, pensó, este es el tipo de cosa que haría el antiguo Benjamin, el de antes del referéndum, el de antes de la elección de Donald Trump. El mundo estaba cambiando, las cosas se descontrolaban de maneras impredecibles y era importante mantenerse informado, formarse una opinión. Él y Charlie escucharon en atento silencio durante uno o dos minutos.

De pronto Benjamin dijo:

–No me gusta Trump, ¿y a ti?

–Tampoco –respondió Charlie–. No soporto a ese tío.

Benjamin asintió. Descartada la discusión política, siguió su instinto inicial y cambió de emisora y aparecieron los primeros compases del quinteto de clarinete de Brahms. Fue un relajado acompañamiento para el resto de la comida.

De vuelta en la sala de estar, él y Charlie volvieron a sentarse cara a cara y Benjamin dijo:

–Bueno, ya no lo podemos posponer más. Tengo que preguntártelo, ¿qué te pasó por la cabeza ese día? ¿Por qué tanta violencia? ¿Cuál fue la gota que colmó el vaso?

–Muchos compañeros en la cárcel me lo preguntaron –dijo Charlie, mientras se ponía a rebuscar de nuevo en la carpeta–. Tenían la impresión de que, en el fondo, yo era una persona pacífica, de manera que para intentar explicarlo, a ellos y a mí mismo...

–¿... escribiste algo sobre el tema?

–Pues resulta que sí, en efecto escribí sobre ello.

Había sacado dos o tres hojas de papel y de nuevo estaba cogiendo las gafas del bolsillo.

–Parece que en los últimos tiempos te ha entrado el gusanillo de escribir.

–Ben, si te soy sincero, fue tu libro el que me inspiró –le confesó–. Todo el mérito es tuyo.

–No digas tonterías –replicó Benjamin–. Vamos. Escuchemos lo que escribiste.

Charlie se inclinó hacia delante, se aclaró la garganta y empezó a leer:

«Diecisiete de septiembre de 2016.

»Llegué a la casa con diez minutos de antelación.

»Llamémoslo mi pesimismo natural, llamémoslo intuición profesional, pero tuve la extraña sensación de que ese día Daredevil había llegado allí antes que yo. Ya había sucedido en dos o tres ocasiones que me había hackeado el email, había cancelado una de mis contrataciones y se la había adjudicado él. Yo, por supuesto, se lo había echado en cara, pero él lo negaba con cara de no entender de qué le hablaba. Pero hoy no iba a permitir que se saliera con la suya. En cuanto vi el infame Vauxhall gris aparcado en el camino de acceso junto a los coches de los padres, supe que hoy iba a ser el tantas veces pospuesto día de la confrontación. Notaba cómo en mi interior bullía una creciente ira, pero estaba decidido a mantener la calma y la dignidad, pese a que ya llevara puesto el disfraz; os sorprendería cuánta gente no te toma en serio si llevas un traje de tweed varias tallas más pequeño, un birrete multicolor y una bola roja en la nariz.

»Pulsé el timbre de la entrada y debo admitir que, cuando la madre del niño del cumpleaños me abrió, no me entretuve con cortesías. “¿Dónde está?”, pregunté, echándola a un lado para poder pasar. Fui directo al salón y allí estaba Daredevil, rodeado de un grupo de niños con pinta de aburridos ante sus viejos trucos; lo cual es literal, porque lleva unos quince años repitiendo la misma actuación; lo agarré por las solapas de su estúpido abrigo blanco y, tratando de mantenerme dentro del personaje todo el rato, le dije: “Maldito gallina, tío podrido, ¿qué diantres crees que estás haciendo?”

»Varios niños rompieron a reír, ya que sin duda mi aparición era lo más divertido que habían presenciado durante los últimos diez minutos y debieron pensar que estaban asistiendo al inicio de una nueva actuación en pareja. Pero Daredevil no estaba de humor para seguirme el juego. “¡Vete a la mierda, Brainbox!”, dijo, con tal agresividad que incluso esos niños alhelados debieron darse cuenta de que no formaba parte del guión de un espectáculo infantil, pese a

lo cual les hizo reír. “¡Eh!”, le dije, tirando de él hacia mí. “Cuida tu lenguaje, maléfico berzotas, hay niños en la sala.”

»—¿Qué haces aquí? —me preguntó.

»—Este es mi bolo, lo sabes perfectamente.

»—No sé de qué me hablas. Lárgate. Estás haciendo el payaso.

»—Querrás decir que debería estar haciendo el payaso. Deberían pagarme por hacer el payaso. Es lo que hago para ganarme la vida. Pero cada vez que alguien me contrata, apareces tú y te plantas por medio.

»—¿Quieres largarte de una vez? Estos jovencitos están esperando para poder pasárselo bien.

»—Pues van a tener que esperar muchísimo si eres su única opción.

»Eso lo sacó de quicio.

»—Muy bien —dijo—. Vamos a arreglar esto fuera.

»Salimos del salón, pero solo habíamos llegado a la cocina cuando se me encaró. Se quitó el gorro de piloto de la Segunda Guerra Mundial y yo, el birrete. Agarró mi nariz roja y la lanzó a la otra punta de la habitación. Por pura chiripa cayó justo dentro de un bote vacío de mermelada y repiqueteó hasta detenerse. Ambos nos la quedamos mirando.

»—Joder —dijo—. Esto ha sido brillante. Apuesto a que no serías capaz de volver a hacerlo.

»De algún modo, el curioso incidente apaciguó la tensión. Al menos, por su lado.

»—Escucha, Charlie —dijo, extendiendo los brazos y tratando de sonar conciliador—, ¿por qué tenemos que estar siempre peleándonos?

»—No lo sé..., ¿porque nos odiamos?

»—Charlie, yo no te odio. No soy una persona malintencionada. De hecho, soy todo lo contrario. Me das lástima.

»Yo repliqué en voz baja:

»—¿Ah, sí?

»En el fondo eres un buen tío. Cualquiera lo puede ver. Pero tienes la mala pata de ser uno de esos. Ya sabes..., un perdedor.

»Tomé aire y le dejé continuar.

»—Alguien que va a estar siempre en el lado de los perdedores, ¿no tengo razón? Quieres ser tan popular entre los críos como yo, pero no hay manera. No sé por qué, pero no les gustas tanto. Es una de esas cosas inexplicables. Tal vez sea que ellos también perciben que eres un perdedor. Tal vez lo huelan. Piénsalo. En realidad no tienes familia. En realidad no tienes un hogar. La mitad de las

noches duermes en tu coche. En el instituto tu hija nunca ha sido tan popular como la mía.

»—No es mi hija —dije.

»—Oh, es cierto, lo había olvidado. Siempre acabo creyendo que es tu hija por lo unido que estás a ella. Pero supongo que debe haber algo más que explique esta actitud. Quién sabe, ¿eh, Charlie? Tal vez sea mejor no adentrarse demasiado por ahí...

»Yo empezaba a cerrar la mano derecha en un puño. La tentación de lanzarla a un súbito y demoledor choque contra su cara iba en aumento. Pero algo me retenía, la certeza de que, si lo hacía, Duncan habría ganado.

»Krystal y Neeqs nunca se han llevado bien, ¿verdad? La realidad es que ganadores y perdedores rara vez congenian. Forman parte de especies diferentes. Una es fuerte y la otra débil. ¿Sabes lo que jamás ha hecho Krystal, ni siquiera cuando era un bebé? Llorar. Ella nunca llora.

»Ya empezaba a vislumbrar adónde pretendía llegar.

»—Por cierto, ¿Neeqs ha entrado en la universidad?

»Asentí.

»Lo suyo era el español, ¿verdad?

»Asentí de nuevo.

»—Supongo que le habrá fastidiado un poco el resultado del referéndum.

»No le respondí.

»—Krystal me dijo que a la mañana siguiente la vio llorando por el resultado. ¡Llorando por eso en el instituto! ¿No lo sabías?

»—No me sorprende —le respondí—. Siempre se ha sentido muy europea. Siempre ha pensado que podía acabar trabajando en algún sitio como España. Ahora todo esto va a resultar mucho más complicado.

»—Como ya he dicho —reiteró Duncan con insidia—, ganadores y perdedores.

»—Excepto en este caso —dije—. Porque Krystal también ha perdido.

»Frunció el ceño.

»—¿Qué quieres decir?

»—Quiero decir que todo lo que Aneeqa ha perdido por el resultado de esa votación, también lo ha perdido Krystal. Eso afectará a todos los jóvenes.

»Y en ese momento Duncan mostró una de las sonrisas más pérfidas que he visto en mi vida y dijo:

»—Ah, no..., para nada. A Krystal esto no le afecta. Resulta que mi padre es irlandés. —Siguió riéndose provocadoramente—. ¿No lo sabías? Oh, sí. Todos pedimos la nacionalidad irlandesa. La semana pasada nos llegó la notificación de

que nos la habían concedido. Tenemos los pasaportes y todo lo necesario. Estamos todos cubiertos. Para Krystal nada va a cambiar. Será ciudadana de la UE hasta que se muera. –Me contempló allí plantado, boquiabierto–. Yo no habría votado por la salida si eso significara quitarle oportunidades a mi propia hija, ¿cómo iba a hacerlo?

»Se metió las manos en los bolsillos de su batín de médico y se mantuvo a cierta distancia de mí, a la espera de mi respuesta. Retrospectivamente, tengo que quitarme el sombrero por él. De todo lo que hubiera podido decir para sacarme de mis casillas, esa era la munición más mortífera. Directo a mis puntos más débiles y vulnerables. Se las apañó para desplegar la más perfecta, más implacable, más dañina combinación de maldad, arrogancia e hipocresía, y mientras yo lo miraba, el odio acumulado durante años empezó a emerger y llegó al punto de ebullición.

»–En cualquier caso –dijo–, ¿por qué demonios hemos acabado hablando del Brexit? De todos los posibles temas por los que pelearse. Cualquiera pensaría que el país ha enloquecido. Vamos, me han dicho que en la nevera hay sidra. Bebamos y olvidemos nuestras dif...

»Supongo que iba a decir “diferencias”. Pero Duncan no pudo terminar la frase. Mi primer puñetazo le impactó en la mejilla izquierda cuando estaba a media palabra. Creo que debió ser el cuarto o el quinto el que le fracturó la mandíbula. Para entonces ya habíamos convertido la cocina en un caos. Lo primero que recuerdo después de eso es el sonido de las sirenas.»

Charlie dejó el manuscrito y se quitó las gafas.

–¿Y esto es exactamente lo que sucedió, palabra por palabra? –le preguntó Benjamin.

–Palabra por palabra. Supongo que la versión abreviada sería: Perdí el control. Infligí «daño corporal» y tuve que apechugar con la condena. Tal vez volvería a hacerlo, ¿quién sabe?

Volvió a guardar las hojas en la carpeta e intentó entregársela a Benjamin.

–En cualquier caso, aquí lo tienes. Todo tuyo. Si crees que da para un libro, haz con esto lo que quieras.

Benjamin negó con la cabeza y empujó con suavidad la carpeta hacia Charlie.

–A mí me parece que ya lo has escrito tú.

–¿Qué dices? Pero si esto son solo... textos inconexos. No hay nada que los cohesione, que los dote de sentido. No hay una estructura ni nada parecido.

–Para esto están los editores.

–No tengo un editor.

–Yo te haré de editor.

Esas palabras tardaron un poco en hacer efecto. Cuando lo hicieron, Charlie se sonrojó de gratitud. Demasiado emocionado para mirar a Benjamin a los ojos, dijo:

–¿Harías eso por mí?

–Por supuesto.

Charlie se levantó y le indicó a Benjamin que hiciera lo mismo. Quedaron cara a cara, en un momento cargado de emoción. Lo que vino a continuación fue una pequeña crisis de masculinidad en *petit comité*. Charlie tendió la mano y Benjamin se dispuso a dársela, pero Charlie ya estaba avanzando, de modo que Benjamin erró la distancia y acabó agarrándole la muñeca, y Charlie rodeó a Benjamin con la otra mano e intentaron abrazarse, mientras Charlie murmuraba algo sobre que no solo era su amigo más antiguo, sino su mejor amigo, el mejor amigo con el que podía soñar un hombre. Se mantuvieron así un rato, abrazados y dándose palmaditas en la espalda, y de pronto cayeron en la cuenta de que no sabían cómo cortar aquello y desengancharse, de modo que lo hicieron poco a poco y con mucha rigidez, y después, para huir de la situación, Benjamin decidió escabullirse a la cocina y dijo que iba a preparar café. Mientras salía de la habitación, Charlie le preguntó:

–Pero ¿y qué pasa con tu próximo libro? ¿Qué vas a hacer?

Benjamin pensó que eran buenas preguntas, todavía sin respuesta y fue probablemente en ese momento, en ese preciso instante (de eso se dio cuenta a posteriori), cuando le quedó clarísimo que el pozo de la creatividad se le había secado, que al contar la historia de su amor por Cicely había escrito la única historia que de verdad quería contar y que no volvería a escribir jamás. Pero lo que le dijo a Charlie fue:

–Oh, ya se me ocurrirá algo. Siempre acaba pasando.

Noviembre de 2017

El Reino Unido había votado. Había obligado a David Cameron a dimitir. Había dejado bien claro lo que pensaba de la Unión Europea. Y ahora, después de haber tomado esa decisión trascendental, ya no quería darle más vueltas al asunto, prefería volver a sus preocupaciones cotidianas y dejar el problema de cómo implementar la decisión a quienes tradicionalmente se habían encargado de esos menesteres: los gobernantes. En noviembre de 2017 el proyecto de ley de la salida de la Unión Europea pasó por el correspondiente comité de la Cámara de los Comunes. Varios diputados puñeteros habían presentado más de cuatrocientas enmiendas y nuevas cláusulas que había que debatir y después votar. Las enmiendas buscaban, sobre todo, evitar que el gobierno se arrogase demasiados nuevos poderes, pero había también un detalle del proyecto de ley al que los diputados rebeldes pusieron serias objeciones: la decisión de la primera ministra de poner una fecha límite (las once de la noche del 29 de marzo de 2019) para la salida del Reino Unido de Europa. «Es del todo innecesario», argumentó uno de ellos, «cerrarnos las opciones de un modo tan rotundo, cuando todavía no sabemos qué pasará, cuando es perfectamente posible que sea mutuamente beneficioso, para los europeos y para los británicos, prolongar un poco más las negociaciones para cerrar los acuerdos.» Pero ciertos sectores de la prensa, y ciertos sectores de la ciudadanía, no compraron este argumento. Estaban convencidos de que esos tories disconformes tenían otro objetivo, mucho más siniestro, en mente: hacer caso omiso del resultado del referéndum.

A Gail le costaba entender cómo esa fantasía popular había acabado calando. Ni siquiera su propia Asociación de Electores era inmune a esa fabulación, hasta el punto de que la tarde de un viernes del mes de noviembre se vio obligada a visitar al presidente, Dennis Bryars, para garantizarle que eso no era así. Se lo encontró dando de comer a sus cerdos.

–Tiene unos ejemplares espectaculares –dijo Gail, a la que no le gustaban demasiado los cerdos.

–Auténticas bellezas, ¿a que sí? –respondió Dennis, que estaba muy orgulloso

de ellos—. Estarán incluso mejor cuando se los sirvan en lonchas con champiñones y huevos revueltos.

Era una tarde gris y deprimente, con un viento del este que calaba hasta los huesos, y Gail pensó que había venido mal pertrechado con su liviana gabardina. Los cerdos, sin embargo, distribuidos en treinta o cuarenta cuadras cubiertas de paja y calentadas con estufas colgadas del techo, estaban bien protegidos del frío. Dennis creía que lo suyo era darles un buen trato antes de mandarlos al matadero.

—¿Con qué los alimenta? —le preguntó Gail.

—Trigo, cebada —respondió, mientras lanzaba el pienso, que se esparcía por el suelo ante los gruñidos de aprobación de los hambrientos animales.

—Parece una dieta muy sana.

—Treonina, metionina, lisina HCL.

—Sin duda muy nutritivo —dijo Gail, ya un poco menos convencida.

—Si quiere mi opinión, es un despilfarro de dinero —dijo Dennis—. En los viejos tiempos les dábamos bazofia y punto. No nos costaba prácticamente nada. Y encima era mejor para el medio ambiente que todo esto.

—Ah, sí —dijo Gail, que sabía muy bien lo que vendría a continuación.

—Pero claro, la Unión Europea sabe más que nosotros —pontificó Dennis, como era de esperar— y no tardó en obligarnos a cambiarlo todo. Pero, con suerte, uno de estos días podremos recuperar nuestra soberanía de nuevo y empezar a hacer nuestras propias leyes. Aunque ustedes no parecen tener mucha prisa en lograrlo.

—Sobre esto... —dijo Gail—, espero que la asociación entienda por qué tengo que votar contra el gobierno en alguna de las enmiendas.

—La gente tiene sus teorías al respecto —respondió Dennis mientras pasaba al siguiente establo.

—Como sabe —continuó Gail, apresurándose para mantenerse detrás de Dennis—, yo voté por la permanencia, pero respeto de forma escrupulosa el resultado del referéndum.

—Eso dice.

Gail notó un chapoteo bajo uno de sus pies y bajó la mirada para comprobar que, como se temía, acababa de pisar un enorme charco de mierda de cerdo. Avanzó con cautela y frotó el costado del zapato contra el suelo.

—Pero siento que no cumpliría con mi labor de miembro del Parlamento —continuó— si no me aseguro de que la legislación que se apruebe es la más adecuada.

–Muchos de sus colegas no le ven ningún problema.

–Sí, pero esa idea, esa estúpida idea de plantear una fecha concreta y tener que ceñirse a ella...

–Escuche, Gail –le dijo Dennis, volviéndose y dejando en el suelo los dos cubos que cargaba–. No comparto su planteamiento en este asunto. Ninguno de nosotros lo comparte. Usted quiere desafiar a su propia asociación de electores, por no mencionar a los líderes de su grupo parlamentario, y votar según su conciencia. Nada que objetar. Siempre y cuando acepte las consecuencias.

–¿Consecuencias? ¿Qué consecuencias?

–Espere y verá –respondió Dennis.

Gail se quedó perpleja.

–¿Me está amenazando? –quiso saber–. Y de ser así, ¿con qué?

–No olvide que cuando lleguen las próximas elecciones, dependerá de nuestro apoyo para su nominación. Pueden aparecer otros candidatos.

Fue el primer encontronazo de los complicados días que tenía por delante. Fue peor lo del lunes siguiente por la tarde, cuando ella y los otros diputados rebeldes tuvieron que aguantar una larga y tormentosa reunión con los líderes del partido, cuyas amenazas y recriminaciones fueron todavía más explícitas. Sin embargo, nada de eso la preparó para lo que iba a suceder más adelante esa semana.

Las tareas de Gail en Westminster la obligaban a pasar cuatro días a la semana en Londres durante el periodo de sesiones parlamentarias. Su hijo Edward estaba en la universidad, pero su hija Sarah seguía yendo al colegio en Coventry, y por tanto lo habitual era que Sarah pasase esos cuatro días en casa de su padre. Esa semana, sin embargo, él estaba fuera por un viaje de trabajo. En esas circunstancias (ya había sucedido alguna vez con anterioridad) Doug se ofrecía a instalarse en la casa de Earlsdon y ejercer el papel de niñera.

Era un papel que asumía con sentimientos encontrados. Habiendo fracasado, de manera bastante comprensible, en sus intentos de establecer una relación satisfactoria con su propia hija, al principio se había mostrado escéptico ante sus posibilidades de conectar con otra chica de catorce años. Pero con el tiempo había empezado a sentir cariño por Sarah, aunque era difícil decir si el aprecio era mutuo. No tenía nada de la seguridad en sí misma y actitud sobrada de Coriander. Era callada, obediente, estudiosa y un poco desaliñada. Llevaba aparatos dentales y gafas de montura metálica que le daban un aire de

marimacho. No tenía novio y no mostraba gran interés por conseguir uno, parecía por el contrario encantada con llevar una agradable vida doméstica con su madre (y Doug, si él andaba por ahí). Unos años atrás, a él le habría preocupado esa falta de espíritu rebelde; ahora se sentía sin más aliviado por compartir su tiempo con alguien que no le daba problemas.

La mañana del miércoles 15 de noviembre, poco después de las siete, Doug estaba ocupado en la cocina, preparando el desayuno y el almuerzo que Sarah se llevaba al colegio. Todavía no había amanecido y Sarah, aunque ya estaba despierta, todavía no se había levantado. Él estaba mezclando ensalada y pasta fría en un tupper cuando sonó el teléfono. Era Gail, que llamaba desde Londres.

–¿Lo has visto? –le preguntó. Su voz sonaba fatigada e inestable.

–No. ¿El qué?

–El periódico.

–¿Qué pasa con el periódico?

–Salgo en la primera página.

–¿En serio? ¿Qué han...?

–Deberías salir a comprarlo.

El quiosco estaba a solo treinta segundos. Después de gritar por la escalera a Sarah que ya tenía los cereales en la mesa, Doug salió con paso acelerado y dobló la esquina. Enseguida vio de qué hablaba Gail. La reunión con los líderes del partido se había filtrado y un periódico había decidido hacer con ello un despliegue de primera página. La de Gail era uno de los dieciséis rostros que aparecían bajo el titular: «LOS AMOTINADOS DEL BREXIT».

El titular era infame. La publicación de las fotografías de los diputados tenía toda la intención de señalarlos, de identificarlos. En el clima exaltado y polarizado que todavía impregnaba al país más de un año después del referéndum, era peligroso sacar una cosa así.

De hecho, de una absoluta irresponsabilidad, eso fue lo primero que Doug pensó mientras caminaba de vuelta a casa con un ejemplar del diario doblado bajo el brazo.

Sarah estaba en la cocina. Se había terminado los cereales y estaba untando Nutella en una tostada. Doug telefoneó a Gail desde la sala de estar y habló en voz baja.

–Bueno, es terrible. ¿Ha habido ya algún tipo de efecto?

–Me temo que sí. No paran de bajarme mensajes de Twitter. Y emails.

–¿Agresivos?

–He reenviado los peores a la oficina y según ellos hay cuatro o cinco que

debería hacer llegar a la policía. ¿Quieres oírlos?

–En realidad no. Pero adelante.

–De acuerdo, pues tenemos por ejemplo...: «Zorra chantajista (es Ransome sin la “e”, claro),⁶ arderás en el infierno por esto. Cuando esta noche vuelvas a casa, vigila a tus espaldas. Si atacas a la gente, la gente te atacará a ti.» Oh, y este es glorioso: «Recuerda a Jo Cox, puede volver a suceder.»

–Dios mío. ¿Y tú estás bien? ¿Quieres que..., no sé, que vaya a Londres?

Gail suspiró y dijo:

–No. La vida tiene que seguir, ¿no crees? No creo que nadie se acerque a la casa ni nada por el estilo. Pero asegúrate de que Sarah está bien.

–Claro. –Doug volvió a mirar el titular, con el periódico desplegado ante él en la mesilla del sofá–. No me puedo creer que hayan hecho algo así.

–Lo sé –dijo Gail–. La verdad es que nunca me ha gustado su línea política, pero era un periódico respetable. ¿Qué crees que está pasando?

–No lo sé. El país ha enloquecido.

–Espero que Sarah esté a salvo en el colegio. Y espero que nadie le suelte algún comentario horrible.

–No te preocupes –la tranquilizó Doug–. Estaré pendiente de ella.

En momentos como ese era tentador pensar que una extraña histeria se había apoderado de los británicos, que el tono de la locura colectiva que se había elevado durante la campaña de 2016 todavía no había descendido. Pero a Doug esa explicación no le satisfacía del todo. Sabía que un titular como ese era una jugada calculada. Sabía que la furia que pretendía desatar se atizaba porque beneficiaba a alguien, no a un individuo en concreto, claro está, ni a un movimiento o partido claramente identificables, sino a una coalición dispar y amorfa de intereses establecidos que tenía mucho cuidado en no mostrarse de forma abierta. Lo primero que hizo, después de acompañar a Sarah al colegio, fue instalarse en su despacho del piso superior y coger el sobre manila que contenía cuarenta y cuatro hojas DIN-A4 que habían llegado por correo, de manera anónima, tres días después de su cita con Nigel Ives.

No iban acompañadas de una nota, no había despedida escrita del excéntrico informador con el que había compartido tantas conversaciones estrambóticas y en bucle durante los pasados años. Se había limitado a mandarle a Doug los papeles para que hiciera con ellos lo que quisiera. Había anotaciones con instrucciones, borradores de declaraciones a la prensa, actas de reuniones

confidenciales, informes marcados como «Clasificados» y «Prohibida la publicación», muchos de ellos con las iniciales «R. C.» o la firma de Ronald Culpepper. Muchos de ellos estaban impresos en papel con la cabecera de la Fundación Imperium.

Doug había repasado esos documentos varias veces y sabía con exactitud dónde localizar el más claramente relacionado con los acontecimientos de ese día. Era un documento de unas dos mil quinientas palabras, cuyos coautores eran un académico y un conocido periodista y comentarista político. Se titulaba «Mantener la hoguera ardiendo: estrategias mediáticas para sostener y aprovechar las energías resultantes del resultado del referéndum».

Doug cogió la primera página. El documento empezaba así:

El resultado del referéndum sobre la UE del 23 de junio de 2016 presenta una gran, e inesperada, oportunidad para ahondar en los objetivos que Imperium siempre ha apoyado.

La estrecha victoria de la campaña por la salida se consiguió con una coalición de diversos grupos, cada uno de los cuales tenía un objetivo diferente con el Brexit. Algunos votaron para restaurar la soberanía y repatriar las leyes, otros para reducir la inmigración e incrementar los controles fronterizos, otros con la esperanza de restaurar el orgullo del Reino Unido como nación independiente, mientras que otros (tal vez una pequeña minoría, pero el grupo con el que Imperium comparte más objetivos) votaron para liberar al Reino Unido de los opresivos impuestos y regulaciones de la UE y permitir que nos convirtamos en un país que opta de verdad por el libre comercio, cuyos mayores esfuerzos deben dirigirse hacia los mercados asiático y estadounidense.

Por consiguiente, tenemos la oportunidad de implementar un cambio radical y permanente. Sin embargo, la ventana de oportunidad es reducida. No debemos permitir que se cierre.

Una ruptura con la UE completa, inmediata y contundente habría sido el resultado óptimo, pero dado el escaso margen de la victoria de los partidarios de la salida, argumentar que existe un mandato claro para llevar a cabo este planteamiento es problemático. El gobierno se ha embarcado en un largo periodo de negociaciones y aunque hemos tenido éxito en la propuesta de marcar una fecha límite para la salida (en estos momentos el 29-3-2019), irá seguida por un periodo transitorio de dos o más años. El grave peligro de esta aplicación gradual y progresiva de la separación de la UE es que el entusiasmo ciudadano por el Brexit se desvanezca si los efectos económicos negativos empiezan a hacerse evidentes.

Este documento tiene la intención de exponer los pasos que podemos dar para minimizar este peligro, poniendo un énfasis especial en el papel que debe desempeñar la forja de amistades y alianzas informales con los medios escritos y emitidos que de este modo colocarían a la fundación en una posición de influencia en la orientación y el tono de las líneas editoriales. (Se preparará un documento aparte para abordar las estrategias de las redes sociales.) Imperium ya tiene unas excelentes y estrechas relaciones con diversos presentadores de informativos y editores de tabloides, estos contactos deben mantenerse activos y ser explotados a pleno rendimiento.

Nuestra argumentación central es que no debe permitirse que las varias y dispares formas de descontento que llevaron al 51,9% de los votantes a optar por la salida se difuminen hasta que el proceso del Brexit se haya completado. Este descontento es la energía que permitirá poner en marcha nuestros programas. Si el Brexit ha sido avivado, sobre todo, por la sensación de muchos británicos de que la clase política los había traicionado, esta sensación de traición debe mantenerse viva. De hecho, ahora se puede focalizar con más precisión ya que, con la reformulación de la mayoría por la salida como «la voluntad del pueblo», la ira popular se volverá más agresiva contra los miembros de la clase política y figuras

relevantes de los medios de comunicación que pueden ser retratados como personas que ponen palos en las ruedas a esta voluntad...

El día fue en general tranquilo. Doug habló con Gail tres o cuatro veces; ella había recibido varias docenas de tuits que podían constituir una amenaza, al igual que los otros diputados señalados en la portada. La policía estaba investigando y era probable que pasaran a hablar con Doug. Él le dio las gracias a Gail por el aviso. Al ir a recoger a Sarah a la puerta del colegio, no le preguntó de manera directa si había tenido algún problema, pero le tranquilizó que ella no le mencionase ningún incidente. Después de cenar, la niña subió a su habitación para hacer los deberes.

Hacia las ocho y media llamaron con decisión a la puerta. Doug abrió y se encontró con dos policías uniformados plantados ante la entrada. Los invitó a pasar, ellos le explicaron que era una visita de pura rutina, que les habían informado de una serie de mensajes amenazantes contra Gail Ransome y querían comprobar que nadie hubiera visto ninguna actividad inusual en los alrededores de la casa, y que nadie hubiera recibido llamadas telefónicas, emails o mensajes de texto inusuales. Mientras mantenían esa conversación, Sarah bajó de su habitación y se quedó al pie de la escalera para escuchar. Los agentes se la llevaron aparte y le preguntaron sobre su día en el colegio. ¿Alguna de sus amigas había mencionado el titular del periódico? ¿Había sufrido algún tipo de bullying por eso?

La visita duró unos quince minutos. Cuando terminó, Sarah se mostró reacia a volver a subir. Estaba muy callada. Se sentó en el sofá de la sala de estar, con las rodillas separadas y la cabeza gacha.

–¿Estás bien? –le preguntó Doug desde la puerta.

Ella alzó la mirada.

–¿Crees que podría hablar con mamá?

Doug consultó el reloj.

–Lo más probable es que todavía esté en la cámara. Quizá sea mejor que pruebes a mandarle un mensaje de texto.

Doug se metió un rato en la cocina. Sarah envió el mensaje. Surtió efecto, porque a los pocos minutos él la oyó hablando por teléfono. Se lo llevó arriba para seguir hablando con su madre. Doug volvió al portátil que tenía en la mesa de la cocina y a la pila de documentos de la Fundación Imperium.

Unas horas después, poco después de la medianoche, un taxi se detuvo frente a la casa y Doug oyó una llave girando en la puerta de la entrada. Fue hasta el

vestíbulo y se topó con Gail, con su bolsa de viaje en la mano y una cara pálida y agotada.

–Hola –le dijo–. ¿Qué haces aquí?

Ella dejó la bolsa, le dio un abrazo y le dio un impetuoso y apasionado beso en la boca. El abrazo fue fogoso, casi fiero por su intensidad. Él nunca la había visto así.

–Sarah parecía muy alterada cuando me ha llamado –dijo Gail cuando se separaron–. ¿Está bien?

Doug no quería admitir que había estado tan ocupado con lo suyo que no lo había comprobado y ni siquiera le había dado las buenas noches.

–¿Has venido en taxi desde Londres? –le preguntó.

–No he tenido otro remedio. La última votación ha sido a las diez y media.

–¿Cuánto te ha costado?

–Un dineral. Mañana a primera hora volveré en tren. Pero no podía dejarla sola esta noche. Está muy afectada.

Subió a ver a su hija. Cuando Doug, un par de minutos después, las vio, Gail estaba sentada al borde de la cama de Sarah, acariciándole el pelo y murmurándole algo, una frase tranquilizadora una y otra vez.

Gail lo miró y le dijo:

–Bajo en un minuto.

–De acuerdo. ¿Te apetece una copa?

–Sí, por favor.

Doug sirvió dos vasos de whisky y esperó a que bajase. Tardó más de lo esperado, de modo que él aprovechó para sacar la basura a los cubos de la parte posterior de la casa. Cuando volvió a entrar, todo estaba en silencio, salvo por un extraño ruido proveniente de la sala de estar. Al principio Doug no logró identificarlo. Era agudo, con cierto vibrato. Empezaba y se acababa, iba y venía siguiendo un patrón irregular. Pensó que tal vez fuera algún tipo de alarma electrónica. Pero de pronto cayó en la cuenta: era Gail, que estaba llorando. De hecho «llorando» no era la palabra adecuada; había otra palabra para eso, una palabra que describía ese sonido a la perfección: estaba lamentándose. Él entró en la sala y se la encontró inclinada hacia delante en el sofá, temblorosa y sosteniéndose la frente con una mano, mientras con la otra agarraba y soltaba el cojín que tenía al lado. Lo miró y su rostro era una máscara de aflicción y rabia.

Doug le tendió el vaso y ella dio un largo trago. Después se echó hacia delante y apoyó la cara contra él mientras la abrazaba. Cesó el lamento, pero Gail siguió

temblando sin emitir ruido alguno durante un rato. Él le acarició el cabello. Finalmente ella se apartó y bebió otro trago.

–Lo siento –dijo–. ¿Qué debes pensar de mí?

–Pero ¿qué dices?

–No tengo momentos de flaqueza. En un perfil que alguien escribió sobre mí me llamó «la mujer de acero». ¿Lo recuerdas?

Doug sonrió. Ese perfil lo había escrito él, antes de conocerla.

–Y ahora mírame.

Era cierto, Doug jamás la había visto llorar. Era una visión terrible, que rompía el corazón. Estaba irreconocible.

–No soy yo –dijo Gail, mientras sacaba un kleenex y se secaba las lágrimas y el rímel corrido–. Pueden decir las barbaridades que les dé la gana sobre mí. Pero cuando tus hijos..., cuando tu propia hija cree que estás en peligro...

Acabó de limpiarse la cara. Doug se sentó a su lado y la rodeó con el brazo. Ella se acurrucó pegada a él, doblando las piernas y recogéndolas bajo su cuerpo, y reposando agradecida la cabeza contra el hombro de él. Doug acercó los labios a la cabeza de Gail, aspiró su olor y le plantó un intenso y prolongado beso en los cabellos canos.

–Te quiero –le dijo.

Ella lo abrazó y respondió:

–Yo también te quiero –exhalando las palabras, suspirándolas contra el pecho de Doug. En unos minutos ella se quedó dormida. Él notaba la humedad de sus lágrimas a través de la camisa.

Abril de 2018

A medida que el tren salía de Londres, avanzaba a buena velocidad por el paisaje plano y anodino de Bedfordshire, seguía por las marismas de Lincolnshire hasta llegar a York, pasaba por las pequeñas ciudades de Thirsk y Northallerton y por fin entraba en los paisajes más vastos y dramáticos del norte de Yorkshire, Sohan se iba sintiendo cada vez más desconsolado.

–¡Mira qué casas más deprimentes! –dijo.

–Solo son casas –le replicó Sophie–. La gente tiene que vivir en algún sitio.

–Se ve todo tan... *vacío*. Kilómetros y kilómetros de espacio vacío en el que solo hay hierba.

–A eso se le llama «campos». Y los agricultores cultivan en ellos.

–No lo entiendes. Ahora voy a vivir rodeado de todo esto. ¿No te das cuenta de lo horrible que es?

–Pero esto es Inglaterra. A ti te fascina Inglaterra. Es sobre lo que estás escribiendo el libro.

–¿Y? Por el amor de Dios, que escriba un libro sobre esto no significa que quiera vivir aquí. ¿Crees que Orwell quería vivir en la Franja Aérea 1?

–Él escribió una distopía. Una pesadilla.

–¡Que es en lo que se va a convertir mi vida! –Se inclinó hacia delante y le agarró el brazo–. Mi marido, el que pronto será mi marido, me está alejando de todo lo que me gusta y me obliga a vivir entre unas personas extrañas con las que no tengo nada que ver. A kilómetros de la civilización. Me envían al exilio, como a Ovidio. Soy un paria de la sociedad.

–A Ovidio lo enviaron a Tomis, en las remotas orillas del Mar Negro. Tú vas a Hartlepool. No es lo mismo.

–¡Es exactamente igual!

–Vas a dar clases en el departamento de Inglés de la Universidad de Durham. Tus estudiantes serán las mismas chicas amables y educadas en colegios privados a las que has dado clase en Londres. En todo caso, todavía más pijas. Los suburbios ni los vas a oler.

–¿Pero Hartlepool? ¿Por qué me hace esto? ¿Por qué me odia tanto? ¿Por qué

se casa conmigo si me odia?

–No puede ser tan malo.

–¿Has estado alguna vez?

–No.

–Es el epicentro del Brexit. El setenta por ciento de la población votó por la salida.

–Pues tú ayudarás a equilibrar la balanza.

–Ahorcan a los monos.

Por fin algo sorprendió a Sophie.

–¿Que hacen qué?

–Es una historia famosa. Después de un naufragio un mono llegó a la orilla y esa gente creyó que era un francés porque nunca habían visto uno, así que lo ahorcaron.

–¿Y esto cuándo sucedió?

–No lo sé... En los años ochenta.

Sophie arqueó una ceja.

–Bueno, vale, fue durante las guerras napoleónicas –admitió Sohan–. Pero todavía los llaman ahorcadores de monos.

–Será una buena experiencia para ti –le dijo ella–. Saldrás de la burbuja londinense. Te cuestionarás tus prejuicios metropolitanos. Tal vez incluso hagas nuevas amistades.

Sohan frunció el ceño, pero Sophie sabía que en realidad estaba encantado. Mike por fin le había pedido que se casaran durante una cena en The Ivy para celebrar el segundo aniversario de su primera cita. Ahora, seis meses después, volvían a County Durham, donde había crecido Mike, de entrada para contraer matrimonio en una ceremonia civil, pero con la intención de instalarse de forma permanente más adelante. Mike había dejado su trabajo en la City, después de amasar una fortuna que ni siquiera Sohan (que no tenía acceso a sus cuentas bancarias) era capaz de imaginar; y, según decía, ahora quería devolver algo a la comunidad que lo crió y que a lo largo de los últimos cuarenta años había visto hundirse en la miseria por los estragos de la desindustrialización. Para ello, iba a poner en marcha su propia organización benéfica: una fundación educativa que crearía un centro de formación digital. Ya se habían redactado los estatutos y se había contratado al personal (aunque el equipo todavía no estaba ni de lejos completo) y el plan era poder ofrecer cursos en el otoño de 2019. Las matrículas tendrían un coste mínimo y se ofrecería formación desde cero en desarrollo de webs, encriptado, creación de contenidos digitales y tecnologías emergentes a

personas de la zona de todas las edades. Mike confiaba en que, con la ayuda de buenos profesores, se podría reciclar incluso a hombres y mujeres de cincuenta o sesenta años, a gente que llevaban décadas prácticamente fuera del mercado laboral, proporcionándoles las competencias en las nuevas habilidades que requería el mundo del trabajo digitalizado. Según él, todo era cuestión de actitud.

–Hay que limpiarlo y rediseñarlo –les dijo esa tarde a Sophie y Sohan mientras les enseñaba el centro comunitario abandonado que había comprado para convertirlo en sede de la nueva academia–. Se cerró hace tres años y desde entonces se ha ido deteriorando. Pero hay mucho espacio para poner aulas, un laboratorio digital, una cafetería..., e incluso un par de pequeñas salas de conferencias.

–Es un espacio fabuloso –opinó Sophie–. Le veo mucho potencial.

Sohan no abrió la boca.

–¿Qué te pasa? –le susurró Sophie, mientras caminaban por el aparcamiento hasta donde los esperaba el Tesla Modelo S de Mike–. ¿No puedes mostrar un poco de entusiasmo?

–No estaba escuchando –respondió él–. Estoy aterrado por lo de esta noche.

Sophie y Sohan tenían por delante veladas muy diferentes. La de ella consistiría en volver a Bewes Hall, el hotel en la campiña en el que se celebraría la ceremonia al día siguiente, y sentarse en su habitación a ver la televisión mientras pedía alguna cosa al servicio de habitaciones y se surtía del minibar. Sohan, entretanto, iba a conocer a los padres de Mike.

–Les vas a encantar –lo animó Sophie–. Eres capaz de camelarte a cualquiera.

–¿Estás de broma? Nunca han acabado de aceptar que su hijo sea gay. Y nunca lo harán. Y lo más probable es que ambos sean votantes del UKIP.

–¿Probable? ¿Te lo ha dicho Mike?

–No. Pero por aquí todo el mundo vota a este partido, ¿no?

Sophie le lanzó lo que pretendía ser una mirada de reproche y le dijo:

–Por el amor de Dios...

–Bueno, da igual, olvídale. El hecho es que sé que me van a odiar en cuanto me vean.

A la mañana siguiente, durante el desayuno, Sophie le preguntó cómo le había ido y quedó gratamente sorprendida cuando él respondió:

–Fueron muy cariñosos, muy acogedores. Estaban muy nerviosos, claro, pero yo también. Lo superamos con unas cuantas cervezas. Y la comida fue excelente.

Me imaginaba que cenaríamos *fish and chips* y guisantes recocidos, pero en lugar de esto la madre de Mike cocinó una *malu mirisata*, que es un plato típico de Sri Lanka, un curry rojo de pescado.

Sophie estaba impresionada.

–¿Estaba a la altura?

–No tengo ni idea –respondió Sohan, encogiéndose de hombros–. Nunca tomo comida de Sri Lanka. No la he vuelto a probar desde que era un crío. Pero a mí me ha parecido sabroso.

Sophie sirvió más café para los dos y se untó mermelada en la insulsa tostada del hotel.

–¿Entonces ya han aceptado el tema gay?

Sohan negó con la cabeza.

–Para nada. Pero supongo que no pueden hacer nada al respecto. Mike es su único hijo y no quieren perderlo.

Durante la ceremonia de la tarde, Sophie no podía parar de mirar a los padres de Mike –sobre todo al padre–, tratando de desentrañar lo que pasaba por sus cabezas. Él era un hombre grandullón y fornido de sesenta y pocos, con el cabello rapado. La madre era más alta y más delgada, tenía la fisonomía de Mike, y su altura quedaba acentuada por el vestido largo sin mangas de color azul marino. Ninguno de los dos pareció emocionarse demasiado cuando los contrayentes intercambiaron los votos. El señor Newland mantuvo la mirada fija en la lejanía, a través de los ventanales de la sala del hotel, hacia el campo de golf, pero no parecía prestar atención a la vista; tenía los ojos vidriosos y parecía tratar de imaginarse que estaba en otro sitio, cualquiera menos ese. Entretanto, los ojos de la madre repasaban la sala, observando nerviosos a los otros invitados, pero esbozó una sonrisa cuando Sohan deslizó el anillo en el dedo de su hijo, y en ese momento trató, sin éxito, de cruzar una mirada con su marido. Cuando la ceremonia finalizó, ambos se sumaron, indecisos, a los aplausos, unos segundos después de que hubieran empezado.

Había unos sesenta o setenta invitados, pero Sophie a la mayoría no los conocía, solo a algunos colegas académicos de Sohan. La cena y el baile disco posterior fueron toda una prueba para ella. Descubrió que no paraba de pensar en Ian, aunque se dijo que eso no significaba necesariamente que lo echase de menos a él en concreto, sino que en una reunión social como esa, rodeada de gente alegre, echaba de menos la idea general de estar acompañada. En cualquier caso, a las once, después de bailar un par de veces con Sohan y con Mike, y de ser arrastrada por el suelo por un hiperentusiasta pero torpísimo experto en

ecocriticismo del departamento de Sohan, decidió que ya había tenido bastante. Además, resultaba que en las últimas doce horas había bebido más de la cuenta y estaba a punto de caerse redonda. Se sirvió un vaso de agua de la barra y, mientras se lo bebía, Mike y sus padres pasaron a su lado camino de la salida.

–Sophie, ya conoces a mis padres, ¿verdad?

–Sí, hemos hablado antes. ¿Ya se retiran? –les preguntó ella.

El señor Newland asintió y dijo:

–Hace ya rato que ha pasado la hora en que solemos acostarnos.

–Espero que se lo hayan pasado bien –comentó Sophie.

–Ha sido fantástico –respondió la mujer.

–Ponen su mejor cara –dijo Mike, dándole unas palmaditas en el brazo a su madre–. Aunque no es el tipo de boda que habían soñado para su hijo.

–Hay que adaptarse a los tiempos, ¿no? –sentenció el padre, que parecía más contento que unas horas antes.

–Creo que yo también me voy a ir a dormir –dijo Sophie–. Empiezo a estar grogui.

–Entonces no te muevas de aquí –le propuso Mike–. Sohan y yo también estamos cansados. Espera aquí un par de minutos y te acompañamos arriba.

Sophie estaba mucho más borracha de lo que pensaba. Recordaba haber salido de la sala de baile del hotel y subido las escaleras acompañada por los dos novios sosteniéndola, uno a cada lado. Pero no recordaba haber ido a la habitación de ellos, sacarse los zapatos de una patada, desplomarse sobre su cama de matrimonio y quedarse dormida con la ropa puesta. Pero al parecer eso es lo que sucedió, porque unas horas después se despertó con un monumental dolor de cabeza y unas ansias desesperadas de beber un vaso de agua, y se encontró con Sohan y Mike dormidos uno a cada lado de ella.

–¿Qué demonios es esto? –preguntó con voz pastosa.

Mike se volvió y abrió los ojos.

–Ah, hola –dijo–. De modo que sigues viva.

–¿Qué hago aquí?

–Bueno, te quedaste frita y no nos vimos con ánimos de trasladarte de habitación.

–Pero es vuestra noche de bodas. No puedo dormir en vuestra cama la noche de bodas.

–No te preocupes. No nos has impedido hacer nada.

–¿Quieres decir que... mientras estaba dormida...?

–No, quiero decir que Sohan y yo ya no estamos en esa etapa. Habrás

observado que ninguno de los dos iba de blanco.

–Aun así...

–Mañana a esta hora estaremos en Verona. Seguro que ya recuperaremos el tiempo perdido.

–Necesito un vaso de agua.

Sophie se levantó, se metió en el cuarto de baño y abrió el grifo del agua fría. Acabó bebiéndose tres vasos. Y volvió a meterse en la cama, pero esta vez en un lado, con Mike en el centro. Él ya se había vuelto a dormir y tenía el brazo izquierdo estirado sobre el pecho de su marido. Sophie los miró en la penumbra, con los ojos cerrados, la respiración regular y un atisbo de ronquido brotando de la boca semiabierta de Sohan. Se los veía muy felices, en paz y cómodos el uno con el otro. Sophie sintió una punzada de envidia. Eso no estaba en el guión. ¿Cómo había acabado Sohan felizmente casado y ella más sola que la una?

Eran las cuatro de la madrugada. Durmió un par de horas más, pero a las seis ya estaba otra vez despierta. Los novios iban a partir rumbo al aeropuerto de Newcastle esa mañana. El tren de vuelta a Londres que tenía que tomar ella salía a las diez. ¿Qué podía hacer entretanto?

La idea de desayunar rodeada de otros invitados a la boda no le apetecía nada. Con sigilo salió de debajo de las sábanas, se puso los zapatos y se dirigió tambaleante a su habitación. Hizo la maleta, bajó a la recepción para avisar de que se iba y pidió un taxi.

El taxista la llevó hasta la estación de Hartlepool, pero no había ningún café abierto; de hecho, no había signos de vida por ninguna parte. Era una mañana cálida y los rayos de sol trataban de abrirse paso entre los bancos de nubes grises que iban cambiando de forma. El único local en el que servían cafés era el McDonald's. La chica que la atendió parecía simpática, de modo que Sophie le preguntó si había alguna playa cerca, algún sitio en el que pudiera sentarse a contemplar el mar. En cuanto se lo preguntó, se sintió avergonzada, pensando que parecería una boba del sur, pero no tenía por qué preocuparse, la chica era de Europa del Este y le explicó que lo más sencillo era tomar el autobús número siete hasta Headland. Sophie le dio las gracias y se dirigió a la parada, con la maleta en una mano y el café en la otra.

El autobús recorrió una larga calle de dos sentidos en la que no circulaba un alma, dejó atrás un hipermercado Asda y una zona de tiendas que le recordó a la de la antigua factoría de Longbridge. Cuando el autobús llegó a Headland, tuvo la impresión de que antaño debió ser una zona de tiendas elegantes, con marquesinas de hierro forjado, pero ahora estaba en decadencia, con la mitad de

las tiendas vacías y abandonadas. En la larga hilera de casas adosadas que daba directamente al muro que rodeaba los muelles había ventanas selladas con tablones. Los muelles tenían un aspecto fantasmal y no se veía movimiento alguno. Eran poco más de las ocho de una mañana de domingo –una hora en la que desde luego pocos espacios urbanos bullen de vida–, pero allí la sensación era que la calma era permanente.

Había una tienda abierta, un One-Stop en el que Sophie se compró un sándwich de huevo y berros antes de dirigirse hacia la vieja muralla de la ciudad. Durante el paseo no se cruzó con un alma. No vio pasar ni un solo coche. En su estado de agotamiento y resaca, empezó a invadirla una sensación de irrealidad. De pronto le vino a la cabeza la idea de que no entendía ese lugar, que no sabía valorar la vida que contenía. La constatación era nefasta, porque la casa de su infancia estaba a menos de doscientos cincuenta kilómetros de allí y, en todo caso, después de todo eso era Inglaterra, su país, pero en esa parte se sentía como una extranjera. Durante los últimos diez años, pese al tiempo que había pasado en las Midlands, su corazón había estado siempre en Londres. Se consideraba a sí misma una londinense, y desde Londres no solo podía viajar a París o Bruselas más rápido de lo que le llevaba venir hasta aquí, sino que probablemente se sentía más en casa en el boulevard Saint-Michel o en la Grand Place que sentada en ese banco contemplando las aguas color carbón del Mar del Norte y las grúas, los buques-cisterna y los aerogeneradores que poblaban el horizonte.

Volvió a pensar en Sohan y Mike abrazados en su lecho marital y sintió una punzada de soledad. Pensó fugazmente en Ian. Y después en otra persona, y antes de darse tiempo a pensar que era una iniciativa condenada al fracaso, ya había abandonado la contemplación del silencioso y austero paisaje marino. Había sacado el móvil y estaba comprobando los precios de los vuelos a Chicago.

De: Sophie Coleman-Potter
Enviado: Lunes, 9 de abril de 2018 11:49
Para: Adam Turner
Asunto: Rumbo a Chicago

Querido Adam:

¡Guau, cuánto tiempo sin hablarnos! *(Aunque seguro que a él no le parece tanto.)* He estado repasando antiguos emails y he caído en la cuenta de que la última vez que supe de ti fue en abril de 2016. Después te mandé un par de emails, pero quizá acabaron en la papelera del spam. *(No, seguro que no, simplemente no le apeteció contestarlos.)* Es complicado lograr que la correspondencia virtual se mantenga viva *(sobre todo cuando uno de los dos no está demasiado interesado)*, pero con suerte pronto tendremos la oportunidad de vernos en persona. Te cuento más en un rato... *(El suspense lo estará matando.)*

Bueno, resulta que en mi vida se ha producido una novedad muy importante desde la última vez que te escribí: Ian y yo nos hemos separado.

En el verano de 2016 muchas cosas llegaron a su punto crítico y después de intentarlo con una consejera matrimonial durante unas semanas, decidí dar el paso y dejarlo. Al volver la vista atrás, supongo que resulta asombroso que lográsemos esconder los trapos sucios durante tanto tiempo. Soy una gran fan de mantener las diferencias políticas con tu pareja en secreto –una posición nada de moda en estos momentos por aquí, donde la moda parece consistir en buscar pelea y hacer callar a gritos a quienes no piensan como tú–, pero cuando compartes el espacio vital con alguien y te pasas veinticuatro horas al día callándote y conteniéndote, llega un momento en que ya no es viable. Había demasiadas cosas en las que estábamos en desacuerdo.

Entretanto, he estado pensando en tu decisión de hace un par de años de dejar el mundo académico y preguntándome si fue o no fruto de un pronto. ¿Llevabas tiempo meditándola, semanas, meses o incluso años? Te lo pregunto porque hace poco yo misma he estado tentada de dejarlo todo. De hecho, ayer mismo. He pasado el fin de semana en la boda de un amigo, lo cual ha supuesto salir de Londres y dejarse arrastrar por un ritmo más pausado durante un par de días. Ayer en concreto, dispuse de mucho tiempo para sentarme, repasar mi vida y tomar

perspectiva sobre ciertas cosas. Pero supongo que sería una locura tomar la decisión de un cambio radical de vida sobre la base de solo veinticuatro horas de reflexión, ¿no crees? Y sin embargo, cuantas más vueltas le doy, más sentido le encuentro. Mi trabajo ya no es lo que era, o al menos no lo que en una época pensé que iba a ser. Todo se ha convertido en rutinario. Los estudiantes (o sus padres) pagan enormes sumas de dinero y esperan obtener algo valioso a cambio. Los profesores más jóvenes se dejan la piel, mientras que los más mayores se limitan a dejar pasar el tiempo hasta que les llegue la jubilación, y entretanto su único empeño es evitar complicarse la vida; mi jefe de departamento es un modelo perfecto...

Esto se está convirtiendo en una divagación autocomplaciente. *(Y esta, querida, es la primera y única frase honesta que has escrito en todo el puto email.)*. Permíteme ir al grano. *(Vale, ¿cuál va a ser la magnitud de la mentira? Vamos a pegar una trola del tamaño de un elefante.)* Una amiga mía se ha ido a vivir a Chicago hace unos meses y no para de insistirme en que vaya a verla. Así que he reservado un vuelo *(no, todavía no lo he hecho)* e iré a pasar un fin de semana largo a partir del viernes 20. ¿Crees que podrías disponer de una hora o dos *(debería decir: una noche o dos)* para vernos ese fin de semana? Sería fantástico volver a verte después de tanto tiempo. ¡Han pasado tantas cosas desde Marsella! Me muero de ganas de oírte contar cómo te las apañas en la América de Trump. *(Sí, claro, esto es lo que me muero de ganas de oír. Será mejor que lo mande ya, antes de que escriba alguna estupidez todavía mayor.)*

Con cariño,

Sophie

De: Adam Turner

Enviado: Miércoles, 11 de abril de 2018 07:22

Para: Sophie Coleman-Potter

Asunto: Re: Rumbo a Chicago

Querida Sophie:

Siempre es maravilloso recibir noticias tuyas, y todavía más cuando me dices que vas a venir a mi terruño. No puedo hacer otra cosa que disculparme por mi incapacidad para mantener nuestra correspondencia activa. Digamos que la culpa la podríamos atribuir a las presiones de la paternidad. *(¿Qué? ¿¿¿QUÉ???)*

Sí, esta es la gran noticia que tengo que darte desde la última vez que contactamos. Pat y yo nos casamos hace dos veranos *(¿Pat? ¿Quién COÑO es Pat?)* y nuestra hija nació hace unos meses. Le hemos puesto el nombre de Alice, que digamos que es una suma de homenajes, por mi parte a Alice Coltrane y por parte de Pat a Alice Walker. Ahora que ya tiene dieciséis meses,

no voy a aburrirte con un recital paterno de los infinitos motivos por los que la encuentro adorable, pero sí te adjunto una foto de ella. Eso sí me lo permitirás, ¿verdad? (*¡Qué remedio!*)

(Y, oh mierda, creo que necesito otra taza de café antes de leer el resto.)

(Vale, vamos a ver el resto.)

Me apena oír que lo has pasado tan mal, en el ámbito personal y en el profesional. Recuerdo cuando nos conocimos en Marsella y tú estabas recién casada y parecías muy feliz y emocionada con todo eso. Bueno, supongo que las cosas son así... Ya sé que no es una reflexión muy profunda, pero ¿qué otra cosa puedo decir? (*Es verdad, es un buen resumen.*) Pero al menos en lo profesional puedo animarte: dejar el mundo académico fue una de las mejores decisiones que he tomado en mi vida. Es verdad que me acompañó la suerte; la empresa de videojuegos para la que trabajo va viento en popa, les gusta mi trabajo y ahora incluso tengo algunas acciones de la empresa, lo cual es fantástico; pero lo más importante es que puedo desarrollar mi creatividad. Me gusta el trabajo que hago y con él pago las facturas, y aunque no es el tipo de composición musical para el que me formé, hay otras vías para desarrollar esa faceta. He formado un trío con un par de amigos y hemos estado haciendo algunas actuaciones fuera de horas de trabajo; de hecho tocamos aquí el 21, así que si tú y tu amiga no tenéis planes para esa noche, podéis venir a escucharnos; ¡sería maravilloso! No os cobraremos, os pondremos en la lista de invitados.

De modo que, en este frente, todo me va bien, pero en referencia a la última frase de tu email, no puedo decir que me sienta feliz con el panorama general. Como todos los ingenuos de este país, Pat y yo no nos esperábamos para nada que Trump saliera elegido presidente. Alice nació diez días antes de las elecciones y fue una sensación muy rara, porque significó que tuvimos diez días de pura felicidad y excitación, y entonces se anunció el maldito resultado y nosotros nos quedamos en plan: ¿Qué c^{***} ha pasado? Fue como si ese día un nubarrón se hubiera cernido sobre la casa y, si quieres que te diga la verdad, no se despejará hasta que alguien sustituya a este presidente, suceda lo que suceda y se tarde el tiempo que se tarde. No es que Hillary fuera un dechado de virtudes, pero al menos poseía una serie de competencias básicas y una estabilidad de temperamento, que es lo que uno espera de un jefe de Estado. La mañana del 9 de noviembre yo estaba simplemente rabioso y perplejo, pero me temo que para Pat fue peor. Fue increíble lo rápido que cambió la temperatura emocional. El día anterior contemplábamos a Alice y se nos caía la baba con su frescura, inocencia y vulnerabilidad, y al día siguiente al mirarla no nos podíamos creer lo incierto que se presentaba su futuro, porque de la noche a la mañana nuestro país y el mundo entero se habían convertido en un lugar mucho más inestable, pérfido y peligroso.

En cualquier caso, ya hablaremos de todo esto cuando nos veamos, que será de aquí a una

semana, ¿no es así? Tú y tu amiga podéis venir al concierto del sábado y tal vez el domingo podrías venir a nuestra casa a comer, si no estás muy ocupada. Sé que a Pat le encantará conocerte y evidentemente me muero de ganas de presentarte a Alice. :)

De modo que hazme saber tus planes y llámame en cuanto aterrices.

À *bientôt* (una de las pocas expresiones útiles en francés que todavía recuerdo).

Adam

Después de leer el email, Sophie se echó en la estrecha cama de la diminuta habitación y permaneció quince minutos hecha un ovillo. Habían pasado ya casi seis años desde que conoció a Adam en Marsella, pero desde entonces se le había metido en la cabeza una fantasía. Una fantasía disparatada e irrealizable, y esa mañana estaba furiosa consigo misma no solo por empeñarse en aferrarse a ella, sino porque ahora encima, superando el nivel de disparate, la había escenificado ante él sin tapujos y había provocado su elegante, diplomática y mortificadora respuesta.

¿Qué iba a contestarle ahora?

Tres días después le mandó un nuevo email –era el octavo o noveno borrador– en el que le explicaba que la madre de su amiga había fallecido de manera repentina y ella tenía que volar el fin de semana de regreso a Inglaterra y Sophie tenía que quedarse para apoyarla. Enviarle fue probablemente lo más embarazoso que había hecho en su vida, pero no se le ocurría ninguna alternativa. En cuanto a la respuesta de Adam, se limitaría a echarle un vistazo rápido y la mandaría de inmediato al fondo de la lista de mensajes ya leídos. Como mínimo se había ahorrado el coste de un vuelo a Chicago, que en realidad no podía permitirse en esos momentos.

De modo que el viernes 20 de abril de 2018 tomó el tren a Birmingham Moor Street en lugar del avión a Chicago O’Hare. Un fin de semana con su padre en lugar de un fin de semana con Adam. El viernes por la noche encargaron comida india, se tomaron un pack de cuatro cervezas e intercambiaron novedades familiares. Sophie estaba tan deprimida y desesperanzada que apenas pudo articular palabra.

Su padre, por su parte, estaba inusualmente locuaz.

–Voy a poner esta casa a la venta –le dijo Christopher–. Espero que no te parezca mal.

Sophie negó con la cabeza.

–Siempre he tenido la impresión de que no te gusta demasiado.

–La verdad es que no –admitió ella–. ¿Y adónde irás?

–Bueno... –Cogió aire–. Este es el otro asunto. Estoy saliendo con alguien.

–¿Alguien?

–Otra mujer. Espero que no te parezca mal.

–¿Y te irás a vivir con ella?

–Sí.

Sophie estaba al mismo tiempo impresionada y desinflada. Hasta la vida amorosa de su padre era más sana que la suya.

–Si que ha ido rápida la cosa –dijo.

–Lo sé. Espero que no te parezca mal.

–¿Quieres dejar de preocuparte? ¿Por qué me iba a parecer mal? Lo único que quiero es que mamá y tú seáis felices.

–Bien. Bueno, pues lo soy. Soy muy feliz.

–¿Cómo se llama?

–Judith.

–¿Y a qué se dedica?

–Es abogada especializada en divorcios.

–Te habrá venido de perlas.

Christopher sonrió y preguntó:

–¿Y tu madre?

–¿Qué pasa con ella?

–¿Ha encontrado a alguien?

–No creo que busque a nadie. Lo que sí está buscando es una casa en Francia.

–¿Ah, sí? –La novedad lo dejó de piedra–. Cuando se la sugerí yo, la idea no pareció gustarle demasiado.

–Bueno, ella y Benjamin están hablando de irse a vivir allí juntos. Él va a poner a la venta el molino. Quieren comprar una casa grande, en la que puedan tener invitados.

–Todo un cambio para ellos.

–Parece que los cambios están en el aire.

–Pero al menos tú sigues en tu sitio –dijo Christopher–. Proporcionas un poco de estabilidad a nuestras vidas.

–Voy a dejar el trabajo –le anunció Sophie–. He presentado mi dimisión.

Christopher casi deja caer su bhaji de cebolla.

–¿Qué? ¿Por qué?

–Supongo –respondió ella– que no ha resultado ser el trabajo que yo soñaba que sería. Lo que me gustaba de él poco a poco se ha ido viendo superado por lo que detesto de él. –Se inclinó hacia delante, puso la mano sobre el brazo de su

padre y añadió con un tono más animado—: Papá, no te preocupes por mí. Tengo una idea en la cabeza. Todo saldrá bien.

A última hora de la mañana siguiente, mientras tomaba el autobús al centro de Birmingham, Sophie se preguntó cuándo había empezado a coger el hábito de mentirle a todo el mundo. Ni remotamente creía que todo iba a salir bien y no tenía idea alguna en la cabeza. Muchos años antes, durante el último curso de bachillerato, se había planteado convertirse en terapeuta. Hasta la presentación de su tesis de doctorado, la idea seguía rondándole por la cabeza. Lorna, la consejera matrimonial que los había asesorado a ella y a Ian, no había impresionado mucho a Sophie; estaba bastante segura de que ella podía hacerlo mejor, aunque su propia relación no fuera precisamente un éxito. Pero ¿podía a esas alturas de su vida plantearse reciclarse? ¿Asumir diez años de trabajo mal pagado (o incluso buena parte de ese tiempo sin cobrar ni una libra)? No era una perspectiva muy alentadora. Resultaba mucho más práctico plantearse buscar trabajo en un museo, una galería o la Fundación Nacional para la Preservación de Lugares de Interés Histórico o Belleza Natural. No era el tipo de trabajo con el que había soñado toda su vida, pero de algún modo no dejaba de ser un servicio en favor de la comunidad...

Bajó del autobús al llegar al centro de la ciudad y se puso a caminar sin destino fijo por las concurridas calles, entre algunos empujones de enfervorecidos compradores. Después de una temporada de tiempo anodino, las temperaturas habían subido de forma inusual los últimos días y el sol había lanzado a las multitudes a pasearse por New Street, Board Street y Corporation Street. Las adolescentes pálidas y pecosas cuyas camisetas sin mangas y shorts tejanos dejaban a la vista buena parte de sus cuerpos contrastaban de un modo chocante con las siluetas negras de las mujeres con nicab. Sophie se sintió relajada entre la multitud, encantada de sumergirse en ella.

Pero no tenía intención de ir de compras y ese no era el motivo por el que había ido allí. Últimamente le rondaba la idea de contactar con Ian y plantearle que se divorciasen de manera formal; de hecho, llevaba ya varios meses dándole vueltas, pero acababa evitando dar el paso por lo que tenía de decisión final. Sin embargo, era cobarde por su parte (por parte de ambos) dejar que la situación se prolongase de ese modo. En ese momento estaba a tan solo unos quinientos metros del piso de Ian —del piso que había compartido con él durante tanto tiempo— y sería fácil llamarlo, quedar para conversar de forma amigable en una

cafetería y ver adónde les llevaba la conversación. Y además, hasta cierto punto, sería grato volver a verlo...

Sophie se sentó en un banco de la plaza de la catedral y dejó que le diera el sol. En pleno centro de Birmingham, se dio cuenta de que estaba rodeada de cosas que le recordaban a él. Justo enfrente, en Colmore Row, estaba el edificio en el que había asistido al curso de educación vial. A sus espaldas, en Corporation Street, estaba la tienda de caramelos que Ian había intentado proteger durante los disturbios del verano de 2011 y había salido malparado. Recordar esa semana significaba reactivar una compleja cadena de recuerdos... La imagen más vívida –sorprendentemente más vívida que la del momento en que Ian le propuso matrimonio en el hospital– era la de dirigirse con el coche hacia el hospital con Helena y el profundo silencio que se generó entre ambas después de que la madre de Ian pronunciase unas palabras imposibles de olvidar: «¿Lo ves?, él tenía razón. “Ríos de sangre.” Fue el único que tuvo la valentía de decirlo...» Sophie pensó que era sorprendente cómo algunas personas recordaban ese discurso, se aferraban a él, ese discurso que había pronunciado para la gente de Birmingham un político nacido en la ciudad, cómo les había impactado como si se tratase de la verbalización de una verdad incuestionable pero innombrable, y después esas palabras se les habían quedado agazapadas en las entrañas como un cáncer, enconadas durante..., Dios mío, ya hacía de eso cincuenta años. ¡Medio siglo! La semana anterior la BBC lo había vuelto a emitir, esta vez pronunciado por un actor, para celebrar el cincuenta aniversario (como si, pensó Sophie, fuese un aniversario que mereciese ser celebrado) y ella había oído unos minutos por la radio, y la voz nasal de Enoch Powell y las espeluznantes cadencias de su voz (muy bien imitada por el actor) le habían provocado un escalofrío, pero entonces la invadió una sensación mucho más eufórica al comprobar que allí, en ese soleado día de abril, los ciudadanos de Birmingham – mayoritariamente gente joven– vivían felices, aceptando sin ninguna tensión esa mezcla de culturas que la mente retorcida y cerrada de Powell había imaginado que desembocaría en violencia. Recordó la respuesta desdeñosa de Sohan, años atrás, cuando Lionel Hampshire describió a sus compatriotas como gente por lo general acogedora y de trato fácil –todo lo contrario del racismo revestido de buenos modos de Powell–, pero ella no pudo evitar pensar que el escritor tenía razón, no solo sobre los ingleses, sino sobre la gente en general. De no ser así, ¿qué esperanza había?

Empezó a caminar por Waterloo Street, atravesó Victoria Square, la zona en que antes estaban la vieja Biblioteca Central –ahora desaparecida– y el pub The

Grapevine –también desaparecido– hasta que emergió en Centenary Square. Estaba a solo cien metros del piso de Ian, pero siguió caminando, dejó atrás el Centro Internacional de Convenciones y salió a Brindley Place, donde se quedó un rato, en el puente sobre el canal, contemplando el paso de la gente de compras por los caminos de sirga. Era mediodía y los paseantes empezaban a buscar sitios donde comer. Sujetaba con la mano el móvil, que llevaba en el bolsillo del pantalón, y de nuevo se estaba planteando si llamar o no a Ian cuando de pronto –como un presagio– notó una palmadita en el brazo y al volverse se topó con dos personas con las que no esperaba para nada encontrarse allí, dos personas a las que reconoció, pero con las que no había hablado desde antes de su separación: Grete, la antigua empleada del hogar de la señora Coleman, y su marido Lukas.

Iban cargados de bolsas con compras y demasiado abrigados para el tiempo que hacía. Iban a un Pizza Express a comer e invitaron a Sophie a que se uniera a ellos.

Durante el almuerzo hablaron de vaguedades –el tiempo, el restaurante como negocio, las tiendas nuevas del centro– y evitaron mencionar el asunto (más bien a la persona) que había provocado que se conocieran. Pero acabada la comida, cuando llegaron los cafés, Sophie les preguntó si sabían algo de Ian o la señora Coleman. La pregunta pareció incomodarlos.

–La verdad –dijo Lukas– es que a veces nos cruzamos con Helena en el pueblo, pero no tenemos una buena relación con ella. En cuanto a Ian...

–Creo que últimamente no ha estado mucho por aquí –dijo Grete–. Al menos no durante los últimos dos meses.

–¿Por qué piensas eso? –preguntó Sophie. Parecía que hubiera algún motivo en particular.

–Hace unos meses sucedió algo –dijo Lukas–. Algo feo... Muy desagradable para todos los implicados.

–Nosotros nos vimos involucrados –añadió su mujer–. De hecho, fuimos los causantes. Lo cual, debo decir, me hace sentirme muy mal. Al parecer Ian y su madre se pelearon y nosotros fuimos la causa de esa trifulca.

–No digas eso –le recriminó Lukas–. No te culpes por lo sucedido. No nos culpes. Nosotros no hicimos nada malo. Tú, por si se te ha olvidado, fuiste la víctima.

Ambos se callaron. Era obvio que el tema les incomodaba, pero aun así Sophie sentía una curiosidad irrefrenable.

–Si no queréis hablar de esto... –dijo, esperando todo lo contrario.

–No, no pasa nada –dijo Grete–. Es mejor que lo sepas. La verdad es que no sé cómo están las cosas en este momento entre Ian y tú, pero... creo que esto te interesará.

Sophie asintió y con la mirada invitó a Grete a que se lo contase. Ella, tras unos segundos de duda, empezó:

–Recuerdas la tienda del pueblo, ¿verdad?

–Por supuesto.

–Bueno, pues esto sucedió en la tienda en febrero. Era un sábado a mediodía y recuerdo que hacía mucho frío, de modo que no había muchos clientes, aunque, como ya sabes, esa tienda nunca está muy llena. Pero esto es lo de menos. Empezó así. Éramos cuatro personas en la tienda. Dos personas detrás del mostrador atendiendo a dos clientes. El otro cliente era un hombre, de unos veinticinco o treinta años. Creo que venía de un pub o de algún sitio por el estilo porque era obvio que había estado bebiendo y quería comprar más alcohol, unas latas de cerveza. Yo estaba comprando cuatro cosas, pasta de dientes, trapos de cocina y alguna otra cosilla. Pero admito que estaba siendo algo maleducada, haciendo algo que normalmente no hago: hablar por teléfono mientras pagaba. La verdad es que es algo que me molesta mucho que haga la gente, pero me había llamado mi hermana y yo estaba muy contenta porque hacía mucho que no sabía de ella y estaba empezando a preocuparme. De modo que hablaba con ella mientras pagaba y salía de la tienda. En nuestro idioma, como es obvio.

»Entretanto, el otro cliente, el jovencito, estaba en el otro mostrador y parecía que tenía algún problema a la hora de pagar. Quería pagar con tarjeta, pero la máquina no se la aceptaba. Y estaba quejándose a la empleada. El chico no llevaba efectivo, solo tenía la tarjeta, y al final tuvo que desistir de comprar las latas de cerveza. Pero estaba furioso. Sacó la tarjeta del lector y la estampó contra el mostrador y, cuando ya se disponía a salir, me vio. O más bien me oyó. Me vio saliendo de la tienda mientras hablaba por teléfono en otro idioma con mi hermana y se quedó mirándome. No me gustó la manera como me miraba, de modo que aparté la mirada, pero ya era demasiado tarde. Decidí salir de la tienda y entonces vi a la señora Coleman que venía hacia mí, porque iba a entrar, pero no nos dijimos ni hola, porque de pronto ese hombre se puso a gritarme. Me gritó: “Apaga el puto móvil”, y cuando ya estábamos los dos en la calle, me agarró del brazo y me preguntó: “¿Con quién hablabas?”, y añadió: “En este país hablamos en inglés”, y me llamó puta polaca. Yo no le respondí, no iba a corregirle, de todos modos ya estoy acostumbrada a que la gente me tome por polaca; no le hice ni caso, pero él no estaba dispuesto a parar, agarró mi teléfono,

me lo arrebató, lo tiró al suelo y empezó a pisotearlo. –A Grete se le habían humedecido los ojos y le temblaba la voz mientras evocaba el incidente–. El tipo ese siguió con que si polaca no sé qué, polaca no sé cuántos, no soy capaz de repetir las palabras que dijo, y me soltó: “Ya no tenemos por qué soportar.. a la gente como vosotros” (“gente” tampoco fue la palabra que utilizó) y me escupió. Me escupió de verdad. Por suerte no me dio en la cara, pero...

Grete temblaba visiblemente y se cubrió la cara con las manos. Lukas la abrazó. Sophie se inclinó sobre la mesa y le acarició la mano.

No parecía que fuese capaz de acabar de contar la historia, de modo que fue Lukas quien la continuó:

–Grete se quedó muy alterada por culpa de ese episodio. Traumatizada. Era la primera vez..., quiero decir que después del referéndum los dos habíamos notado cierto cambio en la manera en que la gente, alguna gente, se dirigía a nosotros o nos miraba cuando nos oía hablar, incluso cuando hablábamos en inglés, pero era la primera vez que sucedía algo así, tan agresivo y violento. Al final decidimos que debíamos acudir a la policía y denunciarlo. El tipo se había metido en su coche y se había largado, y no teníamos el número de la matrícula ni nada parecido, pero pensamos que no sería difícil encontrarlo. Pero también pensamos que sería de gran ayuda contar con algún testigo, de modo que decidimos telefonar a la señora Coleman, porque ella lo había visto todo.

»Fuimos a verla a su casa a la mañana siguiente, que era domingo, y al llegar vimos que el coche de Ian estaba aparcado fuera.

–Si te digo la verdad –volvió a intervenir Grete, que ya parecía haberse rehecho–, me alegré, porque siempre me había parecido que era un poco más fácil hablar con Ian y, espero que no te importe que diga esto, siempre me había parecido un poco... más amable que la señora Coleman. Me refiero a que trabajé varios años para ella y pasaba muchas horas en su casa, pero yo nunca sentí...

–Sé a qué te refieres –dijo Sophie.

Grete esbozó una sonrisa de agradecimiento y continuó:

–Bueno, fue Ian quien nos abrió la puerta. Se mostró encantado de volver a vernos, muy afable y cariñoso. Él y su madre habían estado tomando el té en la cocina. Nosotros íbamos con nuestra hija Justina y, aunque se porta muy bien, no queríamos causarles ninguna molestia, de modo que Lukas se llevó a Justine a la sala y se puso a jugar con ella mientras yo hablaba con Ian y su madre. Ian me pidió que me sentase y me ofreció una taza de té, pero yo le dije que no, que no me iba a quedar mucho tiempo. Me senté a la mesa de la cocina entre ellos dos y apenas había empezado a hablar cuando la señora Coleman empezó a recoger la

vajilla del té y a llevarla al fregadero para lavarla. No es que no escuchase, porque creo que sí lo hacía. Era más bien como si supiera lo que le iba a pedir y quisiera prepararse la respuesta. Le conté a Ian lo sucedido y de hecho ellos dos ya habían hablado del tema y él se mostró muy cariñoso y solidario, y entonces les dije que habíamos decidido denunciarlo a la policía y que nos gustaría contar con la señora Coleman como testigo para que ratificara lo sucedido.

»Helena seguía junto al fregadero, con las manos sumergidas en el agua y mirando por la ventana de la cocina. Ian le dijo: “Esto estaría muy bien, ¿no crees, mamá? Quiero decir que tú viste lo que pasó.”

»Al principio ella no dijo nada, pero al final respondió: “Sí, lo vi.”

»Esperamos a que añadiera algo más. Esperamos un buen rato.

También Sophie esperó a que Grete continuase. Pese al ruido de cubiertos y al constante trajín de gente en el concurrido restaurante, podía oír y visualizar la escena a la perfección: el terrible silencio en aquella cocina demasiado familiar; el sonido del agua en el fregadero cuando Helena movía las manos; los ojos de Helena, de un azul muy claro, acuosos, legañosos, clavados en las rosaedas del jardín que su marido había plantado años atrás; los capullos todavía por abrir, las flores que todavía tenían que florecer. Se recordó a sí misma sentada en ese jardín el día que conoció a la madre de Ian. Recordó la fuerza con la que la anciana la había agarrado del brazo, la perturbadora fuerza y firmeza de aquellos ojos.

–Por fin –continuó Grete–, Helena habló. Habló en voz baja y con un tono triste. Una tristeza no impostada. Eso, de algún modo, fue lo que lo hizo más hiriente. Dijo... –Grete tomó aire. Era obvio que le dolía recordar aquellas palabras–. Dijo: «Creo que en realidad sería mejor que tú y tu marido volvierais a vuestra casa.»

»La verdad es que en un primer momento no lo entendí. Pensé que se refería a nuestra casa en la otra punta del pueblo. Pero no era eso lo que quería decir. “Me temo”, continuó (y, por cierto, debo admitir que siempre me desconcierta el modo en que los ingleses utilizan estas palabras, como si realmente les asustase decir algo horrible, cuando obviamente es la persona a la que se están dirigiendo la que debería estar asustada; es algo muy raro, no creo que haya nada semejante en otros idiomas), en cualquier caso, “Me temo”, dijo, “que lo que sucedió ayer va a seguir sucediendo, de una u otra forma. Tenía que acabar sucediendo. Es inevitable.”

»“¿Inevitable?”, repetí. Pero ella no volvió a abrir la boca.

»Yo me quedé allí sentada, tratando de asimilar lo que me había dicho. Y me

quedé sin palabras. De pronto Ian dijo algo como: “Mamá, lo único que te pide es que cuentes lo que sucedió”, pero yo me levanté, lo detuve y le dije: “No pasa nada, Ian. Tu madre lo ha dejado muy claro. Sé exactamente lo que ha querido decir. Me voy.”

»Salí sin perder un segundo de la cocina y fui a la sala de estar, donde Lukas y Justina estaban jugando. Recogí a mi hija y dije: “Venga, nos vamos” y me la llevé hasta la puerta de la entrada. Él –miró a su marido– me siguió, sin entender muy bien qué estaba pasando. Ian se plantó ante la puerta e intentó impedir que me marchase, pero lo aparté y llevé a Justina directamente al coche.

–Yo también fui hasta el coche –dijo Lukas–, para intentar averiguar qué había sucedido. Pero Grete no quiso decírmelo. Sentó y aseguró a Justina en el coche sin soltar prenda. Pero como la puerta de la casa seguía abierta volví, me metí por el pasillo y cuando llegué a la cocina vi a Ian y a su madre discutiendo.

–¿Qué le decía él? –preguntó Sophie.

–No lo recuerdo. Discutían elevando el tono, sin llegar a gritarse, pero... era obvio que estaban muy enfadados. Era una discusión tensa. Pero no recuerdo qué decían.

–Me di cuenta de que lo que de verdad la indignaba –le contó Ian a Sophie esa noche, acostados en la cama, mientras le pasaba los dedos con delicadeza por la suave piel del hombro desnudo– era que yo no la apoyase. Eso es lo que quería de mí. Era lo que esperaba. Un apoyo incondicional. –Le besó el hombro, deslizó la mano por el delicioso altiplano del estómago de Sophie, sintió la sutil hendidura del ombligo y después la dejó reposar sobre la curva de su cadera–. No paraba de decirme: «¿De qué lado estás? ¿De qué lado?» Así es como lo veía ella. Yo no entendía cómo no me había dado cuenta antes de que ella había vivido toda su vida con esta actitud. En un estado de guerra no declarada.

Sophie le acarició el muslo. Era agradable volver a tocar el cuerpo de Ian: los músculos, la piel, los pelos cortos y sedosos de la cara interior del muslo y el vello más áspero y denso a medida que su mano avanzaba.

–¿Cuándo hablaste con ella por última vez? –preguntó Sophie.

–Esa mañana. Hace dos meses. –La besó.

–Tienes que hacer las paces con ella.

–Al final lo haremos. Pero nuestra relación nunca –volvió a besarla– volverá a ser como antes.

–La nuestra tampoco –dijo Sophie, con el corazón acelerado al notar que la

mano de Ian empezaba a rodearle el pecho.

–Pero al menos has vuelto –dijo él, y volvió a besarla y después le recorrió suavemente el mentón con los labios–. ¿Te quedarás?

–Ya veremos –dijo Sophie.

–¿Y qué vais a hacer ahora? –les había preguntado Sophie a Grete y Lukas cuando salían del restaurante a la soleada tarde.

–¿Ahora? –Lukas consultó el reloj–. Supongo que haremos algunas compras más y después volveremos...

–No me refería a esta tarde –dijo Sophie–. Me refería a... si os quedaréis en el pueblo.

–De hecho –respondió Grete–, vamos a seguir el consejo de la señora Coleman.

–¡No! No podéis ir por eso.

–No es por eso –dijo Lukas–. Es porque...

–Estamos hartos de Inglaterra... –dijo Grete.

–Eso es... Creemos que hay otros países en los que la vida será más fácil para nosotros.

–¿Qué otros países?

–No lo tenemos todavía claro. Tenemos tiempo para decidirlo. Le hemos dicho al casero que vamos a dejar el piso, pero no tenemos que hacerlo hasta final de agosto.

Sophie los miró, cogidos de la mano junto al canal y supo que estaba contemplando a dos personas que habían tomado una decisión.

–Es una verdadera pena –dijo.

–En realidad no –replicó Lukas–. Siempre es bueno cambiar de aires.

–¿Y tú qué vas a hacer? –le preguntó Grete.

Ambos habían puesto todo su empeño en convencerla de que telefonease a Ian lo antes posible. Pero Sophie había decidido actuar de un modo más directo. Y así, tras despedirse de ellos junto a la entrada del Teatro de Repertorio de Birmingham y contemplar cómo sus siluetas se iban empequeñeciendo al pasar junto al Memorial en dirección a Paradise Place, se puso a caminar hacia la parte trasera del teatro y con paso tranquilo pero decidido se dirigió al edificio de apartamentos en el que ella e Ian habían compartido años de vida matrimonial. Obviamente no había olvidado los cuatro dígitos del código para entrar en la portería. Y todavía tenía la llave del piso, pero en esa ocasión no la utilizó. En

lugar de eso pulsó el timbre, y cuando Ian le abrió, con la expresión de perplejidad y leve resentimiento de alguien a quien acaban de interrumpir en pleno partido de fútbol televisado, ella le dijo sin más:

–Hola, desconocido.

Mayo de 2018

Coriander había hecho los exámenes finales y estaba esperando los resultados. Tal vez por matar el tiempo –o acaso para reconstruir los puentes con su padre– acabó aceptando pasar uno o dos días con Doug y Gail en la casa de Earlsdon. Fue una visita estresante pero sobre todo anodina, marcada por la extenuante amabilidad por ambas partes. Cuando se dio por concluida la tarde del 17 de mayo de 2018, ella y su padre fueron juntos a la estación de Coventry: Coriander regresaba a Londres y Doug iba a Birmingham para acudir (con los sentimientos encontrados que siempre le invadían en estas ocasiones) a una reunión con viejos compañeros de colegio. Era un paseo de veinte minutos bajo el sol suave de un atardecer de verano y Coriander impuso un paso ligero.

–¿No puedes ir un poco más despacio? –le pidió su padre, porque ella ya iba dos o tres metros por delante de él–. Cualquiera diría que te da vergüenza caminar a mi lado.

–Pues sí.

–Qué encanto.

–¿Qué quieres que te diga? Es por el traje. El traje de pingüino. Pareces un miembro de la clase dirigente encantado de serlo. Es muy embarazoso.

–No es culpa mía que haya un código de vestimenta en la reunión.

–Oh, por favor. Hace unos años habrías dicho «que les den por saco» y te habrías puesto traje y corbata. En tu vejez te has convertido en un lacayo.

Doug aceleró para alcanzarla.

–En mi *madurez*, querrás decir, no soy un viejo.

–Lo que tú digas.

Doug le pasó el brazo por los hombros y para su alivio, al menos durante uno o dos minutos, ella no trató de sacárselo de encima.

–¿Benjamin va a ir? –preguntó Coriander.

–Sí. ¿Por qué, quieres que le diga algo?

–No.

–Porque si me das un mensaje para él, yo se lo transmito y él a su vez se lo

puede hacer llegar a Sophie. –Miró a su hija, que mantenía el rostro inexpresivo–. Podría ser..., no sé..., una disculpa o algo semejante.

–Me disculparía –replicó ella– si hubiera hecho algo mal.

–Le fastidiaste un año entero de su vida.

–Durante el cual escribí un libro y presenté una serie de televisión. Entretanto, el setenta por ciento de las personas trans de este país piensan en el suicidio. Sé de qué lado estoy. Así que déjalo correr, papá. No pienso disculparme.

En la estación se dieron un beso de despedida y Doug cruzó el puente peatonal que llevaba al andén por el que pasaban los trenes en dirección a Birmingham. Llegó un tren casi de inmediato, pero se quedó parado en la estación un buen rato. De modo que Doug, sentado junto a una ventanilla, podía observar a su hija esperando el tren en el andén de enfrente. Su carácter fuerte, su obstinación, su negativa a transigir en nada quedaban bien reflejados en la actitud y postura que adoptaba, en el modo como colocaba los pies en el andén, el ceño medio fruncido mientras miraba impaciente a lo lejos, el total desinterés por el resto de los pasajeros. Doug tenía la esperanza de que, tarde o temprano, se sosegaría, dejaría atrás esta rabia ante el mundo y más concretamente ante el mundo que la generación de él le había legado. Habían hablado de disculpas, pero de pronto se dio cuenta de que era él quien estaba agobiado por una permanente sensación de deber una disculpa, una disculpa a ella en primer lugar y después a todos sus amigos y compañeros de generación. ¿Realmente Doug y sus compañeros de generación la habían cagado tanto? Tal vez sí. El país estaba en esos momentos por los suelos: irritado, fracturado, gimoteando bajo la presión de la política de austeridad que parecía no tener fin. Quizá fuera inevitable que Coriander lo despreciara por su parte de culpa en el desaguisado, por pequeña que fuese. Tal vez ya era hora de aprender de ella, de recordarse a sí mismo que había ciertos principios que jamás deberían abandonarse o dejar que se diluyesen, y que no necesariamente era algo encomiable gravitar hacia el centro del campo en busca de una vida tranquila...

Con un gesto instintivo, tiró de la pajarita que le estaba estrangulando el cuello. Estaba a punto de deshacer el nudo, pero se detuvo. Después de todo, era capaz de reconocer un gesto inútil cuando lo veía.

Mientras recorría el camino principal del colegio King William, con una avalancha de recuerdos proustianos a cada paso que daba y cada vez que miraba

a un lado u otro (el laboratorio de ciencias a la derecha, el antaño prohibido reino del colegio de las niñas a la izquierda), vio a Benjamin unos metros por delante, cerrando la puerta del coche, que acababa de aparcar. Caminaron juntos hasta el comedor, donde una pancarta multicolor anunciaba «El colegio King William da la bienvenida al curso de 1978» y allí se encontraron con Philip Chase y Steve Richards, que ya los esperaban en la punta de una de las largas mesas con bancos corridos.

–¿Quién demonios es toda esta gente? –preguntó Steve, mirando el océano de cabezas con escaso pelo, gafas de montura metálica, hombros caídos y barrigas considerables–. No reconozco a nadie. Todos me parecen iguales.

–Supuestamente también venían varios profesores. El señor Serkis dijo que vendría.

Steve soltó una carcajada y dijo:

–Me encanta que sigas llamándolo «señor».

–¡Mirad! –dijo Phil–. ¿No es ese Nick Bond?

–No, no es él. Ese es David Nagle. Lo reconocería en cualquier sitio.

–¿Nos acercamos a saludarle?

–Dejémoslo correr. Cuarenta años atrás no teníamos demasiados intereses en común. Y ahora todavía menos.

–¿Entonces qué hacemos aquí? ¿Para qué hemos venido? Podríamos haber ido a cenar a un chino tranquilo.

–Allí –dijo Doug– está la razón por la que hemos venido.

Los demás dejaron de hablar y siguieron su mirada hacia la puerta del comedor, por donde acababa de entrar Ronald Culpepper. Estaba conversando con el actual director del colegio, que le hablaba con deferencia mientras lo acompañaba a la silla central de la mesa presidencial.

–¿Has venido hasta aquí –quiso saber Steve, incrédulo para escuchar a este gilipollas hablando de –cogió el folleto impreso de la reunión– «Oportunidades globales en la Gran Bretaña post-Brexit»?

–No –respondió Doug–. He venido porque al acabar la cena voy a tener una conversación con él. Y en cuanto a su discurso de mierda, no sé vosotros, pero yo no me voy a quedar a escucharlo.

Fiel a su palabra, en cuanto terminaron los postres y el director de la Fundación Imperium se levantaba, Doug lideró una bien coordinada fuga de su sector de la mesa. Lo siguieron Philip, Steve y Benjamin, que emprendieron la salida del comedor con un orquestado estruendo de tintineo de cubertería, ruido de bancos arrastrados por el suelo en el preciso momento en que Culpepper

empezaba a hablar. Los otros cincuenta o sesenta invitados se volvieron a mirarlos mientras avanzaban hacia la puerta. Fue un gesto infantil, pero muy placentero. Además, después de tanta comida pesada y vino tinto barato, fue un alivio salir a que les diera el aire y disfrutar de los últimos minutos del sol del atardecer.

Caminaron por el sendero que daba la vuelta al perímetro de los edificios del colegio, la mayor parte de ellos ejemplos de las fachadas de ladrillo visto típicas del periodo de entreguerras y demasiado familiares para ellos, y otros de construcción más reciente y extrañamente desconocidos para todos; el más destacado de estos últimos era el nuevo centro de plegarias, construido para albergar al treinta por ciento de alumnos del King William que practicaban la fe islámica. No tardaron en llegar a la ladera cubierta de hierba que llevaba a los campos de deporte, donde los postes de rugby se alzaban espectrales e imponentes en el ocaso veraniego, como inexplicables monumentos de una antigua civilización. Se sentaron en la hierba, como habían hecho casi cuarenta años atrás una calurosa tarde de verano al final de curso, con unas latas de cerveza que trajo Doug, pero que Benjamin se abstuvo de beber, consciente de sus responsabilidades como delegado de la clase. El recuerdo de aquella tarde le hizo sonreír y le evocó otras imágenes.

–¿Os acordáis –dijo, mirando hacia el norte la pared de la piscina cubierta construida detrás de la capilla del colegio que nos hacían nadar en pelotas si nos habíamos olvidado el bañador?

–Oh, sí –dijo Phil.

–Lo sorprendente –añadió Steve– es que nuestros padres les permitiesen hacerlo. Hoy en día alguien alertaría de inmediato a la policía y a los servicios sociales. O al menos sería lo esperable.

–Es cierto –comentó Phil–. Muchas cosas que en los setenta nos parecían normales hoy se considerarían un abuso.

–Bueno, de todas formas salimos indemnes –dijo Benjamin, a lo que Doug replicó:

–¿Tú crees? –Y durante un rato la pregunta quedó suspendida en el aire, categórica y sin respuesta.

–A veces es bonito volver la vista atrás –comentó por fin Benjamin, a la defensiva.

–La nostalgia es una dolencia inglesa –sentenció Doug–. Los ingleses estamos obsesionados con el maldito pasado, y mirad adónde nos ha llevado eso recientemente. Los tiempos cambian. Hay que lidiar con ello.

–Bueno, pues tú no lo has hecho –dijo Benjamin.

–¿Perdón?

–No has cambiado mucho. Por lo que veo, sigues haciendo generalizaciones sobre el carácter nacional inglés. «La sutileza es una dolencia inglesa», dijiste la última vez.

–¿Qué? ¿Cuándo he dicho yo eso?

–Lo dijiste aquí, hace cuarenta años, cuando discutíamos sobre un titular de la revista del colegio.

–¿Dije que la sutileza era una dolencia inglesa?

–Sí.

–Lo recuerdo –intervino Phil–. Fue cuando hicimos aquel artículo sobre Eric Clapton poniéndose en plan Enoch Powell en el concierto en el Odeon.

–¿Cómo podéis acordaros de algo que pasó hace tanto tiempo? –preguntó Doug–. Es a esto a lo que me refiero, estáis todos obsesionados con el pasado. Lo recordáis todo demasiado bien y pensáis en ello demasiado. Es hora de mirar hacia delante. Tenemos que concentrarnos en el futuro.

–Estoy de acuerdo –dijo Steve.

–Yo tengo una editorial dedicada a la historia –señaló Phil–. No tengo otro remedio que pensar en el pasado.

–Y en mi caso, quiero que sepáis que estoy muy enfocado hacia el futuro –dijo Benjamin–. Acabo de tomar una importante decisión.

Doug resopló y preguntó:

–¿En serio? ¿A partir de ahora vas a comprar cuadernos verdes en lugar de azules?

Los demás se rieron, pero Benjamin zanjó el tema anunciando:

–Lois y yo nos vamos a vivir a Francia. –Dejó pasar unos instantes para disfrutar del pasmo de sus amigos y continuó–: Ella ha dejado a Christopher. No quiere vivir cerca de Birmingham. No quiere quedarse más tiempo en este país. Pero no quiere irse sola. Así que le ofrecí irme con ella. Vamos a buscar una casa en la Provenza; tenemos el dinero de la venta de la casa de mi padre y de la mía. Ella quiere encontrar algo lo bastante grande para poder tener huéspedes. Huéspedes de pago. –Los miró uno a uno–. Estáis todos invitados cuando os apetezca una escapada –les aseguró–. Os haremos descuento.

La oscuridad se adueñaba rápidamente de los campos de deporte. Les llegó el rumor de lejanos aplausos desde el comedor. Doug se levantó y se sacudió la hierba de los pantalones del esmoquin. Le dio una palmada en el hombro a Benjamin.

–Colega, creo que has tomado la decisión más adecuada –le dijo–. Pero ahora, si me disculpáis, parece que el discurso ha terminado y no sé si Ronnie se va a quedar por aquí mucho rato. Ha llegado el momento de mantener nuestra pequeña charla. Tíos, cuando acabe ya os buscaré.

Mientras se encaminaba apresuradamente hacia los cada vez más tenues aplausos, Steve le gritó:

–¡No hagas ninguna tontería!

El instinto de Doug resultó estar en lo cierto. Ronald Culpepper, inmaculadamente delgado, ya estaba esperando en el exterior del comedor, con su esmoquin, la gabardina de verano colgada del brazo y la calva de la coronilla reluciendo bajo la luz de la farola mientras hablaba por el móvil en voz baja. «Está esperando a su chófer», pensó Doug, deduciendo –de nuevo correctamente– que un invitado tan distinguido no habría acudido a la cena conduciendo él mismo su coche y tampoco en un Uber. En unos minutos aparecería un Daimler o un vehículo similar para recogerlo. Doug tenía que actuar con rapidez.

Culpepper lo vio y lo reconoció cuando aún estaba a unos metros de él e hizo una mueca de resignado desprecio. Cuando los dos adversarios se saludaron, no hubo apretón de manos.

–Ronald –dijo Doug.

–Douglas –replicó él.

–¿Ya te marchas? ¿No te quedas para firmar autógrafos?

–Si estás celoso –dijo Culpepper– porque me han pedido a mí y no a ti que diera el discurso en esta reunión de exalumnos, tal vez deberías pensar en quién de los dos representa mejor los valores del colegio. Aunque, claro está, siempre te queda el recurso de obligar a tus amigos a realizar un patético acto de rebeldía. Que, por cierto, no ha impresionado a nadie. Como mucho, la gente se ha sentido un poco avergonzada.

–Hemos salidos por razones médicas. No estábamos seguros de que nuestra presión sanguínea resistiese escucharte durante veinte minutos.

Culpepper mostró una sonrisa despectiva.

–Sigues empeñado en esas batallas anticuadas, ¿verdad, Doug? Han pasado cuarenta años y nada ha cambiado.

–Cuarenta años no es tanto tiempo en la evolución del mundo. Y no es que la batalla sea «anticuada». Es que es la misma batalla. La batalla que nunca cambia.

–Tal vez para ti. Otros hemos seguido adelante.

Culpepper consultó su reloj. Su chófer tardaba más de lo deseable.

–¿Y en qué andas tú últimamente? –le preguntó Doug–. Háblame un poco de la Fundación Imperium y de a qué se dedica.

Culpepper hizo una mueca de incomodidad cuando Doug mencionó ese nombre, pero recuperó enseguida la compostura.

–Es un *think tank* muy respetado –dijo–. La información sobre la fundación está disponible en internet.

–¿Quién la dirige?

–Si pretendes identificar a algún siniestro cartel o una conspiración, no estás de suerte –dijo Culpepper, y empezó a avanzar por el camino en dirección a las puertas del recinto del colegio–. No somos más que un grupo de hombres de negocios británicos que intentan conseguir lo mejor para su país en todos los ámbitos posibles. Ni siquiera tú puedes objetar nada a este planteamiento.

–Es cierto. No podría. Si me creyese una palabra de lo que me cuentas.

–Tu problema, Anderton –replicó Culpepper, deteniéndose y volviéndose hacia él–, es que nunca te has tomado la molestia de intentar entender cómo funcionan los negocios, ni te has tomado la molestia de intentar entender qué es el patriotismo. Si lo hubieras hecho, te habrías percatado de que ambas cosas pueden ir felizmente de la mano. ¿Sabes?, me leo tus columnas. Siempre es interesante saber qué piensa la oposición. Pero me temo que nunca me he quedado muy impresionado. Tus análisis son superficiales y desde el referéndum todo el mundo ha podido ver lo que algunos de nosotros veíamos desde hace tiempo. Tú y tus petulantes colegas antielitistas sois en realidad la verdadera élite, y ahora el pueblo se os ha vuelto en contra y eso no os gusta.

Doug reflexionó unos instantes sobre esas palabras y negó con la cabeza.

–Lo siento, Ronnie, pero no te lo compro.

–¿Comprarme qué?

–¿Sabes?, cuando oigo a alguien como tú hablar de «el pueblo», mi detector de gilipolleces enloquece. Tengo la sensación de que te has pasado toda tu vida adulta intentando poner toda la distancia posible entre tu persona y «el pueblo». ¿Utilizas el transporte público, o el Sistema Nacional de Salud, o mandas a tus hijos a colegios públicos? Por supuesto que no. Lo último que te apetece es entrar en contacto con los proletarios. Pero el Brexit, por un motivo u otro, ha sido tu sueño húmedo durante años, y ahora, en cuanto «el pueblo» ha votado lo que llevas años rezando para que suceda, de pronto te llenas la boca con «el pueblo». No has tenido ningún escrúpulo en utilizarlos, como has utilizado a

todo el mundo. La gente como tú opera de este modo. Pero espero que seas consciente de que en este caso estás jugando con fuego.

–¿Jugando con fuego? Por el amor de Dios, cómo te gusta dramatizar.

–No estoy dramatizando. Todos sabemos que este país en estos momentos está lleno de ira y para conseguir lo que queríais habéis tenido que mantener viva esta ira. Pero la gente canaliza la ira de formas muy diferentes. Algunos refunfunan mientras se toman el té, resoplan al leer el *Daily Telegraph* y votan a favor del Brexit, y todo esto está muy bien. Pero hay otros que una buena mañana salen a la calle con varios cuchillos ocultos en el chaleco militar y acuchillan a su diputada local hasta matarla, y eso ya no está tan bien, ¿no crees? Y cuanto más azuzan la ira los periódicos utilizando palabras como «traición» y «motín» y «enemigo del pueblo», más probabilidades hay de que vuelva a suceder algo parecido.

Habían llegado al final del camino de acceso al colegio. Bastante desesperado, Culpepper miró a derecha e izquierda de la calle, pero no había ni rastro de su coche.

–No acabo de entender –dijo– qué tiene que ver todo esto con...

Doug lo interrumpió en mitad de la frase cuando lo agarró de la pajarita y la utilizó para tirar de él con violencia hasta que quedaron con las caras prácticamente tocándose.

–Ronnie, ¿sabes quién es Gail Ransome? ¿Sabes con quién vive desde hace algún tiempo? Apuesto a que sí. ¿Sabes lo que es ver a la mujer a la que amas llorando en tus brazos porque recibe amenazas de muerte todo el día? ¿Llorando porque su hija está asustadísima? –Tiró de la pajarita, retorciéndola hasta que el rostro de Culpepper empezó a adquirir una tonalidad violácea–. ¿Y bien? ¿Sabes lo que es eso? ¿Lo sabes?

–Suéltame, puto animal.

Las palabras le salieron sin apenas aliento, estranguladas. Se miraron, con los ojos a escasos centímetros, durante diez segundos o más, mientras la cara de Culpepper se ponía cada vez más morada. Finalmente, Doug relajó el puño en el momento en que un enorme BMW negro se detuvo junto a ellos. Sin decir palabra, Culpepper abrió la puerta trasera y se metió en el vehículo, frotándose el cuello enrojecido por la presión del cuello del esmoquin. Miró a Doug mientras el coche arrancaba, pero a ninguno de los dos se le ocurrió una última frase lapidaria. El repugnante hedor del odio siguió flotando en el aire incluso después de que el coche se perdiera de vista.

Entretanto, también Benjamin estaba llevando a cabo una misión personal, pero esta era de carácter más reflexivo. Rehízo el camino que tenía grabado en la memoria pese a las varias décadas que habían pasado desde la última vez que lo recorrió, entró en el edificio principal del colegio y subió por la escalera hasta el pasillo del piso superior, giró a la izquierda y una puerta en forma de arco le dio acceso a otro tramo de escalera de piedra más recóndito y más empinado. Era la entrada al pasillo Carlton, una zona del colegio que en su época solo era accesible a los alumnos del último curso, e incluso entre ellos solo a unos pocos privilegiados. La primera sala a la que se accedía, a la izquierda, era la sala de reuniones del Club Carlton, donde la selecta minoría que había sido elegida para formar parte de esta organización de élite (por un comité secreto cuyos razonamientos para tomar la decisión nunca se explicaban) podían sentarse en butacas de cuero para leer el *Times*, el *Telegraph*, *Punch* o el *Economist* y cualquier otra publicación que se considerase, en aquella ingenua época, de lectura recomendable para los futuros líderes del país. En la actualidad parecía utilizarse como una sala más inclusiva para alumnos de último curso. De todas formas, Benjamin pasó de largo y se dirigió a un par de habitaciones al final del pasillo, donde algún visitante que lo había precedido ya había encendido las luces del techo. Allí él y sus amigos las tardes de los viernes solían montar la edición semanal del periódico del colegio, que se llamaba *The Bill Board*. Se generaban discusiones editoriales de alto voltaje, con Doug siempre empeñado en llevar las cosas hacia lo políticamente comprometido, mientras que Benjamin plantaba cara con los temas culturales y literarios que iban a ser su principal interés –aunque sin saberles sacar mucho partido económico– en el futuro. En la primera habitación había una enorme mesa rectangular y bastante baja alrededor de la cual se sentaban. Benjamin echó un vistazo a la habitación y se acercó a la ventana para comprobar si la vista le despertaba algunos recuerdos. En un primer momento, lo único que vio fue su propio rostro de hombre de mediana edad reflejado en el cristal, de modo que dio un manotazo a un interruptor y, de manera inesperada, todo el pasillo quedó casi a oscuras. Pasó a la otra habitación y de inmediato vio la silla y el escritorio donde solía escribir sus reseñas de teatro y libros. Desde allí se veían los tejados del colegio y, más allá, los dos robles que flanqueaban el camino de acceso desde el sur y que ahora se mantenían erguidos y vigilantes en ese anochecer de verano sin viento.

Benjamin se sentó en la silla y miró por la ventana. En el exterior la oscuridad todavía no era total; la tenue luz era plácida y relajante y en unos segundos le invadió el familiar y grato placer de estar a solas. Obviamente, había sido

estupendo volver a ver a los viejos amigos, pero siempre se sentía más cómodo a solas. Aunque muchas veces se aburría de sus propios pensamientos, sin embargo, disfrutaba de sus predecibles recorridos y patrones. Era allí, en esa silla, donde se quedó solo, después de que todos sus compañeros se marchasen, una gélida tarde de enero de 1977, hasta que pasados unos minutos se percató de que en realidad no estaba solo y que Cicely Boyd lo esperaba en la otra habitación, sentada –o más bien recostada– en la mesa de redacción, de espaldas a la puerta y con un pie descalzo bajo el trasero, con el famoso cabello dorado recogido en una coleta que le llegaba casi hasta el coxis. Lo primero que alertó a Benjamin de su presencia (su trascendental presencia que a él le iba a cambiar la vida) fue el olor del humo de su cigarrillo. El recuerdo seguía siendo tan potente –la imagen tan vívida– que casi podía oler de nuevo ese humo. Casi podía verlo flotando por la habitación, elevándose ante sus ojos en espirales y arabescos hacia el escritorio...

Benjamin emitió un grito ahogado y se volvió. Había alguien sentado detrás de él, en una silla con el respaldo contra la pared. Una silueta difusa y amorfa cuyo único elemento distinguible era el punto de luz anaranjada del resplandor del cigarrillo. Una silueta que pronunció una aciaga palabra, en voz baja, pero con un desconcertante énfasis, mientras lanzaba una bocanada de humo que se esparcía por la habitación.

–*Fantasmas...*

Benjamin reconoció la voz y cuando la silueta se inclinó hacia delante en la silla, también reconoció a quien la había pronunciado. Era el señor Serkis.

–Fantasmas, ¿verdad, Benjamin? –repitió–. En busca del tiempo perdido.

Arrastró la silla hacia delante hasta que la débil luz de la ventana dio sobre su rostro tranquilizador y lleno de arrugas.

–¿Qué hace aquí? –preguntó Benjamin.

–Supongo que lo mismo que tú. Rememorar los viejos tiempos. Perseguir fantasmas.

–Me ha dado un buen susto.

–Lo siento. ¿Un cigarrillo?

–No, gracias.

–Ya no estás en el colegio. No puedo imponerte ningún castigo.

–No fumo. Nunca he fumado.

–Sabia decisión –dijo el señor Serkis–. Aburrida, pero sabia. La sabiduría a menudo es aburrida, ¿no te has dado cuenta? Mejor ser un idiota divertido que un aburrido sabio viejo. Sé que me estoy convirtiendo en eso. –Se levantó y se

puso a pasearse por la habitación a oscuras—. Bueno, aquí es donde empezó todo, ¿no? ¿Alguna vez pensaste que volverías a estar aquí sentado con tu viejo profesor de inglés?

—Ya nada de lo que sucede me sorprende —dijo Benjamin—. Y nadie es capaz de predecir el futuro.

—Cierto. Pero yo sí sabía que todos llegaríais lejos. De eso no tenía ninguna duda.

—¿En serio? ¿Cree que hemos llegado lejos? Tal vez Doug... Pero del resto de nosotros no estoy tan seguro.

—Leí tu libro —dijo el señor Serkis—. Una vez eliminado todo el lastre prescindible, lo que ha quedado es una pequeña joya. Pequeña pero perfectamente armada. Deberías sentirte orgulloso.

—No es gran cosa —dijo Benjamin con tono triste—. No es gran cosa como legado que va a dejar uno, ¿no cree? Un pequeño libro que han leído unos miles de personas.

—Habrá más libros —dijo el señor Serkis.

—No lo creo.

—Tal vez te lleve diez años. O veinte. Pero escribirás otro, no lo dudes.

—¿Y entretanto? ¿Qué se supone que debo hacer?

—¿Qué quieres hacer?

—Lois y yo nos vamos a ir a vivir a Francia.

—Perfecto.

—Sí, pero ¿qué voy a hacer una vez que estemos instalados allí?

El señor Serkis dio una última calada al cigarrillo y lo apagó en una taza que había sobre el escritorio.

—¿No me escuchaste —le dijo— la última vez que nos vimos? En aquel pub lúgubre.

—Claro que le escuché.

—Te dije lo que debías hacer. Fue lo último que te dije. Te dije que deberías dedicarte a la enseñanza.

Benjamin se rió.

—Pensaba que lo decía en broma.

—Y así era. Una broma con un fondo serio. —Como Benjamin no dijo nada, continuó—: Siempre he pensado que serías un buen profesor.

—¿Y qué voy a enseñar en Francia?

—Enseña a la gente a escribir. A escribir y corregir. Sabes hacer ambas cosas. Y hoy en día todo el mundo quiere ser escritor, ¿no te has dado cuenta? «Todo el

mundo lleva un libro en su interior.» Eso dice la sabiduría popular. El problema es que casi nadie sabe cómo sacarlo de ahí. Y aquí es donde tú puedes ayudar.

Benjamin reflexionó un instante acerca de eso. Al principio le había parecido una locura, pero tal vez tuviera sentido.

–«La Escuela de Escritura Benjamin Trotter» –dijo, pensando en voz alta.

–Yo me pensaría un nombre con más gancho –comentó el señor Serkis–. De hecho, no será difícil encontrarlo. –Le puso la mano en el hombro, en un gesto a medio camino entre la palmada y el masaje–. Venga, vamos a ver a tus amigos. Tal vez sea la última vez que estemos todos juntos. Deberíamos como mínimo sacarnos un selfie.

El hotel Lenchford estaba en la orilla oeste del río Severn, en las afueras del pueblo llamado Shrawley en Worcestershire. Benjamin y Jennifer quedaron allí para tomar una copa a última hora de la tarde de un martes de junio de 2018. Era un anochecer precioso, el sol se ponía sin prisas sobre el río y bruñía su superficie dándole un brillo cobrizo mientras las alondras y los gorriones sobrevolaban el agua de un lado a otro. Después de tomarse la copa, Jennifer y Benjamin dieron un paseo por el sendero que seguía el curso del río en dirección norte. No caminaron cogidos de la mano, ni del brazo –no era su estilo–, pero sí iban muy pegados y a ambos les parecía muy grato que de vez en cuando se rozasen sus caderas o sus hombros. Las suaves colisiones eran sutiles, un recordatorio de su intimidad física.

Finalmente, con mucha desazón, Benjamin dio el paso que ya no podía retrasar por más tiempo: le contó a Jennifer sus planes de irse a vivir a Francia con su hermana. Ella recibió la noticia con más serenidad de la que él se esperaba.

–Vaya, suena muy estimulante –dijo–. Bueno, te echaré de menos, claro, pero... En fin, felicidades. Seguro que has meditado mucho la decisión.

–Espero que vengas a verme.

–Claro que lo haré. –Se lo quedó mirando–. Lo siento, ¿esperabas que tuviera una reacción un poco más dramática? Recuerda que ya me dejaste tirada una vez, hace cuarenta años, y entonces tampoco me importó mucho. –Pero aun así Jennifer no soportaba verlo tan alicaído–. De todos modos, esta vez es diferente, ¿no? Solo nos hemos ido viendo más o menos una vez al mes. Y últimamente menos.

–Hay otra persona, ¿verdad? –quiso saber Benjamin.

Jennifer aminoró el paso, aspiró hondo y lo miró con seriedad.

–¿Cuánto hace que lo sabes? –preguntó.

Benjamin siguió caminando.

–Hace tiempo –dijo–. Creo que se llama Robert, ¿me equivoco?

–Si lo sabías, ¿por qué nunca me has dicho nada?

–Supongo que porque... porque me di cuenta de que en el fondo no me

importaba.

A Jennifer le pareció un comentario especialmente hiriente.

–Bueno, pues está bien claro –dijo, mientras lo alcanzaba–. Es lo que siempre he sospechado. Si ni siquiera tienes la capacidad de sentir celos...

–Pensaba que nuestra relación se basaba en esto... Pensaba que a los dos ya nos iba bien.

Jennifer suspiró y negó con la cabeza.

–Eres un completo idiota. De verdad que sí. Yo siempre esperé que lo nuestro fuera a más. Al final acabé dándome cuenta de que eso no iba a suceder nunca... y supongo que por eso empecé a verme con Robert..., pero durante un montón de tiempo estuve esperando a que dieras algún paso. Que tomaras alguna *decisión*. Una parte de mí se aferraba a esa esperanza. Y por eso no le dije que sí a Robert cuando me pidió que nos casáramos.

–¿Te pidió matrimonio?

–Por supuesto que sí. Unas veinte veces.

–¿Y tú le dijiste que no por mí?

–¡Oh, Benjamin! ¿Es que no eres capaz de entender nada? He hecho de todo para acercarte más a mí. Empecé a leer a Flaubert. Me impuse ver películas subtituladas. Aprendí a amar las sinfonías de Arthur Honecker.

–Es Honegger –la corrigió Benjamin, incapaz de callarse.

–Joder, te dije que te quería, Supongo que eso lo recuerdas.

–Sí, pero pensé... pensé que no era más que una de esas cosas que dice la gente.

–Sí, y lo es, Benjamin. Es exactamente eso. Es una de esas cosas que dice la gente. Y lo habitual es que lo digan cuando lo sienten.

En ese momento, muy cerca del agua, ambos se volvieron y se miraron, y por primera vez Jennifer le cogió ambas manos. Los ojos se le estaban llenando de lágrimas.

–Benjamin, no te preocupes, ya me he olvidado de todo eso –dijo–. O más bien lo he superado. De hecho, la semana pasada vi a Robert y me volvió a pedir que me casara con él y esta vez no le dije que no. Le dije que me lo pensaría. Mereció la pena aunque solo fuese por ver la cara de felicidad que puso.

Benjamin trató de sonreír, pero apenas lo consiguió. De modo que optó en su lugar por abrazar a Jennifer, y ella también lo rodeó con sus brazos, pero sin dejarse llevar. Benjamin notaba su resistencia.

–Te he hecho daño –le dijo–. Lo siento mucho.

Jennifer se secó las lágrimas en el hombro de Benjamin, se apartó sin

brusquedad y le dijo:

–No te preocupes, Tigre. Como te he dicho, ya lo he superado. Durante un tiempo me engañé a mí misma pensando que podíamos llegar a ser almas gemelas, pero... Bueno, tú encontraste a tu alma gemela hace muchos años, ¿no?, y nadie va a poder reemplazarla.

Benjamin asintió y dijo:

–Te refieres a Cicely.

–No, a ella no –replicó Jennifer con desdén–. Me refiero a tu hermana.

–¿A Lois?

–Si una echa la vista atrás –dijo Jennifer–, la verdad es que resulta obvio. Ya en el colegio todos veíamos lo unidos que estabais. Es maravilloso que haya esa unión entre hermano y hermana. Eso es lealtad. Eso es apoyo mutuo. Por eso os pusimos un mote. Benjamin y Lois Trotter: los Rotters. Bent Rotter y Lowest Rotter.⁷ Era así, ¿verdad?

–Sí, pero nunca pensé..., quiero decir que nunca me lo había planteado así...

–Tiene todo el sentido del mundo que os marchéis los dos juntos. Mucho más que quedarte en la Inglaterra central intentando aclararte conmigo.

Benjamin se inclinó hacia ella y la besó. Ella no lo rechazó, pero de nuevo la respuesta fue cautelosa y reluctante.

–De verdad que lo siento –repitió él.

Jennifer dio media vuelta hacia el pub del hotel y rápidamente recondujo la conversación hacia detalles prácticos.

–¿Es un buen momento para irse a vivir a Europa? –preguntó–. ¿Con el Brexit en marcha?

–Lo hemos estudiado –respondió Benjamin–. Mientras uno se mude antes del 29 de marzo del año próximo, nada cambia.

–Probablemente habéis elegido un buen momento para largaros.

–No lo sé... Estoy muy dividido. Voy a echar de menos este país. Voy a echar de menos mi casa. Voy a echar de menos vivir junto al río. Este río... –Lanzó una mirada melancólica al pacífico y serpenteante Severn, cuyas aguas, con el ocaso, habían adquirido una tonalidad carmesí a su paso por el pub en su lento discurrir desde su molino, sesenta kilómetros más arriba–. Toda mi vida soñé con vivir junto a un río.

–En Francia también tienen ríos –le dijo Jennifer–. Justo el otro día lo leí en un periódico.

Benjamin agradeció que ella bromease. Jennifer le sonrió y le cogió la mano. Caminaron así por el sendero durante unos minutos. Después él le pasó el brazo

por los hombros y ella reposó la cabeza en él. Eso era incluso mejor. Le proporcionó el coraje que necesitaba para hablar.

–Hay otra cosa que quería decirte –empezó.

Jennifer lo miró interrogativamente. Los ojos le brillaron.

–¿Sí?

–Quería darte las gracias.

–¿Las gracias? ¿Por qué?

–Por... Bueno, por el sexo.

La mirada interrogativa se transmutó en una de incredulidad. Al parecer Benjamin seguía teniendo la capacidad de dejarla estupefacta.

–¿Disculpa?

–Nunca hubiera creído que... A mi edad ya había perdido toda esperanza. Bueno, quiero decir que no soy exactamente Colin Firth y no soy muy bueno en la cama.

Jennifer se rió, en silencio, pero durante un buen rato. Cuando se volvió hacia Benjamin, todavía tenía una sonrisa en los labios al decirle:

–Supongo que podría machacarte diciendo que, en efecto, tienes toda la razón. Pero debo reconocer que... tienes tus buenos momentos.

–¿En serio? –Benjamin la abrazó con más fuerza, la besó y le susurró al oído–: Robert es un hombre con suerte. Tienes un cuerpo delicioso. Gracias por compartirlo conmigo.

Y permanecieron así, con las mejillas pegadas, en un abrazo que se prolongó tanto rato que el pescador sentado en la orilla del río a unos metros fácilmente los podría haber tomado por un matrimonio reverdeciendo pasiones juveniles, en lugar de lo que en realidad eran: unos amantes tristes que se despedían por última vez.

Septiembre de 2018

–Bueno –dijo Lois–. Te he conseguido un río.

Y, en efecto, así era. La casa estaba a orillas del Sorgue, y aunque ese río no tenía para Benjamin la carga simbólica que arrastraba su amado Severn, ni estaba conectado con sus recuerdos más íntimos, la verdad es que tenía su encanto. La casa que habían comprado era también un molino. Hasta donde los lugareños podían recordar, siempre la habían llamado sin más «Le Vieux Moulin», estaba situada en un meandro no lejos de su nacimiento en Fontaine-de-Vaucluse y estaba tan pegada al agua que parecía que, más que construirla, la habían plantado allí para que creciera junto a los sauces y los magnolios que la rodeaban. Benjamin y Lois habían tomado posesión a mediados de agosto y, aunque la casa estaba en buenas condiciones, las últimas tres semanas habían sido agotadoras, con trabajadores entrando y saliendo a todas horas y recibiendo las instrucciones, a menudo aproximativas, de los nuevos propietarios en un francés muy rudimentario. Las cosas habían empezado a resultar un poco más fáciles después de la primera semana, con la llegada de Grete y Lukas. Grete hablaba muy bien francés y aceptó el cargo de ama de llaves. Lukas se puso a buscar trabajo en la cercana Aviñón y mientras no le salía nada echaba una mano a Benjamin en los retoques que había que ir haciendo y que a él le parecían abrumadores. Junto con su hija Justina, se instalaron en una pequeña casita de dos dormitorios que formaba parte de la propiedad, a unos metros de la casa principal.

Esa sofocante tarde Lois se encontró a su hermano apoyado contra la oxidada barandilla de hierro que separaba la terraza de las perezosas aguas de un gris verdoso del río. Sostenía un vaso de cerveza en la mano y daba también la impresión de dejarse llevar por la pereza.

–¿Estás descansando? –le preguntó con cierta impaciencia. Era viernes y tenían previsto abrir Le Vieux Moulin como casa de huéspedes el domingo por la noche.

–Solo me estoy tomando una cerveza.

–Queda mucho por hacer.

–Lo sé. Déjame solo veinte minutos.

–Todavía no hay electricidad en ninguna de las habitaciones de la planta superior.

–Probablemente sea un fusible. Yo me encargo.

–Vale, voy a poner sábanas en las camas.

–De acuerdo, no te preocupes, solo me tomo veinte minutos de descanso.

En cuanto su hermana entró en la casa, Benjamin se sentó ante la vieja mesa de hierro forjado, que se había traído desde Shropshire y que durante años había sido testigo de muchas conversaciones con amigos y familiares y de largas horas de escritura y contemplación en solitario. No habría sido capaz de dejarla en Inglaterra. Bebió un sorbo de cerveza y dejó escapar un suspiro de satisfacción. Sintió la calidez del sol de la tarde sobre el rostro. Qué maravilla. En las Midlands uno no puede disfrutar de esto. Cerró los ojos y escuchó el sonido del río en su apacible descenso. Cuando ya había logrado dejarse llevar por esa plácida música, llegó a sus oídos otro sonido menos relajante, que se fue haciendo cada vez más fuerte: el ruido de un vehículo aproximándose por la estrecha carretera rodeada de álamos. Unos instantes después el coche entró en el patio de la casa, se detuvo y al poco rato se oyó una voz familiar que desde la entrada preguntaba:

–¿Hay alguien en casa?

Era Sophie. Enseguida localizó a su tío en la terraza, le dio un beso y fue hasta la baranda, se apoyó en ella para contemplar el río y dijo:

–Vaya, qué maravilla.

–Enseguida te enseño la casa. Pero primero tómate algo. Se te ve acalorada. ¿Has tenido un vuelo agradable? ¿Se te ha hecho largo el trayecto desde Marsella?

–No tanto. He tardado más o menos una hora y media. Casi todo por autopista.

–Voy a buscarte una cerveza.

Benjamin y Sophie permanecieron sentado al sol unos minutos, disfrutando de la bebida e intercambiando novedades. Benjamin olvidó que su hermana estaba arriba trabajando.

–¿Entonces ya estás preparado para recibir a tus primeros estudiantes? –le preguntó Sophie.

–Todavía no. Aún quedan cosas por arreglar. De todos modos, de momento solo tengo uno apuntado.

–¿Solo uno?

–Si te digo la verdad, el ritmo de matriculación es muy lento. Supongo que es lógico que pase al principio. Seguro que con el tiempo la cosa se animará. Claro que habría ayudado que Lionel Hampshire viniera a la inauguración. De todos modos, gracias por contactar con él.

–¿No va a venir? Cuando me respondió el email parecía encantado.

–Oh, sí que estaba encantado. Te enseñaré la carta que nos mandó.

Benjamin cogió una hoja de papel de la cocina y se la tendió a Sophie. Ella se quitó las gafas y la leyó.

Querido señor Trotter:

El señor Hampshire ha recibido su amable invitación para ser el invitado de honor en la ceremonia inaugural de su nueva escuela de escritura, que le ha reenviado su sobrina.

El señor Hampshire quiere agradecerle sinceramente la invitación y en principio estará encantado de acudir. Como firme europeísta que deplora el rumbo político que ha tomado su país estos últimos años, aplaude el gesto de cooperación anglofrancesa que representa su escuela.

Al señor Hampshire le gustaría instalarse en Le Vieux Moulin durante tres o cuatro días en torno a la tarde del domingo 16 de septiembre, fecha de la sesión inaugural. Hará una lectura de sus obras (de una duración de 45 minutos) y sus condiciones son las siguientes:

- Billetes de tren en primera clase de Londres a Aviñón para él y para su asistente (yo).
- Transfer en coche de Aviñón a Le Vieux Moulin.
- Habitación doble con vistas al río, y lo mismo para su asistente.
- Todas las comidas pagadas, incluido un número ilimitado de visitas a restaurantes locales.
- Debe haber ejemplares de todos los libros del señor Hampshire a la venta para los estudiantes, en ediciones tanto francesas como inglesas. Estará encantado de firmarlos.
- Se le organizarán excursiones a Aix-en-Provence y Manosque, a cargo de Le Vieux Moulin.
- Sus honorarios son de 10.000 euros a pagar por transferencia antes de su llegada.

Una vez aceptadas estas condiciones, el señor Hampshire estará encantado de acudir, por lo que esperamos su pronta respuesta.

Atentamente,
Ella Buchanan

Sophie emitió un leve silbido y le devolvió la carta a su tío.

–¿Y no habéis aceptado las condiciones?

–Por desgracia no. A Lois no le pareció una buena idea gastarnos el presupuesto de todo un año en un único huésped célebre.

–Entiendo su postura. Y hablando de mamá, será mejor que vaya a saludarla. ¿Anda por aquí?

–Está arriba. Dile que yo subiré en unos minutos para arreglar lo de la electricidad.

–De acuerdo.

Sophie estaba a punto de marcharse con ese recado cuando salió de la cocina

Grete con un cubo y un mocho. Se saludaron de forma efusiva, como viejas amigas.

–¡Vaya, tienes un aspecto estupendo! –le dijo Grete, cogiéndole los brazos mientras la miraba–. Mejor que nunca.

–Estoy de acuerdo –intervino Benjamin. Y cuando ambas se volvieron para mirarlo, añadió–: Has ganado un poco de peso. Y te sienta muy bien.

Sophie hizo caso omiso del comentario y Grete le preguntó:

–¿No estás cansada después del viaje?

–La verdad es que no. ¿Y qué tal estás tú? ¿Y Lukas y Justina?

–Muy bien, todos estamos bien. Creo que aquí nos vamos a sentir muy a gusto. Mi marido y mi hija han ido a Aviñón de compras. Pintura y otras cosas. Lukas va a empezar a pintar el granero.

Con tanta actividad a su alrededor –Grete fregando la terraza, Lukas y Justina de compras, Lois colocando sábanas y Sophie deshaciendo las maletas– era sorprendente que Benjamin pudiese tomárselo todo con tanta calma. Pero después de servirse otra cerveza y dejar que el sol le cayese sobre los párpados cerrados durante unos cuantos minutos más, empezó a sumergirse en un grato estado de relajación. De hecho, estaba a punto de quedarse dormido cuando oyó el motor de otro coche que se acercaba por la carretera.

Dos minutos después, Charlie y Aneeqa aparecieron en la terraza.

–Ah –dijo Benjamin incorporándose–. Así que lo habéis encontrado.

–Hola, colega. –Charlie le dio un abrazo–. Sí, sin problemas. Aunque hemos tenido que conducir un buen trecho desde Calais. Se nos ha hecho muy largo. Pero vale la pena por llegar aquí. Esto es una maravilla.

Aneeqa se había quedado un poco apartada. Benjamin le dio la mano con una repentina timidez. Solo la había visto una vez, hacía más de dos años. Ahora parecía mucho más madura y con el cambio estaba muy guapa.

–Bueno, pues bienvenidos a Le Vieux Moulin –les dijo a los dos–. Estamos encantados de teneros aquí. Podéis quedaros todo el tiempo que queráis.

–Ella tiene que estar en Segovia el martes –le explicó Charlie–. Y creo que nos llevará un par de días llegar allí. Pero nos quedaremos hasta el lunes, si te parece bien.

–Me parece perfecto. Vamos, os traeré algo de beber.

Le sirvió a Charlie una cerveza y a Aneeqa, un *citron pressé*. Pensó que era un golpe de suerte poder ofrecerles un sitio en el que descansar en mitad de su largo viaje; ella iba a empezar un año de estudios en España y Charlie se había ofrecido a acompañarla, al parecer por el simple placer de estar con ella durante

cinco o seis días. Se los veía cansados, de modo que al cabo de un rato Benjamin les indicó dónde estaban sus habitaciones en la planta superior.

–Mi hermana anda por allí –les dijo– y no sé dónde ha decidido colocaros, tendréis que preguntárselo a ella.

Pensó en bajar al sótano para comprobar la caja de los fusibles, pero lo cierto es que todavía no había disfrutado de sus veinte minutos de descanso. Con esas dos interrupciones, apenas había podido relajarse cinco minutos. Aunque, sorprendentemente, el vaso de cerveza volvía a estar vacío, de modo que se sirvió otra y volvió a sentarse ante la mesa de hierro forjado. El sol empezaba a perder intensidad y la sombra del sauce más grande de la ribera ya iba proyectándose sobre la terraza. A esa hora del día, la temperatura era perfecta. Si en esas condiciones no era capaz de encontrar inspiración para un nuevo libro, no lo lograría nunca. Por suerte, Grete ya había terminado de limpiar por allí y nada se interponía entre él y sus meditaciones, ni le interrumpía el descanso. Al menos no hasta que se oyó otro coche acercándose por la estrecha carretera rodeada de álamos.

Unos minutos después, aparecieron otras dos personas en la terraza. Eran Claire Newman, una de sus amigas más antiguas del King William, y su marido Stefano. Habían venido en coche desde Lucca, a través de La Spezia, Génova, Niza, Cannes y Aix.

Claire y Benjamin hacía quince años que no se veían. Invitarla a la fiesta de inauguración había sido una decisión impulsiva. «Después de todo, en términos europeos, de ahora en adelante vamos a ser prácticamente vecinos», le había escrito en un email, en broma, sin esperar que ella aceptase la invitación. Pero lo hizo. Y estaba tal cual la recordaba: cabello gris arreglado en una elegante melena corta que la hacía parecer más joven –mucho más joven– que él o Lois, unos pómulos perfectos, unas patas de gallo y unas leves arrugas que hacían que toda la atención se concentrase en sus maravillosos y grandes ojos. Después de darle un delicado beso en la mejilla y de liberarse del prolongado apretón de manos de Stefano, Benjamin fue a la cocina en busca de una botella de prosecco en honor de sus invitados. Llamó a Lois para que bajase, pero no pareció oírle. De todos modos, sacó cuatro copas, pero la cuarta se quedó vacía, y cuando Claire, Stefano y Benjamin ya habían brindado y se habían deseado «*Santé!*», Claire lo miró de ese modo escrutador que él recordaba muy bien (y que siempre lo amilanaba un poco) y le dijo:

–Bueno, Ben, tienes un aspecto estupendo, pero lo que queremos saber es qué

demonios está pasando en Gran Bretaña. Todos los italianos opinan que los británicos se han vuelto completamente locos.

A la mañana siguiente, Sophie se encontró a Aneeqa sentada a la orilla del río frente a la casa. Tenía un bloc de dibujo abierto sobre las rodillas y estaba terminando un precioso dibujo de la rueda del viejo molino y los varios edificios anexos a su alrededor, con sus paredes de piedra cubiertas de hiedra y buganvillas.

–Es espléndido –le dijo Sophie–. Ya había oído que se te daba muy bien.

–Tengo mis momentos –replicó Aneeqa, que inclinó la cabeza para contemplar el dibujo y llegó a la conclusión de que no estaba nada mal.

–Tengo un trabajo para ti –le dijo Sophie–. ¿Crees que podrías pintarnos un cartel?

–¿Qué tipo de cartel?

–Necesitamos algo para reemplazar eso. –Sophie señaló el arco que daba acceso al patio delantero de la casa, en el que alguien, hacía muchos años, había clavado un ya muy deteriorado rectángulo de madera con las palabras «Le Vieux Moulin» pintadas en mayúsculas que ahora estaban muy descoloridas.

–¿En serio? A mí me parece que tiene cierto... encanto de época.

–No se trata del cartel, sino del nombre.

–¿Qué le pasa al nombre?

–¿«El Viejo Molino»? ¿Qué puede ser más aburrido que llamar a un viejo molino «El Viejo Molino»?

–Es cierto. ¿Tienes una idea mejor?

–Sí, creo que sí.

Aneeqa frunció los labios y preguntó:

–¿Tenéis las pinturas adecuadas? ¿Los pinceles para hacerlo?

–Probablemente no. Pero de todos modos hoy pensaba ir a Marsella en coche. Allí encontraré material, si me dices qué necesitas.

–O podría acompañarte. Siempre he querido conocer la ciudad. ¿Te importa?

–Para nada.

La verdad es que Sophie estaba encantada de tener compañía. Se sentía obligada a revisitar la ciudad y darse un melancólico paseo por las islas Frioul, pero al mismo tiempo le daba un poco de aprensión. De modo que fue un alivio, después de dejar atrás la tranquilidad y el silencio del molino, de afrontar un viaje agotador y caluroso de noventa minutos por la concurrida A-55, de

refrescarse con unas bebidas en el Cours Julien, readaptarse a la energía de la vida urbana, cargada de ruido y música por todas partes, con sus paredes llenas de grafitis, los chicos en monopatín, los raperos y los artistas callejeros, el intenso aroma de las especias del norte de África impregnando el aire, de recordar todo eso y después encontrar una tienda que vendía materiales artísticos quince minutos antes de que cerrasen, justo a tiempo para que Aneeqa pudiese seleccionar lo que necesitaba, y después de todo eso bajar caminando hasta el Vieux Port y subir por los pelos a una *navette* que estaba a punto de zarpar, fue un alivio tener a Aneeqa a su lado, poder hablar con ella, enseñarle los puntos más emblemáticos y contarle parte de su historia personal con la ciudad y no estar a solas con sus melancólicos recuerdos de aquella semana del verano de 2012 y la oportunidad perdida que a veces, todavía hoy en día, consideraba que representaba.

–Me parece estar caminando por la luna –dijo Aneeqa mientras recorrían fatigosamente el árido y rocoso paisaje de Ratonneau en ruta hacia la Calanque de Morgiret, donde Sophie y Adam se habían bañado a la luz de la luna. Eran las cinco de la tarde y el calor era casi insoportable. El sol les molestaba en los ojos por dos lados: cayendo a plomo desde el cielo azul sin atisbo de nubes y reflejado en el agua en forma de cegadores destellos.

–Te sentirás de maravilla cuando llegemos al agua –dijo Sophie, que había insistido en que las dos llevaran los bañadores.

Esa tarde la playa estaba repleta de bañistas. Sophie se metió en el agua y, como la otra vez, se dirigió nadando a la boca de la cala, hasta el punto más alejado y profundo, y después nadó con ímpetu de un lado a otro, yendo y viniendo varias veces a lo largo de la bahía, desde una punta rocosa a la otra. Aneeqa –igual que había hecho Adam en su día– se quedó en la zona poco profunda, acuclillada y disfrutando sin más del frescor del agua y sin decidirse a nadar. Después recorrieron el sinuoso sendero que conducía al montículo que se alzaba sobre la playa y Sophie reconoció la gran roca plana sobre la que ella y Adam se habían sentado a conversar. Ahora también la eligieron para descansar: Sophie sentada con las rodillas dobladas y Aneeqa tumbada sobre la roca, protegiéndose los ojos de la intensidad del sol con la mano.

–No estoy acostumbrada a este tipo de luz –dijo–. Aunque espero acabar habituándome, porque creo que en España es igual de intensa. Pero, si una ha crecido en Birmingham y se ha pasado dos años en Glasgow, resulta un poco abrumadora. Imagínate lo que debe ser vivir toda la vida con esta luz. Ves el

mundo de verdad, en lugar de tener que atisbarlo de vez en cuando a través de la niebla.

–Entiendo muy bien lo que dices –dijo Sophie–. Y sin embargo, la semana que viene me mudo al noroeste, donde la luz es mortecina y poca gente se baña en el Mar del Norte para refrescarse.

–No se te ve muy entusiasmada –le comentó Aneeqa, apartando un momento la mano de los ojos para contemplar la expresión de Sophie–. ¿Por qué te vas a vivir allí?

–Por un nuevo trabajo –respondió Sophie–. El marido de mi mejor amigo ha puesto en marcha una organización benéfica y me ha pedido que sea la directora del centro educativo. Tengo que organizar los horarios, programar los cursos, coordinarlo todo. De hecho, es una gran oportunidad para mí. Estoy muy motivada.

–Vaya, eso es bueno –dijo Aneeqa–. Y al menos ya conoces a algunas personas allí. De modo que no te sentirás sola.

Sophie sonrió.

–De todos modos, no iba a estar sola. Mi marido se viene conmigo. De hecho, este fin de semana está vaciando nuestro antiguo piso. Por eso no ha podido venir.

–Muy sacrificado –comentó Aneeqa–. Debe ser un buen tío.

–Sí –dijo Sophie–. Es un buen tío. –En realidad era una declaración de intenciones, muy sencilla, y sabía que su tarea durante los próximos años (probablemente durante más tiempo, mucho más tiempo, aunque le daba miedo utilizar la frase «durante el resto de mi vida») consistiría en convertirla en un hecho, en aceptarla y lograr darse por satisfecha con eso. En los últimos meses, desde su aparición sin avisar en el piso aquella tarde y la reconciliación que se produjo después, la tarea había resultado fácil. Si continuaría o no siendo así, el tiempo lo diría. Pero de momento, ella ponía su confianza en que así sería.

–¿Él también tiene un trabajo allí arriba? –preguntó Aneeqa.

–Todavía no –respondió Sophie–. Tratará de volver a dar clases de conducción. Se dedica a eso, a enseñar a conducir.

–Alguien tiene que hacerlo.

–Y entretanto, va a estar muy ocupado.

Miró a Aneeqa y sintió una súbita necesidad de seguir contándole cosas, de hacerle confidencias. Se sintió muy cercana a esa joven cordial, reservada y sin duda muy talentosa que se había convertido en su inesperada acompañante en ese indulgente viaje sentimental. Qué fácil y qué liberador resultaría desahogarse

ante alguien así, una desconocida comprensiva a la que probablemente no volvería a ver después de este fin de semana.

Pero Sophie logró contenerse y volvió a su plan original: compartir el secreto con su madre y con nadie más.

A media tarde del domingo se produjo una llegada muy importante a Le Vieux Moulin: la del primer estudiante de escritura de Benjamin.

Se llamaba Alexandre y era un joven menudo y serio que había venido en tren desde Estrasburgo. Sonrió nervioso cuando Lois lo recibió y miró a su alrededor desconcertado al descubrir la frenética actividad de los retoques de última hora: Lukas cargaba tres tabloncillos de madera por el pasillo; Sophie y Claire estaban de rodillas en la cocina, pintando el zócalo. Lois lo alejó de esas evidencias de falta de preparación, mientras le daba una efusiva bienvenida, lo condujo hasta su habitación y le dijo que estaba invitado a cenar con ellos a las nueve.

De modo que, cuando empezó a anochecer, acabaron siendo diez personas sentadas alrededor de la larga mesa de roble dispuesta en la más grande de las dos terrazas que daban al río. Sobre la mesa, parras entrelazadas con lavanda y campsis color fuego colgaban alrededor de la antigua pérgola. Lois, Grete y Benjamin habían preparado grandes cuencos de *salade Niçoise*, seguida de humeantes cazuelas de *ratatouille* guisada con calabacines y berenjenas provenzales. También contaban con una inagotable cantidad de vino tinto. Después llegaron los *calissons* y las *tartes Tropéziennes*, los vinos dulces, el queso y el café para los que quisieron tomarlo, y para los que se animaron a seguir bebiendo, brandy, coñac e incluso pastís, todo servido en tal abundancia que bien pasada la medianoche el final de la cena todavía se vislumbraba lejano.

A medida que transcurría la cena la conversación se fue haciendo más esporádica y apagada, y las velas dispuestas en la mesa y las paredes bajas de alrededor se fueron consumiendo. Claire se volvió hacia Alexandre y le dijo:

—¿Y qué esperas aprender en la semana que vas a pasar aquí?

Alexandre, que no estaba habituado a estar rodeado de desconocidos y había estado toda la velada muy callado, se aclaró la garganta y dijo:

—He traído varios cuentos, que todavía no están publicados, claro, y espero que el señor Trotter se los lea y me diga cómo mejorarlos. Para mí será un honor escuchar la opinión del autor de *Una rosa sin espinas*. O *Rose sans épines*, que es como se titula en Francia.

—Es un libro precioso, ¿verdad? —comentó Lois.

–Para mí lo más emocionante del libro de su hermano –explicó Alexandre, eligiendo con sumo cuidado las palabras– es que plasma con palabras la desolación de una vida construida por completo sobre el fracaso. Para mí, es la historia de un hombre que ha fracasado en todos los ámbitos de la vida y concentra todos sus sueños de alcanzar la felicidad en esta mujer, en esta historia de amor, que al final resulta ser el mayor fracaso de todos. Es una vida que carece por completo de cualquier tipo de logro, de capacidad de autoconocimiento y, por lo tanto, de cualquier tipo de esperanza.

Cuando acabó su exposición, se hizo un breve pero insondable silencio en la mesa. A un par de invitados se les escaparon risitas nerviosas.

–Lo siento –se disculpó Alexandre–, ¿he dicho algo gracioso? ¿Mi inglés no es lo bastante bueno?

–Tu inglés es perfecto –le dijo Claire–. Es solo que has hecho la que probablemente sea la valoración de la vida de Benjamin más demoledora que haya oído jamás.

–Oh, pero yo no pretendía...

Volvió a hacerse un silencio, pero esa vez fue el propio Benjamin quien lo rompió:

–Sentado en este lugar maravilloso –dijo– y contando con vuestra compañía, me cuesta ver mi vida como un fracaso. De hecho –se puso en pie con cierta dificultad–, creo que la ocasión merece un discurso.

Lois y Clare se taparon la cara con las manos. Benjamin llevaba horas bebiendo y no parecía capaz de hablar con coherencia sobre nada. Sin embargo, no parecía que hubiera modo de detenerlo.

–Seis ingleses –empezó–, dos lituanos, un francés y un italiano cenando juntos una preciosa noche de septiembre. Por desgracia, esto no es el arranque de un chiste. Ojalá lo fuera. Ni es la frase inicial de una novela. Una vez más, ojalá lo fuera. De hecho, ojalá tuviese una nueva novela en la que colocar esta frase inicial. Lo que es, si es que es algo, lo que representa, lo que *simboliza*, diría que...

–Ya captamos el mensaje –le interrumpió Claire, cuando parecía que estaba a punto de perder el hilo–, es un maravilloso ejemplo de armonía europea.

–¡*Exacto!* –exclamó Benjamin, golpeando la mesa, eufórico–. Es exactamente lo que intento decir. Qué metáfora más... inspiradora, más potente..., podríamos encontrar del espíritu de cooperación, de cooperación internacional, que debería prevalecer... si nosotros, como país, no hubiéramos tomado esta desafortunada, pero comprensible..., en cierto modo comprensible...

–Siéntate y cállate –le pidió Lois.

–Ni hablar –replicó Benjamin–. Tengo algo que decir.

–¿Entonces te importa decirlo de forma más concisa?

–La concisión –respondió Benjamin– es una dolencia inglesa.

–Vaya, pues tú parece haberte curado y recuperado por completo –dijo Claire.

–De acuerdo –aceptó Benjamin–. Puedo resumir lo que quiero decir en cuatro palabras. –Hizo una pausa y observó el círculo de rostros expectantes alrededor de la mesa. Y con un tono de beligerante triunfo soltó–: ¡A la mierda el Brexit! – Se sentó y recibió una salva de aplausos.

–¿En serio? –preguntó Stefano–. ¿Hay seis ingleses en esta mesa y ninguno ha votado a favor de la salida de Europa? No es una selección muy representativa.

–Yo casi lo hice –confesó Charlie, sentado a su lado–. Estaba tan harto de todo que casi lo hice para darle una patada en los huevos a Cameron. Benjamin me vio esa semana. Sabe lo mal que lo estaba pasando. Estaba arruinado y tenía que dormir en el coche. Por sus jodidas políticas de austeridad. Pero al final decidí que era una manera estúpida de expresar mi descontento. Que ni de lejos me daría una satisfacción semejante a la de partirle la cara de un puñetazo si alguna vez se me presentaba la ocasión. –Stefano empezaba a mirar a Charlie con recelo y a apartarse un poco–. Oh, no..., no me malinterpretes. No soy una persona violenta. Antes sí lo era, pero el paso por la cárcel me calmó.

Sin tenerlas todas consigo, Stefano se limitó a decir:

–Claro, lo entiendo.

–En todo caso, Cameron es solo una parte de la historia –continuó Charlie–. Tal como yo lo veo, todo cambió en Gran Bretaña en mayo de 1979. Hace cuarenta años y seguimos bregando con eso. En los setenta Benjamin y yo éramos unos críos. Sí, éramos unos chavales, pero ese era el mundo en que crecimos. Estado del bienestar, Sistema Nacional de Salud. Todo el entramado que se construyó después de la guerra. Bueno, pues todo esto se ha ido desmontando desde el año 79 y sigue desmoronándose. Esta es la verdadera historia. No sé si el Brexit es un síntoma de esto, o tan solo una maniobra de distracción. Pero lo cierto es que el proceso ahora está mucho más completo. Y pronto lo estará del todo.

Desde la otra punta de la mesa, Aneeqa dijo:

–Gracias, pero yo no quiero volver a los años setenta.

–Tienes razón –aceptó Charlie–. Para una persona como tú habría sido una

década de mierda. Pero trata de ver el lado positivo. Desde entonces se ha perdido algo. Algo muy importante.

En ese momento intervino Claire para cuestionar la interpretación de la historia de Charlie y para señalar que la década que estaba idealizando había tenido récords de inflación, inestabilidad económica y problemas en la industria. La discusión entre los cuatro británicos de mediana edad se calentó y amplió el campo para incorporar el Brexit, a Donald Trump, Siria, Corea del Norte, a Vladímir Putin, Facebook, la inmigración, a Emmanuel Macron, el Movimiento 5 Estrellas y el polémico resultado del Festival de Eurovisión en 1968. Todos los comensales tenían algo que decir (al menos así lo recordaba Benjamin después), pero también, uno a uno, empezaron a abandonar el debate para ir a acostarse. Los que se quedaron, siguieron bebiendo vino y perdieron la noción de lo tarde que era, hasta que, al final, los únicos que seguían al pie del cañón eran Benjamin y Charlie. Y Charlie se caía de sueño.

–Escucha –le propuso Benjamin–. Quiero cantarte una canción.

–¿Eh? –dijo Charlie, entreabriendo los ojos.

–En relación con lo que has dicho antes sobre el mundo en el que vivimos de niños que después ha desaparecido. Me sé una canción que lo resume muy bien.

–De acuerdo. Adelante.

–Voy a buscar mi iPod.

Localizar el iPod en su dormitorio fue fácil; dar con el altavoz portátil, más complicado; encontrar las pilas del altavoz portátil, casi imposible. Cuando, diez minutos después, volvió a la mesa, Charlie había desaparecido.

–Oh –dijo Benjamin en voz alta. Se sentó, bebió un sorbo de vino y miró a su alrededor. ¿Dónde se había metido todo el mundo?

Todo estaba en silencio. Solo lo rompía el rumor del río en su descenso. Benjamin lo escuchó durante unos minutos. Sonaba raro, no era a lo que estaba acostumbrado. Era extranjero. Era un río francés. Sintió una punzada de nostalgia, por el país en el que había crecido y por el país que acababa de abandonar, aunque esos dos países no eran en absoluto el mismo.

Subió el volumen del altavoz y pulsó el play y unos instantes después empezó a oír en la noche la voz afligida y reverberante de Shirley Collins cantando la balada que Benjamin no se había atrevido a volver a escuchar desde el día del funeral de su madre.

Adiós, vieja Inglaterra, adiós Y adiós a algunos cientos de libras
Si el mundo se hubiera acabado cuando era joven

Nunca habría conocido estos pesares

Bebió un último sorbo de vino, pero sabía que ya había bebido demasiado y que tenía que parar.

Antaño bebía lo mejor
El mejor brandy y el mejor ron
Ahora me conformo con un vaso del agua fresca
Que fluye de ciudad en ciudad

Al oír esta estrofa pensó en su madre sentada en la cama, contemplando el cielo gris a través de la ventana de la habitación mientras intentaba a duras penas cantar. Una vez más, Benjamin se preguntó si había reconocido la música. Si le había traído algún recuerdo olvidado de la infancia.

Antaño me podía permitir el buen pan
Buen pan hecho con buen trigo
Ahora me doy por satisfecha con un pan rancio y duro
Y doy gracias por tener algo que comer

Y entonces pensó en su padre, en el horrible modo en que había fallecido, en la extraña visita que habían hecho juntos a la factoría de Longbridge en pleno invierno, en la aflicción de su padre, en la amargura que lo corroía los últimos meses, y en el día en que Lois y él habían esparcido las cenizas de sus padres en la colina. En Beacon Hill a principios del otoño...

Antaño podía echarme en una buena cama
Una buena cama bien mullida
Ahora me doy por satisfecha con un montón de paja limpia
Que me proteja del frío suelo

Beacon Hill. El paisaje de su infancia. En invierno bajaba en trineo por la colina. Paseaba por el bosque los domingos por la tarde, cogido de la mano enguantada de su madre. Después se escapaba corriendo por el sendero y se escondía para esperar a sus padres en ese extraño rododendro ahuecado por dentro que era como la casa de un hobbit. Con Lois acucillada a su lado. Siempre ella, nunca Paul.

Antaño me desplazaba en carroza
Con sirvientes que la conducían
Ahora estoy en la cárcel, en una celda tan estrecha
Que no sé ni hacia qué lado me puedo volver

¿Se bastarían aquí Lois y Benjamin el uno al otro? ¿Vivirían los dos en ese molino los próximos diez, veinte años? Benjamin siempre había dado por hecho que envejecería y moriría en casa, que estaba destinado a regresar al país de su infancia para morir allí. Pero por fin empezaba a entender que ese lugar solo existía en su imaginación.

Adiós, vieja Inglaterra, adiós
Y adiós a algunos cientos de libras
Si el mundo se hubiera acabado cuando era joven
Nunca habría conocido estos pesares

Cuando la última estrofa llegó a su fin y los últimos ecos de la música se perdieron entre el rumor del agua, Benjamin oyó el ruido de unos postigos al abrirse. Alzó la mirada y vio a Grete, que lo observaba desde una ventana del primer piso.

–Bonita canción –le dijo–. Canta con mucho sentimiento.

Benjamin no dijo nada; se limitó a mover la cabeza en una confusa mezcla de saludo y asentimiento.

–Pero, por favor, no más música. Estamos intentando dormir.

Los postigos se cerraron de nuevo. Benjamin apagó el iPod y el altavoz portátil, y cerró los ojos.

De pronto notó que Lois estaba a su lado. No estaba tan oscuro como antes. No tenía ni idea de cuánto rato había dormido.

–Ya lo sé –dijo–. Ahora mismo me voy a la cama.

–He venido a despertarte –le dijo Lois–. Tienes que despedirte de Sophie. Está a punto de salir hacia el aeropuerto.

La siguió hasta la cocina, donde ya había preparado café.

–¿Has estado despierto toda la noche? –le preguntó Lois.

–Supongo que sí.

–Vaya locura. Dentro de unas horas tienes una tutoría con Alexandre.

–He estado pensando en eso –dijo Benjamin mientras se bebía un café que necesitaba como agua de mayo–. No puedo leer sus cuentos.

–¿Por qué no? –quiso saber Sophie.

–Están escritos en francés.

Ella se lo quedó mirando. En ese momento apareció Sophie con la maleta.

–Ya hablaremos de eso más tarde –le dijo Lois con un tono amenazador.

Benjamin abrió la puerta de la entrada sin hacer ruido y los tres salieron al patio. Se vislumbraban los primeros destellos del amanecer. Algunos tímidos canturreos de pájaros se empezaban a mezclar con el murmullo del río. Pero los sonidos más fuertes eran los de sus pisadas en el sendero de acceso a la casa y el ruido sordo de las ruedas de la maleta de Sophie de la que tiraba Benjamin. Había aparcado el coche en el pequeño cercado al final del camino, unos veinte metros después del arco.

Antes de pasar bajo el arco, Sophie los hizo detenerse y les dijo:

–Todavía no habéis visto el nuevo cartel, ¿verdad?

–¿Qué cartel?

–Aneeqa y yo os hemos hecho un pequeño regalo. Y le hemos puesto a la casa otro nombre. Espero que no os parezca mal.

–¿Le habéis puesto otro nombre? –preguntó Lois-. ¿Para qué? ¿Qué tiene de malo El Viejo Molino?

–Nada –respondió Sophie-. Pero se me ha ocurrido uno mejor.

Escépticos, los dos hermanos pasaron por debajo del arco y se volvieron para comprobar de qué hablaba. Había luz suficiente para leerlo, y, cuando lo vio, Lois resopló sonoramente. Benjamin se limitó a sonreír –una prolongada e íntima sonrisa– y le estrechó la mano a su sobrina.

–¿Os gusta? –preguntó Sophie.

–Es perfecto –dijo Lois.

–Perfecto –coincidió Benjamin.

Aneeqa se había lucido. La caligrafía era una negrita vistosa y a primera vista muy simple. Pero cuando lo miraron más de cerca, vieron que había trabajado con un nivel de detalle asombroso: había cambios de textura, un atisbo de perspectiva tridimensional y sutiles variaciones de color en cada una de las letras. Letras que unidas formaban estas cinco palabras:

EL CLUB DE LOS CANALLAS

Benjamin y Lois lo contemplaron en silencio. También en silencio, Lois estiró el brazo y lo deslizó alrededor de la cintura de su hermano. Él se pegó a ella. Los

cantos de los pájaros iban subiendo de tono. Y por encima de los árboles asomaban cada vez más rayos de sol.

–Vamos –dijo Sophie–. No quiero perder el avión.

Se dirigieron al coche, cargaron la maleta en el maletero y se dieron un beso de despedida.

–Cuídate, cariño –le dijo Lois–. Y dale recuerdos a Ian. Tened cuidado en el gélido norte. Por allí arriba hay dragones.

–No digas bobadas –respondió Sophie, y le dio un abrazo.

–Gracias por todo –dijo Benjamin–. Ven a vernos pronto, por favor. Y no pierdas el peso que has ganado. Te sienta muy bien.

Mientras el coche de Sophie se alejaba por la larga y estrecha carretera rodeada de álamos, Lois se volvió hacia su hermano y le dijo:

–¿Eres idiota o solo lo finges?

–¿Qué quieres decir?

–Sophie no ha ganado peso. Está embarazada.

Él la miró pasmado.

–¿Qué?

–Está ya casi de tres meses.

Él se volvió y miró el coche, todavía sin palabras.

–De hecho –dijo Lois–, el parto está previsto para marzo. El 29.

Aún alterado por la sorpresa, Benjamin empezó a asimilar poco a poco la noticia en su estado de agotamiento y confusión, levantó la mano y la agitó con frenesí tratando de que su sobrina lo viese desde el coche que se alejaba. Pero ella no miró por el retrovisor. Mantenía los ojos clavados en la carretera que tenía por delante mientras iba acelerando, con una mano en el volante y la otra sobre la abombada barriga. Allí estaba ahora el hogar de Sophie e Ian, en esa decisión fruto de su fe en el incierto e inescrutable futuro que les esperaba, en su precioso bebé del Brexit.

NOTA DEL AUTOR

Esta novela incorpora a diversos personajes de *El Club de los Canallas*, un libro que ya había tenido una secuela titulada *El Círculo Cerrado*. Durante muchos años no tuve intención alguna de continuar la serie, pero en 2016 dos cosas conspiraron para hacerme cambiar de opinión.

En primer lugar, fui a ver la estupenda versión dramática de *El Club de los Canallas* que Richard Cameron llevó a escena en el Teatro de Repertorio de Birmingham. El trabajo de Richard a partir del libro y las sobresalientes interpretaciones de los jóvenes actores me hicieron ver que la novela tenía un tema central en el que hasta entonces no había caído y que obviamente no tuvo continuación en *El Círculo Cerrado*: el amor entre Benjamin Trotter y su hermana Lois.

En segundo lugar, la novelista Alice Adams habló tan elogiosamente de *El Círculo Cerrado* en una entrevista online que me sentí obligado a contactar con ella. A mí la novela nunca me pareció un gran logro, de modo que me intrigaba saber por qué era uno de sus libros favoritos. Nos escribimos y finalmente nos encontramos en persona, y su entusiasmo me convenció de que debía retomar a esos personajes a los que había abandonado. Por entonces yo estaba hablando con Mary Mount, mi editora de Penguin, sobre la posibilidad de escribir una novela sobre el referéndum del Brexit, y no tardé en ver claro que el único modo de abordar ese tema era resucitando a los personajes de *El Club de los Canallas* e incorporando otros nuevos.

Por tanto, todas estas personas que he mencionado tuvieron un papel crucial en la gestación de esta novela. También me gustaría dar las gracias a Fiona Fylan (por las útiles informaciones que me aportó sobre los educadores de los cursos sobre el exceso de velocidad); a Ralph Pite, Paul Daintry y Caroline Hennigan (por los ánimos que me dieron como lectores del libro cuando estaba escrito solo a medias); a Charlotte Stretch (por ser una de las primeras y más perspicaces lectoras de la versión completa, por no mencionar los muchos años de alentadora amistad); a Andrew Hodgkiss, Robert Coe y Julie Coe (por ofrecerme refugios recónditos en los que escribir) y, por diversas formas de ayuda e inspiración, a Steve Swannell, Aneeqa Munir, Vanessa Guignery, Michele O'Leary, Michael

Singer, Peter Cartwright, Catherine Proust, Andrew Brewerton, Anne Philippe Besson, Julia Jordan, Philippe Auclair y Judith Hawley.

A finales de 2016, en una subasta benéfica para la organización Freedom for Torture, Emily Shamma pujó por tener un personaje en el libro que llevase su nombre y Samuel Morton, de Freedom for Torture, me envió un mensaje sobre los orígenes del nombre de Emily. Le estoy agradecido a Emily por su puja y por tener un nombre tan interesante: espero que le guste lo que he hecho con él.

Los personajes de Lionel Hampshire y Hermione Dawes aparecieron por primera vez en mi cuento «Canadians Can't Flirt», incluido en la antología *Tales from a Master's Notebook* (Jonathan Cape, 2018). Gracias a Philip Horne por encargarme el cuento y al fantasma de Henry James por inspirármelo.

Muchos de los detalles de los capítulos 9 y 10 están sacados de *Mad Mobs and Englishmen?: Myths and Realities of the 2011 Riots* de Cliff Stott y Steve Reicher (Robinson, 2011).

La mayor parte del bloque «La Inglaterra feliz» lo escribí en Marsella, durante una estancia becada por la organización literaria La Marelle. Me gustaría dar las gracias a Pascal Jourdana por invitarme a esa ciudad y por la amistad que después hemos mantenido, y también a Fanny Pomarède por proporcionarme un lugar tan acogedor en el que escribir estos tempranos capítulos.

Y por último, pero no menos importante, mi agradecimiento a Tony Peake, mi agente desde hace casi treinta años, también mi amigo durante todo ese tiempo, un lector y crítico sobresaliente y un hombre generoso en todos los sentidos, sin cuya incansable lealtad y apoyo este libro –y la mayor parte de los demás que he escrito– no existiría.

1 La frase juega con la similitud fonética entre *penne* y *penny* (penique, centavo) y la mención de Jeffrey Archer se debe a que una de sus novelas se titula *Ni un centavo más, ni un centavo menos*. (N. del T.)

2 Juego de palabras entre el topónimo real del lugar, Sarehole, y *arsehole*, que significa «culo, ano». (N. del T.)

3 El personaje hace una broma intraducible, porque en inglés *string* significa «instrumento de cuerda», pero también «tanga». (N. del T.)

4 En inglés *To run a tight ship* significa literalmente «pilotar un barco con eficiencia», pero es también una frase hecha que se utiliza para decir que algo, no necesariamente un barco, «está bien administrado», «llevado con eficiencia». (N. del T.)

5 En español en el original. (N. del T.)

6 El original inglés juega con el parecido del apellido del personaje, Ransome, con *Ransom*, que entre otras cosas quiere decir «chantajear». (N. del T.)

7 Rotter (en inglés muy similar fonéticamente a Trotter) significa «canalla», de modo que el mote que les ponen es «Los canallas», y jugando con sus nombres Ben pasa a ser Bent Rotter («Canalla corrupto») y Lois, Lowest Rotter («La más vil de las canallas»). (N. del T.)

Título de la edición original:
Middle England

Edición en formato digital: octubre de 2019

© imagen de cubierta, Bridgeman Images, «Punch and Judy» (detalle), Liz Wright, 1999.

© de la traducción, Mauricio Bach, 2019

© Jonathan Coe, 2018

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 2019
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-4094-0

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

anagrama@anagrama-ed.es
www.anagrama-ed.es